

*Selección RNR*

*Laura Mercé*

*No serás  
O un  
Extraño*



*Romance Histórico*

No serás un extraño

*Laura Mercé*



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A la memoria de Emilio Mercé*

*Yo creo que, para ser escritor,  
basta con tener algo que decir,  
en frases propias... o ajenas.*

Pío Baroja

## PRÓLOGO

*L*as últimas claridades se desvanecían en el cielo. De manera repentina el viento dejó de murmurar, y ramas y follajes callaron hasta producir, en torno al solitario caminante, un pesado silencio.

El hombre levantó la cabeza y miró alrededor.

—Tampoco hoy llegaré temprano a casa —musitó pesaroso—. El nerviosismo ya habrá hecho presa en Sara y también en mi pequeña Diana. Debo darme prisa si no quiero que la noche me sorprenda en el camino.

Con gesto maquinal, apretó la vieja y ventruda, cartera de cuero, que llevaba bajo el brazo, y apuró el paso. Al llegar a una esquina la dobló y se dirigió a un paraje bordeado de arbustos y tupidos matorrales. De a ratos el camino se convertía en pronunciadas pendientes; el suelo arenoso y húmedo no le facilitaba la marcha.

Por fin, tras más de media hora de ininterrumpido avance, el hombre se detuvo frente a la valla de una casa rodeada de árboles.

—El salón está iluminado —murmuró con una sonrisa—. Eso quiere decir que Sara ha podido dejar el lecho y, con seguridad, Diana le estará leyendo un libro.

Empujó la portezuela y, un momento después, pulsó el botón eléctrico de llamada. Mientras esperaba que le abrieran, se quedó contemplando con fijeza, aunque sin prestarle demasiado interés, una placa de lustrado cobre en la pared donde se leía:

*Ronald Morrison Cameron*  
*Ingeniero*

La puerta se abrió muy despacio y en esta apareció una niña de aproximadamente diez años con un dedo sobre los labios, recomendándole silencio.

—Hola, papá. Entra deprisa y de puntillas. Mamá aún duerme.

—¿Duerme? Pero..., al ver luz en el salón, creí que estaría despierta esperándome.

—No pudo, le estuve leyendo un capítulo de *David Copperfield* y enseguida noté que la lectura la adormecía. Entonces corrí a rogarle a Emma un poco de silencio, y volví luego junto a mamá para velar su sueño —hizo una pausa y, al observar sus pies, añadió—: papá, quítate las botas mojadas mientras corro en busca de tus zapatillas. Así andarás sin ruido por la casa.

—Muy bien preciosa —respondió él con una sonrisa. Sin cambiar de expresión añadió—: pero antes cuéntame, ¿cómo ha pasado el día tu madre?

—No lo sé, papá. El doctor Taylor no ha venido aún. Mamá tomó todas sus medicinas y al mediodía comió algo de pescado, y un poco de caldo. Después, como siempre, ha estado hablando sin cesar de su cansancio —sonriéndole cariñosa, adicionó—: enseguida te traigo tus zapatillas.

Diana desapareció internándose por el largo pasillo. Ya a solas Ronald Morrison Cameron reprimió un suspiro. Las últimas palabras de su hija eran ciertas: hacía ya dos años que Sara, su adorada esposa, se quejaba de cansancio. Dos años en los que había adelgazado, perdido el color y las fuerzas, mientras luchaba contra una dolencia traidora que la roía por dentro. Los médicos no se ponían de acuerdo; unos habían diagnosticado vagamente que si era anemia perniciosa, que si era fatiga nerviosa, que si esto, que si lo otro. Y todos los consejos facultativos se resumían en mucho reposo, buena comida y un cambio de clima; una larga temporada, preferentemente, en la Costa Azul.

Diana regresaba con las zapatillas en la mano. Minutos después, padre e hija entraban en el salón donde, sentada en su mecedora, dormitaba Sara Bennett Wilson; los finos cabellos, color del oro oscuro, colgaban en caprichosos rizados junto a las sienes. Su cuerpo, de una delgadez visible, se perdía bajo los pliegues de un amplio peinador de seda gris malva, que realzaba aún más la blancura de su piel.

Con una opresión en el pecho, Ronald la miró con detenimiento: nunca la



delgadez y la fragilidad de su esposa le habían parecido tan crueles. La rosada sombra de la pantalla de luz resultaba impotente para darle color de vida a su faz marfileña y disimular la palidez de sus labios. Sobre la fina epidermis de la frente, cerca de las sienes, se perfilaban las cejas con una precisión impresionante. En el abandono natural del reposo, las facciones de la durmiente parecían tener ya marcadas la rigidez de la muerte.

—Sara... —susurró él con gesto ansioso.

Pese a lo bajo con que fue pronunciado su nombre, la enferma abrió los ojos. Al ver a su marido junto a la mecedora, una sonrisa iluminó su cara.

—Querido —musitó tendiéndole la mano.

Él se arrodilló junto a ella y, apoyando levemente la cabeza sobre su regazo, permaneció muy quieto. Diana, cerca de ellos, los contemplaba con una sonrisa.

—Mi querido Ronald..., mi querida hija —musitó la enferma mirándolos con ternura. Y abriendo y cerrando los párpados añadió agitada—: si supierais... lo que he soñado... ¡Qué bello sueño! Me hallaba en el jardín de una casa, a la grata sombra de un parasol, bajo un cielo purísimo, frente al mar azul..., donde unas barcas de nítido velamen se mecían graciosas. La casa era blanquísima, con un tejado rojo en el que el sol y las deshilachadas hojas de unas altas palmeras bordaban sombras de extraños dibujos. Vosotros dos... paseabais a lo lejos, sobre la fina arena de la playa... atraídos por la belleza del mar. Todo formaba una... imagen plena de armonía, de luz y de color. Y el aire sutil, tibio y perfumado..., penetraba en mi carne como un filtro de vida, dándome... fuerzas y alegría. De pronto, cerca de mí... envuelto en una aureola luminosa, vi... algo así como un bello ángel... que me mostraba, en un amplio y expresivo gesto, el cielo, el mar y la casa, mientras me decía: «Muy pronto tendrá usted un lugar digno del Paraíso» ¡Qué sueño tan delicioso! —concluyó extenuada.

—Pero ¿qué dices? —replicó Ronald riendo—. ¿Sabes una cosa? No ha sido un sueño, Sara, tu paraíso existe y tú serás en él... ese hermoso ángel de tus sueños. ¡Escúchame, dentro de poco tiempo partiremos para el Mediterráneo y nos instalaremos en la Costa Azul, o en la isla de Mallorca, a la que tanto deseas conocer!

Sara juntó sus pálidas manos y abrió los ojos asombrada.

—¡Dios mío! —exclamó excitada—. ¿Entonces, has estado con mi hermano? ¿Norman ha hecho al fin... algo por ti..., por nosotros?

—Sí, antes de una semana saldré hacia París. Allí me quedaré unos días para presentar mis planos y proyectos al amigo y asociado de Norman, el barón Armand Leblanc de Benlliure, a quien es posible que mi invento le interese.

—¿Y cómo te ha recibido... *sir* Norman Bennett Wilson? ¿Te demostró... rencor?

—No, se mostró según su costumbre: reservado y frío, pero correcto. Hacia el final de la conversación, con tono cordial, me dijo: «¡No quisiste seguir mis consejos! Y tus investigaciones científicas te han devorado no solo el capital, sino las reservas. Muy caro, excesivamente caro ha resultado el error. Pero no veas en mis palabras reproche alguno...», naturalmente reconocí que algo de razón estaba de su parte. A continuación, le expuse mis proyectos y le mostré mis planos. Me escuchó atentamente, entre serio y sonriente. Y para probarme su confianza, me ofreció un adelanto de mil libras esterlinas...

—Que tú... no habrás aceptado..., supongo —lo cortó Sara mirándolo expectante.

—Pues te engañas; he aceptado. La devolución de ese dinero me será fácil una vez construidos mis dos motores y vendida la maquinaria que he creado. Las mil libras nos permitirán instalarte junto a Diana en el cálido Mediterráneo. Después, cuando mis negocios estén en marcha, iré a encontraros... y los tres buscaremos el «rincón digno del Paraíso», el mismo que acabas de soñar, y lo adquiriremos apenas la venta de mis planos y máquinas nos hayan enriquecido. Allí viviremos felices, hasta el momento en que seas de nuevo fuerte y ágil como antes y podamos tener otros hijos...

—La dulce y varonil voz de Ronald se veló ligeramente al pronunciar las últimas palabras.

—Querido... mío —balbuceó Sara—, que feliz me... siento al escucharte... hablar así. Juraría que... al conjuro del magnífico sueño... y lo que tú me anuncias... es como si las fuerzas regresaran a mi —acabó mientras por sus pálidas mejillas comenzaban a rodar dos gruesas lágrimas.

—¡No llores, por favor!

—Sí, mamá, no llores, que me pones muy triste —dijo Diana con gesto compungido.

—No me reprochéis... las lágrimas —suplicó Sara—, si lloro es... de felicidad —Con los ojos fijos en su esposo, adicionó—: Ronald, ayúdame ahora... a acostarme de nuevo. La mesa está... ya instalada junto a mi lecho, y para acompañaros a cenar..., igual que al mediodía, pediré caldo... y me esforzaré en comer todo... lo que Emma me ponga en el plato. ¡Ea! Quiero volver a ser fuerte... como antes. En breve..., querido esposo, seré tu Sara... de antaño...

—La mujer más digna de ser adorada que pisa la tierra —indicó él con gesto apasionado. Después, apretándole con fuerza la mano, agregó—: ¿qué hubiera sido de mi vida sin ti? Has aceptado, con una sonrisa de abnegación, todos los sacrificios y privaciones a los que, aun sin desearlo, te condené. Y siempre, ante los desfallecimientos de mi voluntad, has creído en mí, alentándome contra todo, y contra todos; pues bien, la hora del triunfo está cercana. El duro periodo de pruebas agoniza ya, y la vida va a abrirse, ante nosotros, con excelentes perspectivas...

—Para mí... ayudarte, nunca... ha sido un... sacrificio. Ronald, sé todo lo que vales, y yo te... quiero tanto. Desearía que... al fin... tuvieras la suerte... que te mereces —balbuceó ella con voz agitada. Y, tras un cansado gesto, añadió—: Por favor..., ahora llévame... en tus brazos... hacia mi cama.

—Sí, mi amor —contestó él mientras se inclinaba hacia ella. Enseguida, tras levantar el frágil cuerpo de Sara, dirigiéndose a su hija, le pidió—: por favor, cariño abre la puerta.

La niña obedeció y Ronald llevó a su esposa hacia el lecho en el que pasaba las tres cuartas partes del día.

Londres, 15 de mayo de 1913

A *monsieur* Armand Leblanc, barón de Benlliure. Director del Banco de las Artes Metalúrgicas.

Avenida de la Opera, en París.

Mi querido amigo:

Me permito presentarte a mi hermano político, *míster* Ronald Morrison Cameron, ingeniero de la Marina británica, inventor, y un sabio de indiscutible valía, cuyas concesiones son muy originales. Él desea hablar contigo de un negocio que yo juzgo interesantísimo, pero qué, por carecer de medios necesarios (nadie es profeta en su tierra), no ha podido llevar a la práctica en Inglaterra. Espero que en tu país tenga más suerte que aquí. Te anticipo mi agradecimiento por cuanto puedas hacer por Ronald, quien merece ciertamente que alguien se interese por él. Estoy seguro de que harás todo lo posible para complacerme en esta circunstancia, te ruego que aceptes, con mis sinceras gracias, el testimonio reiterado de mi agradecimiento.

Cordialmente, tu socio y amigo,

*Sir* Norman Bennett Wilson

Terminada la lectura de la carta, el barón de Benlliure permaneció un instante pensativo. Después releyó de nuevo la misiva y, luego de quitarse las gafas de armazón de nácar y oro, inclinó reflexivo la cabeza.

—¿Qué querrá decir esto? —murmuró intrigado—. ¿Un negocio interesante que *sir* Norman Bennett Wilson no ha podido llevar a cabo en Inglaterra por «carecer de los medios necesarios»? ¿No ha podido... o no ha querido? La verdad es que, tratándose de un casi hermano suyo que, por otro lado, jamás

me presentó, la recomendación es bastante fría —interrumpiendo su monologo, consultó con la mirada un magnifico reloj, que se hallaba sobre la chimenea, y añadió—: las cinco y media ya. Es preciso, no obstante, que lo vea antes de ir al Club... —dicho esto tomó la tarjeta en que se leía:

*Ronald Morrison Cameron*

*Ingeniero*

Y con la otra mano apretó un botón eléctrico. Casi instantáneamente la pesada puerta de roble esculpido se entreabrió, y un secretario asomó la cabeza.

—¿Ha llamado, barón?

—Sí, Alain. Dile al señor Pierre Le Brun que no se marche antes de que lo llame, porque... es casi seguro que tendré necesidad de él.

—Muy bien, barón.

—Otra cosa. Pásame enseguida al caballero inglés que hace unos minutos te dio su tarjeta. Llámale por sus apellidos, *míster* Morrison Cameron.

—De acuerdo, barón. Corro a prevenir al señor Le Brun, y en el acto haré pasar a *míster* Morrison Cameron.

—Gracias, Alain.

Unos minutos después la puerta se abrió de nuevo, y el visitante se encontró frente a frente con el banquero.

—¿Es *míster* Ronald Morrison a quien tengo el honor de recibir...? —inquirió el barón inclinándose ligeramente.

—Sí, *monsieur* Armand Leblanc —contestó el ingeniero. Y, con fina cortesía, añadió—: me siento muy honrado por su acogida.

—Por favor, tome asiento —pidió cordialmente el francés, al tiempo que examinaba al entrevistado con la sagacidad proverbial en un perfecto hombre de negocios.

De estatura regular, pasado apenas los cuarenta años, Ronald Morrison Cameron presentaba, al examen del banquero, un rostro grave y fino, de tez blanca, coronado por una abundante cabellera rubia, ojos azules, de mirar franco, una boca de dibujo firme, nariz recta y mentón agraciado, que formaban un conjunto de belleza masculina a la vez que de varonil melancolía. Vestía un bien cortado traje de viaje oscuro; en su mano

sostenía un fieltro de pura forma londinense y, bajo el brazo izquierdo, llevaba una gran cartera de cuero que, por lo voluminosa, se adivinaba repleta de documentos.

Pero al observarlo más detenidamente *monsieur* Armand notó que el traje era ya muy usado. Asimismo, debajo del albo cuello de su camisa, la corbata estaba anudada con negligencia, el sombrero se veía algo descolorido, los zapatos deformados por el continuo uso y la cartera de cuero testimoniaba sus largas épocas de servicio, con las innumerables huellas de roces que presentaba exteriormente. Dos profundas arrugas surcaban la frente del visitante, hablando claramente, de tristeza, preocupación y excesivo trabajo. El barón comprendió qué el hombre que contemplaba había, a no dudar, sufrido bastantes contratiempos.

Durante algunos segundos, un vago sentimiento de piedad atenazó el endurecido corazón del banquero Armand Leblanc. No obstante, decidido a enmascarar esa piedad, empleó al hablar un tono más seco que de costumbre.

—*Míster* Morrison, la carta de mi buen amigo, *sir* Norman Bennett Wilson, por su cercano parentesco, le ha abierto francamente a usted las puertas de mi despacho. ¿Al parecer quiere hablarme de un negocio? Explíqueme pues de qué se trata..., y sea usted breve, se lo ruego, puesto que los minutos de que dispongo son limitados.

Tras una honda inspiración, el inglés, con un tono de voz mezcla de ansiedad y nerviosismo, comenzó a hablar:

—Se trata de una verdadera revolución en la industria automovilística. He concebido un coche completo, con motor y accesorios incluidos, de una fabricación tan sencilla y económica que, gracias a su solidez sin par, podría ser vendido a cinco mil francos, con una garantía de diez años. He inventado, para el acero, una aleación del bronce y del aluminio necesario en una fórmula tal que los desgastes son casi inexistentes. También he creado la maquinaria y los utensilios adecuados para la fabricación en serie. Y dicha factoría se efectuará con una rapidez y con una precisión que, estoy seguro, maravillaran al mundo. Gracias a mi invento, el automóvil llegará a ser un vehículo práctico, sólido, duradero y barato por excelencia.

—Cualidades estas —contestó con sonrisa irónica el barón— que los

fabricantes actuales no desean precisamente. Además, es inoportuno el momento para hablar de estas cosas: la industria del automóvil, como de seguro no ignora usted, atraviesa una grave crisis de superproducción; con abundantes huelgas, cierres de fábricas, conflictos laborales y un sin fin de otras arbitrariedades. Los periódicos dan fe de ello todos los días, lo mismo que los comunicados de las agencias financieras. ¡Todo anda mal... muy mal! ¡Y los capitalistas se muestran naturalmente tímidos, temiendo el estallido de una próxima guerra! Pero, en fin, no hay que descorazonarse y, sobre todo, debemos mirar hacia el porvenir. Se dice por ahí que el automóvil será democrático o acabará vegetando. ¿No es esto lo que ha querido usted decirme? Pues bien, lo acepto en principio. Pero tendrá que darme pruebas de su realización.

—¿Pruebas? Aquí están —corroboró Ronald señalando su voluminosa cartera, a la vez que agregaba—: fórmulas, planos, cálculos, diseños... y toda clase de detalles. Todo nuevo, todo hasta hoy desconocido, y el motor también lo es, ya que siendo teóricamente de cinco caballos, desarrolla la fuerza de diez, sin que el consumo de carburantes sea mayor. He construido un motor-tipo, el cual se encuentra en mi casa, en los suburbios de Londres, y funciona a la perfección.

—Todo lo que dice es interesante, pero presiento que será demasiado caro. Vamos a ver, ¿cuánto pide usted por su idea, es decir, por su invento? —preguntó bruscamente el banquero.

—Doscientas mil libras esterlinas —susurró Ronald.

El barón sonrió con sarcasmo.

—¡Usted está loco! ¡Doscientas mil libras! ¡Cinco millones de francos! Y a más serían precisos cincuenta millones para crear la fábrica y otros tantos para lanzar la marca al mercado. Desengáñese usted, tanto dinero para arriesgar no es posible hallarlo en Francia hoy por hoy. —Y, poniéndose de pie, comenzó a pasearse por el espacioso gabinete mientras continuaba hablando—. ¡Más de cien millones! ¿Pero quién los arriesgaría en la hora presente? ¡Nadie! El horizonte político de Europa es peligroso, el malestar va en aumento y, como ya le dije, la voz de alarma ha comenzado a trinar en los Balcanes, donde los cañones, aun bajo una capa engañosa de ceniza, amenazan sin tregua. Y el menor incidente puede hacer surgir la chispa fatal

de una gran guerra. Desear pues, dada la actual inseguridad de Europa, emprender una obra como la que propone usted es algo excesivamente arriesgado.

—Estoy seguro de que... si le propusiera mi invento a un grupo de financieros alemanes —objetó Ronald, con alicaído ánimo—, la fábrica adecuada estaría montada dentro de seis meses, y mis coches correrían por el mundo antes de un año.

El banquero volvió a reír.

—¿Así que es usted de los que aún creen en la audacia de las finanzas alemanas? ¡Qué ilusiones se ha hecho, amigo! ¡Alemania ha forzado de tal modo su producción que la plétora la ahoga! Ninguna de sus fábricas funciona a pleno rendimiento como hace dos años atrás, y le será preciso deshacerse de su producción acumulada antes de intentar nada nuevo de importancia. ¿Duda usted de mis palabras? Pues si es así..., inténtelo, *míster* Morrison. Si lo desea yo mismo le daré cartas de presentación y señas precisas. Pero antes de partir, le apuesto diez mil libras contra una a que no encontrará allí un solo comendatario.

La faz de Ronald se puso pálida. Su voz reflejó un amargo descorazonamiento al confesar:

—Todos me dicen lo mismo; en Viena en Ámsterdam, en Milán... y también mi cuñado Norman. —Sacudió la cabeza y, tristemente desalentado, añadió—: bueno, si no he de sacar provecho de mis invenciones, vale más destruir los planos y desaparecer... —Y como vio que el barón lo miraba fríamente; con indecible cólera, hija de su desmoralización, agregó abatido —: *monsieur* Leblanc, tengo cuarenta y un años, de los que llevo veinte trabajando noche y día en los problemas más intrincados de la siderurgia, de la mecánica y de la dinámica. Ahora, cuando al fin termino la obra salgo de mi antro de labor y nadie quiere escucharme. ¡Y mi motor existe! ¡Mis muestras de hierro-acero, bronce-acero y de hierro-aluminio... existen también! ¡Mis máquinas? Están en el papel con tal claridad que, no falta ni un solo tornillo. He creado además un nuevo motor de aviación no rotativo y de enfriamiento automático..., y todo está listo y dispuesto. Lo mío es la libertad de los esclavos del campo... y de la ciudad. Es el horizonte ensanchado; es el progreso, el auge y el bienestar de millares de hombres. Y



porque pido para vivir, para pagar mis deudas y para comenzar de nuevo sin tantas preocupaciones inmediatas, mis trabajos científicos, se me dice en todas partes: «¡Demasiado dinero!» ¡Es para enloquecer! Cuando pienso que millares de imbéciles confían el dinero a aventureros, y lo arriesgan en especulaciones insensatas, siento en mí la mordedura de la ira. ¡Porque... lo que yo ofrezco es oro! ¡oro puro!

La voz fría e indiferente del barón se dejó oír:

—¿Es todo cuanto tiene usted que decirme?

El tono de la pregunta produjo en Ronald el efecto de una ducha fría. Derrumbado, enjugó el sudor que mojaba sus sienes y, tras un breve silencio, murmuró:

—Sí, eso es todo. Le pido que me perdone; ya dicen que la cólera siempre es mala consejera. Pero la decepción presente es tan terrible que me ha hecho perder la calma. Hace tres días Norman me afirmó que únicamente usted podría salvarme; vine hacia aquí con el corazón lleno de ilusiones; usted era para mí la esperanza. Mis recursos están agotados, mi esposa se encuentra muy enferma..., enferma de gravedad, y tengo acreedores que me acosan implacablemente. Mis trabajos científicos han devorado cuanto poseía..., lo mío y lo de Sara; tengo una hija pequeña para la que yo deseo un buen porvenir. Ahora, al escucharlo a usted decirme «imposible», me siento destrozado. ¿Qué voy a hacer?

Las últimas palabras las pronunció mirando al suelo, con los codos en las rodillas, y la cabeza entre las manos.

—No se desanime usted tan pronto —apostilló el banquero, dulcificando el tono—. A pesar de las observaciones que le he hecho, aún no le he dicho mi última palabra —Ronald levantó la cabeza. El barón prosiguió—: debo confesar que me resulta usted muy agradable... y la verdad es que... me ha tocado el corazón. Además, una sincera y cordial amistad me une con *sir* Norman Bennett Wilson. He dicho ciertamente que la cosa era imposible, ¿usted cree que me equivoco? Tal vez sea así. Vamos a ver; ¿podría dejarme los planos hasta la semana próxima? Estamos a viernes; solo le pido unos días para examinarlos. ¿Le parece demasiado tiempo?

Sus palabras tenían un dejo cordial que ilusionó a Ronald.

—No —murmuro el inglés—, aunque hubiera preferido no separarme de los

documentos que, como ya le dije, son el fruto de veinte años de investigaciones, que aún no están registrados, ni patentados, ni siquiera fotografiados.

—Comprendo; pero no tema por su seguridad. Lo que verá ahora seguro lo tranquilizará.

El banquero se levantó y apretó un botón disimulado en la pared; al instante un cuadro, que representaba un paisaje flamenco, se hundió en el muro corriéndose después hacia la izquierda. Y al instante, sólidamente empotrada en una pared de piedra maciza, apareció una caja de caudales.

—Vea, *míster* Morrison, aquí guardo mis documentos personales y mis papeles de negocios. Sus planos y sus muestras estarán ahí tan seguros como si los hubiera encerrado en un arca blindada de los sótanos del banco de Inglaterra. Le daré, como corresponde, un recibo por lo que me deja; nunca puede estar uno seguro... un accidente siempre es posible, y hay que ser previsor. Bueno, qué, ¿acepta?

—Sí, acepto —respondió Ronald. Levantó los ojos hacia el banquero, y adicionó—: ¿cuándo volveremos a vernos?

El barón reflexionó unos instantes. Tras eso, contestó:

—Pues, mañana sábado tengo el día completamente ocupado; el domingo podré estar solo y lo aprovecharé para estudiar sus documentos. El martes... ¡demonios, se me olvidaba! Ese día tengo dos conferencias con financieros. ¿Podría ser el próximo jueves, a las diez de la mañana?

—Muy bien —respondió el inventor—. Pasaré la semana con los míos, y el jueves me tendrá usted aquí a la hora convenida.

—Bueno, queda todo entendido. Aunque tengo la convicción de que algo podré hacer por usted, no le prometo nada seguro. Deme ya su cartera, *míster* Morrison...

Ronald obedeció. Con mirada preocupada observó cómo el precioso fruto de sus desvelos desaparecía en el antro inviolable de acero. Al instante el banquero accionó el mecanismo y el muro del suntuoso gabinete recobró su aspecto normal.

En silencio el barón empezó a escribir. Cuando acabó le extendió el papel.

—Aquí está el recibo, *míster* Morrison. Márchese tranquilo, voy a ocuparme de esto personalmente. Dudo obtener la cantidad exacta del

dinero que pide, pero haré cuanto de mí dependa... y, si no se muestra usted intransigente...

Ronald tomó el recibo y lo guardó en su cartera de bolsillo. Después le tendió la diestra al banquero, y manifestó:

—Le estoy profundamente agradecido; en cuanto a mi intransigencia, créame que no existe. Aconsejado por usted haré las concesiones que sean indispensables. Gracias a su amabilidad y su promesa de ayuda, podré llevarle a mi esposa el bálsamo de la esperanza. Y puedo decirle que parto tranquilo y confiado.

—No tendrá queja de haber puesto su confianza en mí —repuso el banquero a la vez que estrechaba efusivamente la mano que se le tendía.

Al quedarse a solas, el barón permaneció un largo rato inmerso en sus ideas. Después abrió el arca secreta, sacó de allí la gran cartera y cerró de nuevo.

Luego apretó el timbre de llamada. El secretario acudió al instante.

—Ahora sí, que venga de inmediato el señor ingeniero Le Brun —ordenó.

Momentos después entraba al gabinete un hombre alto, de pelo gris y ojos profundos y sagaces. El banquero le preguntó:

—¿Qué tienes que hacer esta noche?

—Nada en particular —respondió el ingeniero.

—Eso me va muy bien; mira, Pierre, a partir de las nueve, mi oficina estará a tu disposición. Es preciso que examines, con la máxima atención, cuanto contiene esta cartera. Mañana puedes analizar las muestras metálicas que también encontraras ahí. Y si los planos valen ciertamente la pena, fotografíalos a todos sin perjuicio de hacerlos copiar entre el domingo y el lunes. El martes por la mañana, tú mismo los harás registrar todo a mi nombre en la Oficina de Patentes e Invenciones. ¿Comprendido, mi buen Pierre?

—Comprendido, señor barón; trabajaré toda la noche si es preciso. Aunque, preferiría hacerlo en mi propio gabinete, allí tengo lo necesario para las indispensables verificaciones.

—Como gustes. Pero ten en cuenta que el contenido de esta cartera vale, tal vez, cien millones de francos. Por nada del mundo debe producirse el menor extravío. Se tratan de documentos originales y sin copias.

Le Brun tomó bajo el brazo la ventruda cartera y preguntó:

—¿Algo más?

—Sí, qué seas discreto, como siempre... y más todavía, si es posible.

—Descuide, señor barón. Usted ya me conoce —alegó el ingeniero con una sonrisa. Acto seguido se inclinó en un saludo y salió de la estancia.

El barón Armand Leblanc de Benlliure tomó un cigarrillo de un cofrecillo de plata y, mientras lo encendía, se dijo entre dientes:

—Sí el negocio es bueno, lo habré obtenido por un simple bocado de pan. Estoy seguro de que Norman no me estorbará en absoluto; de su cuñado, podré hacer lo que me plazca. Es solo un chiquillo confiado e iluso. —Con mirada apacible contempló las espirales caprichosas del humo—. Ya lo dijo Federico el Grande: «Si podemos ganar algo siendo hombres honrados, ¡seamos hombres honrados! Pero si podemos conseguir algo mucho más ventajoso siendo hombres bribones, ¡seamos bribones!» ¡Y puesto que el fin justifica los medios...! —Una sonrisa le hizo entreabrir los labios al añadir—: ¡pobre diablo! ¡Yo lo siento, pero los negocios, son los negocios!

Al día siguiente por la mañana, apenas se sentó en su mesa de trabajo, el barón Benlliure vio entrar a la flaca silueta del ingeniero Le Brun. La laboriosa noche, que el colaborador del banquero acababa de pasar, había dejado una profunda huella en su descolorido semblante. No obstante, en sus astutos ojos brillaba una luz viva, que contrastaba con la visible fatiga externa.

—¿Y qué buenas me traes? —interrogó el barón quien, al parecer, se encontraba de muy buen humor.

—Las mejores; he examinado todo... todo cuanto contiene la cartera que me entregó ¡Y es, sencillamente, prodigioso!

El banquero lo miró con notable alegría.

—¿De verdad?

—Sí, prodigioso..., no hay palabra más exacta que esa. El hombre que ha concebido y ha dado forma exterior a lo que acabo de examinar es un genio excepcional. Lo que más asombra..., lo que arranca la admiración, son los detalles, la lógica de las deducciones, la osadía y seguridad de los conceptos. El autor de lo que me ha entregado usted posee, como nadie, los secretos de la mecánica moderna. No hay un yerro, un vacío, ni un defecto en su obra,

todo está calculado y previsto; los dos motores, las máquinas y los utensilios para fabricar las piezas de aquellos bastan para consagrar el talento constructor de un hombre. Además, estoy convencido de que ese inventor es capaz de hacer mucho más todavía. Si desea oír mi consejo: adquiera a cualquier precio los servicios de ese hombre porque no todos los días se encuentran genios así.

Le Brun hablaba con una especie de entusiasmo estupefacto. No obstante, parecía que le costaba un gran trabajo hacer que las palabras se deslizaran entre sus finos labios.

—Y conste que yo no me entusiasmo fácilmente —continuó el ingeniero sin cambiar de gesto—. Sé lo que vale una idea aplicable y conozco a fondo la profesión; por eso no vacilo en proclamar mi admiración por esos planos y dibujos. Todo en ellos está dispuesto de manera tan clara y perfecta que el trabajo, en caso de realizarse, se reduciría solamente a vigilar la fabricación.

—¿Te encargarías de dirigir la construcción de todo ello? —interrogó el barón con un hilo de voz.

El colaborador tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su alegría.

—Con todo gusto y placer, puede usted creerme. Tenemos precisamente, en las afueras de París, el terreno necesario y agua excelente, y en abundancia. En menos de un año podríamos ya estar trabajando a todo pulmón y a pleno rendimiento.

—Entonces, muy pronto se te darán instrucciones para comenzar —replicó con una abierta sonrisa el barón—. Y de los metales de muestra..., ¿qué opinas de ellos?

—Me ha faltado tiempo para un examen completo, lo haré hoy mismo. Pero la simple inspección visual, me ha demostrado que también es notable.

—Bueno pues, mi buen Pierre, ahora a descansar. Tenemos tiempo de sobra para todo.

—¿Descansar? Pero si no estoy para nada fatigado. Me ha interesado tanto lo que he visto que apenas si me he dado cuenta de que pasaban las horas y le aseguro qué...

La entrada del secretario en el gabinete interrumpió al ingeniero. Este traía, en una bandeja de plata, una tarjeta. El banquero tomó la cartulina y luego de leerla expresó:

—¡Demonios, qué inoportuno! —miró a su secretario, y le dijo—: Alain, que *sir* Norman Bennett Wilson pase de inmediato. —Y dirigiéndose a su apoderado añadió—: gracias por todo, Pierre. Conserva los planos, y no olvides de hacer copias, y de sacar de ellos una patente de invención a mi nombre.

Le Brun se escabulló por una portezuela, que ponía en comunicación el estudio del banquero con el suyo. Al mismo tiempo por la puerta principal entraba el visitante anunciado, alto, esbelto, de unos cuarenta y tantos años, vestido con la sobriedad cuidadosa y con su elegancia discreta que lo caracterizaba.

—¡Buenos días, amigo! —saludó estrechando la mano del barón.

—¡Felices los ojos que te ven!

—Bueno qué... cuéntame. ¿Vistes a mi cuñado Ronald?

Mientras llegaba la respuesta, el inglés se desembarazó de su gabán de entretiem po, del fino bastón y del sombrero, y se instaló cómodamente en un sofá.

—Sí, mi querido Norman, lo vi ayer. Lo desilusioné un poco, y enseguida me habló de ofrecer sus inventos a los alemanes. Entonces le dije cuál era el porvenir que le aguardaba en Alemania.

—¿Ah, sí? —le cortó el inglés—. Pero ¿té mostró los planos?

—No solo me los mostró, sino que me los dejó.

*Sir* Norman rio satisfecho.

—Eso es maravilloso, no me esperaba menos. ¿Ya los has examinado?

—Naturalmente. Le Brun los ha estudiado toda la noche y ha quedado maravillado. No hay dudas, el resultado de todo ha sido de una completa admiración sin límites hacia el inventor. Y tú ya conoces a Pierre, sabes lo receloso y poco dado a las emociones que es. Pues bien, ha calificado a tu cuñado de hombre genial...

El británico, inclinando la cabeza en signo de aprobación, sonrió desdeñoso.

El barón siguió diciendo:

—¡Demonios! ¡Tienes en tu familia a un verdadero genio y no lo has protegido! ¡La miseria y el infortunio casi han vencido al pobre hombre! Pero ¿por qué no lo ayudas?

*Sir* Norman lo miro con glacial fijeza.

—¿Ayudarlo... cuando lo odio a muerte? —Sus palabras fueron articuladas con gesto terrible y una lentitud tal que hizo estremecer al banquero. Tras un breve silencio continuó—: sí, lo odio, ¡lo odio con todas mis fuerzas! Por su culpa, Sara, mi bella hermana, ha conocido una vida de miseria, privaciones y extravagancias. Lo que no me explico es, ¿cómo pudo nacer el amor entre dos seres tan distintos? Jamás lo comprendí. Ella, elegante, fina, alegre..., hermosa como un ángel, cortejada por docenas de poderosos hombres, poseedora además una dote de veinticinco mil libras esterlinas, y pudiendo escoger a otro esposo..., estúpidamente se enamoró de ese soñador de geometrías, de ese malabarista de cifras, que veía en las ecuaciones poemas líricos. El mismo qué, comiendo, durmiendo y andando, solamente pensaba en fórmulas algebraicas. Tienen solo una pasión en común: la música. Devotamente inclinados sobre el teclado de un piano, han comulgado con Bach, Beethoven, Berlioz, Wagner, Schumann, Verdi y Chopin. Y la chispa amorosa entre ellos nació así. Vivieron seis años en un sueño divino; desde el primer día empezaron a devorar su caudal; ella, en gastos inverosímiles como fue la construcción, en el jardín de su casa en los suburbios de Londres, de un templo dedicado a la música. Y él, en un gran taller donde daba rienda suelta a sus experimentos científicos, algunos de ellos dignos de un loco de atar. Y naturalmente, poco a poco fueron llegando las deudas, los embargos, la miseria..., y ridículo de esa existencia ha caído sobre mí, de una manera atroz. Todas mis amistades deploraban la elección de mi hermana y se extrañaban de qué se mostrase tan feliz en una unión tan disparatada...

—Pero ahora, Ronald, se apresta a tomarse un magnífico desquite —interrumpió el barón—. Si llevamos a cabo el negocio, cuya base son las invenciones de tu cuñado, es más que probable que ganemos millones y en los beneficios tendrá parte toda su familia.

—Pues eso es..., precisamente, lo que no quiero que suceda —expresó *sir* Norman acentuando la sílaba, a la vez que miraba cara a cara a su interlocutor.

El banquero lo contempló estupefacto.

—¿Cómo? ¿No deseas que ganemos una fortuna colosal que está al alcance



de nuestras manos?

—No me has entendido. Lo que no quiero es que Ronald saque un solo céntimo de sus inventos. Y para ello he obrado ya en consecuencia.

—No te entiendo.

—Enseguida me entenderás. ¿Dónde están los planos?

—En un lugar seguro.

—Entrégamelos.

—¡No! —rebatió el barón exaltado mirándolo con franca resolución.

—¿Cómo? —la voz del inglés sonó como un rugido.

—¡He dicho, no!

El británico, con gesto mordaz, sonrió significativamente.

—Claro, la posesión equivale al título de propiedad, ¿verdad? —aseveró con extraña calma, fijando su mirada gris en las pupilas de su socio.

—Pues, sí —contestó el barón—. Tu cuñado me interesa. Posee un cerebro que es una auténtica mina de ideas o, mejor dicho, de oro. Tengo ya pensado construir una sociedad anónima para explotar dicha mina, después de haber explotado por mi propia cuenta las invenciones, cuyos planos me ha confiado *míster* Morrison. Bueno, rinde homenaje a mi sinceridad. La suerte pasa, y yo la tomo.

—Desgraciadamente, esta no podrás tomarla... sin mi autorización.

El banquero se echó a reír.

—Desearía verdad saber de qué manera tú...

El británico lo interrumpió con dureza.

—Ahora vas a saberlo; los planos de los motores y los de la maquinaria están ya patentados a mi nombre. Esta garantía la he tomado en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia y en Austria. ¡Esos planos han estado en mis manos mucho antes que en las tuyas! Y, sí le he prestado a Ronald mil libras, ha sido para adormecer su confianza mientras su abultada y famosa cartera repleta de documentos estaba en mi poder. ¿Tienes dudas de lo que te digo? Pues si es así, aquí están las fotografías reducidas de las patentes y de los recibos que atestiguan que los planos me pertenecen. De ese modo, Ronald anda por el mundo ofreciendo unos inventos que, sin él saberlo, son de mi propiedad.

Pálido de cólera y despecho el barón profirió:

—Pero entonces, ¿qué papel me estás haciendo representar a mí en toda esta escena?

—Calma, no tardaras en saberlo. Como ya te lo he dicho, Ronald no puede vender unos planos que me pertenecen. Soy yo quien lleva la batuta en este asunto, pero no quiero que él se dé cuenta. Mi cuñado ha de llegar a comprender que no sacará nunca un provecho considerable de sus inventos, y para eso he organizado su fracaso en Inglaterra. He venido ahora a Francia a desbaratarle sus sueños de nuevo; pero para eso deseo contar con tu ayuda. De la misma manera que hago esto aquí, lo haré hasta en América, si es preciso. ¡Quiero hundirlo! ¿Qué es un genio? ¡Pues a ese genio deseo yo aniquilarlo por medio de la pobreza y la desgracia!

—¡Es terrible lo que haces, Norman! —exclamó el barón con tono sombrío.

—Ya te lo dije; odio a Ronald... Me robó a mi hermana, con lo que impidió que yo me sirviera de ella, como puntal para agrandar la fortuna de la familia. Lord Edwin quería casarse con Sara... y ese era el esposo que yo le tenía reservado. Uniéndose a él, en una boda suntuosa, mi pobre Sara hubiera sido una de las más deslumbrantes *ladies* del Reino Unido. Con ese visionario de Ronald, Sara ha sido mi diario sonrojo ante la sociedad. ¡Mi hermana lavando ropa, cocinando, confeccionando sus propios trajes y llevando remiendos en el calzado! Escogió su propio infierno y ahora pagará con su vida la miseria que ha sufrido. ¡Ternura! ¡Romanticismo! ¡Qué estupidez! Y si permito que esto continúe, Diana, su hija..., que ya tiene diez años, se marchitará antes de llegar a la primavera de su existencia. Y ese detestable aturdido que es su padre, pese a que las idolatra, no se da cuenta de nada, ni siquiera de que... Sara no tiene porvenir. Bueno, al menos no sufrirá ya mucho tiempo más.

—¿En tan penoso el estado en que se encuentra?

—Sí, por desgracia no hay para ella salvación posible. El médico así me lo ha confirmado. Le quedan pocos días de vida...

—Oh, y él... aún espera curarla gracias al dinero que recibirá de su invento... —En ese mismo instante, por la cabeza del barón pasaron los rostros de Lorena, su esposa, y de Eduardo, su adorado hijo. Una angustia desconocida le oprimió el corazón.

—Norman, no tienes por qué ser tan cruel —opinó—. Si la madre se muere,

queda la niña. Ronald puede amasar una fortuna para ella. ¡No pongas obstáculos en su camino! ¡Renuncia a tus malvados proyectos de venganzas!

—No, eso ya está decidido.

—Pero si la madre fallece y si el padre queda aún más arruinado, ¿no te das cuenta de que los condenas a morir también a ella? Por mucho que odies a Ronald, la niña debería ser sagrada para ti...

—Y lo es..., la vida de Diana es, en efecto, sagrada para mí. En esa pequeña veo revivir a mi hermana y a mi venerada madre juntas. Diana vivirá conmigo. Yo soy viudo y sin hijos; me esforzaré en hacerla feliz y muy rica. Quiero dedicarme a ella, me ocuparé de su porvenir y de todas sus necesidades. Y para vengarme, borraré de su memoria la imagen de su padre. Un Ronald rico jamás se separaría de su hija. Ya sabes ahora por qué deseo que mi cuñado sea aún más pobre y desdichado. Así, desesperado, acabará por expatriarse; quiero que muera solo, lejos, sin el consuelo de una mano querida cerrándole los ojos.

Un estremecimiento de repudió surgió de la conciencia, por lo común poco escrupulosa, del barón. Tras una pausa, miró desdeñoso al inglés y replicó:

—¿Y... sí yo quisiera ayudar a Ronald? ¿Sí me negara a secundar tus horribles planes?

Norman soltó una burlona carcajada, y exclamó:

—Tú no harás tal cosa.

—Te juro Norman que...

El inglés le cortó la palabra con un arrogante gesto:

—Querido Armand..., te recuerdo que estas en mi poder; la única elección que tienes es la de obedecerme. Sé muy bien que tus negocios andan mal; eres prudente, hábil, tenaz..., y tu audacia se ríe de los escrúpulos, pero aun con todas esas cualidades, si me lo propongo, te verías en un callejón sin salida. Por ejemplo, todos los que han depositado fondos en tu banca, exigirían mañana su reembolso inmediato.

—Poseo garantías, además hallaría innumerables apoyos —argumentó turbado el banquero.

—Es posible —contestó flemático el inglés—. Pero debes saber que tengo en mis manos los créditos de tus mejores y más importantes clientes. Puedo exigirte, si lo deseo, dentro de veinticuatro horas, la suma de nueve millones

de francos.... Te puedo hundir cuando quiera. Reconoce que estás a mi merced. Y te juro que, si no me secundas en mis planes, no habrá salvación para ti.

Abrumado el barón Benlliure bajó la frente.

—Para ti, Ronald no es nada..., no es nadie —prosiguió *sir* Norman—. Hasta ayer no lo conocías y mañana ya lo habrás olvidado. ¿Te inspira compasión? Sin embargo, te aprestabas a despojarlo tranquilamente de sus planos. ¿Es o no es verdad?

—Sí, es verdad, pero no de este modo tan cruel... —suspiró el banquero—. ¡Diablos, Norman! Eres peor que un ave de rapiña.

—Pues tú no eres menos rapaz que yo.

—Pero es que yo..., a pesar de lo que tú puedas creer, no pensaba dejarlo en la ruina. Todo lo contrario...

El tono de voz del británico se endureció aún más al decir:

—Deja que ese hombre siga su destino. Ha pasado por tu vida o, mejor dicho, pasó ya. Ahora dime solo una cosa, pero dímela lealmente. ¿Harás todo lo que yo te ordene?

—Estando así las cosas, no me queda más remedio que aceptar —respondió el francés, evasivo.

—Muy bien. Sabía que en el fondo eres un hombre razonable. —Mirando a su amigo fijamente, sentenció—: mis órdenes no tardaran en llegarte. Por desgracia, el desenlace se acerca.

—¿Qué... quieres decir?

—Diana va a quedar huérfana de madre muy pronto. Como acabo de decirte, Sara no vivirá muchos días más; Ronald aún no lo sabe, pero el doctor que la atiende así me lo aseguró... —Y lívido, con los párpados entrecerrados, *sir* Norman Bennett Wilson se abandonó contra el respaldo del sillón, apretando contra los labios un pañuelo de seda, para ahogar los sollozos.

Sentado junto al lecho en que descansaba Sara, Ronald permanecía ensimismado en medio de profundas reflexiones; estaba exhausto, con su espíritu acongojado sintiéndose impotente de ver a su esposa que, desde hacía tres días, permanecía en ese mismo estado de completo desfallecimiento.

El cielo acusaba ya los tintes claros de la aurora; un reflejo azulado se filtraba a través de la ventana. Era un triste amanecer.

Cerca de las seis de la mañana, Sara lentamente comenzó a salir del marasmo en el que, desde hacía varios días, se hallaba sumida. Quiso incorporarse, pero no lo consiguió. Sus ojos dilatados, por el color violáceo de sus contornos, reflejaron una trágica apatía.

Gracias a un inmenso esfuerzo, consiguió apoyarse en los codos y remontarse unos centímetros sobre las almohadas. Pero al instante sus fuerzas se agotaron impidiéndole un nuevo movimiento ascensional, y su cabeza cayó en la almohada. Bañada en sudor y respirando con mayor dificultad que antes, se quedó inmóvil.

Segundos después la enferma volvió la cabeza hacia la ventana. Afuera, la luz seguía extendiéndose y una rama florida se balanceaba frente a los cristales.

—La primavera siempre regresa —susurró sintiéndose extraña.

Su mirada vacilante recorrió la estancia hasta posarse en su esposo que, cansado por la constante vigilia de tantas noches en vela, dormitaba a su lado, sentado en la mecedora.

—Pobre Ronald —suspiró.

Los párpados del durmiente aletearon, y enseguida abrió ojos.

—Sara, cariño, ya estás despierta... —murmuró sonriéndole con ternura.

—Acabo... de... despertar —balbuceó ella—, y ahora... estaba, contemplándote. Querido..., por favor..., abre del... todo la ventana. Quiero ver... salir al sol.

—De acuerdo, pero primero, te arroparé muy bien. No hay que cometer imprudencias, ¿te sientes mejor? Me has tenido muy preocupado pensando que de nuevo volvías a retroceder en tu enfermedad; tienes que ponerte bien pronto. Así, en pocas semanas más, podremos emprender el proyectado viaje hacia el cálido Mediterráneo. —Mientras hablaba la envolvía en un amplio y abrigado pañolón—. Mi hermosa Sara, tenemos que tomar precauciones si no queremos exponernos a una nueva recaída.

La enferma, en un gesto de abandono, apoyó un instante la cabeza contra el pecho de su esposo. De pronto Ronald notó que ella lloraba.

—Por favor, mi cielo, no llores —murmuró estremecido—, me haces daño...

Sara levantó la cabeza. Con gran esfuerzo logró dibujar en su cara, surcada por las lágrimas, una sonrisa.

—Perdóname..., solo ha sido... un poco de emoción... mal contenida. Ya pasó...

—Dime, ¿te sientes más fuerte tras el reparador sueño?

—Sí..., me siento mucho... mejor. Pero tengo... sed de aire puro. Abre... pronto la ventana...; quiero ver... los primeros rayos del sol... sobre las ramas en flor.

El entrecortado y sufriente modo de hablar de ella inquietó a Ronald.

—Pareces fatigada, Sara. Tus manos están heladas...

—No es nada, no te... alarmes. Te... te aseguro que... me siento mejor. Anda, date prisa en... en abrir.

Ronald la ayudó a recobrar la posición horizontal; tras eso se acercó a la ventana y la abrió. Una ráfaga de aire penetró por toda la habitación, tal como si deseara ahuyentar las angustias de la pasada noche.

—Ven, acércate a mi lado. No... permanezcas lejos de mí —susurró la enferma.

Ronald obedeció y tomó asiento en el borde del lecho.

—Háblame —continuó ella—. ¿Estas... seguro de que... el barón Benlliure...?  
—La agitación de su pecho la hizo enmudecer unos instantes.

—Segurísimo, Sara —se apresuró a responder Ronald—. Parece ser un hombre muy formal. Un poco de paciencia y ya verás cómo al fin lograremos hacer ese soñado viaje, que será nuestro verdadero viaje de bodas...

—Un viaje de bodas..., pero con la... novia enferma —bromeó ella y, tras sonreír dulcemente, agregó—: dime Ronald... así que... iremos a Mallorca, ¿verdad?

—Así es mi cielo...

—Y durante el trayecto, yo... estaré impaciente... de hallarme junto... al mar azul. ¿Dónde... nos instalaremos?

La respuesta fue casi alegre.

—En un nido discreto y tibio, entre las palmeras, la sal del mar y la resina de los árboles, en una mezcla de aires vivificadores para ti. Pasaremos allí, junto a Diana, horas hermosas...

—Iremos a... a visitar la... la casa donde vivió... Chopin.

—Sí, claro; serán momentos inolvidables para nosotros, recorriendo la hermosa isla.

—Sigue hablándome..., de nuestro viaje a... Mallorca... Cuéntame..., ¿cómo será nuestra morada?

Ronald sonrió afectuoso.

—Será una casita blanca, clara y alegre, con grandes ventanas, un tanto escondidas tras unas persianas también blancas, y con un techo de gruesas tejas rojizas. En el jardín, los geranios, los claveles, los jazmines y las rosas pondrán, por todas partes, su hermoso colorido. Y muy cerca estará el mar..., el mar inundado de sol, que hará de nuestra Diana un delicado bronce florentino. ¿No la ves ya corriendo con el pelo suelto sobre la arena tibia de la playa?

—Sí..., sí —respondió Sara riendo con voz apenas perceptible—. La veo... veo todo... sigue... sigue hablándome Ronald...

—A pasos lentos, y tomados de las manos, recorreremos los senderos que bordean los árboles, acariciados por la brisa marina. Mi brazo será para ti un sostén más apasionado que necesario puesto que, en plena convalecencia, habrás ya recobrado el ánimo y el buen tono muscular. Y allí, cuando nos encontremos solos los dos, nos amaremos apasionadamente..., y también le

agradeceremos a la vida el habernos conservado el uno para el otro; asimismo, le suplicaremos al Universo que nos permita, estar siempre unidos y morir juntos, a fin de no conocer la separación ni en el más allá...

En ese momento ella comenzó a toser. Ronald la ayudó a mantenerse erguida mientras, mordiéndose los labios con aflicción, la veía retorcerse entre violentos espasmos. Cuando estos se calmaron, Sara se quedó quieta con los ojos fijos en su esposo.

—Creo que... —murmuró con apenas un hilo de voz—, que nada... de eso... podrá ser... Yo he de... partir primero. —Y abriendo desmesuradamente los ojos, con una extraña expresión, siguió diciendo—: querido... mío... tendrás... que seguir la... vida... sin mí...

Tragándose las lágrimas que pugnaban por salir, Ronald musitó:

—Por favor, Sara, calla. Calla, no hables así. Sigue pensando en nuestro viaje, sigue...

Ella, asintiendo con la cabeza, expresó:

—Sí..., sí, ahora... lo estoy viendo todo: los arboles... los paseos, la... la casita. Y... en el umbral de la puerta... veo...

El tono de su voz, a más del semblante de su cara, hizo estremecer a Ronald.

—¡Sara! Cariño, ¿qué te pasa? —gimió contemplándola asustado.

—¡Oh, Ronald! Tengo miedo; me siento... muy rara... y con frío... mucho frío.

—Cerraré la ventana... —exclamó él intentando mantener la serenidad.

—No... no... déjala así... abrázame más fuerte... quiero sentir... el calor de... tu cuerpo... —le pidió ella en medio de un espasmo.

Ronald la abrazó con fuerzas estrujándola contra su pecho.

—¡Sara! Sara, no me asustes, ¿qué tienes? —inquirió temeroso.

—Te quiero..., Ronald... He sido muy... feliz. —Su voz se tornó extremadamente débil y casi ininteligible—. Contigo... muy feliz. A pesar... de las penas... y de las duras pruebas... que hemos pasado..., no me arrepiento de haberte dado mi amor..., mi vida entera. Pero ahora..., todo... acaba ya. Cuida mucho de... nuestra hija..., que no sufra. —Al ver que él sollozaba, con una voz apenas audible, agregó—: no... no llores, por favor... Podría oírte Diana; deja... que muera... dulcemente... contra tu pecho...



contra tu corazón, como si en vez de morir... fuera solo a... a dormirme...

—¡No!, no te duermas..., voy en busca del médico —exclamó él ahogado por el miedo.

—Es inútil..., cariño..., ya... no hay nada... que hacer. Déjame... déjame marchar Ronald, déjame ir...

—¡Sara! ¡Sara!, no me hagas esto... No me abandones ahora.

Entre los brazos de su esposo, el cuerpo de ella fue sacudido por otro espasmo mucho más fuerte. Después se puso rígido, hasta que finalmente llegó el supremo abandono de la muerte.

Ronald, con un sofocado grito, sepultó su cara contra el pecho de Sara, y comenzó a sollozar convulso.

Al regreso del cementerio, Ronald se quedó sentado en la misma habitación en la que Sara había exhalado su último suspiro.

Bajo el peso del sufrimiento que lo aquejaba, su rostro estaba marcado por un rictus de desesperación. En silencio recordó a su adorada esposa muerta en la plenitud de su vida. Su Sara, de cuyo cuerpo el lecho aún conservaba la forma.

Una vecina compasiva, apenas enterada de la desgracia, con engaños había cobijado en su casa a la pequeña Diana, y así había evitado que la niña viera a su madre entre la triste lumbre de los cirios y que tampoco sus ojos contemplaran el negro ataúd en el descenso a la tumba.

No obstante, el padre tuvo que contestar a las preguntas de su hija, dándole por respuesta, una mentira piadosa:

—Cariño, tu madre..., anoche de manera repentina, se puso muy mala... y así se vio obligada a partir hacia el sur de Francia, en busca de salud. Y... al irse no quiso interrumpir tu sueño. Ahora te quedarás un rato más con la señora Collins, hasta que yo regrese... de hacer unos recados.

Diana se echó a llorar negándose a creer que su mamá se había marchado en mitad de la noche sin despedirse de ella. Hasta que, poco a poco, ante las palabras de su padre y de la señora Collins, se resignó proponiéndose esperarlo con una sonrisa de aceptación.

Ronald seguía sentado en la recámara. ¡Qué doloroso había sido el trayecto de regreso del Camposanto!, caminando, con pasos de autómatas, junto a su cuñado. Este último, elegante en su traje de severo luto, se había

mantenido todo el tiempo silencioso y parco.

Con la mirada cargada de dolor e impotencia, Ronald observó a los hombres de la ley que, en aquellos mismos instantes, hacían el inventario en su morada. Estaban allí desde muy temprano, fríos, severos e indiferentes, esperando que partiera el cortejo fúnebre para empezar con su deshumanizado trabajo.

Sobre una mesa, estaban los papeles que atestiguaban los embargos efectuados.

*Sir* Norman caminó hacia allí deteniéndose a observar. Con sus enguantadas manos removi6 los documentos de los acreedores y ante sus ojos desfilaron algunas de las cifras no pagadas: cuarenta libras, noventa... ciento cincuenta mil, quinientas, otras mil libras. Al mirar a su cuñado, sus pálidos labios se entreabrieron en una sonrisa de glacial ironía y odio satisfecho. Estaba ya seguro de qué de ese hombre, que lloraba en un rincón con la expresión de un niño extraviado, él haría lo que se le antojara.

—Ronald —exclamó al fin dirigiéndose a su cuñado.

—¿Qué deseas, Norman? —contestó el nombrado levantando la cabeza.

—Quiero hablar contigo, acerca de lo que proyectas hacer...

—¿Juzgas tan necesaria esa conversación? ¿No ha terminado casi todo para mí?

*Sir* Norman se encogió de hombros.

—No es dejándote llevar por el desconsuelo, ante el lecho vacío de tu esposa y de esta casa silenciosa, como restablecerás tu caótica situación. Para empezar, esta morada ya casi no te pertenece, los muebles tampoco, y mañana mismo quizás aparezca en la puerta un letrero diciendo: «Casa lista para vender o alquilar». Y muy pronto, en una subasta pública, se dispersarán los objetos familiares. Dime, pues, ¿qué piensas hacer? ¿Qué será de tu pequeña hija?

—Diana —musitó con desaliento—. Mi Diana...

El reciente viudo permaneció callado unos instantes. Con gesto mecánico se pasó un pañuelo por sus ojos enrojecidos y prosiguió.

—No sé. No sé lo que voy a hacer. Muerta mi Sara, mi universo entero es Diana...

—¡Pero vais a perecer de hambre los dos! ¿Dónde dormiréis mañana? ¡Ni

siquiera puedes contestar a eso! —Ante el silencio de su cuñado, *sir* Norman saboreó con intensidad el triunfo de su odio. Después añadió—: ¿no supondrás que yo... os voy a dar asilo, verdad? ¿Ni que vivirás a mis expensas siguiendo la misma conducta imprevisora, y bohemia que siempre fue la tuya? La cual arruinó la vida de mi hermana.

—Nunca supuse tal cosa... —barbotó Ronald con tono de amargura—, y tu hermana, mi amada esposa, fue muy feliz conmigo. Ya sé que no soy santo de tu devoción, también sé que..., por lo tanto, de ti no he de esperar ayuda alguna. ¿Quieres saber que me propongo hacer? Te lo diré: para comenzar traeré a mi hija y la abrazaré con fuerzas. Después de eso abandonaremos estos muros. A Diana la dejaré en la pensión de una familia amiga y yo partiré al continente en busca de trabajo...

—¡Pero no puedes marcharte así! —exclamó su cuñado perdiendo la calma—. Si bien las penas de cárcel, por impagos, ya casi no existen, el honor te impide abandonar Inglaterra sin pagar lo que adeudas. Ni aun con otro nombre en el extranjero te evitará una sentencia infamante en los tribunales. Y serás un hombre sin honor, sin dignidad. ¿Deseas hacer desgraciada a tu hija de esa manera en el futuro? ¿Quieres en el presente condenarla, encerrándola en una mísera pensión a una existencia de reclusa? Reflexiona, Ronald, el porvenir de Diana está en juego y depende de tu resolución. Vamos a ver, ¿cuáles son tus recursos actuales?

—Tengo, una docena de libras en el bolsillo y un centenar en el banco.

La voz de *sir* Norman recobró su dureza al decir:

—Tus deudas ascienden a cuatro mil libras, o quizás más, y...

—No te olvides de que tengo en trámite la venta de mis motores y máquinas —lo interrumpió y agregó—: y con eso podré sostenerme un tiempo, hasta que todos eso me convierta en un hombre de sólida posición.

La respuesta de su cuñado tuvo la sequedad de un latigazo:

—Mi amigo, el barón Benlliure, te ofrece por todo ello cincuenta mil francos.

Ronald palideció. Con los ojos inmensamente abiertos, cuestionó:

—¿Cincuenta mil francos? ¿Es decir, solamente... dos mil libras?

—Ni un penique más. Y hasta exige la cesión en absoluta propiedad. —Ante el trágico silencio del ingeniero, el financiero siguió diciendo—:

¿prefieres acaso conservar unos papelotes, que tal vez sean del todo improductivos? ¿Quién sabe si antes de un año, o de seis meses... o de dos semanas, alguien más no habrá inventado una cosa parecida o mejor aún? Aprovecha lo que sé te ofrece, y abandona las quimeras...

—¡No puede ser! —gimió.

Lentamente, como mordiendo las palabras, Norman añadió:

—Si tú lo aceptas, yo puedo salvarte. No lo haré por piedad hacia ti; lo haré por respeto a la memoria de Sara y por el cariño que me inspira Diana. Pero impongo una condición...

—¿Cuál? —preguntó Ronald mirándolo a través de las lágrimas.

Sin compadecerse, Norman respondió:

—Mi condición es que partas de Inglaterra para siempre y dejes a Diana conmigo.

El inventor miró a su cuñado con horror. La respuesta fue un terrible grito:

—¿Abandonar yo, a mi hija?! ¿Dejártela? ¿Estás loco, Norman?!

—Sabes bien que no. Justamente es la cordura lo que me hace hablar así. Amo a esa niña, haré de tu hija, lo que..., por tu culpa, no pude hacer con mi hermana. Diana será lo que tiene que ser por su origen y por su madre. Bajo mi protección, ocupará un puesto distinguido en el gran mundo; será inmensamente rica, puesto que yo me ocuparé de su dote. Y mucho me equivoco o he de casarla con un joven de la alta sociedad, incluso de la nobleza. En cuanto a ti, trabajarás en América del Norte, tengo precisamente un cargo modesto, pero honroso, que ofrecerte.

—¿De modo...? —rugió Ronald—, ¿qué ya lo tenías todo resuelto? ¿Quieres condenarme a vivir solo como un perro, con mis lágrimas y mi desconsuelo? Sabes, antes que eso prefiero descerrajarme un tiro en la cabeza.

—Esa sería también una buena solución —expresó fríamente su cuñado—, sobre todo sí, como temo, continúas bajando lastimosamente la escala social. Por su parte, Diana llevaría toda su vida la marca de esa piedad infamante que está reservada a los hijos de padres temerarios. La etiqueta de «hija de un suicida» haría de ella una desventurada sin remedio. Y, no es eso lo que deseas, ¿verdad?

—¡Demonios! —suspiró con tristeza—. ¿Por qué no he sido yo el llamado a

dejar este mundo? ¿Y porque me torturas así Norman? —Lo miró directo a los ojos y en gesto incomprensible, añadió—: ¿por qué no me ayudas? Eres inmensamente rico; paga mis deudas, permíteme que continúe viviendo en esta casa..., trabajando, cuidando de mi hija y educándola. Déjame el único consuelo que me queda: ver de cerca la transformación de Diana de niña a mujer. Si conscientes a eso, tu sacrificio sería mínimo, y nosotros seríamos felices...

—¿No te da vergüenza mendigar así? —lo interrumpió su cuñado mirándolo con asco. Sin cambiar de gesto, continuó—: no esperes de mí nada de cuanto pides. Ya te lo dije, mi fortuna no ha de ser para el sostén de tu despreocupación bohemia. Y no quiero que Diana comparta tu desgraciada vida, sufriendo privaciones... —Y tomando uno de los papeles que se hallaban sobre la mesa, el financiero prosiguió—: eres mi deudor, aquí está consignada tu deuda de mil libras esterlinas. Si rehúsas a mis proposiciones te juro que hoy mismo activo contra ti los procedimientos legales...

—¿Tanto me odias, Norman? —interrogó Ronald contemplando a su cuñado con inaudito estupor.

—Sí..., y eso lo sabes muy bien. Más de una vez te lo dije en la cara; hiciste desgraciada a Sara y no quiero..., no puedo consentir, que su hija también lo sea. Reflexiona por última vez. Si aceptas mi proposición, a Diana le esperan la felicidad y el bienestar que traen los honores de la fortuna. Si rehúsas, les aguardan a ambos la miseria, la lucha por el pan cotidiano, la inquietud. Aprobando mis condiciones, tendrás la ocasión de salir de Inglaterra con la frente alta y las manos limpias. Las fundiciones de Pittsburg, en los Estados Unidos, te ofrecen un contrato de diez, a doce años de duración y te adelantan al partir, cinco mil dólares. Sí te niegas, yo mismo me encargaré de cerrarte todas las puertas en el mundo en que trabajo..., aquí, y en el continente. Antes de un mes dormirás con tu hija en los asilos nocturnos de Londres o París...

Ronald continuaba con los ojos fijos en Norman, tal como si lo escudriñara.

Y, tras bajar la cabeza, musitó vencido:

—Eres tan frío. Tan inflexiblemente frío e injusto que das miedo...

Norman lo miró impertérrito. Después, exclamó:

—Soy todo lo que tú digas. Pero ya..., decídete.

El inventor levantó de nuevo los ojos hacia él y, señalándolo con el dedo, sentenció:

—Norman, en esta hora... en que el dolor, la ruina y la desgracia me abruman con su peso, me pones ante la más cruel de las alternativas. Tú sabes de la manera en que amo a mi hija y te complaces en arrancarla de mis brazos, poniendo ante mis ojos la visión de la miseria que padecería a mi lado y del bienestar que gozaría contigo. —Tras signar una pausa, con el rostro desfigurado por la intensa pena, siguió—: solo el más criminal de los egoístas podría rehusar lo que le ofreces a mi pequeña. Pero... estoy seguro de que vendrá un día en el que se te pedirán cuentas de esta obra de odio que hoy realizas.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con doloroso quebranto.

Norman seguía con su actitud indiferente.

—Entonces, ¿aceptas? —cuestionó con fría voz.

—Sí..., acepto, ya que me veo forzado a hacerlo —musitó el ingeniero con visible sufrimiento. Sin cambiar de expresión, agregó—: te dejaré a mí Diana y... y partiré hacia América, donde trabajaré día y noche si es preciso. Me exigiré, hasta sudar sangre, en ganar una fortuna para mi hija. Al barón Benlliure dile que... puede vender mis planos por lo que le ofrecen. Aun cuando sé que soy víctima de un desalajo inocuo, me siento excesivamente hundido y fatigado para seguir luchando en este terreno. Ahora, por favor, márchate... Necesito estar a solas.

Sin hacerse de rogar, *sir* Norman tomó su sombrero y asintió:

—Bien, me marcho. ¿Cuándo pasaras por mi casa para el arreglo definitivo?

—Mañana.

—De acuerdo, muy temprano cablegrafiaré a Pittsburg la noticia de tu aceptación. Y será preciso fijar la partida para dentro de una semana...

—Partiré, cuando tú... lo dispongas...

—De acuerdo. Hasta mañana... —saludó el financiero saliendo con paso firme.

El ingeniero se quedó allí solo. La noche comenzaba a extender su sombrío manto; las nubes grisáceas corrían persiguiéndose en el lluvioso cielo.

Con voz estremecida, a la vez que sofocaba un sollozo, exclamó:

—Mi querida Sara. Mi pequeña hija. ¡Perdidas las dos! —Y, aunque no era muy religioso, imploró—: ¡Dios mío! No me abandones del todo, por favor.

La lluvia comenzó de pronto a azotar con violencia los cristales. En el jardín, el viento hizo gemir a los árboles. Ronald inmóvil no se dio cuenta de nada, ni siquiera de que la oscuridad lo iba envolviendo como un negro sudario.

Ocho días después, en el puerto de Southampton el Jorge III, un enorme buque de carga con destino a Nueva York, y que ocasionalmente aceptaba pasaje, recibía a bordo a un hombre de cabello rubio y ojos tristes.

Cuando el buque soltó amarras, en el aire flotaba una espesa niebla. La sirena del Jorge III, cómo en un lúgubre saludo, iba contestando a los demás navíos.

Inmóvil, apoyado en la barandilla de popa, el pasajero de mirada triste contemplaba, a través del velo impenetrable de la bruma, cómo, poco a poco, se borraba la silueta de la tierra de su amada tierra natal perdida, tal vez, para siempre.

Con los ojos abnegados de lágrimas musitó:

—Adiós, Sara. Adiós, Diana. Nunca sabré con acierto si era preciso que tomara esta terrible decisión. Pero, tal como están las cosas, creo que hice lo que correspondía.

Con mirada borrosa Ronald observó, a través de la densa niebla, una desordenada procesión de panzudas barcazas, atracando o zarpando de los muelles; entre ellas, en sentido contrario, el Jorge III cruzaba su estela espumosa con otros buques, cuyas negras figuras difuminadas pedían también paso haciendo sonar sus sirenas.

En la boca del puerto al buque que marchaba a América, le rozó la borda un soberbio trasatlántico, un palacio flotante, repleto de despreocupados pasajeros que, desde los puentes y los pasillos, agitaban sus pañuelos saludando a los que se iban cruzando en sentido inverso.

A Ronald, aquellos saludos de júbilo y desbordante alegría le hicieron mucho daño.

Él dejaba en Inglaterra todos sus afectos: su adorada Sara y el inmenso amor de su hija, que le habían arrancado brutalmente de sus brazos, de esa chiquilla a quien adoraba ciegamente, la que en ese momento se quedaría, durante su forzada ausencia, en poder de su malvado cuñado.

Ese mismo día en París, el barón Benlliure, de regreso de Londres, abrazaba a su esposa y a su hijo.

—Mis queridos... —les decía mirándolos con adoración—. El negocio está hecho. Se acabaron las preocupaciones; Lorena, mañana mismo iremos en busca del collar de perlas de Oceanía que te prometí y también compraremos ese chalé de la Costa Azul que tanto nos gustó. —Girándose hacia su hijo, añadió—: y tú, Eduardo, tendrás al fin la motocicleta que te prometí hace tiempo; de verdad me siento el hombre más feliz del universo. ¡Cincuenta millones, por cincuenta mil francos! —Y sacando de la cartera un cheque, siguió diciendo—: he aquí mi participación, veinticinco millones, que le encargaré al Banco de Francia para que este pida al Banco de Inglaterra, que me los abone en la cuenta. ¡Un negocio fabuloso, os aseguro! ¡Y el trabajo, para ponerlo en marcha, ha sido sencillísimo! Decir solo «sí» y firmar un contrato. ¡Somos ricos, pero ricos de verdad, queridos míos!

Durante algunos segundos, el banquero continuó exteriorizando su júbilo, efectuando una serie de cabriolas sobre la alfombra, que cubría la inmensa sala de su casa. Su esposa y su hijo lo miraban sonriendo felices.

De pronto, el barón de Benlliure se quedó pensativo unos instantes. Tenía que tener cautela, mucha cautela en todo y no dejar que el dinero lo trastornara y lo llevara a cosas que podrían afectar a su familia y a su estatus social. De ningún modo deseaba terminar como, años antes, había terminado el banquero Gustave Brasseur, en la ciudad de Verdún, que había resultado un verdadero escándalo y había conmocionado a toda la opinión pública.

Con expresión preocupada recordó las noticias que habían hablado del comportamiento de Brasseur, quien había comenzado a ser sospechoso de estafas allá por 1907. Dos años después, la Banca de Meuse había pasado a liquidación judicial y de inmediato había sido vendido el mobiliario personal



de la familia del banquero.

Para peor, Gustave Brasseur había sido detenido un mediodía y llevado bajo arresto, a la vista de la envidiosa muchedumbre. Se decía que el banquero especulaba con la Bolsa desde 1905 y había sufrido pérdidas enormes hasta que el síndico de la quiebra expuso el balance que mostraba un déficit de un millón y medio. «Eso a mí no me sucederá nunca. Esto es diferente, el dinero lloverá a mis manos sin que tenga que rendirle cuentas a nadie», se dijo el barón de Benlliure exhalando un suspiro, mientras sacudía la cabeza procurando ahuyentar las visiones que venían a sus ojos.

En ese mismo momento en Londres, dentro de la magnífica morada de *sir* Norman Bennett Wilson, este, con gesto cariñoso, le decía a su sobrina:

—Pídeme cuanto quieras, Diana. Quiero colmarte de regalos para que recuerdes siempre el día de tu llegada a mi casa.

Vestida de negro, pálida y con un inconfundible reflejo de angustia en su mirada, Diana Morrison Bennett permanecía muy quieta, de pie frente a su tío.

Muy delgada y frágil, la abundante cabellera rubia de la niña daba marco a su fino rostro. Sus magníficos ojos azules miraban sin ver.

—Anda, vamos, pídemelo que se te antoje Diana —repitió *sir* Norman—. ¿Quieres un poni, o tal vez algún juguete en especial? ¿Una hermosa muñeca?, ¿una bicicleta, de las más modernas...? ¿Qué te parece un yate de recreo que lleve tu nombre?, ¿un automóvil con chofer para ti sola? ¿Te gustan los muebles de tus habitaciones? Si lo deseas puedes elegir otros. Dilo..., vamos, no seas tan tímida.

La niña, en medio de un hondo sollozo, balbuceó:

—Quisiera... quisiera, tener a mi papá y a... mi mamá junto a mí...

El financiero se estremeció.

—Ya te dije que eso no es posible. Tu madre emprendió un largo..., muy largo viaje. Y tu padre se... ha visto obligado también a salir de Inglaterra.

La pequeña levantó hacia él los ojos mirándolo con ansiedad.

—¿Mi mamá ha partido para un viaje sin regreso, verdad? A las niñas se las viste de negro cuando sus padres mueren.

—Diana, no hables así.

Ella, de un manotón, se limpió las lágrimas de sus ojos y murmuró:

—Mi padre me mintió; todos me mienten. Sé con certeza que mi mamá ha muerto, y por eso tú... también llevas luto en el brazo de tu chaqueta. Pero ¿por qué mi papá se ha marchado y me ha dejado aquí sola contigo? ¡Yo quiero estar con él!

*Sir Norman* suspiró desalentado.

—Pequeña, dentro de un tiempo, es decir..., cuando seas mayor, te lo explicaré todo. Ahora no puedo. Pero hasta entonces, yo seré quien reemplace a tus padres; serás como una hija para mí. Una hija adoptiva muy amada, solo bastará con que me quieras un poco. Lo harás, ¿verdad, hija mía? Por favor, di que sí... —suplicó.

La niña lo miró a través de sus lágrimas. Asintiendo con la cabeza, murmuró:

—Sí, tío, aunque no te conozco mucho, lo haré.

—Gracias cariño. Ahora pídemelo lo que quieras.

Después de secar el llanto, en medio de un hondo suspiro, Diana habló lentamente:

—Por la vecina que me cuidaba, he sabido que nuestra casa va a ser vendida. Mi mamá siempre decía: «Es nuestra querida morada, y cuando nosotros ya no estemos, será tuya. Trata siempre de vivir cerca de aquí, y así nuestras almas sabrán donde encontrarte». Tío Norman, no permitas que vendan mi casita.

Dando una honda inspiración, el financiero prometió:

—Quédate tranquila, no se venderá. ¿Quieres algo más?

—Desearía que tampoco cambien nada, por si algún día mi papá regresa...

Norman apretó con fuerza la mandíbula.

—Nada será cambiado —volvió a prometer muy serio, asintiendo con la cabeza.

—Gracias tío. Eso es todo lo que quiero —murmuró la niña en medio de un hondo gemido.

—No llores, Diana, por favor. Mi único deseo es solo verte feliz. —En un súbito arranque, de humana sensibilidad, la rodeó con sus brazos y, atrayéndola junto a su corazón, con voz levemente temblorosa le dijo—: ¡mi

pobre y querida Diana! ¡Yo haré que llegues a quererme mucho!

Y paternalmente la besó en la frente. La niña aceptó el beso, pero no lo devolvió.

## PRIMERA PARTE

—*C*réeme, papá, esto que me he comprometido a hacer por ti, no me hace mucha gracia. Por el contrario, me fastidia bastante —exclamó Eduardo Leblanc de Benlliure entre sonriente y enfurruñado.

—Pero ¿cómo es posible que te quejes así? —replicó su padre—. Iras a Londres, a bordo de tu propio yate. Asistirás a la soberbia fiesta de la que, desde hace semanas, tanto hablan los periódicos mundanos de Londres y de París, la misma en la que hasta el mismo Príncipe de Gales estará presente.

—Bah, como si eso a mí me importara mucho. Bien sabes que no comulgo con la monarquía...

El barón alzó el brazo, en señal de protesta, y respondió:

—Da lo mismo. Igualmente gozaras de una fiesta memorable y, una vez más, de la fastuosa hospitalidad de *sir* Norman Bennett Wilson ¡Ah, pillo! Y también veras de nuevo a la belleza más perfecta de Inglaterra. Nada menos que a *miss* Diana Morrison Bennett. ¡Y con lo que te gustan a ti las mujeres bonitas! ¡Sin olvidar que a ti te conoce desde niño!

—Sí, claro que me gustan las mujeres bonitas, pero a condición de que no les dé por hacerse las esfinges. Y que tampoco abusen del mirar glacial y altanero, estudiadamente aburrido, como ella. El desdén aristocrático y la reserva misteriosa de la bonita sobrina de *sir* Norman siempre me han irritado bastante, incluso ha llegado a alterarme el sistema nervioso. Creo que mamá, en paz descansa, opinaba como yo.

—No, eso no es verdad; tu pobre madre solo lamentaba que Diana no tuviera con ella un poco más de confianza...

—Lo que, dicho con la mayor cortesía, viene a ser lo mismo. ¡Esa aristócrata se cree una diosa de carne y hueso! Es bella e inteligente, pero

distante y altanera, un verdadero témpano de hielo.

—Vamos, hijo, no exageres. Además, hace ya casi dos años que no la ves, en ese tiempo debe de haber cambiado mucho.

—No lo creo. Además, a pesar de su belleza, mi gusto en mujeres...

El barón, con otro gesto de su mano, interrumpió a su hijo.

—Es el que encarnan, por un lado, Bernabé, la que acabas por despachar, para liarte con esa Natacha, ¿verdad?

—¡Papá! Me haces ruborizar.

—Pues, como veras..., yo me entero de todo lo que tú haces. Esa interprete «sigloventista» de danzas faraónicas es guapísima; creo que incluso, si se lo propusiera, podría emular a la famosa Kiki de Montparnasse. Y te aseguro que, si no fuera por temor a parecer un tanto inmoral, te felicitaría.

—Sí, como mujer vale realmente la pena. ¿Sabes una cosa?, mi buena y querida amiga, Eloísa de Beltrajoz, se ha empeñado en hacerle un retrato vestida de «La danzarina de las perlas».

—Vaya, seguro que quedará precioso; después lo cuelgas en mi estudio. Que interesante debe de ser el coloquio, entre la pintora y la modelo durante las sesiones de pose, ¿verdad?

Padre e hijo habían acabado de almorzar. La despreocupada conversación era interrumpida, de vez en cuando, por un gemido que el barón dejaba escapar de sus labios. Desde hacía algunos años sufría de un terrible dolor de una pierna, la que podía verse debajo de la mesa, envuelta en un amplio vendaje y cubierta de franela, a consecuencia de una crisis de artrismo agudo.

Su enfermedad también era visible sobre la mesa, ya que frente al barón había solo un plato con vegetales hervidos, bizcochos y agua de Evian.

—¿Bueno, queda pues todo convenido, no es verdad? —volvió a decir el padre, apenas el dolor se calmó—. Irás tú solo a Londres. Reconoce que con mi pobre pierna averiada, a causa de este ataque artrítico, no me es posible viajar. Y Norman no nos perdonaría jamás la falta de deferencia que significaría el que ninguno de nosotros esté presente el día de la fiesta.

Eduardo hizo una mueca irónica.

—¡Que estampa más divertida de ese..., tú Norman! En fin, papá, no hablemos más del asunto. Para complacerte iré a comer la sopa de tortuga,

el *roastbeef*, el *pudding* y las mermeladas de *sir* Bennett Wilson. Y a su aristócrata sobrina, después de dedicarle una acentuada reverencia digna de la corte del Rey Sol, con gesto solemne, le presentará el magnífico collar de amatistas que le obsequiamos. Y para no desentonar, ya que estaré entre ingleses, mostraré una actitud serena y resignada, y me aburriré con la mayor dosis de flema posible...

El banquero, moviendo la cabeza con evidente recreación, exclamó jocosamente:

—¡Que cínico eres cuando quieres! Harás muy bien obrar como un buen hijo.

—De acuerdo, papá, así lo haré. ¡Pero..., demonios! Ahora caigo en cuenta de que aún no le he hablado a Natacha de mi próximo e impostergable viaje a Londres. Y como tendré que decírselo bruscamente, me va a armar una chillería de todos los diablos.

—Pues, aguanta el chaparrón. Aunque no creo que tenga demasiado derecho a enfadarse por una cosa así. Ella no es tu prometida, y espero que nunca llegue a serlo. Por lo que, como una «amiga especial», podrás prometerle un costoso regalo, de procedencia londinense, y ya verás cómo enseguida se queda tranquila. ¿Cuándo te marcharás?

—Pasado mañana, bien temprano. Necesito algunas horas para aparejar el yate, un día para llegar e instalarme en Londres y otro para prepararme para el aburrimiento que me aguarda en los salones de *sir* Norman. Como ves, no me queda hoy más que la tarde y parte de la noche libres. Bueno, ahora me marcho rápido...

—Como gustes, hijo...

Eduardo dejó su taza de café vacía sobre la mesa y aplastó el cigarro a medio consumir, en el cenicero.

El barón en aquel momento lanzó un gemido.

—¡Ay! ¡Maldita pata enferma!

—¿Deseas que te acompañe hasta el sillón? —preguntó el joven deteniéndose.

—No, sufro demasiado ahora para poder moverme. ¡Maldito artritismo! Anda, Eduardo, vete ya; escapa de aquí que, como siga apretando el dolor, voy a jurar y rejurar como un pagano, y para eso prefiero estar solo. No te preocupes, enseguida vendrá Damien a atenderme...

Tras obedecer a su padre, Eduardo salió de la estancia, no sin antes mirar al enfermo con filial compasión.

Doce años habían transcurrido desde la trágica mañana en que había muerto Sara Bennett Wilson y que a su esposo, Ronald Morrison Cameron, sorprendido en su buena fe en medio de una desleal batalla de rapaces, dos hombres lo habían despojado de todo, lo que lo había obligado a conocer la ruina total y el destierro.

Cuando estalló la Gran Guerra, las fábricas acababan de ser construidas y, por espacio de cuatro años, en medio de la terrible contienda, la industria metalúrgica se hizo cada vez más necesaria.

En 1916 Eduardo Leblanc de Benlliure, que acababa de cumplir dieciocho años, tras la inesperada muerte de su madre, se había alistado como voluntario en la infantería, mientras su padre y el ingeniero Pierre Le Brun, se había multiplicado para permanecer más de quince horas por día en las fábricas.

La guerra había terminado en noviembre de 1918, con una Alemania al borde de la destrucción y en medio de un caos que acabó ensangrentado al mundo en una escala nunca antes vista, lo que había alterado el curso de la historia, con el brutal exterminio de una generación de hombres jóvenes y con relatos que hacían congelar la sangre y poner los pelos de punta.

A pesar de que a un comienzo la movilización había dejado desiertas las calles, la reacción que provocó luego fue afortunada para la metalúrgica, que multiplicó su ritmo. La terrible lucha había favorecido prodigiosamente a los automóviles y camiones, con la marca de la fábrica del barón puesto que, unos y otros al igual que los aviones, confirmaron en todo momento las cualidades de su solidez, duración y seguridad.

De ese modo, la fortuna del banquero se había cuádruplicado hasta alcanzar las proporciones de diez por uno. La fiebre de esa prodigiosa ascensión hizo de él un superhombre, al margen de las debilidades de los demás mortales, mostrándose en los negocios y en el trabajo duro autoritario e implacable.

La trágica muerte de la baronesa, ocurrida el 7 de mayo de 1915, en su



regreso desde Nueva York a bordo del siniestrado buque El Lusitania, había contribuido aún más a reseca su corazón. Lo peor de todo era pensar que había sido él mismo quien la había obligado a partir hacia Norteamérica apenas comenzada la guerra, para visitar allí a su hermana y, de paso, permanecer lejos del principal foco de la contienda. Pero Lorena, al comprobar que no podía seguir lejos de su familia mucho tiempo más, había decidido regresar antes de lo previsto. ¿Quién iba a pensar que aquel sólido trasatlántico, que se suponía neutral, con casi dos mil personas a bordo en un viaje de placer, terminaría siendo bombardeado? Esa misma tragedia había sido la que había obligado a los EE. UU. de Norteamérica a entrar de lleno en la contienda.

Tiempo después se había sabido que aquel crucero de lujo estaba pasando por una zona declarada en guerra por los alemanes. Al día siguiente, en la plana mayor de todos los diarios del mundo, había aparecido la horrorosa noticia de aquella atrocidad, con el encabezamiento de: «Alemania cometió un horrible pecado...». Habían muerto más de mil doscientos hombres, mujeres y niños, entre ellos la baronesa. Y durante muchos meses, su esposo, el barón de Benlliure, había permanecido postrado por el dolor. Su amigo y socio, *sir* Norman Bennett Wilson, de inmediato había viajado hacia Francia para darle su sentido pésame y recordarle que, entre ellos, había una extraña y terrible similitud de destinos, ya que, la segunda esposa del inglés, también había muerto durante un viaje de placer hacia América del Norte, en el hundimiento del Titanic en su recorrido inaugural, en abril de 1912.

A partir de ahí, para el banquero el único refugio de ternura fue su hijo. Por cierto que el afecto paterno no podía ser más justificado. Eduardo se había transformado, dentro de la alta esfera social, en un soltero muy codiciado, virilmente guapo, distinguido, generoso y leal.

El único defecto que poseía, si podía llamarse así, era la disoluta vida personal que llevaba a consecuencia de su debilidad por las mujeres, por lo que se veía a menudo inmerso en reiterados problemas, muchos de ellos bastante sonados, a los que trataba de solucionar de la mejor manera que podía y, sobre todo, de que su progenitor no llegara a enterarse. Era asiduo visitante de todos los famosos cabarets de aquellos locos años veinte, entre los que se contaban el famoso Moulin Rouge, en el que toda aquella

generación de jóvenes sobrevivientes de la Gran Guerra, además de infinidad de extranjeros, pasaban sus alegres noches de bohemia.

A pesar de esas falencias, Eduardo estaba catalogado como un ser lleno de nobleza y sencillez, amado por todas las personas que lo conocían. Entre la juventud dorada, que su posición social lo obligaba a frecuentar en aquellos optimistas años veinte, plenos de locura y desenfrenos, Eduardo comenzaba a ser conocido como el *petit* barón. No obstante, en los últimos tiempos se hallaba abocado a salir de aquellos desmanes y locos placeres, y organizar su futuro en un sentido en el que el arte y los deportes ocuparan los puestos más preponderantes.

A su regreso del frente de batalla, su padre le hizo levantar un confortable caserón junto a su soberbia morada. El palacio del barón y el palacete del hijo se comunicaban entre sí por medio de una galería de cristales, construida a la altura del primer piso, sobre un hermoso jardín. Por las noches, y con mucha frecuencia, el *petit* barón reunía en su casa a varios artistas de los que admiraba sus obras y a los que había conocido por medio su mejor amiga, la pintora y retratista Eloísa de Beltrajoz. De esa manera, escritores, poetas, publicistas, literatos, pintores, escultores arquitectos (creadores de nuevas líneas) actrices, bailarinas y algunos *ases* de la aviación formaban parte del selecto público que asistía a dichas reuniones.

Realmente para toda esa generación de 1920, donde el tiempo no tenía medida, ni el dinero valor, pasaría a ser una década de locuras en la que nadie quería pensar en tristezas.

Muchas veces el viejo barón participaba de esas excitantes veladas, en las que permanecía fumando con gesto plácido, a la vez que saboreaba, con notable satisfacción, esa atmósfera de juventud, de arte y de gracia, y olvidaba por unas horas el rechinar de los dientes al contener su dolor artrítico, además de las risotadas de sus cofrades, asignados solo en la ocupación de dar vueltas, sin cesar, alrededor de su pedestal sobre el que brillaba el simbólico «Becerro de oro».

Por su parte, Ronald Morrison Cameron, durante esos largos doce años, había trabajado sin tregua, ni descanso, en los laboratorios de la gran fábrica

de Pittsburg, en los Estados Unidos de Norteamérica, en la que prestaba sus servicios. Estaba muy delgado, su pelo era ya completamente blanco, así como su espeso bigote y la barba descuidada, lo que le daba a su faz un aspecto de triste nobleza. Siempre vestía de negro y vivía de forma austera y solitaria en una casa de huéspedes, bajo el nombre de «Peter Johnson». Solo hallaba tregua a su eterna tristeza en la música tocando todos los domingos el piano o el violín en una asociación de viudos y solterones que habían organizado una sección musical. Sin embargo, ni las investigaciones científicas ni la música le impedían pensar, día y noche, en su adorada Diana.

A veces, la melancolía de su espíritu se traducía en largas misivas a Londres, dirigidas a su hija, en las que ponía al desnudo los desgarros de su alma, junto a las tristezas inconsolables de la soledad, inmerso en el constante y agotador trabajo en el que intentaba reunir la suficiente fortuna para regresar a ella.

Pero ni una de esas cartas llegaron nunca a manos de Diana; *sir* Norman las interceptaba leyéndolas o encerrándolas intactas en un cofre oculto, pero sin darles jamás el tono de respuesta. Las que él enviaba eran escritos breves, secos, redactados con fraseología casi comercial. A veces, al pie de alguna de ellas, la niña añadía unas palabras dictadas por su tío. Cada año, la hija le enviaba a su padre una o dos fotografías suyas, pero nunca recibió, a cambio de sus envíos, ninguna contestación ni tampoco un retrato de su progenitor. Y, debido principalmente a la falta de correspondencia y más que nada de una imagen, ella acabó por olvidar, casi por completo, los rasgos fisonómicos del hombre que una noche la estrechaba desesperado entre sus brazos, diciéndole entre sollozos: «No me olvides nunca hijita querida. No me olvides... o esa pena terminara por matarme del todo».

En todos estos años, *sir* Norman maniobró ese asunto con tanta habilidad que de la memoria de la hija casi había desaparecido, incluso, ese último recuerdo del hombre que le había dado la vida.

—¿Por qué no me escribe mi padre? —le preguntó Diana a su tío el día que cumplió dieciséis años.

Con fingida tristeza este le contestó:

—Hija mía, siento causarte esta pena, pero tu padre no es ciertamente un

honorable *gentleman*. Pese a ser de buen linaje y de haber recibido una esmerada educación, su egoísmo menosprecia las costumbres más elementales y correctas. Y temo incluso que sus relaciones..., allá en América, sean poco dignas. De hecho, mi querida Diana, creo que ya no se acuerda para nada de ti. —Y como vio que la jovencita permanecía callada agregó—: pagué sus deudas y liquidé su triste pasado; de haber querido podía rehacer aquí su vida, no obstante, prefirió emigrar. Tal vez, en los Estados Unidos, ha terminado hundiéndose en las peores esferas...

—A pesar de lo que dices —repuso—, yo nunca olvido que, cuando partió, me abrazó con fuerzas diciéndome que se iba para trabajar solo para mí... y lloraba sin consuelo, tanto que sus lágrimas mojaron mi ropa y mi cara. También me repitió lo mucho que me quería y que nunca se olvidaría de mí, y eso siempre estará en mi corazón.

Por unos instantes *sir* Norman se quedó callado. Luego, con sonrisa mordaz, alegó:

—Es posible que... en aquel momento fuera sincero. ¿Qué hombre es capaz de guardar su sangre fría al abandonar a su hija, dejando asimismo la tumba recién cerrada de su esposa? Tu padre estaba ese día muy emocionado, no lo niego, pero desde entonces ha olvidado sus sensaciones paternas comenzando por olvidarte a ti. Un buen consejo, Diana..., ruega por la salvación de su alma y nada más que eso.

Ella no contestó. Pero, poco a poco, el velo del olvido se fue haciendo más denso, y trató de no pensar ya en su padre. Sin embargo, en lo más recóndito de su alma, la duda de la realidad que le mostraba su tío permanecía clavada en su mente, como una espina, lo que le llegaba a causar una horrible llaga de la que, sin confesárselo ni a sí misma, sufría terriblemente hasta incluso repercutir en su carácter.

El Goliat, que así se llamaba el hermoso yate de Eduardo Leblanc de Benlliure, salió del puerto de Boulogne el 20 de mayo de 1925 a las cinco de la mañana con un tiempo espléndido. Aprovechando la favorable brisa que soplaba, la tripulación largó el velamen a fin de hacer menos penoso el trabajo de la máquina.

Sobre las placidas olas el navío avanzaba con rapidez. A las tres de la tarde, el yate hizo el saludo reglamentario al Nore Light, el buque-faro que señalaba la entrada del Támesis.

Dos horas más tarde, bajo las expertas manos del piloto inglés, tomado a bordo al entrar al gran río, El Goliat atracó frente al Royal Steam Yacht Club al que Eduardo pertenecía como miembro extranjero. Rato después, el joven llegaba en automóvil al magnífico palacio de la familia Bennett Wilson.

*Sir* Norman, que de por sí ya había nacido rico, al igual que su amigo, el barón de Benlliure, con él que le unían grandes intereses, en los últimos años también había amasado otra gran fortuna con el invento de su cuñado.

El británico acogió a Eduardo con su cortesía acostumbrada. En medio de un gentil tratamiento, lo acompañó personalmente hasta las habitaciones reservadas para él, en el mismo palacio. Ambos caminaban detrás de los sirvientes que llevaban el equipaje del viajero.

—Mi buen, Eduardo, casi dos años sin visitarnos —dijo prontamente—. La última vez fue cuando Diana cumplió su vigésimo aniversario. ¡Caramba!, cómo pasa el tiempo; llegas oportunamente para el té. Lo tomaremos en el salón de verano, junto a Diana y varios amigos íntimos que, al igual que tú y tu padre, han sido invitados a permanecer en mi residencia hasta después de la celebración de su cumpleaños veintidós. ¡Veintidós años cumple mi

sobrino ya! ¿Qué te parece? —y sin aguardar respuesta añadió—: ¿así qué mi querido amigo no pudo venir por causa de su dolencia? Lo siento de veras.

—Más lo siente él —contestó el joven—. Pero la orden de los médicos ha sido rotunda y muy rigurosa. Y forzosamente ha tenido que ser acatada; además, pese a su buena voluntad, no podía ni siquiera dar un solo paso...

El financiero, moviendo la cabeza, admitió:

—Realmente, ¡que enfermedad más cruel! Ojalá encuentren pronto una cura o, al menos, algo para no tener que sufrir tanto. Bueno, ahora vamos en busca de Diana —siguió diciendo el dueño de casa—, estará muy contenta de volver a verte después de tanto tiempo.

Eduardo, con sonrisa disimulada, pensó: «Sería muy raro que *miss* Diana Morrison Bennett me acogiera de un modo que no fuera frío, distante y reservado».

Dejando al criado designado de abrir su equipaje, Eduardo se dispuso a seguir al tío de la fría beldad. Unos instantes después penetraban en un acogedor salón, en el que ya se hallaban reunidas más de veinte personas. Eduardo Benlliure las conocía a casi todas y las presentaciones fueron cortésmente sencillas.

A Diana la saludó con gentil inclinación de cabeza al tiempo que besaba su blanca mano. Tuvo que admitir lo hermosa que estaba: sí, quizás más que nunca. La joven contestó a la cortesía igual que siempre: con distante sonrisa.

Al cabo de una hora, la conversación entre todos los presentes se hizo más animada y a la vez más banal. Eduardo participaba de ella con gesto distraído. Casi sin darse cuenta, su mirada, a cada instante, se posaba en ella, que estaba sentada frente a él. La joven lucía un sentador vestido color gris, transparentándose debajo un fondo de seda rosa. Una túnica de corte moderno cubría castamente su magnífico cuerpo de diosa joven.

Esbelta y agraciada, Diana Morrison era el prototipo de la belleza celta: el cabello de un rubio oscuro constituía un marco perfecto al ovalo de su cara; sus grandes ojos azules traslucían reflejos que recordaban el ópalo e iluminaban las líneas puras de un rostro en el que parecía imposible que nunca pudieran manifestarse las sensaciones del alma. En aquella reunión también había otras mujeres guapas, pero ella era, sin duda alguna, la más

bella.

Solo habían transcurrido dos años desde la última vez que Eduardo y Diana se habían encontrado. Y en ese tiempo la naturaleza había contribuido, notablemente, a que la belleza de la joven llegara a su apogeo. «Pero tanta hermosura, tanta gracia y distinción cuadran mal con su aire tan frío e impenetrable, carente de sentimientos —pensó Eduardo sin dejar de observarla—. Su seductora boca se ve disminuida en su seducción por ese eterno pliegue de indiferencia que siempre la acompaña. ¿Qué diablos podrá encerrar su recóndita alma?, ¿qué misterios esconderá?, ¿qué habrá tras esa frente tan perfecta? Daría lo que no tengo por saberlo», pensó.

En ese momento, con visible sorpresa, a la vez que impactado, vio que de improviso Diana fijaba sus ojos en los suyos, de un modo desacostumbrado. Eduardo, a su pesar, se estremeció de pies a cabeza. Realmente no estaba preparado para algo como eso.

En su mirada había algo que no pudo comprender ni tampoco descifrar. ¿Qué era lo que estaba descubriendo en la mirada de aquella bella y fría esfinge? ¿Quizás la honda tristeza que roía su alma? ¿O la angustia sombría, que revelaba a una niña perdida, buscando protección y amparo? Sí, realmente esos ojos, que ahora lo observaban con sorprendente fijeza, que le causaba un gran impacto, tenían alma y sentimientos, y hasta chispas de fuego. No eran, en modo alguno, los mismos que él siempre había observado.

Desafortunadamente, aquella significativa mirada no duró demasiado tiempo; la fría serenidad recobró en el acto sus derechos, y Diana volvió a ser la estatua fría y enigmática de siempre.

Por un largo rato Eduardo, siguió observándola, tratando de penetrar más en ella, hacer que de nuevo volviera a mirarlo del mismo modo. Pero la joven permaneció imperturbable, sonriéndoles a todos de manera automática, que era como si no le sonriera a nadie en particular.

Por la noche, los invitados se reunieron en torno a la mesa de *sir* Norman, que los agasajó con un cuidado menú que, como siempre, resultó exquisito.

Durante todo el tiempo que duró la cena, Eduardo, en disimulada

insistencia, no dejó de mirar a Diana, mientras ella permanecía silenciosa y de a ratos era obligada a conversar con varios de sus amigos y demás conocidos, siempre en una actitud de lejana cortesía.

El café fue servido en un saloncito, al lado de una terraza abundante de flores, separada por cristales. Todos los presentes, divididos en varios grupos, saboreaban la humeante y perfumada bebida, entre un alegre coloquio.

Eduardo, sentado al lado del dueño de casa, escuchaba la charla de los más viejos que, en ese momento, nombraban las vidas y trayectorias de algunos grandes inventores, entre ellos: Joseph Cugnot, Sadi Carnot, Isaac Peral, Rudolf Diesel y Thomas Alva Edison. Minutos después la charla se generalizó y el grupo comenzó a tratar uno de los temas de más actualidad.

—¿Y qué me dicen ustedes de ese ingeniero e inventor español, Juan de la Cierva y Codorniu? Menuda creación la suya, ¿eh? —exclamó *sir* Norman Wilson dejando sobre la bandeja su taza de café.

—Yo lo conocí en el año de 1920, en un viaje que hice a España —aseveró uno de los visitantes

—Dicen que desde muy joven comenzó a especializarse en el estudio de la aeronáutica, empeñado en resolver los tantos problemas relacionados con la estabilidad del vuelo —repuso otro de ellos.

*Sir* Norman tomó de nuevo la palabra, y siguió:

—Pues ahora acaba de realizar en Madrid, con todo éxito, las primeras pruebas de ese aparato de su invención llamado «autogiro», provisto de una hélice compuesta de grandes palas articuladas, en un eje vertical, que están preparadas para que giren por la acción del viento. Y como dichas palas sirven de planos de sustentación, permiten que el aparato aterrice casi verticalmente.

—¡Vaya, pero eso es extraordinario! —agregó un hombre ya mayor. Sin dejar de chupar de su pipa, agregó—: creo que va a ser un gran adelanto para la aviación. Imagínense, será... algo así como ver el vuelo de un colibrí, ¿se han fijado ustedes en la velocidad de las alas de estas aves cuando se detienen en pleno vuelo?

—No se puede dudar de que ese ingeniero es grandioso; ha realizado el sueño de Leonardo Da Vinci —se escuchó ponderar a alguien más del grupo.



En aquel instante dos criados instalaban algunas mesitas, tapizadas de terciopelo verde, para el juego de cartas. Eduardo, apenas vio que sus acompañantes comenzaban a tomar asiento alrededor de estas con la intención de dar comienzo a una partida de póquer, se excusó con el dueño de casa.

—Francamente, le confieso que en estos momentos, con los naipes en las manos, mi papel no sería muy brillante, estoy fatigado —exclamó con ademán gentil—. Me sentaré a fumar un cigarrillo mientras converso con algunos amigos franceses e ingleses, a los que hace tiempo no veo, y luego me retiraré a mis aposentos —concluyó con una sonrisa de franco cansancio.

—Muchacho, estás en tu casa. Haz lo que te plazca o sientas deseos de hacer, sin tener que darle explicaciones a nadie —replicó el amigo de su padre, palmeándole la espalda.

Después de agradecer tan espléndida hospitalidad, el francés se encaminó hacia el centro del salón. Al pasar ante un grupo de animados jóvenes ingleses escuchó que estos parecían estar tratando un tema bastante interesante.

Uno de ellos con expresión seria comentaba:

—Bueno, me crean o no, esto es lo que afirman en la misma Rusia. Aseguran que ese supuesto meteoro que cayó en 1908 en Tungaska, en la Siberia Oriental, el que, como ya lo saben, desbastó unos cinco mil kilómetros cuadrados de bosques y aplastó enormes extensiones de árboles y hundió la tierra, no fue precisamente eso que dicen.

—Claro, y tenemos que creer lo que tú... quieres que creamos, que no es otra cosa que eso que cayó allí fue un aparato venido de otro mundo, ¿verdad? —se escuchó a un joven en medio de una carcajada.

—¿Y de dónde vendría? ¿De Marte quizás, o de los confines de la galaxia? —exclamó otro riendo jocosamente.

Todos los demás estallaron en carcajadas.

—Vosotros reíros, pero ahora, después de la muerte de Lenin, están saliendo a la luz todos esos misterios sin resolver. Lo que impactó contra la superficie terrestre esa mañana de junio de 1908 fue algo muy distinto a un meteoro.

Un joven que hasta ese momento había permanecido en silencio soltó una

carcajada y exclamó:

—Entonces, tal como acaba de decir, Charles..., además de otros rumores secretos, estamos siendo visitados por seres interplanetarios... seres tan misteriosos como en su tiempo fueron los argonautas...

—Pues creo que sí, algo como eso no tiene por qué parecernos tan extraño. Todo puede ser... —replicó otro de ellos.

Eduardo, tras esbozar una sonrisa, se alejó de aquel grupo. Distráido dirigió sus pasos hacia el final del salón. Desde ahí vio a Diana hablando con un apuesto hombre, aunque, más que conversar, ella parecía solo escuchar.

Eduardo descubrió que su atento acompañante era uno de los jóvenes almirantes de la flota británica llamado Alan Wayne Corbun. Minutos después, torciendo el gesto, apartó los ojos de ellos y siguió de largo.

En su mente aún seguía viendo los hermosos ojos de Diana, clavados en los suyos, observándolo de aquel modo tan extraño y tan único, tal como si quisiera comunicarle algo. «Estoy seguro de que en ese momento ella conectó conmigo de una manera especial. Lástima que solo duró unos instantes, pero fueron suficientes como para inquietarme más de lo debido. Y, realmente, tengo que confesarme que eso me ha dejado muy impactado», pensó Eduardo, mientras, con gesto maquinal, sacaba su pitillera de oro y extraía un cigarrillo. Luego de encenderlo, con este en los labios, se encaminó hacia uno de los grandes ventanales, dispuesto a fumar en soledad.

Al dar una rápida mirada al salón se lamentó de ver que las pocas mujeres que se hallaban allí presentes estaban todas acompañadas, por lo que en ningún momento se le ocurrió entablar conversación con ninguna de ellas.

Cerca de Eduardo se hallaba un grupo de jóvenes conocidos, la mayoría franceses, que al parecer también se hallaban inmersos en una acalorada conversación. De pronto escuchó la voz de uno de ellos llamándolo:

—¡Oye, Eduardo! ¿Qué haces ahí tan solo? ¡Ven!, ¡ven a darnos tu parecer!

El nombrado aplastó su cigarrillo sobre un cenicero y, sonriente, se les acercó.

—Siéntate junto a nosotros —volvió a decir el joven.

Este obedeció. Mirándolos curioso preguntó:

—Y, ¿sobre qué debo daros mi opinión?

—Estamos discutiendo un tema bastante escabroso.

—Di más bien fúnebre..., macabro —saltó otro de los jóvenes riendo.

—Pero no me negareis que es un tema que da pie a toda clase de opiniones.

Eduardo, volvió a preguntar:

—Bueno, ¿y qué tema es ese?

El que lo había llamado, mirándolo muy serió, le preguntó:

—¿Qué opinas tú... de la cremación de los cadáveres?

El joven barón los contempló atónito.

—¡Dios mío, no lo puedo creer! ¿Cómo podéis estar hablando de un asunto como ese, justo en una noche tan bella como esta?

—Es qué, tenemos diferentes opiniones y yo..., como futuro médico forense, deseo saber la tuya. Vamos a ver dime ¿qué opinión tienes sobre la cremación? ¿La crees necesaria...?

—¿Tengo qué contestar? —preguntó cejijunto—. ¿Dar mi parecer a eso?

—¡Sí, por favor, hazlo!

—Pero ¿qué puedo opinar yo sobre algo como la... cremación de los cadáveres en medio de una alegre reunión llena de hermosas mujeres y con una música tan suave y romántica de fondo?

—Anda, déjate de versos y dinos ya tu parecer —replicó el mismo joven sacudiendo impaciente la cabeza—, necesito saber diversas opiniones. Esto me servirá para un examen de filosofía que tengo pendiente. Y tú, por lo que sabemos, eres bastante filósofo.

Eduardo dejó de reír; componiendo un gesto solemne, expresó:

—Gracias. Pero en ese tema..., no lo tengo muy en claro. Aunque, por lo que a mí respecta, la cremación no me gusta nada; me parece demasiado violenta. En mi opinión creo que quizás, el cadáver... no sea algo que esté realmente muerto. Bueno, no tan muerto como por lo general suponemos. Pienso que nadie puede saber, a ciencia cierta, si nuestro envoltorio físico, aún nos pueda servir para algo más, ¿no? Lo que me hace preguntarme si un buen día se descubriera que... es muy importante para todos nosotros, para nuestra enigmática alma, que el cadáver se descomponga precisamente así: poco a poco, y no de una manera tan rápida y brutal, ya que tal vez el cuerpo astral tome su finísima materia de esos residuos. Para terminar, debo aclarar que creo firmemente, es más, estoy convencido de que, aunque

lentamente, todas las cosas de este mundo tienen su propio ritmo, su horario suigéneris.

Uno de los jóvenes, mirándolo fijamente y dando un silbido, exclamó:

—Pero... que respuesta más complicada nos has dado. Oye, ¿no estarás tú metido en algunos de esos centros de ocultistas... o de místicos de los que tanto abundan ahora, verdad?

—No. Nada de eso, solo intento decir que, a mi entender, todo tiene su ritmo y su horario. Y que es preciso, mejor dicho, importante, no precipitar las cosas. Con eso os dejo aún más en claro que a mí no me gusta la cremación. Prefiero los entierros clásicos.

—Es lo mismo qué opino yo —agregó el que le había hecho la pregunta—, puedo asegurarte de que tu respuesta es la única que, verdaderamente, me ha satisfecho. Gracias, esto ha sido mucho más que una revelación para mí. Y no me negaras que tengo razón; este tema, y esa respuesta tuya, dan para pensar un rato largo. ¿No lo creen ustedes?

Otro de ellos, soltando la risa, exclamo:

—Pues sí, esa explicación ha sido digna de Hipócrates, un Aristóteles o de un Sócrates...

Mientras el grupo disertaba Eduardo, con disimulo, volvió a fijar su mirada en Diana, que continuaba al lado del joven almirante. Por más que lo intentaba, los ojos del *petit* barón no podían apartarse de ella, y eso comenzaba a preocuparlo; era como si de repente, la fría y enigmática figura de la inglesa se hubiera convertido para él en algo irresistible.

Bueno, tenía que reconocer que de verdad aquella mirada que, por unos segundos ella le había dirigido, lo había impresionado de una manera brutal, y eso aún lo quemaba por dentro.

«Pero ¿realmente eso había ocurrido de verdad o solo había sido fruto de su imaginación? —se cuestionó de pronto—. No, esa mirada fue real, por breves instantes, Diana desnudó su corazón ante mí. Eso no fue producto de mi fantasía», acabó diciéndose en medio de un suspiro.

En aquel momento, observó que ella se despedía de su acompañante, mientras este, tras besarle la mano, la seguía con la mirada.

Diana, después de darle a su tío un beso en la frente y agradecer la presencia de todo el grupo de visitantes, con un gentil «hasta mañana»,

salió acompañada por una de las criadas.

—Ahí se va la criatura más bella y fría del mundo —murmuró en voz baja un joven del grupo que estaba cerca de Eduardo.

—Creo que el almirante Wayne Corbun ha fijado sus ojos en la sobrina de *sir* Bennett Wilson —replicó otro.

—Pues que se olvide de ella. Diana solo contraerá matrimonio con el hombre que su tío le ordene, el que, por lo que he escuchado decir, mañana arribará a Londres.

Al escuchar esas palabras, Eduardo sintió una desagradable sensación en el estómago, y contrajo el ceño; ¿estaba a punto de comprometerse?, se cuestionó sorprendido. Sin cambiar de actitud, murmuró para sí: «¿Qué me pasa ahora? ¡Esto es ridículo! ¿Me estaré enamorando de Diana? ¡Oh! ¡Dios mío, no! ¡Por favor, líbrame de ese tormento! ¡Que nada de eso llegue jamás a ocurrirme!».

Al cabo de unos quince minutos él también optó por despedirse de todos, y marcharse hacia el primer piso, donde estaban su habitación, que comunicaba directamente con otra terraza, cuyo suelo de mármol formaba el techo del monumental *hall* del palacio.

*Y*a en su cuarto, Eduardo, en mangas de camisa y con un cigarrillo encendido en los labios, salió a la terraza. Era una noche serena y clara, como suelen serlo en Londres durante el mes de mayo; la luna brillaba en el cielo, y su luz se convertía por momentos en opaca debido al paso de las algodonosas nubes. Las copas de los árboles del parque casi rozaban la barandilla de la terraza. El intenso perfume de las flores daba a la atmósfera un ambiente de romántico sortilegio. Desde allí la música llegaba lejana entre suaves matices.

Pensativo, se tendió en un cómodo sillón de mimbre mientras, con movimientos mecánicos, comenzaba a desabotonarse la camisa. Sintiéndose relajado permaneció muy quieto gozando a solas del encanto de aquella placida noche. Lo que más deseaba era poner en orden sus pensamientos que se hallaban en completo desorden. No podía negarlo: estaba bastante alterado. Más que alterado nervioso, cosa muy rara en él.

Realmente no sabía qué le ocurría, pero algo había cambiado en su interior. Con inconsciente gesto levantó la mirada hacia la bóveda oscura, esmaltada de innumerables estrellas, y exhaló el humo de su cigarro. De pronto un sollozo rompió el silencio.

Eduardo, sorprendido, se incorporó de golpe. ¿Quién abría su válvula de escape en plena paz nocturna?, se preguntó atónito. Tiró al suelo el cigarro y, luego de pisarlo con fuerzas, caminó silencioso hacia el lugar desde donde venía el rumor de los gemidos. Sus pasos no producían el menor ruido.

Sentada en un banco de mármol, sutilmente iluminada por la luna y envuelta en una fina pañoleta blanca, Diana surgió a su vista. Se detuvo de golpe. Al levantar la mirada y descubrir la presencia de un extraño, ella dio

respingo.

—Soy yo, por favor..., no te asustes... —balbuceó Eduardo—. Estaba sentado, fumándome un cigarro y, de pronto..., escuché un sollozo y me preocupé. Perdón por mi indiscreción, pero ¿té pasa algo?

—No —fue la breve respuesta de Diana. Después, al ver que él seguía allí de pie, añadió—: gracias, Eduardo.

Pese a la negativa, su voz sonaba agitada, casi trémula, como si estuviera a punto de quebrarse.

—¿Lo dices de veras? —insistió él—, ¿puedo hacer algo por ti? Tu voz y tu actitud reflejan una gran aflicción...

—No me pasa nada —replicó ella con visible descortesía—. No siento el menor desasosiego. Solo deseo estar a solas...

—Siendo así, me retiro. Perdón por mi involuntaria intromisión —respondió él con una ligera inclinación de cabeza.

Eduardo iniciaba ya su retirada cuando Diana se levantó y, de manera súbita, le tendió la mano.

—Espera, por favor; eres tú quien tiene que perdonarme. Pagué tu gentileza con una irritación estúpida. Me creí sola en la terraza, así que... — Su voz flaqueó de un solo golpe, revelando una profunda pena que parecía salirle del alma.

Eduardo, soltando su mano, con gentil ademán la tomó del brazo. Y allí fue como si ambos, ante aquel contacto tan íntimo y perturbador, se estremecieran.

Por largos instantes, permanecieron inmóviles mirándose a la cara. Lentamente, tras un gran esfuerzo, la soltó, y ella se quedó muy quieta.

—Creo que no me equivoco —comenzó a decir él, con voz turbada—, esta tarde durante el té, me miraste de un modo desacostumbrado, en la que yo... leí mucha angustia, a la vez que una tristeza que pretendías inútilmente esconder ante todos, igual que cuando eras una niña. Algo así como un mudo pedido de auxilio, sin atreverte a exteriorizarlo. —Su voz sonaba dulce, acariciante, un tanto temblorosa. A continuación, sin cambiar de actitud, agregó—: con el correr de las horas, hasta llegué a pensar que quizás estaba equivocado. Pero ahora, al verte aquí... sola, en medio de la noche, y al escuchar tu lastimoso llanto, ya no me quedan dudas: sé que algo te pasa.

No pretendo levantar el velo del secreto que tanto te hace sufrir, pero sí sientes necesidad de desahogarte con alguien, estoy a tu disposición. Y si un peligro te amenaza, yo haría lo imposible para librarte de él.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con tanta dulzura que incluso sorprendieron al mismo Eduardo. Diana inclinó la cabeza y, sonriendo melancolía, expresó:

—Gracias, pero te... engañas. Ni estoy inquieta, ni me amenaza ningún peligro. De esa manera entrarías a mi corazón..., buscando una causa grave, y saldrías con las manos vacías. Simplemente estoy triste, ¿por qué? Lo ignoro, y esta noche he cedido. Bueno, llorar es una debilidad de mujeres, por lo general histéricas, ¿verdad? —soltó una risa, y añadió evasiva—: te juro que solo es eso y no otra cosa.

—Sí tú lo dices... —manifestó él un tanto incrédulo.

—Así es, y te pido, comprometiendo tu palabra de honor, que no le hables de esto... a mi tío.

—No es necesario que empeñe mi palabra. Yo nunca diría nada... —repuso Eduardo con cierta brusquedad.

Continuaba sintiéndose nervioso, extraño. La tenía allí tan cerca y su mente comenzaba a nublarse llenándose de inconfesables anhelos que, sabía muy bien, no podría satisfacer. Con gesto ambiguo él siguió diciendo:

—Pero creo que me engañas. Los sollozos que escuché no eran histéricos; eran de dolor... de inmensa pena. ¡Por Dios! ¡Dime cuál es la causa de tu angustia! Te veo temblar, estas desorientada. Si pudiera librarte del tormento que te roe, créeme que lo haría gozoso. Pero para eso, sería preciso que me lo confesaras con claridad.

Mientras hablaba, volvió a tomarla ligeramente del brazo.

Diana, tras suspirar, lo miró a la cara. Después, bajando la cabeza completamente quebrada, con un hilo de voz, alegó:

—Sí, lo haré. —Y posando sus ojos en los de él, añadió bajito—: Eduardo, voy a confesarte el secreto de mi pena. Ven, vayamos al otro extremo de la terraza, a fin de poder hablar sin que nadie nos descubra. —Mientras caminaban, ella, pasando su mano por la frente, siguió diciendo—: seré sincera contigo como nunca lo he sido con nadie. Desde hace tiempo, siento que... que deseo contarle mis angustias a alguien que las comprenda, y



cuando esta tarde... tropecé con tu mirada, me sobresalté. Allí sentí que quizás tú podías ser mí... confidente. Y aunque no podrás hacer nada por mí, al menos me sentiré algo aliviada del peso que, hasta ahora, he mantenido en exclusividad.

—Mi pobre Diana, lo sabía. Sabía que algo fuerte te mortificaba —murmuró el joven conmovido.

Buscando mayor intimidad, tomaron asiento junto a un banco de piedra, al lado de unas macetas repletas de espesas plantas. Eduardo, afectuoso, guardó las manos de Diana entre las suyas y, con voz tierna, le dijo:

—Te escucho. Habla sin temores, confía en mí, ¿qué te ocurre?

—En realidad, no lo sé. Siento que me pesa el vivir...

—¿Cómo?, ¿dices que te pesa el vivir, a los veintidós años? Bella, festejada, adulada, en vísperas del triunfo que te aguarda mañana, ¿te pesa la vida? ¿Por qué?

—Porque es como si viviera en un estéril desierto, en la más horrible de las soledades. Soy «la reina» maldita de un reino dorado. «Mi oro» implacablemente ha alzado a mi alrededor una prisión invisible cuyos muros..., más transparentes que el cristal, más fluidos que el aire mañanero, son más indestructibles que el mismo granito. Y para mayor desventura, las únicas tres amigas que tenía, las hermanas Andrews, con las cuales me sentía tan compenetrada y tan feliz, hace un poco más de un año se han marchado a los Estados Unidos con sus padres. Yo deseaba tenerlas mañana aquí, pero por esas cosas de la vida..., *míster Andrews*, de manera imprevista, murió hace quince días y eso será imposible —marcó una breve pausa. Luego de limpiar las lágrimas, que corrían por sus mejillas, siguió—: en cuanto a mi triunfo de mañana, ¡lo detesto! Sí, ¡lo detesto por falaz, por vano, por soberbio, por insincero! Mañana, en los salones de esta gran mansión, la muchedumbre se inclinará a mi paso, pero ni aun así, habrá para mí una sola amiga, ni un solo amigo verdadero.

—¿Ni un amigo dices? Diana, eso me ofende mucho pues, aunque casi no nos conocemos íntimamente, tú sabes que yo siempre he tratado de serlo; pero nunca me lo pusiste fácil...

«Claro que ahora, ser solo tu amigo, a mí no me provocaría ninguna satisfacción. Un amigo sincero, no desea besar a su amiga, de la manera con

que yo lo estoy deseando», se dijo dominado por una nerviosa inquietud.

Ajena a las locas reflexiones de su acompañante, ella lo miraba en silencio. Luego, bajó la cabeza, y apostilló:

—Tienes razón, y gracias por continuar acercándote a mí a pesar de eso. Te diré que yo también esta tarde leí en tu mirada algo que me dejó agradablemente desorientada. Y, de golpe comprendí que... eras el único que penetraba en mi corazón más allá de todo, presintiendo mis pesares. Y hace un rato, cuando rehusaste jugar a las barajas y temiendo que, mientras unos jugaban y los demás seguían hablando, tú decidieras acercarte a mí, obligándome a hablar..., opté por atender a uno de los invitados de mi tío y después retirarme buscando, en la soledad de la noche, un alivio para mí pena. Pero Dios te ha puesto igualmente en mi camino.

—Creo que es el destino quien así lo quiso —murmuró él sintiéndose extasiado. Estableció una pausa y, tras unos segundos de meditación, añadió —: ¡ah!, pero que misteriosa e insondable es el alma femenina. Nos conocemos desde hace más de doce años, nuestras familias son amigas, mi madre hablaba siempre de ti como de una hija suya. Hemos paseado juntos por los jardines de Francia, por las playas de la Costa Azul y por los páramos de Londres, más todo eso no fue nunca obstáculo para que me trataras con tanta frialdad, casi molesta, como si para ti yo solo fuera un extraño. Y he aquí que, sin pensarlo, esta noche nos encontramos en plena comunión de espíritus.

Diana, rescatando su mano de las de Eduardo, en medio de la penumbra de la terraza, le buscó la mirada. Después, con voz temblorosa, le confesó:

—No era antipatía, solo me replegaba en mí misma. Pero yo siempre té... estimé. Y para mí, nunca serás un extraño —acabó con los ojos entrecerrados.

Durante algunos instantes él permaneció muy quieto mirándola en silencio.

—Me alegra saberlo —murmuró con un dejo de emoción. Luego, intentando bromear, añadió riendo—: vaya, que bien que lo disimulabas, la última vez que nos vimos traté de intimar contigo, pero tu glacial indiferencia me lo impidió.

—Lo lamento, sé que no soy muy fácil a las relaciones amistosas. Mi vida

siempre fue solitaria y triste. Solo con mis tres amigas, ahora ausentes, pude explayarme sin miedo a la traición ni al cariño engañoso.

—Comprendo el dolor de tu vida. Sin embargo, esta existencia que tanto te pesa, está hecha de gloria, fortuna, juventud y belleza. Las Hadas se mostraron pródigas contigo.

Diana suspiró profundamente.

—Pero los que me rodean, principalmente los hombres, buscando mis sonrisas y besando mi mano, no aspiran a mí felicidad, sino al disfrute de mi fortuna o a las ventajas que puede proporcionarles la alianza familiar con *sir* Norman Bennett Wilson. Todos saben que, dentro de un mes o dos, el tribunal de la Corona me declarará hija adoptiva de mi tío por haber este presentado una demanda en tal sentido basada en la desaparición de mi padre. Seré pues... su única heredera, heredera de un hombre muy poderoso que en breve ostentará el título de lord. —Llevándose la mano al pecho, con voz acongojada, añadió—: ¡Y mi madre murió de privaciones, de miseria casi! ¡Y mi padre ha desaparecido en un ambiente social probablemente indigno! Y yo, poseyendo joyas, que hasta las reinas envidiarían..., ya ves, esas son las cosas que a veces no puedo soportar.

—Pero tú sabes que «esas cosas» son obra de los destinos de cada uno.

Diana lo miró unos instantes en silencio. Exhalando un suspiro, musitó:

—Tú no puedes comprenderme. Tu madre vivió dándote su amor hasta que fuiste mayor. Yo perdí a la mía cuando aún era una niña y cuando más necesitaba de su ternura y de su apoyo. Tu padre te adora, el mío abandonó su casa, la tumba reciente de su esposa y a su pequeña hija. Desconozco el cariño verdadero y me cuesta vivir con esas faltas, que todo el dinero del mundo no pueden suplantar.

—Pobre Diana, y pensar que hay gente que ve en el dinero la razón de vivir.

—Para mí, esa es la mayor desventura. Y justamente esa es la clase de gente que me rodea, gente que desconoce el tedio falso y desmoralizador de la riqueza, y los afectos sinceros.

—Yo también conozco ese tedio; lo conozco como nadie. Huyendo de él terminé por refugiarme en el arte y en la música. Antes solo quería gozar de la vida como tantos otros jóvenes, en medio del juego, aventuras, viajes...

—Y de infinidad de mujeres... —lo cortó Diana mirándolo seria.

Por unos segundos Eduardo la miró en silencio.

—Sí, también de mujeres —murmuró un tanto sonrojado—, pero siento que esos goces están llegando a asquearme.

Ella, tras morderse los labios y evitando seguir con esa conversación, agregó:

—Perdona mi indiscreción, lo dije sin pensar. —Aparentado serenidad en la voz, murmuró—: te diré que yo también, muchas veces, quise interesarme en cosas como esas que has nombrado y en obras de caridad. Pero mi única labor consistía en dar dinero dos horas al día a solicitantes que hablaban de organizaciones sociales de asilos; todo materialista, nada espiritual. Me ocupé luego de trabajos intelectuales, ampliando mis conocimientos del francés, aprendiendo el español y el italiano, perfeccionándome en la música, ¡todos paliativos insignificantes! Y así continué sintiéndome vacía y hueca, solo una estúpida y pobre niña rica que...

Eduardo puso su mano sobre los labios de la joven.

—¡Calla! —suplicó—. No hables de ese modo. Pero ¿no piensas qué quizás la vida te tiene reservado, para el futuro, una prueba de la que saldrás con una fortaleza moral desconocida? Estoy seguro de que un día conocerás la verdad sobre tu padre. Y quizás también encontraras lo que tu corazón desea y espera; por ejemplo, el amor —murmuró deseando que ella le hablara de su prometido.

La joven se estremeció.

—Quiera Dios que eso último no lo encuentre nunca. Sufriría aún mucho más, ya que no podría corresponder.

—Pero ¿por qué?

Ante esa pregunta, ella lo miró extrañada.

—Eduardo, ¿es posible que ignores que..., desde hace tres meses, estoy comprometida en matrimonio con un español, que también es amigo de tu padre y que está radicado en la Argentina?

Luego de una honda inspiración, él preguntó:

—¿Con el indiano, don Antonio de Mendoza i Sardá?

—El mismo. Nos comprometimos en España, y él, mañana, desde Barcelona, arribará a Londres. Durante la fiesta mi tío anunciara nuestro

compromiso.

El corazón de Eduardo se aceleró.

—Nadie me dijo nada. Pero ¿cómo es posible eso? No puedo creer que aceptes casarte con ese hombre que, aunque distinguido y rico, te lleva lo menos quince años.

—Estoy obligada a ello. Don Antonio es el presidente del *trust* sudamericano del trigo, y mi boda con él va a permitirle a mi tío especular sobre gran parte de las cosechas de la América del Sur. Ya ves, esa alianza financiera tiene su base en mí. ¿Cómo negarme a lo que mi tío llama mi deber?

—¿Tu deber? Acaso,   amas a ese hombre?

—No, pero eso con seguridad vendrá después. Por fortuna ese argentino-español es un caballero extremadamente correcto y gentil.

Durante unos instantes se la quedó mirando ceñudo.

—No es posible que te vendas así. Tú no deberías mostrarte tan pasiva; rebélate, nadie puede obligarte a casarte sin amor y tener que emigrar a otro país.

—Él piensa radicarse pronto en España. Y, en estas bodas, el amor es lo que menos interesa. Ya está dada mi palabra, y en verdad que no me importa nada. Mi tío desea esa unión..., y yo se la brindaré. Decididamente me da lo mismo estar aquí, en España o en el otro continente.

Eduardo la miraba asombrado.

—Pero *sir* Norman te quiere mucho..., como si fueras su propia hija. Si tú le dices que no deseas unirte a ese hombre...

—Sí, me quiere, pero si cometiera un error de esos, sé que no encontraría comprensión en él. Creo que lo único que represento en su vida es un objeto de precio.

Negando con la cabeza, le rebatió:

—Me cuesta creer eso. Por muy frío que sea, ese hombre tiene corazón.

—Sí me apartara del camino que me obliga a andar, creo que sería en vano esperar de mi tío comprensión.

—¿En qué basas esas suposiciones tan feas?

—Porque así lo siento. Mi tío nunca tuvo para mí uno de esos gestos de real abandono, de tierna protección que otros hombres, incluso rudos y

groseros, prodigan a sus hijos. Esa reserva, esa especie de pudor tiene por origen un miedo extraño.

—¿Miedo? —preguntó Eduardo ceñudo.

—Sí, muchas veces veo en sus ojos una expresión de temor indecible. Cuando me ofrece uno de sus regios regalos, siempre espera ansioso que yo le demuestre mi gratitud, acercando mi corazón al suyo en un abrazo cariñoso. Pero es como... sí, a pesar de desear ver una manifestación afectuosa de mi parte, al mismo tiempo lo temiera. En cuanto a mí, siento que una mano invisible me retiene.

Eduardo la miraba con la mandíbula fuertemente apretada.

—Vaya, Diana, te compadezco —musitó consternado—. De verdad siento mucho que tengas que vivir así, de manera tan penosa. —La miro brevemente y, mordiéndose los labios con fuerza, agrego bajito—: volviendo a lo de tu... boda, creo que deberías rehusarte; no aceptes. El amor puede llegarte... en cualquier momento.

Ella, agitando la cabeza, rebatió:

—Sé que ese noble y bello sentimiento nunca llegará a mí.

—¿Tan segura estas? —La voz del francés sonó densa y ronca.

Mirándola directo a los ojos, con natural gesto, le tomó las manos llevándole las palmas hacia arriba. Reteniéndoselas entre las suyas, las acercó a los labios depositando en cada una de ellas, ardorosos besos, besos que a Diana parecieron quemarle la carne. Ante aquella sensación, ella sintió que su cara ardía, a la vez que su corazón latía rebosante de felicidad, y entonces se preguntó: «¿Qué me pasa?, ¿por qué tiemblo así? Y Eduardo, ¿por qué me ha besado las manos... con ese gesto tan apasionado, íntimo y sensual? ¿Qué se propone hacer? ¿No será qué...?». Todo pasaba tan deprisa que su cabeza no lograba comprender nada. Para ella, aquello era una situación extraña, algo nuevo y preocupante, como si un poderoso sentimiento, traspasándole los sentidos, la hiciera parecer vulnerable con la misma sensación de estar parada junto al borde de un profundo abismo, en un peligroso y fatal equilibrio.

En ese instante, llevando su audacia más allá de lo pensado, él le acariciaba su garganta bajando sus manos hasta el nacimiento de sus senos.

—¿Qué... haces? ¿Te has vuelto loco? Suéltame, por favor —logró susurrar

ella con voz trémula mientras intentaba ponerse de pie.

Él hizo con la cabeza un gesto de negación, y volvió a tomarle de las manos inmovilizándola, al tiempo que decía:

—No puedo... detenerme —musitó con delatora pasión.

—¿Qué te pasa? Te ordeno que... me sueltes —volvió a decir Diana balbuceante mientras trataba de librarse de ese íntimo y perturbador contacto.

El pavimento de aquella parte de la terraza de reluciente mármol reflejaba la luz lunar como si fuera un inmenso espejo.

Eduardo, sin contestar y con los ojos entornados, la miró estremecido. Sus manos aún retenían las de ella apretándolas con suave presión. Al fin Diana, con un brusco tirón, las rescató. Poniéndose precipitadamente de pie exclamó:

—Me voy, se ha hecho ya muy tarde. Además, esto... no me gusta...

Eduardo la imitó poniéndose también de pie. Sin apartar sus ojos de ella, con voz acariciante, musito bajito:

—Por favor..., quédate quieta ahí, un instante más, tal como estas ahora. Así, bañada de luna, pareces una hermosa estatua, labrada en el más bello y fino mármol.

Pese a su decisión de huir, Diana permaneció inmóvil. Tuvo que reconocer que la melodiosa voz de este hombre la cautivaba y le causaba un violento palpitar en su corazón.

Con pasos lentos él caminó hacia ella y en el mismo tono musitó:

—No te vayas, por favor. ¡Oh, Diana! Creo que tú y yo tenemos aún muchas más cosas que decirnos. ¿Sabes? Creo que me estoy enamorando de ti. Mejor dicho, acabo de darme cuenta de que siempre lo estuve. Tú también te has dado ya cuenta de eso, ¿verdad?

Ella permanecía inmóvil, sin dejar de mirar fijamente el rostro de aquel hombre que, hasta hacía unas pocas horas, le era completamente indiferente. ¿Indiferente? ¡No, eso era mentira! ¡Él nunca le había resultado indiferente! Si tenía que ser sincera, desde que lo había conocido, siendo una niña, la presencia de Eduardo Leblanc de Benlliure la había alterado hasta hacer que su corazón latiera de una manera desacostumbrada. No obstante, eso, ella siempre se había mantenido a la defensiva con él; sabía muy bien

que solo se trataba de un joven díscolo, un mujeriego empedernido, corriendo de una mujer a otra sin descanso. ¡Y ahora acababa de confesarle su amor! ¡Justo que ella estaba destinada a otro hombre!

Aun bajo la difusa luz de la luna pudo ver, en los ojos de Eduardo, una chispa de arrolladora pasión que pareció subyugarla más allá de lo permitido, pero que al mismo tiempo la asustó y le impidió casi moverse.

—Diana, te he deseado desde el momento en que te vi convertida en una bella y subyugante mujer —siguió él en un tono de voz íntima y aterciopelada—. Pero nunca, hasta ahora, pude darme cuenta cabal de eso. — Y acercando su boca junto a la suya, añadió bajito—: Voy a besarte...

Antes de que ella reaccionara, la envolvió con fuerza entre sus brazos.

En medio de aquella arremetida, Diana se puso tensa y, aunque trató de evitar el beso, no pudo. Los labios de Eduardo se aplastaron contra los suyos llenos de impaciente dulzura, lo que logró que ella dejara de luchar y se abandonara vencida.

El beso siguió siendo tierno, deliciosamente delicado hasta que, poco a poco, se fue tornando más exigente y voraz, pleno de apasionado y ardoroso apremio, al tiempo que las manos de Eduardo recorrían su espalda, en estremecedoras caricias buscando sus zonas más sensibles.

Diana sintió que enloquecía de placer, su cuerpo trémulo, inflamado de pasión, de modo irreflexivo se fundió contra el de Eduardo. Ese era su primer beso en los labios; la primera vez que un hombre la besaba con vehemencia y la tocaba de manera tan íntima. Dejándose llevar por aquel excitante apasionamiento, que en ese momento los envolvía a los dos por igual, entreabrió los labios y dejó que él la explorara, dándose cuenta de que no podía pensar en nada.

Durante largos instantes él, inexpresablemente y con deliberado erotismo, se entretuvo jugueteando con su lengua dentro de la boca de ella, mientras sus manos continuaban acariciándola todas las partes de su cuerpo, incluso sobre sus senos, a los que apretaba con impaciente audacia.

La noche mágica parecía embrujada, perfecta para incitar a los enamorados a entregarse sin reparos ni reflexiones. Después, tras aflojar el impetuoso beso, él le susurró sobre sus labios:

—Mi adorada Diana..., te deseo locamente; siento que ya eres parte de mí,



¿sientes como mi sangre corre por tus venas? ¿Verdad que la sientes...?

Las palabras quedaron flotando en el aire: «Te deseo locamente...»

Al fin ella, sobresaltada, al darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo, abrió los ojos y trató de zafarse. Los posesivos brazos de Eduardo se cerraron aún más en torno a su talle, como un poderoso cerco, impidiéndole moverse, al tiempo que le rogaba:

—¡No! Por lo que más quieras, no trates de escapar de mí. No te engañes a ti misma, los dos sentimos lo mismo; ambos deseábamos que pasara esto. Ya sabes que contra el destino no sé puede luchar. Como veras..., ahora no podrás casarte con ese gaucho-español. Tendrás que romper tu compromiso.

—¡Eduardo, no sigas!, ¡suéltame ya! —exclamó ella visiblemente ofuscada a la vez que luchaba por liberarse de sus brazos.

A pesar de su inesperada reacción, Diana aún no lograba reponerse del impacto recibido. Dentro de ella se abrían muchos interrogantes que no sabía cómo interpretar. Acababa de responderle apasionadamente, casi descontrolada, al beso del hombre que siempre había temido. ¡El mismo que la había besado a la manera francesa! ¡Abriendo impudicamente su boca e introduciendo su lengua para hurgar dentro de ella! «Pero en ningún momento me ha dicho “te quiero”, solo ha repetido que... me desea. ¿Qué me está pasando? Realmente, aunque sé que debo hacerlo, no puedo, no deseo apartarme de su lado. Esto es algo terrible. ¡Dios mío, ayúdame a controlar mis emociones!» gritó en su interior.

El viento soplaba, arrancado del follaje de los árboles, extraños rumores. Un reloj lejano dejó oír sus campanadas graves y profundas.

—No huyas de mí; por una vez en tu vida, atrévete a ser sincera contigo misma —le pidió él sin aflojar el cerco de sus brazos en torno a ella.

En ese momento Diana sintió que de nuevo Eduardo comenzaba a acariciarla. El perturbador contacto de esas manos recias y suaves a la vez le quemó la carne a través de la ropa hasta provocarle una nueva oleada de intenso calor.

Los labios de Eduardo volvieron a posarse en los suyos con ardorosa pasión. Y Diana supo que su voluntad ya no le pertenecía; era inútil luchar más, estaba sin fuerzas, sin reflexión y sin cordura. Lo único que entendía era que aquello significaba una insensata equivocación de la que, con toda

seguridad, mañana se arrepentiría. El beso fue largo, impetuoso, atrevido e incitante, y la dejó desfallecida.

Al cabo de unos instantes, a los oídos de Diana volvieron a llegar las únicas palabras de amor que él acababa de decirle: «Te deseo». Presa del sobresalto, en medio de un forcejeo, logró al fin desprenderse de aquellos brazos que parecían querer retenerla toda la noche.

—No te me acerques de nuevo. No quiero que vuelvas a tocarme nunca... nunca. Yo no he de ser otra más en tu vida, Eduardo Leblanc de Benlliure. Has traicionado mi confianza, eres un descarado, un sinvergüenza... un... un...

Eduardo, con ademán impetuoso, le tomó las manos y dijo:

—Pero ¿por qué reaccionas así? Tú también has gozado con mis besos, no lo niegues...

Con un sollozo ella giró sobre sus talones y echó a correr.

Él quiso detenerla, pero fue inútil.

—¡Por favor, no te marches así? ¡Dame... al menos otra oportunidad...! — gritó, viéndola perderse en las sombras.

Con visible ansiedad se mordió los labios a la vez que sentía una súbita opresión.

«¡Demonios! Pero ¿qué he hecho?», se preguntó extenuado. Sin cambiar de gesto, añadió: «Ahora sí que ya no podremos ser amigos. Y mañana, seguramente, me escupirá su rechazo. Bueno, a decir verdad, casi prefiero ese sentimiento al de su indiferencia», rumoreó pesaroso. Pese a eso, en su interior Eduardo vio brillar una luz de esperanza. «¡Ella ha respondido a mis besos! —reflexionó recreándose estremecido—. Sí, y lo ha hecho llena de apasionamiento, incluso con abandono... y hasta con frenesí; no es una fría estatua, en su sangre hay un volcán escondido».

—Diana Morrison Bennett —musitó en voz alta—. ¡Hubiera deseado seguir besándote toda la noche! ¿Será posible que en verdad yo...? —de pronto se quedó pensativo. En ese momento, el único sentimiento que lo embargaba era de incredulidad. ¿Cómo podía ser que se sintiera así, tan lleno de ansias y quizás hasta de amor por una mujer que hacía muy poco le resultaba casi antipática? «Eso era mentira —reconoció en medio de un suspiro—. Yo pensaba así porque solo recibía de ella frialdad e indiferencia. Pero a la vez

presentía que, dentro de su máscara de fría belleza, Diana era apasionada, tal como acabo de descubrir, y que bajo su coraza se esconde la mujer más dulce, sensible y humana que he conocido hasta ahora», finalizó mientras paseaba la mirada en derredor. La suave brisa agitaba las hojas de las plantas, que jugaban sobre él, entre movedizas sombras.

Durante un largo rato permaneció allí, en el silencio de la noche, con la mente extraviada, ensimismado en sus pensamientos, la mayoría disparatados y extravagantes.

Bajo los frondosos árboles del parque, que se extendían por los alrededores del palacio de *sir* Norman Bennett Wilson, la hilera de coches, carruajes, y automóviles de gala se prolongaba más de media milla.

Los *policemen*, enguantados de blanco, cuidaban de que, en aquel incesante desfile, reinara el orden, y para eso contenían a la muchedumbre que se apiñaba a lo largo del recorrido para admirar la suntuosidad de los trajes que vestían los invitados, los que más que verse, se adivinaban en el interior de los vehículos.

Apenas la súbita rigidez de los guardias advirtió al público que se acercaba el príncipe de Gales. Se produjo un gran silencio, solo roto por el sordo murmullo de apagadas voces provenientes de la multitud.

Al pie de la monumental escalinata de entrada, *sir* Norman, luciendo el severo y regio traje de los *aldermen* del siglo XVIII, aguardaba al heredero del trono; a su lado, Diana permanecía junto a su prometido, muy quieta, en solemne actitud.

Un poco más atrás, entre la flor y nata de la aristocracia reunida allí, se hallaba Eduardo Leblanc de Benlliure, sumamente serio, con los ojos puestos en la agasajada, observándola con rabiosa ansiedad.

Su Alteza Real bajó del coche frente a la puerta de honor, cuya marquesina aparecía recubierta de terciopelo púrpura y listado de oro en los bordes. Dos criados con librea azul, pantalón de seda negra, y medias también de seda, que se hallaban alineados a lo largo de la escalera, levantaban, a la altura de sus blancas pelucas, candelabros de plata con las correspondientes bujías encendidas.

El príncipe de Gales, vistiendo el uniforme escarlata de oficial de la

guardia, sonriente y gentil, saludaba a todo el mundo. *Sir* Norman se inclinó ceremonioso; la evidente satisfacción daba a su rostro, por lo general pálido, un tinte encarnado.

Cuando el príncipe llegó frente a la agasajada, evitando que esta le hiciera la correspondiente reverencia, le tomó de la mano besándosela con exquisita galantería. Diana se mostraba serena, y más bella que nunca, vistiendo un traje igual a la moda del siglo XVIII llamado «a la ingenua» con su inmensa falda, su corpiño ajustado y con un *chal* de transparente seda. El modisto lo había copiado del célebre cuadro de *lady* Jones Smith, de la que el pintor inglés Jorge Romney, la inmortalizara con el nombre de «La *miss* de la rosa».

Su Alteza le ofreció el brazo a la agasajada y esta, apartándose de su prometido, y guiados por el tío de la joven, se dirigieron hacia el vestíbulo del palacio donde había sido instalada una larga mesa. Al llegar allí, *sir* Norman hizo caminar a su sobrina frente a todos los invitados. Un prolongado murmullo de admiración la saludó con estridente elocuencia.

Eduardo Benlliure, no muy lejos de Diana, admiraba en silencio el esfuerzo moral de la joven, cuya tristeza interior él ya conocía. Pese a su alicaído estado de ánimo, lo único que le satisfacía era ver que Diana casi no prestaba atención a su forzado prometido quien, a pesar de su indiferente actitud, se desvivía por agasajarla.

En ese momento el príncipe de Gales, dirigiéndose al dueño de casa, le expresó:

—Todo está más que perfecto, mi querido *sir* Bennett Wilson —acabó con sincero entusiasmo, a la vez que recorría, con los ojos, la inmensa sala. Enseguida, posando la mirada en Diana, agregó galante—: Y su sobrina... está bellísima, parece sacada de un cuadro de ensueño.

El dueño de casa se inclinó modesto. Y, a una señal suya, el servicio comenzó.

Ante el amable ruego del príncipe, Diana ocupó la presidencia de la fiesta, en medio de sonrisas y galantes palabras. Las paredes de madera del *hall* estaban esculpidas en refinado arte y sus grandes puertas macizas se veían adornadas de bronce e incrustaciones de esmalte. Las esbeltas columnas, de granito rosado, sostenían la cúpula en la que hacía muy poco había sido

reconstruido pieza por pieza con mosaicos bizantinos. De esa misma cúpula descendían numerosos rayos de luz, sin que pudieran verse con exactitud, iluminando, de un modo diáfano, todo el estrado. Las mesas se hallaban alumbradas por guirnaldas de flores eléctricas. Y en las paredes unos vasos de ónix proyectaban hermosas luces doradas.

En una de las esquinas, dispuestos artísticamente, la gran orquesta con sus músicos, luciendo trajes venecianos, dejaba oír armoniosas melodías. Sobre el estrado, y según la costumbre del Renacimiento, los invitados pudieron ver una gran variedad de espectáculos, entre estos danzarinas, payasos, ilusionistas e hindúes fascinadores de serpientes.

Minutos después cuatro heraldos, vestidos de seda blanca emitieron, por medio de trompetas, una llamada de atención. Lentamente se abrió la puerta de honor, y enseguida se escuchó una voz que anunciaba:

—¡El *pudding*!

Al instante apareció un fantástico cortejo de seis jóvenes, vestidos como los marinos ingleses del siglo XVIII, portando hachas y sables de abordaje en el cinto, abriendo la marcha a un grupo formado por un árabe, un piel roja, un hindú, y un maorí neozelandés llevando sobre unas *angarillas*, recubiertas de seda, el monumental pastel de cumpleaños sobre el que radian las veintidós simbólicas bujías de cera rosa.

La mayoría de los invitados comprendieron el adulator homenaje que *sir* Norman dirigía a la Corona Inglesa, presentando un nativo de cada una de las principales posesiones de la Gran Bretaña en el mundo; el heredero del trono sonreía encantado.

El pastel fue puesto en el centro del estrado, entre los aplausos iniciados por Su Majestad. Un joven negro, cual un Hércules de basalto, se acercó colocándose frente a Diana y con voz sonora exclamó:

—¡Oh, bella entre las bellas! ¡Aquí tus esclavos te ofrecemos, por tu cumpleaños, el tradicional *pudding* con las veintidós luces que simbolizan los veintidós años de tu placentera vida! ¡Acércate, cual lo manda la costumbre, para soplar sobre estas vacilantes llamas, a fin de que sepas por las que no sé apaguen, los años que has de tardar en contraer matrimonio! ¡Acércate, pues reina de belleza y de gracia! —Se giró hacia el príncipe de Gales y, en una exagerada reverencia, continuo—: ¡y vos, Alteza Real! —

enseguida, dirigiéndose al público, añadió—: ¡Y vosotros, damas y caballeros, ilustres entre los más nobles de la tierra! ¡Tres hurras en honor de su gracia, *miss* Diana Morrison Bennett!

Apenas terminaron los acalorados «hurra», el príncipe se levantó y, ofreciendo su diestra a Diana, le dijo:

—Vamos, yo os conduciré.

Siguiendo la costumbre de la Corte inglesa, Diana puso su mano enguantada sobre el puño principesco, y Su Alteza y su gracia, avanzaron sonrientes hacia el estrado.

Sin separarse de este, la agasajada se inclinó y sopló sobre las pequeñas luces. Después del tercer soplo, solo quedó una velita encendida. El príncipe la arrancó del pastel y la mostró a la concurrencia.

—¡Un año! —exclamó el negro—, ¡dentro de un año *miss* Diana Morrison Bennett habrá de contraer matrimonio!

Siguiendo con su fina galantería, el príncipe de Gales besó la mano de la heredera de *sir* Norman; a continuación, todos los invitados desfilaron rindiéndoles homenaje. Mientras el desfile se efectuaba, una sonrisa triste crispaba los labios de Diana; en sus magníficos ojos azules brillaba una expresión de claro hastío.

En el momento en que Eduardo se acercó a ella, Diana, tras un largo cruce de miradas, y a pesar de obligarse a mantener su distante postura, no pudo evitar sentir una oleada de nerviosismo invadiéndola por completo.

Eduardo, con firme ademán, tomó su mano y depositó en ella un apretado y ardiente beso, a la vez que dejaba, de manera significativa, que el momento se prolongara más allá de lo esperado. Después, desde su postura, con total desvergüenza, alineó sus ojos con los de ella y la abarcó en una intensa mirada. Diana sonrió apabullada; enseguida, en disimulado gesto, retiró la mano y lo obligó a marcharse.

Al finalizar el besamanos, todos se trasladaron a sus mesas dispuestos a gozar de la exquisita cena. Dos horas después, un mayordomo cortó en pedazos el monumental *pudding*. Treinta camareros comenzaron a servirlo a los invitados. Tras eso se bebió el champán a la salud de la agasajada y en honor de sus veintidós años.

—¡Bueno, y ahora...! —prorrumpió riendo el príncipe—. ¡Se acabó la

etiqueta! ¡A divertirse todos se ha dicho! —Y, girándose hacia la homenajead, agregó—: si queréis, *miss Morrison*, daremos juntos la señal para comenzar el baile!

Diana, en brazos del hijo del monarca de todas las británias, comenzó a danzar, seguida de los ojos de cientos de personas.

Hacía más de dos horas que Eduardo Leblanc trataba de bailar con Diana sin conseguirlo; su semblante mostraba el rictus del malestar. Ceñudo observaba al maduro prometido de la joven, el guapo catalán-argentino don Antonio de Mendoza i Sarda quien, pese a las reiteradas distracciones de su novia, la tenía acaparada sin mostrarse dispuesto a soltarla.

En ese momento, la agasajada fue requerida por uno de los cientos de invitados, un viejo *lord* quien, lleno de donaire, pese a su edad, la hacía girar al compás de un bonito vals. *Sir Norman* se acercó a don Antonio y juntos se alejaron hacia un grupo de hombres comenzando todos a charlar animadamente.

Minutos después, apenas la orquesta terminó de interpretar el vals, Eduardo se acercó a la pista de baile y, en una gentil reverencia, se inclinó ante la pareja, compuesta por Diana y el viejo lord, y exclamó:

—¿Podría yo tener el honor de bailar con *miss Morrison Bennett*? Llevo horas esperando el momento de hacerlo. Creo que soy uno de los pocos que faltan...

—Adelante —repuso el lord sonriendo benévolo—. Yo no puedo competir con la juventud. Aquí tiene, para usted solo, a su graciosa beldad —al decir esto último le guiñó uno de sus ojos.

Diana permanecía rígida. A pesar de que se había mantenido firme en su propósito de no fijar sus ojos en Eduardo y olvidarse de los besos que la noche anterior le había robado, había temido el momento en que él la sacara a bailar.

Mirándolo muy seria, levantó el brazo y lentamente lo posó sobre su hombro. A su pesar, sintió que se estremecía de placer. La música había cambiado de ritmo, sonaba una pegajosa y moderna melodía.

Eduardo, en un gesto deliberado, entrelazó significativamente sus dedos



en los de ella. Con el otro brazo le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Acercando su boca al oído de Diana murmuró:

—Toda la noche me has evitado. Cuando te saludé, luego de apagar las velas, te negaste a mirarme a los ojos. ¿Aún estas ofendida? Recuerda que tú también me besaste.

—Eduardo. Si fueras un caballero..., no me recordarías lo que pasó anoche. No olvides de que yo... no estaba bien... —replicó ella completamente ruborizada.

—Yo soy un caballero. Pero lo que pasó entre nosotros me conmovió mucho y creo que a ti también.

—Te equivocas. Y ya no deseo seguir hablando de eso.

—Anoche me dejaste con la miel entre los labios. Y estoy seguro de que algo cambió entre los dos. Y eso tú lo sabes bien: es menester que hablemos.

—Tú y yo no tenemos... nada de qué hablar. Para mí eres... como cualquier otro invitado... —rebató ella con palabras entrecortadas.

—Te equivocas, anoche entre ambos pasaron muchas cosas..., y todas muy bonitas, por lo tanto, yo no me considero un invitado cualquiera. Y, ¿sabes una cosa?, lo que más desearía hacer ahora es sacarte de aquí, llevarte a un lugar solitario y devolverte, uno a uno, los besos que te robé. Y darte varios más en compensación.

A pesar de la aparente serenidad que Diana demostraba, él la sintió temblar.

—Una palabra más sobre ese tema y... te dejaré aquí plantado —silabeó ella entre dientes.

Él soltó una breve risa.

—¿Serías capaz de un escándalo así? Recuerda que mañana estaríamos en las páginas sociales de todos los periódicos. No creo que a ti te gustaría algo así.

—No, claro que no me gustaría. Pero, si no te callas, juro que lo haré.

—Diana, convéncete, no te engañes a ti misma, reconoce que algo sientes por mí y que ya nunca más seré un extraño para ti. Te he sentido vibrar entre mis brazos, y yo ya te siento mía. Somos... como los arcos de un mismo puente...

Diana lo miró ceñuda; en medio de un susurró le replicó:

—No caeré de nuevo en tus brazos; no seré una más en tu vida. Y te pido que no me aprietes tanto. Por favor afloja tu brazo...

Él, tras un hondo suspiro, obedeció. La música seguía sonando romántica y suave. De pronto Eduardo, en un gesto disimulado, volvió a acercarse de nuevo su boca al oído de Diana y, con voz ronca y acompasada, comenzó a cantar en francés.

Placer de amor  
dura un momento...  
dolor de amor  
dura la vida entera...

—¿Te gusta?, la letra es bonita, ¿verdad? Y muy apropiada para la ocasión en la que yo me encuentro ahora. —La miró a los ojos y, atrayéndola peligrosamente hacía su pecho, con estremecida voz le pidió—: por favor, no te cases con el español...

Aunque Diana no contestó, y a pesar de la supuesta indiferencia que ella intentaba demostrarle, él logró percibir un notable estremecimiento en todo su cuerpo que le infundió muchas más esperanzas.

Apenas la música acabó Diana, con ademanes disimulados, trató de zafarse de los brazos de Eduardo, que la aferraban con apasionado ímpetu y evitaban que ella se alejara de su lado. Por último, reteniéndole las manos, la miró a los ojos y con gesto imperioso le preguntó:

—Bueno, ¿qué? ¿Ahora vamos a fingir que entre nosotros no ha pasado nada?

Ella bajó la mirada y no respondió.

Él volvió a pedirle:

—Por favor, Diana, rompe tu compromiso con *monsieur* Antonio; comencemos a tratarnos de manera más íntima y frecuente. Sé que tú también sientes algo por mí, confíesalo, no te mientas a ti misma. ¿Serías capaz de negar que no te gustó mi modo de besarte? ¿Serías capaz de negar que sientes algo por mí...?

Ella se mordió los labios. Con las mejillas coloreadas lo miró de frente y replicó:

—No puedo negar que me gustas. Pero tú y yo solo podemos ser amigos...,

aunque creo que ahora ni siquiera eso. Nunca podría aceptar ser algo más para ti, ni tampoco podría creer en tus palabras de amor. Tienes que reconocer que eres un engreído vanidoso y un mujeriego empedernido. De verdad te lo digo, Eduardo: no quiero hablar contigo de amor, ni que me hagas falsas promesas como siempre les haces a todas tus conquistas. Estas acostumbrado a que las mujeres giren a tu alrededor hasta caer en tus brazos como moscas sobre la miel, pero conmigo fallaste. No he de ser para ti, y no olvides que estoy comprometida; mira allí está mi tío y... mi novio, y nos están observando. ¡Suéltame!

Presionado por las circunstancias Eduardo lentamente la soltó. Lo último que deseaba era provocar allí un desagradable escándalo.

En lo que restó de la noche el francés se pasó observando a la agasajada, pero ya no tuvo otra oportunidad de acercársele. Para él, el resto de la fiesta resultó asfixiante. Cuando *sir* Norman anunció el compromiso de su sobrina, sintió una extraña sensación en el corazón, mezcla de angustia y rabia, que lo dejó preocupado.

*Monsieur* Armand de Benlliure esperaba con impaciencia el regreso de su hijo. En esos momentos se hallaba en su escritorio, acompañado del ama de llaves. Esta última permanecía cejijunta exteriorizando, de manera visible, su mal humor. De golpe se oyeron fuertes pasos, y al instante apareció en la puerta la figura de Eduardo.

—Buenos días, padre. *Madame* Müller... —saludó con su acostumbrada gentileza.

—¡Oh!, has llegado más temprano de lo que esperaba. Pero ¿por qué traes esa cara de disgusto? —replicó su padre con expresión sorprendida observándolo con detenimiento. Y tras un gesto de dolor agregó—: ¡ay!, esta endiablada pierna me impide moverme, casi del todo. Ven, acércate para que te dé un beso y... ¡Ay!, no sabes lo que sufro en cada cambio de postura.

—Vaya, esperaba encontrarte mejor y ya de pie —murmuró Eduardo.

—Dentro de unos quince días tal vez. Hoy me es imposible —respondió su padre a la vez que exhalaba un quejido.

En ese momento la tajante voz del ama de llaves se dejó oír:

—De ese «imposible» tiene la culpa el propio señor barón..., nadie más que él —y dirigiéndose a Eduardo añadió—: Voy a contarle lo que su padre ha hecho en su ausencia.

—*Madame* Müller —gruñó el barón—, le ruego, le ordeno...

El ama de llaves, mirando a su patrón con aire de disgusto, le rebatió:

—No hay ruegos, ni ordenes que valgan. Le dije, señor barón, que su hijo se iba a enterar de todo. Y voy a cumplir con lo dicho.

—Hable usted, *madame* Müller, cuénteme que ha pasado, no me oculte nada —repuso mientras tomaba asiento frente a su padre.

Alta y gruesa, el ama de llaves, una alemana de poco más de sesenta años y con veinte de servicios en la familia Benlliure, empleaba al hablar un tono autoritario que contrastaba con su gran corazón.

Enseguida, con gesto dramático suspiró añadiendo:

—He aquí los hechos. Hace dos días...

—¡Es inaudito! —refunfuñó el barón de nuevo—. Ni dueño soy ya de hacer lo que me plazca.

La voz de la *madame* Müller se hizo más severa:

—Hace dos días —repitió el ama de llaves impertérrita—, vino de visita esa nueva amiguita suya..., esa tal Natacha, en demanda de noticias de usted. Y el barón, aprovechándose de mi ausencia y de su ayuda de cámara, llamó al cocinero y le encargó infinidad de entremeses: fiambres, lenguados, con salsa picante, pollo asado lleno de condimentos, y no sé qué otras cosas más. ¡Ah!, y una *charlotte* de bizcochos a la española. Además, se tomó varios vinos, comenzando por el Oporto, siguiendo con Chablis, Volney y champaña extra seco...

—Era medio seco. Ya ves como exagera Eduardo —rectificó confuso el banquero.

—Cuando yo llegué a trabajar —continuó el ama de llaves—, el barón y *madeimoselle* Natacha habían ya almorzado. Y, como vi que ambos tomaban café, pude observar, con mis propios ojos, que su señor padre saboreaba exquisitamente una copa de coñac. Y también lo vi fumarse un cigarro habano.

Eduardo, conteniendo la risa, emitió un silbido.

—¡Vaya! ¿De modo qué mandaste al mismísimo demonio el régimen alimenticio? ¡*Monsieur* barón, su conducta es imperdonable! —exclamó imitando, de manera disimulada, a *madame* Müller

—Imperdonable, en efecto —remachó esta—, pero ahora está pagando cara su falta, puesto que su artritismo ha redoblado en violencia. Y yo le he aumentado la severidad del régimen.

—¿Sabes qué me dará hoy de comer? —protestó el barón—. Pues caldo vegetal, espinacas hervidas y agua mineral, nada más que eso.

Eduardo, a pesar de su estado anímico, bastante apesadumbrado, sonrió divertido.

—La penitencia es justa, padre —alegó burlón—. Desde ahora vamos a ser dos quienes te vigilemos, mejor dicho, tres; porque también le diré a Damien que te controle. En cuanto a Natacha, le haré pagar la falta que te hizo cometer; la invitaré a comer contigo bizcochos sin sal, caldo vegetal, verduras hervidas y agua de Evian.

*Madame Müller*, tras despedirse de ellos, salió del suntuoso comedor sin volver la cabeza. El barón, con expresión adusta, la siguió con la mirada. Luego, haciendo con la mano un gesto de impaciencia, masculló:

—Esta mujer a veces es exasperante. —Luego, dando un quejumbroso suspiro, añadió—: ¡y ahora hablemos de otra cosa! ¡Diablos! Esa Natacha es muy hermosa de verdad, una autentica *femme fatale*, no me extraña que hayas perdido la cabeza por ella; a pesar de ser una bailarina del montón tiene mucha clase. ¿Así qué es de origen ruso? Pero ¿no pensarás casarte con ella, verdad? Lo digo porque Natacha se pasó toda la velada hablando de ti y de vuestro futuro juntos. Bueno, aunque ella es hermosa, en modo alguno sería la esposa adecuada para ti. De eso estoy seguro, además es demasiado liberal y desprejuiciada.

Eduardo, silencioso, continuaba con los ojos fijos en su padre que, después de prodigar algunos gemidos más, se instaló mejor entre los almohadones de su asiento. Tras beberse un vaso de agua con limón y de encender un cigarrillo, sus cejas volvieron a marcar en su rostro una línea severa, sin quitarle los ojos de encima a su padre replicó tajante:

—Papá, respondiendo a tu pregunta, te recuerdo que aún no está en mis planes casarme, pero cuando decida hacerlo lo haré con la mujer que me guste. Y si decidiera hacerlo con Natacha, usted... ni nadie podría impedirlo.

*Monsieur Armand* carraspeó su garganta. Cambiando radicalmente de tema, preguntó:

—Bueno, mejor no toquemos ese asunto. Y, a todo esto, ¿estuvo bien la fiesta? ¿Fue en verdad un *succés fou* como aseguraba Norman que sería?

—Sí, fue un gran éxito —respondió el joven con marcado desganó.

Su fruncido ceño parecía darle a su cara un aspecto cada vez más sombrío.

—Entonces, ¿qué esperas para seguir contándome?

—Antes que nada, dime una cosa papá, ¿sabías tú que Diana estaba comprometida con un catalán radicado en la Argentina llamado Antonio de

Mendoza i Sarda?

—Pues, sí. Y si mal no recuerdo, yo te lo comenté. Fue durante el último viaje que mi socio hizo con su sobrina a España.

—No recuerdo habértelo escuchado decir.

—¿Y a qué viene eso ahora? ¿Y por qué ese ceño tan fruncido? ¿Acaso interesa en algo que ella esté o no comprometida?

Eduardo sonrió vacilante.

—No, pero realmente me sorprendió la noticia; bueno, en realidad..., creo que sí me importa. No sé qué me ha pasado, la verdad es que... ella y yo tuvimos una larga plática, y algo extraño me ocurrió. Quiero decir que la conducta de Diana para conmigo cambio...

—¡Diablos! ¡Cuéntame!, cuéntame eso de prisa, a todo escape.

El joven satisfizo el deseo de su padre a medias, omitiendo los besos que le había robado a Diana. Después le fue describiendo la espléndida fiesta preparada por *sir* Norman, revelando los proyectos del financiero inglés acerca del matrimonio entre Diana y el español.

—¿Así qué, entre tú y la bella sobrina de Norman hubo un gran cruce de palabras y actos de cariño?

—Exacto, pero en los dos días que siguieron, ella volvió a rehuirme. Pretextó no sé cuántas jaquecas para no asistir a ninguna reunión, incluso hasta faltó a la mesa varias veces sin importarle que estaba su prometido presente; en fin, se las ingenió para demostrarme de nuevo su aversión de tal manera que creí oportuno despedirme de ella y de su tío, alegando asimismo el pretexto de un próximo viaje a Oriente a bordo de mi yate. Pero en la despedida, cuando besé la mano de Diana, la sentí estremecerse y, al mirar sus ojos, juro que los vi húmedos de lágrimas. Después, sin pronunciar una palabra, echó a correr...

—Toma —ironizó sonriendo el barón—. ¡Pero esto que me acabas de contar equivale casi a una declaración de amor por parte de ella!

—¡Diablos! No sé qué pensar —replicó él.

Y para sus adentros se dijo: «Sí, quizás sea eso. Pero, aunque ella estuviera enamorada de mí, seguro estoy de que será capaz de ahogar ese amor, no dejarlo aflorar nunca y cumplir con la palabra dada a su tío».

—Vamos a ver —siguió el barón—. ¿Por qué no podría ser Diana tu mujer?

Ella es rica, pero tú también; tiene veintidós años, tú unos poco más. Os conocéis desde casi vuestra infancia, y estoy seguro de que para ella serías un marido más deseable que ese viejo gaucho de las lejanas pampas argentinas. Mi opinión es que ambos haríais un buen negocio y, por cierto, una hermosa pareja...

Eduardo se había quedado pensativo. Luego, levantó los ojos hacia la cara de su padre, mirándolo con extraña seriedad, y le cuestionó:

—Ahora dime otra cosa, papá, ¿has conocido tú personalmente a Ronald Morrison Cameron, el padre de Diana?

Al escuchar ese nombre, el cuerpo del barón se vio acometido por un involuntario estremecimiento. En sus ojos se reflejó una sombra de inquietud.

—¿Por qué esa pregunta? ¿Acaso... ese visionario ha hecho llegar noticias tuyas, a su hija y a su cuñado?

—Por lo que me contó Diana, no, nunca. Y *sir* Norman Bennett Wilson está haciendo ya las gestiones necesarias para adoptar legalmente como su hija a Diana.

—Sí, lo sé. Creo que ha obtenido una declaración judicial dando a su cuñado como presunto desaparecido por fallecimiento. —Estableció una pausa y, tras mirar a su hijo con notable extrañeza, agregó—: pero lo que ahora me gustaría saber es el móvil de tu interés por Ronald Morrison Cameron.

—Simple curiosidad. Me parece muy extraño que un padre abandone de ese modo a su hija. Quisiera además saber lo que ese hombre era antes de desaparecer, cuál fue su vida y, puesto que dices haberlo conocido, espero que satisfagas mi curiosidad, a no ser que eso te cause contrariedad.

A pesar de disimularlo, el gesto de fastidio del barón no pasó desapercibido para su hijo.

—¿Y por qué habría de contrariarme? ¡Ay!, mí pierna. ¿Quieres ayudarme a que la desplace un poco? Bien así... ¡Espacio por Dios! Ahí está bien, gracias hijo.

—Bueno, te escucho.

Dando una honda inspiración, el barón comenzó a decir:

—No hay mucho para contar. Conocí a Ronald solo de nombre, hace unos



veinticinco años, cuando este acababa de salir de la Real Escuela de Ingeniería de la Marina. Según decían de él, era un muchacho bien parecido, amable e inteligente. Por desgracia también era el hombre más distraído del mundo y el más extravagante; un verdadero «pescador de lunas». A los veinticinco años contrajo matrimonio con Sara Bennett Wilson, la hermana menor de Norman, quien era dueña de una dote de veinte mil libras; es decir medio millón de francos. Según me contó Norman, cuyos negocios se hallaban ya en plena ascensión, le ofreció hacer más fructífera esa suma procurándole con eso una honorable situación económica. A un principio Ronald aceptó, pero debido a su carácter un tanto raro y sus singulares ocurrencias sumadas a su incurable aturdimiento, y su gusto por la independencia, no tardó en romper los vínculos con su cuñado. De ese modo retiró sus fondos e instaló, en los alrededores de Londres, un laboratorio de investigaciones electrometalúrgicas, las que en cinco años le hizo perder las tres cuartas partes del capital.

—Pero ¿a qué trabajos se dedicaba en su laboratorio? —quiso saber Eduardo.

El barón carraspeó y, tras una prolongada pausa, con voz nerviosa, comenzó a decir:

—Pues..., buscaba aleaciones nuevas para el acero, el bronce y el aluminio con la finalidad de emplearlas en la construcción de chasis y de motores de automóviles. Bueno, aspiraba obtener un acero sin desgaste posible, un acero menos pesado y un aluminio más duro. Al mismo tiempo trataba de crear máquinas y bártulos nuevos para hacer posible la fabricación en serie de automóviles.

—Las ideas no eran malas, ni mucho menos —murmuró Eduardo reflexivo—, lo que con seguridad ocurría era que ese pobre inventor se adelantaba, con exceso, en aquellos tiempos. Porque tú bien sabes, papá, que ya en América y en Inglaterra, y aquí en Francia, las ideas de Ronald Morrison son procedimientos corrientes en la industria automovilística. Creo que en el cuñado de *sir* Norman reunía los dos extremos «el pescador de lunas» y el hombre práctico.

—Práctico no —rectificó el barón—, en todo caso, intuitivo. Ronald tenía intuición, no otra cosa.

Eduardo no se dio por vencido.

—Papá, no me negaras que, en nuestras fábricas, los automóviles y los motores de aviación son, en su totalidad, hijos de una concepción parecida a la de Ronald Morrison. ¡Y quién sabe si los trabajos del padre de Diana no tienen algo que ver directamente con todo ello! —acabó diciendo con las cejas enarcadas, visiblemente intrigado.

El barón Benlliure torció el gesto. Para disimular su turbación contestó evasivo:

—Bueno, la idea estaba ahí... como suele decirse, en el aire. Líbreme Dios de negar que Ronald no haya contribuido moralmente al éxito de nuestros métodos de fabricación. ¿Cómo negar, por otra parte, cuando en casi todas las máquinas y utensilios de nuestras fábricas figura la inscripción: «tipo R. M. C»? Adquirí las patentes correspondientes precisamente cuando acababa de asumir la dirección del Banco de las Artes Metalúrgicas. Y te juro que sentí angustia indecible cuando decidí entrar en las realizaciones, arriesgando en ello mi porvenir. Pero al ruego de Norman, yo ya había intentado obtener para su cuñado el apoyo de los magnates de la metalúrgica. La verdad es que no conseguí gran cosa. Ronald, que había ya cobrado por la cesión de sus patentes unos cien mil francos debía ayudarme como técnico..., mas en esa fecha el pobre enviudó, y una buena mañana me enteré de que había embarcado hacia los Estados Unidos a bordo de un buque carbonero. Meses más tarde su pista fue posible hallarla en Nueva York, pero se perdió en Dayton. Fue encontrada nuevamente en Pittsburg, pero sin resultado efectivo, puesto que, al parecer, volvió a emigrar una vez más con rumbo desconocido. Y a partir de entonces, nadie ha vuelto a saber nada de él.

—Pero ¿es qué acaso no amaba a su hija? —inquirió Eduardo, intrigado.

—Al contrario, según oí decir, la adoraba.

—Entonces, no cabe la menor duda debe de estar loco o muerto —afirmó el joven convencido.

El barón se apresuró a dar su aprobación.

—Estoy de acuerdo contigo.

Hubo un prolongado silencio. Fue Eduardo quien lo rompió:

—Y esas patentes, ¿las adquiriste en plena propiedad, no?

El banquero aspiró una bocanada de aire.

—Absolutamente, por mi cuenta y riesgo —reafirmó tajante—. Y de no haber hallado en el ingeniero Pierre Le Brun un hombre qué, como tú ya sabes, fue capaz de llevar a la práctica las teorías de Ronald, lo hubiera perdido todo. Jugué una partida arriesgada y gané, pero quizás podría no haberlo hecho.

—De todos modos, papá, ese aturdido y visionario de Ronald Morrison Cameron, fue el único que te dio la base de tu fortuna. Y tal vez él haya muerto en la miseria, lejos de su hija, que dicen...que tanto amaba. ¡Pobre hombre, qué terrible y triste fue su vida!

—No olvides, hijo mío, que el progreso es algo parecido a un poderoso monstruo que aplasta sin remedio ni misericordia todo lo que se pone por delante. Bueno, cada cual tiene su destino. ¡Y basta ya de Ronald! ¡Si es que ha muerto, que descanse en paz! Y para cambiar de tema, háblame más sobre su hija.

—No tengo ya nada más que contarte.

—No me mientas. Te conozco y sé que algo más ha pasado. ¿Te sientes enamorado de ella, verdad?

Eduardo se quedó callado unos instantes. Después, con mirada errante, murmuró:

—No lo sé, quiera Dios que eso no llegué a ser cierto. La verdad es que no quisiera sufrir por amor, y menos por una mujer tan inconquistable e impredecible como Diana. Desde ahora tratare de sacármela de la cabeza...

—¿Crees qué lo lograras?

Iba a contestar a su padre cuando sonó el timbre del teléfono. Como el aparato estaba junto a él, lo tomó.

—Hola, ¿quién llama? Sí, yo mismo... ¡Ah, Eloísa! ¿Qué tal? Llegué esta misma mañana. Sí, el viaje fue bueno, ¿cómo?, ¿qué sí deseo comer contigo y con Natacha? Con mucho gusto... sí mi padre no se opone, claro, como acabo de llegar, ¿comprendes?

El barón tocó el brazo de su hijo y, asintiendo con la cabeza, le aconsejó:

—Acepta, por mí no te preocupes; dile a tu amiga, la pintora, que comerás con ellas. Lo que yo comeré te quitará el apetito.

El joven acercó de nuevo el aparato a los labios.

—¡Eloísa! ¿Me oyes?, aceptó. Estaré en tu casa dentro de unos minutos, antes de la una y media. ¡Adiós, y gracias!

Mientras colgaba el receptor, Eduardo le pregunto a su padre:

—¿De verdad, papá, no te causa pena volver a comer solo?

El viejo contestó entre furioso y plañidero:

—No, para nada. Verme comer verduras hervidas y beber solo agua no es cosa regocijante para nadie. Además, yo te vería comer a ti comida normal, y es posible que no pudiera contenerme, de esa manera mandaría de nuevo el régimen al demonio. Anda vete, no pierdas tiempo porque ya es tarde.

—Adiós, papá.

—Adiós, hijo mío. Que te diviertas.

—Eso mismo tratare de hacer —replicó.

Apenas el joven salió de allí, el barón gruñó:

—Ha hecho bien en marcharse; precisamente esta condenada pierna va a darme un mal momento. Hace rato que noto la proximidad de una crisis... ¡Ay! ¿No lo dije? ¡Ya está aquí, ya se ha despertado el monstruo! ¡Maldito sea el dolor artrítico! ¡Damien, ven a echarme una mano! —le gritó a su ayuda de cámara.

*M*ientras el barón sudaba, gemía y resoplaba de dolor, Eduardo piloteaba su magnífico automóvil, aceleraba y subía en directa las empinadas calles que conducían a Montmartre.

La casa de la pintora Eloísa de Beltrajoz, ubicada en la plaza del Calvario, se componía de un pabellón prolongado por un vasto taller cubierto, no por un tejado normal, sino por una terraza desde la que se dominaba los dos tercios del panorama de París. Todo el chalé había sido construido por una original ricachona un tanto excéntrica. A su muerte, Eloísa lo había adquirido y había construido de inmediato su taller. La pintora vivía allí todo el año, pintando y dibujando, deleitándose con la música y ejerciendo de consejera para muchos jóvenes artistas y bohemios en situaciones precarias.

Aunque Eloísa de Beltrajoz no era de ideas rígidas con sus amigos, asimismo no toleraba de ninguno de ellos incorrecciones, ni groserías en el hablar, y mucho menos en el actuar. Opinaba que, si bien era preciso ser revolucionario en el arte, por el contrario, en la vida cotidiana había que ser más conservador que un rey. Su natural agudeza la defendía contra todas las malicias.

En el mundo del arte, su silueta fina, su cabeza coronada de un pelo un tanto gris y su rostro de facciones finas era muy popular. Los talentos pictóricos de Eloísa estaban ya reconocidos en todas partes, y sus cuadros, en los que abundaban la vida, el color y la intensa emotividad, se vendían a muy buen precio.

Esa mañana la pintora se hallaba trabajando de lleno. Con el pincel en la

mano miró a la hermosa mujer que le servía de modelo.

—Natacha, si estas fatigada, haremos un alto —exclamó con una sonrisa.

La joven, casi totalmente desnuda, a excepción de un ceñido y gracioso casquete dorado, repleto de perlas, una corta túnica, ceñida a la cintura por un diminuto cinturón, le mostró al sonreír sus magníficos dientes.

—No estoy fatigada, Eloísa. Lo que pasa es que esta especie de *gorgerin* en la cabeza es, en verdad, muy incómodo.

—Pues, desembarázate ya de él. De todos modos, vamos a descansar un rato —acotó la pintora mientras dejaba el pincel en el frasco de agua. Seguido a eso se quitó las gafas que utilizaba para trabajar.

Natacha, con un gesto de alivio, lanzó el pesado casquete sobre un diván.

—¡Uff! —exclamó a la vez que sacudía su rizada melena azabache—. ¿Necesitas tomar algunos croquis míos a mano y al natural? Porque, para desentumecerme voy a bailar un poco, ¿te parece? —agregó al tiempo que levantaba sus brazos por encima de la cabeza.

—Baila cuánto quieras, haz de cuenta de que estás sola. Yo me esforzaré en lograr que queden en mi cuaderno algunos de tus movimientos.

Sin contestar, la modelo se encaminó hacia la gramola, cambió la púa del *pick-up* y puso un disco. Al instante una música oriental inundó el salón. La bailarina, cubierta solo con la corta túnica, comenzó su danza deslizándose airoso, sobre la tupida alfombra que cubría, casi por entero, el entarimado del estudio. La luz dorada, que entraba a chorros por los grandes ventanales, hacía destacar su cuerpo perfecto.

Con increíble rapidez, el lápiz de Eloísa de Beltrajoz iba dibujando diversas rayas, a la vez que retenía, en hábiles y expertos trazos, la línea de un brazo, de una pierna o la actitud del torso.

—¡Bravo! ¡Espléndido! —se escuchó de pronto una voz masculina.

La mano de la pintora se detuvo. Enseguida se echó a reír, mientras la bailarina paraba en seco sus rítmicos y alados giros.

—Buenos días, querido Eduardo —expresó Eloísa.

—¡Oh! ¡Bonjour, chéri! —gritó Natacha mientras corría hacía el recién llegado, cubriéndolo de besos—. ¿Te ha contado tu padre que estuve en su casa? Es un hombre encantador, estuvimos hablando un largo rato. Espera un momento a que me vista y enseguida me tendrás en tus brazos.

Eduardo besó a Eloísa en ambas mejillas. Tras eso colocó, sobre una mesita, al lado de la lámpara, un voluminoso paquete.

—He aquí tus encargos —le dijo sonriendo—. Me costó un poco dar con tu vendedor de colores en Soho Square, pero al fin lo conseguí. Ahí tienes también la tinta, y el granate de China, los pinceles japoneses, las doscientas hojas del viejo papel de Holanda. Y, algo que no figuraba en tu lista, varios atados de cigarrillos perfumados al ámbar, como sé que a ti te gustan. —Al ver la actitud de ella, con un ademán de su mano, añadió—: ni sé te ocurra pagarme o, de verdad..., me enfadaré.

—¡Ay! Eduardo, siento que abuso de tu gentileza —replicó la pintora sonriéndole agradecida.

—Nada de eso, para mí es un placer servirte.

—Gracias, eres demasiado bueno. ¿Qué tal el viaje? ¿Pasaste buenos ratos en Londres?

Ante esa pregunta, la expresión de Eduardo se ensombreció. Solo fue un instante, pero a los sagaces ojos de Eloísa ese detalle no pasó desapercibido.

—Sí, todo... fue bien —asintió con llamativo desgano.

—Me alegro; bueno, mientras comemos nos irás contando. ¿Tienes apetito?

—Algo. A decir verdad, aún estoy casi en ayunas.

Eloísa llamó a su doncella. Enseguida, una robusta bretona llamada Creta apareció en el umbral del taller y les comunicó:

—Los señores podrán sentarse a la mesa dentro de un cuarto de hora. —Tras mirar a Eduardo, en respetuosa cordialidad, le ofreció—. ¿Quiere el *petit seigneur* un vaso de nuestro viejo Madera y algo para picar?

—De mil amores —aceptó sonriéndole afectuoso.

—¡Un vaso también para mí! —exclamó Natacha mientras salía detrás del biombo.

La joven danzarina vestía un traje de seda color rubí, en parte revestido de encaje y oro viejo, creación de una nueva diseñadora francesa de apellido Chanel. En su esbelto cuello lucía, además, un magnífico collar ambarino. Enseguida, de un salto gatuno, se echó en los brazos del recién llegado, dándole otro beso largo y apasionado.

Después girándose hacia Eloísa, levantó el índice y la señaló risueña.

—¡Ah, que maliciosilla eres! ¿Cómo pudiste guardar, dentro de ti, toda la mañana la llegada de Eduardo? Francamente yo no hubiera podido...

—Claro que no, con lo indiscreta y charlatana que eres. Pero ¿y no es acaso la sorpresa lo que aumenta el placer? Bueno, ahora daros prisa en beber el Madera, porque la mesa no tardará en estar dispuesta.

A pequeños sorbos se bebieron el seco y generoso vino. Minutos más tarde, los tres pasaron al comedor: una estancia rústica, de techo bajo y sólidas vigas, agradablemente fresca, de modernos muebles y cortinas a rayas azules.

El suelo, de mosaicos beige, estaba cubierto casi por completo por una gruesa estera de palma. Los sillones y escabeles con asiento de cuero eran, a la vez que confortables, acogedores y alegres. A través de una ancha ventana se podía admirar el bello panorama de París.

En un agradable clima de cordialidad, los tres almorzaron con bastante apetito. Durante la sobremesa, Eduardo les contó de su viaje a Londres.

—¿Así que la fiesta fue espectacular?, ¿y con la presencia del príncipe de Gales? —inquirió Eloísa riendo burlona.

—¡Vaya! —replicó Natacha encendiendo un cigarrillo—. Según lo que me contó tu padre, ese gran financiero debe de ser una persona, además de millonario, de mucho gusto y talento que no regatea ni escatima gastos. Ay, la verdad, cuanto me hubiera gustado ser su sobrina, la de regalos que debe de haber recibido.

—Sí, en efecto recibió muchos —asintió Eduardo pensativo—. Los que recuerdo son un automóvil, dos soberbios caballos árabes de silla, sortijas de brillantes, collares de zafiros y perlas de Oceanía, un soberbio *pendentif*, anillos y brazaletes de Arabia, tejidos maravillosos de la India, un original mantón de Manila, que vale lo menos más de cien mil francos, ¡y que sé yo, cuantas cosas más!

—¡Ah! ¡Cuánto la envidio! —suspiró Natacha.

Él la miró muy serio.

—Pero a ella todo eso la deja indiferente... —manifestó con extraña entonación.

—¡Válgame Dios, no puedo creerlo! —prorrumpió la bailarina. Y, con un gesto de desprecio, añadió—: pero que señorita más difícil e insoportable



debe ser esa niña rica.

—No digas eso, ella no es así —saltó mirándola ceñudo—. Lo que pasa es que Diana no les da tanta importancia a las cosas materiales. Todo ese vano y fantástico lujo que la rodea no puede disipar su tristeza: no tiene madre, su padre ha desaparecido y su vida, desde muy pequeña, ha sido muy triste. Eso demuestra que la riqueza y la felicidad son cosas distintas —marcó una pausa y, mirándolas apenado, continuó—: perdonen mi brusquedad, pero cómo he podido comprobar la veracidad de todo eso, estoy en mi derecho de expresarlo...

Natacha sonrió despectiva. Tamborileando sus dedos en la mesa, en signo de burlona incredulidad, con gesto mordaz exclamo:

—Querido mío, eres muy iluso en creer algo así. La verdad es que a mí, por el contrario, la gente que no tiene dinero, que carece de fortuna, es la que me inspira lastima. Con el dinero, la felicidad... viene solita —dirigiéndole a Eduardo, una sonrisa burlona, añadió—: si perdieras bruscamente tu fortuna, si tu buen papá cerrara de repente el grifo por el que te llueven los billetes a manos llenas, verías, y muy pronto, que la razón está de mi parte. Esa... tu *miss* Morrison debe de ser algo caprichosa o una chiflada. Sí se siente tan infeliz, rodeada de lujos, que busque un empleo de mecanógrafa, de dependienta o de maniquí. Que viva un par de años de lo que gane por sí misma. Y nada, hijo, verías como muy pronto reclamaría, pero a grito pelado, por sus millones que ahora no la hacen tan feliz.

Ante la elocuente y vulgar fraseología de su amante, Eduardo, con expresión seria, rebatió:

—Diana no es ninguna caprichosa ni mucho menos una chiflada. Natacha, creo que tus palabras y tu materialismo, en este asunto, están fuera de lugar.

La bella danzarina hizo con sus labios un gracioso mohín y señaló:

—Perdón, me he dejado llevar por el ímpetu. Ya sabes que yo soy muy apasionada y a veces me extralimitó.

Eloísa, quien mantenía los ojos fijos en su joven amigo, exhaló un significativo suspiro. Enseguida, en su intento de llevar la conversación hacia otro tema, en tono divertido, miró a Eduardo y manifestó:

—Aunque al igual que tú, a mí no me agrada la monarquía, la curiosidad me roe por dentro. Cuéntame ¿cómo es tu tocayo, el joven príncipe de

Gales?

Ante la pregunta, el muchacho desarrugó el ceño, y con voz desganada, explicó:

—Es, dentro de todo, muy agradable y le encanta divertirse mucho. Los que lo conocen a fondo dicen que le gusta tocar la gaita y que lo hace muy bien. En la fiesta se mostró sencillo y accesible a todos.

—¿Qué edad tiene? —inquirió Natacha

—Veintitantos —respondió él—. No lo sé con certeza.

En ese instante Creta les sirvió el café.

Como si de repente recordara algo, Eduardo sacó de su bolsillo un pequeño paquete.

Tras obligarse a sonreír, miró a Natacha y le dijo:

—Esto es para ti.

La joven, con visible ilusión, lo tomó rasgando ansiosa el papel. Por unos instantes se quedó observando el bonito estuche. Después, lentamente lo abrió: dentro reposaba un hermoso prendedor formado por una flor con las hojas verdes de jade montada sobre platino y perlas cultivadas rodeada de diamantes.

—¡Ah, Eduardo! ¡Mi amor! —exclamó—, es el fetiche que deseaba desde hace tiempo.

De un salto se puso de pie y besó con fuerzas la boca de su amante.

Cuando al fin el joven se vio libre de los brazos de Natacha, fijó la mirada en su amiga, que los observaba divertida. Tras sonreír malicioso, con ademán intrigante, le comunicó:

—A ver, querida Eloísa, ¿por qué no vacías el cofre de cigarrillos que te traje.

La pintora lo miró con sorpresa. Al instante, metió las manos y sacó del fondo del cofrecillo, la estatua de una divinidad china, tallada en cristal de roca.

—¡Dios mío!, qué hermoso regalo —señaló juntando las manos—. ¡Esto es demasiado Eduardo! —Y mientras hablaba sus ojos se humedecieron de lágrimas.

—Calla, no digas tonterías. Estaba seguro de que ese «Buda Sonriente», te gustaría mucho; según lo que me dijo el anticuario, fue tallado por un

artista, de la Dinastía Liang. Y he de decirte que yo sabía que solo una persona como tú podía realmente apreciar algo así.

La bailarina, mientras guardaba su costoso regalo dentro de su bolso reprimió un gesto burlón.

—¡Qué bonita escena! —ironizó mientras los miraba con desdén. Enseguida se puso de pie, y agregó—: ¡andando ya! Eduardo llévame al teatro. Tengo ensayo de tres a cuatro y media. Después iremos donde tú quieras... —Guiñándole uno de sus ojos, añadió coqueta—: aunque sé muy bien a donde querrás llevarme y te diré que yo también lo deseo.

—De acuerdo, vamos —respondió el joven.

Instantes después, Eloísa, desde el ventanal de su vivienda, los vio partir en automóvil a través de la Place du Tertre en dirección al París de los negocios y de los placeres.

—Pero ¿qué le pasaba hoy a nuestro Eduardo? —murmuró con cierta preocupación mientras acariciaba el lomo de su gata egipcia—. Yo, que lo conozco tanto, estoy segura de que algo le ocurrió en Londres. ¿No será que la inglesita le gusta más de lo que él mismo quiere admitir? —terminó preguntándose con una sonrisa.

Tres semanas habían transcurrido desde que Eduardo Leblanc de Benlliure había regresado de Londres; y desde ese tiempo, el *petit* barón, de manera inusual parecía haber perdido gran parte de su buen humor, la cualidad más destacada de su carácter. A pesar de intentarlo, no podía apartar de su mente el recuerdo de Diana, y eso le provocaba una gran ansiedad que le quitaba incluso el sueño.

Cada vez salía menos y, cuando Natacha lo obligaba a frecuentar los lugares de siempre, donde la gente despreocupada iba a divertirse, su irritabilidad aumentaba, sin que él pudiera hacer nada para evitarla. Durante los encuentros íntimos entre ellos, Natacha percibía que su amante no actuaba con ella de la misma manera de siempre. Incluso hasta su fogosidad se había atemperado de modo notable.

El barón también estaba al tanto del radical cambio de su hijo, pero en vez de preocuparse, sonreía burlón.

«O mucho me equivoco o el viajecito a Londres va a tener algunas consecuencias en la vida de mi heredero...», se decía esperando que de un momento a este se confesara con él.

Gracias a su médico y al severo régimen que la señora Müller, que era la personificación de la energía, le hacía cumplir, el banquero se encontraba bastante mejorado de su dolencia.

Como por lo general trabajaba en su casa, todos los días recibía en esta de tres a cinco algunas visitas.

Una tarde de junio, en el momento en que el banquero Armand de Benlliure salía de su gabinete, su secretario se le acercó. Tras un respetuoso saludo, le presentó, sobre la bandeja de plata, una tarjeta mal impresa que

decía:

*PETER JOHNSON*  
*Ingeniero Metalúrgico*

—No creo conocer a ese individuo —dijo bruscamente—. ¿Cómo es físicamente?

—Aunque me es familiar, no recuerdo de quien se trata; es un hombre de estatura regular y unos cincuenta y tantos años —contestó el secretario. Enseguida añadió—: delgado, pelo largo canoso, bigotes y barba sin cortar. Viste de manera simple, pero se expresa con gran corrección. Afirma que *sir* Norman Bennett Wilson, de Londres, es quien lo envía.

—¿Pues haber empezado por ahí! —prorrumpió el banquero ceñudo—. ¿Crees acaso que puedo perder tiempo escuchando explicaciones sin importancia? Que ese caballero pase enseguida. Y desde ahora se acabaron las visitas, ¿entendido?

—Sí, señor barón.

Cuando el doméstico salió, el banquero se instaló cómodamente en su sillón.

—¿Peter Johnson? De verdad ese nombre no me suena para nada —rumió intrigado

La puerta se abrió lentamente y el visitante, tras un cortés saludo, entró y se quedó de pie, a la espera de que el dueño de casa le dirigiera la palabra.

—Al parecer es *sir* Norman Bennett Wilson quien lo envía ¿verdad? —dijo el banquero dando al extraño una rápida ojeada e ignorándolo después. Mientras procedía a limpiar el cristal de las gafas, preguntó—: ¿trae usted alguna carta o tarjeta de presentación?

—*Sir* Norman Bennett Wilson me aseguró que con solo citar su nombre era ya suficiente —contestó el desconocido. Al instante, añadió pausado—: no obstante, como yo insistí, consistió en darme esta misiva...

Con gesto decidido, el visitante se agachó hacia el suelo, sobre el que había depositado una voluminosa cartera de cuero. Con ademán pausado la abrió y sacó de ella un sobre, algo arrugado, que extendió a su interlocutor. Este, tras ponerse las gafas, lo miró extrañado, no sin advertir que, pese a el aparente dominio de sí mismo, las manos le temblaban demostrando una

intensa emoción, causada probablemente por el alto honor que le hacía el hombre que lo había recibido.

El barón Benlliure al menos lo juzgó así.

—Por favor, tome asiento; ¿nos conocemos?, debo admitir que usted me resulta familiar —repuso el dueño de casa, mientras lo miraba intrigado.

Después, con gesto deferente recibió el sobre que le extendió. Sin prisa lo abrió sacando un papel amarillento, sucio y semirasgado.

—¡Vaya carta de introducción! —exclamó el banquero un tanto perplejo. Dando un suspiro, con visible decepción, agregó—: ¿y este papelucho va dirigido a mí?

—Por favor, lea usted eso, antes de preguntarse nada —replicó el desconocido con sequedad—. Y luego de leerlo hablaremos.

Con expresión atónita el barón lo miró indeciso a la vez que pesaba: «Juraría que esa voz también me es familiar». Después obedeció. Sus ojos leyeron lo siguiente:

Londres, 15 de mayo de 1913

A *monsieur* Armand Leblanc, barón de Benlliure.

Director del Banco de las Artes Metalúrgicas.

Avenida de la Opera, en París.

Mi querido amigo:

Me permito presentarte a mi cuñado *míster* Ronald Morrison Cameron...

Armand Leblanc de Benlliure no leyó más. De golpe le pareció que una mano de hierro le apretaba la garganta. Su mirada extraviada se elevó hacia el visitante, al que observó con extremada fijeza. ¡*Míster* Morrison Cameron! Pero ¿no se le había dado por muerto? ¡Estaba vivo! ¡Gran Dios! ¡Viejo y demacrado, pero vivo!

—¡Ronald! —exclamó el banquero mirándolo fijamente—. ¿Es posible?, pensé que usted... estaba muerto.

—Sí, barón de Benlliure. Soy Ronald Morrison Cameron, ingeniero número siete de la promoción de la marina del año 1897, usando el seudónimo de Peter Johnson. Aquí tengo los títulos que atestiguan lo que digo y también los visados estampados de mi pasaporte, que los consulados del Imperio

Británico de América confirman mis últimos viajes; como ya lo ha comprobado, ahora uso un seudónimo. ¿Así que me creía muerto, señor barón? Como verá he regresado y no precisamente del otro mundo. Con su permiso, guardaré de nuevo la «carta histórica» —Y uniendo el gesto a la palabra, Ronald metió en su bolsillo la vieja misiva.

—Y, bien. ¿En, qué puedo... serle útil? —balbuceó el banquero. Mientras procuraba recobrar su aplomo, agregó nervioso—: le ruego que... sea breve, no tengo mucho tiempo... y mi salud en estos momentos no es muy buena...

Los ojos del visitante lanzaron chispas de furia.

—Pues, lo siento mucho barón. Pero como ya lo comprenderá, su salud me importa un bledo; vengo dispuesto a usar su tiempo hasta que lo crea conveniente, tenemos que arreglar viejas cuentas.

—Me parece que mejor sería arreglar esas cuentas con *sir* Norman —replicó el banquero poniéndose de pie.

Con un gesto brusco, Ronald le señaló el sillón al tiempo que decía:

—Siéntese y no se preocupe, ya las arreglaré también con él. Pero de eso hablaremos luego. Para empezar, quiero que sepa que de nuevo deseo proponerle un negocio, esta vez por mi cuenta; como verá, no vengo en son de guerra. Escúcheme bien, con suma atención: se trata de un motor fruto de mis estudios durante los doce años de destierro que pasé. ¡Se lo ruego, nada de muecas desdeñosas! Sé perfectamente que, durante la guerra, mis anteriores inventos aportaron muchos avances al automovilismo y a la aviación. Pues bien, esas «maravillas» como las llama usted y como decía yo cuando las inventé, comparadas con mi nuevo invento son, lo que un borrico viejo a un caballo de «pura sangre» ganador del Derby, ¿comprende la diferencia?

—Sí, continúe —dijo el barón a la vez que simulaba una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Ronald sonrió sarcástico.

—Mi nuevo motor da tres caballos de fuerza por kilogramo. Y por cien kilogramos de peso, al accionar o arrastrar, dará cinco por un peso de doscientos y siempre por kilo. Entran en su construcción el acero, el bronce y el aluminio, sin aleaciones de esas que tanto entusiasmaron hace una década atrás.

El barón se pasó una mano por la frente y, con un brusco movimiento de cabeza, prorrumpió:

—Trescientos caballos efectivos, por cien kilos de carga. Seiscientos caballos por doscientos kilos. ¡Eso es imposible!, ¿está usted loco, Ronald?

—Tranquilo, *monsieur* Armand, se lo ruego. Deje de lado ahora los calificativos de mal gusto. Mi motor, construido por mis propias manos, ha funcionado; además, tiene usted las referencias que desee, ¿no es así? Sin embargo, falta lo sensacional. La energía que mueve mi motor no la produce ningún carburante, nada de alcohol, gasolina, benzol etc. Lo fabricado por mí en la especialidad es más que nuevo.

El banquero, que en ese momento miraba al inventor con indudable interés, le preguntó:

—Pero, y esa energía, ¿en qué consiste?

Ronald se echó a reír con ironía.

—¡Qué curioso es usted, barón! Pero comprenda mi natural reserva, puesto que se trata de mi fortuna. Porque ha de saber que mi invento vale millones. Y si se los cedo a un rival suyo, puede ser para usted la ruina.

—¡No exagere! —prorrumpió el banquero a la vez que disimulaba sus nervios lo mejor que pudo.

—¿Qué yo exagero? No, barón, juguemos con los naipes descubiertos. ¿Cuánto me dará hoy por las máquinas y los dos motores de los planos que me robó hace doce años, con la complicidad de mi infame cuñado?

—¿Ha dicho robado? —inquirió el banquero con altanería—. Tiene que saber que esa expresión...

El puño de Ronald golpeó con fuerza la mesa.

—¿Pretende acaso insinuar que me los pagó entregándome, sobre el ataúd de mi pobre esposa, la limosna de cincuenta mil francos? ¿Osaría negarme que Norman hizo copiar y patentar a su nombre en toda Europa... y, sin que yo lo supiera, los planos que tuve la candidez de confiarle aquel día? ¿Negará haber sido en este asunto, el agente, el instrumento, el ejecutor de las órdenes de ese canalla que tengo por cuñado?

—¡No tengo nada que ver con lo que hizo Norman! —gritó el banquero dejando salir su nerviosismo.

—Basta de comedias, *monsieur* Armand. Le conozco a usted muy bien, de



nada vale que quiera pasar, ante mis ojos, como un hombre leal y honrado. Es preciso que liquidemos cuentas de manera civilizada. Mis inventos de hace doce años han formado su gran fortuna y la de sus asociados. Los beneficios totales han sido por lo menos, de cien millones, y calculo que unos treinta han pasado a sus arcas personales. Usted tendrá que darme a mí... lo menos diez y me considerare pagado.

El banquero se echó a reír con cinismo.

—¿Diez millones?

El tono de la voz de Ronald fue de una aspereza tal que paralizó al barón.

—Lo que usted me dio en 1913 fue para mí un simple y ridículo adelanto sobre los beneficios de mis inventos. Estos han ascendido a millones y millones. Es decir que Norman y usted han sacado el provecho máximo de la miseria moral de mi vida, junto a mi pobreza y a mi dolor. Es justo que exija una compensación, ¿no cree usted? Si me la da, le entrego los planos de mi nuevo invento y me comprometo a desaparecer después de haberle arrancado mi hija al hombre que me la robó. Ya conoce pues mis condiciones. Diez millones de francos y mi participación en los beneficios que proporcionaran mi nuevo invento, ¿acepta?

El barón, escondió sus nervios, y se echó a reír de nuevo.

—¡Bendito sea Dios! Por fin veo los móviles que le han impulsado a este gabinete de trabajo. Vamos a ver Ronald: lo que a usted le hace falta es dinero, y enseguida, ¿no? Pues bien, sí me espera unos instantes... —abrió un cajón de su mesa; sacó tres fajos de billetes y se los extendió—. Aquí va esto —exclamó con deje irónico.

—¿Y qué es esto? —interrogó Ronald pálido.

—Son treinta mil francos. Cuéntelos, pero por favor márchese ya y no vuelva a poner los pies aquí nunca más. Es la última vez que me saca dinero; vamos, decídase. ¡Tómelo y márchese deprisa!

Ronald tomó los billetes, dudando entre rasgarlos en mil pedazos o arrojarlos a la cara del banquero. Finalmente, con gesto molesto los lanzó con violencia al suelo. Tras eso, se cruzó de brazos y, apoyándose en las sílabas, replicó:

—Esto es lo que hago de su limosna; no vine a mendigar un puñado de billetes. Soy pobre, estoy solo, carezco de amigos protectores, pero tengo

orgullo además de mucha fe en mi inteligencia y en lo justo de mi causa —lo señaló con el dedo y agregó—: hay una justicia, barón, que no yerra nunca, la de Dios para los católicos y de la providencia para los demás. Y tarde o temprano lo alcanzarán...

—¡Salga de mi casa de inmediato! ¡Márchese!, ¡o ya mismo lo hago expulsar por mis criados...! —rugió el banquero.

Al instante dirigió su mano hacia el botón eléctrico. Ronald se la agarró apretándolas fuerte entre sus huesudos dedos y lo miró sin pestañear.

—Es usted un vil ladrón. Me ha robado sin sentir ninguna vergüenza —recalcó con voz ronca—. Usted y el granuja de mi cuñado han hecho de mí, por espacio de doce años, un desterrado y un mísero paria. Tengo la prueba de que ambos, en perfecta y maquiavélica combinación en una despiadada y desleal batalla de rapaces, depositaron mis planos en la Oficina de Inventos antes de habérmelos comprado. Y esto no tiene más que un nombre: ¡robo!

—¡Eso es mentira! —gritó el barón fuera de sí mientras, gracias a un rudo esfuerzo, lograba desasirse de aquella fuerte mano. Acalorado añadió—: yo no tuve nada que ver con eso, pregunté a su cuñado. Y aun cuando así fuera, contra mí y contra Norman nada podría usted hacer. Su denuncia no surtiría efectos judiciales por el hecho de que la prescripción nos protege, hace ya doce años que el supuesto delito fue cometido. ¡Ha llegado doce años tarde! Y, sí a pesar de todo, desea luchar contra nosotros: hágalo, y ya verá de qué modo saldrá de la lucha...

Tras un pesado silencio, el banquero prosiguió:

—Bueno, recoja los billetes; le harán, probablemente, mucha falta. Tómelos y márchese sin armar ningún escándalo, de lo contrario... —Apretó el timbre y al instante entró su secretario. El barón miró al ordenanza cejijunto y le comunicó—: Alain, fíjate bien en este hombre. Apenas se presente de nuevo por aquí, puedes echarlo a empujones. Se acabaron mis audiencias para él.

Ronald había ya recobrado la calma. Con voz metálica exclamó:

—Tenga la plena seguridad de que volveremos a vernos, barón. Aquí, o en otra parte, pero nos veremos. Y usted será el que pida clemencia, ya lo verá... —Recogió su cartera y su sombrero y, con ambas cosas en la mano, a guisa de saludo, le hizo una burlona reverencia al tiempo que con marcado desprecio gritó—: ¡Ladrón! ¡Canalla!

Después, seguido por el silencioso criado, se encaminó hacia la puerta, no sin antes pisar los billetes esparcidos por el suelo.

Cuando se encontró en la calle, por un largo rato, el inventor pensativo miró la puerta que se acababa de cerrar detrás de él.

—Un día u otro, te abrirás ante mí suplicante. Eso lo juro —murmuró—. Empeño y voluntad es lo que me sobra.

Después de exhalar una bocanada de aire, Ronald Morrison apretó la abultada cartera que llevaba bajo el brazo y echó a andar hacia la avenida del Bosque de Bolonia. Al llegar a la esquina de la calle Leonardo de Vinci, atravesó la calzada en línea oblicua. En aquel preciso momento, un lujoso y potente automóvil entraba en la calle a regular velocidad. El sonido imperioso de la bocina hizo que Ronald, sorprendido, vacilara deteniéndose de golpe. Tras su breve indecisión, volvió a retomar la marcha y un segundo después fue derribado, con extremada violencia, por un guardabarros del vehículo, que lo hizo caer al suelo, junto a las ruedas delanteras. El sombrero y la cartera del inventor volaron a unos diez pasos de distancia. Desde el automóvil, inmovilizado de un de brusco frenazo, se escuchó una voz femenina que decía:

—¡Virgen Santa! ¡Qué desgracia! Seguro que está muerto. Huyamos rápido...

—¡Por Dios! ¡Cállate, Natacha! ¿Cómo puedes pensar en hacer algo así? — protestó el joven conductor saltando del coche.

Tras una breve inspección, Eduardo Leblanc tomó al accidentado por las axilas y lo levantó. El ingeniero parecía desvanecido, unas gotas de sangre manaban de un corte en mitad de la frente.

—Si hubiera intentado suicidarse, quizás no lo habría hecho mejor. Se ha lanzado directo al paso del coche, sin mirar a derecha ni a izquierda ¡Demonios! Ha venido a tenderse literalmente frente a las ruedas a pesar de mis esfuerzos por evitarlo... —murmuró el joven, en medio de un soliloquio, tratando de reanimar al accidentado.

—Ni siquiera hay nadie en la calle para certificar cómo ocurrieron las

cosas —replicó ella, suspirando contrariada.

—Por suerte estamos cerca de casa, ¡ayúdame, Natacha, recoge sus cosas del suelo!

—¿Es que acaso, pretendes meterlo dentro del coche? ¿No sería mejor dejarlo aquí?

Eduardo la miró colérico.

—No vuelvas a insinuar eso. Pero ¿qué clase de persona eres?

Natacha, en un gesto de fastidio, se mordió los labios.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que esto solo te acarreará problemas? —replicó descendiendo de mala gana.

Ante la severa mirada de Eduardo, Natacha tomó del suelo el sombrero y la cartera, del accidentado, que seguía inconsciente, y ayudó a Eduardo a instalarlo en la parte de atrás del vehículo.

Unos minutos después Ronald estaba tendido en un diván en casa de Eduardo Leblanc de Benlliure. Gracias a un frasco de sales y al agua con que era lavada su herida, el inventor abrió lentamente los ojos, aunque al parecer sin darse cuenta de lo que le ocurría.

—¿Dónde estoy? —inquirió en inglés.

Eduardo empleó el mismo idioma para explicarle:

—En casa del autor del accidente del que ha sido usted víctima. Por favor, no se mueva, el médico no tardará en llegar.

Luego de parpadear repetidas veces, el accidentado, musitó:

—Gracias, pero no hace falta. La rudeza del choque me hizo rodar por el suelo, aunque al parecer, mis desperfectos físicos son ínfimos. —Y, con una media sonrisa a la vez que se tocaba la cabeza, añadió—: es solo un rasguño en la frente, que no es gran cosa, tomando en cuenta de que su automóvil podría haberme echo papilla. ¡Una fea experiencia más, a cargar en la cuenta de mi incurable distracción! —Miró a la hermosa joven que se hallaba unos pasos más atrás, observándolo muy seria y, con fina galantería, añadió—: mil perdones, *miss*, por el susto que os he causado, que aún veo reflejado en su semblante.

Eduardo tradujo la frase a su amante.

Ronald, al darse cuenta, se apresuró a decir en perfecto francés:

—¡Oh! Vuelvo a pedir perdón. Puedo expresarme también en vuestro

idioma.

—Por favor, no se fatigue demasiado —le pidió Eduardo.

En ese momento, un criado entró en la estancia, y anunció:

—El doctor Beldot me ha dicho por teléfono que estará aquí dentro de cinco minutos.

—Gracias, Jaques, apenas llegue hazlo pasar —repuso Eduardo.

Y al ver como Ronald intentaba protestar, se adelantó a él, y le dijo:

—Para mí propia tranquilidad, le ruego que no se oponga a que el facultativo lo examine. Quiero saber si en verdad ha salido usted totalmente ileso del accidente.

—Bueno, me resigno a ello, ya que ese es su deseo —replicó el ingeniero—. Perdón por arruinarles el día...

—No pida usted perdón por nada. Soy yo quien debe hacerlo.

—Le aseguro que usted no fue el culpable. ¡Ah!, y la verdad sea dicha, me siento muy bien en este mullido sofá... —De pronto dio un salto y poniéndose de pie con los ojos extraviados gritó:

—¡Mi cartera! ¡Mis papeles! ¿Dónde están?

—Tranquílcese, están allí a su izquierda, sobre una silla —le comunicó el dueño de casa con una sonrisa condescendiente.

El ingeniero suspiró aliviado. Después se echó a reír.

—Este susto mío y mi rápida reacción dan por sentado de que mis huesos están intactos, ¿no les parece?

Eduardo lanzó una carcajada.

—Sí, de eso no tengo dudas. No obstante, me quedaré más tranquilo al verlo recostarse de nuevo en el sofá, en espera del médico para que este le revise. ¿Desea tomar algo mientras tanto?

—Un vaso de agua, por favor.

El criado le acercó una jarra y, después de llenar un vaso, se la ofreció. Tras beberla Ronald volvió a tenderse en el diván. Cuando llegó el médico soportó pacientemente el minucioso examen que este le practicó. El reconocimiento confirmó, en efecto, la inexistencia de lesiones internas y la insignificancia de las exteriores.

—Nada mejor, en estos casos, que un buen descanso —murmuró el galeno—, le inyectaré un tranquilizante, y solo le recetaré unas gotas para el dolor

del golpe, sobre todo el de la cabeza, que cualquier farmacéutico preparara en diez minutos. De ese modo le proporcionarán el reposo absoluto que necesita.

Un rato después Ronald, tendido por completo en el diván, dormía profundamente a efectos del tranquilizante inyectado por el médico. Natacha, mirándolo con cara de fastidio, susurró:

—Ahora sí que ya tenemos el día arruinado. Todos nuestros proyectos de pasar unas horas solos, en completa intimidad, se esfumaron...

Eduardo, sentado junto al durmiente, contemplaba su rostro de expresión inteligente, surcado por unas profundas arrugas que la vida y, con seguridad, el dolor, dejan siempre impresas en los que sufren mucho.

Con gesto apenado, murmuró:

—Gracias a Dios que el golpe no fue grave. Se ve que es un buen hombre...

—Pero ¿por qué aseguras eso?

—La expresión de su rostro y esa mirada tan límpida que tiene dan la impresión de extremada bondad.

Natacha, con expresión analítica, examinó el traje negro aún polvoriento por la caída, la corbata vulgar, el calzado sólido, pero desprovisto de elegancia, la camisa de un tejido no precisamente fino que atestiguaba un uso prolongado.

—Su indumentaria habla de completa miseria. Con seguridad se trata de un vagabundo que no tiene donde vivir —comentó arrugando la nariz.

—Yo no lo creo, su trato es el de un *gentleman* —expresó Eduardo. Enseguida, tal como si hablara consigo mismo, murmuró—: y su conducta, recabando para sí la culpabilidad del accidente, prueba esto último. ¡Cuántos en su lugar hubieran gemido, fingiendo intensos dolores, con el solo fin de obtener una buena indemnización!

La voz de Natacha tuvo un dejo de burla:

—Ignoraba que eras afecto a monologar en voz alta...

Eduardo levantó sus ojos hacia ella y repuso:

—Solo exteriorizaba mis pensamientos, los que confieso son favorables a este hombre, de quien solo sé que es inglés.

Natacha puso de nuevo en evidencia sus dotes de fría analista.

—El aspecto de este individuo solo me da una idea de miseria y dejadez.

Creo que en cuanto le des dinero saldrá de aquí más contento que unas pascuas. Y, si le regalas además uno de tus tantos trajes, aunque sea el más usado, será capaz hasta de bendecir el golpe recibido.

Mientras ella se expresaba, Eduardo la observaba con visible desencanto.

—Natacha, estoy comenzando a descubrir en ti facetas muy desagradables, las que hasta hace muy poco tiempo me eran desconocidas.

—¡Oh, perdóname! Pero es que estoy rabiosa. Íbamos a pasar unas horas de completo e íntimo amor. Y míranos ahora, estamos aquí velando el sueño de un limosnero.

—Deja ya de una vez tu egoísmo materialista. Te juro que me estas desilusionando.

—Tampoco me juzgues así —lo miró insinuante y, con voz melosa, musitó —: mí apasionamiento por ti es el que me hace sentir de ese modo; tú bien sabes que el amor se basa también en el egoísmo. Lamento que tú no sientas del mismo modo.

Eduardo, tras un gesto de impaciencia, movió la cabeza con prontitud y alegó:

—Este hombre necesita ahora de nuestra comprensión y nuestra ayuda. Tú y yo tenemos mucho tiempo para prodigarnos... amor.

Ella lo observó analítica. Tras unos segundos de silencio, lo interrogó:

—Eduardo, ¿qué te pasa conmigo últimamente? No me negarás que desde hace un largo tiempo me tienes casi olvidada. Hasta cuando estamos en la mayor intimidad, te siento lejano, tal como oímos **بيننا وبينك** mmo está la respuestadio. comunic,n gracioso moheza.ñe re de solida posiciomo si estuvieras muy lejos de mí. Sí, muy lejos..., tanto que no puedo alcanzarte.

Eduardo, sin mirarla, rebatió:

—Eso son tonterías que se te meten en la cabeza. Soy el mismo de siempre.

—Mentira, ya no eres ni la sombra de lo que fuiste. Mírate ahora, contemplando, estremecido de pena a ese infeliz, sin acordarte de que yo estoy a tu lado. Sin pensar que quizás se trate de un asaltante...

Francamente molesto, él le recriminó:

—Deja tus intrigas novelescas de lado. Si bien aún no sé de quién se trata, te aseguro que ardo en deseos de saber algo de él.

—Pues, la respuesta está al alcance de tu mano —repuso Natacha



sonriendo—. Podemos echarle un vistazo a su cartera, la del bolsillo y la de mano. Allí con seguridad, hallaras documentos personales... —y, sin dudarle, dirigió su brazo en dirección a los efectos personales del accidentado.

—Ssssss, quita tus manos de ahí —le ordenó Eduardo con sequedad—. ¿Acaso crees que tenemos algún derecho sobre lo que le pertenece a este hombre? En cuanto despierte, él mismo, si lo cree conveniente, nos lo dirá.

Ella se quedó inmóvil, dándose cuenta de que Eduardo, de manera imprecisa, estaba obsesionado por aquel mísero desconocido. Con cierto malestar Natacha suspiró tratando de controlarse. En modo alguno deseaba causarle a su amante la desagradable sensación de mostrarse tan fría e insensible. Sabía muy bien que él era un misántropo, capaz de los mayores sacrificios para ayudar a los desprotegidos.

Obligándose a sonreír, con gesto tierno se le acercó.

—Tengo una idea —le dijo en medio de un susurro—. Apenas despierte, como ahora tendremos que cenar aquí, lo invitaremos a él también. Es en la mesa, donde mejor puede juzgarse a una persona, al menos eso es lo que tú siempre dices.

—Es lo que haremos —respondió Eduardo.

Enseguida dio órdenes a los sirvientes para que prepararan la cena y pusieran en la mesa un plato más. Eran las seis y media de la tarde, Natacha recordó su actuación, en el teatro de revistas, a las nueve y media de la noche. Bueno aún había tiempo de sobra, y quizás hasta tendrían también una hora para estar los dos a solas; dando por seguro de que el accidentado de ninguna manera aceptaría cenar con ellos.

Veinte minutos después, Ronald abrió los ojos. Trató de incorporarse, pero el esfuerzo del movimiento, luego del reposo, le arrancó una mueca de dolor.

Eduardo solícito se acercó a él y le preguntó:

—¿Se siente mejor?

El ingeniero respondió con una sonrisa:

—Sí, aunque avergonzado, estoy mucho mejor. Me duele todo el cuerpo pero, al fin y al cabo, es lógico que así sea. Esto será cuestión de horas, por

favor, ¿sería tan amable de hacer llamar a un taxi? Mi hotel está algo lejos, y conste que deploro las molestias que ya les he ocasionado. Mañana, si me lo permiten, le mandaré un ramo de flores a su esposa, así podré agradecerle su cordialidad.

Con indecible asombro, la danzarina contempló a aquel hombre vestido casi como un pordiosero, que la confundía con la esposa del dueño de casa, mientras hablaba de obsequiarle flores, lo mismo que un caballero de gran mundo.

Fue Eduardo quien, sonriente, le dio las gracias:

—Natacha le agradece de antemano su obsequio. Pero a cambio de este, va usted a honrarnos aceptando cenar con nosotros. Y después de eso, yo mismo me encargaré de conducirlo a donde me indique.

El rostro de Ronald reflejó una franca satisfacción.

—Acepto, aun cuando temo abusar.

Ante la respuesta del visitante, Natacha se mordió los labios a la vez que se obligaba a disimular la furia que llevaba dentro.

—No diga eso, por favor —replicó Eduardo afectuoso—. ¿Desea, antes de ir a la mesa, arreglarse un poco?

—Muchas gracias, precisamente iba a pedírselo.

Cojeando, pero sin dejar de sonreír, el ingeniero pasó al tocador donde se lavó la cara y las manos, cepilló su ropa y se peinó. Instantes después se presentó en el comedor haciendo gala de una correcta y gentil soltura.

—Permítanme —dijo mientras se inclinaba al entrar—, que haga yo mismo mi presentación. Soy ingeniero, y vengo de los Estados Unidos. En cuanto a mi nombre..., por circunstancias personales, tengo dos: en América se me conoce por el de Peter Johnson, pero mi nombre verdadero es Ronald Morrison Cameron...

Al escuchar esas palabras, los ojos del dueño de casa se abrieron como platos, a la vez que su corazón le daba un vuelco en el pecho.

Mientras sentía que un estallido en su cerebro lo hacía estremecer, Eduardo dio un brinco en su asiento y, con voz ahogada, exclamo:

—¡No lo puedo creer! ¿Ha dicho Ronald Morrison Cameron? ¿Acaso es usted, el padre de Diana? ¿El cuñado de *sir* Norman Bennett Wilson?

El rostro del ingeniero se tornó blanco. Estupefacto tragó saliva.

—¿Conoce usted a... mi hija y... a mi cuñado? —balbuceó lleno de asombro.

—Sí, sí ¡Dios mío! —repitió Eduardo excitado—. Precisamente, hace unos pocos días asistí a la fiesta del cumpleaños de Diana, a quien conozco desde niña.

De pronto la mente del inglés se llenó de inquietud.

—Pero ¿quién... quien es usted...? —preguntó Ronald, desbordante de ansiedad.

—Mi nombre es Eduardo Leblanc de Benlliure...

Con el rostro pálido y desencajado Ronald lo tomó del brazo.

Natacha, muda e impresionada, observaba atenta la escena.

—Es decir, ¿el hijo del barón Armand Leblanc de Benlliure? —interrogó Ronald atónito mientras movía negativo la cabeza.

—En efecto, soy su hijo. Y sé que usted lo conoce muy bien.

—Sí, en verdad lo conozco muy bien...

—Pues, mi casa es la suya, *míster* Morrison.

El nombrado, con ademán triste, volvió a mover la cabeza, al tiempo que susurraba:

—Me temo... que eso no será posible; tendré que marcharme a todo escape de aquí. Pero antes debo decirle que esta misma tarde tuve una desagradable entrevista con su padre, y la discusión tomó un giro tal que... salí de allí tan

precipitadamente que, quizás, por eso no vi su coche. La verdad, no puedo... ni debo permanecer un momento más en compañía del que lleva el apellido y la sangre de ese malvado y despreciable hombre.

Natacha cada vez más impresionada los miraba con pasmosa fijeza. Al escuchar las palabras del visitante Eduardo, pálido y desencajado, tragó saliva.

De pronto adivinó una historia demasiado fea entre su progenitor y el ingeniero que, como una burla del destino, la vida lo había puesto en su camino. Con expresión demudada, tomó entre sus manos la diestra de Ronald y exclamó:

—Lo que acaba de decirme es muy fuerte, y de verdad no comprendo nada. Pero le juro que yo me encargaré de arreglar los litigios y desacuerdos entre usted y mi padre. Sé que antaño tuvo un trato con él. Sé también que los inventos suyos fueron una de las bases de su fortuna. ¿Ha sido un desacuerdo de intereses el de hoy? Pues sería muy penoso que el padre de Diana... y el mío se les dé por guerrear mutuamente. Hablaré con mi padre y lo obligaré a entrar en razón. Pero le ruego que ahora se siente en mi mesa, sin prejuicios... —Y para acabar de convencerle añadió—: no sé exactamente lo que ocurrió hace años entre ambos, pero creo... Bueno, más bien intuyo, que no sé procedió con usted como se debía. Le aseguro, pues, que su causa tendrá en mí un incondicional defensor.

Era tan evidente su sinceridad que Ronald depuso su actitud de intransigencia.

—Me temo que usted... no podrá hacer nada...

—Por favor, tutéeme.

—De acuerdo, pero me temo que tú no sabes hasta donde puede llevarte este ofrecimiento. En fin, tu hospitalidad es tan franca que...

La suave presión de las manos del joven en su espalda lo obligó a sentarse. Al cabo de algunos segundos, el visitante, con tono sereno objetó:

—La mesa siempre ha sido terreno neutral. Comencemos a hablar primero de cosas más agradables. Cuéntame algo de mi... hija; puesto que la viste no hace tanto, sabrás muchas cosas de mi adorada Diana. No sabes lo mucho que deseo escuchar que alguien me hable de ella.

Natacha, con la mirada fija en los dos hombres, se removió incomoda. Con

mal quistado semblante, intuyó que el encuentro con aquel hombre tendría en su vida, una desagradable consecuencia.

En ese momento la cena fue servida. Una vez en la mesa, el dueño de casa, tras desdoblar la servilleta, miró a su invitado especial y dirigiéndole una amistosa sonrisa le dijo:

—De inmediato saciaré su curiosidad.

Y con voz suave y encantada, comenzó a relatarle su viaje a Londres y a describir la soberbia fiesta que, en honor de Diana, le había obsequiado su tío. Silencioso Ronald escuchaba con expresión atenta. Natacha, obligándose a ocultar su real estado de ánimo, abría los labios en reiteradas sonrisas forzadas.

Antes de las ocho la cena había acabado y los tres pasaron al salón de fumadores.

—Bueno, y ahora hablemos del principal objeto de su presencia en París — propuso Eduardo en tono amable.

La danzarina, clavó los ojos en Eduardo, a la vez que le dirigió una mirada de impaciente fastidio. Al ver que este parecía ignorarla, le dijo:

—Cariño, te recuerdo que debo estar en el teatro, a lo sumo dentro de media hora.

—Querida Natacha, tendrás que irte sola. Avisaré al chofer que te lleve — respondió él con gesto indiferente.

—¡Ah! Perdón, *madame*, su esposo la está desatendiendo por mi culpa —se excusó el visitante mirándola pesaroso.

—No. Tranquilo —se apresuró a responder Eduardo. Enseguida añadió—: y debo aclararle que Natacha no es mi esposa.

—No, aún no lo soy... —rebatió ella con helada sonrisa.

—Y que tampoco le importará irse sola al teatro —siguió Eduardo—. Ella es danzarina, una de las mejores, se lo aseguro.

Ronald volvió a sentarse. Visiblemente apenado apeló:

—Pero sí no fuera por mí inoportuna intromisión, ambos estaríais pasando una velada muy distinta a esta y tú podrías acompañar a tu prometida. Por mí no te detengas; si lo deseas mañana podemos encontrarnos en cualquier parte, para charlar...

—De ninguna manera. Le aseguro que a Natacha no le importará irse sola.

Usted y yo nos quedaremos a charlar y luego, a la salida del teatro, la pasaré a buscar... —rebató Eduardo sin darse cuenta de la rabiosa mirada que la bailarina lanzaba sobre él.

Y mientras el dueño de casa llamaba al chofer para que sacara el coche del garaje, ella recogió su estola de piel y su cartera. Fingiendo una cordial sonrisa, se dirigió hacia el indiscreto visitante, le extendió la mano y exclamó:

—Hasta la vista, *monsieur* Morrison...

El nombrado se la besó. Tras eso le dijo con gentil ademán:

—Ha sido para mí un gran placer. Y ahora más que nunca creo eso que se dice: «No hay mal que por bien no venga», al menos ese infortunado accidente, de algún modo, fue placentero, ya que me dio la ocasión de conocerlos...

«Pues para mí, no fue precisamente ningún placer se lo aseguro —pensó Natacha—. Su interrupción me ha privado de algunas horas de placer en los brazos de Eduardo. Sin contar con que usted, sorprendentemente, por esas cosas extrañas del destino, es el padre perdido de la maldita inglesa», acabó mientras caminaba hacia la puerta.

Una vez solos Eduardo, después de convidar a su invitado con un habano, le solicitó:

—Por favor, cuénteme cual es en verdad, el objeto de su visita a Francia después de tantos años de ausencia. Supongo que saldrá muy pronto hacia Londres, para reunirse con su hija —acabó con notable aprensión en la voz.

—Sí, eso era lo más importante para mí; de hecho, pensaba arribar primero allí, pero al final decidí pasar antes por Francia, para arreglar... un negocio con tu padre, y así presentarme ante mi hija con una mayor posibilidad de ofrecerle un grato bienestar a mi lado.

—Pues creo que le urge darle a su hija, cuanto antes, noticias de su paradero, puesto que ella piensa que usted quizás... ha muerto. Además, *sir* Norman se dispone a adoptar a Diana como hija suya, cumpliendo con los requisitos legales.

—¡Maldito! Ese monstruo sabe muy bien que estoy vivo. Aunque,

seguramente ese debe ser su más ambicioso deseo —contestó Ronald con mirada sombría—. Sí, siempre supe que él quería adoptar a mi hija. Y yo tuve que aceptar el tan duro sacrificio de marcharme, solo para que mi Diana fuese feliz, libre y... que no le faltara nada. Pero un día, hace más de un año, mi tortura interna de no saber nada de ella rebasó los límites, y decidí renunciar a la vida horrible de «padre que tiene una hija, sin tenerla». A mí vez, si la providencia me ayuda, podré amasar una pequeña fortuna. Después de doce años de duro trabajo, he inventado algo realmente nuevo y que, estoy seguro, ha de valerme millones. Todo está ahí, en esa abultada cartera de cuero, y aún hay otros que me pertenecen..., que se hallan, no en forma de planos, sino en billetes de Banco en las arcas de caudales del barón de Benlliure, tu padre.

Entre ambos se formó un gran silencio. Por espacio de algunos instantes, el más joven permaneció indeciso, sin saber que decir. Una gran arruga le partía la frente, mientras entre sus dedos el cigarro poco a poco se iba consumiendo. Al mirar el rostro de Eduardo, nadie dudaría que estaba pasando por el peor momento de su vida.

El inglés, después de chupar de su habano, siguió diciendo:

—Siento hablarte así. Sé que mis palabras deben de causarte una gran pena. Pero tu padre no fue honesto conmigo y me cree loco. Y ahora te pido que tú actúes de otra manera con respecto a mi nuevo invento, que enseguida pasaré a explicarte. —Mirándolo muy serio, con voz firme, agregó—: creo que este puede dar aproximadamente, cien millones de ganancia. No ignoro que parezco un pobre diablo divagando. Pero tú bien has de saber que el hábito no hace al monje...

Confuso y avergonzado Eduardo lo miraba en silencio.

Ronald prosiguió:

—Salí de la Politécnica, con el número diez de mi promoción. He pasado voluntariamente temporadas en numerosas fábricas, ¡dame mi cartera! —le pidió con imperioso gesto. Y tomándola de las manos de Eduardo, sacó de allí unos papeles y, tras enseñárselos, añadió—: sabes leer en inglés, ¿verdad?, pues aquí va un informe secreto redactado por cuatro peritos oficiales que, en la marina de guerra norteamericana, se ocupan de los motores de aviación. Toma... léelos.

En voz alta Eduardo comenzó a leer:

Pittsburg, 21 de enero de 1922

Los infrascritos Robert J. Lewis, John L. Watt, Jacobo M. Malter, Benjamín Hauser y Gayelord Whipple, ingenieros especializados en motores de aviación, declaramos que el motor de avión, presentado al examen secreto por Mr. Ronald Morrison Cameron, bajo el seudónimo de Peter Johnson, y numero 14. 747 B. A. ha sido examinado con arreglo al reglamento. Hemos comprobado su peso exacto: 97 kilogramos 660 grs: su volumen: 1'09 X 0'62 0'55. Puesto en marcha en nuestra presencia por su inventor, vigilado y controlado por nosotros hora por hora, a regímenes distintos. Después de esta prueba de resistencia y regularidad, ninguno de sus órganos presentaba huellas de desgaste. En cuanto a la potencia desarrollada ha sido de 3 caballos por kilogramo, o sea en total de 300 caballos. El inventor ha declarado que no quiere vender el motor a ningún precio y tampoco ha querido revelar el secreto de la energía que emplea para el funcionamiento.

—¿Qué te parece este informe? —preguntó el ingeniero. Y desdoblando un papel, agregó—: mira, observa las líneas generales de estos planos...

Con ojos atónitos Eduardo examinó con atención el papel azulado.

—Es impresionante. ¡Maravilloso! —exclamó al fin el joven con entusiasmo—. Pero ¿qué es lo que emplea para mover este motor?

—Te lo diré, pero te pido que jures no revelárselo a nadie, mucho menos a tu padre. ¿Lo harás?

—Lo juro... —respondió Eduardo levantando su mano derecha.

—Pues bien, lo que empleo es aire líquido.

Los ojos de Eduardo revelaron incredulidad.

—¿Aire líquido?

—Sí, es aire líquido transformado, bajo ciertas condiciones, en gaseoso. De ahora en adelante las reservas inagotables de la atmósfera van a darle al hombre luz, fuerza motriz y calor. Todos los gases transformados en líquidos son ya empleados en la industria y sin el menor peligro. Pero yo he dado con el sistema de producir su explosión con intervalos precisos y



calculados.

—¡Un motor accionado por el aire! ¡No sé puede creer! Se lo ruego, prosiga usted.

El ingeniero continuó explicando las características de su nuevo invento con un entusiasmo que contribuía a apasionar cada vez más a Eduardo.

—¿Y qué piensa hacer usted con semejante maravilla?

—Pues, se la ofrecí a tu padre... y él se ha negado a aceptarla, llamándome loco.

—¿Qué?, ¿es verdad eso? ¿Mi padre no ha aceptado este invento genial? Entonces él es quien realmente está loco —apostilló Eduardo con notable crispación en la voz.

—¿Loco? Tal vez, pero de orgullo o..., quizás de miedo —replicó Ronald.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Eduardo suspicaz.

—Que tu padre me teme porque, como está sometido a la voluntad de Norman, ya que hace doce años ayudó a este a convertirme en un paria, en un desgraciado. Mi querido joven, esta es una larga y triste historia.

—¿Dice usted qué... mi padre? —balbuceó Eduardo tembloroso—, no es posible. Creo que se equivoca...

—Lamento desilusionarte, pero tu padre fue el instrumento pasivo a la voluntad de un miserable; entre ambos me despojaron a la vez que, de mis inventos, de mi adorada hija, mi más querido tesoro. Comprendo que no debería contarte esto, pero... —Ronald suspiró. Y como vio que el joven permanecía mudo, con expresión aterrada, le dijo—: será mejor que no siga...

—No, por favor..., siga contándome esa vieja historia... de la que yo desconozco en su totalidad. No me oculte nada —le pidió Eduardo, con mirada ansiosa.

El ingeniero, luego de aspirar una bocanada de aire, prosiguió:

—De acuerdo, comenzaré por el principio. Mi pobre esposa, murió en medio de privaciones y miseria, precisamente cuando yo había llegado a la meta victoriosa de mis esfuerzos. Tu padre me acorraló, dándome una vergonzosa limosna por mis inventos. Norman me quitó todo lo demás incluyendo a mi hija, obligándome a emigrar. Así me encontré de pronto, pobre, sin mí mujer y lejos de Diana. He vivido doce años bebiendo, hasta el

fondo, el cáliz de esas terribles amarguras que son la soledad, la humillación y el destierro. Si no he muerto de pena no es precisamente porque, los que se enriquecieron, y gozaron con mi desdicha no lo desearan...

—¡No puedo creer eso! —prorrumpió Eduardo con la cabeza entre las manos.

Ronald sonrió con amargura.

—Comprendo tu pesar, eres un buen hijo y amas y respetas a tu padre. El barón aún tiene la suerte de poseer el afecto sincero, y la admiración, de un hijo como tú —luego de una corta pausa, en la que Ronald logró recomponer su rabiosa expresión, por otra más dulce, agregó—: deseo que perdones mis palabras tan fuera de lugar. Fue el rencor..., justo eso, lo que me ha hecho hablar de esa manera sobre él —moviendo la cabeza con aire desesperado, se lamentó—: ¿por qué ese estúpido accidente callejero me ha puesto frente a ti? Sin él, lo hubieras ignorado todo.

Eduardo levantó la cabeza. Ronald pudo ver sus ojos cuajados de lágrimas. Con voz grave y profunda, el joven comenzó a decir:

—No se lamente por eso. Quizás la providencia ha querido que usted encuentre en mí a un aliado. ¡Porque seré su aliado *míster* Morrison! ¡Lo seré, si es preciso, hasta contra mi padre! No puedo negar que... lo que acabo de saber de mi padre me ha derrumbado. Me ha quitado el orgullo y el respeto que sentía por él. Como le acabo de decir, seré su aliado..., pero ahora, en estos momentos, lo que más urge es que usted vaya cuanto antes a Londres; impida que *sir* Norman le robe de legalmente a su hija. Además, la quiere casar con un indiano, un catalán radicado en la Argentina, un poderoso terrateniente que le lleva lo menos quince años —y al ver la expresión de furia, en la cara del inventor, con gesto abatido, temblándole la voz, agregó—: *Monsieur* Morrison, su hija es... muy bella, y angelical.

—¡Maldito seas, Norman! —prorrumpió Ronald levantando el puño.

Eduardo, con además desolado, volvió a decirle:

—Ella sospecha que su padre ha sufrido mucho, aun cuando lo cree culpable de egoísmo. Pero incluso así, su conciencia se rebela contra lo que su tutor le ha dicho de usted. Por favor, parta cuanto antes a la reconquista de Diana, impida que se case de manera forzada, y hágala feliz, puesto que ella instintivamente lo aguarda con ansias. Emprenda el viaje mañana

mismo, ¿le hace falta dinero? Le daré cuanto quiera, ¿desea que lo acompañe?

—No, no es necesario. Pero gracias de todos modos.

—Yo hablaré con mi padre ¡Y haré que os haga justicia! ¡Lo juro por la memoria de mi santa madre!

Ronald pareció emocionado. Escuchar aquellas generosas palabras en boca del hijo del barón lo dejó descolocado del todo.

Al fin, el inventor estrechó efusivo la mano de Eduardo y manifestó:

—Eres un joven recto y de corazón noble. Cuanto acabas de decirme acerca de Diana ha hecho florecer en mi alma, un verdadero paraíso. Gracias querido muchacho, te aseguro que... creo en ti. Alguien con tus ojos y con tu modo de mirar no puede ser un mentiroso, y para que veas cuánto valoro tu palabra, voy darte una prueba de mi afecto —con cierta lentitud, disimulando el dolor de su cuerpo, Ronald dio media vuelta, tomó su cartera y, presentándosela al joven, añadió—: como los negocios tengo que hacerlos en Francia, te confío esto hasta mi regreso. Queda pues en tus manos mi esperanza, mi futura fortuna..., mi vida, tal vez, y probablemente la felicidad de mi hija. Toma los planos de mi nuevo invento y consévalos hasta mi regreso para que juntos los negociemos. Te lo confío todo sin temor alguno, de esa manera no tendré que ir a Londres cargando esa pesada cartera.

Por unos instantes Eduardo lo miró perplejo. Tras eso, con gesto emocionado, murmuró:

—Para despojarme de ellos, será preciso quitarme primero la vida. Esta prueba de confianza que usted me da me hace sentir honrado hasta lo indecible. Aunque, de verdad no sé si la merezca —murmuró con un emotivo brillo en los ojos.

El ingeniero sacudió la cabeza.

—Claro que sí. Anda cógela y guárdala muy bien —replicó con una sonrisa.

—Venga conmigo —agregó Eduardo tomando la cartera.

Con ella en las manos, seguido por el ingeniero, el joven entró a su gabinete de trabajo, abrió una biblioteca y, retirando una docena de libros cuidadosamente alineados, puso al descubierto un arca de acero empotrada en el muro. La abrió y depositó en ella su carga. Luego la cerró y colocó de nuevo los libros encargados de disimular el seguro escondite.

Ronald lo contemplaba en silencio. Tras eso, con una media sonrisa, dijo:

—Perfecta la idea. Espero que no la conozca nadie, aunque he de decirte que también tu padre guardó mis planos en un arca casi igual a esa...

—Esta es nueva, y ni siquiera él la ha visto aún. Bueno, Natacha conoce la existencia de la caja, pero ignora la combinación secreta de la cerradura. Y aunque la conociera, le sería imposible abrirla puesto que un electroimán, que hay que desplazar previamente, inmoviliza a la vez la cerradura y la llave que en ella introduce, y quien no está al corriente de todos los dispositivos no puede franquearla. Además, la garantía contra incendios es insuperable, ya que el arca forma cuerpo con la pared.

—Muy bien. Ahora me marcharé tranquilo; por favor asegúrate del silencio de tu... tu amiga. Y, quiero pedirte otra cosa: por favor, aún no le hables a tu padre de mí, ni de nuestro encuentro.

—De acuerdo. Si usted así lo prefiere, no le diré nada.

—Gracias muchacho. Por favor, ordena que vayan a buscarme un taxi.

—De ningún modo, yo lo conduciré. Tengo mi coche en el garaje.

—Prefiero irme solo, gracias de todas maneras...

—Pero para mí no es ninguna molestia...

—Ya lo sé, pero deseo estar a solas conmigo mismo.

Eduardo asintió ante la firmeza del deseo, expresando:

—Bueno al menos me dará sus señas —le propuso Eduardo.

—Desde luego, toma nota...

Después de que el francés apuntara la dirección del hotel de Ronald, se dirigió hacia la puerta mientras decía:

—Bien, voy a llamar a mi ayuda de cámara. —y uniendo el gesto a la palabra hizo sonar una campanilla. Al instante el doméstico se hizo presente.

—Diga usted, *petit seigneur* Eduardo.

Este, sonriéndole con cariño, le pidió:

—Jaques, dile al chofer que saque de nuevo el coche.

Apenas volvieron a quedarse a solas, el más joven exclamó:

—*Míster Morrison*, por favor, antes de marcharse, dígame con franqueza absoluta, si puedo serle útil en algo más y si tiene cuanto hace falta para viajar —insistió solícito.

—No te preocupes —respondió Ronald con cierta impaciencia—, lo que me hace falta en este momento es hallarme solo en mi habitación para poder reflexionar; esta jornada ha sido demasiado movida, mejor dicho: demasiado emocionante.

Unos minutos después, el coche estaba junto a la puerta. Ronald le tendió la mano a Eduardo.

—Créeme que me pesa mucho haberte causado la enorme pena al hablarte tan mal de tu padre. Perdóname, hijo, he sufrido con exceso... y esta es la causa de que no me preocupe lo suficiente de la sensibilidad de los demás. Cuando suene la hora de la justicia, me acordaré de que fuiste bueno y amable conmigo, y este pensamiento aminorara los efectos de mi justa cólera contra los que me dañaron tanto...

—Gracias, *míster* Morrison, y créame que lo comprendo. Mañana iré a verlo, a fin de saber que tal está —le dijo Eduardo con un triste movimiento cabeza.

—Quizás puedas ahorrarte la molestia telefoneando —contestó el ingeniero a la vez que entraba en el coche, dándole al chofer las señas de su hotel.

El vehículo de inmediato se puso en marcha y desapareció al doblar la esquina.

Mientras tanto en Londres, Diana seguía con su monótona vida en obligadas reuniones, y fiestas de la alta sociedad, lo que la hacía extrañar, más que nunca, a sus amigas de la infancia. Y también abocada en la colaboración de varios eventos de beneficencia.

Ya hacía más de un mes que Eduardo Leblanc había abandonado Londres a bordo de su yate y, a pesar de proponérselo, no dejaba de pensar en él.

Su prometido había partido una semana atrás, bastante desilusionado, cansado de soportar la frialdad de su joven prometida con la que no había logrado intimar, más allá de las reuniones en las que siempre estaban presentes varias personas.

El día de la partida Antonio le había dejado en claro a su prometida que a su regreso esperaba verla un poco más entregada a él y decidida a regalarle al menos algunos momentos de romántica e íntima proximidad.

En lo recóndito de sus pensamientos, Diana, dominada por un continuo nerviosismo, a cada instante se preguntaba: «¿Seré capaz de llevar a cabo esa boda forzada ahora que estoy segura de amar a otro hombre? —Y al instante una dolorosa realidad la golpeaba quitándole la ilusión—. Pero Eduardo en ningún momento me dijo: “Te quiero”. De sus labios solo salió un ansioso: “Te deseo”; entonces, ¿cómo confiar mis sentimientos a un hombre que ve en mí solo ansias carnales? Además, no debo olvidar que yo lo conozco muy bien; conozco sus debilidades, su notoria afición a las faldas, a correr detrás de toda mujer que se presente ante él. Dios mío, no sé qué hacer. Me siento tan sola, tan tristemente sola», acabó diciéndose mientras secaba sus lágrimas.

Ese día *sir* Norman Bennett Wilson entró sin llamar a la biblioteca, donde

su sobrina escribía unas cartas y, luego de saludarla, le dijo:

—Querida Diana, voy a dejarte sola durante cuatro o cinco días... seis tal vez. Tengo que viajar a Glasgow por negocios, allí tengo que conferenciar con unos armadores. Trata de no aburrirte en exceso durante mi ausencia. — Acercándose a la mesa del escritorio preguntó curioso—: ¿a quién escribes, a tu prometido? Me parece muy bien, y creo que tendrías que excusarte con él; tu comportamiento con el hombre que va a ser tu esposo no fue muy cálido...

Diana lo miró muy seria a la vez que negaba con la cabeza:

—No le escribo a él —contestó secamente—. Y no creo que tenga porque excusarme de nada. Antonio ya me conoce. Además, me comporté como siempre, de manera natural.

*Sir Norman* intuyó el malestar de su sobrina. Tragándose su decepción, agregó:

—Entonces, ¿les escribes a tus amigas Andrews, de Norteamérica?

—Sí. Les escribo a las tres.

—Envíales de mí parte, y también a su madre, un afectuoso saludo. Bueno, ¿y tú, tienes algún proyecto para estos días en que yo no estaré?

—Pues, seguramente los pasaré en Morrison House.

*Sir Bennett* miró a su sobrina sorprendido.

—¿Deseas pasar estos días en la antigua y destartada residencia de tus padres? ¡Qué singular idea de la diversión tienes, mi querida Diana! — exclamó disimulando su contrariedad—. Esa casucha ejerce en ti una influencia desastrosa. Cada una de las visitas que a ella haces te provocan mucha tristeza que dura días y días...

Los bellos ojos de Diana se humedecieron.

—En ella murió mamá. De allí... una noche partió mi padre, para nunca más volver.

—Por eso mismo, en ese lugar solo hay para ti malos recuerdos. Además, aquello está ahora hecho un asco. El templo de la música de..., tu pobre madre, se halla en ruinas, los muebles, los roe la carcoma, las cortinas se caen apenas las tocas a causa de las polillas y el papel de las paredes han perdido del todo el color. A mi regreso llamare a un traperero para que deje vacía la casa y, tras eso..., hasta es posible que mande derribar los muros

existentes para construir un chalé con todo el confort moderno.

Diana, asintiendo con la cabeza, expresó:

—Precisamente tenía pensado escoger, entre todo lo que hay dentro, algunos recuerdos de familia. Y cuando usted regrese podrá al fin destruir la casa... y cuanto quede de ella, tal como siempre lo ha deseado...

Ante las palabras de su sobrina, por las pupilas del financiero pasó un relámpago de satisfacción. Doce años atrás, la petición de Diana, que solo era una niña, había impedido que la casa fuera vendida en subasta pública, aunque sin cuidarla nunca, ni esmerarse por mantenerla en buen estado. Los insectos se habían aseñorado de ella y la humedad comenzaba a causar considerables estragos, y que Diana le dijera eso, para él tenía una mayor importancia. Seguramente su sobrina recogería algún candelabro, porcelanas, un medallón de pared y muchas cosas así, y después de unas semanas Morrison House caería al fin bajo la piqueta demoledora...

—¿Qué piensas, tío? —preguntó de pronto Diana observándolo con fijeza.

—Pensaba que no deberías instalarte ni un solo día en esa casa que se viene al suelo por la *aluminosis*. Una sola tarde de respirar la humedad que hay allí te valió el año pasado un gran resfriado. —Diana permaneció callada. El financiero prosiguió—. Apenas te renueven el pasaporte, haremos un viaje hacia Italia, ¿te parece bien?

Ella asintió con la cabeza. De pronto su tío, mirándola con una sonrisa, añadió:

—¿Sabes lo que creo deberías hacer?, instalarte en mi granja de Cornhill, allí, con seguridad, te reencontraras con varios de tus amigos y amigas. Por algunos de sus padres me entré de que están allí disfrutando de estos cálidos días y que incluso ya han inaugurado el casino. Avisaríamos hoy mismo al viejo Price y a su mujer...

—De acuerdo tío, así lo haré. Solo estaré en Morrison House, unas pocas horas y luego partiré hacia Cornhill —aceptó Diana con un hilo de voz, mientras recordaba que ya había rechazado la invitación de ir allí.

Sir Norman sonrió satisfecho.

—Gracias a Dios que en estos últimos tiempos eres tan razonable. Antaño no era posible llevarte la contraria sobre cosas como estás... sobre todo con la antigua vivienda de tus padres...



—¿Para qué conservar esa casa, llena de tantos recuerdos, que pesan en mi alma como a un presidiario le pesan sus cadenas, verdad? —murmuró Diana con mirada perdida.

A *sir* Norman le costó un gran esfuerzo contener el grito de triunfo que pugnaba escapar de su garganta. El pasado finalmente estaba muerto y, al parecer, sus espectros también. Diana al fin era libre de recuerdos dolorosos, y haría cuanto a él se le antojara. «Ronald, creo que ya eres un fantasma muerto», murmuró para sus adentros.

Al día siguiente Diana abría la portezuela de la valla del jardín de Morrison House. A decir verdad, aquello no se podía llamar jardín, solo era un semillero de ortigas, cardos y malas hierbas; no quedaba ni siquiera una traza de los senderos llenos de rosales de antaño. Junto al templo de música que su madre había hecho construir, todo era desolación. A pesar de la primavera, allí nada florecía. Los árboles anémicos o enfermos y la fachada grisácea de la casa, sin una ventana abierta, provocaban a la vista una impresión de tristeza infinita.

Diana, en ese momento, sintió una opresión en el pecho. La desolación del lugar no era lo suficiente para ahuyentar los recuerdos de su tierna infancia, que seguían estando presentes en su memoria: el banco de piedra desde el que su padre la miraba jugar, el rincón donde de manera cotidiana, junto a su madre, hacía ejercicios de gimnasia respiratoria ante la mirada perpleja de su perro, un fox terrier irlandés, cariñoso y juguetón, llamado *Rex*.

Despacio caminó hasta la casa y llegó a la puerta. Presa de un estremecimiento de emoción, limpió la placa de bronce y leyó en voz alta:

*Ronald Morrison Cameron*  
*Ingeniero*

Con mano temblorosa, acarició las letras. Luego de permanecer unos minutos allí muy quieta, abrió la puerta. En el acto se sintió envuelta por un silencio húmedo y frío, que la hizo correr de prisa en dirección a las ventanas para abrirlas de par en par.

—¡Pobre casita! —murmuró compasiva mirando alrededor—. Pobre hogar,

que tan acogedor y tan querido fuiste alguna vez. —Unas rebeldes lágrimas cayeron de sus ojos.

Rato después, ya repuesta de su emotividad, con ademanes pausados empezó a registrar algunos muebles, a la vez que iba escogiendo objetos depositándolos sobre la mesa central. Casi sin fijarse eligió un jarrón de Dartmoor, un juego de té de Dresde, algunos vasos de Bohemia, un par de candelabros de cobre y otros cuatro de plata, además de unas estatuillas de porcelana. De pronto, al levantar uno de los candelabros de pie, descubrió la canastilla de costura de su madre. Diana la miró con fijeza y, decidida a juntarla con los demás recuerdos que se iba a llevar, se agachó a tomarla. En el momento que extendía el brazo, una ranura en la pared llamó su atención. Sin dudarle, introdujo en ella los dedos y la puertecilla de un armario, del que ella ignoraba su existencia, se abrió del todo.

Sorprendida examinó el interior y se encontró con una cajita de madera labrada en cuya cerradura aún estaba la llave. Diana la tomó entre sus manos y la depositó sobre la mesa. Con el corazón latiéndole enloquecido, la abrió: dentro se hallaban dos voluminosos paquetes de cartas, atados con cintas de seda roja. Sobre cada una de ellas destacaba la clara escritura de Sara, su madre, y también de su padre; unas eran del noviazgo, otras de cuando ya estaban casados y él tenía que ausentarse por su trabajo.

En todas se leían párrafos estremecedores hablando de un gran amor por ambas partes. ¡Amor y más amor!

Una por una Diana las fue leyendo: trece años de amor, de esperanzas, de alegrías, de dolores, y de renunciamientos, palpitaban en ellas. Las palabras del pasado reían, lloraban, gemían, suspiraban... y de pronto la voz de su padre, penetró en el corazón de Diana y se dio cuenta de que Ronald no había conocido más que dos amores en su vida, ambos inmensos: su esposa y su hija. Entonces, ante la mesa cubierta por las amarillentas cartas, Diana se arrodilló, juntó las manos, inclinó la frente y, presa de un estremecido arrepentimiento, susurró:

—Perdón, papá. Perdón por dudar de ti..., ahora estas cartas... ¡no sé qué pensar, ni el motivo que te impulsó a dejarme y marcharte sin desear saber nunca más de mí! ¡Pero ahora sé, estoy segura, que no fue la falta de amor! ¡Perdón, padre mío! ¡Perdón!

Las horas que duró su peregrinación entre las paredes de la mansión del recuerdo las vivió con una exaltación dolorosa, casi mística. Las dulces y proféticas palabras de su progenitora se habían cumplido: «Hija querida, cuando hayamos muerto, dentro de nuestra casita, nuestras almas siempre estarán cerca de ti». El alma dulce de la difunta acababa de guiarla hacia el escondite en que dormían aquellas cartas. Con un solo gesto de su mano, había derribado la formidable montaña de odios y mentiras que, desde las sombras y con insana perfidia, su tío Norman le había elevado hasta sus ojos. En ese momento, la verdad surgía de golpe a su mente.

Ronald Morrison Cameron, no podía ser el hombre egoísta, sin alma que siempre le había descrito su tío. Su padre tenía un corazón sensible y había amado a su esposa y a su hija con toda el alma. Durante años y años, había trabajado sin descanso en busca del desquite sobre el destino terco de la desgracia. Y su esposa había creído en su porvenir y hasta se había sacrificado con paciente ternura. En su lucha, ella, con su juventud, su fortuna, su gracia y, sobre todo, su cariño, siempre lo había apoyado. Y su pobre padre, falto de esperanzas, sintiéndose débil, pero a la vez fuerte, cuando vio que su amada esposa bajaba al sepulcro, entró en pánico y decidió huir como un demente.

Y en ese momento quizás estaba solo y abandonado... o quizás muerto...

«¿Por qué mi tío me ha descrito siempre a mi padre con tanta falsía? ¿Por qué no socorrió a mamá, que era su hermana? Y ahora afirma que mi padre está muerto, ¿y si mintiera una vez más?»

Diana llegó a Londres con la obsesión de una idea.

Antes de dirigirse a la granja de su tío, encargó a un tapicero junto a un arquitecto, a un jardinero y a un pintor, que renovaran y embellecieran Morrison House. ¡Sí, que rejuvenecieran su casita adorada! No permitiría que nadie tocara nada de allí. Su mayor deseo era dejarle a su madre muerta el santuario de su amor.

La sacudida que experimentó Ronald en el accidente resultó más ruda de lo que él había llegado a suponer. El violento traumatismo provocó, en todo su organismo, terribles dolores en los huesos, tanto que hasta le impidió

abandonar la cama al día siguiente.

Cuando a las diez de la mañana Eduardo fue a verlo, lo encontró en el lecho, pálido y fatigado hasta el punto de que, a pesar de sus intentos, apenas si tenía fuerzas para hablar.

—¿Desea que yo escriba a Diana? ¿O que viaje a Londres para traerla? —le preguntó Eduardo observándolo ansioso—. Estoy seguro de que ella vendría enseguida.

—No, esto tengo que hacerlo yo solo, despacio y con mucha cautela —respondió Ronald respirando extenuado.

—Sin embargo... —intentó convencerlo Eduardo.

—Es mi última palabra —le cortó Ronald sonriéndole pesaroso—. Apenas me ponga mejor, saldré para allá. Tengo mi propio plan para desenmascarar a mi cuñado. Y por nada del mundo desistiré de eso.

Eduardo no insistió. Pero pese a las protestas de Ronald, por la noche se presentó de nuevo en la habitación del inventor, acompañado por un joven médico amigo suyo.

El doctor Pascal examinó concienzudamente a Ronald; cuando terminó, con animoso gesto golpeo en la espalda del paciente y exclamó:

—*Monsieur*, si todos mis enfermos tuvieran un organismo igual al suyo, de seguro yo no tendría trabajo. Una semana de reposo y de una alimentación reconstituyente, hará de usted un hombre nuevo. Este dolor es a causa del golpe, y solo el descanso le devolverá la potencia que ha perdido. Pero para eso tiene que seguir mis instrucciones al pie de la letra.

—¿Siete días? —protestó el ingeniero—. Eso es mucho tiempo

—Tendrá que hacerlo, de lo contrario el dolor podría agudizarse aún más.

—De acuerdo, obedeceré doctor —acabó por aceptar en medio de un hondo suspiro de resignación.

—Yo vendré a verlo todas las mañanas —prometió Eduardo con una sonrisa.

Cuatro días más tarde, el doctor Pascal, encantado por la inteligente docilidad de su enfermo, le autorizó algunos paseos en automóvil.

Eduardo, acompañado de Natacha, aprovechó la ocasión para hacerle conocer a Ronald, Fontainebleau, Rambouillet y Versailles, además de otras localidades cercanas a París. El convaleciente, aunque parecía melancólico,

demostraba sentirse interesado por todo lo que veía.

Al sexto día, Ronald, al despedirse del joven, le dijo:

—Mañana he de efectuar los últimos preparativos; y pasado emprenderé el viaje a Londres. Gracias por todo, Eduardo.

—Esperaré sus noticias con impaciencia. Le ruego que no tarde en escribir..., y por favor cuénteme algo de... Diana —balbuceó Eduardo.

—Así lo haré. Dentro de unos pocos días sabrás de mí.

De pronto, el joven, miró al inglés y, francamente decidido, exclamó:

—¡Aguarde!, tengo una idea; he decidido irme con usted, cambiare las orillas del Sena por las del Támesis. Lo acompañaré a Londres, le prometo que no me dejare ver por nadie allí mientras usted no me autorice a eso.

Ronald tomó afectuosamente las manos del joven y con dulzura, casi paternal, le dijo:

—Mi buen amigo, hay momentos en la vida de todas las personas en las que, incluso el más caro e íntimo amigo, puede estorbar entre un padre y una hija que hace años no se ven. Mis palabras son duras lo sé, pero necesarias; voy hacia mi hija como un sediento va hacía un oasis. Como un salvaje a su ídolo milagroso. Como ves, necesito estar solo para concentrarme en mi propio amor paternal. Las horas que me esperan no son para vivirlas con testigos, ¿me comprendes, Eduardo?

—Sí, lo comprendo y retiro mi proposición, que ahora veo lo indiscreta que es. Pero le juro que, si dentro de diez o quince días, no he recibido noticias tuyas, me presentaré en Londres. Quiero ser testigo de la felicidad de Diana.

Ronald miró al joven como si lo estudiara. ¿Era su idea o... en verdad Eduardo Leblanc de Benlliure estaba enamorado de su hija?

Con un movimiento de cabeza trató de apartar esa idea, y exclamó:

—Yo te escribiré contándote todo. Y tú, ya sabes, aún no hables con tu padre de nada de todo esto; hasta la vista amigo —lo saludó estrechándole la mano.

Esa misma noche, ya en su habitación y con la estilográfica en la mano, sentado frente a una mesita donde se veían varias hojas de papel con el membrete del hotel, Ronald meditaba en silencio. Su rostro reflejaba los contradictorios pensamientos a los que estaba sujeto. El rencor, la alegría, el triunfo, el temor y la ternura pasaban alternativamente por su mente. Por fin se decidió y, pasando la mano por sus ojos, llenos de rebelde llanto, empezó a escribir.

París, 28 de junio de 1925

Diana, mi adorada hija:

Será preciso que leas de manera piadosa estas líneas, y con un espíritu limpio de rencores. Durante estos dos años últimos años no has recibido ni una sola carta mía. Razones imperiosas me obligaban al absoluto silencio, pero estas ya no existen. En breve tiempo seré rico. Tras una dura labor y una dolorosa renuncia, habré conquistado un derecho que creo justo. La infamia y la maldad de los hombres me han hecho sufrir mucho. Pero mi triunfo será el resultado final de la lucha que emprendí contra la ignominia. Y el día en que vuelvas definitivamente a mis brazos, olvidaré al fin el mal que me han hecho. Hija querida, lo que fue mi vida, durante estos largos doce años que acaban de transcurrir, tal vez te lo cuente algún día. Solo imagínate viviendo en un profundo pozo, sin aire, sin luz... como un ser de las tinieblas, silencioso y helado. Y tendrás así una imagen casi exacta de lo que fue mi existencia. Pero hoy hay una luz gracias a la esperanza de ver —al declinar de mi vida— tu

adorada sonrisa endulzando el recuerdo de pasadas congojas. ¿Recibiste mis cartas de América? Tengo dudas de que así sea. Yo he conservado las pocas que me llegaron de ti, cada una de ellas, hasta los pedacitos más pequeños que contenían postdatas tuyas, de las lacónicas misivas de tu tío, a las cartas ceremoniosas en que me llamabas, no «papá» sino «padre» hablado como una embajadora a un rey, es decir con el tono más respetuoso pero frío, carente de cariño. Como hubiera preferido a esas páginas de estilo impecable, unas palabras espontáneas, escritas aun con prisa y corriendo... Una simple charla trasladada directamente de tu corazón al papel. Hasta podría enumerarte los progresos de las mismas. Poco a poco, en los inseguros trazos infantiles, despuntabas tu espíritu limpio de niña, y yo sonreía a esas páginas y esos retratos que me traían cada vez algo de ti. ¡Tus retratos! Poseo veinte, pero hay uno que es mi preferido: se trata de una insignificante fotografía hecha por mí en el jardín de nuestra casita. En ella te veo tal cual eras poco antes de la muerte de tu pobre mamá, con tu abrigo acampanado de cuadros al lado del cariñoso Rex... al que lloraste tanto cuando nos dejó. Ah, si supieras cuanto amo a esa imagen minúscula tuya. Está algo borrosa, debido a que no salió jamás de mi cartera. Y mientras trabajaba en aquellos infiernos de llamas, de humo, de chorros de vapor hirviente y del chisporroteo del formidable bracero, que son las fundiciones metalúrgicas de Pittsburg, cuando quería escapar de aquellas visiones terriblemente fantasmagóricas, sacaba mi cartera de bolsillo y miraba tu rostro fino, tu sonrisa ingenua y en el acto olvidaba lo monstruoso y apocalíptico que me rodeaba. Perdona, hijita si mi pluma se aleja de ti. No soy ya el hombre, con toda seguridad, que quedó en tu recuerdo. Era aún joven cuando me marché, esta docena de años han pesado terriblemente sobre mí. Pero si en mi rostro abundan las arrugas, no las hay en mi corazón. Voy hacia ti rico en ternura, emociones y bondades. Y deseo derrochar contigo el tesoro de amor paternal que hay acumulado en mí. Con la paciencia minuciosa de un avaro, durante estos doce años, he ido guardando los besos y las caricias que me eran imposibles darte. Ahora, bendito sea Dios, voy a dar salida a todo. Muchas veces, en medio de mi soledad, me digo: «Vas a ver a Diana..., a tu adorada hija❖❖. La

dulzura de esas palabras es tan intensa que parece detener en mi ser el curso de la vida. Mi corazón, abrumado por la alegría, detiene sus latidos, con la respiración entrecortada voy repitiendo sin cesar: Diana, mi hijita adorada..., y me siento morir de gozo inefable. Pero no, nadie puede morir de alegría, ni de dicha verdaderas. Yo casi he de seguir a esta carta en su ruta. Te veré de nuevo, viviremos juntos... ¡que felices vamos a ser! Se que tú no echaras de menos el suntuoso palacio de tu tío. Mañana, 2 de julio, embarcaré en Caláis a mediodía. A las cinco estaré en Londres. Esta carta estará en tu poder a la diez de la mañana. Hija querida, beso tus manos y tus mejillas llorando de felicidad, al pensar que se acerca la hora tan esperada, por fin Dios permitirá reunirnos otra vez.

Ronald Morrison Cameron».

Sin releer la carta tomó el sobre y empezó a escribir la dirección. Después, apartando la pluma del papel, permaneció un largo momento inmóvil y pensativo, con la mente quien sabe dónde. De pronto su mirada se posó sobre la masa compacta de sus escrituras, releyendo al azar esta frase «...de chorros de vapor hirviente y el chisporroteo del formidable bracero que son las fundiciones metalúrgicas de Pittsburg...»

—¡Pittsburg! —murmuró en voz alta—. ¡Pittsburg, qué lejos estoy ahora de ese infierno!

Después de exhalar un profundo suspiro, se dispuso a escribir la dirección de su hija. Y en el sobre destinado a ella, el eterno distraído, sin darse cuenta, tras poner su nombre escribió maquinalmente «Pittsburg» y, a continuación añadió: «Estados Unidos de América». Luego llamó al mozo del hotel, le entregó la carta y le pidió:

—Llévala enseguida al correo. Es urgente...

Tres francos de propina apoyaron la recomendación. El joven dio las gracias con un simpático gesto, se quitó el delantal y echó a correr hacia la estafeta más próxima.

De esa manera, para mayor desdicha de Ronald, quizás su hija jamás recibiría esa carta.

*Monsieur* Armand Leblanc de Benlliure fijó en uno de sus ojos el monóculo



y examinó con atención la lista de platos que tenía el *maître*.

—Bueno..., dado el calor que hace —murmuró—, ¿qué os parece un menú compuesto de un *consomé* frío a la rusa y entremeses? Filetes de lenguado seguido de pollo asado y un vino *Mosela* de diez años, y para terminar un buen helado. Como menú de verano, a mí me parece aceptable, contando que ahora puedo excederme en la dieta, un día a la semana —con gesto intrigado miró a su hijo y le preguntó—: ¿no compartes mi opinión, Eduardo?

El joven no contestó. En ese momento parecía estar muy lejos de allí.

Natacha sentada junto a él, le dio un codazo, advirtiéndole:

—Tu padre te consulta sobre el menú.

—Perdón, padre, no te escuché —declaró Eduardo.

El barón repitió lo que había dicho antes, preguntando al final:

—¿Te parece bien? Sí preferís otra cosa...

—A mí me parece muy bien —repuso ella.

—¿Y a ti, Eduardo?

—Me da lo mismo, papá. Pide lo que quieras, sobre todo lo que te venga bien a ti.

—Dame al menos tu opinión sobre el vino. ¿Pedimos *Mosela* o *Chablis*?

—Ya te he dicho que pidas lo que quieras... —El tono de la respuesta fue tan seco que el barón contempló a su hijo atónito.

—¡Vaya! Pero ¿qué bicho te ha picado? Desde hace tiempo te noto raro, incluso he tenido que rogarte para que aceptaras salir esta noche, pero ahora que estamos a punto de comer, ¿por qué tienes esa cara? ¿Acaso te encuentras incomodo en este hermoso lugar al que siempre te gustaba venir?

Y, con aparente nerviosismo, designó con un gesto el encantador aspecto que ofrecía el jardín del restaurante de moda ubicado en los Bosques de Bolonia en el que, durante todo el verano, sé comía bajo enormes parasoles anaranjados, azules, rojos o verdes, que durante la noche, con las luces que ardían en las mesas, parecían unos inmensos hongos luminosos. Aunque bastante cara, la cocina era excelente para todos los paladares y la bodega siempre estaba bien provista, lo que resultaba un lugar ideal para las citas del elegante mundo parisino.

Eduardo resopló un par de veces en corto intervalo, haciendo a su vez maquinalmente un gesto de impaciencia.

Natacha mirándolo seria, le recriminó:

—La verdad cariño, como amable, hoy lo estás de veras. En vez de mostrarte alegre, ya que estoy libre debido al cierre veraniego del teatro, se te ocurre poner esa cara.

—¡Nada de reprimendas, te lo ruego! —replicó Eduardo. El tono de su voz pareció el restallar de un látigo. Sin cambiar de actitud, prosiguió—: no me siento muy bien. Y sí, es muy posible que esta noche sea yo un compañero desagradable.

El barón, en discreto gesto, miró a Natacha guiñándole un ojo. Instantes después ambos comenzaron a hablar de trivialidades ignorando la presencia de Eduardo. Pidieron la cena y siguieron charlando.

Media hora más tarde, seguido por dos camareros y por el *sommelier*, el *maître* se acercó a ellos. El consomé a la rusa y los entremeses fueron distribuidos en un santiamén. Y, mientras saltaba el lacre azul de una botella cubierta aún de «venerable» polvillo, el *maître* exclamó solemne:

—¡Un excelente *Mosela*, barón! Es un *Beajoulais* 1912.

El dorado líquido llenó las tres copas, dando al fino cristal azulado reflejos sorprendentes. Eduardo cogió la suya y la vació de un trago.

—¡Delicioso! —dijo asintiendo con la cabeza.

—¡Ah! El consomé también esta delicioso... —ponderó el barón. Y, tras mirar a su hijo y a su compañera, recomendó—: Probadlo enseguida. Al parecer también el *foie-gras* es riquísimo.

Natacha siguió su consejo y luego de saborear, con adorable gracia, expresó:

—Exquisito en verdad.

El banquero se dirigió a su hijo.

—Vamos, Eduardo, cátao tú también.

—Lo siento. Mi apetito esta noche también es desastroso.

—Sí, decididamente esta noche... —el barón no pudo terminar la frase.

Natacha con rabiosa ironía interrumpió:

—¡Bueno! ¡El *petit seigneur* hoy está de malas! ¡Eso a no dudar! ¿Serán quizás penas del corazón? Eso es lo indican sus ojos en blanco y sus

continuos suspiros. ¿Estará pensando en la bella heredera inglesa, que volvió a ver después de un largo tiempo en esa fiesta apoteósica? Creo que hasta el sueño le quita el recuerdo de su Diana. ¿Te crees que no me he dado cuenta de eso? ¡Qué amargo es el amor a gran distancia y sin ser correspondido! ¿Verdad, Eduardo?

—Te prohíbo que pongas en tu boca, el nombre de Diana y menos para burlarte de esa manera —rebatí el joven mordiendo las palabras.

Natacha levantó aún más el tono.

—¿Prohibiciones a mí? ¿Y sí se me antoja hablar hasta mañana de tu inglesita?

—En ese caso, no lo harás estando yo presente. —Su voz había sonado con una firmeza desacostumbrada.

Tras eso, poniéndose bruscamente de pie, tomó el veraniego gabán y cogió su sombrero.

—Eduardo, no seas chiquillo. Toma asiento de nuevo —le rogó en voz baja su padre.

Pero el hijo no le prestó atención. Natacha, muy pálida, se levantó a medias y le susurró.

—¿De modo que nos plantas? Como descortesía no puede pedirse más.

Eduardo, sin responder, dando media vuelta, echó andar entre las mesas, alejándose con rapidez.

—Natacha, vuelve a sentarte, por favor —murmuró el barón con calma, a la vez que agregaba bajito—: lo esencial ahora es no armar escándalos. Tranquilízate, ya verás como vuelve...

—Tranquila, lo estoy —dijo ella mientras volvía a tomar asiento—. Pero que vuelva, lo dudo; en fin, buen viaje. Y conste que no merece que lo quieran como le quiero yo —terminó con los ojos llenos de lágrimas.

La cena continuó un tanto apagada. Las palabras cambiadas entre el barón y Natacha fueron escasas; la bella danzarina de vez en cuando pasaba un pañuelo de seda por sus ojos húmedos. De pronto, hacia el final de la cena, en medio de un hondo suspiro, balbuceó:

—Nunca hubiera creído a su hijo capaz de hacer... lo que ha hecho esta noche. Y todo porque... tuve la ocurrencia de nombrar a la inglesa. ¡Pero de esta insolencia ha de acordarse toda la vida! ¡Acostumbrado a mi bondad,

abusa de ella y...!

—Calma, Natacha, calma —recomendó sonriendo nervioso el barón—, las disputas entre los enamorados tienen presente, pero no futuro. Verás cómo mañana lo tienes nuevamente a tus pies pidiéndote perdón.

La joven movió la cabeza negativamente.

—Sé engaña, *Monsieur Armand*, ¿acaso no vio como sé puso? ¿Y no se ha dado cuenta de que anda bebiéndose los vientos por esa inglesa? Y desde el día que habló con el padre de esa maldita Diana del demonio está peor... — De pronto se quedó callada.

¡Le había prometido a Eduardo mantener ese secreto! ¡Bueno, al diablo con él! Al escuchar esas palabras el barón de Benlliure pareció recibir un mazazo en mitad del cráneo.

—¿Con... con quien has dicho? —inquirió con la voz temblorosa—. ¿Con el padre de Diana?

—Pues, sí, con un tal Ronald Morrison Cameron, un ingeniero con trazas de mendigo que, a mi parecer, está rematadamente loco. Y que, para postre, habló muy mal de usted...

Los ojos del banquero, desmesuradamente abiertos, miraron a Natacha con una mezcla de estupor y espanto. «¿De modo que mi hijo ha hablado con Ronald y no me ha dicho nada? Pero de qué, ¿de Diana?, ¿de lo ocurrido doce años atrás?». Con cierta rudeza, el puño del barón atenazó el brazo de la danzarina.

—¡Por favor, habla! ¡Habla de prisa! ¿Eduardo y Ronald se entrevistaron? ¿Dónde y cuándo? ¡Respóndeme, dime lo que sepas y sin remilgos!

—¡No puedo hacer eso! Se lo juré a Eduardo —contestó la joven con gesto nervioso. Y a continuación agregó—: lamento haber abierto la boca. ¡Dios mío!, qué necia soy.

—¿Juraste de veras? —preguntó el barón mirándola con fijeza.

—Sí, claro... —replicó ella con aire extrañado.

—Pues bien, te compro el juramento por diez billetes de mil francos.

—No... no.

—¡Cincuenta billetes!

—He dicho que... no. ¡Vaya, casi no puedo creer lo que estoy oyendo!

—¡Cien billetes! ¿Me oyes? ¡Cien!

En el rostro de la bailarina se leyó el asombro y la incredulidad.

—¿Sería usted capaz de aflojar así..., tan fácilmente, cien mil francos?

—¡Y de pagarlos por adelantado! —y sacando el carné de cheques, trazó el nombre de la joven, estampó la suma, firmó, arrancó la hoja y se la extendió a su sorprendida interlocutora quien, tras mirarla con detenimiento, se la guardó en el bolsillo.

—Habla ya. Cuéntame todo —volvió a pedirle el banquero ya casi al borde de la impaciencia.

—Barón, realmente no tengo mucho que decirle... —con voz nerviosa y entrecortada, habló por espacio de diez minutos, relatándole el accidente, y todo lo demás.

Tras eso, un largo silencio se abatió sobre ellos.

El banquero, como si hablara consigo mismo, murmuró:

—Y yo ignorándolo todo. Con seguridad Ronald ha sido capaz de contarle ciertas cosas desagradables de mí, ¿verdad?

—Sí, tal como se lo acabo de decir; habló muy mal de usted, tanto que hasta se me pusieron los pelos de punta.

—¿Qué fue lo que ese loco le dijo a Eduardo de mí?

—Cuando ese hombre supo quién era Eduardo, se quedó pálido, y luego con expresión de asco exclamo: «La verdad, no puedo, ni debo permanecer, un solo minuto más en compañía del que lleve la sangre y el apellido de ese malvado hombre...»

—Y mi hijo, ¿qué respondió?

—Nada, se mantuvo muy sereno, y luego usó palabras suaves y elocuentes, y así logró hacer que ese hombre se quedara a cenar con nosotros. La velada fue tranquila y, como yo tenía ensayo, su hijo me mandó al teatro con el chofer.

—¿De modo que no escuchaste nada más? Me parece que para tan poca información el precio que estoy pagando es mucho, ¿no lo crees tú?

Natacha se quedó pensativa unos instantes, tal como si dudara en seguir hablando.

—Bueno, hay algo más que yo sé y que quizás a usted le importará saber —acabó con los labios apretados en una mueca nerviosa.

—Dímelo. Yo te diré si ese «algo» me interesa y, sobre todo, que valga los

cien mil francos que te he dado.

—Una parte de todo lo que hablaron... a Eduardo se le escapó en sueños. Bueno, en él es muy normal... Esa noche, cerca de las doce, me fue a buscar al teatro. Estaba bastante extraño, no hablaba casi y cuando... bueno, cuando estuvimos a solas en el lecho, se mostró reservado y frío, algo muy impropio en él. En fin, después de darme una... cierta demostración de amor, se durmió. Yo me quedé despierta y cuando al fin los ojos se me iban cerrando, él comenzó a hablar en voz alta. Como muchas veces, ya lo había escuchado nombrar a la inglesa y decirle palabras de amor... y pasión, lo que me causa un inmenso dolor. Esa noche, como hablaba muy despacio, acerqué mi oído a sus labios, y así me enteré de lo que musitaba.

—¿Y que decía? Anda, dímelo ya.

—Decía, mejor dicho, se preguntaba: «¿Mi padre un malvado, un hombre sin honor? ¿Es posible?». Luego se sacudió unos instantes y continuó: «No tema, *míster* Morrison, su cartera estará segura en mi arca, nadie la tocará, de eso tenga la plena seguridad». Después murmuró algunas palabras más, que no pude entender y..., girándose de lado, se quedó callado. Además, sé que eso es cierto porque también los escuché platicar, sobre lo mismo, durante uno de los paseos que dimos en compañía del inglés. Resulta que Eduardo tiene en su poder el voluminoso portafolio que pertenece a ese hombre.

El banquero se mordió los labios. ¿La cartera con los planos de su nuevo invento la tenía su hijo? ¿En su arca secreta?

Tras un esfuerzo de no demostrar su estado emotivo el barón asintió con la cabeza.

—Te agradezco la información —comenzó a decir con aire reservado—: el dinero es tuyo..., pero tu misión no ha terminado aún. Desde hoy tendrás que ser mi aliada. Seré generoso contigo a condición de que me sirvas con fidelidad. Veamos, posees una llave de la casa de mi hijo, ¿verdad?

—Sí —respondió ella secamente comenzando a buscar en su bolso.

—Magnífico. No, no la quiero; para empezar vamos a dar un paseo en mi coche. Después iras a su casa, si Eduardo no está, lo aguardaras allí hasta que llegue. Pero nada de reproches por lo ocurrido de esta noche. Con tacto y habilidad, trata de enterarte de sus intenciones, de lo que pasó en Londres

entre él y Diana. Y si por alguna razón, se sincerara contigo confesándote que sus intenciones son las de pedirle a ella matrimonio, ¡no protestes! compórtate con inteligencia...

Natacha lo miró furiosa.

—Pero ¿qué me pide, *monsieur* Armand? Además, por lo que yo sé esa inglesa ya está comprometida.

—Ese compromiso lo arregló su tío y, si ella lo desea, puede romperlo. Tú piensa solo en esto que te pido. Recuerda que, si dicha boda llegara a realizarse, yo te daría, como compensación, valores en cantidad suficientes para que disfrutes de una renta apreciable hasta el fin de tus días. A condición, claro está, de que no cometas ninguna estupidez para entorpecer dicha boda.

De los ojos de la bailarina cayeron unas lágrimas.

—¿Cómo se le ocurre pedirme algo así? ¿No se da cuenta de que yo amo a Eduardo de verdad? Sé, desde luego, que una mujer como yo no tiene importancia en la vida de un hombre como él. Pero lo quiero..., lo quiero con locura.

—Por favor, no exageres, ni dramatices. Piensa que, quizás, aunque se casara, mi hijo seguirá teniéndote como amante.

—Dios mío. Esto es lo más terrible que jamás he escuchado —sollozó ella en un acceso de convulsivo llanto.

—Vamos, Natacha, no es para tanto. Conmigo no finjas, sé muy bien como son las mujeres de tu clase. Y por lo que más quieras, disimula tus lágrimas. El *tout* París tiene los ojos puestos en nosotros. Mira, será mejor que nos marchemos.

—Sí, marchémonos —replicó la bailarina.

Extrajo su polvera del bolso y, con gesto disimulado, secó la humedad de sus ojos, dando color a su rostro. Tras eso se puso de pie y hasta incluso logró sonreír.

*Monsieur* Armand, luego de saludar sonriente a los demás comensales, con gesto galante le ofreció el brazo a la joven y salieron al jardín. Al verlos llegar, el chofer corrió a abrir la portezuela del coche.

—Hola, Jordan, ¿has visto a mi hijo? —le preguntó el banquero.

—Sí, barón, lo llevé a su casa —respondió el conductor.

—De acuerdo. Entonces..., paséanos a nosotros durante una hora. Y tras eso nos llevas directo a casa.

Minutos después el automóvil, con los haces luminosos de sus faros, rasgó las tinieblas de la noche, y se encaminó hacia la enorme mancha plateada, que parecía a la distancia, el lago del Bois. Una hora más tarde el vehículo se detenía frente al palacio del barón. Este, antes de entrar, miró fijamente a la bailarina, y le recordó:

—Ya lo sabes Natacha, sigue mi consejo; ve a su encuentro y pasa la noche con él. Y recuerda, nada de discusiones enervantes.

—Yo preferiría verlo mañana. Creo que su execrable humor, y con mi amargura, ambos acabaremos por estropear las cosas del todo.

El barón sacudió la cabeza contrariado y le dijo:

—Tú sabes muy bien que no hay malhumores que no se desvanezcan con algunos mimos, besos apasionados y caricias en ciertos lugares. Anda ve tranquila y no temas, muéstrate sonriente, dispuesta a pasar junto a él una noche de pura pasión desenfrenada...

Mientras el banquero entraba a su mansión, más preocupado de lo que hubiera querido parecer, el chofer penetró por el ancho portal conduciendo a la danzarina hacia el palacete de Eduardo, vecino del de su padre.

Natacha sacó la cabeza por la ventanilla observando al banquero que ya se perdía de vista. Mordiéndose los labios murmuró para sí: «Mi querido barón, ¿conque deseas servirte de mí para facilitar la boda entre tu hijo y su inglesa? ¡Oh, Dios! No sé si podré representar bien el papel de mujer indiferente viendo cómo... el hombre que amo se lo lleva otra mujer. Solo una cosa tengo clara, si puedo impedir que eso ocurra, sea como sea, lo impediré...»



Después de que Eduardo dejara plantados a su padre y a su amante, no había hecho otra cosa más que sufrir en silencio.

La verdad era que ya no podía soportar su desesperación: el encuentro accidental con el padre de Diana, hacía más de diez días atrás, y descubrir la conducta poco honorable de su padre le provocaban constantes pesadillas y fuertes dolores de cabeza. «Dios mío, ¿cómo podré reparar el mal que le hizo mi padre a ese buen hombre? ¿Entregándole a Ronald todo el dinero de que dispongo?», se decía una y otra vez.

Para peor, cada día se sentía más enamorado de Diana hasta el punto de no saber qué hacer, soñándola dormido y despierto. «Esto es un martirio; si sigo así voy a volverme loco. Tengo que confesarle mi amor y lograr que ella me crea», pensó extenuado, a sabiendas de que apenas Diana se enterara por su padre todo lo que el suyo, en combinación con su tío, le habían provocado, lo repudiaría aún más. «No querrá verme, y tendrá toda la razón. ¡Desearía poder ir a verla, declararle mi amor y pedirle que sea mi esposa! ¡La única mujer de mi vida! Pero ¿con qué cara me presento ante ella?». Permaneció unos instantes pensativo. Después, en su afán de darse ánimos, siguió pensando: «Sé que, mejor dicho, estoy seguro de que no le soy del todo indiferente, Diana siente algo por mí. Esa noche lo percibí claramente, por largos momentos la sentí vibrar entre mis brazos, respondiendo y devolviéndome los besos con loca pasión. Pero aun así, ¿querrá entregarse al hijo del hombre que fue la ruina de su padre? Lo dudo...»

En medio de un temblor, pleno de nerviosismo, se sirvió una copa de brandy y se la bebió de un solo golpe. Enseguida llenó otra..., y luego otra;

en estos últimos días había llegado al tope de su resistencia mental y necesitaba embriagarse para poder dormir, y así olvidar su desdicha.

Después de desnudarse se tiró a la cama y cerró los ojos.

Y allí, de pronto le pareció ver a Diana, tal como la viera aquella mágica noche de mayo, a solas en la terraza, llorosa y vulnerable, inmóvil bajo la luz de la luna, como una blanca escultura de porcelana. Dominado por un estremecido éxtasis, comenzó a revivir los besos que se dieron y, en medio de su excitación, el deseo de volver a tomarla entre sus brazos aplastándola contra su pecho, amarla hasta el cansancio, y cuidarla por el resto de su vida, ocupó sus pensamientos, ayudándolo a superar su sufrimiento. Porque en él, todo ese dolor era doble: dolor de hombre enamorado, sin esperanzas, y dolor de hijo defraudado.

En un gesto de rabia, Eduardo se cubrió los ojos con un brazo. El alcohol ingerido comenzaba ya a ejercer su efecto y rápidamente se quedó dormido. De manera repentina, dentro de su inconsciencia, sintió que unas suaves manos lo acariciaban; ¿estaba soñando? Debía ser eso. Soñaba que estaba junto a Diana, a solas, en un lugar apartado. Y ella, entre apasionadas caricias, lentamente, le pasaba los dedos jugueteando con el vello de su pecho. Después se acostó sobre él, cubriéndolo con su cuerpo ardiente, mientras lo besaba por doquier, mareándolo entre suaves palabras, susurradas junto a su oído, intercaladas con lánguidos suspiros.

Eduardo, exhalando un gemido, la rodeó con sus manos y comenzó a acariciarla, a la vez que se preguntaba: ¿Diana estaba desnuda? Sí, ambos lo estaban. Con manos febriles acarició esa piel suave, deliciosamente perfumada.

De forma sorpresiva, las suaves manos de ella, que seguían masajeando su tórax con eróticos ademanes, se deslizaron más abajo, hacia su erecto miembro. ¡Oh, Dios! ¡Aquella sensación fue demasiado para él! Y la dolorosa necesidad de poseerla lo dominó por completo.

Sin abrir los ojos, en medio de un hondo jadeo, la tumbó debajo suyo y, atrayéndola hacia él, desplazó una mano hasta sus senos, a los que acarició exultante de ansias, en sensuales manoseos. Embriagado de felicidad, sentía la voluptuosa plenitud de los virginales pechos de Diana que se apretaban contra él de manera excitante y sensual. En un acto de pasional frenesí se

llevó a la boca los pezones erectos y empezó a lamerlos y succionar de ellos, hasta provocar en ella, espasmódicos gritos de placer.

Eduardo estaba seguro de que Diana aún era virgen; por eso tenía que tener cuidado de no lastimarla. Pero su pasión era tan urgente y tan lujuriosa que casi no podía controlarse.

Así, sumergido en un loco torbellino, separándole con su rodilla, las piernas de ella, sus labios buscaron su feminidad, besándosela enloquecido a la vez que escuchaba los hondos suspiros de saciedad de ella. Luego la tomó de las caderas atrayéndola con fuerza hacia él y, loco de ansias, penetró en el cuerpo de la virginal Diana. Durante largos minutos la amó locamente.

Diana, a pesar de su inexperiencia, respondía ansiosa, con frenéticas ansias; rodeándolo con sus piernas, provocándole estallidos de intenso placer recibiendo cada vez con mayor avidez las embestidas de Eduardo hasta alcanzar el punto más profundo dentro de ella, y el paroxismo de ella se aproximó al delirio del éxtasis.

—¡Oh, Diana! ¡Diana...! —gritó en el instante del aturridor clímax.

Ambos acabaron por igual, dominados por un éxtasis arrollador, en un estallido de prolongados espasmos. Después, lentamente Eduardo abrió los ojos... y se quedó helado.

¡El cuerpo ardiente, y húmedo de pasión que se envolvía en el suyo no era el de Diana! Debajo de él estaba Natacha mirándolo agitada, mientras comenzaba a salir del vehemente arrobamiento, entre hondos suspiros de satisfacción.

Pero claro, ¿cómo había podido imaginar que era Diana? De manera abrupta, se sacudió apartándose de ella.

—Eras tú...

—Sí, claro. Soy yo. ¿Vaya, tanto te sorprende?

—Estaba... estaba soñando... —balbuceó aturdido.

—Sí, eso es obvio, te escuché decir su nombre. Soñabas que yo era Diana y le hacías el amor... a ella y no a mí —murmuró Natacha con irónica sonrisa. Mordiéndose los labios, saltó de la cama y se enjuagó las lágrimas. Después, casi sin voz, añadió—: es la primera vez, desde que regresaste de Londres..., mejor dicho, creo que es la primera vez desde que estamos juntos que me haces el amor con... con tanto amor, junto a una pasión tan loca... y tan

intensa, casi lujuriosa. Y eso que, ya sabes, siempre me dejaste más que satisfecha. Pero esta noche ha sido increíble; lástima que no era a mí a quien iba dirigido todo el potencial de tu ardor.

Tenía que disimular ante Eduardo, hacer de cuenta que escucharlo, repetir el nombre de la odiada inglesa, en el momento de hacerle el amor a ella no le había dolido demasiado. «Pero ¿cómo disimular algo así? Algo que me duele tanto. Bueno..., ahora ya qué más da. Tendré que intentarlo, obedecer la orden del barón; de todos modos, ya no hay nada que hacer. Lo he perdido», se dijo a la vez que componía un fingido gesto de indiferente frivolidad.

No obstante, su voz sonó triste al decir:

—Desde el principio, lo supuse, y ahora, al hacerme el amor a mí creyendo que era ella, quiere decir que... entre la inglesita y tú, hubo algo muy serio.

Eduardo, negó con la cabeza.

—No. Solo la besé —musitó—. Nada más que eso.

—¿Solo la besaste?, claro a una mujer como esa, un hombre no le propone ser su amante, ¿verdad? Eduardo, tú la amas..., no lo niegues. Desde que regresaste de Londres ya no eres el mismo. Además, de otro modo no hubieras pronunciado su nombre, con tanta ternura, en mitad de un acto de amor entre tú y yo.

—Perdóname, Natacha. Antes de acostarme, estuve bebiendo mucho más de lo acostumbrado y no era dueño de mis actos, ni de mis pensamientos. Perdona también mi comportamiento de esta noche en el restaurante. Estoy muy perturbado y muy confuso. No sé lo que me pasa.

—¡Claro que lo sabes! Acabo de decírtelo; te encuentras perdidamente enamorado de Diana Morrison. Y en este momento, con lo que sabes de su padre y del tuyo, estas amargado. No creas que me enfado, es más, te comprendo —haciendo acopio de fuerzas, en medio de un hondo suspiro, agregó—: no te preocupes, si ya no me deseas... seremos amigos, nada más que amigos. Pero yo, no quisiera dejar de verte, al menos... hasta que te comprometas con ella.

Eduardo la miró avergonzado. Sintiéndose fatal, se obligó a enfrentarse a la mirada de su amante, la misma que ahora intentaba desechar.

—No, eso no podré hacerlo —susurró con gesto abatido, a la vez que bajaba

los ojos—. Sabes que yo no tendría el valor de aprovecharme de ti, usándote como un pasatiempo extra. Te respeto demasiado para eso, además si llegara a casarme con Diana, cosa que dudo, ya jamás podría estar con otra mujer — la miró tímidamente a los ojos y, con voz apagada, agregó—: un día te dije que no me importaba que fueras de condición humilde, ni que bailaras en un teatro de revistas; te acepté tal cual eras y te ayudé en todo lo que pude. Pero desgraciadamente no logré enamorarme de ti, cómo para llevarte al altar.

Natacha, lo miró desdeñosa. Sonriendo entre burlona y dolida, le preguntó:

—¿Acaso, de haberte enamorado de mí..., cosa que yo pensé que estabas, te hubieras casado conmigo?

—Sí. Eso no lo dudes, acabo de decírtelo. Y recuerda que yo jamás dije que te amaba. Por otro lado, te dejaré bien... como para que nunca te falte nada.

«Perfecto; primero el padre y ahora el hijo prometen velar por mi futuro», se dijo ella con triste sonrisa.

—¿Me perdonas? —inquirió Eduardo.

Ella paseó la mirada por el cuerpo de Eduardo. Tras un hondo suspiro, a la vez que intentaba componer una expresión de auténtica sumisión, con un hilo de voz musitó:

—Te perdono. Pero por favor, déjame seguir siendo tu amante, al menos hasta que ella te acepte. Aunque no lo quieras creer, te amo y me conformaré solo con eso...

—Mi vida está demasiado complicada, Natacha. Te juro que no podría seguir usándote para saciar mi virilidad, mi honor no me lo permitiría.

—Por lo menos, déjame estar a tu lado hasta que tus cosas se aclaren.

—De acuerdo, te aceptaré como... una amiga. Y ahora, por favor no te enfades, pero deseo dormir a solas. En mi interior, y también físicamente, me encuentro mal..., terriblemente mal. Además, lo que acaba de pasar esta noche me ha dejado peor. ¿Podrías dormir en el otro cuarto?

Ella, sin responder, buscó su ropa y en silencio salió del cuarto.

Desde que descubriera el doloroso secreto de su padre, en las cartas que

leyera en Morrison house, pese a las suplicas de todos, en especial al del ama de llaves, a quien le preocupaba aquel cambio de expresión de la jovencita, Diana pasaba la mayor parte del tiempo en sus aposentos, negándose a aceptar invitaciones de fiestas, reuniones sociales, paseos y excursiones.

Por otro lado, la ausencia de *sir* Norman Bennett Wilson se prolongaba. Habían transcurrido ya cinco días sin comunicar nada acerca de su regreso. Pero a Diana no le preocupaba eso, ni tampoco su soledad; las entrañables cartas de sus padres, halladas en su «casita», le servían de compañía.

Con triste nostalgia, no dejaba de pensar en el hombre que le había dado la vida: ¿dónde estaría? ¿Realmente estaba muerto? No, algo le decía que él estaba vivo, en alguna parte. Pero ¿por qué nunca había deseado verla, ni tan siquiera enviarle una carta? Esas eran las preguntas que más le dolían y para las que no encontraba una respuesta.

Con todas esas cosas rondando en su cabeza y el recuerdo de Eduardo presentándose ante ella una y otra vez, besándola, acariciándola de aquella manera tan apasionada, iban provocando en su espíritu más angustias. «¿No sería mejor hablar con Eduardo? ¿Confesarle abiertamente todo lo que siento por él?», se preguntaba con los ojos cerrados, reviviendo anhelante sus atrevidas demostraciones de amor. «Realmente, no quisiera que, con el paso del tiempo, él termine siendo solo un extraño en mi vida. Es el primer hombre que me ha besado en la boca. Y también el que ha tocado casi todas las partes de mi cuerpo acariciándome con salvaje pasión; el único hombre con el que desearía pasar el resto de mi vida».

—¡Ah, si al menos me hubiera dicho: «Te quiero!», en vez de decirme: «Te deseo» —murmuró en voz alta.

Pero, luego de pensarlo con la cabeza más fría y recordar el frívolo comportamiento de Eduardo, además de su donjuanesco espíritu de incansable juerguista, Diana sacudía la cabeza buscando la manera de borrarlo de sus pensamientos y concentrarse solo en el recuerdo de su padre.

Esa noche de domingo, cuando se disponía a acostarse, de improviso se presentó el ama de llaves con el rostro pálido y desencajado.

—¡*Mistress* Lowell! ¿Qué le ocurre? —preguntó la joven alarmada.

—¡Ay, *miss* Diana! ¡Un ladrón! Un ladrón se ha metido a la casa y... a forzando la cerradura de todos los muebles del despacho de *sir* Norman. Lo que haya robado lo ignoro; pero en su gabinete de trabajo reina un desorden indescriptible. Solo logré observar, desde la puerta..., pero no me atreví a entrar. ¡Quién sabe si el malhechor aún esté ahí! Ya he telefoneado a la policía...

Diana se había quedado mirándola asustada. Enseguida, tras buscar el modo de actuar con tranquilidad, le dijo:

—Muy bien hecho, *mistress* Lowell. Pero creo que será mejor que vayamos rápido al despacho de mi tío, para ver que se han llevado.

—¡Oh! Tengo miedo —musitó aterrorizada el ama de llaves.

—Yo también —confesó la joven mordiéndose los labios—. Pero debemos hacerlo, ¿ya están prevenidos los demás criados?

—Están ausentes, por la tarde me pidieron permiso para salir de paseo, y yo se los concedí. Solo está Jonás... y es él quien ha desatado a los perros y ahora está registrando los jardines.

—Aunque estoy segura de que quien haya entrado a robar, ya debe de haberse marchado —opinó Diana poniéndose un peinador sobre su camisón. Y a continuación agregó—: vayamos allí...

Al salir de su cuarto, la joven, seguida por el ama de llaves, entró a la biblioteca. Dirigiéndose a un mueble, abrió el cajón y sacó una pistola automática.

*Mistress* Lowell al verla lanzó un chillido.

—¡Ay, *miss* Diana! Creo que... sería mejor que usted se quedara aquí a esperar que venga la policía...

—Calma, el arma está descargada, solo es para dar miedo —le advirtió ella—. Usted vaya a esperar a la policía, mientras yo voy al despacho de mi tío.

—Por favor *miss*, no entre allí sin saber si el ladrón ya no está dentro.

—No se preocupe, primero miraré muy bien —replicó Diana con voz serena.

Y, tras esas palabras, sigilosamente se encaminó al gabinete de su tío. Al llegar a la puerta, cautelosa, se quedó inmóvil. Enseguida, dándose cuenta de que allí no podía haber nadie, entró decidida y encendió las luces. Con gesto ansioso, miró alrededor: todo estaba fuera de lugar.

Resuelta, Diana se encaminó hacia las habitaciones vecinas. En la terraza del hall, el cristal roto de una ventana le mostró por donde el ladrón había entrado y salido. De allí penetró de nuevo al despacho de su tío; el desorden era inmenso.

La puerta de un artístico secreter mostraba las claras huellas de la palanca que, contra ella, había sido empleada para abrirla. Un cajón, cuya cerradura se hallaba arrancada de cuajo, yacía en el suelo. Por todas partes aparecían papeles, libros y hasta unos billetes de Banco. El ladrón parecía haber «trabajado» con tanta brutalidad como prisa.

En ese instante, un criado con traje de calle que acababa de regresar de su paseo, se presentó allí; en su rostro había una clara mueca de sorpresa y temor.

—¡Miss Diana, lo siento! —exclamó apenado.

—No se preocupe. Por fortuna al parecer solo se han llevado dinero. No hay que tocar nada hasta que la policía haya efectuado las constataciones correspondientes. Dígaselo a los demás a medida que vayan regresando.

—Sí, *miss* Diana —respondió el criado.

Y tras saludar ceremonioso salió dejándola sola.

La joven, pensativa, volvió a mirar el desbarajuste.

De pronto, en el momento en que iba a salir, su mirada se sintió atraída por unas cartas cuyos lacres se destacaban entre los papeles restantes. Poseída por la curiosidad, con gesto interrogante, se agachó a recoger una y, al mirarla, a duras penas logró ahogar un grito: el sobre estaba dirigido a su nombre, procedía de los Estados Unidos y en matasellos se podía leer claramente una fecha, 8 de agosto de 1916.

Atónita Diana contempló cuanto se esparcía a sus pies. Ante sus ojos aparecieron muchas cartas más, la mayoría intactas. Sintió que su corazón le retumbaba en el pecho.

Enseguida las recogió a todas y, tras mirar los matasellos, comenzó a leer las fechas respectivas, de cada una de ellas: 9 de mayo de 1915, 6 de abril de 1916, 10 de agosto de 1917, 15 de junio de 1915, 23 de julio de 1916, 10 de mayo de 1921, 24 de noviembre de 1923. Todas llevaban al dorso la misma inscripción: «Remitente: Ronald Morrison Cameron, ingeniero, Iron Trust Office. Pittsburg. EE. UU».



¡Cartas de su padre! ¡Todas eran cartas de su padre! ¿Por qué el tío Norman no le había hablado nunca de ellas?

Unos discretos golpes sonaron en la puerta. Con un rápido movimiento de su mano, Diana hizo deslizar las cartas dentro de su pecho y las cubrió con el amplio peinador. Tras eso contestó:

—¡Adelante!

Al abrirse la puerta, apareció allí el jefe de policía del distrito, con su ayudante y media docena de *policemen*. Tras saludar cortésmente a la jovencita, pidieron permiso para comenzar en el acto con las investigaciones.

Unos minutos después, el jefe le decía a Diana:

—La cosa está clarísima; el ladrón ha penetrado al azar a esta casa y ha procedido con una precipitación que le va a costar cara. Sus rastros son visibles en varios muebles, al parecer ha entrado por el vestíbulo, de allí a la terraza por una ventana y luego al gabinete. Ahora no podemos hacer nada; mañana analizaremos las huellas digitales. Y, por esta noche, dejaremos dos agentes de guardia.

—¿Entonces, puedo retirarme? —preguntó Diana con apenas un hilo de voz.

—Sí, *miss*. ¿Es usted la sobrina de *sir* Norman Bennett Wilson?

—Exacto. Mi nombre es Diana Morrison...

—*Miss* Morrison, excúseme la pregunta que le haré. ¿Quién descubrió el robo?

—Yo, señor —respondió *mistress* Lowell dando un paso adelante.

—Bueno, tendré que interrogarla. Por favor, tome asiento.

Diana ya no escuchó más. Las cartas escondidas en su pecho parecían quemarle la piel.

## SEGUNDA PARTE

Cuando al fin Diana se halló a solas en su cuarto, cerró la puerta con llave. Después, dejándose caer sobre la silla de su escritorio, rasgó uno de los sobres. Acto seguido comenzó a leer.

Pittsburg, 22 de mayo de 1918

Diana, hija querida:

Hoy es el día de tu cumpleaños. Has cumplido dieciséis y voy a hablarte como nunca lo hice. Hace seis años que me alejé de ti. Seis años en los que, a cambio de mi renuncia dolorosa, se encargó tu tío de educarte y mantenerte. Y ese día tan triste para mi alma coincide casi con la muerte de mi adorada Sara, tu santa madre. Por favor, ve siempre a visitar su tumba, de eso nunca te olvides. Hijita, todos estos años he vivido solo y triste, ocupando un empleo subalterno. No hay en estas, mis palabras, recriminación alguna puesto que he aceptado los designios del destino, pero he sufrido mucho y continúo sufriendo. Mentalmente revivo nuestra felicidad pasada, cuando la esperanza, el amor y la alegría unían nuestras almas. Cierto es que vivíamos en la estrechez y que nuestros recursos disminuían día a día. Pero el desfallecimiento no hacía presa en mí gracias al amor inquebrantable del que tú y tu mamá me daban. Éramos pobres, pero aun así éramos envidiados, debido a que poseíamos tres tesoros: amor, esperanza y voluntad. Cuando, después de mil luchas, creía haber llegado al puerto de salvación, llegó un huracán llevándose a tu madre, arrancándome también de los tiernos brazos de mi hija. Y no me queda hoy otra esperanza que la de volver a verte algún día. Me consuela saberte feliz y bien cuidada sin que nada te falte. Tienes todo lo

que puede hacer feliz a una niña, la juventud vierte a raudales los tesoros de la alegría, de la gracia y de las ilusiones. Durante las noches mantengo ante mis ojos durante largas horas, las fotografías que tu tío me envía. Y aunque en todas estás muy lejana, aun así, en ti se me ocurre ver a tu madre, un ángel de belleza y bondad. Un día cuando seas mayor he de contarte por qué me fui, cómo se me hizo obligatorio el destierro y cómo ha sido mi vida a partir de ahí. A través del tiempo, de los espacios y de los océanos va hacia ti la más profunda de mis adoraciones. ¡No me olvides Diana! ¡No me olvides nunca si no quieres que tu olvido me mate! Por favor escíbeme. Lo que más me apena es comprobar que no respondes a mis preguntas. ¿Es qué tu tío no te deja leer mis cartas? Cuéntame tus cosas, háblame de música, de poesía, de tus autores preferidos, háblame de tus amiguitas, confíame alguno de tus secretos. Y no dudes jamás del cariño de tu padre, para quien eres la esperanza, la alegría, la razón de vivir y de luchar. Quiéreme mucho, hijita adorada.

Al terminar de leer, Diana, con los ojos arrasados de llanto, sintió que el papel se le estrujaba entre los dedos. En medio de un estremecedor sollozo, rasgó el sobre de otra carta intacta con fecha más reciente.

Con sorpresa descubrió que esta contenía un billete de mil dólares.

Pittsburg. 24 de noviembre de 1923

Diana, hijita querida:

Mi última carta la feché el 19 de agosto, sin haber recibido respuesta alguna. ¿Por qué este silencio? Según tu tío es que no tienes tiempo de hacerlo. Mi corazón de padre me impide enojarme. Pero estoy triste, muy triste de tus silencios y tus descuidos para conmigo. Pese a tu mutismo, tengo la certidumbre de que no me has olvidado. Y ojalá que este yo en lo cierto. Ahora que estás mayorcita he de decirte que, si te abandoné, no fue por voluntad mía; tu tío me puso en esta situación, él me obligó a separarme de ti, y también, con la complicidad de un amigo suyo, el barón de Benlliure, me despojaron de unos planos de mi propiedad los cuales podían haberme hecho rico. Por favor, no quiero que en tu corazón haya odios ni rencores, pero esta es la verdad. ¿Sabes

una cosa? No hace mucho tiempo supe que efectuaste, en compañía de algunas amigas y sus padres, un crucero a bordo de un yate, por las costas de Noruega. En una revista ilustrada de sociales vi, aunque también de lejos, tu fotografía y la de tus acompañantes. Aquí te envío mil dólares, la equivalencia de doscientas libras. No es gran cosa para ti, lo sé, pero quiero que con este dinero te compres algo: algo que proceda realmente de mí, de tu padre. Esta suma la he reunido economizando dólar tras dólar. Representa, créelo, mucho trabajo y no poca paciencia. Desearía que, a vuelta de correo, me cuentes lo que te hayas comprado. Y que por favor tu carta sea extensa, coge la pluma y charla con tu padre una hora por lo menos. Cada letra que traces sobre el papel será para mí una cantidad más de felicidad.

Recibe, con mi ternura inmensa, un millón de besos.

Ronald Morrison Cameron

Al terminar de leer esa última carta Diana se desplomó hacia adelante. Con la cabeza entre los brazos, apoyados en la superficie del escritorio, rompió a llorar convulsa. Sentía que se le partía el corazón de desesperanza y de dolor. Por largos minutos sus hombros fueron sacudidos, sin interrupción, por los sollozos.

—¡Dios mío! Esto es horroroso, no sé si podré soportarlo —murmuró extenuada.

¡En ese momento lo comprendía todo! Para impedirle amar, conocer y respetar a su padre, Norman Bennett Wilson, su propio tío, había organizado alrededor de ella un silencioso y maquiavélico complot, ocultándole las cartas recibidas, tejiendo, con una perseverancia de araña, el velo del olvido al padre en el corazón de la hija durante años y años. Y víctimas ambos de la perfidia abominable de Norman, separados uno del otro, sus almas sufrían y lloraban llamándose a gritos a través de los espacios del mundo.

¡Y solo la casualidad le había permitido a Diana conocer la verdad! ¿Una casualidad? ¿O tal vez una decisión providencial de las fuerzas desconocidas e insondables que se entrelazan alrededor de la vida? ¡Y el barón de Benlliure, el padre de Eduardo había contribuido a la desdicha del suyo

propio!

El drama de su conciencia tuvo un desenlace súbito. Diana, ciega de furia, tomó su drástica decisión. ¡No viviría ni un solo minuto más bajo el techo de su tío!

Con extremado nerviosismo consultó el reloj de oro y esmalte que, en la mesita de noche, dejaba oír su in interrumpido tictac.

Eran las once y cuarto de la noche. Sin perder un momento más, se dirigió a su escritorio, tomó la pluma, abrió el tintero y, con actitud resuelta, escribió:

Londres, domingo 18 de julio de 1925

Tío Norman:

Hace unos días en la casa que perteneció a mis padres, el azar puso en mis manos unas viejas cartas de mi padre dirigidas a mi madre y viceversa. Al leerlas pude cerciorarme de la valía de aquel hombre de quien tengo el honor de llevar su apellido. Y esta noche, la intervención providencial de un malhechor ha puesto en mis manos otras cartas: las que mi pobre y querido padre me estuvo mandando desde Pittsburg, y las que usted, una tras otras, sin el menor remordimiento escondió, la mayoría de ellas, sin abrir. Mi padre en una de sus últimas cartas me dice que no guarde rencor ni odios, pero creo que en este momento no puedo evitar sentir eso. No obstante, temo por usted, ya que tarde o temprano la hora de la justicia ha de llegarle sin misericordia, porque Dios es justo y no podrá perdonarle su maldad, y la de su cómplice. No lo maldigo, agradezco la instrucción y la educación, así como la solicitud constante de que me ha hecho objeto. Y de haber continuado en la ignorancia de lo que ahora sé, quizás le hubiera probado mi gratitud casándome, sin protestar pero sin amor, con el hombre que usted me destinó, aun sabiendo que con ello renunciaba a mi felicidad. Pero ya que voluntariamente me ha privado durante más de doce años del amor paternal, que es el más sagrado del mundo, voy a librarme, por medio de la pronta huida, del destino que usted me reservaba. Hoy no sé dónde se halla mi padre, pero yo intentaré encontrarlo. Sé que, si todavía vive, de algún modo Dios nos pondrá frente a frente, y allí le ofreceré mi

corazón, rebosante de amor, de remordimientos, de piedad y de filial devoción. Y tal como mi pobre madre hizo, compartiré gustosa con él la pobreza. Ojalá a usted no se le ocurra buscarme. Tampoco espere nunca mi regreso, puesto que me debo por entero al que, por su culpa, tanto ha padecido. En una de esas cartas, que aún permanecía cerrada, fechada el veinticuatro de noviembre de 1923, me enviaba un billete de mil dólares, Dios sabe a cambio de cuantas privaciones, pidiéndome que me compre lo que desee. Con ese dinero, fruto de su pena y sacrificio, compraré mi libertad. En mi habitación queda cuanto de usted tenía: joyas, dinero y carné de cheques. Cómo ya se imaginará, también queda roto mi forzado compromiso con Antonio, espero que será usted quien se lo notifique. Cuando haya encontrado a mi padre, usted sabrá algo de mí. Adiós.

Diana Morrison

Cuando terminó de escribir, introdujo la carta dentro de un sobre. Enseguida trazó en este el nombre de su tío y lo colocó apoyado en el reloj.

Tras eso, telefoneó a la estación preguntando a qué hora partía el tren de Londres hacia Dover. Desde allí le contestaron que el último salía a la una y cincuenta y cinco minutos de la madrugada, en correspondencia del buque que partía hacia Caláis a las cinco.

De pronto sintió un escalofrío. ¡No tenía pasaporte! Hacía seis meses que el suyo había expirado y aún no se lo habían renovado.

En ese momento recordó al de una doncella suya, de nacionalidad austriaca, llamada Helga Weber que, casi dos años atrás, había muerto víctima de una fatal apendicitis. La extinta tenía con ella un ligero parecido; unos días después de su muerte, al entregarle su pasaporte, el ama de llaves le había dicho sorprendida: «Vaya, pero mire que guapa se ve aquí la pobre Helga, bien peinada y arreglada. Y qué curioso, tiene un gran parecido, salvando las diferencias, con usted. Claro que a ella le faltaba lucir su finura y elegancia. Pero, aun así, en esta foto el parecido es sorprendente, ¿no lo cree usted?».

Diana también pudo apreciar la semejanza. Desde ese día el documento había quedado en su poder, sin que nadie lo reclamara.

Doblegada por el nerviosismo, comenzó a buscarlo. Cuando lo encontró, suspiró con alivio. Mientras miraba la fotografía, con voz sofocada,

murmuró:

—Querida Helga, sé que me querías mucho, por eso te pido que, desde donde estés, me protejas; procura que nadie me descubra. Voy a usar tu documento para huir de casa. ¿Tú me comprendes, verdad? Por algo lo dejaste aquí; gracias por tu providencial ayuda.

Con ademanes nerviosos preparó su equipaje; una maleta y un maletín le bastaron para la ropa que pensaba llevarse. Se peinó imitando a su antigua doncella, después sacó un ligero abrigo de verano, algunas monedas, y varios francos franceses, los que guardó en su bolso. Antes de apagar la luz, luego de desprenderse de la mayoría de sus joyas, se quitó los zapatos y, descalza, en su afán de no hacer ruido, descendió las escaleras.

Unos minutos más tarde, tras volver a calzarse, atravesó el parque por una de las puertas de servicio y ganó la calle. Ya en la acera dejó su carga en el suelo y trató de orientarse. Enseguida comenzó a caminar sin rumbo.

Después de andar varios metros, se detuvo indecisa; siempre había utilizado los servicios de su chofer y esta era la primera vez que salía sola, y por la noche. ¿Hacia dónde se encontraba la estación de trenes?

En aquel momento un hombre, fumando en pipa, con las manos en el bolsillo y el sombrero hongo hundido en su cabeza, paso por su lado, cruzándola.

—Por favor, *míster*... —le habló Diana con timidez.

—¿Sí, *miss*...? —respondió el hombre deteniéndose.

—¿Sería tan amable de indicarme hacia donde queda Charing Cross?

—Con mucho gusto; está a más de media hora a pie, porque en taxi, a estas horas por aquí, no encontrará ninguno. Por suerte para usted, soy empleado de la estación de trenes, así que iremos juntos. Permítame cargar su equipaje.

—Está algo pesada.

—Razón de más para que la tome yo; plomo para usted, pluma para mí. Y nada de temores *miss*, Alan Glover, su casual compañero de ruta y humilde servidor, no es un granuja. Bueno, ni tampoco la mismísima perfección humana. Pero conmigo nada debe temer.

—Gracias, señor Glover —contestó la joven entregándole la maleta.

Poniéndosela en el hombro, el hombre, silbando el estribillo de una alegre



canción, tomó la delantera mientras caminaba a paso regular.

Al cabo de un rato se calló y, girándose hacia Diana, le preguntó:

—Sin duda es usted una institutriz, ¿verdad?

—En efecto —respondió maquinalmente ella.

—¿Se marcha al extranjero?

—Sí, a París.

—¡Ah! Cuanto la envidio, con lo que me gusta a mí ver mundo. Sí un día puede, no deje de ir a Niza, y si es en invierno, mucho mejor. Allí el sol luce magnífico, calentando la tierra de una manera benigna. Lo sé porque tuve que pasar allí tres meses como convaleciente, después de haber sido herido en el monte Kemmel.

—¿Entonces es usted un excombatiente?

—Sí, y ahora pensionado por el rey y empleado en el servicio de limpieza de vagones en Charing Cross. Bueno, quince minutos más de marcha y llegamos.

Poco después penetraban en el *hall* de la estación.

Alan hizo señas a un faquín y, mientras este se acercaba, le dijo a Diana:

—Para empezar, haremos revisar su pasaporte —dirigiéndose al mozo, que aguardaba instrucciones, exclamo:

—Vamos a ver Elmer si eres capaz de instalar perfectamente a esta bella joven en el vagón. ¿Segunda clase, *miss*? Eso es, búscale un asiento y espérala en el andén, frente al tren que va a salir para Dover. ¿Entendido? Nosotros vamos entretanto a la oficina de policía.

A Diana el corazón le latía de un modo escandaloso; tenía que presentar el pasaporte falso, ¿Qué pasaría si descubrieran que no era suyo? Mejor no pensar.

Cuando entregó el documento al inspector de turno, este lo miró unos instantes. Segundos después, comenzó a leer en voz alta:

—Helga Weber, veintitrés años, de nacionalidad austriaca, domestica, cabello rubio, nariz regular, barbilla redonda, ojos azules, cara ovalada, estatura mediana —levantó los ojos hacia ella y se extrañó—. ¡Vaya fotógrafo el suyo, *miss*! ¡Bueno no digo que la sacó fea, pero realmente no parece ser usted! —y timbrando el pasaporte se lo devolvió.

Diana, convertida oficialmente en Helga Weber, pasó la taquilla, tomó su

pasaje y luego, como recompensa, le tendió un billete de una libra a su amable acompañante.

—¿Esto es para mí? —replicó Alan mirándola muy serio.

—Claro, me ha hecho usted un gran servicio.

—No puedo aceptarlo. ¡Dios me valga! No tire así su dinero, *miss* Weber, y menos cuando hay que trabajar tanto para ganarlo. Lo que hice por usted no tiene importancia y con solo un apretón de manos y una sonrisa son suficiente pago. —Hizo un gesto significativo y en tono bajo agregó —: a Elmer, si lo desea, puede darle tres chelines. En su casa tienen cuatro críos, que no dejan de pedir pan, yo al menos soy soltero. —Y tras un vigoroso y cordial apretón de manos, el buen hombre se alejó.

Diana penetró en el andén. Antes de subir al vagón le dio una libra esterlina a Elmer, quien le retribuyó con un acalorado «Gracias. Dios se lo pagué, *miss*», y su mejor sonrisa. Devolviéndole el gesto, Diana le encargó que le pagase un vaso de cerveza a Alan.

Ya en el tren, su cabeza no dejó de cavilar. ¿Qué estaba a punto de hacer? ¿A dónde iría sola por París? ¿Y si recurriera a Eduardo? «¡No! Eso sería un grave error. Si yo hiciera eso, enseguida darían conmigo y además ¿qué podría hacer Eduardo por mí, siendo el hijo de tal padre?, eso sería como traicionar al mío. Y seguro que, con su vanidad, y su despreocupada vida social, me llenaría de promesas y de amor eterno. Y yo, quizás al sentirme tan sola y sensibilizada, me aferraría a todo eso como a un clavo ardiendo, y él se aprovecharía, aturdiéndome con sus besos, sus caricias... y sus palabras: tengo que hacer esto yo sola. Debo obligarme a no pensar más en él, sobre todo ahora que conozco la verdad sobre la desdicha del hombre que me dio la vida. A partir de este momento tendré que procurar sacarme totalmente a Eduardo de la cabeza y encausar mi vida lo mejor que pueda, buscar un trabajo y ahorrar, durante algunos meses. Después, emprender la búsqueda de mi padre». Finalizó a la vez que cerraba su mente, a otro nuevo pensamiento.

Amanecía cuando llegó a Dover. A las cinco y media de la mañana, junto la luz dorada del sol naciente, el buque encargado de la travesía Dover-Calais se dirigía hacia la costa francesa llevando a bordo a Diana Morrison Bennett, y a su incierto destino que, para peor, había usurpado el nombre de

una antigua doncella.

*Sir* Norman había dejado por fin sus asuntos en regla. En compañía de sus asociados, acababa de terminar el *lunch*. De pronto, en ese momento, un criado del hotel le informó que tenía una llamada desde Londres. Excusándose con sus invitados, se apresuró en llegar a la cabina telefónica. Con gesto meditabundo se instaló frente al aparato, tomó el tubo y exclamó:

—¡Diga!, aquí *sir* Norman Wilson. ¿Quién habla?, ¿la señora Lowell? Bien, la escucho pues, pero ¿por qué llora?, ¿qué ocurre?

—Escuche *sir*, esto es algo que aún ignoran todos... —Oyó que le decía al ama de llaves, desde el otro lado de la línea—, y que temo, le cause a usted una profunda pena.

—Déjese de rodeos —exclamó inquieto *sir* Norman—, pronto, diga lo que sea.

—*Miss* Diana... ha desaparecido; ha dejado una carta para usted, y como todo ha ocurrido después del robo en su gabinete, perpetrado a primeras horas de la noche...

—¿Qué dice usted? ¿Qué *Diana* ha desaparecido?, ¿un robo en mi gabinete?

—Sí. La policía ya tiene las huellas dactilares del ladrón, y ahora ellos se están ocupando de todo.

—Y, ¿cuándo se dio cuenta de la desaparición de mi sobrina?

—Esta mañana a las once. Al no verla bajar de su cuarto, fui a llamarla y..., para mí desesperación, encontré la cama intacta. Y, lo más extraño, la mayoría de sus joyas, las que siempre llevaba encima, sobre la cómoda.

—¿Ha prevenido usted a la policía, sobre... esto?

—No, *sir*. No me he atrevido a hacer nada, sin recibir primero órdenes

suyas. Además, como acabo de decirle, ella ha dejado una carta para usted.

A pesar de impacto de aquella noticia, la voz de *sir* Norman, sonó tranquila, al decir:

—Ha hecho bien. Guarde el silencio; esta misma noche estaré allí. Ni una palabra a nadie antes de mi llegada —y, con el rostro pálido y desencajado, abandonó la cabina.

Al comenzar a caminar, sintiéndose aturdido, se tambaleó como si estuviera embriagado.

—¿A qué hora parte el primer tren para Londres? —preguntó en la oficina de información del hotel.

—Dentro de veinte minutos sale el Rápido.

—Entonces, llame a un automóvil y telefonee de inmediato a la estación, a fin de que me reserven asiento. Después vaya al comedor y dígales a mis invitados que... un grave asunto de familia me ha obligado a partir en el acto, hacia Londres. Que mi criado tome el tren de la noche con el equipaje. Y entréguele la cuenta a él, pagaré por cheque.

—Muy bien, *sir*.

Minutos después, con su gabán y su sombrero en la mano, se dejó caer en el asiento del automóvil. El conductor, ante la promesa de una elevada propina, logró llegar a la estación en diez minutos.

Tras conseguir su billete se instaló en el vagón. Cuando al fin volvió a recobrar su sangre fría, el tren ya hacía algunos minutos que corría. Y comenzó a preguntarse: ¿Diana desaparecida? ¿Una fuga?, ¿un rapto...? ¿Por qué?, ¿por quién?

«Para saber a qué atenerme es necesario esperar a leer su carta», se dijo, sintiéndose fatigado. Al instante, en medio de un perturbador aturdimiento, *sir* Norman se recostó en un ángulo y cerró los ojos; poco después dormía profundamente. El tren, a todo vapor, devoraba kilómetros tras kilómetros.

Ese mismo día, a las tres de la tarde, Ronald Morrison llegó a Londres.

Llovía y la temperatura había bajado considerablemente, pero él ni siquiera prestaba atención al tiempo tan desapacible. Apenas pisó el andén, comenzó a buscar entre la multitud, los rostros de Norman y de su hija.

Cándidamente se imaginaba que, habiendo recibido su carta, Diana estaría en la estación, incluso llevando a su lado a un Norman Bennett Wilson, avergonzado y dispuesto a reconocer sus graves faltas.

Igual que los hombres dominados por un sentimiento de inocencia y bondad que ni los golpes de la vida logran eliminar del todo, Ronald tomaba ya sus esperanzas y deseos por realidades. Y allí solo, bajo la lluvia, en plena acera del *Strand*, sé extrañó de no ver aparecer a una joven hermosa que, saltando de un soberbio automóvil, corriera hacia él echándose en sus brazos y lo cubriera de besos.

En ningún momento pasó por su mente la posibilidad de que Diana y Norman pudieran estar ausentes de Londres. ¿Acaso no llegaba él, Ronald Morrison Cameron, a su ciudad natal, después de doce largos años de ausencia? Pues, sí o sí su hija y su cuñado habían de salirle al encuentro, de un momento a otro. Los minutos siguieron pasando.

De pronto, un empujón lo hizo tambalear, y gracias a qué un hombre lo detuvo, rodeándolo con sus brazos, hubiera dado con sus huesos en el suelo.

—Mil perdones, *gentleman* —exclamaron varias voces, en medio de groseras risotadas.

Ronald contempló aturdido a los que le daban las excusas; eran cuatro individuos, con visible aspecto de ebriedad, que se alejaban haciendo bromas y dándose amistosos golpes. En aquel instante, un potente automóvil maniobró oblicuamente, y los neumáticos, a gran velocidad, entraron de lleno sobre un charco, junto a la acera, lo que le envió a Ronald un chorro de agua negruzca sobre su traje.

Mordiéndose los labios con aflicción, Ronald intentó inútilmente limpiar con su pañuelo las manchas. Luego, tras una larga y triste espera, sin que su adorada hija se presentara, al ver pasar un taxi, le hizo seña. Cuando el chofer paró, le dijo:

—Necesito ir a Regent's Park...

El hombre del volante le guiño el ojo con socarronería.

—Muy bien, pero antes, ¿podrá usted pagarme? Porque la verdad es que...

—El pago es a la llegada, no antes —replicó dignamente Ronald.

—Déjese de cuentos; estoy ya cansado de las personas con su mismo aspecto. Lo que quiero es ver si lleva usted dinero y con solo ver el color de

un billete me basta. Muéstremelo y lo llevaré.

—Merecería que por incrédulo lo mandara al diablo. Pero como tengo prisa —exclamó Ronald metiendo la mano al bolsillo.

Al instante palideció.

¡Ni cartera, ni monedero, ni reloj!

Allí recordó el empujón que aquellos hombres le habían dado y en el que, con seguridad, le sustrajeron su cartera. ¡Le habían robado todo!

—¡Ladrones! —rugió, dominado por la indignación.

Cuando se lo dijo al chofer, con gesto cínico, este se echó a reír.

—Como no invente otra cosa, usted no engañará a nadie más. Ese recurso del robo ya es muy antiguo.

—Le juro que me robaron. Fue hace unos minutos, lo hicieron un grupo de hombres que casi me derriban. Además, es verdad que voy a Regent's Park. Allí vive *sir* Norman Bennett Wilson, que es mi cuñado.

De pronto un enérgico vozarrón retumbó a espaldas de Ronald.

—¡Oiga usted, embustero!, ¡lárguese con su cuento a otra parte, de lo contrario se ira conmigo a un lugar que, seguro estoy, no le dará demasiada gracia! ¿Entendió?

Dejando de mirar al chofer, que ya se alejaba, el ingeniero volvió la cabeza para ver quien le hablaba con tanta rudeza; se trataba de un gigantesco *policeman*.

Como buen inglés, Ronald respetaba los uniformes y, cuando la enguantada mano del agente le señaló la ruta a seguir, sin decir una palabra, tomó sus cosas y echó a andar.

La lluvia redoblaba su intensidad, lo que lo obligó, al cabo de una milla de marcha, a guarecerse bajo una gran puerta cochera y esperar a que parara.

Por fin, luego de casi una hora, dejó de llover.

A grandes zancadas siguió caminando. Cuando sentía que ya la suela de sus zapatos comenzaba a desprenderse, divisó la arboleda de Regent's Park, y enseguida se encontró frente al magnífico palacio de Norman Bennett.

Junto a la puerta, hablando acaloradamente, se hallaban cuatro individuos. Todos ellos llevaban el rostro afeitado y el uniforme, lo que delataba la profesión de criados o cocheros. Ronald se acercó al que se hallaba cerca de la monumental entrada, y le preguntó:

—¿Se encuentra en casa *sir* Norman Wilson Bennett y *miss* Diana Morrison?

El portero, un hombrón de elevada estatura, vestido con una librea de abundantes galones, examinó de pies a cabeza al hombre barbado, sucio y calado hasta los huesos que le dirigía la palabra.

—¿Y para qué desea usted ver a *sir* Norman y a su sobrina? —preguntó por toda respuesta.

—Soy el cuñado de *sir* Norman y el padre de *miss* Diana. Acabo de llegar de París, procedente de América del Norte. Por favor, tenga la bondad de anunciarme de inmediato.

El portero cambió un significativo guiño, con los demás hombres que se hallaban a su lado y se echó a reír.

—¡No me diga!, ¿de modo que usted es el hermano político de *sir* Norman y asimismo el padre de *miss* Diana Morrison Bennett? —exclamó mirándolo de arriba abajo—. Por mi parte no tengo inconveniente en creerle pero, por favor..., a ver si puede disipar mis dudas, con una tarjeta de presentación.

—Me llamo Ronald Morrison Cameron. No puedo darle ninguna tarjeta porque... apenas bajé del tren, unos ladrones me vaciaron los bolsillos. Y sí me presento sucio como estoy, se debe a que después un coche salpicó barro sobre mí...

—¿Así qué le robaron, y un coche le tiró barro encima?

—Le digo la verdad. Por favor, créame; soy el cuñado de su amo. Me casé con su hermana, *mistress* Sara Bennett Wilson. *Miss* Diana es mi hija. ¡Y basta de explicaciones! Dígale a *sir* Norman que su cuñado está aquí, y de prisa, o de lo contrario iré yo mismo.

Y uniendo el gesto a la palabra intentó apartar al portero y penetrar en el palacio. Pero la robusta diestra del uniformado, con aspecto de coloso, le hizo dar, sin aparente esfuerzo, una rápida media vuelta.

—Se acabó la broma amigo —exclamó el hombretón con una condescendencia desdeñosa—. Así es que mejor será que se marche de aquí a todo escape —metió la mano en uno de sus bolsillos y añadió—: tome, aquí van seis peniques, bébase un vaso de cerveza en la primera taberna que halle a su paso, ¡andando ya!

La cólera subió a los claros ojos del inventor.



—En efecto, la broma duró ya lo suficiente. Por última vez le ordeno que vaya a anunciarme a *sir* Norman o le juro que, como sea, iré yo mismo...

—Trate usted de entrar, y vera del modo en que saldrá —replicó amenazador—. Y por última vez, ¿quiere o no, los seis peniques?

—¡No! Yo no soy un limosnero —rebatió Ronald exasperado.

Y esquivando al portero, se lanzó hacia dentro del vestíbulo, gritando a todo pulmón:

—¡Diana! ¡Soy yo, Ronald Morrison Cameron! ¡Tu padre!

—¡Maldito viejo andrajoso! —rugió—. Está más loco de lo que creí. ¡Espera, vas a ver si te hago cerrar el pico!

Sin dudar un solo instante se precipitó detrás de Ronald. Uno de los demás hombres se dirigió a otro, gritando a su vez:

—¡Benny, corre al teléfono y pide con urgencia el coche-jaula...! —Dirigiéndose a los demás agregó—: ¡corramos en ayuda del portero.! ¡y tú Charles, no sueltes el saco vacío que llevas bajo el brazo porque, con seguridad, va a sernos de mucha ayuda!

Al cabo de un momento, varias manos sujetaban a Ronald, a la vez que él, con la fuerza aumentada por la desesperación, oponía una terrible resistencia.

—¡Rápido, Charles, dame el saco! —gritó una voz.

La cabeza del ingeniero desapareció de un solo golpe, en el interior de la bolsa de rugoso tejido. Al instante, un puño se abatió violentamente varias veces sobre el envoltorio, del que salían ahogados alaridos..., y la lucha cesó.

Ronald, desvanecido dejó de agitar brazos y piernas. Acto seguido lo ataron.

—¡Uf! —resopló el portero—. ¡Por las barbas de Neptuno! Os aseguro que no es nada fácil pelear con orates. De la manera en cómo se encuentra este pobre infeliz, es terrible. En estos casos, un chiflado vale por tres cuerdos, ¡palabra de honor!

En aquel instante llegaba el que había ido a telefonar.

—¡El coche-jaula ya está en camino! ¡Dónde está el loco?

—Aquí, bien atado —respondió.

—¡Vaya ataque de locura! —gritó otro de ellos.

—Para mí que se trata de un *delirium tremens* —repuso el llamado Benny.

El portero miró el envoltorio y, con aire preocupado, aconsejó:

—Creo que sería conveniente darle aire, de lo contrario los del loquero van a encontrarlo asfixiado. Retírenle el saco.

En ese momento el coche-ambulancia, destinado a transportar a los alienados, se detenía frente a la puerta.

Cuatro hombres con blusas amarillentas descendieron del mismo.

—¿Se trata en verdad de un loco? —inquirió uno de los enfermeros.

—Y nada menos que de remate —aseguró el portero, a la vez que, sosteniendo en alto la maleta de Ronald, agregó—: Aquí va el equipaje del orate...

Ronald, inerte e insensibilizado, fue introducido en un automóvil negro, con ventanas sólidamente enrejadas. Docenas de curiosos contemplaba la triste escena. Uno de ellos, acercándose al portero le preguntó:

—¿Otro ladrón Jack?

—No, *míster* Holden. Es solo un pobre loco, quizás escapado de algún asilo extranjero. Pretendía a toda costa ver a *sir* Norman Bennett Wilson, jurando que era un pariente suyo...

Lentamente, la auto-jaula se puso en marcha hacia las afueras de Londres, con destino al edificio donde se daba refugio a los dementes.

Al llegar a París Diana, de manera brusca, sintió disminuir la febril exaltación que había guiado sus actos, desde que había tomado la decisión de huir de la casa de su tío. Al descender del tren, por largo rato permaneció en los andenes muy quieta junto al equipaje. Abatida, contempló el aspecto negruzco de la estación del Norte y de pronto se halló siendo presa de una súbita sensación de miedo y soledad. ¿A dónde iría?

—¿Necesita un faquín señorita? —escuchó que alguien le decía.

Esas palabras la volvieron a la realidad.

—*Do you speak french?* —añadió el hombre hablándole en un inglés marcadamente afrancesado—: *Do you want an interpreter?*

—No, gracias —contestó sonriendo Diana—. Me defiendo bastante bien en francés, no necesito de un intérprete. Pero como en realidad no conozco a nadie en París, no sé a dónde encaminar mis pasos.

—Si desea ir a una pensión de familia —repuso el hombre mirándola pensativo. Sin cambiar de gesto, añadió—, yo puedo darle las señas de una, no muy cara, por cierto, en la que una hermana mía trabajó mucho tiempo como cocinera. Allí lo máximo que le pedirán será entre dieciséis y veinte francos diarios. ¿Le parece caro?

—No, no. Y, ¿dónde se encuentra esa pensión?

—Bueno si va usted en autobús tendrá que...

—Iré en taxi —le cortó Diana.

—En ese caso, *miss*, le buscaré uno, y yo mismo le daré la dirección al chofer. La pensión se llama de Saint Germain, ya que se encuentra muy cerca del boulevard del mismo nombre. Le garantizo que es una casa decente y que se come muy bien. Al llegar pida hablar con *madeimoselle*

Lorena, la hija de los dueños, es amabilísima —continuó el faquín, sin dejar de caminar.

Diana lo seguía a pocos pasos de distancia, a la vez que observaba el rostro de aquel hombre algo rudo, con un bigote gris y unos ojos claros en el que se reflejaba honradez.

En ese instante este le hacía señas a un taxi y, apenas este se detuvo, colocó la maleta en el interior del vehículo, ayudó a subir a Diana y, con un maravillado «muchas gracias, *madeimoselle*», recibió el billete de cinco francos que le fue entregado de propina por sus amables servicios.

Un cuarto de hora más tarde, Diana llegaba a destino. La casa de huéspedes, que se hallaba al lado de una escuela, era un viejo y noble caserón, con abundante jardín repleto de geranios y rosas y, como únicos árboles, tres gruesas acacias. Todo por allí parecía impregnado de limpieza y confort.

Tímidamente entró pidiendo una habitación. Fue justamente Lorena, la hija de los dueños, quien la atendió acogiéndola con cálida expresión.

—Tengo un cuarto disponible que probablemente será de su gusto, ¿quiere verlo?

—Sí, encantada —respondió Diana devolviéndole la sonrisa.

La habitación se encontraba en el segundo piso; tenía las paredes cubiertas de papel rosa, azul y oro, con blancas cortinas y muebles de laca reluciente. Le pareció sencilla y acogedora a la vez.

—Me gusta... —asintió—. ¿Tendría la bondad de ordenar que suban mi equipaje?

—Con sumo placer.

Al quedarse a solas, Diana se despojó de su abrigo veraniego y del sombrero. Con ademán ansioso se bebió un vaso de agua de la jarra que reposaba sobre una mesita; después contempló, con mayor detenimiento, la habitación. Además de clara y limpia, parecía incluso coqueta, ¡pero tan distinta a la que siempre había sido la suya!

De pronto, de manera inesperada, la figura de Eduardo apareció ante ella, provocándole un sobresalto. Y la sensación de angustiosa soledad que había experimentado al descender del tren, de nuevo atenazó su corazón.

«¡Oh! Estoy tan cerca de él. ¡Dios mío, por favor, quítamelo de la cabeza!

¡Permíteme solo pensar en mi padre!», imploró juntando las manos.

No pudo evitar sentirse zarandeada por la mano del destino que apuraba el cáliz de nuevas y desconocidas amarguras; las mismas que con seguridad, doce años atrás, habían apurado a su padre al partir hacia el destierro. Sin poderlo evitar, a pesar de los esfuerzos que hacía para dominar el miedo y la pena, un sollozo estalló en su garganta. Dejándose caer sobre la cama, vencida e impotente, en una repentina depresión nerviosa, dio rienda suelta a su dolor.

—¡He aquí sus maletas, *miss*! —exclamó Lorena al entrar acompañada de otra mujer. Al ver a la joven huésped, en aquel estado, componiendo un gesto de pesar, añadió—: ¡ay, pobrecita! ¿por qué llora? ¿Qué le ocurre, *madeimoselle*?

La criada que había subido el equipaje, lo dejó al pie de la cama retirándose de inmediato. Lorena cerró la puerta; acercándose compasiva a Diana, murmuró con dulzura:

—Por Dios..., no deje que la aflicción la domine así. ¿Sabe una cosa? Mejor voy a tutearte, no te conozco..., ni sé quién eres, pero me siento impulsada hacia ti por una gran simpatía. No temas, te encuentras entre gente de corazón. Precisamente tengo hospedadas algunas jóvenes inglesas y americanas que estudian en París, y puedo asegurarte de que aquí la soledad no te pesará mucho. —Mirándola a los ojos, agregó—: por tu acento veo que eres inglesa, ¿verdad?

—Sí, vengo de Londres...

—Presiento que vienes en busca de ocupación. Si es así, te ayudaremos a encontrarla.

—Gracias, *madeimoselle* —respondió Diana con voz temblorosa.

—Llámame Lorena. Y tutéame también.

—Perdona mi llanto, pero hay en mi corazón tanta pena acumulada...

—¿Lloras la pena de un amor perdido? ¿O quizás la muerte de algún ser querido?

—Lloro porque... lo perdí todo: el amor, la fortuna, el bienestar y la confianza en un hombre al cual respetaba; no tengo madre y mi padre desapareció. Estoy sola, completamente sola.

—Razón de más para oponerte con tesón a la adversidad. ¿Y por qué

perdiste el amor siendo tan joven y tan bella?

—Bueno, es que... puse mis ojos en un hombre frívolo y mujeriego...

—Ay querida amiga, te recomiendo que lo olvides cuanto antes. Hombres así solo hacen infelices a las mujeres. Y como eres tan joven, el amor volverá a llamar a tu puerta en cuanto menos lo esperes.

—Gracias, tus palabras me han reconfortado. Por un momento mis nervios me han hecho flaquear del todo. Me llamo, Helga... Helga Weber.

—Tienes nombre y apellido de origen alemán... —precisó mirándola curiosa.

—Bueno sí, es que..., nací en Austria, pero pasé toda mi vida en Inglaterra.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés —respondió Diana viéndose obligada a dar la edad que constaba en el pasaporte de Helga.

Lorena, con sonrisa cariñosa, expresó:

—Yo tengo veintiocho; mi apellido es Luchaire y soy soltera, mejor dicho, solterona. —Y sin dejar de reír añadió—: son las once y veinte, casi la hora del almuerzo. ¿Deseas que te ayude a deshacer el equipaje y a instalarte?

—Con mucho gusto, Lorena.

—Pues comencemos. Después, al bajar, apuntaré tus datos en nuestro registro. ¡Ah! Nada mejor que la actividad para ahuyentar las tristezas y los malos recuerdos.

Con gesto vivaracho y diligente, Lorena abrió la maleta. Y en un cerrar de ojos, distribuyó en el armario toda la ropa que contenía. Por su parte, Diana colocó ordenadamente, sobre el lavabo, sus objetos personales de tocador.

—¡Listo!, se acabó el trabajo —exclamó riendo—. De verdad, tienes una ropa muy bonita y de buena marca, hasta podría asegurar que es de alta costura.

—Sí, hasta no hace mucho, trabajé en casa de una joven muy rica que me regalaba su ropa, cuando ya dejaba de usarla.

—¿Solo tienes este equipaje? —preguntó levemente extrañada.

—Sí, solo me traje... lo necesario. Lo que consideré menos llamativo; todo lo demás... se lo dejé a otra doncella.

—Eres muy modesta y bondadosa, y eso es una buena virtud. Ahora voy a dejarte para que te apees...

—Antes quisiera hacerte una pregunta: ¿dónde podría depositar mi dinero?

—En el barrio hay sucursales de grandes bancos. Luego, si lo deseas, te acompañaré para que elijas uno de ellos.

—Muy bien, de nuevo gracias, Lorena.

Cuando Diana volvió a quedarse sola permaneció pensativa. La verdad era que, pese a toda su desdicha, estaba teniendo bastante suerte; la gente con quien se había topado hasta ese momento la iba tratando con respeto y hasta con cariño. Tras suspirar muy hondo, tomó una toalla y se dirigió al cuarto de baño.

Al mirarse en el espejo se quedó asustada; a raíz de su fuga precipitada y el agotador viaje nocturno, su rostro se veía muy pálido, y el pelo completamente desordenado.

Apenas Diana, ya arreglada y cambiada de ropa, bajó al comedor, Lorena se acercó sonriente y le dijo:

—¡Oh, la la! ¡Vaya, pero que cambio más notorio! De verdad estas guapísima, y este vestido te queda precioso, pareces otra. Creo que, si quisieras, podrías presentarte ante *madame* Chanel, ¿has escuchado hablar de ella, verdad? Es muy probable que, al verte, enseguida te contrataría para maniquí. A ella la puedes encontrar en el 21 de la Rue Gambon, donde tiene su casa de modas; de verdad tienes un tipo muy bonito y un andar elegante, ¿qué te parece mi idea?

Levemente sonrojada, Diana se quedó unos segundos pensativa.

—En verdad, no creo servir para ese tipo de trabajo —confesó con sutil sonrisa—. Me agradecería más trabajar de mecanógrafa, telefonista o bien de institutriz.

—De acuerdo..., pero es una lástima, con una figura como la tuya —replicó la joven. Estirándole la mano, añadió risueña—: ven, sígueme, Helga. Voy a presentarte a los demás huéspedes y después a una compatriota tuya de Londres, que quizás pueda ayudarte. Es muy amable y tan parlanchina como yo.

Luego de las presentaciones a un grupo de simpáticas personas de ambos

sexos, Diana, tras aceptar las indicaciones de Lorena, la siguió hacia donde se encontraba una mujer de unos treinta y cinco años vestida con traje sastre de color gris.

—Hola, *madame* Maggi, he aquí a *miss* Helga Weber de quien le hablé — exclamó Lorena dirigiéndose a la mujer. Se giró a Diana, y agregó—: *madame* Preston es redactora del *París Times*, y quizás podrá darte algunas indicaciones de utilidad para buscar empleo.

—Gracias por anticipado, *madame* Preston —musitó Diana tímidamente.

—Llámame Maggi a secas; y por favor, tutéame. Bueno, en la mesa nos conoceremos más a fondo, hoy nos sentaremos a solas, así podremos charlar con tranquilidad... —expresó la redactora sonriendo.

Enseguida ambas ocuparon una pequeña mesa.

—¿Y cómo está Londres? —inquirió Maggi colocándose la servilleta sobre la falda.

—Como siempre, en un constante ajetreo —contestó Diana—. ¿Hace mucho que no vas por allí?

—Pues sí, ha pasado ya bastante tiempo de mi último viaje a Inglaterra. Hace dos años tuve un gran revés de fortuna y aún no puedo estabilizarme del todo... —confesó *madame* Preston, con la mayor franqueza. Después de sonreír ampliamente, agregó—: bueno, en realidad, solo la mitad de mi sangre es inglesa. ¿Sabes cómo se conocieron mis padres? Pues, mi madre, que era parisina, estaba de paseo en Londres en casa de unos parientes justo cuando, en 1888, comenzaron los asesinatos de Jack «El destripador». Mi padre era un reportero, y ambos se enamoraron en medio de esas escabrosas circunstancias.

—¡Ah, sí! Recuerdo esa terrible historia. Me la contaron en mi casa, bueno..., en la cocina de la casa donde yo trabajaba. Los demás criados siempre hablaban de Jack «El destripador», preguntándose quien podría haber sido.

—¿Sabías que se sospechaba del nieto de la reina Victoria?

—Sí, del príncipe Alberto. Pero no creo que él, pudiera hacer algo tan macabro.

—Ah, eso nunca se sabe —repuso Maggi riendo burlona.

—¿Y tus padres contrajeron matrimonio en esa misma época? —inquirió



Diana demostrando interés.

—Sí, se casaron unos meses después; justamente cuando «El destripador», misteriosamente, dejó de asesinar mujeres. Mi madre regresó a París, y su prometido la siguió; se casaron aquí y tuvieron seis hijos. Yo soy la número cuatro, pero ahora solo quedamos cinco. Hace casi tres años, durante el terremoto que desbastó Japón, murió un hermano mío quien, como era escritor, accidentalmente se hallaba allí...

—¡Oh! lo siento...

—Gracias, la verdad es que... fue terrible. En ese tiempo yo me encontraba en el Cairo por eso del descubrimiento de la momia de Tutankamon... —Tras una pausa, hizo con su cabeza un gesto pesaroso, y agregó—: y hace ya ocho años... perdí a mi esposo.

—¡Dios mío! De modo que, ¿también te encuentras sola?

—Completamente sola; aunque con mis hermanos y sus hijos tengo un muy buen vínculo de cariño, no es lo mismo.

—¿Y tu esposo era inglés?

—Sí, y fíjate las coincidencias, al igual que la historia de mis padres, también nos conocimos en Londres en 1910, durante la investigación de otro caso criminal.

—¿De quién se trataba esta vez?

—Fue conocido como el caso del «doctor Grippen».

—También recuerdo haber oído hablar de ese asesinato.

—Yo viajé a Londres en calidad de reportera. Y el que luego sería mi esposo, trabajaba en la Scotland Yard, y junto al famoso inspector Walter Dew, y otro grupo de hombres, investigaban ese caso. A un principio Dew no sospechó nada extraño, ya que el doctor Grippen aseguraba que la desaparición de su esposa Cora se debía a que esta, de manera imprevista, se había marchado a los Estados Unidos. Pero los amigos de ella aseguraban que eso no podía ser cierto. Al mismo tiempo, el sospechoso doctor comenzó a dejarse ver con una mujer, mucho más joven, que lucía las hermosas joyas y los costosos abrigos de pieles de Cora. Bueno, al fin comenzaron las pesquisas más intensas hasta que de pronto... se descubrió parte del cuerpo, de la infortunada esposa del médico, dentro la misma casa. Pero ya el doctor y su amante habían logrado fugarse, aunque al final los

atraparon.

—Fue una historia por demás espeluznante. Creo recordar que él murió en la horca y a ella la dejaron libre —repuso Diana recordando las veces que la servidumbre de la casa de su tío hablaba de aquella macabra historia que había conmovido a Inglaterra.

—Después de ese suceso, mi esposo ascendió de rango.

—¿Y de qué murió? ¿Se hallaba acaso enfermo?

—No..., fue tratando de capturar a otro criminal. En esa persecución sufrió un ataque al corazón; murió en el acto...

—Lo siento mucho, de verdad. Y tu trabajo de reportera, ¿te gusta?

—Oh, sí bastante. Justamente es lo que más me ha ayudado a sobreponerme frente a la adversidad. Ya sabes, siendo reportera siempre estás en acción, conoces mucha gente... por cierto, ayer a la tarde conocí a un reportero del *Toronto Star*; es un estadounidense llamado Ernest Hemingway, con el que me quedé admirada, no tanto por su impactante apostura, sino por su talento. —Se quedó unos minutos silenciosa y, tras una cariñosa sonrisa, agregó—: bueno, y ahora basta de hablar de mí. Cuéntame algo de tu vida; me ha dicho Lorena que eres institutriz, que no tienes familia y que deseas radicarte en París, ¿qué aspiraciones tienes?

Diana tuvo que inventarse una vida, basándose en la verdadera Helga y dejar en claro la imperiosa necesidad que tenía de encontrar un trabajo digno.

Maggi, mirándola sonriente, le dijo:

—Lo más importante de todo es que tu situación monetaria no es desesperante, puesto que, poseyendo esa considerable suma de dinero, no estarás obligada a aceptar el primer empleo que te salga. Si mis previsiones no me engañan, enseguida tendré algo interesante para ti. Tu perfecto dominio de las lenguas francesa e inglesa, y hasta del alemán, facilitarán las cosas. Un buen consejo, ponte en regla con las leyes que tienen establecidas los franceses para con los extranjeros. Y así todo marchará a la perfección.

Estuvieron hablando un largo rato más tocado diversos temas.

Cinco días después Diana, terminó con los requisitos legales. Había pegado al pasaporte una verdadera fotografía suya y, con cariñoso gesto, guardó la de Helga dentro de su billetera. Enseguida efectuó su declaración de extranjera a la policía. Después se dedicó a recorrer París en diferentes direcciones en busca de algún trabajo; durante uno de esos días pasó muy cerca del palacete donde vivía el barón y su hijo Eduardo. Desde una prudente distancia, se quedó observando pensativa la enorme casona, sin atreverse a llegar a su puerta.

Tras un gran esfuerzo se alejó de allí casi corriendo. Al atardecer del séptimo día, al llegar a la pensión de regreso de otro largo paseo, Maggi la abordó. Sonriéndole cariñosa, le anunció:

—Aquí tengo algo que quizás sea muy bueno para ti.

Diana tomó la tarjeta, que su compatriota le entregaba y, en voz alta, leyó:

*Jean Marcos Lagrange*

*Fabricante de accesorios para automóviles.*

*194 bis, boulevard Ménilmontant. París.*

*Madame Preston* le explicó:

—Ese caballero estuvo hoy en la redacción y me comentó que está en busca de una institutriz inglesa capaz de educar a sus hijos. Ofrece quinientos francos mensuales, alojamiento y comida, amén de alguna gratificación extra. Yo le hablé de ti, diciéndole que, aunque no eres inglesa de nacimiento, creciste en Londres y que eras dueña de una clásica educación, habiendo además servido en casas importantes. El trabajo será duro a no dudar, ya que sus hijos son cinco, dos muchachos y tres niñas, y a

juzgar por las trazas del padre, su educación debe de ser verdaderamente mediocre. La familia Langrange pertenece a la clase de «nuevos ricos», buena gente desde luego, pero con marcados resabios de la baja clase social a la que pertenecían hasta no hace mucho. Y qué, ¿aceptas conocerlo?

—Sí, claro, acepto encantada. Mil gracias, Maggi —exclamó Diana con una sonrisa—. ¿Cómo puedo demostrarte mi gratitud?

—Pues, sentándote en la mesa conmigo, como siempre, para seguir charlando hasta que te marches definitivamente. Y también acordándote de vez en cuando de visitar esta pensión. También deseo llevarte a La Closerie des Lilas, un café en Montparnasse donde siempre me reúno con muchos periodistas. Sé que te gustará el ambiente de esa cafetería es muy hermoso, siempre lleno de escritores, algunos de mucho renombre...

A las diez de la mañana del día siguiente, Diana se presentó en las oficinas de *monsieur* Lagrange. Un joven, de unos quince años, lleno de manchas de tinta en la cara y las manos, mirándola con notable admiración, la guio hasta el dintel del gabinete de trabajo del industrial.

Cuando ella penetró en la estancia, Jean Marco Lagrange no se levantó de su asiento, ni se quitó la gorra cuadriculada que llevaba puesta, ni tampoco dejó de fumar su pipa. Pero su faz oronda, su mirada franca y su sonrisa de hombre bonachón impresionaron favorablemente a Diana.

—¿Así qué usted es la *miss* que me han recomendado? ¡Vaya realmente es muy bonita...! —manifestó mientras volvía a chupar de su pipa.

—Gracias, *monsieur* Lagrange.

—Tome asiento por favor, ¿cómo se llama? Creo que su nombre es un poco complicado de pronunciar.

—Helga. Helga Weber. No es tan difícil...

—Regular, regular. ¿De modo qué es institutriz?, ¿conoce a fondo el oficio?

—*Monsieur*, debo ser sincera con usted. Nunca hasta ahora me dediqué a la enseñanza de varios niños juntos. Sin embargo, mi cultura me permite...

El industrial, con gesto enérgico levantó el brazo y la interrumpió:

—*Madame* Preston me dijo que sabe usted hacer una chorrera de cosas que asustan. Bueno, pues, en mi caso se trata de instruir y educar lo mejor que

pueda a cinco granujas de ambos sexos que tengo en casa. Son mis hijos y quiero que el día de mañana no desentonen entre la gente *chic*; en una palabra, deseo que estén a la altura que requiere el «fortunón» que les está ganando su muy bruto padre. ¿Comprende, *miss*? Su madre y yo hemos pasado las de Caín trabajando duro y, por tanto, nos ha faltado tiempo para pulir sus modales y otras cosas que atañen a su educación. Los infatigables asnos morunos, pongo por ejemplo, no hubieran aguantado lo que sufrimos mi mujer y yo durante la guerra. ¡Aquello era un despellejarse trabajando, *miss*! Al fin la suerte me sonrió después, y desde que tuve la brillantez de crear el amortiguador y los faros J. M. Lagrange, los billetes caen en mi bolsa como Maná del cielo... —el industrial estableció una pausa.

Por largos instantes reinó el silencio. Luego de dar algunas chupadas a su pipa, siguió con sus explicaciones:

—Bueno, y ahora me dije: «Jean Marco, es preciso que tu descendencia reciba el barniz de distinción que a ti te falta. Tú eres como eres, tu mujer tampoco cambiará, pero hay que hacer algo por los hijos..., y pronto, antes de que sea demasiado tarde». Por un momento pensé en imitar a unos vecinos nuestros que han escogido para educar a sus hijos el sistema del garrotazo en un pensionado suizo. Esa familia es muy amiga nuestra y han ganado también un dineral vendiendo hojalata al por mayor. —En su rostro se marcó un gesto de hondo pesar; sin cambiar de expresión, siguió diciendo —: pero ni yo ni mi mujer podríamos nunca seguir ese ejemplo, *miss*. Nunca podré separarme de mis pequeños. ¡Los quiero y me quieren tanto que termino siempre dejándoles hacer lo que se les da la real gana! Son como yo mismo; buenos de verdad, aunque a veces sean unos diablillos desencadenados. —La miró a los ojos añadiendo simpáticamente—: siento que le costará un poco domarlos, pero si logra orientar las cosas hacia el lado de los buenos sentimientos, se arrojaran a sus pies, se lo aseguro. ¿Acepta el trabajo? Si dice que sí, en el instante la llevaré a conocer a mis herederos.

—Sí, *monsieur*, acepto —manifestó Diana con sonrisa cohibida, pero al mismo tiempo encantada.

—¡Hurra! ¡Estoy feliz, de que así sea! Y apuesto la mitad de mis veinte dedos a que los pequeños la adoraran enseguida. Porque, la verdad es usted,

además de bella, muy simpática, y su aspecto dice a las claras que viene de estar con lo más alto, en cuanto a rango y nobleza. Ahora mismo le presentaré a mi esposa que estoy seguro se quedará encantada con usted. Como ya le dije, para ella también los niños lo son todo y, naturalmente, a veces me veo obligado a distribuir entre todos, a causa de lo insoportables que se ponen, abusando de la debilidad de su madre, algunos pescozones más de la cuenta. Pero esto lo hago muy raramente, porque en cuanto le zurro a sus retoños, ella me arma una gritería de los que infunde respeto hasta a un mariscal. Bueno, *miss*, se acabó la charla. Sígame, por favor...

Instantes después, ambos descendían una escalera hasta llegar a un largo pasillo, al que atravesaron hasta llegar a un inmenso portal, encontrándose de golpe en un taller donde, el estrépito de las máquinas más del aire saturado de olor a grasa, cuero, caucho y sudor, le provocaron a Diana una especie de ligero vértigo. Con un soberano esfuerzo por disimular, la joven siguió a *monsieur* Lagrange mientras observaba a la mayoría de los trabajadores que, boquiabiertos, la seguían con la mirada.

Luego de atravesar dos talleres más, por fin llegaron a un polvoriento y descuidado jardín. En el fondo se divisaba un gran pabellón cuadrado de soberbia estructura. Seis peldaños de ladrillos rojos conducían a la imponente puerta de entrada, situada en el centro de la mole de piedra que era la casa.

—He aquí nuestra «choza», *miss* —explicó el industrial tendiendo el dedo índice, sonriendo con aire satisfecho.

Y luego de dar la vuelta, llegaron a otra puerta a la que el industrial empujó. Apenas entraron, hasta ellos llegó una voz femenina dominando una discusión:

—Pero ¿es que nunca aprenderás? No es prodigando la harina a tontas y a locas como se salva una salsa líquida. La harina hay que echarla con el tamiz, y sin dejar de agitarla con una cuchara de palo. ¡Ya es hora de que lo aprendas de una buena vez!

—¡A ver, patrona, que haya paz! —exclamó *monsieur* Lagrange desde el vestíbulo—. ¡Adela, deja ahora a Marianne, que se encargue sola de la

cocina, y tú ven aquí! ¡Mira a quién te traje! ¡Nada menos que a la institutriz inglesa de tus sueños!

—¡Ay! ¡Voy enseguida! —prorrumpió ella con visible asombro.

Un momento después la esposa del industrial llegaba hasta ellos. De baja estatura y un poco gruesa, vestía un kimono escarlata con dibujos egipcios y un delantal blanco de doméstica. En su cabeza, sujetando una maraña se pelo rubio rizado, había lo menos treinta horquillas desparramadas.

—Aquí me tiene, *monsieur* Lagrange —exclamó con una cómica gravedad dirigiéndose a su esposo a la vez que trataba de poner orden en sus cabellos.

—Te presento a *miss*...

—Helga Weber —añadió Diana sonriéndole amistosa.

—Eso es... bueno, tendrás que memorizar su nombre muy bien, ya que ella será la institutriz de nuestros hijos —y dirigiéndose a Diana añadió—: *miss* Weber, le presento a mi esposa, Adela.

—¿Cómo está usted, *madame* Lagrange?

—¡Ay, pero qué hermosa... y qué fina es! ¡Es un gusto conocerla *madeimoselle*, digo: *miss*! —contestó la nombrada intentando terminar de recomponer su melena. De pronto, se giró hacia su esposo y, mirándolo ceñuda, exclamó—: ¡Ay, pero... que bruto eres! ¿Por qué no has hecho entrar a la *miss*, por el salón principal? ¿Acaso no sabes qué es por allí por donde se debe recibir a las visitas distinguidas?

*Monsieur* Lagrange, ante el reproche que creyó merecido, se ruborizó. Enseguida, a toda prisa, abrió la puerta de una inmensa estancia, empapelada llamativamente, atiborrada de cuadros, adornos y medallones, además de esculturas y bronce de bazar, junto a un sin fin de muebles y sofás de diferentes estilos, e hizo pasar a la distinguida visitante. Diana observó que el suelo del salón estaba cubierto por una alfombra de dibujo ultramoderno, con un fondo verde violento. Y sobre ella, casi en medio de todo, descansaba un hermoso piano de cola.

Rato después, todos tomaron asiento en los mullidos divanes del imponente salón. *Madame* Lagrange, sin apartar los ojos de Diana, satisfecha y sumamente amable, le preguntó:

—Así pues, *miss*, ¿está decidida a entrar en nuestro servicio? ¿Y qué les enseñará a nuestros pequeños? Desde luego, a hablar en inglés, ¿no? y

después...

—Después, como ella sabe mucho de música, podrá también enseñarles — interrumpió su marido—. Así, ese piano servirá para algo más que para adorno. También habrá que instruirlos en la manera de portarse en sociedad, esto es lo que a mi juicio tiene mayor necesidad.

Diana, con gesto reflexivo, comenzó a decir:

—Previamente estableceré el programa de educación completa, ¿sería posible ver a mis futuros alumnos?

—Claro que sí. Voy a llamarlos —dijo *madame* Lagrange. Levantándose del sofá Luis XV, se asomó al vestíbulo y, con voz aguda, vociferó:

—¡Jean Marco! ¡Gabriel! ¡Sofía! ¡Paula! ¡Eunice! ¡Venid todos enseguida!

—¿Para qué? —se escuchó responder al unísono desde el primer piso.

—¡Para que conozcáis a vuestra institutriz inglesa! ¡Daros prisa!

El ruidoso y desenfrenado galope que se produjo en la escalera hizo vibrar todos los cristales de la casa. Unos segundos después, los cinco hijos del matrimonio Lagrange entraban en el salón, prodigándose unos a otros codazos, puntapiés y pisotones.

—Bueno, *miss*, he aquí a mis herederos —exclamó orondo el industrial—, como ya le dije, son cinco. Le diré la edad de estos demonios: Jean Marco, doce años; Gabriel diez años; Sofía nueve; Paula, siete, y Eunice, cinco y medio...

Diana se dirigió a los niños. Observándolos con afectuoso gesto, expresó:

—Tendréis qué ser buenos conmigo. No me haréis demasiadas travesuras, ¿verdad?

—¡Oh, no, *miss*! —contestó el mayor de ellos mirándola encandilado.

La más pequeña avanzó hacia Diana y, tomándola de la mano, le dijo:

—Me parece que yo... ya te quiero mucho.

—¡Ay!, que corazoncito más dulce tienes —exclamó Diana encantada con la niña.

«Yo también te quiero». «Y yo». Se escuchó decir en coro, a los demás niños, disputándose la atención de la institutriz; Diana los besó a todos. Seguido a eso, girándose hacia los dueños de casa, con expresión emocionada expresó:



—Son encantadores. ¿Cuándo debo empezar mis servicios?

—Ahora mismo, *miss*, si usted lo desea —contestó *monsieur* Lagrange con sonrisa de satisfacción.

—No, no —protestó su esposa—. Hoy no podrá quedarse, aún no está preparada su habitación. Pero mañana a primera hora, ya estará lista.

—Y también debo escribir el plan de estudios —agregó riendo Diana—. Entonces, comenzaré mañana y así...

Un ensordecedor ruido, como un mugido ronco, interrumpió las palabras de Diana. *Monsieur* Lagrange se echó a reír.

—No sé asuste, *miss*. Tendrá que acostumbrarse, es la sirena de los talleres que anuncia la salida de mis obreros al mediodía. Y, puesto que la hora del almuerzo ha sonado, sé quedará a almorzar con nosotros.

—No sé si debo...

—Pero faltaría más —irrumpió la esposa del industrial tomándola del brazo—. Esta casa es ahora la suya también, no solo desde mañana, sino desde este momento. Así nos conoceremos mejor y la familiaridad nacerá entre nosotros con más fuerza. Póngase cómoda, *miss*, yo iré a dar órdenes a Marianne —se volvió hacia su marido y agregó—: y usted *monsieur* Lagrange nos servirá enseguida un rico aperitivo.

Apenas los esposos salieron, Diana se dirigió a los niños, que seguían mirándola arrobados e inmóviles tal como si observaran una hermosa aparición.

—¿Qué deseáis que hagamos mañana para empezar a trabajar juntos? —les preguntó con una sonrisa.

—Jugaremos en el parque —respondió la diminuta Eunice—. Allí siempre hay un teatro de marionetas.

—A mí me gustaría más jugar a la pelota —propuso Gabriel.

—No, mejor sería que comencemos a aprender el piano, enseguida —repuso Jean Marco.

—O a bailar. ¿Sabe usted bailar el tango, *miss*? —preguntó Paula.

—No... —dijo Diana recordando cuando su exprometido, la había hecho bailar ese excitante baile sudamericano—. Y, además, el tango no es un baile para niños.

Sofía abrió desmesuradamente los ojos.

—¿De verdad no sabe bailar Tango? ¿Entonces no va nunca al *dancing*?

—No, jamás fui a un sitio de esos.

—Pues nosotros sí. Papá nos ha llevado dos veces a uno muy elegante, que está a pocas calles de aquí. Tiene una orquesta de negros. ¡Oh!, ¡y lo que nos divertimos mirando aquello!

—¿Nos llevará alguna vez allí, *miss*? —insinuó otro de los pequeños.

—Sí, claro... aunque creo, que hay otros lugares más convenientes que un baile público para los niños —contestó Diana acalorada.

En aquel momento entraba el matrimonio hablando a gritos. *Monsieur* Lagrange traía una bandeja que depositó sobre una mesa ratona. Tras eso el industrial llenó hasta el borde de vino los ocho vasos y, ante la observación que le hizo su esposa referente a lo que le daba a Eunice, vació los dos tercios de un sorbo tendiéndole el que restaba a la pequeña. Diana miraba aquella escena estupefacta.

—¡A su salud, *miss*! —vociferó *madame* Lagrange haciendo chocar el cristal de su vaso con el de la institutriz. Acto seguido, todos bebieron.

Después del brindis, la dueña de casa miró a Diana y, sonriente, le dijo:

—Mientras esperamos el momento de ir a la mesa, ¿podría mostrarnos sus talentos musicales, tocándonos algo en el piano?

—Con mucho gusto, *madame* —repuso Diana.

Después de despojarse de su chaqueta, se sentó ante el soberbio instrumento musical. Tras abrirlo, comenzó a pasar sus dedos sobre el teclado.

El piano, aunque algo desafinado, tenía un sonido maravilloso.

—Y ya de paso, también podría cantarnos algo —le pidió el industrial.

—¿En francés o en inglés? —preguntó Diana riendo.

—En francés, claro —respondió a dúo el matrimonio.

Diana, preludió ensayando algunas letras.

De pronto a su memoria vinieron los versos de la canción en francés que Eduardo Leblanc de Benlliure le tarareara, junto al oído, durante el baile de su cumpleaños. Y por un instante sus manos temblaron imperceptiblemente. Ese recuerdo aún dolía, sí; dolía más de lo que ella deseaba, en su afán de ignorarlo.

Mientras procuraba desechar esos pensamientos, con dulce voz empezó a

cantar una bonita canción francesa. Todos se quedaron escuchándola en silencio, con absoluto deleite en el que entraban, por partes iguales, el respeto y la admiración, ante la voz clara, y profunda, rica en matices melódicos, de la joven institutriz.

Al finalizar aquella canción, tras un corto preludio, Diana se arrancó interpretando *Sueño de Amor* de Franz Liszt.

En medio de esos hermosos acordes, volvió a formarse un gran silencio en el que todos, incluso los niños, parecieron transportados a un ambiente de mágica delectación. Apenas aquel concierto terminó, pareció que el encanto cesaba.

Diana miró alrededor observando que el dueño de casa, con la cabeza inclinada hacia delante, mostraba, a más de una expresión extasiada, los ojos húmedos, al igual que su esposa y las criadas. Los niños, agrupados en completo silencio, reflejaban en sus frescos rostros lo maravilloso de sus pensamientos.

Al instante, desde los ventanales abiertos, se escucharon calurosos aplausos. Y varias voces gritaron desde el jardín:

—¡Bis! ¡Bis!

—Ah, son algunos de mis obreros —le explicó *monsieur* Lagrange a la vez que aplaudía también a la institutriz. Enseguida, mirándola con franca admiración, le pidió—: por favor, *miss*, cántales a mis ayudantes algún *charleston*, si es posible, bien alegre.

—Perdón, es que... desconozco ese género de música —repuso ella con suave voz.

—Bueno, es igual, lo que a usted se le antoje...

Tras una ligera vacilación, Diana volvió a preludear y comenzó a cantar una melodía austriaca, bastante alegre, llena de sutilezas, que un día le había enseñado la verdadera Helga Weber, donde se hablaba de las felices distracciones, de los sencillos habitantes de una humilde aldea, quienes a pesar de carecer de las cosas más esenciales, aún conservaban su ilusión y optimismo.

Al concluir, desde el polvoriento y descuidado jardín, subió otra tempestad de aplausos.

—Créame, *miss*, en mi vida me emocionó tanto la música como ahora... —

repuso el industrial mientras comenzaba también a aplaudir.

—Ni a mí —enfaticó su esposa en medio de un suspiro.

A las tres de la tarde Diana se marchó de allí. Al llegar a la calle, en su afán de aliviar el gran agobio que sentía, respiró profundamente y cerró los ojos. Tras exhalar el aire de sus pulmones, recordó la comida, excesivamente abundante, interrumpida a cada momento por los gritos, el llanto, las disputas y los caprichos de los cinco niños, que a ella le habían parecido interminables. Llena de ansiedad se dijo: «¡Dios mío!, ¿cómo me las arreglaré para implantar el orden entre esos diablillos? ¿Y también sobre sus progenitores? Pero bueno, por otra parte, he tenido mucha suerte, son personas muy buenas. Además, el refugio es seguro, ahí nadie podrá dar conmigo. Y cuando reúna el suficiente dinero podré comenzar la búsqueda de mi padre. ¡Que Dios me dé paciencia, y me brinde toda su ayuda!».

Al día siguiente Diana Morrison Bennett se instaló como institutriz en casa de los Lagrange.

*M*ientras tanto, en un retroceso de varios días atrás, a las pocas horas de la huida de Diana, Ronald, su padre, se encontró de pronto recluido en un asilo para dementes. Un vasto edificio, de unos de cuatro siglos de antigüedad, ubicado a las afueras de la ciudad.

Apenas llegado al establecimiento, en menos de un cuarto de hora, el ingeniero, a pesar de sus protestas, había sido despojado de su ropa, pasado por la ducha fría y metido con inusitada rudeza dentro de un uniforme de pana rugosa. Tras eso, inmovilizado por medio de una camisa de fuerza, lo arrojaron sobre la cama de una celda con las paredes acolchadas.

En aquellas condiciones se sintió imposibilitado de retomar contacto con la realidad. Pasaron varias horas hasta que logró darse cuenta de su caótica situación. Desquiciado, después de haber tratado inútilmente de utilizar los brazos con penoso esfuerzo logró levantarse. La media-camisa de fuerza le permitía tan solo mover los antebrazos, impidiéndole los movimientos completos. Con mirada estupefacta echó un vistazo a su alrededor, y allí, la desesperación se apoderó de él.

—¡No puedo creer que me encuentre en esta situación! Esto ya es demasiado —se dijo estremecido.

El miedo y la desesperación le secaron la garganta haciéndolo sufrir aún más. Tambaleante llegó hasta la puerta de la celda y la golpeó con el pie. La mirilla se abrió por el exterior; una faz rojiza, y un espeso bigote, aparecieron en el estrecho rectángulo. Enseguida se escuchó un vozarrón interrogándolo:

—¿Qué desea usted?

—Tengo sed, ¿podría ser tan amable de darme agua?

—Claro, espere un momento.

Instantes después la llave chirrió en la cerradura y el guardián, de aspecto rudo, entró con un vaso de hojalata en la mano y un cántaro en la otra.

—Aquí va un vaso de limonada. Es un refresco excelente.

—Gracias, me vendrá muy bien. De verdad me hace mucha falta.

Ronald bebió ávidamente, cuando terminó, compuso un gesto de franca extrañeza, y objetó:

—Amigo, sin duda se ha equivocado usted. Esto que he bebido, no es una limonada, sino agua.

El guardia se acarició el copioso bigote, y al cabo de un momento, contestó:

—Pese a figurar su nombre en las fichas, diciendo que es usted, además de los «más agitadores», un loco... muy loco, realmente lo veo tranquilo y diría que casi cuerdo. Prométame conservar la calma y le retiraré la camisa de fuerza.

—Prometido, ¿en qué establecimiento para alienados estoy?

El guardián no contestó. Sin casi pestañear aflojó las correas que ajustaban la camisa de fuerza sobre la espalda de Ronald y las dejó sueltas.

Cuando terminó, le advirtió:

—Sea razonable y evitara cosas, de verdad, desagradables.

—Usted no me recomendaría que fuese razonable de la manera que lo hace, si no me encontrara entre los desdichados que han perdido la razón. ¿En cuál de los manicomios me encuentro?

—¡Oiga!, no sea usted tan curioso. Durante la visita médica reglamentaria, que ya no ha de tardar, lo sabrá todo. Adiós...

Pensativo Ronald tomó asiento. Sin casi moverse permaneció más de una hora, enfrascado en amargas reflexiones. Por fin la puerta de la celda se abrió dando paso a tres hombres, de aspecto rígido, vestidos de negro.

—Buenas tardes, caballeros —dijo Ronald, levantándose con deferencia.

—Muy buenas, amigo —contestó el de mayor edad—. ¿Cuál es su nombre? Y, normalmente, ¿cuáles son sus ocupaciones y su domicilio?

—Me llamo Ronald Morrison Cameron, y soy ingeniero de la marina inglesa. He vivido doce años en América del Norte y hace muy poco tiempo llegué de París, donde me alojé en un hotel, en el que aún, hasta ayer,

residía.

Esas palabras las había pronunciado de manera simple y calma, lo que provocó la atención de los demás hombres, que lo miraron fijamente.

—¿Tiene familia en Londres?

—Sí, a mi hija, *miss* Diana Morrison Bennett, y mi cuñado *sir* Norman Bennett Wilson, y ambos habitan en Regent's Park.

—¡He aquí... la manía que consta en el registro de ingreso! —exclamó otro de aquellos hombres con tono de visible mofa. Sin cambiar de gesto inquirió —: ¿por qué se obstina en asegurar eso? Sabemos que en realidad no lo une ningún lazo de parentesco con *miss* Morrison Bennetts ni con *sir* Norman.

Ronald los miró detenidamente.

—Les ruego que me perdonen, pero yo sé muy bien lo que digo —respondió con calma. En el mismo tono añadió—: si mi maleta no ha sido extraviada, podré probar, gracias a los papeles que contiene, cuanto afirmo. Sé dónde estoy; no ignoro que, pese a mi perfecta lucidez, sé me cree loco. Pero espero convencerlos con mis papeles y también con mis palabras de que no es así.

—¿Con vuestras palabras? —inquirió uno de los médicos observándolo fijamente.

—Exacto: ¿podrían decirme si continúa siendo médico-jefe de este, o de otro establecimiento para orates, el doctor Miller? En caso afirmativo, puede llamárselo como testigo, puesto que, hace unos trece años, cuando era residente del hospital del condado donde yo vivía, me practicó una operación quirúrgica. Además, deseo que sea llamado mi cuñado... Anticipo que no son muy cordiales nuestras relaciones, pero no es posible que, al saber que me encuentro en esta situación tan delicada, permita que yo siga aquí, también podrían llamar a mi hija. Hasta en el extranjero hay personas que pueden responder de mí: por ejemplo, en París, el hijo del banquero el barón Leblanc de Benlliure.

Uno de los visitantes se dirigió a sus colegas:

—La verdad es que... no son estas las palabras ni el modo de hablar de un alienado. Voy a interrogarlo concienzudamente, así estaremos al tanto de hechos más precisos.

Dócilmente Ronald se prestó al interrogatorio contando su vida, dando

detalles minuciosos y sometiéndose, de buena gana, al examen médico final.

—Lo que no comprendo —dijo al fin el galeno que lo examinaba—, es cómo, siendo usted quien es, haya provocado la escandalosa situación que acarreó su ingreso aquí.

—La mala suerte se ensañó conmigo. Mi hija no acudió a la estación; al salir de Charing Cross, unos rateros me robaron la cartera con toda mi documentación y el dinero. Así, cuando llegué a casa de mi cuñado, me vi humillado, insultado..., y la cólera me cegó. A todo eso también se unió al deplorable estado de mi aspecto, lleno del barro, que un coche me salpicó; esto debió contribuir a que fuera tomado por un demente. Bueno, ahora lo que pasó, pasó ya. ¿Me permitiría escribirles a mi cuñado y a mi amigo Eduardo Leblanc de Benlliure?

Uno de los hombres sacó un bloc de la cartera, que llevaba debajo del brazo; extrajo de su bolsillo una pluma estilográfica y se lo extendió a Ronald, al tiempo que decía:

—Me encargaré de transmitir la carta a *sir* Norman Bennett Wilson. Escriba cuanto desee, creo sinceramente que ha sido usted víctima de un lamentable y, más que nada, deplorable error —y dirigiéndose a sus compañeros preguntó—: ¿qué opinan ustedes?

Uno de ellos contestó:

—Así es, en efecto. Nosotros también creemos que aquí se cometió un gravísimo error. ¿Verdad, doctor Harrison?

Al oír ese nombre Ronald levantó la cabeza. Con visible asombro preguntó:

—¿Es usted *sir* Gregory Harrison, el célebre alienista?

—Para servirle a usted *míster* Morrison. Estos son mis colegas —comenzó a nombrarlos uno por uno y, luego sonriéndole un tanto avergonzado, añadió—: mil perdones en nombre de todos nosotros. Ahora escriba usted las cartas que desee, mientras tanto redactaremos la orden que ha de abrirle a usted las puertas de este edificio.

Los tres hombres, antes de salir, estrecharon la mano de Ronald. Una vez a solas el ingeniero escribió la carta.

Norman:



Estoy en Inglaterra. Un error ocasionado por tus propios domésticos cuando llegué a tu mansión ha provocado mi detención y encierro en un manicomio. En breve voy a ser liberado, pero deseo efectuar mi salida a tu lado. Quiero olvidar el pasado, ver de nuevo a mi adorada hija y recuperar mi vida y mi prestigio. Quedas pues ya enterado de mi resolución. No deseo separarte de Diana, puesto que has sido su guía y su sostén durante todos estos años, pero quiero ocupar el puesto al que tengo el legítimo derecho, en el corazón de mi hija. Interroga severamente a tu conciencia, Norman. Y no olvides que espero vengas por mí, trayendo también a mi hija.

Ronald Morrison Cameron

Inmediatamente procedió a escribir la carta con destino a París.

Londres, 5 de junio de 1925.

Mi buen amigo Eduardo:

Circunstancias desagradables me han impedido ver hoy a mi hija. Es posible que tu presencia aquí me sea necesaria. Lamento no haber aceptado tu intención de acompañarme; de hacerlo, seguramente no hubiera pasado por tantas calamidades. Si ahora puedes, ven a verme cuando quieras y tráeme los planos de mi nuevo motor y cuantos papeles te confié, haciéndome así un favor que ojalá algún día pueda agradecértelo. Quedo esperándote, con mi más profunda simpatía.

Ronald Morrison Cameron

Al cabo de un cuarto de hora, los tres médicos penetraron de nuevo en la celda de Ronald, seguidos por un guardián portando en sus manos el traje seco y cepillado, y la maleta del recluso.

Al verlos, el ingeniero se puso de pie y, señalando su equipaje, exclamó:

—Quiero aprovechar la ocasión para probarles, a todos ustedes, la veracidad de cuanto les dije. Ahí tengo cartas que atestiguan quien soy y mi parentesco con *sir* Norman Bennett Wilson. Voy a mostrárselas a todos.

Con presteza abrió su maleta. Enseguida sacó de ella varias cartas y papeles, que extendió a sus interlocutores.

—Varios de los sobres —explicó— están a nombre de Peter Johnson, ya que

este era el seudónimo usado por mí en Pittsburg, EE. UU., a fin de poder dedicarme en paz a mis inventos sin riesgos de robo o espionaje. Pero en las cartas, es decir, en sus textos, *sir* Norman, que ignora mi seudónimo, me llama siempre Ronald.

Luego de dar un amplio repaso a toda la documentación del ingeniero, el director del manicomio tomó la palabra:

—*Míster* Morrison, he efectuado lo indispensable para devolverle a usted la libertad de inmediato. Deme las cartas que acaba de escribir, el correo aéreo hará que la destinada a París llegué a manos del destinatario, mañana al mediodía. *Sir* Norman Wilson acaba de regresar de un viaje, según me han dicho por teléfono, y su sobrina... ósea, su hija, se encuentra fuera de Londres. La carta que le ha escrito estará en las manos de su cuñado dentro de media hora. Por favor, cambie ahora ese uniforme por su ropa. Es usted libre y le ruego que acepte la hospitalidad de mi propio gabinete, mientras espera la llegada de su cuñado.

Ronald, al enterarse de que su adorada hija no había venido por estar ausente, sintió una sensación de triste alivio.

Doce horas antes, *sir* Norman, en el trayecto de su viaje en tren, apenas había entreabierto sus ojos. Cuando a las ocho de la noche, arribó a Londres, se sentía atormentado por las más sombrías reflexiones. ¿Qué sesgo social iba a tomar el escándalo provocado por la inesperada fuga de Diana? ¿Sería preciso dar aviso a Scotland Yard y llamar a los más reputados detectives privados?

Diez minutos después se hallaba ya en su casa. *Mistress* Lowell, con gesto apesadumbrado, le entregó la carta de Diana y salió dejándolo solo. Al recibir el sobre, *sir* Norman se tuvo que sentar; la fuerte emoción, combinada con la ansiedad, le doblaba las rodillas. Cuando acabó de leerla, su rostro, de pálido, pasó a terroso. Seguido a eso, comenzó a temblar como una hoja que el viento sacude sin piedad.

—¡Dios mío! —murmuró estremecido, volviendo a repetir—: ¡Dios mío! Mi Diana querida me ha dejado. Se ha marchado para siempre...!

Su altanera frente se inclinó hacia el suelo y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas a la vez que repetía:

—¡Se ha fugado! Se marchó odiándome.

Y de nuevo, un doloroso estremecimiento, lo sacudió de pies a cabeza.

Con gesto maquinal, dejó la carta sobre una mesa, se cubrió el rostro con las manos y, muy quieto, se entregó a una profunda meditación. En esa postura no se dio cuenta de que el ama de llaves, seguida de uno de los criados, entraban en la estancia.

—*Sir...* —llamó la *mistress* Lowell.

El financiero levantó bruscamente la cabeza. Había en sus ojos una sombra tan terrible y tan angustiosa que la mujer dio un paso atrás, y exclamó:

—¡Cielo santo! ¿Se encuentra usted enfermo, *sir*?

—¿Qué desea? ¿Qué quieren? —expresó el financiero abatido—¿Por qué están ustedes aquí sin que yo los llamara?

Dejando entrever un gesto serio, el sirviente le explicó:

—El director del... —con indudable desconcierto, dio el nombre de la institución y siguió—: anuncia por teléfono, una comunicación urgente, y muy importante, *sir*.

—¿Del manicomio? ¿No estarás equivocado? —rebatía el financiero mirándolo perplejo.

—No, *sir*. El director me ha dicho textualmente; «Le recomiendo a *sir* Norman Bennett Wilson que no me telefonee sin haber recibido antes un mensaje que no ha de tardar en llegarle. O, en todo caso, si me telefona, que no pronuncie nombre alguno, a fin de evitar indiscreciones penosas».

—Bien, puede marcharse.

El criado en silencio se retiró. El ama de llaves iba a imitarlo cuando el financiero, por medio de un gesto, la detuvo. Tras recobrar el dominio de sí mismo, le dijo:

—Vamos a ver, *mistress* Lowell. ¿Cómo pasaron realmente las cosas? *Miss* Diana se ha ido, pero ¿a dónde?, ella no tiene aún pasaporte. ¿De verdad lo ignora usted? La carta que ha dejado no da la menor indicación. Cuénteme lo que ha ocurrido durante mi ausencia. Dígamelo todo, sin vacilaciones inútiles. Quiero hechos, no otra cosa. La escucho...

En pocos minutos el ama de llaves le contó todo, desde el día en que Diana había regresado de la casa en que había vivido con sus padres, su melancolía, el incidente del robo nocturno y la fuga, acaecida esa misma noche.

—¿Y los demás criados de la casa saben de la huida de mi sobrina? —preguntó impaciente el financiero.

—Nadie sabe nada, *sir*. He hecho circular, entre todos los domésticos, la noticia de que, para reponerse de la impresión que le causó el robo, *miss Morrison* se ha marchado al campo, invitada por una de sus amigas.

—Muy bien, gracias. Por favor..., siga guardando el silencio más absoluto *mistress Lowell*. Y en este caso para usted el silencio será de oro. No se quejará de mí.

En ese preciso momento, en la puerta de calle, el mensajero del manicomio se negaba obstinadamente a entregar la carta en otras manos que no fueran las propias de *sir Norman Bennett Wilson*. Su terquedad fue recompensada por el propio financiero, con un billete de diez libras esterlinas. Cuando el heraldo partió, *sir Norman* examinó la carta. La escritura del sobre, obra del director de la «casa de locos», no despertaba en su memoria recuerdo alguno. ¿Iba a serle comunicado, en ese mensaje, con el título de «importante y urgente», que Diana, su querida sobrina, se encontraba recluida allí, en ese establecimiento, en la sesión de las locas errabundas? Esa posibilidad se le antojó descabelladamente inconcebible.

Por fin rasgó el sobre y desdobló el papel. Ante sus ojos, como una bofetada del destino, la escritura de Ronald y su firma completa lo obligaron a cerrar con fuerza los parpados.

Un sudor frío bañó sus manos y su frente. Al instante, un súbito temblor lo obligó a poner la carta sobre la mesa, para poder leerla. La leyó una, dos, tres veces. Después se echó a reír de una manera estridente, casi hilarante.

—¡Ah!, ¡en buena hora llega el padre para recuperar a la hija! —exclamó sarcástico. Y, con la misma expresión, agregó—: presiento, Ronald, que tras lo que te espera, creo que volverás al manicomio, pero loco de verdad.

Al dar media vuelta, desde uno de los espejos, vio que el ama de llaves lo miraba.

—¿Otra vez?, ¿qué hace usted aquí? —rugió molesto—. ¿Saboreando mi desesperación? Mi desesperación que es justa, ¿verdad? Ya lo ve, en estas últimas horas, el infortunio es mi especialidad. El padre, un imbécil, la madre muerta y, ahora, la hija perdida. ¡Diana! ¡Mi Diana! Sus palabras las cerró un sollozo.

—Por Dios, *sir*, me da miedo verlo así. Repóngase, ¿qué puedo hacer por usted? —la voz plañidera del ama de llaves sacó a Norman de su dolorosa obsesión.

—Nadie puede hacer nada por mí..., pero gracias. Dígale al chofer que esté dispuesto, ¡pronto! —le pidió tajante.

—¿No cenará usted antes de salir, *sir*?

Norman, soltó una irónica risotada, y exclamó:

—¿Cómo voy a cenar en este estado? ¡Vaya rápido a decirle al chofer lo que le ordené!

Al quedarse de nuevo a solas, instintivamente levantó los ojos hacia el antiguo crucifijo que colgaba de una pared. En voz baja y lenta, dijo:

—¿Acaso es el dedo de Dios el que me está apuntando? ¿Sonó para mí la hora del castigo?

Cerró los ojos y se apoyó en la mesa. En un segundo los rostros del pasado desfilaron frente a él: Sara, pálida y sonriente; Ronald, joven y rico en esperanzas; el accidente de su segunda esposa a bordo de aquel buque, en su viaje inaugural; Diana, siendo aún una niña; su complot con el barón de Benlliure, después Sara muerta; Ronald de pie frente a él, con los ojos extraviados atravesando la pasarela del barco. Finalmente, otra vez Diana observándolo en ese momento con mirada rencorosa.

Todo aquello fue pasando por sus ojos como una sombra transparente.

—¡Diana! —murmuró con desesperación.

La puerta volvió a abrirse asomando por ella un criado.

—Perdón, *sir*, el automóvil aguarda.

Como un autómatas, se dirigió a la salida.

Sin decir palabra, el criado le tendió el sombrero. Tomándolo entre sus temblorosas manos, Norman bajó los peldaños de la escalera como una estatua cuyas piernas estuvieran inarticuladas. Subió al coche y se quedó quieto recostado en un ángulo, completamente silencioso.

—¿Dónde vamos, *sir*? —preguntó el chofer.

El director del manicomio y Ronald hablaban sentados junto a una ventana del vetusto establecimiento, desde la que se dominaba el inmenso jardín. El ingeniero había cenado frugalmente y en ese momento saboreaba una taza de café. En ese instante el timbre sonó tres veces anunciando una visita al director.

—Si no me equivoco, *míster* Morrison, su cuñado ya está aquí —exclamó mientras miraba por la ventana.

El ingeniero no pudo evitar un estremecimiento. Los años y, sobre todo, los sufrimientos habían dejado huellas en su semblante; un temor lo asaltó de golpe.

—Es posible que no me reconozca. Los últimos doce años me han cambiado mucho.

—Qué lo reconozca o no, usted es libre. Aquí solo retenemos a los alienados.

Un guardia entró con una tarjeta de visita. El director la leyó y dijo:

—Que pase...

Un momento después, la puerta volvió a abrirse dejando paso a *sir* Norman Bennett Wilson.

—Buenas noches, *míster* Brown —saludó cortésmente—. Le agradezco el mensaje que tan gentilmente me hizo llegar... de *míster* Morrison; pero la verdad es que ignoro cómo y por qué mi cuñado se encuentra aquí. ¿Será posible verlo enseguida?

—Aquí estoy, Norman —dijo Ronald levantándose de su asiento.

Tras eso se irguió cara a la luz y mostró su rostro marchito, su pelo gris, al igual que su barba y bigotes, y también su delgado cuerpo enfundado en un

traje viejo.

Norman dio un paso atrás; el temblor de sus manos delataba la turbación profunda de su espíritu y las angustias de su alma. Estaban cara a cara, los dos hombres que el rencor, el duelo, el egoísmo y la desesperación habían separado doce años antes.

Las pupilas de uno estaban clavadas en las del otro. El industrial hubiera pasado mil veces junto a su cuñado, sin reconocerlo ni una sola vez. Pero la mirada era la misma: ¡eran los ojos de Diana! Fue Norman el primero en bajar la vista.

—Ronald, ¿de modo que... eres tú? —musitó débilmente.

—Sí, Norman, soy yo... —respondió el ingeniero con apenas un hilo de voz, a la vez que en su corazón se producía un estallido. Su inmensa ternura de padre pareció subírsele a la boca—. ¡Mi Diana!, mi hija adorada, ¿dónde está? ¿Acaso no sabía que yo había regresado?

*Sir* Norman, intentando esconder el temblor de sus manos, contestó:

—Ella, como yo mismo, ignoraba tu regreso. ¿Por qué no la previnisteis?

—Lo hice, claro que lo hice. Desde París le envié una carta hace cuatro días.

El rostro de Norman reflejó estupor.

—Puedo asegurarte de que Diana no ha recibido nada. De lo contrario quizás... no hubiera partido de... Londres ayer.

—Y, ¿por cuánto tiempo estará ausente?

—No lo sé. Ha... emprendido, a bordo del yate de... de una de sus amigas, una excursión a lo largo de las costas —tuvo que mentir Norman. A continuación agregó—: precisamente, al partir ella, yo... me encontraba de viaje; mira como se han complicado las cosas al no haberme prevenido a mí personalmente de tu llegada.

—En eso tengo que darte la razón. Pero tenía mis motivos. Sabía que mi regreso sería para ti poco agradable.

—No discutamos ahora, Ronald. Sí tenemos que decirnos algo, que no sea aquí. Bueno, si nada te retiene en este establecimiento, marchémonos ya. En mi casa examinaremos las cuestiones pasadas, presentes y futuras...

—De acuerdo. Por mi parte, acepto encantado —murmuró el ingeniero. A continuación, dirigiéndose al director, quien se hallaba un tanto aislado

mirando discretamente por la ventana, le dijo—: mil gracias por todo; nunca olvidaré lo que usted ha hecho por mí.

—Usted no me debe agradecimientos. Es más, si lo cree oportuno, puede denunciar lo ocurrido aquí, *míster* Morrison. Es probable que los que cometieron la tan incalificable ligereza de conducirlo a este establecimiento, a consecuencia de nuestro informe, sean objeto de duras sanciones. Usted podría incluso percibir una indemnización; la razón y el derecho lo asisten...

—Eso no lo haría nunca. No está en mi naturaleza ni en mi forma de ser aprovecharme de situaciones como estas. Tampoco deseo que se castigue a nadie. Además, siempre he creído en el dicho que dice: «No hay mal, que por bien, no venga».

—Muchas gracias por su bondadosa decisión y sus deseos. Ojalá este malentendido sea lo que acaba de decir. Por otro lado, creo que es mejor para usted no darle curso a un asunto como este; el escándalo, a causa de la publicación de nombres y todo eso, sería inevitable —reflexionó el director dándole un fuerte apretón de manos.

Minutos después, Norman y Ronald, sentados en el lujoso automóvil del primero de ellos, se pusieron en marcha. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Cada cual a su modo revivía, en silencio, el pasado y el presente.

Cuando el coche penetró en el palacio de Norman, el ingeniero suspiró con impaciencia casi dichosa. ¡Iba a encontrarse bajo el mismo techo en que vivía su hija!! ¡Iba a mirar los objetos que sus ojos habían mirado y tocar las cosas que sus manos habían tocado! Tan inefable era su dicha que, al pasar frente al portero, su agresor de esa misma mañana, que en ese momento se mostraba humilde y contrito, no le recriminó nada. Caminando por detrás de Norman, ambos llegaron a un salón.

—¡Vamos ya! —irrumpió de golpe Ronald, sin poderse contener—. Háblame de Diana, siempre de ella. ¿Sé encuentra bien? ¿Es feliz?

Haciendo un gran esfuerzo el financiero contestó:

—Creo que sí.

—¿Es verdad que la comprometiste en matrimonio a un extranjero, el que..., una vez casados, se la llevaría lejos de aquí? Y que, para peor, ¿casi le dobla la edad?



—Bueno... sí, mi deseo era que ella y don Antonio de Mendoza i Sarda se casaran. Y no es tan viejo como te han informado, solo le lleva quince años y está locamente enamorado de Diana, además es inmensamente rico...

—Claro, como fallaste con Sara, mi hija era la carnada perfecta para proveerte a ti de un buen negocio en América, ¿no?

—No... no es así; cálmate, además Diana estuvo de acuerdo. A ella también le atraía ese hombre como futuro marido.

—No lo creo; estoy seguro de que ella lo aceptó por no contradecirte. Bueno, ¿cuándo podré ver a mi hija?, ¿no hay manera de enviarle un telegrama? —le preguntó con gesto impaciente.

*Sir* Norman, se mordió los labios. Tras algunos instantes de indecisión, juntando fuerzas, balbuceó:

—A estas horas debe... estar navegando... por Dinamarca, o Noruega. Sin duda dentro de... cinco o seis días regresará. Bueno, y ahora, Ronald, te ruego que esperes a mañana para discutir nuestras cosas pendientes. Hoy me levanté a las seis, y he trabajado y viajado durante el día entero. Como verás, estoy muy fatigado, necesito un baño caliente y, para serte sincero, tu súbito regreso ha aumentado mi estado nervioso. Permíteme que me retire a descansar, puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa.

—De acuerdo, Norman, hablaremos mañana. Pero quiero que, de inmediato, me muestres el cuarto de mi hija.

—Lo que tú digas. Sígueme...

En silencio subieron las escaleras y, tras caminar por un largo pasillo, llegaron frente a una puerta. Con mano nerviosa el financiero la abrió de golpe.

Ronald entró despacio mirándolo todo con extremada atención. La habitación estaba decorada en rosa y plata, de estilo moderno. La ancha cama, de laca rosa de China, era tan bella que a Ronald le pareció una obra de arte. Los sillones, el escritorio, el armario de tres cuerpos y el diván pertenecían al mismo estilo señorial y encantador. Ronald penetró del todo en aquel cuarto que, para él, representaba un santuario. Tímidamente tomó asiento en el sillón. Su respiración era apenas perceptible. Pero a pesar del quebranto de su alma, de todo su ser irradiaba la luz del amor paternal.

—Ronald... —murmuró Norman.

—¡Cállate!, por el amor de Dios, no turbes la emoción de este momento con tu voz y tu presencia —exclamó el ingeniero con un dejo de irritabilidad—. La esencia de mi hija está aquí y me consuela de mis penas. Estos minutos son, desde hace doce años hasta aquí, los más preciosos y extraordinarios de mi vida, ¡y quiero silencio!

Lentamente se levantó de su asiento, encaminándose hacia el lecho. Al llegar junto a la cabecera, se arrodilló y, con la cara entre las manos, dejó caer su cabeza sobre un fino almohadón y rompió a llorar como un niño.

—Ronald... —volvió a llamarlo Norman.

Como movido por un resorte, el angustiado padre se puso de pie. En su faz dejaba entrever una trágica expresión. Sin cambiar de gesto, extendió el brazo hacia la puerta y, con un acento terrible en la voz, gritó:

—¿Es qué no has entendido? ¡Fuera de aquí inmediatamente! ¡Déjame a solas con mi pena! ¡Tu presencia en esta habitación resulta un crimen que ofende el aura de mi hija... y el alma de mi esposa! ¡Retírate, sal de mi vista! Quiero pasar aquí la noche. Dormiré sobre la alfombra. Lo deseo, lo exijo... —culminó con apenas un hilo de voz.

*Sir* Norman, con ademán indeciso, se pasó una mano por la frente; luego, inclinó la cabeza y salió sin pronunciar otra palabra.

Desde hacía varios días Eduardo Leblanc pasaba por un crucial y significativo cambio de hábitos, y de humor.

—Mi querido *petit* barón. ¿No vas a decirme qué te pasa? —le preguntó Eloísa de Beltrajoz una tarde mirándolo burlona—. Tu drástico cambio de hábitos, además de la decisión de romper de modo tan brusco los lazos sentimentales que te unían a Natacha me han sorprendido de veras. Y, ese nerviosismo, ese estado febril y tu mirada triste me inquietan en gran manera. ¿Vamos, dime que te ocurre?

Con un gesto maternal, la pintora, de pie junto al sillón de mimbre en que se hallaba sentado Eduardo, acarició el cabello del joven. Habían cenado juntos en el pabellón de la artista y acababan de tomar café en la terraza del taller para aspirar mejor el aire puro que venía desde lo alto de la colina de Montmartre.

Desde allí París aparecía envuelto en un vaho rojizo que perforaban, aquí y allá, las masas, enormes y negruzcas de iglesias y de grandes edificios. Hacia el fondo, la gigantesca torre metálica Eiffel se alzaba soberbia, como queriendo agujerear las nubes.

Eduardo contemplaba, en vaga e indiferente expresión, el inmenso paisaje de luces, humaredas y sombras, que le ofrecía la incomparable ciudad.

Sin casi pestañear había escuchado la pregunta de su vieja amiga.

—Sí, he roto con Natacha de modo casi grosero —admitió saliendo de su prolongado ostracismo, al tiempo que exhalaba un hondo suspiro—. En estas circunstancias, me he portado muy mal con ella, lo reconozco. Pero ya sé me hacía imposible la vida a su lado; hasta su alegría y despreocupada frivolidad comenzaban a ofenderme como un insulto.

—Amas a otra mujer, ¿cierto? —preguntó Eloísa con una sonrisa.

Eduardo sin mirarla asintió con la cabeza.

—Y tú, ya sabes a quien, ¿verdad? —se volvió hacia ella, la miró a los ojos, y continuó—: por primera vez en mi vida estoy enamorado de verdad; sí, amo a Diana locamente, y quizás sin saberlo, la he amado siempre. Su recuerdo no me abandona ni un instante y mira que he intentado quitármela de la cabeza. Este amor me aterra, porque sé que ella jamás me aceptará y presiento que sufriré toda la vida. Sufro ya cruelmente.

—No comprendo Eduardo, ¿por qué ella no te aceptaría? ¿Acaso Diana ama a otro? ¡Ah, claro!, ya recuerdo, está prometida...

—A decir verdad, creo que eso no sería un impedimento; ella se ha visto obligada aceptar ese noviazgo. Sé muy bien que Diana también me quiere; la noche antes de la fiesta de su cumpleaños, que para mí fue... la noche más bella y mágica de mi vida, la besé en los labios y ella me devolvió la caricia con pasión, incluso con ansias. Además, un hombre sabe cuándo una mujer le corresponde íntegramente.

—Sobre todo, uno tan experimentado en esas lides, como eres tú —replicó la pintora riendo burlona. A continuación, agregó—: Entonces, ¿qué te separa de ella?

Eduardo, con un ademán de visible angustia, murmuró:

—Por favor, Eloísa, no me interrogues más, porque a eso no puedo responderte... —murmuró él con visible pesadumbre.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que te complaces en complicar las cosas. Eduardo, tú eres digno de Diana, tu fortuna cerrará la boca a quien quiera decir que buscas su dote. Precisamente, el oportuno destino ha puesto en tu camino a su padre, a quien has conquistado. Por lo que me contó Natacha, creo comprender que antaño hubo divergencias graves entre tu padre, *sir* Norman Bennett y Ronald Morrison Cameron. ¿No es así?, pero de eso ya hace muchos años y el tiempo lo arregla todo.

—No, amiga mía; el tiempo no puede borrar las faltas que deshonran... — confesó él con voz desgarrada.

Eloísa lo miró estupefacta.

—¡Por Dios, Eduardo!, ¿estás en tus cabales?, ¿acaso has hecho algo malo? Quieres decir que, no solo la has besado, si no que... también, ¿has abusado de ella? No puedo creerlo.

Fue Eduardo quien la miró perplejo.

—¿Pero qué dices? No, ojalá solo fuera eso. Se trata de mi padre; es un canalla infame... —acabó de decir en medio de un resoplido.

La pintora se quedó con la boca abierta.

—¿Un canalla infame? ¡No puedo creer lo que me dices! —exclamó mirando a Eduardo como si estuviera divagando.

—Es la verdad. ¡Y yo soy el hijo de tal padre! Tengo que reconocer que la justicia de los hombres no puede reprocharle nada al barón de Benlliure; pero la justicia del alma, la justicia del honor, sí tiene derecho a exigirle cuentas. Por consiguiente, mi conciencia considera a mi padre un hombre sin decoro. Y puesto que ya hablé más de la cuenta, te lo contaré todo... — confesó Eduardo estrujando, en el cenicero, su cigarro a mitad consumir.

Con los codos apoyados en las rodillas y la frente entre las manos por unos instantes el joven pareció meditar.

Las sombras se hacían más densas; poco a poco, hacía lo lejos la ciudad se iluminaba de minúsculas guirnaldas de interminables luces, salpicando la noche aún imprecisa.

Al cómplice amparo de la oscuridad que ocultaba a la vez el rubor de sus mejillas y la turbación de su espíritu, con voz consternada, Eduardo le relató a su amiga la maquinación urdida por *sir* Norman y su padre contra Ronald Morrison Cameron años atrás. La preparación cuidadosa del fracaso del pobre inventor en París, en Bruselas y en Londres entre muchos otros países, y su acorralamiento, además de su inicuo despojo, su miseria, su desesperación, y la expatriación.

—En estos últimos días me he ido informando, con paciencia —siguió diciendo con voz cansada—, todo sobre este canallesco complot. Por medio de Pierre Le Brun, el director de nuestras fábricas, me he enterado como fueron copiados los planos de Ronald, cuando el pobre hombre no había hecho más que prestarlos. Y como *sir* Norman los había ya patentado en secreto a su nombre. Cuando le pedí a mi padre datos sobre este, él me afirmó que... por los planos había pagado cien mil francos. Pues bien, me mintió; pagó solo cincuenta mil, y esta mísera suma, Ronald no la recibió entera, ya que le debía a su cuñado mil libras esterlinas. Y este, miserablemente, le exigió el inmediato reembolso de su préstamo. *Sir* Norman afirmaba siempre haber pagado, de su bolsillo, las deudas que su cuñado había dejado en Inglaterra al partir; pero mentía también. Ronald, trabajando durante doce años en América fue pagando, a tanto por mes, sus atrasos. Sé que mi padre en todo esto solo ha sido un instrumento, el cómplice de *sir* Norman Wilson..., más eso no me impide despreciarlo. Sé

también que la base de la inmensa fortuna de mi padre, y la mía propia, es una villanía. Siento horror de ese «maldito oro» hijo de las penalidades y miserias de un hombre al que admiro por su genio profesional, su espíritu de sacrificio y su grandeza de alma. —En medio de un hondo suspiro de pesar, Eduardo se giró hacia la pintora. Mirándola muy serio, le preguntó—: ¿comprendes ahora mi padecimiento? Amo con locura a la hija del hombre que mi padre ha ayudado a despojar cruelmente de todos sus bienes, y no solo eso sino también a destrozarle la vida. Cuando me enteré de todo eso... me quedé deshecho; pero al paso de los días, comencé a sentirme cada vez peor... y ahora, me encuentro moralmente destruido...

Su voz había acusado un ligero temblor al pronunciar las últimas palabras.

Pensativa la pintora permanecía inmóvil. Eduardo prosiguió:

—Lo peor de esta denigrante y desleal maniobra es que son procedimientos que están considerados como «habilidades». Sí, es como bien se dice: «La ley es solo la hija bastarda de la justicia», y el pretexto de: «El negocio es el negocio», sirve para ocultar esos abominables robos. Una vez mi padre me dijo: «Los negocios, muchacho, se hacen siempre con el dinero de uno y las ideas de los demás». Yo en aquel momento creí que era la broma algo cínica, de un malabarista de millones, pero en realidad era una confesión franca —en medio de un gesto repulsivo, estableció una nueva pausa. Y como Eloísa continuaba silenciosa, mirándola sombrío agregó—: ¿por qué permaneces tan callada? Bueno, sé que compartes mi opinión, y ahora quizás piensas, sin decirlo, que el hijo de tal padre a su vez puede llegar a ser un hombre sin honor.

—Eduardo, ¿me crees capaz de...?

—Y, por lo tanto —siguió él—: dentro de ti... comenzarás a despreciarme.

—¡Calla, loco! ¡Calla! Lo que acabas de contarme hace que sienta mucho más afecto y respeto por ti. No me equivoqué al juzgarte dueño de una rectitud, una lealtad y una probidad absoluta. No sentiría por ti más cariño si fueras mi propio hijo —y, extendiéndole las manos, le dijo—: Tranquilízate y dale un abrazo a tu vieja y querida consejera.

Un instante después, con la cabeza apoyada en el hombro de su maternal amiga, Eduardo continuó dando libre curso a su pena.

—Y ahora, ¿qué te propones hacer? —inquirió la pintora, al sentirlo más

desahogado.

Él suspiró hondamente.

—Pero ¿es qué acaso, hay algo que yo pueda hacer? ¿Ofrecerle a Ronald mi fortuna personal? ¡No la aceptaría!, y lo único que poseo, en exclusiva propiedad, es lo que heredé de mi madre: treinta mil libras de renta. El resto es mi padre quien me lo da, y ya sabes que él, aunque yo gastaba medio millón de francos al año, no decía ni una palabra. ¿Mi yate, mi casa, mis objetos de arte? valen, supongamos en total, tres millones... ¿y que son tres millones para pagar semejante deuda? Según Le Brun, si Ronald hubiera cobrado la parte que le correspondía, por derecho, de los beneficios netos que han dado sus invenciones, poseería hoy diez millones de francos. ¿Cómo indemnizarlo, además de sus doce años de esclavitud, de angustias, de lágrimas por su destierro? Una docena de años de amor filial robados a un corazón de padre; nada de eso tiene precio. Y yo, desde lo más hondo de mi ser, me avergüenzo de mi impotencia de no poder hacer nada, ni siquiera enfrentarme a mi padre y escupirle mi repulsa. ¿Qué puedo hacer, Eloísa?

La pintora permaneció unos instantes pensativa. Seguido a eso, esbozó una cariñosa sonrisa y manifestó:

—Para empezar, renuncia a pensar de esta manera. Tienes sobre tu padre una gran influencia, sítete de ella para conseguir que le restituya a Ronald lo debido, lo que por derecho le corresponde. Estoy de acuerdo contigo en que ese hombre necesita una reparación, y esta tiene que ser cuanto antes. He aquí la labor que tendrás: tu padre te quiere lo suficiente para atenderte y para atraer a soluciones razonables y justas a *sir* Norman, su gran amigo. Cuando ellos dos hayan reparado la injusticia de la que fue víctima su padre, Diana se entregará a ti sin dudar. Voy a confiarte algo, de lo que estoy persuadida: tu padre te ama lo suficiente para querer, a ese precio, darte felicidades y obtener la mano de la mujer que amas. De modo que lo que te separa de ella puede salvarse uniéndolos a todos...

—¡Ah! Sí tuvieras razón; sí la vida aún reservara para mí esos atractivos...

—Ya verás que sí. Todo se arreglará.

—Por el contrario, yo siento que nada podrá arreglarse. Además, me encuentro casi sin fuerzas, completamente deshecho para intentar luchar contra mi propio padre.

—¡Eduardo, por Dios, no te rindas!

—De verdad te lo digo Eloísa, en mi interior estoy desesperado, ni siquiera tengo fuerzas para encararme con él y gritarle mi repulsa. Quisiera desaparecer, irme lejos... muy lejos. Así, de esa manera, mi padre conocería, a su vez, el tormento que conoció Ronald lejos de su propia sangre.

Eloísa lo miró parsimoniosa y, pasándole la mano por la espalda, le pidió:

—Por lo que más quieras, renuncia definitivamente a esos pensamientos tan tortuosos. Tu padre, sin duda hombre duro e implacable, ha sido siempre para ti el amor, la solicitud, la bondad en persona. La moral nos ordena hacer lo que debemos sin lastimar a nadie. ¡Nada de venganzas! Dedícate pues a redimir y rehabilitar a tu padre, haciendo que repare el mal que hizo.

Al cabo de un rato, Eduardo murmuró:

—Gracias por tus sabios consejos, Eloísa, de verdad los valoro mucho y, aunque dudo de los resultados, intentaré seguirlos al pie de la letra.

—Me hacen muy feliz tus palabras. Ah, si tú supieras... —dijo la pintora mientras exhalaba un conmovedor suspiro—. Voy a confesarte un secreto; de haber vivido... mi hijo, con seguridad, sería como tú. Y yo hubiera sido la más feliz de las madres.

—¿Tu hijo? —preguntó contemplándola sorprendido.

—Sí, mi hijo. Fui madre, tras haber sido la esposa de un ser débil, cobarde e indigno, a quien sus propios vicios terminaron por matar. Las taras del padre mataron también a mi pequeño antes de los tres años; ahora tendría tu edad. Lo tuve a los diecisiete años. A los veinte enviudé habiendo ya perdido a mi hijo; veinticuatro años han pasado desde entonces, veinticuatro años de soledad en los que he vivido solo para el arte... y por el arte. Mi afecto maternal por ti lo provocó el recuerdo de mi pobre niño muerto y, de ese modo, en ti le he seguido amando. De verdad te lo digo, estoy orgullosa de tu persona, tal como lo estaría tu propia madre, si aún viviera.

En la penumbra Eduardo, con emocionado pensar, buscó la mano de su amiga y, reteniéndola entre las suyas, las besó.

—Gracias, Eloísa; de verdad... tus palabras me han conmovido mucho. Yo también siento por ti un gran cariño.



Eran más de la once de la noche cuando Eduardo llegó a su casa y se acostó. La fatiga moral de las emociones le propiciaron un sueño inmediato, pero inquieto.

Al día siguiente, apenas despertó, una idea le absorbió el pensamiento: «Tengo que ver a Diana, y declararle mi amor, mirándola a los ojos; le gritaré que estoy loco por ella. Completamente loco, y quizás ella me acepte sin preguntarme nada».

En ese momento, un criado pidió pasar y, tras saludarlo gentilmente, le entregó una carta. Esta venía desde Londres por correo aéreo: era de Ronald.

Temblándole las manos la abrió y la leyó de un tirón. «Vaya... es como si hubiera leído mis pensamientos». Enseguida, con una sonrisa de satisfacción, llamó al criado y le pidió:

—Por favor, Jaques, telefona de inmediato al aeródromo, y pide la hora de salida del avión para Londres, y que me reserven pasaje en el mismo. Después prepárame una maleta con un esmoquin, un traje de Chaqué y demás ropa de calle, mientras tanto yo me meteré en la tina.

—Muy bien, *petit seigneur*.

Unos minutos más tarde Eduardo, tras el relajante baño, se vistió. El avión salía a las diez menos cuarto en punto, para llegar a Croydon a poco menos de la una. Mientras su ayuda de cámara corría a prevenir al chofer, él, estremecido de ansiedad, se iba repitiendo: «Es mi oportunidad. Allí, delante de su padre, le confesaré mis sentimientos. Estoy seguro de que ella también me ama de la misma manera que yo. ¡Dios mío ayúdame a lograr que crea en mí...!», sé dijo al tiempo que procuraba calmar el temblor de sus manos.

Eufórico, de renovadas esperanzas, entró a su gabinete de trabajo, abrió su cofre secreto e introdujo la mano en el mismo para tomar la cartera que contenía los planos de Ronald Morrison..., pero su mano solo halló el vacío; la voluminosa cartera había desaparecido. Eduardo sintió que su corazón se detenía unos segundos para enseguida volver a latir con extremada violencia. Sin comprender lo que ocurría, dando un resoplido, se echó hacia atrás; luego se irguió atónito, estupefacto.

Por largos instantes permaneció inmóvil sudando copiosamente. De pronto con ademán febril, vació el arca y esparció, por el suelo cuanto contenía, hurgando en los rincones.

¡Nada, absolutamente nada! Sin embargo, nadie podía haber abierto el arca. Había cambiado la combinación, y el viejo operario que le había hecho el trabajo de reajustar el mecanismo secreto era hombre de absoluta confianza. ¿Tal vez su ayudante de cámara? Pero ¿qué podría hacer el criado con los planos? ¿Su padre?, ¡él ignoraba el arca y el depósito confiado por Ronald a la probidad de su hijo! ¿Quién entonces?, ¿tal vez Natacha? Sí, cabía la posibilidad que hubiese sido ella, pero ¿por qué razón?

Desmoralizado y, más que nada, sumido en la desesperación, tomó asiento. El criado, desde la puerta, le anunció:

—*Petit seigneur*, el coche está dispuesto. Y ya está colocada la maleta y el gabán.

—Gracias, puedes marcharte... —contesto el joven esforzándose en disimular la terrible turbación que le atenazaba los sentidos.

Ni siquiera tuvo fuerzas de comenzar a averiguar qué había pasado; además, no tenía tiempo. En medio de su confusión, se levantó, juntó todo lo esparcido y, luego de guardarlo, cerró la caja.

Minutos después subió al automóvil que partió enseguida. Lo esencial, lo primordial era acudir a la llamada de Ronald y volver a reencontrarse con Diana... aunque en ese momento, ya no podría hablarle de su amor. No, hasta que la cartera de su padre apareciera, y ese asunto tendría que dejarlo para luego de su regreso.

Sí, apenas regresara ya vería la forma de cómo proceder para recuperar la cartera, con los planos de Ronald, de las manos de quien la tuviera.

Pero ¿qué le diría a Ronald cuando este le preguntara por sus planos? «Ya veré lo que hago —se dijo extenuado—. «Estoy seguro de que esos planos no deben de andar muy lejos. Si es preciso armaré un monumental escándalo en el que no quedará títere con cabeza. Pero esa voluminosa cartera tendrá que aparecer, aunque sea debajo de la tierra», concluyó crispado, dispuesto a llevar a cabo su amenaza de la manera que fuera.

Al día siguiente de su llegada a Londres, Ronald se paseaba nervioso de un lado a otro del salón.

—¿Aún no has recibido ninguna respuesta de mi hija? —le preguntó a su

cuñado, mirándolo ceñudo apenas lo vio aparecer por el salón.

—No. Tal vez esta noche... sepa algo. He mandado, el mismo telegrama, a tres o cuatro puertos, a fin de que, dondequiera que... Diana haga escala, lo reciba —respondió Norman turbado ante la mentira.

Ronald había pasado la noche en el cuarto de su hija casi sin dormir. Por su parte, *sir* Norman, presa también del más cruel y tenaz insomnio, junto a los remordimientos que habían comenzado a acosarlo, soportaba la peor de las angustias, meditando sobre el posible paradero de la fugitiva. Los dos estaban nerviosos e inquietos mirándose de reojo. Aunque no lo confesaban, ambos se encontraban rendidos de fatiga.

—Creo que me marcharé a Richmond —dijo Ronald, de pronto—, para respirar un poco de aire puro. Tengo muchos deseos de visitar nuestro viejo hogar y la tumba de Sara. ¿Podrías poner a mi disposición un automóvil?

—Con sumo placer, toma el torpedo y, si te place conducir, puedes hacerlo tranquilamente. Aunque, el chofer está también a tu disposición —respondió Norman con desusada amabilidad.

—Prefiero dejarle el volante al chofer. No recuerdo muy bien las ordenanzas londinenses de la circulación. Además, como tú ya lo sabes, soy muy distraído.

Media hora después, el magnífico automóvil negro de *sir* Norman, conducido por las expertas manos de su chofer, rodaba por la carretera de Richmond, llevando en su interior a Ronald.

Apenas su cuñado partió, el financiero, con visible agotamiento, llamó por teléfono al director de servicio de investigaciones de Scotland Yard.

—Un asunto muy grave me obliga a recurrir a usted y molestarlo, ¿podría enviarme, de ser posible enseguida, a uno de sus mejores inspectores? Necesito además que sea un hombre discreto y de confianza.

—Muy bien, *sir* Norman. ¿Querría aguardar un momento? —pasaron algunos segundos hasta que la voz del jefe de policía se dejó oír nuevamente —: ¿*Sir* Norman? ¡Ah, bien! Ahí le mando a un hombre que reúne las cualidades deseadas: el inspector Horace Holden. A fin de proceder con toda reserva, pedirá hablar con usted alegando que es empleado de una compañía de seguros. Usted puede dar órdenes para que se lo deje pasar.

—Las daré. Muchas gracias.

Después de hablar con el portero, dominado por un estado de somnolencia Norman, sentado en un sofá, aguardó a solas la llegada del policía. Al cabo de unos minutos se puso de pie y, para desentumecer los miembros, comenzó a caminar hacia el fondo del salón. Al pasar ante la bruñida superficie del espejo, que colgaba en la pared del frente, le dio una maquinal ojeada.

De pronto, su propia imagen reflejada allí lo hizo detener en seco. La luz algo turbia que entraba por el alto ventanal daba un reflejo extraño a su faz demacrada, de mejillas cóncavas y también a sus claras pupilas, rodeadas de un círculo amoratado. Con sonrisa mordaz se contempló tal como si fuera un completo extraño.

Luego, tras inclinar la cabeza, permaneció laxo.

Realmente el rostro que le ofrecía la imagen era la de un moribundo.

—Es natural que me vea así—susurró a media voz—. Todo cuanto está ocurriéndome, agrava mi dolencia cardiaca, y creo que aún tendré que soportar muchas más penurias.

Y de nuevo, sin que pudiera evitarlo, su vida entera comenzó a desfilarse ante sus ojos: con clara nitidez observó a su padre, el coronel Bennett, veterano de la India, y a su madre, la dulce Margaret Wilson. Después se vio a sí mismo en Eton y en Oxford. Y más tarde, terminados sus estudios, en la más famosa banca privada de Londres, donde había iniciado su carrera en las grandes finanzas. Tras eso, recordó la muerte del coronel, y al cabo de tres meses, la de su esposa. Su hermana Sara tenía en aquel entonces diecisiete años; él acababa de cumplir los veinticinco y estaba recién casado con una joven enfermiza que, a los dos años de matrimonio, lo había dejado viudo y sin hijos. Desde ese día había vivido solo con Sara bajo la tutela consentida de *mistres* Lowel, el ama de llaves, y una legión de criados.

Sin cambiar de postura volvió a visualizar a su hermana: bella, encantadora, espiritual y alegre. Sara era su orgullo, gracias a ella la casa, que había sido de la familia desde hacía muchas generaciones, había tenido algo de cuentos de hadas, donde había sido grato vivir.

Y un desgraciado día, Sara había conocido a Ronald, al que había amado de inmediato y del que, aun contra su voluntad, había terminado siendo su esposa. De esa manera, Norman se había visto obligado a reorganizar su

vida. Había vuelto a casarse con una joven muy bella, pero frívola e inconsciente, la que solo se sentía feliz en medio de fiestas y viajes. Y así cuando nació Diana, el rencor que Norman sentía por Ronald aumentó al mezclarse con la envidia; el ingenierillo pobre y estúpido, había gozado, entre su mujer y su hija, de una felicidad completa. Por el contrario, el hombre rico, influyente y respetado no había logrado conocer, ni siquiera con su nueva esposa, la dicha esperada. Su mujer, al cabo de dieciocho meses de vida conyugal, había partido hacia Nueva York en un viaje de placer, en compañía de una hermana y del esposo de esta, a bordo del magnífico Titanic, aquel enorme y lujoso buque del que se decía que nada ni nadie podría destruir. No obstante, como si Dios o la providencia, hubiera querido demostrarles a los hombres que no sé podía ser tan soberbio, el majestuoso trasatlántico, aquel verdadero titán de los mares, había sucumbido en su viaje inaugural al chocar con una montaña de hielo que venía, desde las costas de Terranova, viajando lentamente en espera de su víctima.

Y él se había quedado de nuevo viudo y sin hijos, sintiéndose cada vez más humillado ante la felicidad de Ronald. A partir de allí, su odio hacía él había ido en aumento, y cuando el inventor le pidió reiteradamente ayuda, la respuesta fue siempre negativa.

Luego Sara había muerto, mientras él obligaba a Ronald alejarse, no sin antes entregarle a su pequeña hija..., ¡Diana!, ¡recién en ese momento se daba cuenta de cómo la adoraba! ¡Ni siquiera su verdadero padre podría quererla con la misma magnitud! El inmenso amor filial que sentía por ella lo consideraba como un desquite cumplido de sus decepciones sentimentales de antaño.

La visión de su vida tocaba al presente, donde la cruel realidad dominaba de nuevo. Al posar de nuevo sus ojos en el espejo, este le mostró la imagen de un hombre quebrado, con el rostro marchito, en el que corrían abundantes lágrimas. Por primera vez, su corazón de piedra estaba estrujado por las tenazas aceradas del dolor y los remordimientos.

La entrada del criado interrumpió a *sir* Norman, quien rápidamente secó sus ojos. Con gesto serio tomó la tarjeta que, sobre la bandeja de plata, le tendía el doméstico.

La cartulina decía:

*Eduardo Leblanc de Benlliure*

*París*

«Pero ¿qué hace el hijo de Armand, en Londres? —se preguntó sorprendido—. En buen momento llega...», acabó diciéndose.

—¡Que pase enseguida! —ordenó a la vez que trataba de recuperar la compostura.

Eduardo, llamativamente pálido y nervioso, se acercó al financiero.

—Buenos días, Eduardo. ¡Que sorpresa! No esperaba, por cierto, tu visita. ¿Qué te trae por aquí?

El recién llegado, luego de aspirar una bocanada de aire, murmuró:

—Espero que... algo bueno. —«Más que nada lograr ver a Diana de nuevo, estar a su lado, aunque aún no pueda volver a gritarle cuanto la amo, ni mucho menos pedirla en matrimonio», pensó en medio de un temblor. Tras una honda inspiración agregó—: su cuñado Ronald, al que conocí hace varias semanas en París, me ha escrito llamándome y aquí estoy. Supongo que podré ser testigo de la dicha inmensa que deben sentir al fin, en estos momentos, padre e hija...

*Sir* Norman movió la cabeza con incomoda tristeza.

—Me temo que no podrás ver eso.

—¿No? —exclamó pasmado el joven—. ¿Qué ha pasado?

Llevándose las manos a la cabeza, *sir* Norman se quedó unos instantes pensativo.

—Diana... ha huido de mi casa. Se marchó antes de que llegara... su padre —confesó dejándose caer en el sofá mientras reprimía un sollozo.

La expresión de Eduardo fue de verdadero espanto.

—¿Qué?, ¿qué Diana huyó? pero ¿cómo?, ¿cuándo?

—Hace cuarenta y ocho horas. ¿Y cómo lo hizo?, no lo sé. Yo estaba de viaje y a mi vuelta encontré esta carta —manifestó el inglés mostrándole el sobre.

—¿Y Ronald?, ¿no lo sabe, verdad? Bueno, no sé para qué lo pregunto.

*Sir* Norman suspiró hondamente y, con gesto evasivo, musitó:

—No, él... aún no sabe nada. Ronald cree que... Diana se encuentra en un crucero —le entregó el sobre y, con voz apenas audible, añadió—: toma, lee la carta que Diana me dejó. ¡Dios mío! De verdad, no sé qué hacer... —La voz del financiero denotaba un doloroso tormento.

Eduardo leyó la carta de despedida de la mujer que amaba. Y al hacerlo le pareció que su pecho se partía en dos. Con un nudo en la garganta exclamó para sí: «Ha roto su compromiso matrimonial. Y se ha marchado sin nada, con solo el dinero que le envió su padre. ¡Qué temple! ¡Qué ejemplo digno para mí! Pero ¿dónde estará a estas horas? ¿Sola y a merced de cualquier peligro? No creo que haya decidido partir hacia los EE. UU., justamente ahora que su padre ha regresado; eso sería desastroso. ¡Diana!, ¿dónde estás? ¿Cómo podré encontrarte y declararte mi amor? ¿Por qué no acudiste a mí? ¿Por qué? Si lo hubieras hecho, ya estarías junto a tu padre», concluyó con los ojos llenos de impertinentes lágrimas.

Unos minutos después, miró fríamente al dueño de casa y le preguntó:

—¿Y ahora qué piensa usted hacer?

*Sir* Norman se pasó la mano por el cuello de su camisa y aflojó su corbata.

—Ya he acudido a la policía —confesó pesaroso—. Scotland Yard pone a mi disposición a uno de sus afamados agentes. Me dirigiré, además, a los mejores detectives privados de Londres. Presiento que mi sobrina no se halla lejos... Ella aún no tenía el nuevo pasaporte y sin él no creo que vaya muy lejos. Removeremos cielo y tierra, si es preciso, pero la encontraremos... —Lo miró de frente y, tras una prolongada pausa, con

visible aprensión, agregó—: A pesar de que no lo merezco, me ayudarás a buscarla, ¿verdad?

—Desde luego que sí —repuso Eduardo con un hilo de voz y el corazón estrujado.

Sin cambiar de gesto, observó fijamente al financiero. A pesar de disimularlo, no pudo evitar sentir por él una evidente repulsa.

Por unos minutos, entre ellos reinó un silencio prolongado, casi trágico.

El inglés, tal como si de una catarsis se tratara, volvió a decir:

—No creo que esté muy lejos... Sin pasaporte eso es imposible; ya he estado sondeando entre nuestras amistades, de forma disimulada, y no he logrado descubrir nada en concreto, aunque sé que la encontraremos. Pero ¿querrá perdonarme? Su perdón, en verdad no lo merezco; me odia, me desprecia... y, si su ausencia continua, muy pronto seré para ella su recuerdo más mísero. Pequé de egoísmo, por orgullo, y por envidia. ¡Ahora me doy cuenta del abismo sin nombre, en que mi alma estuvo hundida durante años y años! ¡Siento horror de mí mismo!

Eduardo, en actitud seria y lejana, continuaba observándolo mientras *sir* Norman, sin lograr reprimir la pena que lo roía, se retorció las manos e inclinaba la frente bajo el peso abrumador del remordimiento.

—¿Qué puedo hacer? —repitió a la vez que contemplaba a Eduardo con ademán desahuciado—. Creo que, tal como me encuentro, la mejor solución para mí sería la muerte.

—No hable así —replicó al fin el joven con gesto entre colérico y lastimoso. Sin cambiar de actitud, agregó—: no está bien que diga eso, debe afrontar las culpas, ya sabe usted que cada uno cosecha lo que siembra. —Sin esperar respuesta inquirió tajante—: ¿dónde está ahora Ronald?

—Se fue a Richmond esta mañana.

—¿Cómo pudo ocultarle algo tan delicado? —agregó de mal talante.

—Llegó a mi casa de improviso, siendo víctima del peor de los errores: mis domésticos lo tomaron por un loco auténtico y lo hicieron encerrar en un manicomio. Antes de correr a liberar a Ronald pude reflexionar..., inventarme una historia: le conté que Diana se hallaba a bordo de un yate recorriendo las costas escandinavas. Lo hice, más que nada, para ganar tiempo.



Eduardo se tomó de la cabeza con las manos. Con notable pena, exclamó:

—Pobre Ronald. Espero que muy pronto la suerte le sonría del todo, tal como él se merece. Usted tiene que decirle lo que realmente pasa. Esa mentira no es ninguna solución. Por favor, ya no siga haciendo daño a ese hombre. Pasado mañana, si Diana no ha sido encontrada, se verá usted obligado a decir toda la verdad. Lo mejor, a mi juicio, es hablar enseguida.

—Tienes razón —admitió el financiero, rojo de vergüenza—, aunque no sé si tendré hoy el valor necesario. Ronald jura que escribió a Diana desde París, pero la carta no llegó; de lo contrario ella no habría partido, no se habría escapado de la manera en cómo lo hizo. —De pronto se quedó mirando al visitante y, con gesto de extrañeza, agregó—: ¿de qué modo conociste a mi cuñado? ¿Acaso él fue a verte?

Eduardo hizo con la mano un gesto de impaciencia y replicó:

—Es una historia larga y muy complicada de explicar. Lo más importante es que ahora yo también sé todo lo que usted... y su socio, mi «honorable» padre, le provocaron a ese hombre tan especial —acabó con voz impersonal en la que se adivinaba asco de decepción.

Eduardo, pese a su incontenible repudio por el hombre que tenía delante, en medio de un desanimado gesto le contó una parte de todo lo que había ocurrido cuando Ronald había estado en París.

El financiero, pálido y desencajado, lo escuchó silencioso.

—Tu padre debió prevenirme de que Ronald se hallaba en París. ¿Por qué no lo hizo? ¿No lo entiendo? —reflexionó sombrío, mientras jugaba nerviosamente con su monóculo—. De haber estado advertido, yo habría procedido de otra manera. Por empezar no habría salido de viaje, y de ese modo...

Eduardo se levantó de hombros.

—Ignoro las causas del silencio de mí «respetable» padre.

Apenas terminó de pronunciar las últimas palabras, las mejillas del joven, ante el acaloramiento de la rabia, se tiñeron de rojo; la desaparición de los planos del ingeniero no se apartaba de su memoria. Su intuición le decía que, sí su padre no había prevenido a su cómplice del regreso del ingeniero, lo había hecho deliberadamente. Vengativo, autoritario y orgulloso, el barón de Benlliure quiso, sin duda, tomar la revancha de las palabras humillantes

que le había dirigido Ronald durante su breve e improvisada visita. Y, como el inventor, el genio de nuevos ritmos mecánicos había cometido la imprudencia de hablar de su novísimo invento al hombre de negocios desprovisto de escrúpulos...

La voz de *sir* Norman interrumpió las reflexiones del joven.

—Entonces, Eduardo, ¿querrás de verdad ayudarme a encontrar a Diana?

El nombrado se quedó unos minutos pensativo. ¿Qué si quería? ¡Que pregunta!

—*Sir*, le aseguro a usted que daría lo que no tengo por encontrarla. Pero sin pistas, ¿por dónde empezar?

—Es, verdad. No sé..., no sé qué hacer, jamás me sentí tan desesperado. Pero como ya te dije, presiento que se halla en el continente. Quizás, a pesar de no tener su documento, se las pudo ingeniar para ir a París...

—Ojalá así fuera... ojalá se pusiera en contacto conmigo. Pero si no lo ha hecho ya, no creo que lo haga. —Con aire contrito, bajó la cabeza y musitó—: es muy difícil encontrar a alguien que no quiere ser encontrado. —De pronto, tomó su sombrero y añadió—: bueno, y ahora que Ronald está instalado con usted, me marcho. Por favor, no le diga que estuve aquí. Empezaré el regreso a París hoy mismo, me urge hacerlo. En cuanto llegue me pondré en contacto con la policía oficial y los mejores detectives privados. Prometeré magníficas recompensas a todo el que suministre indicaciones útiles para dar con el paradero de Diana. Tendrá que darme unas fotografías de ella. Las que yo poseo ya son muy viejas.

—Sí..., sí. Aquí guardo algunas —replicó *sir* Norman abriendo un cajón. Tras sacar de allí un sobre, añadió—: Toma, elige las que quieras.

Eduardo, luego de escoger dos fotos en la que se veía a la joven en toda su hermosura, lo que causó en su corazón un atronador palpitar, dijo:

—Me quedo con estas —después de guardarlas en uno de sus bolsillos, le pidió—: si usted logra tener alguna pista, por favor comuníquemelo a fin de coordinar nuestros esfuerzos. Y ahora me marcharé de inmediato.

—Y, ¿sí por alguna casualidad Ronald se entera de tu venida?

—Pues, en ese caso, dígame que he juzgado inútil aguardarle. Que tengo asuntos urgentes que me llaman de nuevo a París. Puede decirle que ya me comunicaré con él y... que incluso hubiera sido mejor para mí no haberme

alejado de allí en estos momentos; me voy, *sir*.

—Adiós y gracias —exclamó el financiero extendiéndole la mano.

Eduardo se la estrechó sin entusiasmo.

Desesperado, y profundamente conmovido, salió con precipitación de aquella tétrica mansión, la misma de la que su amada había huido.

Media hora más tarde, el inspector enviado por Scotland Yard se presentaba ante *sir* Norman. Sin pérdida de tiempo, en presencia del dueño de casa, comenzó a interrogar a *mistress* Lowell. Después de tomar abundantes notas y de asegurar que de inmediato comenzaría con sus investigaciones, se marchó.

Ronald regresó de su excursión a Richmond al atardecer; estaba rendido a causa de la fatiga y de las emociones, y con los ojos enrojecidos de llanto contenido.

Cuando supo que no se habían recibido noticias de Diana, se negó a cenar. Con aire abatido, después de tomar un reparador baño, subió al cuarto que el ama de llaves le había arreglado. Apenas puso la cabeza en la almohada se durmió, con ese sueño de plomo que da el agotamiento absoluto.

Al día siguiente, al abrir los ojos, Ronald sintió que una mezcla de angustia y de alegría se apoderaba de su espíritu. «Sin duda, hoy tendré, al fin, noticias de Diana —se dijo esbozando una sonrisa—. Hasta es probable que a estas horas se encuentre ya navegando de regreso». Al llegar al comedor le extrañó no encontrarse con su cuñado. El ama de llaves le explicó que este había salido muy temprano para asistir en su banca a una reunión de financieros.

—Me ha dejado el teléfono para que usted lo llamara —agregó *mistress* Lowell—: aquí lo tiene.

Ronald le telefoneó; fue el mismo Norman quien le contestó diciéndole que aún no tenía noticias debido probablemente de que el yate en que viajaba Diana quizás no había hecho ninguna escala durante los últimos días. También le pidió que, viéndose obligado a partir enseguida hacia Manchester, era necesario de que Ronald se quedara allí a fin de abrir, sin retrasos, los telegramas que pudieran llegar de parte de Diana. Las mentiras

se iban acumulando, haciéndose cada vez más grandes y más insondables. A donde Norman se dirigía realmente era a su casa de campo, a las afueras de Londres, deseoso de esconder mejor su angustia.

Durante esos dos días, Ronald estuvo nervioso e inquieto. El desesperado padre permanecía horas enteras en la habitación de su hija, tocando lo que las manos de ella, a su vez, habían tocado; cubriendo de besos sus retratos, dos de ellos al óleo, muy hermosos, debido a los pinceles de buenos artistas y dos fotografías que representaban a Diana a contraluz, una envuelta en un vestido de gasa rosa y el otro en terciopelo azul.

Al tercer día por la mañana, Norman hizo su aparición. Estaba tan pálido, tan abatido y tan sombrío que Ronald, a pesar suyo y de su propio desasosiego, lo miró asombrado.

—¿Qué te pasa, Norman? ¿Estás acaso enfermo?

El financiero, negando con la cabeza, murmuró:

—Solo es un vago malestar, nada grave y..., nada nuevo, puesto que esto data de hace lo menos treinta años. Todos los excesos, del trabajo inclusive, se pagan físicamente. Además, el prolongado silencio de Diana... me tiene inquieto. Para saber algo, ayer telefonee a Scotland Yard desde Cornhill...

Ronald se irguió bruscamente.

—¿Desde Cornhill? —preguntó mirándolo cejijunto—. ¿Estabas ahí y no en Manchester?

—Sí..., al regresar de allí quise pasar unas horas en mi casa de campo. Por mi secretario me enteré de que no se había recibido noticias de Diana. Así que telefonee a un amigo que tengo en Scotland...

Ronald se pasó la diestra por la frente. Sus ojos brillaban de un modo extraño. Tras algunos minutos, con una sensación de mal agüero, masculló:

—Precisemos, Norman, me dijiste que Diana navegaba a bordo de un yate. A un principio ese yate recorría nuestras costas; luego rectificaste diciendo que eran las de Dinamarca y Noruega. Te exijo que me digas ahora mismo el nombre del yate y el de su propietario.

—Es él... Ya te dije que no lo sé. ¡Oh! Dios, no lo recuerdo... —balbuceó turbado el financiero.

—¡Mientes! —rugió Ronald—. Una vez más me estas mintiendo, canalla. ¿Dónde está mi hija? ¡Quiero saberlo ahora mismo!

Aniquilado, hecho una ruina física y moralmente, Norman callaba.

—¡Vamos, deprisa! ¡Contesta, maldito! —insistió implacable Ronald.

El otro bajó la cabeza, murmurando:

—No puedo contestarte.

La ira del ingeniero pareció aumentar.

—No sé dónde está Diana. Te juro que no lo sé...

Ante esa confesión, la cara de Ronald enrojeció violentamente; el flujo y reflujo de la sangre lo sofocaban. Con ojos extraviados miró alrededor; sobre la mesa de trabajo de Norman brillaba un cortapapeles, con mango de marfil, cuya hoja de acero, con incrustaciones de oro, se veía aguda y fina.

En un abrir y cerrar de ojos, Ronald empuñó la improvisada y terrible arma, y saltó sobre su cuñado, tomándolo por el cuello con el brazo izquierdo.

—¡La verdad! ¡Quiero la verdad, granuja! ¡La verdad... o té mato!

—Diana, huyó... se fue... —articuló penosamente Norman—. No sé nada más... lo juro.

—¿Huyó? —prorrumpió Ronald mientras sentía como la sangre volvía a fluir a su rostro. Y con la misma expresión alterada agregó—: ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¡Suéltame! ¡Me ahogo! Huyó de casa... de mí, la víspera de...! me ahogo...

La última palabra, más que un grito, fue un estertor. Ronald aflojó su crispada mano y arrojó al suelo el arma que empuñaba.

—¿La víspera de mi llegada, no? —interrogó exaltado.

—Sí... —confesó Norman extenuado.

—De modo, maldito bribón, que hace cuatro días que te burlas de mí con ese cuento del crucero. ¡Mi hija huyó de tu casa! ¿Y por qué huyó? ¿Qué le has hecho para obligarla a tomar esa resolución? ¿Qué dolor le hicisteis pasar, miserable? ¿Quizás por su forzada boda? Me prometiste cuidarla como un verdadero padre. ¡Contesta si quieres ver prolongada tu inmundada vida!

*Sir Norman Bennett Wilson* se dejó caer sobre un sillón. Un hilo de saliva rojiza descendía de su boca. Quiso hablar, pero le fue casi imposible. Mientras señalaba su abrigo, puesto sobre el respaldo de uno de los sillones, balbuceó penosamente:

—Ahí, en... en el... bolsillo, en... mi cartera, hay... una... una carta de... de ella.

Con fiera rudeza Ronald hundió su mano en el bolsillo interior del chaqué de su cuñado. Sus manos nerviosas sacaron la cartera, la abrió y ante sus ojos desplegó la carta y comenzó a leer, con ansiedad, las palabras de despedida de su hija.

Después inclinó la cabeza y rompió a llorar. Cubriendo el papel de lágrimas y besos, gimió en voz alta:

—¡Diana, hija mía!, Mi pequeña. ¿Dónde... dónde estás?

De pronto levantó la frente y, con una risa hilarante que heló la sangre en las venas de su cuñado, exclamó:

—Hiciste que mi esposa muriera en la miseria; me robaste a mi pequeña, quitándome doce años de su cariño, obligándome a emigrar como un malviviente desterrado. Y cuando al fin, libre del «presidio» al que me forzaste a ir, vuelvo... ¿me das para adorar, no a mi hija, sino su sombra? ¡Solo me queda matarte!, ¡monstruo!

Con los ojos sanguinolentos y los labios apretados, en una crispación demente, el desesperado padre avanzó con las manos abiertas hacia su cuñado que, sin intentar defenderse, lo miró suplicante.

—Ronald, aunque no lo merezca..., ten ahora piedad de mí. Estoy enfermo..., muy enfermo; déjame vivir un poco más, lo suficiente para devolverte a Diana y obtener tu perdón... y el de ella. Toda mi fortuna, todo cuanto poseo lo pongo a tu disposición para que la busques. Después de eso..., si no muero de pena al verla feliz junto a ti, odiándome, me pegaré un tiro en los sesos. Perdón, Ronald..., perdón...

—¿Perdonarte? ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Que te perdone Dios...!

Norman se dejó caer de rodillas.

—¡Ronald, de verdad, me arrepiento de cuanto hice contra ti!

—¿Crees acaso que este arrepentimiento puede borrar tu doble crimen? Tú fuiste la causa de la muerte de mi Sara, porque si nos hubieras ayudado en los primeros meses de su enfermedad, quizás aún estaría viva..., pero ella, en el fondo, estaba segura de que nada habías de hacer. Trataste de borrarle del corazón de Diana, sin lograrlo. No obstante, me privaste de sus sonrisas de adolescente, de la gracia de su divino despertar femenino, de sus

dieciocho años. Ya vez, tu cuenta es larga... muy larga. ¡Pero Diana ha sabido vengarme! —Y con sonrisa cruel añadió—: te ha lanzado a la cara tu dinero, tus regalos, deshaciendo su obligado compromiso matrimonial. Ha huido de tus lujos, de tu principesca morada; se ha marchado solo con los mil dólares que yo le mandé. Mil dólares ahorrados para ella de mi pobre pan cotidiano. Lo dice en su carta: «Con esos mil dólares compro mi libertad» ¡Su libertad! Diana sale de tu dorada cárcel como yo de mi infierno de Pittsburg, con la cabeza erguida. Te abofetea con sus palabras, con su rudeza, como hubiera podido hacerlo su mano. Se va, hablándote con un desdén magnifico de su «agradecimiento». Te hace la limosna de esta palabra; la tuviste aquí, ante tus ojos, bella, frágil e inocente, mientras que yo solo tenía vagos recuerdos y retratos insensibles en los que apenas podía adivinar su rostro. Sin embargo, al llegar la hora del reparto..., yo he sido el favorecido. La providencia me ha reservado el goce supremo al cerciorarme que el corazón de mi hija late por mí y para mí. Y de ese corazón libre, altivo e incorruptible, del que infamemente querías apoderarte... tú no conservas nada de nada... —Y con nuevos bríos añadió—: «¡Con esos mil dólares compro mi libertad!» Hubiera dado toda mi sangre en Pittsburg por saber que un día iba a escuchar esto, y aquí está escrito, en este papel que, de hoy en adelante, llevaré conmigo. Esta carta, aunque dirigida a ti, me la llevo yo, me pertenece. Te cedo el resto, sus retratos, sus imágenes, sus reliquias. Yo poseeré algo mil veces mejor, unas líneas escritas con el corazón, el pensamiento y el alma de mi hija.

Con pasos rápidos se dirigió hacia la puerta. Antes de franquearla, gritó:

—¡Muérete ahí solo como un parasito! ¡Me voy de tu casa y de tu vida para siempre! Pese a sentirme pobre y destruido, buscaré a mi hija y sé que la encontraré, porque me lo dice el corazón. ¿Tu oro? Guárdatelo, húndete con él, hasta ahogarte. Y así, en el mundo, habrá un miserable menos. Adiós, me largo, luego mandaré a recoger mis cosas.

Un vibrante portazo fue la despedida de Ronald.

Norman con ademán desesperado extendió sus brazos hacia la puerta. Quiso gritar, pero de sus labios solo salió un débil gemido, que fue acallado por el sordo ruido que hizo su cuerpo al caer, de bruces, sobre la alfombra.

*M*istress Lowell, acompañada de tres sirvientes armados con garrotes, penetró en la estancia donde Norman y su cuñado se hallaban reunidos.

La áspera discusión entre ambos había llamado la atención del ama de llaves, la que discretamente había prevenido, por medio del teléfono interior, a los cuantos criados que se encontraban en la casa.

—¡Ohhh! —gritó al ver en el suelo a *sir* Norman—. ¡Hay que llamar al médico, y a la policía e impedir que el autor de esto huya!, ¡corran rápido a detenerlo!

Mientras el más ágil y fuerte de los sirvientes salía en persecución de Ronald, los restantes colocaron a su amo en un diván. Y allí, el ama de llaves, le prodigó los primeros auxilios. Sin pérdida de tiempo, otro de los domésticos llamó por teléfono al médico y a las autoridades. Quince minutos después llegaron, casi simultáneamente, el médico de cabecera del financiero y cuatro policías.

El doméstico que había perseguido a Ronald explicó:

—El culpable está encerrado en su propio cuarto. Desde el exterior le di dos vueltas a la llave, de modo que no pueda escapar.

—Bien... —dijo el sargento—, permanezca en la puerta hasta que yo suba.

Cuando el policía penetró en la pequeña sala en que se había desarrollado la dramática escena, el médico practicaba ya el reconocimiento del paciente; auscultando detenidamente, con el estetoscopio, el pecho de *sir* Norman.

El sargento que miraba todo aquello con atención, lo vio hacer una mueca pesimista.

—¿Está muerto, doctor?

—No, pero está muy mal.



—¿Hay heridas o señales de golpes?

—No, nada...

—Pues, en ese caso... —exclamó el policía dirigiéndose al ama de llaves—, no tengo porque intervenir. No obstante, si *sir* Norman falleciese a consecuencia de lo ocurrido...

—No creo que tal cosa suceda —dijo el médico—. Más tarde sabré a qué atenerme. Por ahora urge poner fin al síncope; tengan la bondad de salir todos de aquí, excepto *mistress* Lowell quien, si es tan amable, me ayudará.

Con perfecta pericia el galeno aplicó a *sir* Norman todo cuanto requería el estado en que se encontraba. El ataque había sido rudo y el paciente tardó en reaccionar.

Por fin, las fricciones, los masajes y las sales vencieron el estado comatoso, en que se encontraba sumido el financiero. La vida, poco menos que en suspenso durante una hora, entró de nuevo en su curso normal. Norman Bennett Wilson lentamente abrió los ojos y miró alrededor. Sus labios se movieron indicando el deseo de hablar.

—¿Quiere usted decir algo, *sir*? ¿Desea hablar con el sargento? —preguntó el ama de llaves inclinándose hacia él.

—Sí...

Al instante de ser llamado, el policía se presentó ante el enfermo, sacó su carné y, luego de tomar asiento, le dijo:

—Le escucho, *sir*. ¿Contra quién va la denuncia?

—No. Denuncia, no...

*Mistress* Lowell intervino:

—Entonces, ¿su cuñado no lo agredió?

—No..., rotundamente no —rebatió con voz fatigada el financiero—. Sí muero..., habrá sido a causa... de mi enfermedad crónica de corazón. Por... nada del mundo deseo que se culpe... a mi cuñado.

Después de decir eso cerró los ojos. Su semblante mostraba una lividez tal que el policía y el médico se miraron. El primero de ellos, tras un momento de indecisión, cerró su carné, enseguida se levantó diciendo:

—Como usted quiera, *sir*. Se trata pues de una discusión violenta, durante la cual ha sido víctima de un síncope que le sorprendió de manera natural, ¿no?

—Sí, solo yo... soy el único culpable... —murmuró el enfermo.

—Bien, en ese caso me retirare, *sir*.

—No...

—¿Cómo? ¿Desea usted que yo siga aquí?

—Sí...—dijo el financiero llamando con los ojos a *mistress* Lowell.

Esta de inmediato se acercó.

—*Sir*, ¿qué necesita?

—Por favor, deseo ver... a mi cuñado...

El sargento en persona, guiado por un criado, se encaminó hacia la habitación, en cuya puerta tres policías armados montaban atenta guardia.

—Pueden retirarse —les ordenó el jefe.

Enseguida la puerta fue abierta. Sentado en un sillón, Ronald parecía tan pálido y agotado como su cuñado. La reacción nerviosa había impactado en él con extremada violencia. A su furor desesperado, ante la desaparición de su adorada hija a la que él había pensado que podría ver, le siguió una postración dolorosa de infortunio y tristeza. Al ver al policía se estremeció.

—*Míster*, abajo reclaman su presencia. Sígame por favor... —murmuró con deferencia el sargento.

—Muy bien, lo seguiré...

Pero al tratar de andar, se tambaleo y tuvo que agarrarse de nuevo en el sillón.

—Tómese de mi brazo —le pidió el sargento.

—Gracias —respondió Ronald con un hilo de voz.

A paso lento, ambos descendieron los peldaños de la escalera, y penetraron en el despacho de *sir* Norman. El financiero, que acababa de sorber un cordial, estaba medio sentado, con el cuerpo apoyado en unos almohadones.

—Acérquese a él —le indicó el médico a Ronald.

El ingeniero obedeció. Su mirada severa, reveló el despertar de su rencor y su amargura.

—¿Qué más quieres de mí, Norman? —preguntó con visible alteración.

—Enseguida lo sabrás, Ronald. —La voz del financiero, aunque débil, se escuchó sonora.

—Óiganme todos... —siguió un tanto vacilante—. Ante Dios... y ante todos

los... aquí presentes, me acuso de... haber sido voluntariamente el causante de los infortunios de Ronald Morrison Cameron..., mi hermano político. Todos... los que ahora escuchan esta confesión pueden divulgarla; deseo apaciguar mis... remordimientos y mi conciencia. Acabo de ordenar que... llamen a un notario, pero si un colapso acabara conmigo antes de su llegada..., quiero que ustedes atestigüen que dejo todo... cuanto poseo a mi cuñado Ronald aquí presente... al que nombro mi heredero universal.

El ama de llaves, el médico y los policías inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Pero al instante, la voz de Ronald sonó como un trueno al decir:

—¡Pues, bien! ¡Tendrán que atestiguar asimismo que me rehúso a eso! No acepto nada de lo que mi cuñado, aquí presente, les acaba de decir.

—Ronald... —suplicó débilmente Norman—. Por el amor de Dios, acepta y perdóname.

—¡No! Me da horror tu oro infectado, tu riqueza maldita y tu poder. Mi mano honrada no recibirá jamás nada tuyo, por lo tanto, es inútil nombrarme tu heredero. Preferiría ganar mi pan barriendo las calles, que tocar un solo penique de tus millones.

Sus palabras parecieron provocar en los presentes un gran impacto. Todos se quedaron observándolo admirados.

—Ronald, por piedad... —volvió a pedir su cuñado.

—Cállate... —rugió el ingeniero. Y dirigiéndose al sargento preguntó—: ¿Soy o no soy libre?

—Es usted libre, *míster*.

—Pues bien, gracias —inclinó la cabeza, a modo de saludo y abandonó la estancia.

Al llegar a la puerta, un criado le preguntó:

—¿Desea que le baje el equipaje?

—Sí, por favor. Y también el sombrero y el gabán que está en el vestíbulo. Yo lo aguardaré en la puerta de entrada, junto a la calle.

La voz desesperada de *sir* Norman se dejó oír desde el interior del gabinete.

—¡Ronald!, por favor quédate. Juntos buscaremos a Diana.

El ingeniero, volviéndose hacia su cuñado, exclamó:

—Tú haz lo que te plazca. Yo por mi parte haré lo que tengo que hacer, pero solo. Ya te le he dicho: no quiero nada de ti. El día en que haya encontrado a mi hija con seguridad echaré al olvido mi cólera, mi rencor y mi desesperación, ¡antes, no! ¡Adiós!

Y abrochándose su vieja americana emprendió la marcha hacia la calle.

Eduardo Leblanc había abandonado Londres doblemente preocupado. Con pesarosa aprensión no dejaba de preguntarse: ¿adónde ha ido Diana? ¿En qué lugar estará refugiada? ¿Por qué no recurrió a mí?

Y, lo más intrigante, ¿dónde estaba la cartera de Ronald? No había tenido coraje de hablar con el ingeniero y confesarle la inexplicable desaparición de sus planos.

Su cabeza daba vueltas en mil descabelladas suposiciones. «Pero ¿qué es lo que ha ocurrido?», esa pregunta se la había hecho ya unas cien veces, mientras el tren avanzaba. Y siguió haciéndosela en el buque que lo transportaba al Havre, y continuó repitiéndosela de nuevo en el tren hacia París.

El resultado de tanto cavilar lo obligó a que, ese mismo día, se presentara en el despacho del comisario Jean Dupont, con el que había intimado durante la guerra en el ejército de Oriente.

Dupont escuchó con atención cuanto su excompañero de armas le explicó.

—¿Estás seguro de no haber cometido ninguna imprudencia? —le preguntó—. ¿Algún descuido? Piensa bien, porque la verdad es que, tu cofre de acero, con su contra-cierre por electroimán debe ser muy difícil de abrir. Dices que le hiciste cambiar la combinación, ¿estabas suficientemente al corriente de la nueva?

—Aguarda... —dijo mientras reflexionaba—. No, eso es... no lo estaba. Y la prueba es que, para acordarme de ella, la escribí en mi carné de notas.

—Y ese carné, ¿dónde lo guardabas?

Luego de cavilar unos instantes, Eduardo respondió:

—En mi escritorio.

El comisario se echó a reír.

—¡Vaya lugar seguro! Por lo menos nunca habrás abandonado las llaves

del mismo...

Con el rostro lívido, Eduardo se mordió los labios.

—Peor que eso..., las perdí. Eso sucedió el mismo día en que le mandé a Natacha la carta, de la definitiva ruptura, con un cheque. Y fue al llegar de Amiers cuando descubrí que no las tenía. Pero de verdad te lo digo: no pensé que esa cartera pudiera interesarle a nadie...

El policía se frotó las manos.

—La cosa empieza a ponerse clara. ¿Y tu amiguita, la danzarina, qué hizo aquel día?

—Mi ayuda de cámara me dijo que, tras de leer la carta y guardar el cheque, se puso hecha un demonio, para luego comenzar a llorar. Pero según él, permaneció muy poco tiempo en mi casa.

—¿Conocía ella el secreto de tu arca?

—No, además Natacha, es una muchacha honrada. Y de eso yo mismo respondo.

El comisario Dupont sonrió sarcástico.

—Bien. Dime ahora si ella conocía la existencia del depósito que te había confiado *míster* Morrison

—No, creo que no.

—¿Lo crees o no estás seguro?

—Juraría que no, pero no estoy del todo seguro...

—Sosteniéndonos en la duda, entonces es muy posible que tu criado mienta al afirmar que la bailarina permaneció... muy poco tiempo dentro de tu casa.

—Pero entonces, ¿crees acaso que...?

—No creo nada; solo busco pruebas, hechos y evidencias. ¿Y tu padre? Dices que las relaciones entre él y *míster* Morrison no eran cordiales, ¿no hubiera podido interesarle a él la posesión de esos planos?

—No puedo negar que le he pensado. Pero mi padre ignoraba que Ronald me había confiado sus planos. —El comisario, torciendo el gesto en una actitud desconfiada, siguió diciendo—: no te ofendas, pero hay que examinar todas las hipótesis. Vamos a ver, ¿cabe o no la posibilidad de que, furiosa de tu total abandono, Natacha pudiera robarse los planos para cederlos después, a buen precio, al barón?

Eduardo sintió que su frente se cubría de frío sudor.

—Tus presunciones, a pesar de haberlas pensado yo mismo...—confesó con indudable agobio—, me horrorizan.

Entre ellos se formó un largo y opresor silencio. Rato después, Dupont consultó una lista y murmuró:

—Precisamente hoy puedo arreglármelas para estar libre e ir a tu casa. ¿Deseas que vaya con nosotros el inspector Loti? Es un veterano con tanta malicia como inteligencia. Entre los dos pondremos las cosas en claro interrogando primero a tu doméstico.

—Haremos lo que quieras —contestó Eduardo bruscamente—. Es preferible saber la más cruel de las verdades a esta incertidumbre que me corroe por dentro.

El comisario, asintiendo, apretó un botón eléctrico. Segundos después, apenas el ordenanza acudió a su llamada, le pidió:

—Llame enseguida el inspector Loti y dígame que venga preparado para salir a resolver un caso que quizás resulte complicado, como los que a él le gustan.

Al cabo de cinco minutos, apareció un hombre, como de unos cincuenta y tantos años, de regular estatura, robusto y perfectamente afeitado.

—¿Llevas lo necesario, Loti? —le preguntó Dupont

—Sí, señor comisario.

—Andando, pues.

El automóvil de Eduardo, en pocos minutos, cubrió la distancia que media entre la comisaría y su palacete. Fue precisamente el mucamo del joven barón quien les abrió la puerta de calle al oír la bocina del coche.

—Por favor, Jaques, sube a mi gabinete de trabajo enseguida —le ordenó.

—Enseguida, *petit seigneur* —respondió el criado. Y, sin demostrar desconfianza, los siguió.

El último en penetrar a la estancia fue Loti. Este, con absoluta tranquilidad, cerró la puerta, sacó de su bolsillo unas esposas, un silbato y un puño de acero; después, apoyando su espalda en la puerta, con aire frío y resuelto, miró al criado.

Ante esas extrañas maniobras, Jacques de repente se mostró nervioso. Dando un paso hacia la puerta, intentó salir. De manera brusca, Loti lo tomó por la muñeca y se la apretó. Jacques lanzó un grito de dolor a la vez que una exclamación iracunda subió a sus labios. Ante eso, Dupont, que no gozaba en vano entre sus compañeros de una voluntad de acero, bajo su apariencia nada imponente, dirigiéndose al criado con gesto furibundo exclamó:

—Amigo mío, permítame decirle que está usted frente al comisario de policía. Y el que le ha tomado tan gentilmente del brazo, es el inspector Loti, mi colaborador, a quien tengo el honor de presentárselo. No hay ninguna orden de tenerlo, pero como soy muy franco le juro que, si se niega a hablar, usted dormirá esta noche en un calabozo, acompañado de varios delincuentes, ¿comprende?

Jacques, luego de mirar a su amo con pavorosa incertidumbre, a la vez que observaba como este mantenía sobre él una expresión fría, frotando su

dolorida muñeca movió la cabeza afirmativamente.

—Veo con gusto que eres un muchacho inteligente —siguió diciendo el comisario—. Hablemos pues, sabemos ya muchas cosas, tenemos sospechas de otras y, creo que, gracias a ti lo sabremos todo.

—¿De... de qué se... se trata...? —balbuceó el mucamo, paseando su mirada titubeante entre Eduardo y los policías.

—Vamos a ver querido amigo, hablaremos como dos camaradas. Por favor, Loti, tome pluma y papel, y dispóngase a escribir. Usted Jacques, tome asiento ahí, y tú Eduardo, a mi lado, así.

Todos obedecieron. El dueño de casa, con la boca contraída y la mirada dura, sin disimular el miedo de conocer la verdad, se dispuso a escuchar.

La voz de Dupont resonó seca, como el restallido de un látigo, al manifestar:

—Jacques, vamos a ver, ¿por qué... y para qué ha robado usted del arca de su amo la cartera de *míster* Morrison?

El increpado dio un salto. Pálido de ira, señaló a Dupont y exclamó:

—Por muy comisario de policía que... se crea usted y por mucho que sea su prestigio y la fuerza bruta... de su colaborador, le pido que no vuelva a repetir algo así... —Su mirada centelleante se encontró con la serena y tranquila de Dupont. Tras eso, temblando de cólera, se sentó de nuevo. Tras fijar la mirada en Eduardo, añadió—: nunca he robado nada, yo tengo la conciencia limpia...

—Entonces, según usted ¿quién es el que no la tiene limpia? —preguntó el comisario sin apartar sus ojos de él—. Dígalo enseguida, de lo contrario lo consideraremos cómplice del robo. ¡Hable ya!

Jacques, con la frente perlada de sudor, vacilaba. Visiblemente dolido, miró alternativamente a cada uno de los tres hombres que tenía ante sí. Dupont insistió:

—¡Conteste enseguida! El honor de su amo está en juego, así como la libertad de usted. Sí sabe dónde está lo que ha desaparecido de esa inviolable arca, aclárelo sin dudar.

El criado con el revés de la mano secó su frente húmeda.

Después de dudar un instante dijo:

—No me atrevo a...



—¿Tan grave es? —inquirió mientras contenía la respiración.

Jacques lo miró fijamente y suspiró. A continuación, añadió:

—Sí, pero no precisamente para mí.

Dupont enseguida comprendió la situación y, dirigiéndose a su ayudante, expresó:

—Loti, no escribas esto.

Eduardo contemplaba a su mucamo compungido.

—Por favor, mi buen Jacques —le solicitó con premura—, nada de consideraciones; di todo cuanto sabes. No temas, yo no te causaré ningún daño a ti. El criado, con aire pesaroso miró a su patrón y asintió con la cabeza.

—Pues bien, les diré todo lo que sé. De verdad *petit seigneur*, lo siento mucho —expresó, enseguida se giró hacia el comisario y continuó—: si desea saber dónde se encuentra la cartera con los papeles de *míster Morrison*, tendrá que preguntárselo al... *monsieur* barón.

Al escuchar esas palabras, Eduardo sintió que un estremecimiento lo sacudía de pies a cabeza. Aunque lo sospechaba, la realidad lo impactó más de lo debido.

—¿Quieres decir que... él...? —de pie, lívido y desencajado, el joven miraba a su doméstico con espanto—. ¿Mi padre es un ladrón?, no puedo creerlo...

—Créalo *petit seigneur*, yo no miento —rebatía Jaques—. Hasta puedo citar un testigo: su chofer. En realidad, fueron el barón y *madeimoselle* Natacha los que idearon todo. Ella sacó del arca la cartera del inglés y, para que nos quedáramos callados, su propio padre nos dio a Jordán y a mí cinco mil francos a cada uno. Después nos obligó a salir, quedándose a solas con la... con *madeimoselle* Natacha...

Eduardo escuchaba aquellas terribles palabras casi sin comprenderlas. Su rostro tenía la palidez de un muerto.

—Espere un momento, Jacques, no sigas hablando —ordenó el comisario. Con gesto sereno posó su mano en el hombro de su joven amigo y exclamó —: vamos, serénate. Muéstrate fuerte...

La sonrisa de Eduardo fue terrible.

—¿Fuerte? ¡Oh, sí!, ¡Lo seré, no te quepa la menor duda...! —De pronto una brusca reacción sentimental le llenó de lágrimas los ojos. Implorante miró a

su criado y le pidió—: ¡Jacques! ¡Por piedad te lo pido, dime que nada de lo que has dicho es cierto! ¡Dime que mi padre no puede ser un ladrón tan miserable! ¡No es posible!

El mucamo movió la cabeza.

—Ojalá no fuese cierto, *petit seigneur* Eduardo..., pero por desgracia, lo es. No le miento, y recuerde que yo no dije que el barón fue quien sacó la cartera del arca. Pero de que está en su poder, no tengo la menor duda. *Madeimoselle* Natacha se marchó de aquí con las manos vacías...

Dupont, viendo el sesgo que estaban tomando las cosas, intervino:

—Sí lo deseas, podríamos dejar para otro día la continuación de todo este asunto.

—No... —contestó con voz fría—. Quiero saberlo todo, enseguida.

En ese momento, el inspector Loty poniéndose de pie, expresó:

—*Monsieur* comisario, creo que en este asunto de familia mi intervención es nula. La cosa se arreglará, sin duda, de manera amistosa. Y como me será preciso olvidar rigurosamente cuanto he oído, prefiero no saber nada más, con su permiso, me retiraré.

—Tienes toda la razón, Loti. Puedes marcharte; tomate el día libre.

El inspector saludó a su jefe dándole las gracias; tras eso, estrechó la mano que le tendía Eduardo y recogió cuanto había extraído de sus bolsillos. Antes de dirigirse hacia la puerta le hizo al mucamo, a guisa de despedida, una seña amistosa y salió.

Los tres hombres se quedaron solos.

—Bueno, Jacques, ahora habla sin ocultar nada —le pidió el dueño de casa—. Di todo lo que sabes; quiero enterarme de la verdad.

—Está bien, *petit seigneur*... pero ¿antes podría beber un vaso de agua?

—Claro, Jaques..., yo mismo te la traigo —repuso Eduardo poniéndose de pie. En silencio se encaminó hasta una jarra y llenó una copa. Con esta en la mano, agregó—: Aquí tienes..., bébetela con tranquilidad.

Segundos después Jaques dejó la copa en el escritorio y permaneció muy quieto. El comisario Dupont, mirándolo con seria expresión, le ordenó:

—Bueno... ya, Jaques, comience a hablar.

—Sí, contaré todo lo que vi y oí —murmuró el sirviente. Tras removerse en su asiento, centró la mirada en Eduardo y comenzó con su relato—. Ese día

en que usted se marchó a Amiens, encargándome de que cuando llegara *madeimoselle* Natacha le entregara la carta y que después la dejara sacar sus cosas personales y que, asimismo, le presentara excusas por su ausencia, pero sin revelar su paradero, le juro que todo eso lo cumplí al pie de la letra. Pues bien, a las siete de aquel mismo día, llegó ella y, mirándome de un modo desagradable, me dijo: «¿Dónde está el *petit* barón? De prisa, quiero saber dónde ha ido». Yo le conteste: «No lo sé; ha salido conduciendo su torpedo, y me ha dicho dos cosas: una, que no cenaba en casa, y la segunda: que yo le presentara a usted, sus excusas. También me dejó esta carta». Ella, por unos instantes, se quedó muda. Después, dando un hondo resoplido, tomó el sobre entre sus manos y, tras leerlo... y guardarse el talón de cheque que había dentro, comenzó a llorar. Bueno, eso ya se lo conté a usted; luego, cuando se tranquilizó, siguió insistiendo en sonsacarme algo más, y yo añadí: «El *petit seigneur* no me honra con sus confidencias. Lo único que sé es que ha tenido que ausentarse». Entonces ella me preguntó: «¿Se llevó equipaje?», le dije que no, y allí, sonriendo maliciosa, me dijo: «Entonces, eso quiere decir que volverá pronto. Lo esperaré aquí». Yo ahí me puse algo nervioso y le objeté que a lo mejor tardaría mucho. Todo fue en vano; *madeimoselle* Natacha se mostraba decidida a esperarlo. «¿Necesito hablar con él, cara a cara, Eduardo prometió continuar siendo mi amigo. Y en esta maldita carta me dice que no quiere verme más!, después de todo lo que hice por él. Pues, eso me lo va a decir en persona, mirándome a los ojos», la escuché exclamar, mientras encendía un cigarrillo. Luego, me pidió que la convidara con una cena liviana. Se quitó el sombrero y agregó: «Y sí la espera me fatiga, me acostaré en su cama. De aquí no saldré sin verlo». Yo no sabía qué hacer. Desde luego estaba enterado de que entre usted y ella algo no marchaba bien. Pero como solo se me había ordenado presentarle excusas y no echarla a la calle, hice lo que ella me pidió. Tras cenar, *madeimoselle* Natacha se sirvió un vaso de oporto, encendió un nuevo cigarrillo y, muy tranquila, se dirigió al gabinete de trabajo del *petit seigneur* Eduardo... —Jacques se quedó callado.

—Continúe, no se detenga —ordenó Dupont.

Luego de aspirar una bocanada de aire, el mucamo siguió:

—Ante esa situación, me quedé bastante preocupado. En mi afán de ver o

descubrir algo comencé a deambular por allí. Y como la puerta del gabinete no estaba del todo cerrada, me acerqué muy despacio y miré al interior. Allí vi a *madeimoselle* que seguía leyendo la carta, sacudiéndose como una... demente, mientras de rato en rato sus sollozos se quebraban, entre palabrotas, y juramentos —estableció una nueva pausa y miró a su amo. Sin quitarle los ojos de encima, siguió con su relato—: iba yo a marcharme, cuando en ese instante la observé leyendo en su carné de notas. Asimismo, pude ver sobre la mesa, junto al monedero de ella, el llavero de usted, con la medalla de oro. Desde mi observatorio me dije: «Tiene las llaves del *petit seigneur* y trata de enterarse de algo que está escrito en el carné; de fijo que va a ocurrir algo feo». ¿Por qué pensaba yo, así? Pues, porque lo he visto en algunas películas...

—¡Ah! El cine, ese moderno pasatiempo, que activa la mente de las personas —repuso Dupont moviendo risueño la cabeza.

—Y, de pronto...—siguió Jacques—, al sentir mi presencia, ella guardó en su monedero las llaves y se quedó muy quieta. Entonces, desde la puerta yo exclamé: «¿Desea *madeimoselle* algo más?» observé que ella tenía la cara muy pálida y, pasando junto a mí, dijo: «Sí, un café», y sin agregar otra palabra, se dirigió al comedor. Cuando le serví el café volvió a decirme: «Jacques, si deseas salir esta noche, hazlo. Por mí, no te preocupes». Yo asentí con la cabeza mientras pensaba: «Claro, bonita. Y así podrás actuar libremente, ¿verdad, grandísima bribona? Estás tratando de guardarte lo ajeno y enterarte de lo que no te importa, de eso estoy seguro». Después ella volvió al despacho del *petit* barón y cerró la puerta. Presa de inquietud, y las grandes sospechas que me asaltaban, busqué a Jordán, el chofer del viejo barón y le conté lo que había visto..., y lo que me temía. «Hay que prevenir al barón», me aconsejó Jordán. Entonces, fuimos los dos a buscarlo. El barón, que estaba leyendo los periódicos de la noche, en traje de casa y zapatillas, y fumándose un cigarro puro, nos miró intrigado. Allí yo le repetí lo mismo que le había dicho al chofer. Él me escuchó con las cejas fruncidas y luego exclamó: «¡Gran Dios! ¿Pero qué dices? No puedo creer que *madeimoselle* Natacha pueda tener intenciones de robo...» En ese mismo momento, un timbre comenzó a sonar de forma estridente, provocando en todos nosotros un gran susto. «¡Es el de la alarma!», prorrumpió *monsieur*

Armand. Y ahí yo, mirándolo asombrado, exclamé: «¿No sé lo dije? ¡La muy ladrona!». El barón abrió los ojos como platos, y añadió: «¡Por todos los demonios, vamos para allá! Como ella no puede sentir la alarma, la sorprenderemos con las manos en la masa». Y diciendo eso tomó del cajón una pistola automática y, a paso rápido, los tres atravesamos la galería de los cristales, sin que el timbre dejara de sonar.

Dando una honda inspiración, Jaques estableció una breve pausa. Eduardo, con la mirada fija en un punto inexistente, permanecía inmóvil. A su lado, el comisario Dupont escuchaba con evidente atención todo cuanto el mucamo les contaba. Unos segundos más tarde Jaques continuó:

—Al fin llegamos al gabinete, ¿y que vimos allí? Pues, a *madeimoselle* Natacha de pie, ante el arca abierta, los cajones del escritorio también abiertos y el suelo cubierto de papeles. Tan ocupada estaba, que ni nos oyó. «¡Por favor no te interrumpas hija, continua..., continua», le gritó el barón con voz de trueno. Ella dio media vuelta, ¡qué cara de susto puso! ¡Y que ojos de terror! Abría la boca para gritar y no podía. Pegada a la biblioteca temblaba de pies a cabeza, mientras miraba el arma del señor barón...

El mucamo volvió interrumpir su relato. El comisario, con el ceño fruncido, le ordenó:

—Por favor, no se detenga...

—Es que... lo que viene ahora es algo bastante desagradable —repuso Jaques mirando, pesaroso, a su patrón.

—Sigue, ¿qué pasó después? —inquirió Eduardo casi sin voz.

—Yo le dije a su padre: «¿Lo ve usted, barón, cómo mis presentimientos eran justificados?». A lo que él, mirándome ceñudo, me respondió: «No digas ni una palabra más». Y, usando un acento que a mí me hizo estremecer, prosiguió: «Cuidadito con la lengua. Este asunto solo nos interesa a *madeimoselle* y a mí». Jordán y yo nos miramos amedrentados. El barón, que nos observaba muy serio, enseguida nos ordenó: «Retiraos. Sí necesito vuestra ayuda, os llamare». Después, acercándose a nosotros nos dijo bajito: «Sí me obedecéis y os quedáis bien calladitos, recibiréis ambos cinco mil francos de recompensa». De ese modo, sin rechistar, nos fuimos a toda prisa. Bueno, sé que lo que hice luego... no está bien, pero la curiosidad me dominó. Y todo fue porque sobre la mesa había visto la voluminosa

cartera del ingeniero inglés. Además, me acordaba perfectamente del interés que el pobre hombre sentía por ella. Así que, cuando Jordán se marchó, yo regresé otra vez al pasillo. Allí me deshice de los zapatos y descalzo penetré al fumador que, como ya ven, comunica con el gabinete. Me arrodillé tras del diván y vi... y oí todo: *madeimoselle* Natacha, sentada en un sillón, lloraba en silencio; y el barón reía burlón, a la vez que le decía. «¡Vamos mujer! Las lágrimas no solucionan nada. El susto ha sido mayúsculo, en efecto. Has hecho muy bien en no desmayarte, porque no llevó ni siquiera un frasco de sales en el bolsillo». Ella levantó el rostro en medio de los sollozos y pregunto: «¿Qué piensa hacer conmigo?». El barón se sirvió un vaso de coñac y, sin dejar de reír, exclamó: «¿Qué haré contigo? ¿No te lo imaginas? Te he sorprendido *in fraganti* en un delito de robo, de noche... y en una casa habitada. Hazaña que podría valerte unos buenos meses de cárcel. Más reconozco que de hacer eso yo no podría sacar el menor provecho». Entonces ella le dijo: «Sin embargo, como lo conozco muy bien, sé que no me soltará gratis. Estoy a su merced. Será preciso obedecer a ciegas, ¿verdad? ¿Qué va a exigirme a cambio de mí libertad?» Entonces él le contestó: «¡Pero que mujercita tan lista eres! ¿Qué buscabas en el arca de mi hijo? Dinero no, desde luego. ¿Tus cartas? Tampoco, ¿qué entonces?» Y lentamente el dedo de *madeimoselle* se alzó para señalar la cartera y dijo: «Usted lo sabe muy bien. Buscaba esto». El barón pregunto riendo: «Y esto qué es», y ella respondió: «Como sí usted no lo supiera. Son los planos de ese chiflado inglés».

Jacques miró a Eduardo con aire contrito. Tras una breve pausa, prosiguió: —Le juro a usted, que el rostro de su padre, a causa de la expresión terrible que había tomado, de repente, me dio miedo. Desde mi escondite observé con claridad cuando él agarraba de las muñecas a *madeimoselle* y la sacudía, gritándole: «¡Estúpida!, ¿sabías la combinación del arca y no me habías dicho ni una palabra? ¿Y para qué querías tú esa cartera? ¡Vamos, habla! Y hazlo rápido, y con claridad, o te hago condenar por más tiempo del que puedas imaginarte». Ella de nuevo comenzó a llorar al tiempo que decía: «Se lo diré todo. Su hijo, como ya usted sospecha, está locamente enamorado de la hija de ese inventor..., y yo, aunque se lo prometí a usted, no puedo resignarme; lo amo más de lo que imaginé. Hoy vine a verlo y no

lo encontré; el sirviente me entregó una carta en la que me anuncia la ruptura definitiva a nuestras relaciones. Dice que es mejor no vernos nunca más; ni siquiera como amigos. Eso me llenó de amargura, tanto que en un primer momento solo tuve la idea de dañarlo, de... de hacerle pagar caro su abandono. Así comencé a abrir cajones, sabía que Eduardo acababa de cambiar la clave de su caja y, sabía también que guardaba, en un carné de notas, la clave de la nueva combinación. Enseguida di con el anotador y, con bastante trabajo, abrí el arca...». El barón soltó una carcajada mientras decía: «Y no recordaste inmovilizar el timbre de alarma. Pero bueno, ¿para qué querías tú esos planos? Precisamente yo te había ofrecido una fortuna para que me los consiguieras. Respóndeme, ¿para qué los querías tú?». Y allí ella respondió: «Como acabo de decirlo: para impedir que él llegara a casarse con la inglesa. El viejo le confió esa cartera; pues bien, pensé que si no podía devolvérsela, el inventor lo tacharía de ladrón y jamás consistiría en que su adorada hija se casara con alguien... mucho peor que su padre. Y ella también lo despreciaría, considerándolo un desalmado. Y entonces Eduardo, con toda seguridad, al cabo de un tiempo hubiera corrido a mis brazos de nuevo. De ese modo, sería yo la que, llena de cariño, lo consolaría y, quien sabe, incluso quizás hasta deseara casarse conmigo». Allí pareció que la explicación de *madeimoselle* regocijaba mucho más al barón, quien a su vez le dijo: «Que tonta eres, hija mía. Pero reconozco tu talento en materia de confabulaciones. Sin embargo, ya lo ves: un inoportuno timbre eléctrico que tú no escuchabas ha dado en tierra con tu estúpido plan. Porque yo estaba a mil leguas de toda idea de robo. Mas, como en este mundo nada se pierde del todo, el fracaso de tu combinación va a hacer que triunfe el mío». Tras decir eso, *monsieur* Armand tomó la abultada cartera y añadió: «Ni una palabra a nadie, acerca de todo esto. Punto en boca, ¿me entiendes? Para mayor seguridad, efectuaras de inmediato un largo viaje. A tu regreso tendrás el piso que tanto soñabas». Después, en medio de un bufido él exclamo: «¡Ah! ¿De modo que el viejo Ronald quiere guerra? ¡Pues la tendrá! ¡Lo aplastaré bajo el peso de los millones que sacaré de su invento! En cuanto a ti, esta noche has logrado tu fortuna; si el negocio marcha bien, tendrás mil francos diarios de renta por el resto de tu vida. Ahora vete, necesito estar solo». Y allí, *madeimoselle* Natacha, sacudiendo desesperada la

cabeza, preguntó: «¿Y Eduardo? ¿Podré volver a verlo, ahora que no podrá casarse con la inglesa? Lo quiero de verdad, lo quiero demasiado, no soportaré perderlo; prefiero su amor, a todas las fortunas. Le juro a usted que aceptaría hasta la más absoluta pobreza para estar a su lado. De modo que, sí no me deja verlo, soy capaz de contarle todo». El barón soltó una nueva carcajada, y replicó: «¡Válgame Dios! ¡Pero cuantas estupideces es capaz de decir una mujer enamorada! Pero ¿tú crees que mi hijo, criado en el lujo y la opulencia, se casaría contigo? Siempre te acepté como su amante, porque sabía que no significabas nada serio para él, pues en caso contrario, si Eduardo hubiera intentado desposarte, yo lo habría amenazado con desheredarlo de inmediato. Y tú sabes que él necesita el dinero, como los peces al agua para vivir. En fin, ya hemos hablado demasiado, sabes lo que te toca hacer: no olvides que tu desobediencia puede costarte la cárcel, hay testigos de lo que intentabas hacer. ¡Y ya vete...!»». Y así, *madeimoselle* se marchó con la cabeza gacha y el semblante abatido. Realmente daba pena verla. Bueno, ya les he dicho todo cuanto sabía.

Al terminar Jacques con su relato, reinó un pesado silencio. Eduardo Leblanc de Benlliure se hallaba aniquilado. Dupont miró al doméstico, de manera profesional, y le dijo:

—Bueno, todo cuanto hiciste no merece por cierto censuras. Excepto el no reclamarle en el acto a Natacha el llavero de tu amo. Eso lo habría evitado todo.

—Esa fue mi primera idea... —contesto el criado—. Pero como yo fui el principal testigo del afectuoso comportamiento de mi patrón, para con *madeimoselle* Natacha, pensé que, en caso de una reconciliación entre ambos, podría surgir en ella una enemistad innecesaria hacia mí persona. Soy sincero hasta en relatarles a ustedes mis propios pensamientos.

Eduardo lo miró con evidente gratitud y murmuró:

—Es verdad, gracias, Jacques. Y no te preocupes por nada. Puedes retirarte.

El mucamo, con mirada implorante, le pidió:

—Por favor, se lo ruego, no me denuncie ante el barón.

—Eso, no puedo prometértelo, lo siento —expresó Eduardo—. Pero no temas, yo estaré de tu parte. Mi padre sabrá que no tuviste más remedio que hablar...



Cuando el sirviente salió, Dupont, posando los ojos sobre su amigo, le dijo:  
—Supongo, Eduardo, que habrás sacado las lógicas conclusiones del relato de tu ayuda de cámara, ¿verdad? Siendo así, me marchó tranquilo. En cuanto a la desaparición de la joven inglesa, manda cuantos datos puedas al inspector Loti. No te olvides, sobre todo, su fotografía y, si puedes, de un modelo de su escritura, de su perfume favorito...

—De acuerdo. Esta noche lo tendré todo listo —respondió Eduardo—. Y gracias por tu valiosa ayuda.

Dicho lo cual estrechó la mano de su amigo.

Eduardo se encerró en su gabinete de trabajo. De repente, un malestar general se adueñó de todo su organismo que, sumado a la cólera, la vergüenza, la indignación y la angustia, poco a poco lo derrumbaron del todo.

¿De modo que su padre y una muchacha de vida mundana sé habían unido en la acción infame de arrebatarse el depósito que a su honor le habían confiado? Esta obra, completaba la otra, aquella en que doce años antes, dos aves de rapiña, francés uno, inglés el otro, se habían unido para consumir casi el mismo despojo inicuo.

Todo se hundía alrededor de Eduardo; el amor filial, el respeto, la estimación que siempre le había profesado a su padre, además de la confianza que en él había depositado.

Todo... todo volaba a lo lejos como un puñado de hojas muertas, arrastradas por un vendaval de otoño. Diana había huido y Ronald de nuevo estaba despojado de todo lo suyo.

Un sufrimiento intolerable oprimía el corazón del *petit* barón; con la cabeza entre los brazos, apoyado en el escritorio, presa de una desesperanza sin límites, lloró en silencio.

Después, con resuelta energía, se levantó de su silla. En sus ojos brillaba un claro reflejo de severidad implacable. Su inteligencia había comprendido el alcance del drama en que su conciencia le acababa de plantear.

—Será preciso acabar con esta ignominia —murmuró con los dientes apretados.

Su faz, en la que normalmente se reflejaba la bondad y la dulzura, adoptó en ese momento una expresión de singular aspereza. El indolente juerguista,

gozador de las bellezas de la vida, el apasionado adorador de las mujeres, el hombre enamorado de los refinamientos banales se desvanecía bruscamente. De repente, el cachorro criado en jaula de oro, entre las adulaciones y los juegos perezosos, acababa de darse cuenta de que tenía garras y colmillos.

En ese momento el criado se hizo presente.

—*Petit seigneur*, su padre pregunta si quiere cenar con él esta noche.

Iba a negarse, cuando de pronto, casi sin darse cuenta, se escuchó decir:

—Sí, Jacques, dile a mi padre que me sentaré a su mesa. Y tú muéstrate como si nada hubiera pasado. No temas, suceda lo que suceda, tienes toda mi consideración...

—Gracias *petit seigneur*. Bueno..., su padre me ha dicho además que él no se propone salir después de la cena.

—Tampoco yo; deseo acostarme temprano de modo que puedes marcharte si lo deseas, no tendré necesidad de ti. Mañana hablaremos. —Le tendió la mano y, con media sonrisa agregó—: sinceramente siento mucho haber puesto tu honradez en duda. Pero ya verás, te daré una recompensación merecida.

—¡Por Dios, *petit seigneur*! —exclamó el doméstico, estrechándosela con lealtad—. Nada de recompensas puesto que de verdad yo incurrí en falta al callar. Además, ya le dije que su padre nos dio, a su chofer y a mí, bastante dinero.

Minutos más tarde, Eduardo caminaba por la galería que ponía en comunicación las dos residencias, pasando a la de su padre. Después de saludarse padre e hijo, ambos vestidos con una delgada «americana», se dirigieron al comedor. El menú, aunque apetitoso, al más joven le pareció la peor cena de su vida.

—Pero ¿no tienes apetito? La cena, a pesar de ser demasiado sana, está muy sabrosa—inquirió el barón con extrañeza.

Eduardo no respondió. El banquero, intrigado ante el extraño mutismo de su hijo, agregó:

—¿Qué te pasa? ¡Ah! Ahora que me acuerdo, ¿no tenías que viajar a Londres?

—Precisamente, esta tarde regresé de allí. Solo estuve unas pocas horas.

—¿Y para qué fuisteis allí? ¿Para tomar un baño en el *Serpentine*?

El tono burlesco de su progenitor causó en Eduardo una sacudida de rabia, a la que apenas pudo controlar.

—No, padre, acudí al llamado de Ronald Morrison Cameron.

El barón dejó en la mesa el vaso y miró a su hijo. Eduardo pese a la calma que aparentaba, lo observó con ojos fríos claramente hostiles.

—¡Oh, vaya! ¿El padre de Diana? Y, ¿para qué te llamó justamente a ti?

—No lo sé. Al final no quise verlo.

Con gesto cada vez más sorprendido, el barón volvió a preguntar:

—No entiendo, ¿y por qué razón?

Eduardo, fijando sus ojos en él y sin cambiar la expresión de su mirada, expresó:

—Por una muy simple y penosa razón. Porque me hubiera pedido que le devolviera los planos de su motor confiados a mi honor. Y yo no podía entregárselos...

—¡Anda!, ¿los tenías tú? Y, ¿qué has hecho de ellos?

El joven tragó saliva. Mordiéndose los labios, casi hasta hacerse sangre, musitó:

—Yo nada, puesto que tú me los has robado...

«Robado», la terrible palabra le pareció al barón como el metálico sonido de una campana retumbando en su oído. Pese a su artritis, como movido por un resorte, el banquero se puso de pie y gritó:

—¡Desgraciado de ti! Pero ¿te das cuenta de lo que le has dicho a tu padre?

La voz de Eduardo no se alteró:

—La verdad, no he dicho más que la abominable verdad. Los planos los sacó Natacha de mi arca, tú la sorprendiste y te apoderaste de ellos comprando el silencio de mi criado y de tu chofer. Ya ves como lo sé todo. Jacques, ante el brutal interrogatorio de mi amigo, el comisario de policía Dupont, se ha visto obligado a cantar. Te has transformado en el cómplice de una ladrona. Y ese robo casi se cometió a instigación tuya. Porque eso es lo que le pediste a ella que hiciera.

—¡Falso! ¡Eso es falso! ¡Solo son malignas calumnias! Y te prohíbo, ¿me escuchas? ¡Te prohíbo hablarme de este modo!

—No es necesario gritar, padre. Tengo pruebas suficientes, como acabo de

decirte, Jacques se ha visto forzado, bajo presión, a confesar ante la presencia de mi amigo Dupont. Sé, pues, que los planos están en tu poder y espero que me los restituirás de inmediato.

Por un momento, el tono tranquilo y resuelto de su hijo desconcertó al barón. Pero de pronto, la cólera del viejo barón fue más fuerte que su sorpresa.

—¡Tú no eres quien para darme órdenes! —profirió con rudeza.

—¿Confiesas que los planos de Ronald están en tu poder?

—¡Lo confieso! ¿Y qué?

El sentimiento batallador, que siempre había dominado al barón de Benlliure, se impuso, de manera cruda entre él y su retoño a la vez que aceptaba la lucha, dándose cuenta de que ese joven, que estaba sentado frente a él, pálido y mirándolo con ojos sombríos, dejaba de ser su hijo para pasar a ser solo un hombre, un enemigo a quien era preciso abatir.

—¿Y qué? —volvió a repetir furioso y batallador.

Eduardo lo miró con asco y exclamó:

—Realmente no puedo creer que hayas sido capaz de algo así.

—Pues, ya ves. Lo soy.

—Tú, mi padre... un ladrón... —murmuró el hijo con apenas un hilo de voz.

—¿Un ladrón? ¡Imbécil, más que imbécil! Con cuanta rapidez sale esa palabra de tu boca. No temas, no pretendo despojar a tu Ronald de nada; cuando hace diez años le di cincuenta billetes de a mil, por lo que valía un millón, procedí como un hombre de negocios. ¡A él le incumbía no dejarse engañar! Lo que hice otros cientos más lo hubieran hecho en mi lugar. Los negocios son siempre como las batallas, unas veces Austerlitz, otras veces Waterloo. Si hace doce años, tu desdichado Ronald, no supo defenderse, no fue culpa mía. Y hace unos días cedió a mí negativa, precisamente cuando mi resistencia empezaba a flojear. Veinticuatro horas más, y les hubiera ofrecido una asociación a partes iguales. No supo jugar, ¡peor para él!

—¡Pero ahora, esto que acabas de hacer, es diferente a lo de hace doce años! —gritó Eduardo—. Te has apoderado de algo que me confiaron a mí. Y quizás, tal como hace doce años hizo su cuñado, has hecho ya copiar los planos, ¿verdad?

La sonrisa del barón se acentuó al decir:

—Sí, exacto. Ya están actualmente copiados, registrados y patentados. Lo hice a nombre de los dos: tuyo y mío. De modo que legalmente nos pertenece a ambos.

Ante el terrible significado de esas palabras el rostro de Eduardo se quedó blanco.

—¡Dios mío! ¡Pero esto es una infamia aún más grande! ¡Algo que no tiene nombre! ¿Con qué derecho te atreves a hacerme algo así? ¿Me has hecho cómplice de tu aberrante proceder! —rugió el joven con los puños apretados.

Preso de un gran sobresalto Eduardo se dio cuenta que sus ansias de batallar estaban abandonándolo, dejando en su lugar, una pertinaz calma, casi abúlica.

—¡Cálmate! Guarda ese vocabulario de melodrama vulgar —prorrumpió su padre mirándolo ceñudo—. Esto que he hecho es una maniobra audaz y, sobre todo, hábil que me aventaja sobre mis rivales, incluso sobre Ronald. Y aquí está la prueba de que no soy tan malo; tu parte de fundador en el negocio es considerable a fin de que puedas hacer beneficiario a Ronald de tus utilidades.

Eduardo se tomó la cabeza entre las manos y vociferó:

—¡Ahora creerá que de verdad soy tu cómplice! ¡Pensará que soy como tú! —temblando de ira y de vergüenza, esforzándose en seguir la lucha, agregó—: ¡creerá que posees los planos, gracias a mí, y podrá lanzarme en pleno rostro su desdén, su asco, llamándome hombre sin honor, como tú! ¡No, jamás aceptaré tu indigna proposición! ¿Me entiendes? Haré uso de la declaración de Jacques, del testimonio de Dupont y, aunque deba arrastrar por el cabello a Natacha a los pies de Ronald, obtendré de ella una confesión completa. El barón se puso serio y clavó la mirada en su hijo. Con voz fría rebatió:

—Haz lo que gustes, pero te advierto que en el terreno de la justicia legal cuanto intentes hacer será en vano. Jacques es tu doméstico y como tal su declaración no tiene validez. Tu amigo Dupont sabe esto, lo mismo que yo. ¿Pruebas morales?, solo tienen un valor relativo. ¿Pruebas materiales? Escasean y el Código tiene recodos en las que todo abogado hábil sabe atrincherarse. ¡Nada, muchacho! ¡Como ves soy intachable! —Y en voz baja añadió—: incluso suponiendo que sea yo acusado, ¿quién creerá qué el

barón Armand Leblanc de Benlliure, gran oficial de la Legión de Honor y cien veces millonario, pueda ser un ladrón? Tu Ronald, tu Dupont, tu Natacha, todos ellos quedarían pulverizados así... —Y uniendo el gesto a la palabra, hizo añicos, contra el suelo, una copa de fino cristal que tenía frente suyo.

—Entonces, el honor ¿no existe para ti? —preguntó Eduardo con voz desfallecida.

El barón soltó una ruda carcajada, y exclamó:

—¡Moralismos, no! A mi edad y en mi situación, se dan consejos, pero no sé los reciben... —Y con tono netamente agresivo, agregó—: además, cuando uno pretende hacerse el moralista, ha de empezar por no vivir aún, a los veintisiete años, a costas de tu padre, gastándole un millón por año...

—¡Siempre quise trabajar! ¡Eras tú quien me lo impidió! ¡En la fábrica hubiera podido...!

—¿En la fábrica?, ¡estorbar es lo único que hubieras hecho allí! ¡Y en los negocios de la banca hubiera sido peor! ¡Eres un cándido soñador! Un buen muchacho, eso no lo pongo en duda, pero si tuvieras que ganarte la vida, lo único que harías sería vegetar; no tienes sentido práctico, ni audacia, ni decisión para nada. ¿Y eres tú quien me reprocha el que yo pretenda poner en práctica los inventos de tu protegido? En su ruinosa cartera no valen sus planos ni cinco míseros francos; en mis manos valen ya diez millones. Y valdrán más de cien cuando el primer motor funcione en el banco de pruebas, como ha funcionado ya en América. A mis rivales en la industria los veo ya de rodillas, ¿me oyes? ¡De rodillas!

—¡No puedo creer lo que escucho! —prorrumpió Eduardo con ruda impotencia, mientras reprimía las ganas de saltar sobre su padre y obligarlo a entrar en razón.

—Pues créelo, hijo, créelo. Venderé al precio que se me antoje las licencias de fabricación de mi nuevo motor. Este invento va a dar por tierra, con la industria automovilística que se cree ultramoderna. Los petroleros se verán arruinados y vendrán a pedirme tregua. ¿Y tú hubieras querido que, teniendo una cosa tan formidable al alcance de la mano, la hubiera dejado inútil y estéril en las manos de ese imbécil y aturdido de Ronald? ¡Pues no, hijo, no!

Atónito y aterrado, Eduardo escuchaba la parrafada cínica, entrecortada por las sonrisas sarcásticas y gestos violentos de su padre, quien acababa de presentarse ante él, tal cual era: un astuto, oportunista, sin escrúpulos. ¡Qué bien le sentaba el apodo de barón *Tamerlan* que le daba el París de las finanzas! ¡Era idéntico al legendario y famoso conquistador! ¡Tenía su misma doblez! La misma falsía, la cautela, el orgullo y la tenacidad. Bajo la figura de padre bonachón, de dulce sonrisa que siempre había conocido, aparecía de súbito el más brutal de los piratas de la banca y de la industria internacionales.

—Aún hay otra cosa que quiero decirte —añadió el barón—, aunque te cueste creerlo, procediendo como lo he hecho, te he asegurado tu propia dicha. Sé que amas a Diana, lo adiviné desde que llegaste tan cambiado de Londres, además la misma Natacha me lo confesó. Pues bien, el bandido, el granuja, el hombre sin honor que soy yo para ti ha logrado, de un solo golpe, tu placer y la fortuna del padre de tu amada. Porque Ronald cobrará mañana, si lo desea, un millón o dos... y hasta quizás tres, y te dará la mano de su hija llorando de contento. Y yo le montaré un laboratorio modelo para que se distraiga inventando nuevos trucos, y así seremos todos felices...

—¿Felices? ¡Ahora el que divaga eres tú! —gritó Eduardo.

—Vaya, pero que obstinación la tuya, de ver todo negro y de negarte a la felicidad. Deja de lado esos feos pensamientos. Acércate a mí, abrázame y pídemme perdón. Anda, cuanto he hecho, me lo ha inspirado el amor por ti...

La mirada sombría de Eduardo se clavó en la de su progenitor.

—Lo único que has logrado padre es agudizar nuestra vergüenza y nuestro deshonor, y no otra cosa. Además, has causado mi desdicha, como *sir Norman* causó la de Diana...

—¡Vamos hombre! ¿Qué dices?, pero si Diana es la reina de Londres. Y cuando sea tu esposa, lo será de todo París.

—No. No lo será, puesto que ya no es nada...—repuso con violencia Eduardo—. Ella ha descubierto la terrible verdad..., se ha enterado de la complicidad y el acuerdo infame entre su tío y tú; ya no ignora que el rencor de Norman apresuró la muerte de su madre y provocó el triste destierro de su progenitor. Y nada más descubrirlo, orgullosa y digna de bravura, ha huido del domicilio de su tío para irse... mundo adelante, en busca de su



padre. Precisamente cuando este iba hacia ella.

El barón miró a su hijo con la boca abierta.

—¿Cómo?, ¿qué estás diciendo? ¿Diana ha huido del palacio de su tío?

—Así es, y quizás haya logrado salir ya de Inglaterra, con destino a los Estados Unidos de América en el preciso momento que Ronald regresaba a ella.

El banquero pareció reflexionar. Enseguida, encogiéndose de hombros, dijo:

—No hay que desesperarse, estoy seguro de que enseguida la encontraras. Con dinero todo se encuentra, y una muchacha tan bella como Diana no se extravía por el mundo con tanta facilidad. Sigue mi consejo, emprende su búsqueda de inmediato, encuéntrala y cástate con ella sin perder tiempo.

Temblándole la voz, Eduardo miró a su padre con desprecio y, en voz baja, musitó:

—La mano pura de Diana no ha estar en contacto con la mía, deshonrada y sucia. Ignoro aún lo que haré, pero lo que decida no será porque tú me lo sugieras.

—Vamos hijo, no desesperes, yo te ayudaré a buscarla. Ahora, por favor, ven, tiéndeme la mano y seamos de nuevo amigos, camaradas como antes. Anda, no seas necio... —Al sentir su contacto Eduardo dio un paso atrás.

—¡No te me acerques! No puedo estrechar la mano de una persona como tú. A más de la pena que me causas, me das horror y asco. Y no te aplastó como a una cucaracha, porque eres mi padre. De otro modo, ya lo habría hecho. —Acabó mirándolo con infinito desprecio.

Ante esas palabras, y de la manera en cómo fueron dichas, el semblante del barón palideció. Su voz tembló imperceptiblemente al decir:

—Eduardo, por Dios, contrólate. ¿Cómo me dices eso? Te he querido siempre con toda mi alma.

—Lo sé, y eso es precisamente la causa de que mí desesperación sea mayor; has luchado, has vencido..., siempre has vencido. Pero luchar contra un hijo es muy distinto. Ya adivino sobre nuestras cabezas la terrible mano de la providencia. Es muy posible que sea yo el instrumento de tu castigo, de tu expiación... —Mientras hablaba Eduardo se había acercado a la puerta.

De un solo golpe la abrió y al salir dio una vuelta de llave. En la estancia

vecina sonaron sus pasos precipitados.

—¡Eduardo! —gritó el barón, con visible ansiedad, mientras intentaba abrir la puerta.

Nervioso, apoyó su espalda contra la dura madera y empujó una y otra vez, sin lograr destrabarla. Los minutos comenzaron a pasar mientras él continuaba intentando abrir la pesada puerta. Al comprender que sus intentos serían vanos, se puso a gritar hasta que uno de sus criados le abrió.

—Barón, ¿qué... qué ha pasado? —preguntó el doméstico.

El banquero, jadeante, pasó a su lado sin contestarle. Rápido, ignorando el dolor de su pierna, atravesó la galería que ponía en comunicación las dos moradas, y entró precipitadamente en la de su hijo.

—¡Eduardo! ¡Eduardo, escúchame...!

Ni un ruido. Solo silencio.

Buscó, en todas las habitaciones y, de pronto, en mitad del gabinete de Eduardo, pisó algo duro; con dificultad se inclinó y lo recogió. Al examinarlo entre los dedos sus ojos se dilataron y un nudo le apretó la garganta...

Lo que acababa de recoger del suelo era la bala de una pistola.

## TERCERA PARTE

Ronald se hallaba sentado en un banco de madera dentro de una vieja abadía. Aunque no era muy creyente, deseoso de encontrar sosiego a su espíritu atormentado, sus pasos lo habían encaminado allí. Abrumado por la pena y la desesperación, comenzaba a sentir que la vida se le antojaba hueca y sin sentido, y que todas sus esperanzas se iban esfumando perdidas sin remedio.

Sí, a pesar de todo lo que le había gritado a su cuñado, y a pesar de que tenía esperanzas de encontrar a su hija, se daba cuenta de que sus ánimos comenzaban a decaer.

Había abandonado el palacio de Norman lleno de una dolorosa inquietud, y de allí, directamente había decidido tomar el tren en Charing Cross para Dover, con fin de llegar a París cuanto antes.

Durante el viaje el sufrimiento, de no haber podido ver a su hija, se intensificó hasta llegar a torturarlo. Y esa tortura lo obligaba a pensar en los años que había pasado en el extranjero, lejos de ella, en los que había creído que jamás volvería a pasar por lo mismo.

Pero aun así, pese a la coincidencia de su tan inmensa tristeza, una satisfacción, también inmensa le llenaba el alma. Su hija, para vengarlo, se había atrevido a huir del hombre que le había robado el amor y la ternura paternal. Nada había sido suficiente para detenerla, ni siquiera las comodidades de la fortuna, ni el lujo al que estaba acostumbrada. A todo había renunciado, con deliberada obstinación, para correr, quizás sin saber hacia dónde, en busca del padre de quien ella al fin sabía la verdadera historia. Sin volver la cabeza, caminaba por algún lugar desconocido, deseosa de poner a los pies de su padre un corazón rebotante de cariño. A no dudar, Diana había mirado, cara a cara, la vida que iba a ser la suya, aceptando la humildad, la estrechez, el duro trabajo y, hasta incluso, la

soledad.

Ronald cerró los ojos y se imaginó el día cuando ambos se reencontraran. ¡Oh! ese sería para él el momento más hermoso de su vida, el instante en que su júbilo habría de inundar de dicha el cielo y la tierra.

—¡La hallare! ¡Sí, la hallaré! No puede ser posible que pase por tan terribles pruebas sin un final feliz. Y cuando la vea le diré: «Mi Diana, mi pequeña hijita adorada», y la he de reconocer entre cien, entre mil, entre un millón... —murmuró ciego de lágrimas.

Pero mientras el pobre y desesperado padre monologaba consigo mismo, una voz irónica y cruel, como salida desde el mismo infortunio en que se hallaba, parecía decirle: «Eso será, muy difícil. Porque si ella se marcha hacia los Estados Unidos en tu busca, quizás, nunca lograras encontrarla».

Y allí Ronald, con la frente perlada de sudor, sacudió la cabeza y trató de espantar esas terribles frases.

A su llegada a París, Ronald volvió a hospedarse en el mismo hotel que la última vez, pero solo permaneció allí una noche. A la mañana siguiente se alquiló un modesto cuarto en un sexto piso, sin ascensor, cerca de Montmartre, a la altura de la calle Lepic.

Tendría que buscarse un trabajo y comenzar con sus investigaciones en el intento de encontrar a su hija. Para eso necesitaba dinero, solo le quedaban doscientos dólares, ya que los rateros de Charing Cross, al arrebatarse la cartera de bolsillo, lo habían despojado de otros quinientos.

—¿Cómo podría hallar un trabajo en París? —le preguntó a la portera.

La amable mujer lo miró compasivamente.

—Depende de lo que usted sepa hacer.

—Soy ingeniero mecánico —respondió sin emoción en la voz.

—Pues, en ese caso lo mejor sería publicar un anuncio en un gran diario. Ese sistema por lo general no falla.

—Gracias. Así lo haré —respondió Ronald.

Al cabo de una hora llamaba a la puerta de Eduardo Leblanc. Por suerte el hijo del barón estaba en su casa. Jacques de inmediato reconoció a Ronald y corrió a prevenir a su amo.

Eduardo recibió al padre de Diana en su gabinete de trabajo. La faz del ingeniero parecía otra. Otra muy diferente a la de aquel día en que había partido hacia Londres. La pena, y más que nada la angustia, habían acentuado las tristes huellas de su duro pasado, y estas parecían enmohecidas por la sal de sus lágrimas.

Eduardo, por su parte, presentaba también signos exteriores del pesar que le roía el alma. Temía, y al mismo tiempo deseaba, la visita del padre de Diana.

—¿Qué te pasa, mi buen amigo? —inquirió Ronald con fina cortesía tratando de esconder sus propios pesares al ver el estado del joven—. ¿Estás acaso mal de salud?

—La verdad es que... he pasado por grandes tribulaciones —repuso Eduardo con voz vacilante.

El ingeniero, a pesar de su decaído ánimo, sonrió benévolo.

—¡Ah! Esas cosas a tu edad pasan pronto, pero en cambio en la mía es todo más difícil. Si supieras por lo que ahora estoy pasando. Pero antes de marearte con mis penas, permíteme preguntarte: ¿qué tal está tu encantadora amiga, la señorita Natacha?

Eduardo, tras guardar unos instantes de silencio dijo:

—He tenido que... que separarme definitivamente de ella. Por favor, no quiero hablar de ella ahora.

—¡Ah! Comprendo porque no te ha sido posible ir a Londres. ¿Recibiste mi carta?

—Sí, la recibí, y de inmediato viajé hacia allí.

—¿A Londres? —Ronald miró al joven con desconcierto.

—Sí.

—¿Entonces sabes lo que ha pasado...? ¿Y, como es que no me avisaste?

—Usted estaba ausente. Allí me enteré, por *sir* Norman, la desgracia que lo afligía, y me pareció mejor... no molestarlo. Enseguida regresé dispuesto a proceder aquí, por mi cuenta, las investigaciones para la búsqueda de Diana. La policía francesa está ya en campaña. Las dos mejores agencias privadas de París trabajan en esto activamente. No obstante eso, yo..., a cada instante, me hago la misma pregunta: ¿dónde estará? ¿En Francia...?, pero ¿y sí se embarcó hacia América? Hasta la fecha no ha sido posible dar con ninguna

pista —acabó con apenas un hilo de voz y el semblante pálido.

Ronald, con gesto emocionado, le estrechó las manos.

—Gracias, amigo. Gracias por cuanto estás haciendo a mi favor. ¿Sabes una cosa? Yo también tengo miedo de que haya partido hacia América en mi busca. Pero al mismo tiempo, algo me dice que ella está muy cerca. Norman también ha puesto a todos los policías oficiales y privados de Londres para la localización de mi pobre hija. Y aunque no me desanimo, hay momentos en que también me falta la confianza. —Signó una pausa. En un gesto de auténtico dolor añadió—: mi cuñado está enfermo; me he separado de él en una situación bastante violenta.

Eduardo permanecía callado. El ingeniero movió tristemente la cabeza. Tras observarlo unos instantes en silencio, acotó:

—De verdad, te noto extraño y muy desmejorado. No pareces el mismo joven animoso de siempre; barrunto que algo grave le pasa en tu salud.

—No se preocupe... —musitó el joven procurando disimular su conmoción.

—Me daría mucha pena saberte enfermo. Bueno, ¿mis planos están aquí? No los dejaste en Londres, ¿verdad?

El rostro de Eduardo se tiñó de rojo.

—No. De hecho, no los llevé a... Londres —contestó titubeante, mientras sentía que un frío glacial le helaba las venas.

—Mejor así, por ahora no deseo venderlos. Pero en mi cartera están los croquis esquemáticos de dos o tres cosas de menor importancia, entre ellos un *electric-boy*, y aunque los sé de memoria, me gustaría intentar comercialarlos.

—¿Un *electric-boy*? —inquirió el joven sin entusiasmo, con apenas un hilo de voz.

—Sí, es un eléctrico doméstico, se trata también de un motor. Un motor que en realidad parece de juguete, no mayor que una caja de cigarros, que accionando a diversos aparatos domésticos, limpiará el suelo y hará funcionar la máquina de coser, entre muchas otras cosas. He decidido construir un modelo rápidamente. Bueno, ya saca de tu cofre de seguridad mi cartera a fin de que tome esos croquis; los planos de mi motor seguirán en tus manos, así estaré tranquilo sabiendo que todo está bajo tu custodia.

La expresión de Eduardo había tomado un aspecto tan trágico que el

inventor bruscamente tuvo la intuición de que algo grave ocurría.

—¿Qué pasa? ¿Puedes darme la cartera?

—No, *míster* Morrison —suspiró Eduardo.

—¿No?, pero entonces... —Ronald se estremeció.

—Me los han robado.

La cara de Ronald cambio de color.

—¿Robado? ¿Dices que te han robado mis planos, de tu arca? ¿Quién? ¿Cómo...?

Las preguntas del inglés reflejaban tal incompreensión que Eduardo tendió hacia él sus manos suplicantes.

—¿Quien ha podido robar mi cartera? Tú debes de saberlo —rebató Ronald mirándolo incrédulo.

—No puedo... contestar a eso...

—Ah, ¿no puedes o no quieres? —gritó el inglés casi descompuesto.

—No puedo decirle quien es el ladrón. Pero le aseguro firmemente que voy reparar el daño que le he causado. En pocos días me será posible obtener, liquidando mis bienes, unos tres millones de francos, los que le entregaré a usted.

El rostro del inventor adquirió la rigidez de las piedras. Sus ojos inmóviles, como los de un tigre irritado, echaban llamas. Sin embargo, al dirigirse al joven, habló con una calma tal que a Eduardo el sonido de su voz le pareció más terrible que un puñetazo.

—Pero ¿qué es esto? El robo de mis planos, tu negativa a darme explicaciones y tu desinteresada oferta. Realmente no comprendo nada; o quizás no deseo comprender...

—¡Sé lo ruego, *míster* Morrison! —imploró Eduardo—. No me obligue a hablar, acepte lo que le ofrezco a título de indemnización. Después de un tiempo, obtendrá más... porque he de emplear todas mis fuerzas en ello. Tome mis tres millones, y déjeme actuar con entera libertad. De lo que le daré, no quiero ni siquiera un recibo...

El acento del joven fue tan doloroso que Ronald lo observó en silencio con los ojos achicados. Pero transcurridos unos instantes su furia pareció reavivarse.

—¡No quiero dinero vuestro! —rebató jadeante—. Lo que quiero son mis



planos... ahora, ¡ya mismo! Tú conoces su paradero, estoy seguro de eso. Si no quieres ir a recuperarlos, dime a donde debo dirigirme para ir yo.

—*Míster Morrison*, por lo que más quiera... le pido...

—¡Nada de suplicas hipócritas! ¡Estoy seguro de que le has entregado mis planos a tu padre!, ¿verdad? ¡Sí, me juego la cabeza que es así! —Y sonriendo con irónica furia, agregó—: a no ser que los haya robado el mismo de tu segura y maravillosa arca secreta. ¿No te das cuenta?, ¿esto que me cuentas es inverosímil? ¡Quiero la verdad!

—Lo que le estoy... diciendo es la verdad. Se lo juro, fue un descuido mío. Perdí las llaves. Escúcheme con atención y se lo contare todo.

Sí, estaba decidido: le contaría toda la verdad, la única y absoluta verdad.

—¡Habla! Te escucho —ordenó Ronald impaciente. Tras tomar asiento, cruzó los brazos y, con un rictus de sarcástica desconfianza en los labios, se dispuso a escuchar. Eduardo habló y, mientras lo hacía, el rubor vergonzoso continuó tiñéndole las mejillas, a la vez que su cabeza se inclinaba hacia el suelo, humillada. Le habló de su gran amor por Diana, de su ruptura con Natacha, del furor despechado de esta, de su tentativa de robo, de la confiscación de los planos perpetrada por su padre, y de los proyectos de este.

Sin exteriorizar su nerviosidad, Ronald escuchaba el relato. De a ratos su sonrisa mordaz se acentuaba. Cuando el joven terminó su vergonzosa confesión, se levantó de su silla, lo miró profundamente y, sin decir palabra, empezó a caminar de arriba abajo por la estancia, absorto en penosas reflexiones.

Al fin, se encaró al joven y, mirándolo con fiereza, exclamó:

—Todo esto está, evidentemente, bien combinado; tienes, no caben dudas, un gran talento de comediante. Siempre he sido muy crédulo, pero ya estoy curado de espantos, y ahora todo lo que me has contado resulta a mis ojos tan absurdo, que no te creo una sola palabra. Y como, por otra parte, te apellidas Leblanc de Benlliure, a sabiendas de lo que este nombre vale...

Eduardo se puso blanco.

—¡Dios mío! ¿Es qué no me cree? Entonces, ¿será preciso que me salte la tapa de los sesos, en su presencia, para lograr que me crea?

Ronald sacudió la cabeza. Su única respuesta fue una risa burlona.

Eduardo, con gesto solemne, extendió la mano.

—*Míster Morrison*, le juro a usted, por la sagrada memoria de mi madre, que he dicho la verdad y nada más que la verdad. Créame, estoy destrozado; completamente abatido; usted no se imagina lo que es, para un joven como yo, descubrir la perfidia de su padre; el hombre del que tan orgulloso se sentía...

Por un instante el inventor pareció conmoverse. Pero aun así, presa de una infinita desconfianza, a la vez que decepción, habló con rudeza:

—¡Pruébame tu verdad! Pero te advierto que no le concederé el menor crédito al testimonio de tu amiga ni al de tu criado. Sin embargo, me inclinaré ante lo que diga el comisario y el inspector. Y para que veas que soy generoso, te creeré si tu amante me da a leer la carta de ruptura que aseguras haberle hecho.

—Gracias —murmuró Eduardo con un hilo de voz.

Se acercó a la mesa y tomó el teléfono. Pidió una llamada, colgó y esperó. Algunos minutos después sonó el timbre, el joven levantó el tubo.

—Aquí, Eduardo Leblanc de Benlliure. Sí, ¿podría hablar con el comisario Dupont? ¿Cómo?, ¿qué partió en misión secreta, ayer? ¿Y el inspector Loti?, ¿lo acompañó...? ¡Ah!, ¿de modo que dejó a otro para la búsqueda de *madeimoselle Morrison*? De acuerdo. Pero Dupont, ¿tardará en regresar? ¡Vaya, que suerte la mía! Bien pues, gracias, *madame*. Sí..., sí, he terminado. —Con el rostro atormentado colgó.

Ronald mirándolo serio rebatió sarcástico:

—De modo, que sí no he comprendido mal, tus policías amigos están ausentes...

—Así es —expresó Eduardo asintiendo con la cabeza. Seguido a eso, con el rostro pálido y desencajado, agregó—: el comisario Dupont partió, de manera inesperada, en una misión secreta hacia el extranjero, acompañado del inspector Loti, para hacerse cargo de un criminal cuya extradición procuraran que sea concedida. Y otro colega se está encargando de la búsqueda de Diana.

—Bueno, eso era de prever; es más, yo ya sabía que pasaría —comenzó a decir el inglés riendo con notable burla—. Y apuesto que tu Natacha ha emprendido también su correspondiente viaje. Llámala y veras.

—Sí, me temo que eso es cierto —murmuró lacónico, y tal como si hablara consigo mismo, agregó—: por lo que sé, mi padre le dio bastante dinero para que desapareciera.

Mientras decía eso, tomó el teléfono y marcó. Espero en vano, en el piso de la bailarina no atendió nadie.

—Como decía. ¿Ves? tengo la apuesta ganada —replicó Ronald.

El joven, con remarcada derrota, mirándolo a los ojos asintió:

—Es verdad, todo está en mi contra.

El ingeniero se encogió de hombros y guardó silencio. Eduardo, desfallecido, luego de un hondo y quejumbroso suspiro, añadió:

—Realmente, no sé cómo convencerlo de mi verdad. Le he dicho cuanto sé; su cartera, con cuantos papeles contenía, está en poder de mi... padre. Hace tres días que sufro un infierno, tuve con él una discusión terrible, le exigí la restitución de todo. ¡Se negó!, y me dijo que estaba dispuesto a... entregarle a usted, una suma... de dos, o tres millones, los cuales, pienso yo, podría sumarlos a los míos. *Mister Morrison*... tome ya mismo posesión de mi casa entera, si lo desea. Y, asimismo, en nuestras fábricas tendrá un magnifico laboratorio a su disposición...

Ronald lo interrumpió:

—¡Nada!, no quiero nada. Y lo que más me indigna es pensar que quizás esta noche, durante la cena junto a tu digno padre, ambos os burlareis de mí.

—¡No!, eso nunca; ni siquiera lo piense. Por favor, Ronald, se lo suplico, tome todo lo mío. Si acepta lo haré en el acto el dueño absoluto...

—¿Y sin recibo, verdad? Eres digno hijo de tu padre —rugió el inglés— ¡Canallas los dos!

—No, yo no soy igual que mi padre, créame... —La voz apagada y quejumbrosa de Eduardo parecía como salida de un profundo tubo.

—De tal padre... tal hijo. ¿Creíste que caería en tu trampa? Me entregarías los millones sin exigirme recibos, claro... ambos sabéis que, sin documentos debidamente registrados, pagándome en billetes de Banco o arrojándome dádivas, quedaríais tranquilos, con la conciencia en paz, ¿no? ¡Dios mío! ¡Que granuja eres!, que bien llevas el deshonorado título de tu padre —le escupió frenético. Y al ver que Eduardo intentaba hablar, levantando el brazo en un gesto de furia, siguió diciendo— ¡No digas una sola palabra más!,

no añadas nuevas mentiras. Y pensar que tenía confianza en ti, ¡cómo me engañaste! Claro, no te costó mucho, pese a las duras y adversas lecciones que la vida me dio, aún sigo siendo un estúpido idealista, siempre a creer en la virtud y la bondad de la gente. ¡Me engañan, me roban, se mofan de mí... y no me corrijo! Pero tengo un consuelo a mis penas, puedo mostrar mis manos limpias del deshonor. Vuestra victoria sobre mí no es las que se enorgullecería un bribón de mérito; es una cobardía y abuso de confianza. Pero inútiles... —comenzó a reír y, mirándolo a los ojos con extraño gesto, añadió—: ¿y sabes por qué es inútil? Porque hoy he hallado, en mi maleta de viaje, un croquis que tendría que haber estado en la cartera. Por consiguiente sin ese croquis, los planos de mi motor son incompletos. La pieza del dibujo que falta es insustituible. Su ausencia lo hace inutilizables, de modo que..., esta vez, mi sempiterna distracción me ha sido de una utilidad preciosa. Además, mis planos están ya registrados y patentados en América. Y el *electro-boy*, como ya te dije, lo tengo en mi cabeza y puedo, en una noche, volverlo hacer...

La ancha sonrisa, que de pronto apareció en la boca de Eduardo, iluminando su semblante, lo detuvo en seco.

—¿De qué te ríes? —interrogó secamente el inventor.

—Es de alegría, *míster* Morrison. Siendo así, esta vez no seréis despojado de nada por mí padre como antaño. Sí, su providencial descuido y la precaución tomada al patentar el invento lo ponen a salvo del barón de Benlliure.

—¿Y ahora correrás a advertírsele todo, no?, vamos no lo niegues. Ahora ya puedo leer en tu cara como en un libro abierto.

Eduardo, en un gesto autoritario y firme, lo detuvo.

—Escuche con atención lo que voy a decirle: hace tres días, desesperado, completamente asqueado, salí huyendo de la casa de mi padre y también de la mía. Me asilé en un rincón del bosque de Bolonia. En uno de mis bolsillos tenía una pistola que había tomado con la intención de acabar con mi vida, a sabiendas de que no podría soportar la innoble y deshonrosa acción de mi padre. Le aseguro que esa era mi idea, y sé que mi mano no hubiera temblado, pero de repente el recuerdo de Diana me detuvo... —A pesar de la mirada furiosa de Ronald, el joven prosiguió con su relato—: y allí me di

cuenta de que no tenía el derecho a suprimirme sin antes hacer lo posible por devolverle a su hija. ¡Siento que no seré capaz de vivir jamás con dignidad! Y lo peor es que no creo que Diana alguna vez pueda aceptarme como... su esposo.

—¿Su esposo? ¿Y crees que ella consistirá en aceptar al hijo del hombre que contribuyó a destruir a su padre? —vociferó Ronald con el semblante pétreo.

Por los ojos de Eduardo paso un relámpago de fúnebre desesperación.

—No, desde luego. Sé que estoy acabado, por eso en mi mente solo surge la idea de acabar del todo con esta pesadilla... —musitó como si hablara consigo mismo.

Al fin, quebrantado y piadoso, Ronald murmuró:

—¿Sigues hablando de... un posible suicidio? ¿Y qué remediaría tu muerte?

—No, ahora no pienso en eso. En estos momentos mi mayor deseo sería desaparecer, huir lejos, quizás de ese modo acarrearía la infelicidad de mi padre como un castigo.

El inglés, con remarcado desdén, replicó tajante:

—El dolor de tu padre no saldaría su deuda, ni borrará la huella de los males que, por vuestra culpa, he de sufrir aún. Es mejor que repares tus errores y los de tu... padre de otra manera. Hoy por hoy, no puedo sentir más que rabia, mezclada con piedad, en torno a ti. No obstante, comienzo a creer un poco en tu inocencia. —Lo miró a los ojos y, con voz calma, añadió —: por favor, que nunca más sé te cruce la idea del suicidio. Dando la cara a los problemas, e infortunios, es como realmente se demuestra la valentía para afrontar la vida, te lo digo por experiencia.

Tras decir eso, Ronald se encaminó hacia la puerta. Al llegar a ella, se detuvo y miró a Eduardo que, con el rostro desencajado, permanecía inmóvil apoyado en su lujoso escritorio. Un tanto vacilante el inglés intentó iniciar un movimiento de retroceso, pero no lo consiguió. Y con un gesto brusco, abrió la puerta y rápido salió de allí.

Eduardo, dominado por la desesperación y la vergüenza, se quedó mirando como un poseído la puerta que se acababa de cerrar.

Diana Morrison, bajo la apariencia de Helga Weber, se presentó al día siguiente para tomar posesión de su cargo de institutriz en la casa de Jean Marco Lagrange.

—Es raro —le había confiado la esposa de este en el momento en que se quedaron solos—. ¿Te has fijado en la inglesa? La encuentro ahora muy distinta. Cuando vino ayer no llevaba lentes, además tenía el pelo largo...

—¿Estás segura mujer? —preguntó *monsieur* Lagrange, mirándola intrigado.

—Segurísima. Realmente es la misma, pero al mismo tiempo, no es la misma. Bueno, yo me entiendo.

—Mira, no comiences ahora con tus misterios. Sherlock Holmes no era una madre de familia, sino un varón que fumaba pipa.

—Pues, con pipa o sin pipa, si él estuviera aquí, diría lo mismo que yo.

—En concreto, ¿tú qué quieres decir con eso de que no es la misma?

—Pues, simplemente que esa chica quiere parecer... lo que no es.

—Y dale con los enigmas. Ese cine...

—¡Esas narices...!

*Monsieur* Lagrange chilló enfadado:

—¡Esto ya es el colmo! Querías una joven inglesa que fuera distinguida para hacer que los Monescal, cuya institutriz solo es una suiza flaca y seca, rabiaran. Te la traigo y tú al verla tan bonita y distinguida muy «casa rica» casi te caes de espaldas. Y cuando se instala con nosotros, porque se le antoja o necesita ponerse unos cristales ante los ojos y se corta el pelo, ¿me sales diciendo que no es la misma, que hay un misterio, que ella no es ella...? que...

—¿Qué?... prosigue...

—¡Nada, hija, que tu cerebro baila el *rigodón!* Y hasta eres capaz de contarles tus intrigas a los niños.

—Pues, les contaré lo que a mí se me dé la gana, ¿lo sabe usted, *monsieur* Lagrange?

Y la regordeta mujer, ajustándose su peinador rojo, salió de allí con aire de reina ofendida.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Diana volvió a pasar por otra engorrosa prueba. El industrial le llenó el vaso de vino hasta el tope, obligándola a bebérselo, mientras su esposa, cada vez que le servía los platos del almuerzo, se los llenaba también hasta el borde. Los chicos discutían y peleaban con chillados desahogados a la vez que, de parte de padre y madre, recibían tirones de orejas.

Rato después, mientras tomaban café sentados en la sala, *monsieur* Lagrange, miró sonriente a Diana y le preguntó:

—¿Y bien, *miss*? ¿Qué me cuenta de sus primeras horas de trabajo?

Ella, dejando la taza sobre la mesa ratona y tras una vacilación, respondió:

—Bueno... regular. La verdad es que, sin el ánimo de ofenderlos, pienso que desde ahora habrá que cambiar radicalmente el modo de comportarse de los niños. Por empezar, los mayorcitos podrán sentarse a la mesa, pero los más pequeños comerán un rato antes. Y nada de servirles vino...

Mirándola sorprendida, *madame* Adela intervino con una pregunta:

—¿Qué? ¿No podremos estar con nuestros hijos mientras comemos? —Con aire dramático, prosiguió—: ¿Y ahora incluso también nos dictara usted lo que debemos decirles... y darles de beber?

—*Madame*...—repuso Diana con firme dulzura—. A sus hijos usted podrá decirles y darle lo que quiera; pero en tal caso, le ruego que prescinda de mis servicios. He aceptado rehacer, de cabo a rabo, la educación de los cinco niños, porque así me lo han pedido ustedes. Todos ellos poseen excelentes cualidades, además de un hermoso corazón, que es lo más importante. Pero a la vez, son descuidados, chillones y muy malcriados. Hasta este momento nadie les ha inculcado ideas de corrección, de discreción ni de cortesía...

—«Ni de aseo», se dijo para sí—. Los muchachos pronuncian, sin cesar, muchas palabrotas y las dicen con aire jactancioso, creo que por pura fanfarronería, cuando las niñas están presentes y tampoco conocen el verdadero respeto que se le debe a los padres.

—Nada, hija, ande dígalo con franqueza: son como animalitos, ¿verdad? — exclamó la madre roja de contenida vergüenza.

—No, *madame*, son simplemente niños. Niños que nunca recibieron una buena educación. Y la cosa es, hasta cierto punto, comprensible: sus padres han tenido que trabajar sin descanso y no han dispuesto de tiempo para nada más.

La voz de la dueña de casa sonó temblorosa:

—Precisamente eso es lo que hemos estado haciendo: trabajado mucho..., quizás demasiado, de ese modo logramos ganar una fortuna para hacerlos felices y que ellos no pasen lo que pasamos nosotros.

El marido aprobó.

—Es la pura verdad, ya se lo dije el primer día. Queremos que nuestros niños sean felices, muy felices.

Conmovida Diana sonrió al opinar:

—Los comprendo, pero desgraciadamente, la felicidad no consiste en olerlo todo, en beber vino a una edad inadecuada, comer con los dedos, arañarse y decir groserías, entre otras muchas cosas. Pienso que los niños deben de cambiar todos sus hábitos, o es inútil que yo siga aquí, perdería mi tiempo, y ustedes, el dinero.

Tras esas palabras, reinó un prolongado silencio. Por fin el industrial, tras sacudir nervioso la cabeza, comenzó a hablar:

—Creo haber comprendido, *miss*; lo que ocurre es que... mi mujer teme que los pequeños, educados «a lo rico», acaben por reírse de ella. Y para serle sincero, a mí de pronto me ocurre algo parecido. Con solo pensar, en que nuestros hijos puedan un día avergonzarse de sus padres...

—Es verdad; si algo así nos pasara, la pena acabaría con nosotros —expresó la madre a la vez que rompía a llorar.

*Monsieur* Lagrange, con ademanes precipitados, encendió su pipa, con la que intentó disimular la emoción que le llenaba de lágrimas los ojos.

Diana, consciente del drama que aquellas buenas personas sentían, se



apresuró a decir:

—Les pido disculpas por causarles este disgusto. Pero, realmente, cuando me contrataron creí que deseaban alguien que pudiera educar a sus hijos.

—Así es, *miss*. Pero ahora acabamos de darnos cuenta de que... tenemos miedo.

La joven, con clara indecisión, se mordió el labio. Tras algunos instantes de silencio, con voz suave, comenzó a decir:

—Los seres humanos bien educados no se ríen ni se burlan de los que no lo son, y menos de sus padres. Ni tampoco provocan a nadie disgustos, ni penas, todo lo contrario. Educación no quiere decir impertinencia, ni orgullo, ni fatuidad; si me lo permiten, yo les enseñaré a los niños también sus deberes de gratitud filial. Solo les pido a ustedes que cuando yo esté presente, procuren hablar... de lo dura que fue, para ustedes, la existencia y del rudo trabajo al que se vieron obligados a hacer. De ese relato, yo destacaré lo conveniente, y así les pondré de relieve esos ejemplos. Solo exijo que se me deje proceder libremente.

—¡Magnífico! —exclamó el industrial riendo entusiasta—. Y ahora, se me acaba de ocurrir una idea: en cuanto los pequeños estén reeducados, nos reeducareis a nosotros también, que buena falta nos hace. Mientras tanto, apenas nos «colemos» en algo, o cometamos un desliz, usted *miss*, enseguida nos advertirá. Puesto que tenemos tanto dinero, ¿por qué no pagarnos también una nueva educación? Y asimismo tiene usted la libertad, en toda la casa, para reformar y ordenar lo que os parezca que está mal.

Diana, ensanchando una sonrisa benévola, replicó entusiasta:

—Muy bien, todos nos esforzaremos en ser muy educados, modestos y mejores personas. He de hacer lo imposible para guiarlos hacia la amable naturalidad que es la perfecta buena educación. En cuanto a los más pequeños, yo misma vigilaré sus comidas, que serán aparte, y de sus baños diarios.

—¿Diarios? —exclamó *madame* Adela con un suspiro—. ¿Usted sabe lo que es bañar, todos los días, a cinco niños? —Al notar el puntapié que su marido le daba, agregó sonriente—: bueno, de acuerdo, se hará como usted diga, *miss*. Pero comer sin ellos va a entristecerme mucho.

—Los jueves y los domingos nos sentaremos todos juntos a la mesa, pero a

condición de que ustedes pongan buena voluntad también en aprender las lecciones, y nada de vino a los niños. En cuanto al baño diario, no se preocupe, yo me encargaré de todo... —manifestó Diana con una sonrisa.

La dueña de casa, con un gesto resignado, murmuró:

—Haremos todo lo posible... y lo imposible, para que todo marche bien. —Miró a su esposo y añadió—: ¿no es verdad, *monsieur* Lagrange? solo que sí, a veces..., yo me pongo a gruñir...

—*Madame* Adela, las personas no gruñen; censuran, advierten, protestan... —rectificó Diana.

—Bien, pues si a veces protesto, no tendrá que extrañarse, porque va a serme muy difícil llegar a hacer las reverencias y los discursos finos, como nuestros distinguidos vecinos. Pero en fin, *miss*, nos enseñareis a portarnos como se debe, en todo sentido, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí. Y en el fondo no será una tarea muy difícil.

Y así, la vida de Diana comenzó a desarrollarse ardua y monótona, entre unos padres y unos hijos que, hasta entonces, habían vivido sin observar ninguna regla. Y ahora, deseosos de conocer las ventajas de la disciplina personal junto a la buena educación, intentaban soportar su peso. La tarea prometía ser larga; pero Diana poseía una voluntad tenaz y, sobre todo, mucha paciencia. Además, debía tener resignación y amoldarse a la vida laboriosa y humilde que el destino le ponía por delante. Y, en cuanto ganara lo suficiente, emprendería el viaje hacia los Estados Unidos en busca de su padre.

A lo largo de aquel arduo trabajo, a más del sendero de espinas que transitaba, de vez en cuando Diana se descubría pensando en Eduardo, a la vez que se decía: «Para bien, o para mal, te quiero, y creo que nunca podré olvidarte».

Una tarde, durante sus horas de descanso tras regresar de la pensión de Lorena donde comió con ella y con Maggi, Diana se encaminó a la calle Villejust, muy cerca de las residencias del barón y de su hijo, sin atreverse a llamar. Y allí permaneció de pie, en silencio con los ojos fijos en la puerta, a la vez que se decía: «Eduardo, no serás un extraño... no, nunca podré sentirte de ese modo».

Lo más importante era saber que ya no dudaba del profundo amor que

sentía por él, pero del que, estaba segura, jamás sería correspondido como ella lo deseaba. «¡Y cuán hermoso hubiera sido sentir que él también me demostrara su amor, únicamente a mí... solo a mí! Eso sería el mejor de los consuelos. Pero ¿cómo fiarme de un frívolo Casanova, acostumbrado solo a enamorar mujeres..., él que, para peor, aún vive a expensas de su padre, que a su vez ayudó a destruir al mío?». Se dijo mientras sentía rodar por sus mejillas las lágrimas.

Volvió otras muchas veces más, pero en ningún momento su mano se tendió hacia el llamador eléctrico. Ante todo tenía que permanecer en su aislamiento voluntario, y no ser descubierta por su tío.

Y si una cierta tarde, cuando pasaba por la misma calle, hubiera llamado a la puerta, cuyo aldabón tanto le atraía, y hubiera penetrado al fin en la morada del hombre que una noche le había robado aquellos ardientes besos, habría encontrado a Eduardo y a Ronald frente a frente. Uno suplicante y el otro hostil y duro. Con seguridad, entre todos ellos habrían sucedido cosas hermosas, pacificando el alma amargada de su padre y la inquietud desesperada de Eduardo. Y con sus palabras quizás hubiera hecho retroceder a la lobretez del olvido, el rencor y el odio, en favor de la comprensión y el perdón.

Pero el destino, por una razón o por otra, no permitió que ese día se llevara a cabo aquel gesto salvador.

Desde su vergonzosa entrevista con Ronald Morrison, Eduardo Leblanc de Benlliure había dado un gran bajón. Pasaba las noches de insomnio entre alucinantes pensamientos y los días yendo de un sitio a otro, sin encontrar sosiego. Con el deseo de agotar sus energías físicas y su nerviosismo, además de su doloroso quebranto espiritual, daba largos paseos en solitario en los que permanecía desde el alba, sujeto al volante de su coche hasta casi la mañana siguiente. Con deliberada decisión, huía de los lugares frecuentados por el elegante mundo parisién. Comía frugalmente al azar, y cuando el cuerpo y el alma le dolían con exceso, se refugiaba en casa de su maternal y comprensiva amiga Eloísa de Beltrajoz, bajo cuyo techo hallaba la protección y el cariño que su alma necesitaba.

Pero unos pocos días después, su situación empeoró. De pronto comenzó a sufrir de fuertes cefaleas y fatiga cerebral, junto a una desacostumbrada tendencia al sueño.

La pintora, con notable aflicción, observaba en el armonioso rostro de su joven amigo cómo, día a día, la frescura de su tez iba siendo substituida por una palidez plomiza, reveladora de la pena que lo consumía. Además de eso, estaba muy delgado y sus manos, antes cuidadas y elegantes, en ese momento aparecían secas y huesudas.

«La huida de Diana lo ha dejado mucho peor; pobre Eduardo... si al menos supiera donde se encuentra ella», se decía con tristeza la pintora.

El día que Natacha se despidió de Eloísa para emprender un largo viaje, la bailarina le había puesto al tanto de su ruptura definitiva con Eduardo sin hablarle, claro está, del papel desempeñado por ella, junto a *monsieur* Benlliure, en un denigrante complot contra el *petit* barón. Y, desde que la joven se había marchado, la pintora no tenía noticias suyas. Además, Eduardo no le hablaba nunca de su examante. Tampoco le contó nada del robo de los planos de *míster* Morrison, sustraídos por Natacha de su caja de caudales, ni de la violenta y desgarradora escena con su padre, ni de las sospechosas acusaciones que le había lanzado al rostro Ronald al enterarse de eso.

De ese modo, Eloísa veía reducida sus suposiciones e hipótesis sin atreverse a preguntar nada.

Una tarde, mientras Eduardo dormitaba en el sillón, ella, mirándolo pensativa, tomó un lápiz y papel y reprodujo de manera maquinal el demacrado semblante del durmiente. Enseguida fueron apareciendo los armoniosos rasgos faciales, antes juveniles y risueños, y en ese momento atormentados y sufrientes. Al acabar con su dibujo, dejó la cartulina en la mesa y continuó observándolo.

—Pobre, cuánto debe sufrir para que su rostro tenga este aspecto tan demacrado —susurró en voz baja. Y en el mismo tono siguió—: ¡Ah!, si yo pudiera averiguar donde se encuentra Diana o si al menos conociera a Ronald. Pero ¿qué puedo hacer yo por este joven al que quiero como a un hijo, para que recobre la esperanza y las ganas de vivir? ¿Cómo apaciguar su alma atormentada? ¿Qué podría hacer para provocar sus nuevas

confidencias, hacerle comprender que puede confiar totalmente en mí? Toda pena que se comparte con un corazón amigo es pena mejor llevada. Pobre muchacho, no merece sufrir así.

En la luz tamizada de su taller, la pintora, abrazada a su gata, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón de junco y se quedó muy quieta. Y tal era su inmovilidad que también parecía dormida.

De pronto, el silencio de la estancia fue roto por un lastimoso gemido, tan desgarrador y tan doloroso, que Eloísa, al igual que su gata, se levantó con un escalofrío de terror. Eduardo, recostado en el diván, con la frente bañada de sudor, los ojos abiertos en los que se reflejaba una mirada de extravío, comenzó a gritar y sacudir los brazos.

—¡No!, ¡no es verdad! ¡No lo hice yo!

Eloísa, con visible susto, se precipitó hacia él y exclamó:

—Eduardo, por favor, despierta. No divagues más...

Pero el joven no dejaba de gritar:

—¡*Míster* Ronald, le juro que no he sido yo! Nunca hubiera sido capaz de algo así. ¡No soy un ladrón, jamás lo fui! ¡Tiene que creerme! ¡Los planos los sacó de mi caja de seguridad, una mujer..., y luego, a ella, se los arrebató un... un...!

Impresionada por sus palabras y el aspecto de Eduardo, Eloísa se aprestó a darle su auxilio; con ademanes nerviosos le desabrochó la camisa y le secó el sudor de su frente, mientras le decía con dulzura:

—Eduardo, cariño, claro que tú no eres un ladrón. Cálmate, despierta de esa pesadilla, te lo ruego.

En ese momento, una expresión de éxtasis asomó a los ojos del joven quien, en medio de un embeleso, prorrumpió:

—Diana, que suerte que... tú me crees. ¡Mi amor! Te necesito, me muero por ti —y tomando la mano de la pintora la estrechó acariciándola.

De pronto trató de llevarla a los labios.

—Detente..., no soy Diana —contrapuso la pintora en su intento de despertarlo—. Soy tu amiga Eloísa, estás ardiendo y por eso divagas —añadió afligida ante la fiebre que abrasaba el cuerpo del joven.

Él la miró alucinado y, a continuación, tras una violenta convulsión, su cuerpo rodó por el suelo. Estremecida por el impacto de verlo caer, la artista

tuvo miedo. ¿Ese pobre muchacho, por el qué tanto afecto sentía, iba a morir allí... ante sus ojos?

—¡Greta! —gritó— ¡Ven enseguida!

La mucama acudió al instante.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué le ocurre al *petit* barón?

—No lo sé, creo que se ha desmayado. Ayúdame a tenderlo sobre el diván.

La robusta Creta lo sostuvo por las axilas y lo levantó, a la vez que Eloísa lo tomaba de las piernas hasta lograr izarlo. Tras un soberano esfuerzo, Eduardo fue instalado de nuevo en el diván donde se quedó muy quieto.

—Mientras telefono al médico y a su padre, tú quítale los zapatos... —le pidió Eloísa a la doncella.

—Sí, sí... —balbuceó Creta, luego de obedecer la orden, corrió hacia la mesa; tomó una botella de agua mojó un trapo y lo colocó a modo compresa en la frente del enfermo.

Ese simple auxilio pareció aliviar a Eduardo; su faz contraída abandonó la rigidez, sus ojos se abrieron lentamente.

—¡Alabado sea Dios! Está reaccionando —exclamó la pintora, que en ese momento entraba a la estancia—. Querido amigo, el médico no tardará en venir.

Eran las once de la noche cuando el barón de Benlliure, pálido y con los labios temblorosos, llegó a casa de Eloísa.

—*Madame* Beltrajoz, ¿qué le pasa a mi hijo? —preguntó casi sin voz, mientras besaba su mano.

—No lo sé. Dos médicos están ahora junto a él. Le han puesto hielo en la cabeza..., en suma, han hecho ya lo indispensable para detener algo así como una congestión cerebral.

—¿Congestión cerebral? ¡Eduardo, hijo mío! —prorrumpió el barón, a la vez que, presa del vértigo se apoyó en la pared.

Ante la imagen del «coloso» abatido, una profunda piedad se apoderó de la generosa alma de Eloísa.

—*Monsieur* Armand —le dijo—, vuestro hijo es fuerte y vigoroso; se le han prestado de inmediato los auxilios. Tengo plena confianza en los doctores Marcel y Foucalt. Ya verá cómo, luego de hablar con ellos, se tranquilizará... agúardeme un instante, enseguida regreso.

Tras asentir con la cabeza, el barón se quedó allí quieto. En aquel instante no le era posible decir nada; las palabras morían en su garganta. Tampoco le fue posible evitar dar libre curso a sus lágrimas. Desde que el mensaje telefónico de la pintora lo había puesto al tanto del desmayo que, de manera súbita, había sufrido su hijo, el dolor no le daba un solo momento de tregua. Durante el trayecto su coche había alcanzado un promedio de cien kilómetros por hora y así, la distancia que separaban su casa con la de la pintora, habían sido cubiertos con la rapidez de un rayo. En otras circunstancias esas hazañas hubieran enorgullecido al banquero, pero en ese momento todo era diferente: ¡Eduardo, su hijo, luchaba contra la demencia o

quizás contra la muerte! De pronto al barón le dio un escalofrío, había emprendido el viaje en traje de excursión, sin haber cogido ni siquiera un gabán. De pie, en el centro del taller de la pintora, el banquero miraba maquinalmente a su alrededor; desde ahí vio el dibujo que Eloísa había efectuado de Eduardo mientras este dormía. Poseído por otro violento escalofrío, la imagen del gravado le presentó netamente la visión de su hijo muerto. Fue como un relámpago, pero el choque resultó terrible. En un segundo el hombre grande, fuerte y duro, vio como sus fuerzas de resistencia eran aniquiladas.

En medio de una honda inspiración, intentó recobrar la calma. Luego se dejó caer en un sillón y, con la cara entre las manos, empezó a sollozar.

En ese instante, Eloísa de Beltrajoz se hacía presente junto al doctor Marcel. Al ver al padre de Eduardo sacudido por los espasmos del llanto, la pintora quiso consolarlo, pero la mano autoritaria del médico la detuvo.

—Quieta Eloísa. Déjalo llorar, es mejor que haya llorado mucho cuando yo le hable.

Al decir esto, el galeno contempló al barón con mirada dura. Nunca había simpatizado con el poderoso banquero y menos con lo que acababa de saber, gracias a las revelaciones confesadas durante su delirio por Eduardo Leblanc de Benlliure.

Pero ante las dolorosas lágrimas de este hombre tan frío y rígido, transigió. Con gesto fríamente cordial, posó su mano sobre el hombro del barón.

—Por favor..., escúcheme.

Armand Leblanc de Benlliure levantó la cabeza. Eloísa le presentó al facultativo:

—El doctor Marcel...

—Sí, doctor... —musitó el barón.

No fue capaz de pronunciar otra palabra. Pero puso en ella tanta angustia suplicante que el médico, a su pesar, sintió lastima.

—Su hijo sufre de un estado pletórico: malestar general, torpeza en los movimientos, fatiga cerebral. Creo que las causas están en él mismo; estas dolencias son propensas a padecerlas los sujetos sumamente sensibles y de temperamento sanguíneo, y que han sufrido un gran choque emocional. —



Estableció una breve pausa y con deliberado ademán alarmista, agregó—: en la medida en que mi ciencia me autoriza a creerlo, vuestro hijo corre un inminente peligro...

¡Inminente peligro! Esas palabras provocaron al barón el efecto de una ducha helada. Estremecido balbuceó:

—¿Peligro de... de muerte?

—Eso nadie puede saberlo...

—Por favor, le ruego doctor, dígame que se pondrá bien —suplicó el barón con voz apenas audible.

—Tampoco puedo hacerle compromisos futuros. Quizás usted puede ayudarme a sacarlo de la triste situación presente. Cuénteme la causa de este grave incidente cerebral, cuyas consecuencias... pueden ser terribles para él, incluso puede llegar a la demencia.

—¡Dios mío! ¿Quiere usted decir qué... puede perder su sano juicio? ¿Se refiere usted a la locura doctor?

—No puedo contestar a esas preguntas. El destino de su hijo, en estos momentos, es aún incierto. Está sumido enteramente en la disminución de sus facultades mentales, y por lo que hemos descubierto, no tiene ganas, ni deseos de luchar. En una palabra: no quiere vivir. En su delirio habla de cosas muy feas entre usted y él. En el estado en que se encuentra, es posible que tampoco llegue a recobrar la memoria..., incluso puede que fallezca sin reabrir sus ojos, pero también es posible que, aunque débil, salga de su estado a salvo y con toda lucidez.

—¡Sálvelo, doctor! —gritó el banquero en medio de un espasmo. Y en el mismo estado, volvió a gritar—: ¡Salve a mí hijo, se lo ruego! ¡Y le juro que pondré a sus pies una fortuna! ¡Haga que viva... y haré cuanto él quiera! Aceptaré el destierro, la renuncia al bienestar, su desprecio, hasta su odio, pero que viva. Que no me atormente la idea de que...que mis faltas... son la causa de... de su desgracia.

El banquero se había sentado de nuevo en el sillón. Las palabras salían con dificultad de su garganta al tiempo que jadeaba en nuevos y continuos espasmos. Había dejado de ser el frío y potentado barón *Tamerlán* que todos temían; ya no era el orgulloso banquero que ganaba sumas fabulosas, ni el multimillonario de sonrisa triunfante e astuta, dueño de sí mismo quien se

jactaba de su rudeza y cinismo.

Era tan solo un infeliz, un padre como cualquier otro, que temblaba ante el temor de perder a su único hijo.

—Cálmese, *monsieur* Leblanc —le susurró dulcemente Eloísa—, y ahora respóndale al doctor lo mejor que pueda las preguntas que él con seguridad querrá hacerle.

—Así lo haré —aceptó el barón, visiblemente derrotado. En el mismo tono, pidió—: por favor, ¿podrías hacer que me dieran un poco de agua? Me muero de sed.

La pintora fue en busca de una jarra de agua. Con manos nerviosas vertió allí el jugo de un limón, azúcar y coñac, y le sirvió un vaso al barón.

Tras eso, ella, con suave voz, expresó:

—Bueno, ahora los dejare a solas...

—No. Por favor *madame*, quédese —exclamó el barón con un gesto de súplica—. Sé que es usted la mejor consejera de mi hijo. Sé que ha merecido muchas de sus confidencias. Es mi deseo que ahora usted también escuche lo que voy a decirle al doctor Marcel.

Y sin reticencias ni vacilaciones, comenzó a poner su alma al desnudo: habló de la terrible escena que había tenido con su hijo dos semanas atrás. Confesó el desprecio que este le había demostrado y su propia inquietud ante su mirada sombría de Eduardo, y el miedo que había pasado cuando este había desaparecido de su casa, llevando con él una pistola, que afortunadamente no usó.

—Si usted sabe algo más que yo ignore de mi hijo, por favor, *madame...*, dígamelo —concluyó dirigiéndose a Eloísa.

La pintora exhaló un hondo suspiro. Después de unos segundos de meditación, comenzó a relatar lo que sabía y también lo que intuía. Le habló del amor sin esperanzas que Eduardo sentía por Diana, de la exaltación que manifestaba, aún con la congoja de no saber su paradero, por el ejemplo, de ella huyendo de la casa maldita de *sir* Norman Bennett Wilson, y de la desesperación en que le había sumido la última visita de Ronald. El médico a cada instante le hacía interrupciones, a fin de precisar un punto, una fecha o un gesto. Cuando terminaron, el doctor, ya enterado de todo, expresó:

—Lo que aquí se ha dicho muestra claramente la perturbación mental

como consecuencia de una sucesión continua de desgraciados acontecimientos. —Luego de fijar sus ojos sobre el barón, añadió impertérrito—: su hijo ha sido herido en su rectitud, en su fe en usted y en su vida íntima. En su naturaleza, la aflicción entró como una idea fija, y el incesante trabajo llevado a cabo por su excitado cerebro se ha revelado bruscamente debido a algo inesperado, de lo que ahora no sé precisar con claridad. Eloísa me ha dicho que esta mañana, antes del almuerzo, lo encontró en la terraza hablando solo en voz alta. Bien *monsieur* Leblanc, haré lo imposible para salvar a su hijo, más no puedo todavía responder por él.

—Gracias doctor. ¿Podríamos llevarlo a mi casa o a la suya propia?

—No se lo aconsejo. La vista del lugar que tanto lo hizo sufrir le podría acarrear un nuevo y terrible choque. Déjelo aquí algunos días...

—Pero... creo que eso sería abusar con exceso de *madame* de Bentrajoz...

—¡No! todo lo contrario —se apresuró a responder la pintora—. Por favor, barón, confieme a su hijo, yo lo cuidaré y, Dios mediante, se lo devolveré apaciguado con el disfrute de su lucidez. Lo cuidare como hubiera cuidado a mi propio hijo...

—¡Gracias, *madame*! —dijo el barón con los ojos húmedos. Miró al doctor y agregó tímidamente—: ¿me sería posible verlo ahora aunque sea un minuto?

—Tampoco se lo aconsejo —contestó el médico rotundo—. En estos momentos, su presencia y, sobre todo, su voz, que él con seguridad tanto esquiva, podrían provocar una nueva crisis. Tenga paciencia... —Tras un momento de reflexión agregó—: si hasta mañana no se producen complicaciones, lo dejaré verlo, pero sin hablarle, solo mirarlo desde lejos. El doctor Foucalt y yo estaremos atentos a intervenir en cualquier instante. Usted trate de descansar; su semblante refleja una gran fatiga.

Eloísa miró al barón y, con sonrisa triste, adicionó:

—Mañana muy temprano lo telefonaré para comunicarle como pasó Eduardo la noche.

—Gracias, muchas gracias. Bueno, entonces me marchó —aceptó resignado el banquero.

Besó la mano de Eloísa, se inclinó ante el doctor, y luego se dirigió a la salida.

Ante su paso vacilante, la espalda encorvada y la actitud de vencido del barón, el doctor Marcel murmuró.

—¡Y pensar que es uno de los reyes del oro y de la banca! ¡Uno de los dueños de Francia! ¡Pobre diablo!

Al día siguiente muy temprano, por la mañana, el barón de Benlliure dormitaba aun cuando el timbre del teléfono lo hizo incorporar sobresaltado. Con mano trémula cogió el aparato, instalado junto a su cabecera.

—¿Quién? ¿Quién llama?

—Soy yo, Eloísa —contestó del otro lado la voz de la pintora—, le comunico que la noche de Eduardo ha sido buena. Ahora duerme, y los médicos se muestran optimistas. El doctor Marcel se ha marchado hace un rato, y su colega, el doctor Foucalt, continúa con su vigilancia. Dentro de una hora vendrá una enfermera para secundarme. Espero que estos acontecimientos lo ayuden a soportar a usted, con resignación, la espera que impuso el doctor. Pero de acuerdo con lo que opina el doctor Marcel, por ahora nada de visitas, la menor agitación podría causar un nuevo y grave desequilibrio. Por favor, se lo ruego, resígnese y no venga. Es mejor que Eduardo ni siquiera escuche su voz.

—¿Pero él... de verdad está bien? ¿Su mente razona... de manera natural?

—Sí, quédese tranquilo. Por ahora está lucido...

—¡Bendito sea Dios! —suspiró el banquero—. Obedeceré las órdenes de los médicos, pero no saldré de casa a fin de recibir siempre yo mismo sus noticias.

Durante nueve días, el barón Benlliure vivió como prisionero, encerrado en su cuarto, sentado junto al teléfono; incluso comía allí, y allí leía los periódicos, negándose a recibir a nadie.

Sin embargo, una mañana al fin aceptó dejar que su fiel colaborador Le Brun entrara a sus aposentos. El ingeniero llevaba en la mano los planos originales de Ronald, luego de los saludos más de una corta charla, tendiéndoselos al barón, preguntó:

—¿Cuándo pondremos en marcha la realización de esto, señor barón? Falta

en estos papeles el diseño de una pieza importante; he podido precisar el papel de la misma y, aunque no estoy muy seguro, creo que podré reconstruir, a menos de manera aproximada, su forma. Al menos lo intentaré. De ese modo, el obstáculo no será muy serio. También están allí los planos de un invento, un pequeño...

—Déjelo todo —le cortó el banquero interrumpiéndolo. Tras algunos instantes de silencio, con gesto abatido, añadió—: este negocio no llegaremos a realizarlo jamás. Y por favor, no le hables a nadie de esto, a nadie en absoluto. ¿Comprendido Le Brun? ni a mí, si no le hablo yo antes.

El ingeniero lo miró sorprendido. No obstante tomó los planos entre sus manos y se apresuró a contestar:

—Muy bien, barón.

—Alguna vez, quizás, te cuente las causas que me obligan a tomar esta resolución, aunque creo que tú ya las sabes. Puedes marcharte, querido Pierre, y no olvides la consigna del silencio.

Le Brun salió de allí preguntándose si acaso su viejo patrón empezaba ya a tomar conciencia de la verdadera realidad de la vida.

Días más tarde, durante un atardecer, mientras el barón terminaba su breve cena, por la ventana de su habitación observó detenerse en el portal de su residencia a un lujoso automóvil. De él vio descender a un hombre alto encorvado, envuelto en un gabán gris, cuyo uso chocaba en pleno mes de agosto. Una sola ojeada le bastó para reconocer al visitante.

—*Sir* Norman Bennett Wilson... —murmuró—. ¿A qué habrá venido?

Hacía ya casi seis semanas que no habían cambiado una sola palabra, ni por carta, ni por teléfono. Y habían pasado seis meses desde que se habían visto por última vez en persona. Una vaga inquietud se apoderó del banquero.

Cuando se encontraron cara a cara, en el salón del barón, ambos se contemplaron con idéntico estupor. Norman había perdido por completo su altanera prestancia, y su faz amarillenta, sus ojos hundidos, su pelo completamente blanco pregonaban su cansancio, su debilidad y su fatiga de vivir. Armand Leblanc de Benlliure, tres años más joven que su antiguo cómplice, a pesar de su artritis, guardaba algo de soltura en los movimientos. Pero enflaquecido y sombrío, con el rostro surcado de profundas arrugas, aparecía también duramente marcado por los acontecimientos.

—Mi pobre amigo Norman —exclamó por fin el barón, tendiéndole la mano al financiero inglés, en una expresión de auténtica piedad.

—Hola, Armand, dices bien llamándome «pobre», porque a pesar de todas mis riquezas, me siento más miserable que el último de los vagabundos de Londres... —contestó Norman desfallecido.

Tras obedecer a un gesto de la mano del barón, el recién llegado tomó

asiento. A su vez el banquero volvió a ocupar su puesto habitual junto al teléfono.

—¿Qué vienes a contarme, Norman? —preguntó después de un prolongado silencio.

—Estas ya enterado de las desdichas que me afligen, ¿no? Desde la fuga de Diana y la suprema maldición de Ronald, he vivido mis días en terrible amargura. En mi lecho de dolor he conocido, durante días y días, la tenebrosa angustia que atenaza a los que agonizan; cardiaco, debilitado por la continua lucha interior, he creído veinte veces que llegaba mi momento postrero. Pero Dios, implacablemente justo, no ha querido que se extinguiera en mi la llama de la vida, quizás para castigarme aún más. Por otro lado, esto también ha hecho que, con ojos lúcidos, viera el aspecto de mi alma: ¡visión horrorosa! Ahora ya no soy más que una tumba hueca, abandonada y desértica, una tumba alrededor de la cual vuela el espíritu siniestro del remordimiento inútil. ¡Porque lo terrible es que no puedo reparar los daños que hice!

Al escuchar esas palabras, el barón tembló. En tono apagado comenzó a decir:

—No me creas menos desdichado que tú. Realmente, hemos sido dos aves de rapiña. Sí, ambos estuvimos entablados en una brutal e inhumana batalla de rapaces, y en este momento nos encontramos sufriendo nuestro merecido castigo. Norman, yo también estoy atravesando horas terribles y los remordimientos me atormentan, y no me dejan casi dormir. Estoy pagando, con tributo de espanto y de lágrimas, el daño que hice antes. Doce años de lisonjas, de triunfos mal ganados y de admiraciones son ahora otros tantos grilletes que me oprimen el alma. Y es posible, Norman, que deba pagar, de una manera horrible, el acto abominable que cometí antaño siendo tu cómplice.

En pocas palabras el barón le relató a su amigo todo lo ocurrido con Ronald y el daño que con eso le había ocasionado su hijo. *Sir* Norman mirándolo ceñudo, prorrumpió:

—¿Como has podido hacerle eso a Ronald..., y a tu propio hijo, justo en este momento? ¡Eres peor que yo!, ¡que existencia la nuestra! Por lo que a mí concierne, créeme: vivo en plena desesperación. Resuelto a acabar con

mis desconsuelos, hace unos días tenía en mi mano un frasco de veneno con la intención de engullírmelo. Pero justo, en ese momento, un detective se presentó en la casa dándome cuenta de un indicio, que es posible que pueda dar por resultado el hallazgo de la pista de Diana. He ahí el por qué no me suprimí quitándome la vida. Y si ahora estoy aquí, es porque tengo necesidad de ti, de Eduardo y de tus importantes relaciones en París.

La voz del barón fue más triste que nunca:

—Como ya te he confesado, a raíz de mi desleal comportamiento, mi hijo ha estado a un paso de la muerte y aún no está a salvo. Sabe todo lo que tú y yo le hicimos a Ronald y, a su vez, ha sido ultrajado personalmente por él, y todo, a causa mía. Tu cuñado le ha acusado de ladrón, y eso ha provocado en su espíritu un terrible desequilibrio cerebral. Poco a poco se restablece, pero todavía no hay que contar con él para nada.

—¡Dios mío! Esto es lo peor que podía pasarnos.

—Ciertamente. Eduardo habría comenzado a buscar a Diana con inmenso ardor, un ardor igual a la pasión y al amor que siente por ella. Pero ahora, la falta cometida por nosotros, hace doce años..., más esta otra ejecutada por mí han provocado que Eduardo renuncie al amor y casi a la vida. Lo que más ansiaba era devolverle a Ronald su hija y su fortuna para luego desaparecer...

El pálido rostro del británico se ensombreció con un rictus de amargura al decir:

—Ya vez, querido Armand, no podemos negar que el castigo divino llega siempre, y creo que, tanto para mí como para ti, la punición será horrorosa. Tal vez en lo que nos queda de vida no conozcamos ya ni un solo minuto de dicha. Aunque para mí, la dicha jamás existió, nunca llegué a conocerla. — Hizo un gesto de desolación y, tras un quejumbroso suspiro, continuó—: ni mi primera mujer ni la segunda me amaron. Y Diana... creo que tampoco. Sara, mi hermana, ella creo que si me amaba, pero luego al casarse con Ronald yo la desprecié y la humillé. El odio que yo sentía por Ronald envenenó mi alma, y ahora mi venganza ha acabado con mi tranquilidad y mi sosiego. Es preciso decírtelo, Armand, desde hace doce años... —Se interrumpió, respiró penosamente, secó su frente y sus ojos, y luego continuó—: desde hace doce años la sombra de Sara me persigue. Por las



noches mi sueño es siempre el mismo; mi hermana jamás me habla, no me dirige reproches, pero se sienta al pie de mi lecho y me mira con una expresión de tristeza indecible. Y al despertar, esa mirada de ultratumba no se borra de mi memoria en todo el día. Sé lo que significa, lo que la muerta quiere decirme, quiere que le devuelva Diana a su padre...

El banquero contemplaba a su amigo, impresionado. Luego, con expresión sombría, repuso:

—Comprendo tus sufrimientos. Y créeme, si supiera algo, de inmediato te lo diría.

—Pero es preciso, si queremos recobrar la calma del espíritu, que lo descubramos. Armand, te he dicho ya que tengo un inicio; un detective ha dado con un hombre, un peón de limpieza de Charing Cross que encontró a Diana, no lejos de mi casa la noche de la huida. La reconoció por una fotografía y él ha asegurado que ella partió hacia aquí. Y, a pesar de que ella aún no le había llegado el nuevo pasaporte, el funcionario de policía, encargado de visarlos, también la ha reconocido e incluso añadió que ella llevaba un pasaporte, lo cual me ha dejado muy sorprendido, y que fue extendido para venir a Francia. De modo que mi sobrina, la mujer que tu hijo ama, debe de encontrarse aquí, en París. Con todas esas señas no creo pues que sea muy difícil hallarla. Y yo pensé que así, bien orientado y hábilmente secundado, Eduardo la encontraría y se la devolvería a Ronald, y nuestros males habrían menguado un poco, y yo podría morir en paz, por lo menos pensando en que he reparado, en parte, las villanías que cometí inspirado por el odio. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, claro, ojalá podamos lograr algo así. Pero por ahora, con mi hijo en esas condiciones, es imposible. ¿Dónde te hospedas?, ¿cómo siempre en el Ritz?

—No, un amigo que ha partido hacia Oriente ha puesto a mi disposición su casa que se halla en la Avenida Henri Martín. Aquí está la dirección completa y el teléfono. —Al decir esto le entregó una tarjeta, y añadió—: en el Ritz se me conoce demasiado, y realmente tengo necesidad de sentirme libre para lo que he venido a hacer. Mañana o cuando puedas podrías ir a verme. Pero telefonéame antes.

Sin más, se puso de pie, tendió la mano a su interlocutor, quien la estrechó

sin entusiasmo, y salió de la estancia.

Apenas Norman desapareció, el timbre del teléfono hizo que *monsieur* Armand se precipitara al aparato.

—¿Quién es? Sí, yo mismo... ¿qué hay de nuevo doctor? —Mientras escuchaba, una alegría intensa iluminó su rostro—. ¿Mañana? ¿Mañana podría ya ver a mi hijo? ¿A las diez? Gracias, gracias. En este momento soy el hombre más feliz de la tierra.

Cuando dejó el auricular, su mano temblaba. Reía, y sin embargo, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Como me recibirá? —se preguntó de pronto en voz alta—. Sí me habla en tono de desprecio, será terrible para mí. Pero quizás, cuando le anuncie que tenemos la pista de Diana y que no será difícil dar con Ronald, Eduardo se alegrará mucho. Y para resarcirle del daño causado, le diré que estoy decidido a devolverle a Ronald la cartera con toda su documentación intacta y también a darle la mitad de mi fortuna..., a dársela toda si es preciso. No me arredra tener que empezar de nuevo desde abajo. Le diré: «Vamos a trabajar firme los dos, hijo mío. Vas a darte cuenta de qué aún soy capaz de luchar por ti y, sobre todo, de intentar ser otra persona», y le daré al mismo tiempo, una hermosa lección de energía. Y después él... se casará con Diana y será muy feliz... Sí, la vida aún puede ser grata para todos, incluso también para mí.

Al acabar con su monólogo, se echó a reír excitado. Pero unos instantes después, su risa volvió a convertirse en margo llanto.

Al día siguiente, a las diez menos cuarto de la mañana, el barón llegaba a la plaza del Calvario. Y mientras con la diestra llamaba a la puerta de Eloísa de Beltrajoz, con la izquierda se apretaba el pecho para retener los desordenados latidos de su corazón.

Fue Greta, la fiel criada de la artista, quien le abrió. Ella lo condujo al comedor donde, al cabo de un momento, penetraron Eloísa y el doctor Marcel.

El barón procuraba disimular su febril impaciencia. Después de los saludos, el médico, con gesto impersonal, le dijo:

—Antes de permitirle entrar, tengo que pedirle algo: procure no prolongar la visita a su hijo más allá de cinco o seis minutos. El peligro grave ha pasado, pero la debilidad, sumada a su estado mental es todavía muy grande. Él está ya advertido de su visita y, aunque no demostró ninguna emoción, con seguridad lo espera. Ya lo sabe, en cuanto den las diez, despídase y salga.

—No se preocupe, así lo haré —repuso el banquero en medio de un hondo suspiro.

—Por favor, barón, sígame... —le dijo Eloísa con una sonrisa, abriéndole el camino.

El banquero subió tras ella los peldaños que conducían a la habitación que ocupaba Eduardo; la puerta fue abierta sin ruido y *monsieur* Armand, con el corazón encogido, penetró en ella. Al ver a su hijo tan desmejorado y tan pálido entre la albura de las ropas del lecho se estremeció.

Eduardo, flaco y con la faz demacrada, permanecía tendido inmóvil, con los ojos semicerrados. Los ocho días que la navaja no había corrido a lo largo de sus mejillas se notaban en la abundante barba que le cubría el rostro. Realmente parecía uno de esos enfermos que solo era posible ver en las enfermerías de las cárceles.

—¡Eduardo! Hijo mío, ¿me... reconoces? —exclamó el barón con voz quebrada.

Al instante el joven abrió sus ojos lentamente y lo miró.

—Sí, papá..., claro que te reconozco... —respondió sin emoción, con apenas un hilo de voz.

—Has estado enfermo, muy enfermo...

Eduardo, sin moverse, con voz helada en la que se notaba la angustia, inquirió:

—¿Por qué no me dejaron morir? ¿En nombre de qué derecho se me ha condenado a seguir viviendo?

—¡Oh!, por favor, no hables así. Tienes que vivir..., seguir en esta vida para ser feliz..., muy feliz. Escucha esto que voy a decirte: las pistas de Diana y de su padre han sido encontradas. Presiento que no pasaran muchos días antes de que ambos te visiten, quizás aquí mismo. Y a penas yo tenga delante a Ronald, le devolveré los planos y su fortuna. Le suplicaré, eso sí, que te

conceda la mano de Diana y, de este modo, repararé los males que les he causado —manifestó el barón con renovadas esperanzas.

Eduardo, con la mirada perdida y sin cambiar de expresión, acotó:

—No se repara... nunca se repara un daño como ese. Pero..., si le devuelves a Ronald su hija y su fortuna a... la que tiene derecho, te perdonaré el dolor moral que me ha clavado en este lecho y también el vergonzoso calvario que, en silencio, he tenido que sufrir. —Lentamente se giró a mirarlo de frente y, con extremada desconfianza, inquirió—: pero... ¿eso que me acabas de decir es... del todo verdad?

El banquero levantó la mano solemnemente.

—Por la memoria de tu santa madre..., te juro que ha sido hallada la pista de Diana. Está en París y la encontraremos. Se le siguen también las huellas a Ronald, es seguro que antes de una semana, los veras aquí reunidos y felices. Y será Diana quien te azucare las tisanas y te consuele por tu enfermedad. Y dentro de tres meses a lo sumo pasaras con ella la luna de miel en Bagdad, en Egipto... o donde quieras...

A pesar de esas esperanzadoras palabras, Eduardo apretó los labios contrariado. El barón se disponía a seguir hablando, cuando el reloj del comedor dejó oír diez campanadas, la hora convenida para el final de la visita.

—Me voy; hoy me han limitado solo a cinco minutos de charla contigo. Mañana volveré, si no te opones.

*Monsieur* Armand cogió la mano flácida de su hijo y la estrechó entre las suyas. Seguido a eso depositó un beso, a la vez tierno y suave, sobre la frente del enfermo, y sonriendo franqueó la puerta de la habitación, seguido de la fija mirada de Eduardo.

La pista descubierta en Charing Cross fue seguida con facilidad hasta la pensión de familia donde se había alojado Diana, pero allí se quedó bruscamente interrumpida.

Lorena, advertida por la misma joven conocida con el nombre de Helga Weber de que, si un día alguien venía a buscarla, no dijera donde ella trabajaba, cumplió con su palabra. Apenas el detective le preguntó, lo único que les dijo fue que en aquella casa, desde hacía mucho tiempo nadie había vuelto a ver a la inglesa.

No obstante, uno de los clientes, aseguró que la corresponsal Maggi Preston y Helga Weber se habían hecho muy amigas y que quizás ella pudiera dar alguna pista.

Pero la reportera inglesa, hacía pocos días había emprendido viaje a Egipto por orden de su periódico para llevar a cabo un reportaje relacionado con la agitación nacionalista y la sorprendente muerte de *lord* Carnarvon, uno de los principales descubridores, junto a Howard Carter, de la momia de Tutankamon, ocurrida a hacía ya dos años, a la que le habían sucedido otras misteriosas muertes más.

De ese modo, los telegramas que le fueron enviados por el policía privado quedaron sin respuesta. Cuando este fue a preguntar al periódico, uno de los directores le explicó: «Quizás esto sea debido a los serios disturbios ocurridos en El Cairo; allí la policía y los partidarios de Zagloul Pachá se hallan en abierta pugna. O quizás, habiéndolos recibido, la respuesta no le fue transmitida».

Lo cierto era que la pista de Diana quedó allí cortada irremisiblemente, y el director de la agencia de policía privada tuvo que confesárselo a *sir*

Norman Bennett Wilson.

—Por favor, siga escarbando —contestó este con expresión de autómatas—. Continúe investigando todos los lugares en que mi sobrina pudiera haber sido vista. Avise también a la policía francesa del servicio de extranjeros y pasaportes. Envíe un detective a Egipto para indagar el paradero de *mistress* Preston. Yo me encargaré de avisar la actividad de la policía oficial británica.

—Perdón *sir*, hay un medio que podría sernos útil... —replicó el policía privado.

—¿Cual?

—Insertar un anuncio en los periódicos de Francia e de Inglaterra, pidiéndole a *miss* Diana Morrison Bennett o Helga Weber, que corra a la cabecera de su padre gravemente enfermo...

Luego de pensarlo unos instantes, *sir* Norman se encogió de hombros con desaliento.

—Eso no dará resultado. Diana adivinaría enseguida la superchería. Además no quiero utilizar en falso el nombre de su padre. Por ahora haga solamente lo que le he indicado.

Mientras veinte policías oficiales y privados buscaban día y noche a Diana en París, Eduardo Benlliure, en plena convalecencia, iba recuperando las fuerzas. Y aunque su padre aún no le había dicho nada del fracaso de la pista seguida a Diana, él ya lo sospechaba...

Ocho días después de su primera visita, el barón, con una alegre sonrisa, entró en el cuarto de su hijo. Eduardo, sentado en un cómodo sofá, lo saludó sin entusiasmo.

—¿A qué se debe tu exultante alegría? —le preguntó intrigado.

—No quería decírtelo enseguida —respondió su padre—, pero, en fin..., aquí va. Hemos dado con Ronald; creemos que está en Estrasburgo trabajando en una gran industria metalúrgica.

—Ah, ¿sí? Y, ¿de Diana?

—¡La tenemos también! —aseguró el barón animándose aún más para que su hijo no dudara de la fábula.

—Por favor, padre... —demandó el joven observándolo molesto—, ya no me mienta más. ¿Acaso se cree usted que yo no me doy cuenta de que trata de engañarme?

*Monsieur* Armand se quedó momentáneamente inmóvil, mientras un tinte rojizo cubría sus mejillas. Después, con un nervioso movimiento de cabeza, apostilló:

—No, hijo, no. De verdad... no te miento; si bien es cierto que una de las pistas momentáneamente se ha perdido, por otro lado hay indicios de que Diana está realmente en París y... lo de su padre también es cierto. ¡Arriba el ánimo, muchacho! Estamos a miércoles, ¿no? El domingo veras a la hija y al padre aquí mismo. Norman en persona irá a Niza donde se supone que Diana corrió a refugiarse, después de la fuga, junto a la familia de una de sus amigas. Por consiguiente, puesto que el gran galeno, a Dios gracias, ya pronto te abandonará, yo aprovecharé para raptarte.

—¿Y dónde piensas llevarme? —preguntó Eduardo mirándolo con seria expresión.

—¡Toma! A la mía, podrías ocupar tu antigua habitación..., y de ese modo te tendré junto a mí. Y allí te cuidaré yo mismo, mimándote como si fuera una abuela. Vas a ver a tu padre procurándote una existencia de «hermosa-cautiva-libertad». Y desde luego, serás tú quien mande.

El banquero dejó de hablar, para tomar un gran paquete que había depositado junto a la pared. Con manos nerviosas arrancó el papel que lo cubría y dejó al descubierto un cuadro.

—¿Qué es esto? —preguntó Eduardo extrañado.

—Pues, ni más ni menos que la auténtica «*Miss de la rosa*» de Romney. La he mandado adquirir en Londres en la subasta de la colección de cuadros de un hombre en apuros. Y se la traigo de regalo a Eloísa. ¡Ah! y para ti también te traído algo...

Con alegre ademán le tendió una vieja y ventruda cartera de cuero cuidadosamente cerrada.

—La cartera de Ronald —murmuró Eduardo con alicaído ánimo.

—La misma, en efecto; con todo su contenido intacto, más un proyecto de asociación entre Ronald y tú, con un capital inicial considerable cedido por mí. Lo dejaré aquí; tú mismo se la entregaras a Ronald y someterás a su aprobación el proyecto. ¿Qué te parece? Nada, hijo, que ahora será de veras... nuestra común felicidad. ¡Su padre, ella, su tío tú y yo... los cinco felices!

Mientras su padre hablaba, Eduardo se había quedado mirándolo con pasmosa fijeza.

—Pero ¿tú crees que Ronald podrá borrar de golpe todo el daño que le hicimos?

—Hijo, tú no le hicisteis ningún daño. Fui yo... y su cuñado, y ambos le pediremos perdón; me arrodillaré frente a él si es preciso. ¿Me crees?

—Tengo que creerte —rebatió el joven levantándose de hombros—, y ojalá todo salga como tú lo imaginas, aunque eso lo dudo —acabó Eduardo secamente.

Seguido a eso, lentamente en sus ojos la severidad fue reemplazada por una inmensa tristeza. Tras dejar reposar su cabeza sobre el respaldo del sillón, cerró los párpados. Instantes después dos gruesas lágrimas rodaron por sus huesudas mejillas, a las cuales limpió de un manotazo.

El barón, al verlo tan hundido, balbuceó:

—Por Dios, no llores, me da pena verte así..., jamás te vi llorar. Te juro que en este último tiempo vivo pensando solo en la manera de hacerte feliz y, sobre todo, que olvides todas mis maldades de antaño.

Eduardo, sin mirarlo, respondió:

—De verdad, tu arrepentimiento y tus palabras me han calmado bastante.

—Entonces, demuéstreme tu perdón viniéndote conmigo a casa.

—Por ahora no puedo padre, lo siento. Quizás dentro de un tiempo.

*Monsieur Armand* suspiró desalentado y murmuró:

—Como tú dispongas. En fin, como te veo tan fatigado, me iré ahora mismo. Mira, ahí sobre ese sofá, queda el cuadro de Eloísa para que se lo entregues cuando gustes, yo no le diré una palabra. Dale tú la sorpresa; iré a despedirme de ella. Hasta mañana, hijo.

—Hasta mañana... —respondió el joven sin sonreír.

Tras besar la frente de su hijo, el barón se marchó.

Eduardo, vencido por una intensa laxitud, volvió a cerrar los ojos. Poco a poco, se hundió en la nada del reposo y se durmió profundamente. De pronto, en medio de su sueño, vio a una mujer vestida con un sencillo vestido. ¡Era Diana! Sí, a pesar de que no la veía como aquella joven altiva, bella y desdeñosa, heredera de uno de los más poderosos financieros de Londres, era ella. En sus claras pupilas se traslucía la palpable tristeza que



roía su alma; a su alrededor, lo componía un paisaje de lúgubre desolación. A lo lejos, se veía una campiña árida bajo un cielo nebuloso. Había llovido y el agua de los charcos se ondulaba al viento, un viento glacial que hacía temblar, aún en sueños, a Eduardo. Quiso acercársele, pero al instante ella se apartó de él y, desde una lejana postura, lo contempló muy seria. Sola y empobrecida, pero digna y llena de valor, Diana dio la vuelta y comenzó a marchar por un camino recto. Eduardo, desesperado, la siguió y, cuando al fin logró llegar a ella, le preguntó: «¿A dónde vas? ¡Detente!». «¡No!, ¡aléjate de mí!», oyó que ella le gritaba. «¡Por favor, escúchame! ¡Dame una oportunidad...! ven conmigo, déjame llevarte de regreso a tu casa..., o a la mía. Solo tú puedes salvarme», a lo que ella respondió: «¡No! Sálvate solo, yo jamás volveré a mi vida de antaño». Seguido a eso Diana, tras contemplarlo con notable lástima, prosiguió su marcha. Caminaba deprisa y su oscura silueta rápidamente se tornó borrosa con el fondo violeta y gris del atardecer. Eduardo, volvió a tratar de alcanzarla y gritó: «Regresa... regresa a mí, ¡no me dejes! ¡Te quiero, te quiero con toda mi alma!, te necesito desesperadamente. Juntos hallaremos a tu padre». Todo fue inútil, ella ya no lo escuchaba.

Eduardo salió de su pesadilla temblando convulso. Tras lograr restablecer su respiración se quedó muy quieto. Pensativo, apoyó su codo en el brazo del sillón y la barbilla en la mano. Durante un largo rato permaneció inmóvil, mirando por la ventana las sombras crepusculares. De pronto, presa de un estremecimiento, con voz ronca, se dijo: «Es preciso terminar con todo esto ya mismo. Presente, ausente o fugitiva, Diana acaba de mostrarme cuál es su postura y cuál debe ser la mía...». En ese instante entró la pintora.

—¿Qué hace el joven convaleciente? —exclamó con alegre sonrisa—. ¿Ya estás pensando en recuperar el tiempo perdido que pasaste en cama, enfermo y triste?

—Pues, sí; en estos últimos días estoy pensando mucho en cómo recuperar mi vida. Pero no la misma de antes, sino otra más digna... y de mejor provecho.

—Vaya, eso sí que me alegra. Te confieso que toda la sociedad se pregunta dónde estás metido y por qué has desaparecido. Los que me preguntaron a

mí, les he dicho que estás de viaje y, como tampoco yo acudo a ninguna reunión ni fiestas, he dejado en claro que estoy inmersa en mi trabajo, por eso he rehusado todas las invitaciones que me hacen.

—Gracias, Eloísa, la verdad es que... me he portado muy mal con muchas amistades, desapareciendo de todas las reuniones sociales sin decir nada. Pero bueno..., apenas me sienta mejor emitiré un comunicado de disculpas a todos —musito Eduardo con voz cansada. Exhalando un suspiro, añadió—: mi padre me ha dejado también... la cartera de Ronald. Está ahí, al lado del sofá.

—¡Oh, Eduardo!, ¡eso es maravilloso! Me alegro mucho —exclamó Eloísa con emocionada sonrisa—. Como veras, eso habla de que tu padre está muy arrepentido.

—Lástima que ese arrepentimiento sea ya demasiado tarde —rebatía él con voz desganada. Enseguida, sin esperar respuesta, señaló con el dedo y agregó—: ¡ah!, por cierto, ahí tienes algo para ti.

Ella, con gesto intrigado, tomó el cuadro que permanecía al lado de la ventruda cartera del inventor inglés y, al instante, se quedó con la boca abierta.

—¡Dios mío! —gritó admirada—. ¡Es hermoso! ¡Eduardo, esto es demasiado!

—Nada es demasiado para alguien como tú. Pero... ya te darás cuenta de que no fui yo quien te lo compró. Fue mi padre...

—Es lo mismo, de verdad es un regalo muy bello y muy valioso; nada menos que «La *miss* de la rosa» de Jorge Romney; se cuenta que este pintor elegía a sus modelos entre las más bellas. Cuando estuve en Londres, vi algunos retratos que le hizo a *lady* Hamilton antes de que esta se transformara en la pobre amante de lord Nelson, la que luego de la muerte de ese famoso almirante, fue repudiada por la sociedad londinense. — Después de marcar una corta pausa, sin dejar de mirar la pintura, agregó—: apenas vea al barón le daré las gracias.

Eduardo, con los ojos también fijos en el cuadro, expresó:

—¿Sabes una cosa? La mujer del cuadro se parece bastante a Diana. Tiene su mismo corte de cara, su misma figura. Y en el día de la fiesta de su cumpleaños, sus modistos le hicieron un vestido muy parecido.

Eloísa observó con atención la pintura.

—Creo que Diana, al menos por las fotos que me enseñaste, es mucho más bella.

—He estado soñando con ella —añadió Eduardo exhalando un hondo suspiro.

—Bueno, eso no es nada extraño.

—Pero hasta en sueños observo su desprecio hacia mí. Diana condena mi manera de vivir, me desprecia por lo que soy y por ser hijo de quien soy.

—Querido Eduardo, esas suposiciones solo están en tu cabeza —exclamó la pintora intentando consolarlo.

—No, Eloísa, estoy seguro de que ella siente eso por mí. Y no la culpo.

—Ya verás que, cuando la encuentres, todos tus miedos desaparecerán. Lo más importante ahora sería hallarla, saber dónde se encuentra...

—Seamos realistas —la interrumpió él y añadió—: aunque no me canso de preguntarme: ¿dónde estará Diana en estos momentos?, todos sabemos que nadie puede encontrar a quien no desea ser encontrado. Según le dijeron a mi padre, se halla en París, pero... tampoco puedo saber si eso es cierto. Y la verdad es que... desearía tanto poder hablarle.

—Presiento que muy pronto veras cumplido tu deseo. Y ella correrá a tus brazos sin hacerte reproches...

—Gracias por tus palabras. Sé que tú solo quieres consolarme.

—No, algo me dice que así será.

—Ojalá tus palabras fueran proféticas —dijo él en medio de un suspiro. Después, la miró a los ojos, y adicionó—: Eloísa, mi padre me ha pedido que, apenas el médico me dé el alta, me vaya con él a casa.

—Es lo más natural. Aunque, para eso, aún falta mucho tiempo...

—Pero yo no pienso ir allí —siguió él—. Como acabo de decirte, en este momento lo único que deseo es huir de él, cambiar de vida y de todo..., comenzar a trabajar por mí cuenta. De verdad deseo ganarme yo mismo el sustento, sin la ayuda de mi padre. De ese modo, cuando me encuentre cara a cara con Diana..., si es que ese día llega, ella vea en mí a un hombre nuevo, alejado de los placeres fáciles y, sobre todo, muy lejos de la tutela de mi padre.

—Encuentro muy buenas tus aspiraciones. Te felicito por la decisión

tomada, pero antes debes de reponerte del todo. No puedes trabajar en el estado en que aún te encuentras. Apenas te encuentres restablecido, y con más fuerzas, podrás comenzar a preocuparte por eso, yo te ayudaré. Tú puedes encontrar cualquier empleo, eres muy inteligente y capaz.

Por más de una hora siguieron inmersos en una agradable charla. Después, tras marcharse Eloísa, Eduardo continuó despierto. A su pesar reconoció que de verdad se hallaba demasiado débil y excitado. No obstante, esa situación en su cabeza comenzó a forjarse una firme decisión.

Al día siguiente, en el momento en que Creta fue a llevar el desayuno al *petit* barón como ella lo llamaba, descubrió que este había desaparecido. La criada, mostrándose asustada, llamó a su patrona.

Durante unos instantes Eloísa permaneció desconcertada, hasta que sus ojos se posaron en dos cartas puestas en el sofá donde se hallaba al cuadro de «La *miss* de la rosa»: una para ella y otra para el barón.

Al acabar de leer la suya, la pintora sintió que las lágrimas inundaban sus ojos. Eduardo se había marchado en busca de una nueva vida. Con un pesadoso movimiento de su cabeza, Eloísa expresó:

—¡Oh, niño testarudo! ¿Por qué has hecho esto? ¿por qué no has esperado a ponerte bien del todo? Aún no estás en condiciones de afrontar una vida de privaciones tú solo. ¡Dios mío! Por favor..., ayúdalo a encontrar el equilibrio y el camino a seguir.

Esa mañana Eloísa de Beltrajoz, con su bolso al hombro y cargado de papeles acuarelas y carbonilla para trabajar en sus bosquejos al aire libre, salió en dirección al parque. Antes de que Eduardo cayera enfermo en su casa, solía dirigirse allí todos los días. Y desde hacía más de un mes, justo los que su joven amigo se hallaba desaparecido, había vuelto a su diario trajín. A pesar de sentirse muy triste de no saber nada de él, estaba segura de que, no bien Eduardo lo creyera oportuno, la llamaría.

La pintora tomó asiento en el mismo banco de siempre. Y, dispuesta a buscar inspiración, comenzó a mirar alrededor. En ese momento su atención se centró en el grupo de niños gobernados y vigilados por una joven alta y esbelta, de aspecto distinguido. La pintora ya se había cruzado con ella varias veces y en todas había admirado su porte, a la vez que, deploraba los lentes de concha con cristales amarillos que desfiguraban la belleza de ese rostro de ovalo perfecto. Dominada por una instintiva curiosidad, además de la empatía que experimentaba por la joven gobernanta, desde la primera vez que la había visto, Eloísa no dejaba de observarla.

Mientras vigilaba a los niños, la bella institutriz se paseaba a lo largo de la pasarela de oscuro cemento que rodeaba el parque. Pero ni una sola vez franqueaba el límite que a no dudar se había señalado del banco situado a unos diez metros de la pintora.

Los cinco niños que estaban a su cargo por momentos se mostraban turbulentos hasta el exceso, lo que obligaba a la institutriz a tener que intervenir para poner orden en sus disputas. Y, al escucharla hablar Eloísa, se dio cuenta de que era extrajera.

Ese día, uno de los muchachitos parecía complacido en hacer rabiar a una

de sus hermanas más pequeñas que, hasta hacía un momento, había estado jugando con una pelota que el mayor de ellos intentaba quitarle. Al escuchar los gritos de protesta de la pequeña, la institutriz acudió en su auxilio. Ante eso, el revoltoso niño se desembarazó de la pelota, no devolviéndola a su dueña, sino lanzándola con todas sus fuerzas a lo lejos.

La pelota de caucho maciza fue a caer junto a Eloísa y de remate dio de lleno en la acuarela. En el acto, un ancho ruedo fangoso, apareció sobre uno de los bocetos que los pinceles habían trazado con tanto esmero.

—¡Ohhh! —exclamó Eloísa.

Y, tras tomar una esponja se esforzó en reparar el daño.

La joven institutriz, llevando de la mano al travieso muchachito, se acercó.

—Mira lo que has hecho —le reprochó en un francés correcto aunque con un inconfundible acento inglés—. Tu desobediencia ha sido la causa de un accidente, tal vez irreparable. Cuando tu padre se entere se enfadará mucho y no solo te castigará a ti con severidad, sino también a tus hermanos. Y ahora, para empezar, tú Jean Marco, ve a presentar tus excusas a la *madame*.

—Sí, *miss*... —contestó el muchachito con aire compungido.

Y acercándose a la pintora en un gesto de sincero susto, le dijo:

—Perdón, *madame*, fue sin querer. Si hubiera obedecido a la *miss*, no habría cometido tan reprochable falta. Lo siento mucho... y le aseguro a usted que...

Eloísa, que adoraba a los niños, sonrió maternalmente. Con actitud indulgente miró al contrito muchachito y a sus hermanos, que se agrupaban en rededor de la institutriz.

—Acepto tus disculpas amiguito. Afortunadamente el daño no es irreparable —expresó sin cambiar de actitud. Y, dirigiéndose a la joven institutriz, agregó—: por favor, *madeimoselle*, no los castigue por su falta..., ya que esta ha sido involuntaria. Déjelos que sigan con sus juegos...

Diana, aceptando sus palabras le sonrió agradecida.

—Gracias por su admirable indulgencia, *madame*. ¡Niños vuelvan a sus juegos y tengan cuidado! —ordenó mostrándose afectada por el incidente.

Al instante los cinco niños se dispersaron dando gritos de gozo.

—De verdad, *madame*..., lo siento mucho —continuó la institutriz mientras observaba a la pintora con innegable curiosidad.

Eloísa esbozó una alegre sonrisa y añadió:

—A decir verdad, después de todo, este incidente no ha sido tan malo, me obliga a descansar un poco. —La miró con simpatía y añadió—: y de paso, podemos charlar un poco, si usted no se opone a ello, *miss...*

—¡Me encantaría! A mí también me atrae mucho el dibujo y la pintura.

Eloísa tomó una carpeta y, extendiéndosela, le preguntó:

—¿Quiere ver algunos croquis? aquí tengo varios, si desea mirarlos..., *miss...* ¿puedo saber su nombre?

La joven gobernanta, tras dudar unos instantes, respondió:

—Sí, claro, me llamo... Helga Weber, y soy institutriz en casa de Jean Marco Lagrange, fabricante de accesorios para automóviles.

—Un gusto, Helga. Yo me llamo Eloísa de Beltrajoz.

—¿Usted es Eloísa de Beltrajoz? —repitió la joven parpadeando repetidamente con evidente sorpresa e inquietud.

—¿Acaso me conocías de nombre? —preguntó la pintora intrigada.

—Pues..., sí, señora —fue la respuesta exenta ya de emociones, a las que Diana logró reprimir—. Recuerdo que usted expuso sus obras en Londres, hace unos... tres años, en el Lyceum Club. Y yo... tuve mucho placer en visitar dicha exposición; bueno placer que fue de todo el mundo, puesto que alcanzó usted un gran éxito.

La vanidad no era precisamente un defecto de Eloísa, pero jamás le disgustaba un elogio sincero. Y en ese momento sintió un súbito placer en escuchar hablar de aquella manera a una simple institutriz.

—Gracias por sus alabanzas. Sí, de verdad aquella exposición fue para mí, además de exitosa, inolvidable —contestó con suave acento.

Enseguida, con disimulo, Eloísa comenzó a observar minuciosamente a la joven, mientras esta ojeaba en la carpeta los croquis, uno tras otro. En ese momento, para poder verlos mejor ella había retirado de sus ojos los lentes amarillos y, de vez en cuando, sus pupilas se levantaban hacia la pintora, apoyando un comentario o en una observación interesante. Eloísa de inmediato se dio cuenta de que la joven estaba dominada por una gran turbación.

Era verdad; Diana no ignoraba la gran amistad que unía a la artista con Eduardo, y en esos instantes contenía las ganas de pedir noticias del hijo del

banquero por temor a traicionarse.

Mientras contemplaba aquel hermoso rostro de la institutriz, la pintora se preguntó de pronto donde había admirado tan perfecta belleza. Durante algunos segundos torturó su memoria en vano pero, dentro de su espíritu, la convicción de que reconocía de algo a la joven, pese a no haberla visto nunca personalmente, la dejó pensativa. «¿Una simple *nurse*? —se dijo observando sus finas manos—. No, ciertamente hay en ella cosas y actitudes que pregonan una distinción muy alta, casi suprema. En todo caso, se trata de una hija de excelente familia obligada, por la adversidad, a ganarse el diario sustento...».

Diana ya había terminado de examinar todos los dibujos y cerró la carpeta. Tras dar una ojeada a los niños, miró a la artista con una sonrisa, y musitó:

—Muchas gracias por haberme permitido ver tan hermosas obras, *madame*. Realmente, como acabo de decirle, me gusta mucho el dibujo y la pintura. En Londres visitaba con frecuencia, las colecciones privadas de muchos famosos pintores, la mayoría de ellos pertenecientes a los siglos XVIII y XIX. Bueno..., todo eso lo hacía cuando podía ahorrar un poco de dinero para darme esos gustos.

Eloísa disimuló lo mejor que pudo su sorpresa y sonrió.

—¡Oh!, pues si deseas ver a «La *miss* de la rosa», de Romney, tienes que venir a mi casa un día de estos; de verdad te lo digo..., a mí me daría mucho gusto recibirte.

—¿La *miss* de la rosa? —repitió la institutriz con indudable impacto—. ¿La adquirió en alguna de las recientes ventas públicas?

—No, mi fortuna no me permite gozar de tan costosas adquisiciones. Esta obra me la regaló el padre de un amigo en agradecimiento por haberlo cuidado durante su larga enfermedad, que bien puedo decir, pudo ser mortal.

—¿Qué... tenía el joven? —inquirió Diana sin lograr disimular la gran desazón que se había adueñado de ella.

La pintora, que no dejaba de mirarla a los ojos, expresó:

—Fue atacado, de manera repentina, por una congestión cerebral que lo tuvo amarrado a la cama durante muchos días... y me consta que el regalo de agradecimiento que me hizo el barón de Benlliure le ha costado a este



una gran fortuna.

Sin darse cuenta, Diana sacudió la cabeza poniéndose pálida, tal como si hubiera recibido una fuerte impresión. En una súbita actitud juntó las manos sobre el pecho y balbuceó:

—¿Habla... usted... del... barón Armand Leblanc de Benlliure? ¿Es él quien... quien le ha regalado el cuadro? ¿Entonces, es su hijo Eduardo... el que ha estado tan gravemente enfermo? —Sin esperar a que la pintora le respondiera, en medio de un temblor, volvió a preguntar—: y ahora, ¿cómo se encuentra?

—No lo sé..., apenas mejoró, se marchó de casa y..., desde entonces, nadie sabe su paradero —explicó la pintora sin dejar de observarla.

De pronto, presa de un gran estremecimiento, Eloísa sonrió ampliamente. «No lo puedo creer. Es ella; esta joven es Diana, no hay duda. ¡Dios bendito! Gracias. ¡Que maravillosa coincidencia!», se dijo sofocada por la emoción, mientras observaba a la joven *nurse*, comparándola con una vieja fotografía de Diana que Eduardo le había mostrado, donde ella aparecía sentada en el jardín de su casa, en una actitud lejana, pero preciosa a la vez. Y aunque el peinado y la apariencia de ese momento eran muy diferente, no cabían dudas que esa joven era Diana Morrison Bennett.

«Esto es increíble. Por ahora no la descubriré, creo que será mejor seguir su juego», volvió a decirse en medio de hondo suspiro. Dulcemente tomó la mano de la joven.

—¡Ah! ¿Entonces... conoces a *monsieur* Armand y a su hijo? —inquirió con acento desenfadado.

Diana, pálida y desencajada, se dio cuenta, aunque tarde, de que acababa de descubrirse ante la pintora. Pero ya era imposible volver atrás. No obstante logró dominar su turbación y, tras una larga inspiración de aire, respondió serena:

—Bueno sí, un poco. Mí... familia y la... de un amigo íntimo del barón se trataron durante mucho tiempo. Y fue... fue en casa de ellos donde más de una vez vi a *monsieur* Armand... y a su hijo.

La pintora sonrió al decir:

—De verdad, hay que reconocer que las sorprendentes casualidades existen. Y los que afirman que el mundo es grande están equivocados.

¿Hubiera yo creído, hace tan solo una hora atrás, que tú y yo poseíamos relaciones comunes? Porque los Benlliure son buenos amigos míos. Y Eduardo algunas veces hasta me llama «mamá Eloísa».

Diana, a pesar de su disimulo, estaba conmocionada y trataba de retener las lágrimas que amenazaban desbordarse por sus ojos.

Eloísa siguió con su despreocupada charla:

—¡Y ahora que ya somos casi amigas, de verdad será para mí una satisfacción muy grande que volviéramos a encontrarnos...!

—Y... también... para mí —balbuceó Diana.

En los ojos de la artista se reflejó una inmensa alegría. Con ademán espontáneo tendió la mano a la joven, a la vez que ella se la estrechó cariñosa.

Eloísa, agregó radiante:

—Me encantaría que vinieras a mi casa el próximo domingo. Estaremos solas, y podremos charlar de todo y, a no dudar, tendremos en Inglaterra otras amistades comunes, ¿qué dices, vendrás a visitarme?

La consternación que la oprimía de nuevo hizo que la respuesta de Diana sonara entrecortada:

—Sí, *madame*..., ciertamente... lo deseo. El domingo estaré en su casa.

—¡Estupendo! —exclamó la pintora. Y, sonriéndole ampliamente, le tendió su tarjeta.

Diana la tomó y, guardándola en su bolsillo, dijo:

—Bueno..., ahora es preciso que me retire. Debo regresar a casa con los niños; muchas gracias, *madame*, por su indulgencia y... también por su amable invitación, hasta el domingo. Estaré en su casa a eso de las tres de la tarde.

—Perfecto. Te aguardaré con impaciencia —nuevamente sus manos se estrecharon.

Diana se colocó los lentes y, acomodándose la ropa, corrió en busca de sus discípulos.

La mayor de las niñas mirándola curiosa le preguntó:

—¿Qué le decía esa *madame* que pinta, *miss*? ¿De verdad seguía sin enfadarse con mi hermano?

—De verdad, Sofía, solo hablamos de sus pinturas.

—Pero ¿no dijo nada de mí por el pelotazo que le propiné sin querer? — preguntó a su vez Jean Marco.

—Bueno, de ti... me dijo que el tacto y la discreción son las principales cualidades que debe poseer todo niño que quiera ser un futuro *gentleman* — murmuró Diana.

El muchachito se ruborizó y cabizbajo soportó la risa de sus hermanos.

Diana esperó el domingo con febril impaciencia. Cuando llegó el día, para sorpresa de la familia Lagrange, la joven, con visible nerviosismo, almorzó rápidamente y abandonó la mesa excusándose de la prisa con que se veía obligada a partir.

—¡Caramba, *miss!* —se extrañó el dueño de casa—. Este domingo pinta muy agitado para usted. ¿Irá de nuevo a la pensión de *madeimoselle* Lorena?

—No, hoy iré a... visitar a esa pintora... de la que les hablé. Gracias a ella supe que una de mis amigas de Londres se encuentra en París. Y deseo visitarla...

—Es natural, *miss*, siempre causa alegría recordar tiempos felices. Yo también cuando encuentro a un compadre, ¡perdón! a un amigo de mis épocas de juventud lo invito a echar un trago...—Poniéndose rojo, el dueño de casa enseguida rectificó—: ¡excúseme de nuevo! Lo invito a tomar algo en el primer bodegón, ¡diantre...! en el primer establecimiento de bebidas que nos sale al paso. —*Monsieur* Lagrange sudaba al terminar aquella parrafada. Al fin, con ojos jubilosos, añadió—: ¿Verdad, *miss*, que ya hablo mejor que antes?

—Sí, *monsieur* Jean Marco. Está usted progresando mucho —expresó ella dedicándole una cariñosa sonrisa.

Enseguida, tras saludarlos con gentileza, se marchó dejándolos a solas.

De pronto el industrial observó a su esposa que permanecía pensativa.

—Pero ¿se puede saber en qué está ocupado tu prodigioso cerebro?

—Pues, está ocupado en pensar algo que no se le ocurre al tuyo. ¿No habrá ido esta chica a...? ¿Me comprende, *monsieur* Lagrange?

—¡No! ¡eso es imposible! ¡Claro que..., no tanto, con lo guapa y culta que es! ¿Y dónde crees tú que habrá encontrado ella a un hombre?

—Pero ¿de qué hombre hablas? ¡Mira que eres tonto! —protestó *madame* Adela, mirándolo cejijunta—. Lo que quiero decir es que no me extrañaría que nuestros ilustres vecinos estén tratando de quitarnos a nuestra distinguida institutriz. ¡Si hubieras visto tú la otra tarde las zalamerías que esa horrible mujer le hacía a la *miss*! Porque sépalo, *monsieur* Lagrange, nuestra institutriz engalana y le da más categoría a nuestra casa que cualquiera de las otras *nurses* alemanas o suizas, tiesas como velas, de las demás casas de este elegante vecindario. —*Madame* Adela volvió a quedarse pensativa. Al instante, agregó—: nada, está todo muy claro. Nuestra *miss* nos hace, a la vista de todos, diez veces más ricos y más distinguidos.

—Pues, tanto mejor, mujer, ¿no te parece? Y no te apures que, si para evitar que se nos vaya con otra familia, hay que darle unos billetes más, con gusto se lo daremos. Mis progresos en el hablar fino, como los propios ricachones de cuna, no han de interrumpirse aún por las envidias de los vecinos, ¡faltaba más!

Cuando Diana llamó a la puerta de Eloísa, su corazón latía con desusada violencia. Creta, prevenida de antemano, la condujo donde la pintora ya la esperaba sentada en el cómodo sofá de su taller, fumando un cigarrillo al lado de su gata.

—¡Bienvenida, Helga! —la saludó con cariñosa sonrisa—. Por favor siéntate junto a mí. ¡Cuánto me place volver a ver! Espero que tu visita no sea motivada solo por un gesto de simple cortesía. —Tras besarla en ambas mejillas, agregó—: enseguida tomaremos juntas un riquísimo té inglés, con exquisitas masas.

—Gracias, señora —repuso Diana animada por la cordial acogida. Mientras acariciaba el lomo del hermoso felino, inquirió—: Es egipcio ¿verdad?

—Sí, es una gata. Se llama Mimí.

—Hola, Mimí, que preciosa eres —saludó Diana tomándola en sus brazos.

La pintora sacó su pitillera.

—¿Fumas? ¿No? ¡Ah, qué suerte tienes! Este vicio es de lo más terrible, te lo digo yo que fumo casi una docena de cigarrillos por día. —Se puso de pie y, con gentil gesto, añadió—: ven, voy a mostrarte «La *miss* de la rosa»; el cuadro aún no está colgado, sigue en el sitio que el barón lo colocó..., en la misma habitación donde su hijo estuvo tan enfermo. Y fíjate que coincidencia: fue la misma noche en que Eduardo se fugó, ¡Ay, pero para que te cuento eso, las cosas tristes es mejor obviarlas! ¿Verdad? —de reojo observó la expresión de Diana y, exhalando un hondo suspiro, añadió—: ven, sígueme...

Tomándola de la mano, la condujo hacia la habitación donde, durante tantos días, Eduardo había luchado contra la adversidad de su salud.

Con disimulo, la pintora no dejaba de observar las diversas impresiones emotivas que se reflejaban en el bello semblante de la joven. Pálidos y demudados, los temblorosos labios Diana pugnaban por contener su nerviosa emoción. Hubiera deseado interrogar a Eloísa y continuaba haciendo esfuerzos por contenerse, a la vez que fingía una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.


Al penetrar a la habitación, una especie de vértigo la obligó a cerrar los ojos.

—Bueno, he aquí el cuadro... —dijo con voz cantarina la pintora mientras descorría las pesadas cortinas de terciopelo del ancho ventanal—. Observa como la luz tamizada que reina aquí, y el fondo gris azulado de la pared, hacen destacar el colorido de la tela. Parece... algo vivo, ¿verdad?

Diana no contestó. Con gesto maquinal, pasó las manos sobre el respaldo de la cama a la que miró con indudable conmoción.

Eloísa, sin dejar de observarla, a la vez que fingía no darse cuenta de nada. Con aire indiferente, continuó con su charla:

—Realmente, el cuadro es una verdadera obra maestra, ¿no lo crees tú?

Las palabras de la pintora, refiriéndose a la pintura, hicieron que Diana se esforzara en dominar sus emociones. No obstante, lo único que logró hacer fue sonreír, mientras las grimias la delataban.

—Pero mi querida niña, ¿qué te pasa?, ¿tanto te emociona este cuadro hasta el punto de hacerte llorar? —inquirió Eloísa sonriéndole con ternura.

La voz de Diana tembló al decir:

—No, *madame*, no es precisamente el cuadro lo que me hace llorar. Son los recuerdos que despierta en mí..., cuando lo vi por primera vez en casa de... unos amigos, yo era muy niña; mi madre acababa de morir y... mi padre estaba lejos, muy lejos. Más tarde, al celebrar..., una amiga mía sus veintidós años, dio una fiesta muy hermosa en la que ella aparecía vestida como «La *miss* de la rosa», igual a la modelo de Romney...

Oyéndola hablar de ese modo, Eloísa tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

Solo se limitó a expresar:

—¡Oh! Creo recordar nítidamente que Eduardo me habló de una fiesta de gala en Londres, que con seguridad debe de ser la misma; la fiesta se celebró

en casa de... *sir* Norman Bennett Wilson, y fue su sobrina la festejada, ¿verdad?

Diana se estremeció quedándose callada. Luego, inclinó la cabeza, y murmuró:

—Sí..., fue ella. —Tras secar sus lágrimas, añadió—: pienso... en ese pobre muchacho. Me... refiero al hijo del barón..., y que usted cuidó y que... luego huyó. ¿Por qué huyó? ¿No le satisfacía acaso la dicha de tener a la vez su padre y a una amiga como usted, a la cual podía llamar madre?

Eloísa le pasó el brazo por los hombros. Y lentamente comenzó a decir:

—Querida, escúchame con atención... Eduardo Leblanc de Benlliure es el joven más noble y leal que existe en este mundo..., en el que, lamentablemente, la lealtad y el honor han perdido un poco sus valores. Por desgracia este joven, al que considero casi un hijo mío, se enteró de golpe de que la fortuna de su padre tenía por base un acto reprobable, casi ruin, y no pudo soportar la profunda pena de tal deshonor. De esa manera abandonó el techo paternal, además de la fortuna y de la vida fácil, para ir a ocultar su vergüenza y su dolor... solo Dios sabe dónde.

El rostro de Diana palideció aún más.

—¿De modo que... él consideró tan grande... y terrible la acción cometida por su padre? —indagó temblándole la voz.

Eloísa asintió con la cabeza.

—Ya lo creo que sí. Hace años, por medio de una maniobra excesivamente hábil y perversa, el tío de esa joven, en complicidad con el barón de Benlliure, despojaron del beneficio de sus inventos a un ingeniero inglés, según estima Eduardo, de gran valía, llamado Ronald Morrison Cameron el que, acorralado económicamente, aceptó unas condiciones abusivas e inocuas. Y el banquero edificó, sobre las ruinas de ese genio infortunado, una enorme y colosal fortuna. Como te he dicho, su hijo se enteró de eso por casualidad... —Eloísa tomó respiró y continuó—: créeme, yo que estuve a su lado sé que le costó trabajo creer algo así. Su respeto filial se oponía a pensar a su padre capaz de tal felonía. Además..., Eduardo amaba, mejor dicho, ama..., más allá de todo, a la hija del que fue víctima de su padre, y por amarla tanto tomó la dolorosa decisión de huir avergonzado y lleno de desesperación. Y yo, que lo conozco tanto, sé que huyó porque no podía,

aun amándola locamente, ofrecerle su nombre. Un nombre notorio para el mundo..., pero deshonrado para él...

—Y... eso ¿sé lo ha contado él... mismo? —preguntó Diana con voz desfallecida.

—Así es. Me lo confesó a mí... y se lo dejó escrito al barón. Su propio padre se abrazó a mí, llorando su desdicha. Sí, Eduardo huyó..., lo abandonó todo para infligirle a su progenitor el suplicio que conoció su víctima, me refiero al ingeniero. En la carta a su padre, con evidente vergüenza le escribió: «No me busques; si llegas a intentar encontrarme te juro que me mataré». ¡Ay, por Dios, Helga! ¿Qué te ocurre? —preguntó al ver que la joven, blanca como la cera, escondía la cara entre sus manos, rompiendo a llorar mientras murmuraba:

—Pero ¿por qué ha hecho eso? Marcharse así... ¿y ahora, donde se encontrará?

—Diana..., hija mía. Tú también hiciste lo mismo; vamos, no llores, te lo ruego.

Al oír su verdadero nombre en labios de la artista, la joven levantó bruscamente la cabeza, y la miró asombrada.

—¿Usted sabe quién soy yo? —inquirió con voz queda.

—Sí, lo descubrí el día en que tu discípulo arrojó, providencialmente, su pelota contra mí. Yo conozco el secreto de tu vida; no temas no pienso delatarte. Desde en este momento seremos dos para buscar a Eduardo. Parece mentira que hace apenas unos días atrás, era él quien clamaba por ti preguntándose: ¿dónde estará Diana? Y ahora... en el mismo lugar, tú te preguntas lo mismo. Estoy segura de que por medio del amor hallaremos a Eduardo, y juntas le devolveremos la confianza y la alegría de vivir. Uniremos también nuestros esfuerzos para encontrar a tu padre.

—¿Conoció usted a mi padre?

—No, jamás lo vi. Pero por Eduardo, sé que te está buscando.

Al oír aquello la cara de Diana cambió de color.

Tras unos instantes de estupor, lanzó un grito de doloroso júbilo:

—¿Qué? ¿Me ha estado buscando? ¡Ay, Dios mío! ¿Está segura de eso?

—Sí, esa es la verdad. Tu padre estuvo en París y, por esas cosas del destino, el coche de Eduardo lo embistió, por suerte no de gravedad.



—¿De modo qué mi padre... está buscándome? Y, dice usted que ¿Eduardo y él se conocieron, por un... accidente fortuito?

—Exacto. Y Eduardo enseguida se puso de su lado..., lo admira mucho. Mira..., ven —agregó la pintora mientras la tomaba de la mano. Enseguida, aproximándose a un alto armario. Abrió una puerta y le explicó—: Esa voluminosa cartera que ves ahí es de tu padre..., dentro está llena de sus planos y documentos. Ya te explicaré, con más tiempo, como llego aquí.

Diana, en medio de un desgarrador sollozo, acarició el desgastado cuero de la cartera de su padre permaneciendo largo rato en medio del ininterrumpido llanto, a la vez que Eloísa, acariciando su cabeza, la dejaba desahogarse.

—Es increíble —murmuró la joven cuando pudo hablar—. No puedo creer tantas similitudes, y todas tan increíblemente acertadas, en contra mía.

—Por lo que sé, tu padre, al saber que habías huido de la casa de tu tío, también salió de Londres sin decir a donde iba..., y su rastro, al igual que el tuyo, se ha perdido. Yo desconozco sus señas; solo sé que, por una fatalidad incomprensible, cuando se presentó en casa de su cuñado, tú ya habías escapado de allí.

—¡Dios mío! Sí al menos me hubiera quedado unos días más allí, mi padre y yo ahora estaríamos juntos. ¿Por qué ha tenido que pasar esto? —exclamó Diana sollozando transida de dolor.

—No desesperes, estoy segura de que lo encontraras. Las cosas siempre pasan por algo; hija mía, a veces la vida tiene esas peculiaridades tan extrañas. Pienso que para que se produzca el triunfo de la verdad y la justicia, hace falta primero caminar a tuestas, dando tropiezos... quizás para que los grandes culpables sepan a su vez, lo que es el dolor humano. Ahora, *monsieur* Armand y *sir* Bennett Wilson están sufriendo en carne propia por lo que pecaron. El barón solo actuó como un banquero, pero ama mucho a su hijo; *sir* Norman fue más cruel, si cabe porque, en su celoso y exclusivo afecto, te sustrajo al amor paternal. Uno y otro saben ahora de qué forma torturaron la vida de Ronald. Para que esto sucediera era preciso que tu padre no te encontrara de inmediato y para que Eduardo y tú huyeran.

—Es verdad..., mi tío, lamentablemente, ha obrado de manera muy cruel. ¿De verdad usted..., desde el instante que me vio, supo quién era yo? Pensé

que nadie lo haría... —inquirió Diana temerosa, con los ojos fijos en la artista con.

—No, cuando la pelota del pequeño Jean Marco manchó mi acuarela, ni se me hubiera ocurrido pensar en que tú fueras Diana. Comencé a entrever la verdad cuando te quitaste las horribles gafas que usabas para contemplar mis dibujos. Eduardo siempre me hablaba de ti..., más que nada en este último tiempo. Y así me iba describiendo cada detalle de tu figura: tu rostro, tus ojos, tu pelo... y eso, en mi imaginación, revivió de golpe. Si te hablé del barón y de la enfermedad de su hijo, fue más que nada para leer en tus ojos..., y en ellos vi claramente la turbación repentina de tu espíritu, el temor de tu secreto amor. Porque... tú amas a Eduardo, ¿verdad Diana?

La joven agitó la cabeza; en medio de un sollozo murmuró:

—Sí..., sí lo amo. Estoy enamorada de él..., creo que desde mi infancia. Comencé a amarlo el día en que estando en Dinard, junto a la playa, para recuperar una muñeca que se me había caído al mar desde un acantilado, Eduardo, pese a ir de esmoquin, se arrojó al agua y me la devolvió. Yo tenía unos trece años, y a partir de aquel día, mi corazón latió por él. —Bajó los ojos y un rubor coloreó sus mejillas. Enseguida prosiguió—: a pesar de eso, nunca se lo di a entender e incluso, sin razón alguna, siempre huía de su presencia. Bueno..., en realidad él me intimidaba mucho, quizás demasiado. Hubiera querido acurrucarme entre sus brazos, contra su pecho... y sin embargo apenas osaba tenderle la mano. Y la razón de todo eso era que yo lo consideraba un tenorio en busca de aventuras amorosas, la mayoría escandalosas. Sé que hablaba con ironía de mi frialdad..., y yo sufría al saberlo. Pero como siempre fui muy solitaria, no podía confiarle mis secretos a nadie, ni siquiera a mis tres mejores amigas, las que también están ahora lejos de mí. La madre de Eduardo siempre se mostraba cariñosa conmigo..., pero tampoco ella pudo provocar mis confidencias. Pensar en el cariño que ella intentaba darme me apena. De esa manera he guardado a solas mi secreto, hasta ese día, en vísperas de mi cumpleaños, involuntariamente, se lo revelé a él con la mirada. Durante aquella noche, en la terraza de la casa de mi tío, le entreabrí mi alma confesándole la dolorosa pena de mi vida suntuosa y vana. Eduardo al escucharme se mostró tan dulce y tierno... y después me... besó y yo..., a pesar de estar

prometida a otro hombre, le respondí, tal como si eso fuera la cosa más deseada del mundo. Pero luego..., no sé qué me pasó: Sí, fue cuando lo escuché decirme: «Te deseo» en vez de el tan ansiado «Te quiero», allí recordé todas sus fáciles conquistas, sus frívolos amores de los que él se jactaba. De ese modo, lo aparté de mi lado gritándole algunas cosas de las... que ahora me siento arrepentida. Sí tengo que ser sincera, debo confesar que en ese momento le hubiera querido gritar: «¡Ven, tóname en tus brazos! ¡Llévame a donde tú quieras, lejos de aquí... a donde se te antoje!», pero fui cobarde y calle. Para peor, sentía la sensación como si Eduardo solo me compadeciera... y que incluso deseara aprovecharse de mi calamitoso estado, y eso fue lo más insoportable, yo no quería su compasión, sino su amor.

Eloísa sonrió y, apretándole la mano, le dijo:

—Ay hija mía, si tú supieras del modo como él te ama. Has trastornado su alma, su vida y sus pensamientos; apenas regresó de Londres, cortó con..., digamos, una novia a la que, desde hacía tiempo, se hallaba unido. Creo que él también, sin saberlo, te ha amado siempre. Tienes razón, durante su primera juventud, a pesar de los dos años que pasó en la guerra, fue un joven un tanto frívolo y casquivano. No obstante, jamás dejó de lado su condición de honorable *gentleman*. Es verdad también que tenía muchos amoríos, pero eso se debía principalmente a que las mujeres enloquecían por él y lo buscaban. Escúchame con atención: nada hay irreparable en vuestra situación actual, puesto que amas a Eduardo y él también te ama, y la ley suprema, la que todo lo domina, es la ley eterna del amor. —Mientras hablaba, Eloísa seguía sujetando entre las suyas las manos de Diana a la vez que, con un pañuelo, le secaba las lágrimas—. La prueba terrible por la que ahora ambos atraviesan contribuirá a unirlos aún más; porque yo siento que el destino no podrá prolongar demasiado la separación de dos almas nobles y buenas como las vuestras. Buscaremos a Eduardo y a tu padre, daremos con ellos como sea. Si tú quieres iremos las dos a ver al barón... y seremos sus aliadas en esta búsqueda.

Diana se irguió, llevándose la mano a la cabeza, gritó:

—¡No! ¡Eso no! No quiero ver al hombre que a pesar de ser, al mismo tiempo, el padre del hombre que amo, causó la desdicha del mío... y al que

yo misma he maldecido. Si el destierro y el dolor se abatieron, como buitres famélicos, sobre nuestra casita en Richmond..., si mi madre tuvo que morir de esa manera tan penosa, si mi padre solo ha conocido la más cruel de las soledades, es por culpa de mi tío, pero también del barón de Benlliure. Se lo ruego, señora, no me pida eso. Al menos, no por ahora...

—Está bien, hija..., cálmate. Te comprendo —murmuró Eloísa con dulce sonrisa.

Minutos después salieron del cuarto y regresaron al taller donde ya Creta les había servido la merienda. A través de los cristales del ventanal, el panorama de París, realzado por una ligera bruma, aparecía más bello que nunca.

Las dos mujeres contemplaban a la gran urbe con un mismo pensamiento en la mente y un anhelo en los corazones. El joven debía estar por ahí: ¿pero dónde? ¿Y cómo hallarlo en esa inmensa selva de cemento? ¿Y Ronald, donde estaría en esos momentos?

De pronto un terrible pensamiento sobresaltó a Diana: «¡Dios mío! ¿Y sí mi padre, pensado que yo he partido hacia América para buscarlo también ha regresado allí? Ojalá que no sea así, de lo contrario me moriré de angustia».

Al notar la nerviosidad de la joven, Eloísa le pasó el brazo sobre sus hombros. Y tal como si contestara al tormento interior de la joven, con tono cariñoso le dijo:

—Diana, como ya te dije, considero a Eduardo un hijo, y ahora por ti siento que también representas lo mismo. ¿No te ofende que te diga que puedes consolar tus penas en mis brazos, tal como si fueras también una hija?

Apoyada en el hombro de aquella generosa mujer, Diana contestó:

—¡Oh, sí!, déjeme llorar sobre su regazo, siempre tuve tanta necesidad de sentir a mi madre cerca, como cuando era niña... —limpiándose las lágrimas, con gesto apenado, le pidió—: Por favor, cuénteme más cosas de Eduardo y de cómo llegó la cartera de mi padre a sus manos...

Volviendo atrás en el tiempo, justo en el momento en que Eduardo Leblanc de Benlliure se quedaba a solas en el cuarto de la casa de Eloísa de Beltrajoz, de pronto, entre sus alocados pensamientos comprendió que, pese de sus esfuerzos por lograrlo, no podría perdonar del todo a su padre... ni olvidar su aberrante proceder, y tampoco deseaba volver a vivir en su casa.

De esa manera, a pesar de la poca resistencia de su espíritu, una apresurada resolución comenzó a roerle la cabeza: la pronta huida, desaparecer por un largo tiempo. Y ahí mismo empezó a preparar la fuga.

Con ademanes febriles, pero seguros, examinó sus recursos; poseía, en billetes de Banco, unos cuatro mil francos. Además su sortija de platino, su aguja de corbata y su magnético reloj de oro podrían muy bien ayudarle a sobrevivir durante los meses que iban a serle necesarios para sacar provecho de sus aptitudes.

Sin pérdida de tiempo se puso a escribir una carta a su padre y otra a Eloísa. Luego se vistió y preparó sus escasas pertenencias. Tras un breve momento, en el que sintió descorazonamiento, con precaución abrió la puerta y bajó las escaleras. La gruesa alfombra, que protegía los peldaños, amortiguó sus pasos. A los pocos minutos se encontró ante la puerta que daba a la plaza del Calvario, la entreabrió, depositó en la acera su maleta y cerró sin ruido.

En ese momento sintió vértigo y se vio obligado a buscar apoyo en la pared. El corazón le latía con demasiada prisa. Seguido a eso, tomó aliento y, decidido, se encaminó hacia la escalinata que daba a la plaza. Un rato después, al llegar a una calle transversal, detuvo a un taxi. El chofer sacó la cabeza y, con mirada atenta, le dijo:

—Me dirijo al garaje. Si usted va hacia Vincennes, de paso podría llevarlo; si no es así, debe esperar a otro.

—Vamos a donde usted quiera. Me da lo mismo...—contestó Eduardo.

El chofer lo contempló con evidente desconfianza.

—¿Es una broma? Cuando no se tiene un domicilio, al menos se tiene un lugar donde ir.

—Pues, yo carezco de uno y de otro. He llegado de provincias y... el pariente en que debía alejarme está ausente. Y como aún no tengo trabajo, me da lo mismo instalarme en un barrio que en otro. Cuando Eduardo tomó asiento dentro del coche, el chofer seguía observándolo con fijeza.

—¿Puedo saber cuál es su oficio? —interrogó cejijunto e intrigado.

—Soy ingeniero, pero nunca trabajé como tal. No obstante conozco todo cuanto concierne a los motores...

El taxista al escuchar eso desarrugó en entrecejo.

—¿Con qué ingeniero, eh? Pues, en ese caso, si usted quiere, puedo orientarlo en ese sentido. Yo, antes de la guerra, donde me quedó un pie inservible, trabajé en la mecánica en Belleville, en la casa Gounod Hermanos. En ese tiempo trabajaba allí mucha gente, y siempre había un lugar para alguien más. Podría probar a lo mejor tiene suerte allí. Bueno en los alrededores no faltan hoteles limpios y económicos.

—Entonces, en marcha. Y gracias por la indicación.

El taxi comenzó a andar en medio de un ruido de hojalatas y hierro viejo, ruido que aumento aún más cuando llegaron a los bulevares exteriores al tener que acelerar la marcha.

En el interior del vehículo, Eduardo se encontraba en un estado de semiinconsciencia.

Mientras escuchaba el traqueteo de la calle, no se dio cuenta exacta de nada más hasta el momento en que el taxi se detuvo ante la puerta de un hotel de apariencia modesta.

Un hombre obeso, que permanecía sentado junto a la puerta fumando su pipa, se dirigió hacia ellos.

—¡Eh! ¡Patrón! —gritó el chofer.

—¿Sí? Mande usted.

—¿Tiene por ahí un cuarto decente?

—En mi casa todos lo son —arguyó el interrogado con expresión segura.

— Bien. ¿Hay ahora alguno libre?

—Sí, me quedan dos.

Eduardo, con expresión aturdida, abrió la portezuela del coche.

—Lo tomaré —alegó un tanto desorientado—. Pero ¿dónde estamos?

—En el Bulevar de Belleville —contestó el posadero—. En el hotel «Enrique II». No será un palacete, pero es aseado y decente. Precio de cuarto: doce francos por día o trescientos al mes.

—Bien. Lo alquilaré por un mes —repuso Eduardo.

Tras eso, le pagó al chofer, dándole las gracias y añadiéndole además una buena propina. Media hora más tarde el *petit* barón dormía profundamente en una dura e incómoda cama que, de seguro, su propio criado hubiera rechazado.

Durante los diez siguientes días, Eduardo trató de recobrar un poco más de fuerzas y permaneció casi sin salir a ningún lado. Luego de eso, por las tardes comenzó a dar algunos paseos recorriendo los lugares que a él le parecían silenciosos y tranquilos.

A pesar de que comía en un modesto restaurante cercano al hotel, por mucho que se cuidaba en los gastos, de sus bolsillos salían diariamente unos cuarenta francos. No obstante, aún le quedaba el recurso de vender sus joyas.

Cuando se presentó en la casa Gounod Hermanos, gracias a la elegancia de su porte, tomándolo por un comprador, fue acogido con extremada amabilidad.

Pero cuando se supo que venía a solicitar empleo, al instante la acogida cambió.

—Lo siento —le dijo el jefe de personal—. Por ahora no tenemos vacantes. Tal vez el mes próximo. Deme su domicilio y referencias, y lo dejaré apuntado.

—Provisoriamente habito en el hotel Enrique II. En cuanto a referencias, no las poseo, puesto que hasta hoy nunca trabajé. He cursado mis estudios en la Escuela Politécnica, y durante la guerra combatí en la artillería pesada,

luego en la aviación. Un revés de fortuna me obliga a buscar empleo y a tratar de hallarlo rápidamente. Pasé, hace tiempo..., un par de meses, en las fábricas de Gergovia y de Haspraz-le-Vieux...

—Sí, las conozco —comentó el encargado mirándolo con extremada fijeza.

—Bueno, pues, es todo lo que tengo para decir.

—¿Y su nombre?

—Eduardo Leblanc de Benlliure.

El empleado volvió a levantar la cabeza examinándolo más detenidamente.

—¿Benlliure? ¿Es pariente del banquero que lleva su mismo apellido?

Eduardo soportó sin pestañear el examen y la pregunta.

—Sí, en efecto. Soy... un familiar lejano del barón, y gracias a ese parentesco estuve en Gergovia. Pero me marché al cabo de un tiempo porque... no hacía buenas migas con él, ni... con su hijo.

—Esa es la pura realidad —reafirmó el encargado con aire disgustado—, por lo general uno nunca se entiende con los parientes. Bueno déjese ver por aquí dentro de ocho días, y si puede tráigame sus documentos personales y su título de la Politécnica.

Eduardo, asintió con la cabeza y, tras un gentil saludo, se marchó. Lo que fueron sus jornadas de espera no vale la pena relatarlo. Una noche cuando subía a acostarse, mientras pensaba en el próximo fin de sus recursos, le fue entregada una carta, en cuyo sobre destacaba el membrete de la casa Gounod Hermanos. Apresuradamente leyó las siguientes líneas escritas a máquina.

*Cher Monsieur:*

La casa Gounod Hermanos le pide que se presente en su despacho el próximo lunes, a las nueve de la mañana. Se le ruega puntualidad.

Atentamente,

Gerard Lavoisier  
Jefe de personal

El día indicado, a las nueve menos cinco minutos, Eduardo franqueaba la entrada de la fábrica, donde fue conducido al gabinete del industrial.

Cuando se abrió la puerta Anthoine Gounod, que estaba sentado frente a su mesa de trabajo, de inmediato se puso de pie. Era un hombre de unos



cincuenta a cincuenta y cinco años, alto, más bien tirando a delgado, con un bigote gris que le daba cierta severidad a su rostro.

—Buenos días —saludó Eduardo con elegante cortesía.

—Buenos días, tome asiento. —La mirada un tanto fría del patrón de la fábrica se dulcificó al sonreír—. Para comenzar le diré que..., si usted está de acuerdo, podrá trabajar a prueba durante dos meses. Pasado ese plazo, sabremos de lo que es capaz. Le ofrezco doscientos francos por semana. Y espero que se dé cuenta de la confianza que en usted ponemos, acogiéndolo sin referencias industriales ni comerciales.

—Muchas gracias. Haré lo imposible, para que mi trabajo le satisfaga —contestó a la vez que procuraba disimular la emoción que lo embargaba—. ¿Cuándo tendré que comenzar?

—Mañana mismo a las ocho; empezará como dibujante. —Con una leve sonrisa, agregó—: hasta mañana, pues.

Luego de un apretón de manos, Eduardo se retiró.

Al día siguiente, a las ocho en punto el *petit* barón fue conducido por el gerente, a una amplia oficina. Después de ser presentado a los demás operarios, tomó asiento detrás de un gran tablero. Una hora más tarde manejaba el tiralíneas, el compás y la escuadra como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

De pronto, Eduardo se sintió casi feliz. Sí, aun a pesar de que había perdido al amor de su vida y el respeto por su padre, y por su propia vida pasada, en ese momento al menos ganaría su pan, dejando al fin de ser un parásito. Era verdad, el trabajo redimía a cualquier hombre de sus errores, hasta dejar de ser un esclavo del «oro» y de sus frívolas pasiones. Y si algún día, el destino, lo ponía frente a Diana y al padre de esta, ya no se sentiría tan empequeñecido; en ese momento sería solo un hombre en su diaria rutina de laborioso trabajo, tras haber dejado su pasada vida de niño rico e inservible viviendo a expensas de un padre sin escrúpulos.

Con la primera pipa del día en sus labios, Jean Marco Lagrange, sentado en su despacho abría, con parsimoniosa calma, las cartas que acababan de

llegar en el primer reparto de la mañana. La luz que entraba a chorros por la ventana alegraba su espíritu; una sonrisa eufórica bailaba en sus labios. Los pedidos seguían lloviéndole como una bendición de Dios, y cada día sus especialidades de fabricación hallaban nuevos mercados. El ruido regular y cadencioso que llegaba del taller era una clara señal de que todo iba a las mil maravillas. Además, en su vieja pipa herencia de su progenitor, el tabaco sabía a gloria.

Abstraído en sus placenteras reflexiones, pensaba en que no estaba lejos el día en que el humilde obrero metalúrgico, de diez años antes, habría de a poseer más de una hermosa casa en la ciudad, una finca en el campo, un buen automóvil, el respeto y la consideración de toda la gente en general.

El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de tan grato ensimismamiento. Tras retirar la pipa de su boca preguntó:

—¿Qué hay?

Un aprendiz asomó la cara sucia, anunciándose:

—Soy yo patrón.

—Sí, ya te veo y, ¿qué quieres Daniel?

—Vengo de parte de su esposa, quien le manda el periódico. Dice que en la sección de anuncios hay algo interesante. *Madame Adela* lo ha señalado clavándole un alfiler.

—Bien. Venga eso..., gracias, pequeño.

Cuando el jovencito se marchó, *monsieur* Lagrange desdobló el periódico con precaución. Era una hoja del *Petit Parisiën* con fecha del día anterior. En la quinta plana un alfiler destacaba junto a un anuncio, de la sección de económicos, en el que se leía: «Ingeniero metalúrgico busca empleo en su especialidad. Conoce fabricación de automóviles. Vendería patente de aparato eléctrico, trabajos caseros. Escribir a...»

—¿Pero en qué demonios puede esto interesarme a mí? —murmuró el fabricante—. ¡Hay que ver lo maniática que es mi esposa! No pasa un día sin que clave un alfiler en un anuncio u otro. ¡Ah, las mujeres, que rechifladas son a veces!

Con presteza se puso de pie y, enfundándose una bata amarillenta, se encasó la gorra, cargó de nuevo la pipa y descendió a los talleres, dispuesto a dar una mirada.

En la puerta de los «Amortiguadores patentados J. M. Lagrange», se acercó al jefe y lo saludo:

—Buenos días, Macé, ¿cómo anda todo?

—Todo aquí anda bien...—respondió el nombrado mientras señalaba el taller. Luego, con gesto pesaroso, adicionó—: por desgracia, es mi salud lo que anda muy mal. *Monsieur* Lagrange..., precisamente ahora mismo iba yo a hablarle. Quería pedirle a usted un par de meses de descanso.

La faz del patrón palideció ante la sorpresa.

—Pero ¿qué dice Louis? Estamos en plena temporada de trabajo.

El encargado movió tristemente la cabeza.

—No se trata de un capricho mío patrón. Mi estómago me hace sufrir como nunca. Los treinta y seis meses que pasé en Salónica, durante la guerra, tienen la culpa. Y ahora el doctor me ha dicho que si quiero vivir unos años más, debo empezar, con toda urgencia, una temporada de reposo bajo un estricto plan alimenticio. Le juro a usted que hay momentos en que casi no puedo tenerme en pie. Apenas duermo y no puedo comer casi nada. Y como verá..., no hay más que mirarme a la cara para saber si es verdad o no que estoy enfermo.

En efecto, la luz clara que penetraba por las ventanas del taller reflejaba en el semblante de aquel hombre, un aspecto pálido y decaído acentuado por una visible delgadez.

*Monsieur* Langrange lo miró como si esa fuera la primera vez que lo veía.

—¡Demonios! Es verdad, mi buen Macé, realmente pareces muy enfermo. Sí, tienes que descansar y recuperar la salud. Pero ¿cómo me las arreglaré sin ti?

El empleado meneó la cabeza con visible desaliento.

—Conste que se me desgarró el corazón tener que abandonarlo en este momento. Pero la orden del médico ha sido drástica; si no comienzo el tratamiento antes de diez días, me aguarda la cama para meses enteros, y quien sabe si la tumba. Para peor usted sabe que tengo mujer y tres hijos, y morir a los cuarenta y cuatro años... la verdad...

El patrón, con gesto triste, sacudió la cabeza, después de un hondo suspiro, exclamó:

—No te morirás. De eso me encargó yo..., bueno, ¿no sé te ocurre pensar

quien podría reemplazarte provisoriamente?

—Tal vez Despax o Lavoisier. Los dos están precisamente capacitados.

*Monsieur* Lagrange se rascó la barbilla dudando.

—¿Despax? Sí, es un buen encargado, pero excesivamente duro; un verdadero bruto, sobre todo cuando bebe unas copas de más. En cuanto a Lavoisier..., es un exaltado, la política le ha sorbido el seso, y cada diez minutos les suelta a todos los hombres esos discursos venidos de Rusia que dan mucho miedo. Y en un taller hay que trabajar y no dar mítines. ¿No sé te ocurre a nadie más, Macé?

—No, *monsieur* Lagrange...

—¿Y cuándo deseas marcharte?

—El sábado. Haré lo imposible para aguantar durante lo que me queda de la semana.

—¡Ah! si al menos esto lo hubiera sabido con tiempo. Y yo que me sentía tan feliz esta mañana.

—Es que yo... creía que podría trabajar aún durante cierto tiempo.

—¿Sabes qué?, seré yo mismo quien te reemplace. Y, si te hace falta algo, dímelo con franqueza. Cuando te sientas mejor regresa a tu trabajo el que, como ya lo sabes, será ocupado de manera provisional por mí.

—Gracias, *monsieur* Lagrange.

Rato después el patrón continuó su inspección por los talleres. A la hora de comer entró en su casa francamente abatido. Su esposa con solo mirarlo se dio cuenta enseguida de que algo le ocurría.

—¿*Monsieur*, se puede saber por qué tiene esa cara de entierro?

Jean Marco le contó su apuro.

—Y es muy difícil reemplazar a un hombre como Louis Macé —acabó con su relato visiblemente desalentado.

*Madame* Adela se dio una palmada en la frente.

—Y ¿para qué crees que te mande el periódico?

—¿Cómo? ¡Ah, es verdad...! pero ¿cómo sabías que...?

—Pues, porque me enteré antes de que tú. Por su esposa supe que Macé iba a pedirte una merecida licencia, el pobre está muy mal de salud. Anda escríbele al fulano ese...

—¡Pero es un ingeniero! ¿Qué voy a hacer yo con un hombre al que sus

diplomas deben de darle tantos humos?

—Nada te impide probar. Mándale dos letras o un telegrama al *Parisién*.

—Muy bien, primero telefonaré a ver si pueden darme algún dato más de ese fulano. Pero que te conste que solo lo hago para complacerte.

Desde el mismo comedor pidió hablar con el periódico. El empleado que lo atendido respondió:

—¡Oh, que casualidad! En estos momentos este caballero se encuentra aquí. ¿Tiene usted la bondad de aguardar un instante?

Al cabo de unos minutos el empleado habló de nuevo.

Cuando *monsieur* Lagrange colgó el auricular, se dirigió hacia donde estaba su esposa.

—Ya está. Ese sujeto que, por su acento, se ve que no es francés, se hallaba justamente allí, y esta misma tarde a las cinco, vendrá por mi despacho.

Seis minutos antes de las cinco, el cadete entraba en el despacho de J. M. Lagrange con una tarjeta en la mano.

—Y ahora, ¿qué traes ahí, Daniel?

—Esto jefe...

El patrón tomó la tarjeta y leyó. «Frank Johnson: Ingeniero».

—¿Quién es este? —preguntó el industrial al mandadero.

—Es un viejo... —contestó el chiquillo—, dice que se ha sido citado esta mañana por teléfono.

—¡Ah, ya! —exclamó el industrial. Tras eso, mirándolo intrigado, preguntó—: Y ¿dices que es un viejo?

—Bueno, es un hombre como de su edad. Y creo que es un «angliche».

—¿Un «angliche»? Pero ¿dónde has aprendido a hablar tú? Sé dice inglés. Y dime, ¿de dónde sacas que un hombre de mi edad es ya un viejo? ¿Un viejo a los cincuenta y cinco años? Anda dile a ese caballero que pase enseguida. ¡Deprisa zángano!

El muchacho salió a todo escape. Unos instantes después, Ronald Morrison Cameron, usando el nuevo seudónimo de «Frank Johnson», entraba al despacho del industrial, saludándolo con fina cortesía.

—Buenas tardes, caballero —respondió el industrial—. ¿De modo que es

usted ingeniero?

—Sí, *monsieur*.

Con voz tranquila, y en un correcto francés, Ronald dio todos los informes de su persona que juzgó necesarios.

Jean Marco Lagrange, mientras lo escuchaba atentamente, se iba diciendo: «¡Diablos!, el fulano este tiene un aire de gran académico; es inglés y habla el francés más fino que el mío. No sé, pero creo que este hombre me conviene, además debe de ser un sabio de salón».

De ese modo cuando el recién llegado acabó de hablar, le manifestó:

—Muy bien, *míster*... Johnson ¿dije bien su apellido, verdad?, lo aceptaré a prueba. Sí lo desea, ahora mismo, lo llevaré ante Louis Macé, el jefe del taller de amortiguadores, a quien tendrá que reemplazar.

—Gracias, *monsieur* Lagrange.

De inmediato pasaron al taller. Luego de las presentaciones, Ronald y Macé, tras unas breves palabras, convinieron en hablar al día siguiente.

Al salir, el ingeniero fue acompañado por el patrón hasta la entrada del pabellón en el mismo momento en que los obreros, que ya terminaban la jornada, en medio de un gran bullicio, tomaban la salida principal.

Cuando ambos llegaron a la calle, al pasar por el portón del jardín, se encontraron con una joven alta, vestida de gris, que ocultaba sus ojos tras unos lentes de cristales amarillos.

—Buenas tardes, *miss* —exclamó el industrial. Y como el ingeniero siguiera con la mirada fija en ella, añadió—: Es la institutriz de mis hijos, una compatriota suya, se llama Helga Weber, la verdad que es una excelente *madeimoselle*.

—¿Weber? Ese apellido parece alemán.

—¡Ah, sí! Creo que nació en Austria, pero la mayor parte de su vida la pasó en Londres.

—¿Hace mucho que está aquí?

—Algunos meses. Bueno, hasta mañana, *míster* Johnson.

—Hasta mañana, *monsieur* Lagrange.

Este último se quedó mirando la figura del ingeniero, quien echó a andar con paso lento y melancólico.

La mano oculta del destino acababa de poner al padre en el camino de la

hija, pero al parecer aún faltaba un tiempo más para llegar a unirlos.

✓ A la tarde del día siguiente, poco antes de la hora de salida, Louis Macé penetró en el despacho de su jefe. Este acababa de terminar de firmar su correspondencia y la entrada del encargado lo hizo levantar la cabeza.

—Bueno, Macé, ¿y qué?

—¿Y qué? —repitió el nombrado, moviendo significativamente la cabeza—. Pues, que como hombre de mala suerte, no hay quien me iguale.

—No te entiendo. Expíciate mejor —indagó el industrial mirándolo extrañado.

—Es muy fácil patrón; ha de saber usted que ese fulano... sabe de mecánica diez veces más que todos nosotros juntos. Soy un cero a la izquierda comparado con él. Cuando usted lo haya visto trabajar, de seguro se entusiasmará mucho más que yo. Un vistazo le ha sobrado para comprenderlo todo: un defecto de transmisión en el grupo «C» de motores, lo ha suprimido en menos de cinco minutos. El arreglo no era difícil, pero había que dar con él. Realmente es un as... un as ante el cual yo soy un aprendiz.

Jean Marco Lagrange se frotó las manos.

—Pues, magnifico, ¡vaya suerte que hemos tenido!

El encargado lo miro tristemente.

—Sí, suerte para usted, para mi no. Patrón, estoy seguro de que ese hombre no es mi suplente temporáneo, sino mi sustituto definitivo.

—Anda, deja ya de decir tonterías —lo interrumpió el jefe. Mirando al encargado, francamente extrañado, lo interpeló—: ahora te pregunto, ¿y cómo se te ha ocurrido venir a alabarme al inglés, siendo qué eso te perjudica?



—Pues, porque mi honradez está ante todo patrón. Usted que me conoce sabe que nunca fui de los que restan méritos a los demás para mantener los propios.

—¿Ves?, es lo que yo digo. Si me hubieras dicho desdeñosamente; «Patrón, ese hombre no vale gran cosa», habría yo pensado: «Cuando Macé lo dice, es que así será» y en el acto despacharía al ingeniero o, en todo caso, nada de lo que él sugiriera mientras tú no estés tendría para mí validez alguna.

—En ese caso mi conducta hubiera sido asquerosa. Usted me dijo: «Observa si vale» y yo le he transmitido, con toda sinceridad, lo que he visto y lo que me ha parecido. Bueno, sé que me va a costar cara la franqueza, pero antes que el puesto de encargado, prefiero la estimación propia.

—¡Eso es! Y porque te has portado con tanta lealtad y decencia, yo te voy a echar a la calle, ¿no? Mil gracias Macé por la opinión tan pobre que tienes de mí —acabó el patrón resoplando como una fragua, mientras hacía temblar la mesa a fuerza de iracundos manotazos.

El encargado, al reconocer su falta, bajó la cabeza, y manifestó apenado:

—Mi concepto sobre usted es excelente. Pero es sabido que el negocio es el negocio...

—¡Los negocios son únicamente bribonadas! ¡Y no he de ser yo un bribón despidiéndote! ¿Me escuchas Louis Macé? Vete y cúrate pronto que el empleo de encargado general seguirá siendo tuyo. En cuanto al inglés, puesto que es un as, veremos lo que hacemos con él. ¡Ah, y ten presente que seguirás cobrando el salario íntegro mientras tu descanso dure. Y para que no te prives de nada, te voy a regalar mil francos ahora mismo. Pero con una condición, la de que me estreches la mano con toda sinceridad y sin ninguna duda.

Macé, conteniendo las lágrimas, tendió su enflaquecida mano.

—Ah, si todos los patrones fueran como usted, que bien marcharía este asqueroso mundo.

—Bueno, y si todos los empleados fueran como tú, aún marcharía mucho mejor.

Al día siguiente Ronald Morrison Cameron entraba en el despacho de su

nuevo patrón. Este lo acogió amablemente.

—Siéntese, *míster* Johnson, tenemos que hablar. Mi encargado general me ha dicho de usted cosas muy... pero muy halagüeñas.

Ronald lo miró turbado.

—Sé ve que es una buena persona... —murmuró el inglés con una sutil sonrisa.

—Bueno, usted reemplazará a Louis durante su ausencia y después...

—Después le devolveré su empleo —lo interrumpió el ingeniero asintiendo.

*Monsieur* Lagrange entornó los ojos y, con cierta reticencia, se expresó al decir:

—¿Sabe?, tengo pensado proponerle, cuando llegue el momento, reemplazarlo definitivamente y con un sueldo superior, ¿aceptaría usted?

El rubor tiñó las mejillas de Ronald. La respuesta fue seca:

—No, *monsieur*, no lo aceptaría.

—¿Y sí le doblase el salario? —insistió el industrial sin quitarle la mirada.

—Nunca me ha gustado hacer a nadie lo que no me gustaría que hicieran conmigo. Y a pesar de mi precaria situación, no puedo quitarle el pan a ninguna persona; me negaría lo mismo. Y le ruego que no insista.

Ante esas palabras, Jean Marco Lagrange sintió que la piel se le ponía de gallina. Echándose a reír levantó la cabeza y, ofreciéndole la mano, exclamó:

—¡Venga esa diestra, *míster*! Ahora veo que también es usted un hombre honrado a carta cabal. Y que, por lo consiguiente, no va a desentonar en mi casa. ¡Cuando yo digo que aún hay gente decente en este podrido mundo, llevo la razón! —Y al ver que él inglés lo miraba atónito añadió—: bueno, como verá le tendí un lazo. No se enfade usted, pero me gusta conocer a fondo a mi personal, se cuánto vale usted como ingeniero y quería saber lo que valía moralmente como persona. Y le aseguro que me ha dado una gran alegría. Y no se preocupe por Louis Macé, él seguirá en la casa como antes. —Y volviendo a estrechar con viril satisfacción la mano a su interlocutor, agregó—: Es tal mi alegría que le invito a usted a almorzar conmigo. Iremos a un restaurante, ya que mi mujer, los niños y la *madeimoselle* quiero decir..., *miss* Weber están de viaje a Marly, en la casa de campo de unos parientes nuestros. ¡Ah! Y también invitaré a Macé, dicen que es en la mesa donde mejor se conoce a las personas. ¡La de platos finos que nos vamos a

zampar..., digo a tragar, diantres, quiero decir, a saborear! Y mientras comamos, me contará usted de ese aparato eléctrico, de su invención, del que me habló, tal vez nos entendamos...

—Muchas gracias, *monsieur* Lagrange. Enseguida estaré con usted — contestó Ronald radiante de alegría.

Con paso ligero el ingeniero se dirigió a la puerta y salió. El patrón, allí de pie, se quedó unos instantes pensativo, mirando sus propios zapatos.

De pronto, al levantar la cabeza vio su imagen reflejada en el cristal de una ventana; con gesto graciosamente altanero, sonrió a su propia efigie y, amenazándola burlón con el índice, murmuró jocosamente:

—¡Y mucho cuidadito, porque ahora aquí, todo va a marchar... doble mejor que antes!

Aquel mes de octubre de 1925 prolongaba el esplendor de un verano que no se quería marchar, las noches aún seguían siendo tibias; en todos los restaurantes de los pintorescos alrededores de París, la gente cenaba en las terrazas.

Diana, en sus días libres, alternando con asiduas visitas a Lorena, se iba al taller de Eloísa. Entre ambas ya se había forjado una sólida amistad, sin reserva alguna la inglesa le iba confiando los secretos de su alma, y la pintora acogía, con maternal ternura, el penoso sufrimiento de la joven.

Esa tarde de sábado, al recibir a Diana en su estudio, Eloísa, llena de nerviosa ansiedad y en medio de un temblor, exclamó eufórica:

—¿Qué dirías si... yo mañana te invitara a almorzar aquí, en compañía de un apuesto joven, al cual tú y yo... conocemos muy bien?

Diana la miró asombrada. Su rostro, de una blancura mate, reflejó el súbito estremecimiento de su alma.

—¡Pero qué mal soporta las emociones esta niña! —replicó riendo Eloísa, a la vez que añadía—: No te pongas así, ni siquiera sabes a quien me refiero... —comprensiva la pintora agregó—: Pero no sé por qué me parece que tu corazoncito tiene algo de adivino.

—Por favor..., dime; ¿se trata... de Eduardo?

—Sí. Pero ven, vamos a asentarnos en la terraza y allí, te lo contaré todo...

En silencio ambas tomaron asiento en la azotea en medio de las frondosas plantas.

El crepúsculo otoñal lentamente iba extendiendo su sombrío manto. La colosal ciudad, recostada en la colina de Montmartre jadeaba como una bestia apocalíptica; sus resoplidos, sus clamores, sus mil ruidos de vida y de trabajo, de orgía y de dolor se fundían en un rumor interrumpido e indefinible.

—Eloísa, por favor, comienza ya a hablar..., no me tengas en ascuas —rogó Diana con notable ansiedad.

La pintora, riendo emocionada, comenzó a decir:

—Imagínate hija mía que..., hace exactamente cuatro horas, salí a dar una vuelta por el barrio y cuando regresaba escuché el timbre del teléfono. Rápida corrí hacia él, ganándole la carrera a Greta y, al levantar el tubo, casi me caigo de espaldas: era Eduardo que deseaba saludarme. De manera apresurada, me contó que trabaja en un taller y que se siente muy bien. «No me preguntes nada más», me dijo y, enseguida, agregó: «¿Sé sabe algo de Diana?», y yo, mordiéndome los labios de ansiedad, le dije: «Sí, tenemos muchas novedades. Pero no te diré nada por teléfono», allí él, luego de un largo y significativo silencio, volvió a preguntar: «Entonces, ¿de verdad, hay noticias?, me alegro... me alegro tanto de saber eso. ¿Y cómo se encuentra mi padre?». Yo, que seguía estando a un tiempo emocionada y colérica, le respondí: «Y cómo quieres que se encuentre, ¡destrozado!», y continúe diciéndole: «¡Eres un insensato! ¡Un loco! ¿Por qué, hiciste eso? ¿Por qué escapaste así?». Entonces fue que, con voz resignada, me dijo: «Sí, ya sé que he sido un mal amigo, un desagradecido. Tienes toda la razón para estar enfadada conmigo». Allí yo dulcificando mi voz le agregué: «No, hijo mío, no pienses eso, me alegra que al menos me hayas llamado, y con tu actitud pienso que Dios comienza a tomar un soberbio desquite sobre el diablo». Y fue ahí que él pareció más dispuesto a la charla y, de ese modo, continuó: «Tenía que hacerlo... tenía que demostrarme a mí mismo que era capaz de subsistir a solas, y sobre todo darle a mi padre al fin, un ejemplo de vida. Pero más que nada deseaba llegar a ser digno de la mujer que amo». —Eloísa miró a Diana y apretó su mano. Luego siguió—: y así me fue contando algunos detalles más de su nueva vida. Trabaja doce horas al día entre el

hierro y el acero. Se está perfeccionando en la técnica de los diversos talleres, de los que se compone la industria metalúrgica. Vive en completa y austera soledad, manteniéndose con su trabajo en un pequeño piso alquilado... Dice que ya no desea vivir de otro modo. Ya ves, Diana, mi pobre Eduardo lleva, siendo inocente, el peso de las faltas ajenas. —La miro a los ojos y, con un suspiro melancólico, añadió—: Lo que más me emocionó fue cuando volvió a preguntarme qué más sabía sobre ti y... de tu padre.

Diana la observaba con ansiosa expectación.

—¿Y tú que más le dijiste? —quiso saber temblándole la voz.

La pintora, mirándola complacida, contestó sonriente.

—Pues, en ese momento estuve a punto de contarle de la manera tan sorprendente, tan inesperada y tan simple... como ambas nos conocimos, y que ya somos amigas. Pero a último momento, cuando él volvió a preguntarme de ti, me contuve y solo le dije: «Ya te he dicho que por teléfono no te diré nada. Solo te adelantaré que te tengo una gran sorpresa...» y volví a quedarme callada unos instantes, para darle la sensación de misterio e intriga. Después le dije que si quería saber algo de vosotros, que viniera mañana a comer conmigo, y así le comunicaría las múltiples novedades que tengo sobre ti, dejándole entrever que yo sabía bastante. Y por mi tono de voz estoy segura de que se quedó muy intrigado, ya que con voz estremecida me dijo: «La ansiedad de saber algo de ella me carcome; de modo que acepto tu invitación». ¡Oh, Diana, cuanto te ama! Y él ignora que tú le correspondes, pero se lo dirás mañana personalmente. ¿Lo harás verdad?, ¡dale tu ofrenda de amor! Estoy segura de que con una sonrisa y un apasionado beso lo harás el hombre más feliz de la tierra, y así disiparas la pena de su maltrecho corazón, reconciliándolo con la vida. Y como te darás cuenta, su felicidad será mucho mayor por cuanto él ignora que mañana ha de verte aquí.

—¿Pero vendrá? —inquirió anhelante.

—Y claro que vendrá. Él sabe que tengo muchas pistas tuyas y deseará enterarse. Y también querrá seguir hablándome de ti...

—Ojalá sea así.

Eloísa posó cariñosamente la mano sobre el hombro de Diana y, soltando la risa, contrapuso:

—¡Ah! Te juro que no veo la hora de que llegue el instante inefable de su sorpresa, de su éxtasis, ante tu aparición.

—Yo también deseo lo mismo. Ay, Eloísa, eres tan buena. Bendigo el instante en que Dios te puso en mi camino —conteniendo un sollozo, tomó las manos de la pintora y las cubrió de besos.

—Realmente, es tan hermoso y tan placentero trabajar por la felicidad de los que uno ama —susurró Eloísa abrazando a Diana.

Las once y media de la mañana del día siguiente, Diana llegó a la plaza del Calvario. El tiempo seguía siendo excepcional; el cielo mostraba un azul diáfano y magnífico. Cuando llamó a la puerta, debió apoyarse en el umbral. Una aprensión terrible oprimía su alma. Al instante apareció la doncella.

—Entre de prisa, *miss. Madame* la aguarda en el taller muy, pero muy impaciente —le dijo Greta franqueándole la entrada.

Diana corrió directo a la gran estancia donde Eloísa la esperaba. Esta, al verla llegar exclamó:

—¡Ah, Dios mío! Tenía tanto miedo de que el azar los hiciera encontrarse en la calle, frente a mi puerta.

—¿Y si hubiera pasado algo así? ¿Qué crees él hubiera dicho?

—¡Ay, no lo sé! Pero presiento que... quizás se quedaría paralizado. No olvides que Eduardo cree que, a más de que tú lo desprecias, solo tengo pistas de tu paradero.

—¡Dios mío! Ardo en deseos de quitarle todas esas dudas de su corazón.

—Pronto lo podrás hacer.

—¿Tú sigues pensando qué... vendrá? —preguntó Diana exhalando un hondo suspiro.

—Sí, y ya no creo que tarde.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—¡Que te dije!, ¡ahí lo tenemos! Diana, por favor, nada de agitaciones. Ponte de nuevo esas horribles gafas; hunde el sombrero en tu cabeza, quédate ahí sentada y no tiembles. Por fortuna la luz no te da de lleno en la cara y así permanecerás un tanto velada en el misterio.

Sin articular una palabra la joven obedeció las indicaciones de su amiga.

La pintora, riendo divertida, añadió:

—Te lo presentaré tal cual estas ahora; luego yo lo distraeré y, mientras tanto, tú te quitarás el sombrero y las gafas. ¡Ya verás que sorpresa le damos!

Unos instantes después, Eduardo Leblanc de Benlliure entraba en el taller. Diana se quedó mirándolo con intensa congoja. Lo mismo le sucedió a Eloísa. El hombre que hacía su entrada allí les pareció un perfecto desconocido.

No obstante, aunque excesivamente flaco y demacrado, se veía guapo. Y a pesar de ir vestido con un traje modesto, sin una sola joya encima, en su sencillez, lucía elegante. Una cosa era verdad, ni su mismo padre, al cruzarse con él en la calle, lo hubiera reconocido.

—Buenos días, mi querida «mamá Eloísa» —dijo afectuoso dándole un fuerte abrazo mientras la besaba en la frente.

—Mi querido muchacho..., que emoción volver a verte —exclamó la pintora dándole un fuerte abrazo. Luego, tras mirarlo con detenimiento con maternal sonrisa, repuso—: de verdad, estás distinto, pero al mismo tiempo quizás incluso más guapo.

En ese instante, al reparar en la mujer que permanecía sentada junto a la penumbra de un biombo chino, Eduardo se quedó un tanto cortado. Enseguida, tras componer un gesto gentil, se inclinó ante ella saludándola cortes.

Con una voz que se esforzaba en parecer indiferente, Eloísa dijo:

—Ella es... una de mis mejores compañeras de arte. Permíteme que te la presente. *Mademoiselle* Helga Weber..., Eduardo Leblanc de Benlliure.

Diana, sin lograr pronunciar una palabra, movió la cabeza en señal de saludo. Se sentía ahogada.

A su vez Eduardo se inclinó de nuevo ante ella y, con voz lacónica, murmuró:

—Un placer —después, volviéndose hacia la pintora, agregó bajito—: a mí también me emociona volver a verte, mi buena amiga Eloísa.

—No sabes los deseos que tenía de que este momento llegara...

—No te llame antes... —siguió él— porque se me hizo muy difícil hacerlo. Ya te lo contaré todo; bueno, luego tendremos que hablar de... nuestras



cosas ¿verdad? —balbuceó Eduardo nervioso, al parecer un poco cortado ante la presencia de la desconocida, que permanecía muy quieta, amparada entre las tenues sombras.

—Claro que sí —respondió la pintora, riendo—. ¿Sabes Eduardo? Te he preparado una sorpresa —saltó de golpe con gesto exaltado.

—Sí, me lo dijiste por teléfono.

Eloísa se acercó a la joven mujer y, mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿No adivinas... quien es esta joven? Ven mírala con detenimiento; es alguien que tú también conoces muy bien...

—¿Qué... yo la conozco? ¿De quién... se trata...? —volvió a farfullar Eduardo con evidente inquietud.

Por un instante temió que Eloísa lo pusiera en presencia de una Natacha camuflada, o de alguna otra de sus antiguas «amigas», a la que mantenía oculta en la media luz, para darle más impacto a la sorpresa.

La pintora, sin dejar de reír mientras señalaba a Diana, sentada en la penumbra, lo tomó del brazo y le dijo:

—Acércate, y mírala bien...

—No... sé si debo —protestó él un tanto evasivo.

—Hazme caso —insistió Eloísa con evidente ansiedad.

Eduardo observó que la misteriosa mujer se había despojado del sombrero, y de las gafas mientras, lentamente se ponía de pie; luego la vio caminar unos pasos hasta ponerse a plena luz, muy cerca suyo.

Luego de observarla unos segundos con fijeza, Eduardo pareció ser alcanzado por un rayo. Solo pudo abrir sus ojos alucinado mientras se quedaba mirándola, como si en realidad no la viera. La repentina aparición, surgida ante sus ojos, le pareció parte de un hermoso sueño. Dudando aún, balbuceó con notable conmoción:

—¡Diana, ¿eres... eres tú? ¿De... verdad?

Diana trató de sonreír, pero le fue imposible. Sus labios temblaban y sus ojos se llenaron de lágrimas. La cantarina voz de Eloísa se alzó entre ellos:

—¡Pues..., claro, hombre! ¿No ves que es ella?

Eduardo, miró impresionado a la pintora y, con voz rota, inquirió:

—Dime, ¿cómo la has... encontrado? ¿Cómo... ha sido posible... ese milagro?

—Luego te lo contaremos todo..., ahora solo ¡abrázala! Anda, ¿qué esperas?

—Eduardo, yo... —murmuró Diana acercándosele más.

Con un hondo gemido, Eduardo dio un paso hacia ella al tiempo que abría los brazos y Diana se abatió a ellos abrazándose al pecho de aquel hombre al que siempre había amado. El abrazo se hizo intenso y apenas sus ojos se encontraron, en un incontrolable impulso, los labios de ambos se unieron en un beso largo y apasionado.

Sin necesidad de palabras, el amor entre ellos se revelaba a gritos; sus almas acababan de sellar el hermoso y pasional sentimiento que los unía más allá de todo.

Discretamente, Eloísa, con una sonrisa en los labios, los dejó a solas. Sabía que en esos instantes tan únicos y tan divinos el centro del mundo solo era de ellos.

Cuando al fin los labios de ambos se separaron, Eduardo, sin dejar de estrecharla contra su pecho, cual si quisiera defenderla del mundo entero, dulcemente levantó la barbilla de Diana y, con los ojos entrecerrados y en voz baja, comenzó decirle cosas que ella escuchaba como en un sueño delicioso y embriagador.

—Diana, querida Diana. Si supieras cuanto te amo. Me muero de amor por ti.

—Yo también, Eduardo. Yo también te amo, desde hace ya mucho tiempo; creo que comencé a amarte... desde aquel día en que te arrojaste al mar, solo para recuperar mi muñeca, ¿recuerdas?

—Sí, sí..., lo recuerdo —murmuro él mirándola extasiado.

—Fue aquel mismo día, en que yo te di mi alma de niña. Y desde entonces, ha sido siempre tuya. Día tras día rogaba a Dios para que te dieras cuenta.

Él la miraba asombrado.

—Diana, no puedo creerlo —murmuró con visible incredulidad—. Tú jamás me demostraste nada, ni siquiera un solo signo de cariño, ni de interés. Es más... yo siempre pensé que me detestabas, y al final comencé a considerarte solo una fría y bella estatua. Una muñeca de porcelana sin corazón; incluso la noche que te besé...

—Era solo una máscara.

—¿Pero... entonces, que venda tenía yo en los ojos, cielo santo! Y ¿por qué me huías siempre? ¿Por qué te mostrabas tan fría, tan hostil...?

—Ya te lo dije, era solamente una careta, en la que me protegía para no sufrir más. Además, en todas las reuniones y fiestas que nos encontrábamos, te veía siempre rodeado de mujeres, coqueteando con todas ellas, dejándote adular y seducir tal como si fueras el más desvergonzado de los tenorios. Siempre había una mujer a tu lado lisonjeándote coqueta, riendo zalamera ante tus ocurrencias y eso me dolía mucho. Además yo... te temía Eduardo...

—¿Me temías...? —interrogó aún más sorprendido.

Ella, evitando responder a esa pregunta, siguió:

—Apenas me trasformé en mujer... comenzaste a mirarme de una manera más intensa, menos inocente..., y eso me provocaba miedo, porque temía que tú descubrieras mis reales sentimientos hacía ti. Además, a pesar de demostrarme que yo te gustaba, tú no dejabas de flirtear con cuanta mujer te cruzabas. Por eso yo... comencé a demostrarte frialdad e indiferencia...

Eduardo la estrechó con fuerzas contra su cuerpo. Después, mirándola a los ojos, musitó bajito:

—Lamento tanto haber sido tan necio. Hasta la noche en la víspera de tu cumpleaños, cuando te besé en la terraza, no descubrí a la verdadera Diana, una Diana tierna con el alma atormentada, comprometida a la fuerza con un hombre al que detestaba...

—Y si tú esa noche... en vez de decirme: «Te deseo» me hubieras dicho: «Te amo», yo quizás no te habría echado de mi lado.

—¿Yo me expresé así?

—Sí, lo hiciste.

—Tonto de mí, perdóname, de verdad fui un insensato. Solo puedo confesarte que desde esa mágica noche en que nos besamos por primera vez, bajo la luz de las estrellas, no he vuelto a ser el mismo, ni tampoco me ha importado mirar a otra mujer.

Diana lo miró anhelante.

—¿Lo dices de verdad? —le preguntó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Puedo jurártelo por la memoria de mi madre, que para mí fue lo más sagrado, que no te miento —afirmó él abrazándola con más fuerza por la cintura.

—Te creo, Eduardo, ahora sí creo en ti, y me hace tan feliz escucharte. ¿Sabes?, aún no puedo creerme que estemos juntos, declarándonos nuestro amor.

—Para mí es aún más increíble, puesto que yo ya te daba por pérdida. —Le tomó de la cara y, mirándola a los ojos, añadió susurrante—: Y ahora, quiero seguir devolviéndote los besos que te robé aquella mágica noche...

Diana, sonriéndole fascinada, unió su boca a la suya en un beso intenso y pasional. Ante ellos se abría el Paraíso..., un paraíso embriagado de amor y de éxtasis. Eduardo se sentía en la gloria; todo lo que le estaba pasando le pareció un bello sueño de amor. Había andado a ciegas, entre tinieblas. En el instante en que, cediendo al peso de su tristeza, regresaba a la casa donde sabía que podía encontrar ternura y comprensión, además de alguna noticia de la mujer que amaba que le ayudara a tener esperanzas... y de repente, la dulce imagen de Diana, a la que creía perdida, surgía ante sus ojos abriéndole la puerta del jardín sagrado, donde solo existían las delicias del verdadero amor.

—Te amo, Eduardo..., te amo —repitió Diana ruborosa, separando su boca de la de él.

Eduardo la miró profundamente a los ojos y, sobre sus labios, musitó:

—Hay una pregunta que no me has respondido en su completo significado: ¿por qué me temías?, ¿por qué tenías miedo de mí?

Diana se quedó silenciosa con los ojos cerrados. Ante la insistencia de Eduardo, ella, como en una púdica revelación, admitió ruborosa:

—Bueno, en realidad..., me temía a mí misma.

—No te comprendo.

—Es que te amaba demasiado y temía no poder... resistirme a ti, y entregarme por completo a los... antojos de tu seducción.

La sutil confesión de Diana, igual a un murmullo tembloroso, subió hacia Eduardo como una llamarada de pasión. Lleno de premura, volvió a besarla con frenético ardor, saboreando la ambrosia incomparable de aquellos labios que había pensado que estaban perdidos para él.

Después, fuertemente abrazados, tomaron asiento y comenzaron a contarse todas sus cosas. Eduardo le habló de Ronald, de su padre y del deseo de este de encontrarla, y también de todo lo que había pasado entre

ellos. De sus días sumido en las tinieblas en medio de una intensa fiebre en los que creyó morir y del momento en que decidió huir, igual que ella, en medio de la noche.

Y Diana le habló de todo lo que había descubierto en casa de su tío, de su llegada a París, de su trabajo, de su fortuito encuentro con Eloísa, y de su alegría al saber que su padre la estaba buscando, y también de su inquietud de no saber dónde estaba él.

Ya muy tarde, luego de saludar a Eloísa, agradeciéndole su cariño y comprensión, además de su papel de «Hada Madrina», con ellos, los enamorados se despidieron de la artista prometiendo volver el fin de semana siguiente.

Eduardo acompañó a Diana hasta muy cerca de su trabajo. En el momento de despedirse, tras besarla con desbordante pasión, le confesó:

—No quiero separarme aún de ti. Después de creerte perdida para siempre, ahora que te recupero, me cuesta decirte adiós, hasta la semana próxima. Sé que estos días de separación van a parecerme eternos. Si pudiera llevarte conmigo, si pudiera...

—A mí también me van a parecer eternos, pero al mismo tiempo me siento feliz de haberte encontrado, y esa corta separación ya casi no tiene importancia. Ahora esperaremos, con renovadas ansias, a que llegué el sábado para volver a estar juntos...

—Contaré las horas una a una. Bésame... bésame por favor... —suplicó él mientras unía, con tumultuosa pasión, sus labios en los de ella.

Desde esa tarde ambos comenzaron a vivir, dentro de sus propias atribulaciones, una nueva vida, una vida plena de amor y de esperanzas, al amparo de ellos mismos, convertidos en una pareja humilde y trabajadora.

## CUARTA PARTE

Los clementes días de aquel otoño tan cálido habían pasado y el invierno se instaló de golpe en París como amo y señor. El 10 de diciembre de 1925, por la tarde, el barón de Benlliure, en su suntuoso gabinete de trabajo, solo y meditabundo, tras enterarse de las últimas cotizaciones de la Bolsa, dio sus órdenes para las operaciones del día siguiente. Tras acabar de firmar la correspondencia, permaneció de pie ante la ventana que se abría sobre una bella plaza.

Por unos minutos, con aire melancólico, contempló el vaivén incesante de la circulación. Llovía, y el agua ponía en el asfalto reflejos movedizos de los vehículos, de los paraguas e impermeables de los peatones. El espectáculo callejero no tardó en fatigarlo y se apartó de allí.

Lentamente, a la vez que aguantaba el dolor de su pierna artrítica, cruzó la estancia y tomó asiento ante su espaciosa mesa, cuyos bronce dorados relucían en la penumbra. Con gesto mecánico, tomó un lápiz azul y, como si fuera un niño, empezó a trazar caprichosas líneas sobre un papel secante. Durante más de cinco minutos el lápiz no se detuvo. De pronto, pareció percatarse de la puerilidad de su ocupación y, luego de contemplar el papel, sonrió con amargura.

—Debería darme vergüenza —sé dijo en voz alta—. ¡Yo, Armand Leblanc de Benlliure, el «barón *Tamerlán*», el hombre de los nervios de acero, estoy entretenido en esto! No hay duda, es la chochez que ya me llega. Bueno, y de ahí a la silla de ruedas con almohadones y la enfermera con cara de ogro hay solo un paso. Cada día me siento menos fuerte..., y pensar que nunca gané tanto dinero como lo estoy ganando ahora. ¿Y para qué me sirve? ¡Ay, cuanto estoy sufriendo Dios mío!

Con ademán cansado, se puso de pie y comenzó a caminar por el gabinete. De manera brusca, dejó escapar un agónico «Ay» y se detuvo.

—¡Maldita artritis! —gritó con visible dolor.

Rengueando volvió al sofá dejándose caer en él. Enseguida cogió un periódico financiero y trató de ocupar su mente leyendo las críticas de ciertos valores sobre los que especulaba. Pero ni las palabras, ni las cifras lograron retener su atención; entre los asuntos profesionales y la obsesión interna, era esta última la que más pesaba en la balanza. Y poco a poco el rostro de su hijo amado y perdido surgía como en una «sobreimpresión» entre las columnas de las cifras bursátiles.

Colérico estrujó el periódico y lo arrojó al cesto de papeles. En ese instante entró el ordenanza con las primeras ediciones de los diarios de la noche. Y, tras mirar a su amo con cierto temor, le anunció:

—Barón, en la sala de estar, hay un caballero que desea hablar con usted de un asunto relacionado con *míster* Ronald Morrison Cameron.

¡Ronald Morrison! Ese nombre súbitamente galvanizó el dolor en la esperanza, de todas las desfallecidas energías del banquero.

—¡Que pase de inmediato!

Un momento después entraba el visitante anunciado; un hombre de unos cincuenta años de mediana estatura, con un bien poblado bigote gris y ojos color azul claro.

—Muy buenos días, barón —saludó—: soy el inspector Jean María Loti de la policía parisién, y vengo a verlo a usted, de parte de *sir* Norman Bennett Wilson.

—Mucho gusto —respondió el financiero indicándole que tomara asiento—. ¿Viene usted a hablarme sobre *míster* Morrison?

—Sí, *monsieur* Armand. Hace seis semanas recibí de mis jefes la orden de buscar a un individuo que tan pronto utiliza el nombre de Ronald Morrison Cameron, como el de Peter Johnson, de unos cincuenta y cinco años. Y por mi colega de Scotland Yard, sé además qué el individuo es buscado también por haberlo pedido la embajada británica, a consecuencia de una demanda hecha por el mismo *sir* Norman Bennett Wilson, en Londres, al que he visto personalmente, quien me hizo saber que me reservaba una prima de doscientas libras esterlinas si mis pesquisas eran coronadas por el éxito. Y



como sus instrucciones eran: «En caso de encontrar a *míster* Morrison en París, advertir de inmediato al barón de Benlliure», he aquí porque estoy ahora ante usted.

El rostro del banquero expresó un inmenso júbilo.

—Entonces, ¿lo ha encontrado...?

—Sí, barón.

Y uniendo el gesto a la palabra, el policía sacó de su bolsillo una ficha la cual le tendió al barón. Este último, sacando su lupa de inmediato la leyó:

«Cameron Morrison (Ronald) súbdito británico. Ingeniero. Último domicilio: Hotel de la Universidad calle... nuevo domicilio: Calle... Habitación amueblada, alquilada por la misma portera de la casa. Empleo actual: Jefe de talleres en la fábrica de accesorios, para automóviles de J. M. Lagrange. Pasaporte...: todo en regla, pero sin registrar, y con el nuevo nombre de Frank Johnson. No ha hecho la declaración reglamentaria de extranjero. Ya ha sido advertido de que debe hacerla con urgencia. El pasaporte fue extendido hace cinco meses y medio. Moralidad: al parecer excelente; el sujeto demuestra ser un hombre de orden, trabaja mucho y es apreciado por el patrón y por los obreros. No tiene relaciones dudosas o sospechosas. Observaciones especiales: Ninguna».

Al terminar de leer, *monsieur* Armand dejó la ficha sobre la mesa y, con un nudo en la garganta, exclamó:

—Dios mío, gracias. De modo que, ahora en vez de Peter, se hace llamar Frank?

—Así es, *monsieur*. Eso lo hemos descubierto de pura casualidad.

El banquero, miró al inspector, y preguntó:

—¿Ya le advirtió de todos estos informes a *sir* Bennett Wilson?

—Sí, barón, ya le he telefoneado. Pero como *sir* Norman se encuentra de viaje, ha sido su ama de llaves quien ha tomado la nota, prometiéndome que enseguida le haría saber la noticia.

El banquero sonreía encantado.

—Su trabajo ha sido excelente. ¿Cómo se las ha arreglado para dar con *míster* Morrison?

—Ciertamente no ha sido cosa fácil. Por suerte, mis relaciones con todos los camaradas del servicio son buenas. Pero aun con todo eso, por varias

semanas, estuve siguiendo varias pistas falsas. ¡Hay tantos Johnson! Por fin, cuando ya comenzaba a desmoralizarme, en el hotel de la Universidad descubrí una carta escrita hace seis meses en París, que fue devuelta por el servicio de correos norteamericano. Dicha carta estaba dirigida a *miss* Diana Morrison Bennett, en Pittsburg.

El banquero contrajo el ceño. Mostrándose extrañado, replicó:

—¿Pittsburg? ¡Pero ella se hallaba en Londres, no allí!

—Sí, al parecer el pobre hombre se equivocó y puso mal la dirección, pues la calle que nombra en el sobre queda en la ciudad de Londres. Tome mírela usted mismo... —dijo al tiempo que sacaba del bolsillo un arrugado sobre.

El barón lo examinó, luego leyó en el dorso del mismo la inscripción. Y allí reconoció la escritura de Ronald, el eterno distraído.

—También estamos buscando a la sobrina de *sir* Bennett Wilson. Pero hasta ahora, nuestras pesquisas no han dado el menor resultado.

—¿Y quién abrió esta carta?

—Según me dijeron, regresó abierta desde América, y por lo tanto, así la hallé en el hotel. Lleva un timbre que en inglés dice: «Abierta por el servicio de Correos».

—¿Puedo observar la fecha de la carta?

—Sí, barón. El texto de la carta ya la conozco y la firma de Ronald Morrison Cameron, demuestra, en vista de que el sobre del remitente dice llamarse Peter Johnson, que los dos nombres son utilizados por la misma persona... Bueno, y ahora también con el de Frank, por suerte sigue usando el apellido Johnson. —Le extendió la misiva al banquero, y agregó—: *monsieur* Armand, esta carta puede dársela a *miss* Morrison cuando la encontramos.

—Muy bien, la guardaré conmigo —dijo el banquero metiéndola en un cajón junto con la ficha.

El inspector Loti se puso de pie.

—Bueno, barón, es hora de que me retire.

—Un momento, inspector Loti. ¿Podría pedirle un favor... muy especial? Se trata de algo más que confidencial.

—Si es algo compatible con el servicio...

—Así es. Tal vez sepa que tengo un hijo...

—Lo sé, barón.

—¿Lo conoce?

—Sí, es muy amigo del comisario Jean Dupont, mi superior jerárquico. Tuve precisamente que intervenir en un asunto, en un robo de documentos o planos, en su propia casa, del que su hijo fue víctima.

El barón enrojeció. Después de un prolongado silencio comenzó a decir:

—Como ya entonces supondrá, ese... robo ha sido el punto de partida de una serie de lamentables acontecimientos. A consecuencia de los cuales mi hijo... ha huido rompiendo toda relación conmigo, desde hace cuatro meses. Por carta me ha amenazado con el suicidio, en caso de que lo haga buscar, y por eso no me he atrevido a hacer nada. ¡Cuatro meses sin una noticia suya! la pena me mata, y día a día estoy sintiéndome cada vez peor. Mi pobre hijo... tengo que encontrarlo, para mí él lo es todo, ¿me comprende?

El inspector, luego de asentir, tomó de nuevo asiento.

—Sí, claro que lo comprendo. Después de ese asunto del... robo, el comisario Dupont y yo tuvimos que ausentarnos, y al regresar nos enteramos de la desaparición de su hijo. —Lo miró a los ojos y, tras un ligero titubeo, añadió—: lo que usted desea ahora es saber su paradero ¿no es así? Bien; si vive en París, no será difícil, a condición..., de que no emplee también un nombre falso. En fin, haré lo posible por intentar algo... —y sacando una estilográfica y papel añadió—: permítame unas preguntas.

—Sí, las que usted desee.

Con las respuestas, y precisiones del banquero, el policía llenó al completo dos hojas. En el momento que iba a guardarla preguntó:

—¡Ah!, nos olvidamos de algo importante. ¿Su hijo frecuentaba asiduamente alguna mujer?

—Bueno, sí..., varias. Pero su última amante era la misma a la que él denunció por el robo de los planos. Y le aseguro que ella no sabe nada de Eduardo, además desde hace unos meses esa dama se halla en Rusia. También está la pintora Eloísa de Beltrajoz, que para mí hijo era su más fiel consejera, algo así como su segunda madre. Pero ella dudo que tampoco sepa nada, ya que de saberlo se hubiera comunicado conmigo.

Loti levantó la cabeza y con gesto mordaz rebatió:

—A no ser que él se lo haya prohibido. Bueno, trataré en fin de orientar las

pesquisas, pero por favor no se impaciente. En estos casos lo que más falta hace, es la paciencia.

—¿Y el dinero le hace falta? Puedo adelantarle algo si lo desea.

El policía lo miró a los ojos; agitando la cabeza le habló con franqueza:

—Para nosotros, como para todo el mundo, el dinero es el nervio de la guerra. Un billete oportuno abre, casi siempre, la boca mejor cerrada.

—Pues aquí tiene usted diez mil francos —dijo el barón extendiéndole un cheque, a la vez que agregaba—: Haga cuanto sea preciso y no se prive de gastar lo que sea necesario. Pero por favor, tráigame, cuanto antes, noticias de mi hijo.

Cuando al fin estuvo solo, *monsieur* Armand, reflexionó largo tiempo. ¿Había hecho lo correcto? ¿No habría entrado en la senda del anunciado suicidio de Eduardo, lanzando a un policía en su busca? Ante ese pensamiento, un prolongado escalofrío lo hizo estremecer.

*Monsieur* Lagrange miró a su empleado con una sonrisa y le preguntó:

—Bueno, *míster* Johnson, ya está decidido: esta noche cenará en mi casa, ¿no?

—Con mucho placer —respondió Ronald devolviéndole la sonrisa.

—Perfecto, así podrá hablar a gusto de Inglaterra con la institutriz de mis hijos, y si lo desean, en su propio idioma. ¿Está ya listo...?

—Me lavo las manos, y enseguida lo sigo —repuso Ronald.

Tras despojarse de su chaqueta de trabajo, entró al lavabo del patrón. Con una satisfecha sonrisa a flor de labios, *monsieur* Lagrange cargó su pipa y apretó concienzudamente el tabaco con su pulgar. Segundos después, Ronald entró de nuevo al despacho.

—Cuando usted guste —murmuró sonriente.

—Un momento, *míster* Johnson, siempre me olvido de preguntarle, ¿y su invento, cómo anda?

—Pues, solo le faltan los accesorios, pero eso es algo de mínima importancia; dentro de ocho días estarán listos; Macé me ha dicho que en cuanto pueda volver a trabajar y yo le dé los planos va a activar la fabricación.

—¡Bravo! Usted y Louis Macé siguen haciendo buenas migas, ¿no?

—Sí, aparte de ser inteligente, es muy buena persona además de cuidadoso y adora, como yo, la mecánica. Apenas podamos fabricar en serie el *electric-boy*, él será el director de control

—¿Podría ver ahora mismo cómo funciona? —sugirió el industrial con visible entusiasmo.

—Claro..., aunque yo deseaba presentarle el aparato completo, tal cual está ahora también es interesante. Vamos a ver, ¿qué tiene usted en su casa como aparatos de uso doméstico que sean mecánicos?

—¿Qué hay en casa? pues de todo... como en la viña del Señor. Cosas útiles, medio útiles y también inútiles del todo. Hay una máquina para lavar la ropa, máquina de coser, aspirador de polvo, escobas perfeccionadas, badanas ultra especiales para frotar los muebles, ¡qué sé yo! hay de todo...

—¿Molinillo para el café y aparato para batir los huevos?

—Sí, todo... todo.

—Perfecto, voy en busca del *electric-boy*.

Ronald salió dirigiéndose al laboratorio. Al cabo de cinco minutos regresó con una cajita de aluminio, muy parecida a las cajas de bizcochos, alrededor de la misma se veían, formando madeja, unos hilos eléctricos cuya toma de corriente era de las fichas de bayoneta.

—Patrón, cuando usted quiera podemos irnos —anunció el inventor apenas tuvo todo listo.

Enseguida se encaminaron al pabellón y de allí salieron hacia la casa familiar.

Al entrar, *madame* Lagrange, que en ese momento ocupaba un sillón en el salón, los acogió con graciosa solemnidad.

Dirigiéndose al invitado exclamó:

—Al fin se ha decidido usted honrarnos con su presencia.

Muy cerca, Diana daba a la «tribu infantil», una lección colectiva de inglés.

—¡Esposa mía! —le gritó el industrial a su mujer—, antes de comer *míster* Johnson y yo vamos a hacer las pruebas de un nuevo trasto. Perdón... de un aparato de su invención; un *electric-boy*.

—¿Un *electric*... qué? —inquirió *madame* Adela arrugando la nariz.

Ronald con suma amabilidad intervino:

—Un doméstico eléctrico, *madame*, que hará cuantos trabajos caseros se le encarguen hacer.

—Vamos, eso quisiera verlo yo con mis ojos; sobre todo después de soportar que *monsieur* Lagrange me haya acariciado los tímpanos durante días enteros hablando de ese dichoso invento.

—¿Dónde está la máquina de coser? —preguntó Ronald

—En el comedor, sígame *míster* —enseguida, tras mirar a la institutriz, la llamó —¡Venga usted también, *miss*, junto a los niños...!

La procesión se puso en marcha hacia el corredor.

—¿Y dónde tiene usted su invento, *míster*? —inquirió la esposa del industrial mientras miraba, con curiosidad, al inglés.

—Aquí, *madame* —respondió Ronald mostrándole la caja de aluminio.

—¿En esa cajita? Pero ¿eso no será un invento de juguete verdad? ¿No saldrá de allí un «espanta-niños»?

—¡Ya cariño, por amor de Dios, cállate! ¿Quieres? ¡Pues sí continúas hablando vas a agotar tu repertorio de gansadas! —le gritó su esposo con gracioso gesto.

En ese momento el ingeniero ajustaba ya un dispositivo de ocasión a la máquina de coser, la que una vez enchufada a la toma de corriente, se puso en marcha... sola: lentamente al principio, y poco a poco más rápida.

*Madame* Lagrange se había quedado con la boca abierta; enseguida comenzó a lanzar otros entusiasmados gritos al tiempo que llamaba a la criada.

—¡Marie, ven de inmediato! —La domestica llegó al galope quedándose también con la boca abierta, a la vez que su patrona le gritaba—: ¡Mira..., la máquina de coser anda sola! ¿Puedes creer eso?

Todos miraban, asombrados, la rítmica marcha de la máquina.

El *electric-boy* accionó también el molinillo de café y el rallador del queso. Luego, en el subsuelo, donde se dirigieron todos, la máquina de lavar la ropa a manivela se puso en movimiento, sin la menor dificultad.

Ronald, mientras dominaba a fondo el tema electrónico, le demostró al excitado auditorio que su invento podía asimismo darle cera al piso, lavar botellas..., en una palabra: que podía accionar infinidad de aparatos caseros,

ahorrando la fatiga humana y con un mínimo de cuidados y de vigilancia. Incluso, provisto en una escoba especial muy ligera, aspiraba el polvo. Dirigiéndose al dueño de casa le aseguró, además, que su instalación era muy fácil y que incluso podría hacer funcionar un torno mecánico.

Diana escuchaba hablar a su compatriota, con emoción indecible. Sin quitarle los ojos de encima, lo observaba con detenimiento: excesivamente demacrado, resultaba simpático al hablar, con encantadora pronunciación y entusiasta bonhomía.

De pronto no pudo contenerse y, acercándose a él, le dijo en inglés:

—Es un invento magnífico, *míster Johnson*. Lo felicito de corazón. Estoy segura de que su aparato va a revolucionar la vida doméstica.

—Mil gracias, *miss...* Weber, un placer saludarla —le respondió él con dulce sonrisa.

—¡Esto es fantástico! —chillaba la dueña de casa. Mirando al inventor, agregó—: ¡Las criadas y las casadas pobres van a levantarle a usted un monumento!

—¡Por fin podrá una ir al baile sin salir con la cara fatigada de tanto trabajar! —repetía Marianne.

*Monsieur Lagrange*, después de especular mentalmente, con expresión radiante murmuró:

—Si podemos venderlo a mil francos, con tres de los principales accesorios, haremos un fortunón. ¡Bravo, *míster Johnson*!

Instantes después el grupo se puso en marcha para salir del lavadero. Antes de llegar al vestíbulo, uno de los niños les salió al encuentro gritando:

—¡La cocina se quema! ¡Toda nuestra cena se quema!

Era verdad; una gran humareda, junto a un terrible olor a quemado, les llegó a todos de golpe dejándolos momentáneamente inmóviles.

—¡Por Júpiter! ¡Nos vamos a asfixiar! —prorrumpió el industrial.

*Madame Adela*, de pronto, lanzó un grito desesperado.

—¡Dios mío, mis lenguados! ¡Mil rayos!, ¡la pierna de cordero!

—¡Ay, mi flan! —chilló la criada haciendo eco—. ¡Mis judías!

Como dos locas, ambas se precipitaron hacia la cocina de leña, de donde salía un torbellino de humo rojinegro.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay, todo está quemado! —gimió Marianne.

—¡Ha sido por tu culpa! Pero ¿no podías haberte quedado vigilando en la cocina? —vociferó la esposa del industrial tomándose de la cabeza.

—Pero, si fue usted quien me llamó. ¿Ya no sé acuerda qué me gritó? «¡Ven Marie, mira la máquina de coser anda sola!». Y ahora resulta que la culpa es toda mía —replicó la joven echándose a llorar.

—Tienes razón, Marie... perdóname —la consoló la patrona poniéndole los brazos en los hombros.

*Monsieur* Lagrange gritó sofocado:

—¡Vaya par de bobas! ¿Y no podían haber sacado antes las cacerolas del fuego? ¡Abran las ventanas enseguida!

Diana, ayudada por el inventor, las abrió y, en menos de un minuto, el aire frío se llevó el humo y el olor a quemado. La criada, escondiendo la cara detrás del delantal, seguía sollozando. Su patrona, con visible impacto, observaba inmóvil la cena inutilizada.

Los niños permanecían silenciosos y expectantes, a la vez que miraban los fogones con notable preocupación, como preguntándose: ¿nadie cenaría allí esa noche?

En ese momento, *monsieur* Lagrange, tras componer un gesto de graciosa indiferencia, ante tal desastre, replicó:

—Bueno, no nos vamos a poner ahora a llorar, ¿verdad? ¡Nos iremos todos a comer en el Restaurante del Comercio! —miró a su esposa y, sonriéndole cariñoso, agregó—: Recuerdas que yo te lo pedí, ¿verdad? Pero tú, como siempre haces, te empeñaste cocinar y cenar en casa —la miró risueño y, señalándola la mano, le ordenó—: ¡anda corre en busca de tu sombrero y ponte guapa!

Ella de inmediato salió disparada hacia las escaleras. Los niños comenzaron a gritar de entusiasmo. La voz cantarina del dueño de casa, mirando a la criada, agregó jubiloso:

—¡Y tú, Marie, lávate esa cara que también estás invitada! ¡Rápido, dense prisa! ¡Habrà champán para todos! ¡Y brindaremos por el magnífico porvenir que le aguarda al *electric-boy*, por la salud de su inventor... y por la nuestra! *Míster* Johnson recoja su mágico aparatito y guárdelo muy bien. Y usted, *miss*, aunque siempre está muy guapa, arréglese para salir. Y por favor, ayude a los niños a vestirse. Yo corro a telefonar al restaurante para



que nos reserven una mesa bien grande.

El café restaurant del Comercio, de aquella barriada, no era ciertamente un lugar de los más selectos; el gran mundo parisién lo ignoraba, y era en vano buscarlo en la lista de los establecimientos de lujo, cuya visita aconsejaban a los extranjeros bien provistos de libras esterlinas, dólares, pesetas o florines. No obstante, siempre estaba lleno y, aunque no distinguido, el establecimiento era vasto y aseado. El *chef* de cocina y el bodeguero conocían a la perfección el oficio y, era seguro que lo que allí se comía y bebía era de la mayor calidad, y sobre todo muy sabroso.

Los parroquianos, que por lo general eran comerciantes e industriales del barrio, la mayoría «nuevos ricos» y algún que otro extranjero, se encontraban dentro de sus paredes como en familia. De ese modo, aunque la clientela no pertenecía a la aristocracia, al menos era alegre y simpática. *Monsieur* Jean Marco Lagrange era allí una especie de celebridad. Por consiguiente, ya se le había reservado un lugar especial en el mejor de los rincones de la sala.

Cuando el grupo, con el jefe de familia al frente, llegó al local, una espaciosa mesa estaba ya cubierta de entremeses de toda clase, algo que principalmente a los hijos del industrial les pareció de maravilla.

Ronald fue instalado al lado de los niños y de la institutriz. Y frente a ellos, estaban Marie, el padre de familia y su esposa, que no dejaba de hablar incesantemente.

Pensativo, y presa de una rara emoción, contra la que en vano trataba de defenderse, el ingeniero contemplaba a Diana, cada vez con mayor fijeza. No era la primera vez que la veía, pero ahora, al observarla tan de cerca, aquella sensación resultaba más intensa, lo que se agudizaba al percibir en la

joven una cierta perturbación al mirarlo.

En efecto, la inquieta exaltación que oprimía el alma de Ronald había pasado, como por contagio, a Diana. Sin que la joven pudiera explicarse el por qué, bajo la mirada del hombre que conocía con el nombre de «*míster Frank Johnson*», cada vez que se cruzaba con él, su corazón latía más aprisa de lo ordinario.

¿Cómo hubiera podido adivinar que esta emoción, mal disimulada en uno y en el otro, procedía de las más profundas fibras de sus respectivas almas?

A pesar de eso era muy difícil pensar que ambos pudieran reconocerse. En aquellos doce años, Ronald había cambiado totalmente de aspecto; la hija guardaba de su padre la imagen de un hombre bien afeitado, con el rostro de facciones ligeramente alargadas y cutis sonrosado, abundante pelo rubio, de miembros sólidos y en pleno equilibrio físico. Y allí, ante ella, había un hombre envejecido con la frente algo despoblada, cabello blanco, barba descuidada, cortada en punta, demasiado delgado y con la espalda encorvada. Realmente Ronald era la sombra del *sportsman* de antaño. Solo sus ojos seguían siendo casi los mismos, pero en los últimos meses también habían perdido toda chispa de brillo.

Diana ni siquiera se hacía la reflexión de que su padre pudiera haber cambiado tanto físicamente. Y en realidad, ¿cómo, aun en cualquier juego provocado por la imaginación, ella iba a reconocer a su progenitor en ese hombre con cara de «santo antiguo» como le parecía a ella *míster Frank Johnson*? Para peor, la joven ignoraba que en Pittsburg su padre había cambiado de nombre y, hacía muy poco, evitando que su cuñado diera con él, lo había vuelto a hacer.

En realidad Diana, durante esos años de ausencia, no se había enterado de nada sobre el hombre que le había dado la vida. Y en el transcurso de aquellos cientos de meses, el trabajo sin cesar había hecho de su padre, que se fue en plena juventud, un hombre casi viejo. Y de ella, aquella pequeña niña tímida y risueña, una melancolía y bella mujer.

Pero a pesar de todo, Diana estaba convencida de no haber olvidado nada de su padre, y no sabía precisar por qué la presencia de ese hombre se lo hacía recordar, con más amplitud, hasta el punto de sentirse apabullada.

En Ronald la situación era casi idéntica: todas las fotografías que había

admirado y adorado, durante su reciente estadía en casa de su cuñado, representaban a su hija vestida suntuosamente, con bellos trajes de ceremonias o de cóctel, con el largo pelo rubio, suelto en rizos o en artísticos peinados, adornados con sombreros dignos de una princesa. Sí, en todos los retratos, la mostraban en pleno apogeo de belleza y sofisticación. ¿Cómo, pues, la habría reconocido en esa joven que estaba ante él: una sencilla institutriz, bonita, eso sí, pero con los ojos protegidos por lentes de cristales amarillos, seguramente a causa de su miopía, y con el pelo corto peinado con sobria rigidez? No obstante esos detalles, Ronald a cada instante tenía la sensación de que en esa bella joven había algo de su hija, algo que aún no sabía precisar. De ese modo, una indefinida corriente de simpatía y de ternura comenzó a nacer entre los dos.

Las mil afinidades que existían entre padre e hija, la ley oscura de la herencia, la poderosa atracción de una misma sangre circulando por venas distintas, formaban unos lazos que, minuto a minuto, eran cada vez más fuertes.

Casi involuntariamente al mirarse de nuevo cambiaron una sonrisa. *Monsieur* Lagrange había percibido aquello y, aprovechando el ensordecedor ruido del restaurante, dirigiéndose a su mujer, le susurró al oído:

—Adela, cariño... por favor, cambia de sitio a Jean Marco para que *madeimoselle miss* pueda ocupar el suyo.

—Pero ¿se puede saber el porqué del cambio?

—Sí, mi reina. Sentándose ella al lado de su colega..., no, su compañero... digo su compadre, ay tampoco...

—Compatriota... — repuso la esposa riendo.

—Eso es, de esa manera, la *miss* y su compatriota podrán hablar en su lengua, cosa que debe ser muy agradable cuando un extranjero vive lejos de su patria... aun cuando aquí esto último se perciba poco. Pues en Paris, como ya sabemos, los extranjeros de Francia tratamos a los extranjeros de otros países como si no fuesen extranjeros...

Maravillada por la elocuencia de su esposo, *madame* Lagrange sonriente se apresuró a cambiar el asiento de su hijo mayor, por el de Diana que, con una sonrisa, le agradeció el gesto. Silenciosa, ocupó la otra silla, sintiéndose de pronto un tanto cohibida.

De repente, la mayor de las niñas, mientras señalaba a la institutriz y al ingeniero, inquirió:

—¿Todos los ingleses tienen los mismos ojos que ustedes?

—No te comprendo —repuso Diana mirándola intrigada.

—Pues el señor inventor y usted tienen los ojos idénticos..., y del mismo color, son iguales en todo.

Diana y el ingeniero se miraron sorprendidos.

—¡Pero, niña, eso es casualidad! ¡Además recuerda que la *miss* no es inglesa de nacimiento, sino alemana! —aclaró su madre.

La cena comenzó llena de entusiasmo, entre la alegre charla de los niños que se esforzaban en mostrarse bien educados e intentaban comer sin apresuramientos, y usaban los cubiertos tal como la institutriz les había enseñado en las clases de «etiqueta social».

*Monsieur* Lagrange, quien parecía haber olvidado esas sutilezas, comía como un carretero..., pero al sentir, por debajo de la mesa, el filoso puntapié dado por su esposa se detuvo y, luego de mirar al grupo entero, Marie incluida, que comían despacio usando todos los gestos y ademanes de la gente culta, rojo de vergüenza, enseguida los imitó.

El menú era sabroso, regado con un generoso vino. Y los postres resultaron exquisitos, en medio de un divertido coloquio matizado de risas compartidas.

En ese momento el pequeño Jean Marco miró a la institutriz y le preguntó:

—*Miss*, ¿es verdad, que hace poco unos ingleses descubrieron en Egipto una momia de hace miles de años?

—Sí, es verdad. Sus descubridores fueron los egiptólogos Howard Cáster y *lord* Carnarvon. La momia, según se sabe, se llama Tutankamón... —respondió ella asintiendo con la cabeza.

—Vaya apodo más extraño que le han elegido —saltó *madame* Adela.

—No, mujer, ese fulano se llamó así desde que nació —apostilló su esposo dándose aires de «sabelotodo».

Diana, esbozando una sonrisa, agregó:

—Fue el rey Tut, un Faraón de la XVIII dinastía, que reinó

aproximadamente desde 1356 a 1350 antes de Cristo. Y que, al parecer, murió muy joven. Su máscara está moldeada en oro, con la cara exacta del Faraón.

Mientras la joven hablaba, Ronald la miraba con fijeza

—¡Que descubrimiento! ¡Lo que será ver eso! ¡Un ser humano que estuvo allí, muy quieto durante tantos siglos y de pronto...! —exclamó *monsieur Lagrange*.

El inventor añadió:

—Uno de sus descubridores, lord Carnarvon, murió a consecuencia de la picadura de un insecto y al poco tiempo le siguió también un familiar suyo que, en el momento de hallar a la momia, se encontraba en el Cairo; así que ahora ha comenzado a circular un rumor que habla de una posible maldición...

De pronto la amena charla fue interrumpida por un violento incidente en la parte del establecimiento destinada a la sala de café, donde de manera incesante circulaban sin ser molestados vendedores de cigarrillos, cacahuetes, caramelos, almendras, flores y periódicos, entre otras cosas, y donde además, durante los días laborales en los que la orquesta contratada dejaba al fin en paz los tímpanos de la clientela, era admitido algún músico ambulante que tocaba la guitarra y cantaba acompañado por los dulces gemidos de un violín, interpretados por una joven ciega y su hermano. Cuando las necesidades del servicio no apremiaban demasiado, se les permitía el acceso a la sala reservada al restaurante. La pareja entonaba dos o tres románticas canciones y se marchaba con algunos francos en los bolsillos, gracias a la generosa colecta de la gente.

Aquella noche, como de costumbre, ambos jóvenes se presentaron en el establecimiento y, ante el aspecto de banqueteo que ofrecía la mesa de los Lagrange, se acercaron discretamente pensando en la perspectiva de una generosa dádiva. Fue en ese instante cuando, el camarero, de manera brusca y despectiva, intervino ordenándoles que se fueran. Y como no obedecieron con el apuro que él deseaba, los empujó con violencia, provocando, en la pobre ciega, un violento temblor.

El guitarrista protestó, lo que enfureció aún más al camarero quien, lleno de prisas, lo zarandeó hasta que el músico rodó por el suelo, a la vez que la

guitarra iba a parar debajo de una mesa.

En todo el local se produjo un silencio opresor, solo roto por algunas exclamaciones de protesta. *Monsieur* Jean Marco Lagrange, como movido por un resorte, se levantó de golpe y, mientras Diana y Ronald se precipitaban hacia la desamparada ciega para socorrerla, las manazas del financiero tomaron al camarero por el cuello y comenzó a sacudirlo.

—¡Bestia asquerosa! —vociferó exaltado—. ¡Merecerías que te dejara el trasero en carne viva a puntapiés! ¡Así aprenderías a tratar de otro modo a las personas más débiles!

—¡Estaban molestando! —exclamó el camarero atemorizado—. ¡Me impedían circular, y yo tenía órdenes de mi jefe de echarlos! ¡Suélteme...!

La voz chillona de *madame* Adela se dejó oír estridente:

—¡Duro con él Jean Marco! ¡Dale un puntapié con tu bota, donde más le duela..., para que así no pueda sentarse por un largo tiempo! ¡Donde se ha visto cobardía semejante!

El joven guitarrista se levantó tocándose la mano, que al parecer estaba lesionada. Diana junto con Ronald se esforzaban en consolar a la ciega, quien sollozaba en silencio.

—No llores más..., por favor. Levántate y sigue tocando tu hermosa música —le dijo la institutriz con dulce voz.

En ese momento apareció el encargado. Tras sacudir nervioso la cabeza, con visible contrariedad, exclamo:

—¡Bueno, haya paz! ¡Tanto escándalo por un par de mendigos!

El guitarrista, sacudiéndose indignado, le rebatió:

—¡Nosotros no somos mendigos! ¡Antes de la guerra, mi hermana y yo formábamos parte de una importante orquesta! Pero ella, durante la ocupación alemana en Lille, enfermó de viruela y perdió la vista. A mí me hirieron durante la segunda batalla del Marne, y el mal estado de mis pulmones no me permite tocar instrumentos de viento —tras hacer un gesto de dolor, agregó—: ¡Oh! ¿Y ahora cómo voy a tocar la guitarra, con la mano estropeada?

Los clientes hacían coro alrededor del agitado grupo.

Enseguida, con fines pacificadores, acudieron el gerente y el dueño del establecimiento; el primero de ellos le ordenó al camarero y al encargado

que lo siguieran mientras que, el segundo de ellos, le tendió al guitarrista un billete de cincuenta francos, y le dijo:

—Aquí tiene esto, y ahora márchense. El escándalo ya ha durado bastante.

*Monsieur* Lagrange, rojo de indignación, intervino:

—¿Cincuenta francos? ¡Pero esto es una vergüenza! ¿Cómo van a comer este pobre joven y su hermana durante el tiempo en que su mano le impida trabajar? —Con gesto amenazante, lo señaló con el dedo, y objetó—: recuerde usted que yo vengo siempre a su local y que muchos de sus afamados clientes son amigos y corredores míos. Además siempre he estado haciendo propaganda de su exquisita comida... y realmente no quisiera desacreditarlo. Creo que tengo el derecho de exigir que en el presente esto no vuelva a pasar nunca más. Le ruego que reprenda a ese bruto camarero junto con el encargado. —Visiblemente furioso, lo miró a los ojos y, prorrumpió—: ¡Y..., si no deja que este par de jóvenes toquen en este salón... o en donde ellos quieran, alegrando el ambiente de su «distinguida concurrencia», jamás volveré a poner los pies aquí. Y me esmeraré, personalmente, de que muchos de mis amigos tampoco lo hagan! ¿Estamos...?

El dueño del local miraba al industrial con sincero respeto a la vez que temor. Sabía que este era uno de los mejores clientes y propagandista de su local, además de generoso en sus propinas y que, gracias a él, en los últimos años su clientela había subido de prestigio.

Con evidente humildad miró al industrial, y exclamó:

—Perdón, *monsieur* Lagrange, tiene toda la razón. Le juro a usted que esto jamás volverá a ocurrir... en cuanto a este joven y... su hermana, podrán venir a tocar aquí las veces que quieran, y usted mismo podrá ver que eso se cumple. Y ahora... le daré otros cincuenta francos, para que puedan subsistir durante el tiempo que al joven tarde en curar su mano.

—Muy bien... y también debería verlo un médico —irrupió Ronald sin dejar de observar, con molesto semblante, al dueño del local.

Varios clientes gritaron a coro.

—¡Eso está mejor! ¡Y que sepa usted que ninguno de los presentes tampoco queremos volver a presenciar otra escena como esta!

Un joven robusto, con gesto decidido, vociferó entusiasta:



—¡Y ahora vamos a ver como andamos de los bolsillos todos! ¡Yo me encargo de la colecta!

Y tomando su propio sombrero, echó en el interior del mismo unas monedas.

Diana abrió su bolso y sacó algunos francos que deposito allí, lo mismo que Ronald y todos los demás incluida Marie. Después el joven, del brazo de la cieguita, recorrió el establecimiento. De forma inmediata, billetes de cinco y diez francos, además de monedas de uno y dos cayeron como granizo dentro de aquel sombrero. Dos yanquis, que permanecían sentados, entre sonoras palmas, les dieron diez dólares cada uno.

Cuando el guitarrista, con su hermana tomada del brazo, contó el dinero que había producido la colecta, se quedó alelado: en aquel sombrero hongo, había más de quinientos francos.

El dueño del local, dirigiéndose a ellos, un tanto apabullado, murmuró:

—Y ahora, vaya al consultorio..., que está en esta misma calle, para que lo vea el médico. Solo diga que va de parte de *monsieur* Bellejonc, y cuando se reponga... pueden venir a tocar su música en mi local, las veces que quieran.

—Gracias, *monsieur*... —respondió el joven con los ojos llenos de lágrimas. Y girándose hacia el grupo de personas que aplaudían, posó sus ojos en las figuras de Ronald y su patrón y, con una sonrisa radiante, agregó—: ¡Gracias, gracias de todo corazón!

Una hora después, el inventor acompañó a la familia Langrange de regreso a su casa. Durante el trayecto, mientras los niños correteaban, delante de ellos, junto a Marie, Diana, en un gesto involuntario, se apoyó en el brazo de Ronald.

El jefe de familia, al lado de su esposa, tomados de la mano, como en los tiempos del noviazgo, cerraban la marcha.

De pronto Ronald, miró a la institutriz y le dijo:

—Además de adorable..., es usted muy buena y caritativa.

—Gracia, *míster* Johnson; usted también me parece una persona bondadosa y muy noble —contestó Diana devolviéndole la gentileza. Tras unos instantes de silencio, agregó enfática—: Yo deseaba decirle que..., si necesita de una amiga para hablar, quizás pueda ayudarlo, dentro de mis posibilidades.

Al escuchar esas palabras el ingeniero sintió que una oleada de emoción se apoderaba de todo su ser; lo que le hizo preguntarse: «¿Por qué siento, en mi corazón, ese desborde de cariño filial por esta niña? ¿Será por qué me recuerda a mi hija?». Sonriéndole con dulce gesto, respondió:

—Realmente, su generoso ofrecimiento es para mí algo muy apreciado. Y a cambio yo seré también para usted, si me lo permite, un incondicional y sobre todo, paternal amigo.

—Gracias; de verdad, me encantará sentirme su amiga.

Tan espontánea había sido su respuesta que ella misma se quedó sorprendida.

—Las gracias las debo dar yo. Usted, *miss* Helga, acaba de poner algo de sol en mi vida gris.

—*Míster* Frank, ¿podría preguntarle algo?

—Claro que sí.

—¿No tiene usted familia?

—Bueno, ahora..., estoy solo. Pero una vez fui muy dichoso; tenía una bella esposa, una hija, y un hogar..., luego, de golpe, lo perdí todo...

—Y que fue de su esposa e hija..., ¿murieron ambas? —preguntó Diana con extremada ansiedad.

Ronald iba a contestar, pero en ese momento llegaban a la casa y *monsieur* Lagrange, acercándose a ellos, con gesto orondo, los interrumpió:

—Qué noche más movida hemos tenido ¿verdad, *madeimoselle*, *miss*? —sin cambiar de gesto miró a su empleado y adicionó—: ¿Vio, *míster* Johnson, la cara que puso el dueño del restaurante en cuanto yo le hablé? ¡A esas personas hay que tenerlas a raya...!

—Estuvo usted magnífico, *monsieur* Lagrange! ¡Magnífico de veras! —ponderó el ingeniero.

*Madame* Adela, cogiéndose del brazo a su marido, agregó:

—Sí, mi querido esposo, en el momento en que tomaste al mozo increpándolo de esa manera, me hiciste recordar al propio Rodolfo Valentino, en una película que vi hace un tiempo..., pero que ahora no recuerdo su nombre. ¡Ah!, pero te juro que, cuando te miraba actuar, con tanta valentía y coraje... que creí estar mirando a ese guapo actor.

Ante las palabras de su mujer, *monsieur* Lagrange pareció envanecerse de

orgullo. Y, tras esconder su voluminoso vientre, al tiempo que sacaba el pecho, compuso un viril gesto graciosamente ufano, y exclamó:

—Ejem, y eso que era mucho más joven que yo, ¿eh? Bueno... y ya se sabe que en las películas los actores se copian de la vida real.

Antoine Gounot, le pidió al empleado, que había acudido a su llamada, lo siguiente:

—Dígale a Eduardo Leblanc que venga enseguida.

El joven aprendiz, después de saludar salió dispuesto a cumplir la orden de su patrón. *Monsieur* Gounot se puso de pie y comenzó a pasearse por la estancia. Un cuarto de hora más tarde, se abrió la puerta y entró Eduardo, enfundado en un «mono» de color azul y, sobre su frente, unos voluminosos lentes a los que, al instante de penetrar allí tras aflojar las correas, se quitó.

—Buenos días, *monsieur* Gounot —saludó—. ¿Me ha mandado usted llamar?

—Sí. Tome asiento por favor, tenemos que hablar.

Un tanto sorprendido el joven obedeció. Luego se quedó muy quieto a la espera de que su jefe comenzara a hablar.

El industrial, mirándolo con aire gentil, expresó:

—Bueno Eduardo, antes que nada, tengo que decirle que, tanto mis asociados, como yo nos sentimos muy satisfechos del resultado de las pruebas a las que le hemos sometido. De manera que, reconociendo su capacidad, estamos ya decididos a ofrecerle en nuestra casa una situación, aunque no privilegiada, adecuada a su talento y su carácter. Para comenzar, a partir de hoy queda doblado su sueldo y, dentro de seis meses, si todo sigue así, se le aumentará de nuevo.

Por espacio de algunos segundos Eduardo permaneció silencioso.

—No sé cómo demostrarle mi gratitud, *monsieur* Gounot... —contestó al fin embargado por la emoción.

Su interlocutor lo detuvo con un gesto.

—No he terminado aún. Déjeme decirle que para completar todavía más sus conocimientos, hemos decidido que pase usted una temporada en nuestras fábricas de *Charleville-Mézières*, allí tenemos una fundición importante. Permanecerá en ella unos tres meses, y pasado el invierno, lo mandaremos a *Serblic*, donde le serán confiados unos trabajos de gran importancia. Bueno, usted ira como ayudante del señor Lémery el ingeniero jefe, ¿le satisface emprender la oferta?

—Sí, *monsieur*. Solo hay algo que... me gustaría pedirle.

—Hable con entera confianza.

—Le rogaría que... sí se pudiera aplazar la orden de partida hasta pasado el Año Nuevo. Mi prometida es inglesa, y la Navidad y el Año Nuevo son para ella, como para todos sus compatriotas, las principales celebridades. Tenía incluso proyectado el cambio de sortijas para una de esas fechas. Estamos a catorce de diciembre ¿no? Pues... podría marcharme el dos o el tres de enero. El retraso no sería tan grande...

El industrial, sonrió comprensivo.

—¿Dé modo que tiene novia? ¿Y ella está en París?

—Sí, *monsieur*. Es una... institutriz, tiene a su cuidado a los hijos de un matrimonio francés.

—¡Ah!, entonces también es una joven sin fortuna, como tú.

Eduardo bajó la cabeza; en su actual situación, estas palabras: «sin fortuna, como tú...» tenían una significación entre trágica e irónica. De pronto, por su mente pasaron los esplendores del cortejo en el aniversario de Diana, en su casa de Londres y, junto a eso, su propio palacete, elegante y confortable, sus coches, y su yate, además de las formidables fábricas paternas, la Banca de las Artes Metalúrgicas..., y así, en un instante, de nuevo contempló a los «dioses del oro», de quienes Diana y él conocían su maléfico espíritu, dioses horribles, de los que ambos habían huido para refugiarse en la oscuridad, la pobreza y el trabajo. Sin poder evitarlo, se echó a reír amargamente, al tiempo que decía:

—Sí, es una joven sin fortuna... como yo...

Los ojos del industrial se iluminaron al decir:

—Pues..., tanto mejor; de esa manera ambos conocerán el generoso cambio de vuestras vidas, así como los anhelos de la ardiente lucha y la espera. Mi

padre y mi madre se forjaron así, y yo, junto con mis hermanos, luchamos febrilmente para mantener, afianzar y desarrollar lo comenzado por nuestros progenitores. Todos mis hermanos están bien en sus negocios propios y en sus vidas..., pero la mía, por desgracia, ha sido condenada a la esterilidad. Mi único hijo murió en la guerra; era aviador y pereció en un combate aéreo en abril de 1918... en el frente occidental. Dicen que fue acribillado por la máquina del «Barón Rojo», ese letal aviador alemán, que tanta fama obtuvo durante esa infernal contienda.

—También conocí su popularidad. Creo que semanas más tarde de ese combate, el «Barón Rojo» cayó aniquilado, por un capitán inglés. Se dice que su avión se estrelló en un campo de remolachas.

—Créame..., enterarme de eso no me consoló en lo más mínimo... —murmuró *monsieur* Gounot pasándose bruscamente una mano por sus ojos—. En fin, las lágrimas ya son inútiles, no remedian nada. —Al instante reaccionó con nerviosismo y, tras consultar un calendario, agregó—: bueno, estimado Eduardo, entonces usted viajará el ocho de enero, pasado ya día de Reyes. Y ahora que Dios lo guarde, y le de la felicidad completa junto a su prometida.

—Gracias, *monsieur* Gounot. Y también muchas gracias por confiar en mí.

Tras un vigoroso apretón de manos. Eduardo empezó a ceñirse de nuevo los lentes protectores.

Antes de que llegara a la puerta, el patrón le preguntó:

—¿Trabajabas ahora con la soldadura autógena?

—Sí, estaba experimentando un procedimiento más rápido que el usual —respondió el joven mientras detenía sus pasos—. Lo hallé en una revista técnica alemana y lo he modificado un poco. Espero que mis experimentos me den algún resultado satisfactorio. Mañana redactaré sobre eso un informe técnico y se lo haré llegar.

—Muy bien, espero que tenga usted éxito.

Eduardo salió del despacho y cerró la puerta. Un momento después, el industrial, desde su ventana, observó al joven mientras este atravesaba, a grandes zancadas, el patio de la fábrica.

Luego, dejándose caer pesadamente en su sillón, murmuró:

—Mi pobre André hoy sería como él.

En el atardecer del sábado siguiente, en casa de Eloísa de Beltrajoz, Eduardo les contaba a la pintora y a Diana todo lo hablado con su patrón. En los ojos de ambas brillaba el júbilo.

—Creo que podríamos casarnos enseguida. Bueno, apenas encontremos a tu padre —murmuró el joven con la mirada fija en su novia.

La cantarina voz de la pintora se dejó oír:

—Eso sería estupendo; incluso podrían venir a vivir aquí, hasta que encontraran un piso más grande, o también para quedarse definitivamente. Arriba hay dos cuartos muy confortables, con todas las dependencias, y así yo me haré la ilusión de que... ambos son mis hijos. ¿Aceptarían qué mi vejez se refugiara cerca de vuestra juventud?

—Querida Eloísa —dijo Eduardo—, ¿cómo no habríamos de quererlo?

—Eres la mujer más generosa que existe —repuso Diana besándola en la frente.

Eduardo, tomándole del mentón, le preguntó:

—¿Te gustaría qué pudiéramos casarnos... enseguida?

—Sí, claro. Aunque, como tú bien lo has dicho, antes desearía... encontrar a mi padre.

—Pero ¿dónde encontrarlo? ¿Y cómo saber si aún está en Francia...?

Eloísa tomándolos del brazo les dijo:

—Yo creo que él también estará buscando a su hija. Y si de nuevo tu padre se halla ahora en Norteamérica, pensando que tú te encuentras allí buscándolo a su vez, al no tener noticias, volverá de nuevo a Londres e iniciará tu búsqueda que, sumada a la tuya, ambos acabarán por reencontrarse. Como siempre digo, no me caben dudas de que es la vida quien va preparándolo todo... de la mejor manera. Y si no, vean de la forma tan inesperada en que Diana y yo nos encontramos.

—No obstante esa esperanza, a veces hay que ayudar un poco al destino —murmuró Diana—. Yo, hace tiempo contraté, dentro de mis posibilidades, a un detective, que lo está buscando... pero hasta este momento no ha tenido ningún resultado.

—Ya verás que, cuando menos lo esperes, recibirás la noticia de que tu padre ha sido localizado —opinó Eloísa. Enseguida, tras observar a Eduardo con detenimiento, inquirió—: ¿Y qué hay de tu propio padre?, hace unos

días lo vi en la calle, sin que él se diera cuenta, y al mirarlo me dio mucha pena, ¡no es el mismo, está muy demacrado! Creo que tu felicidad presente sería muy egoísta si no apaciguaras, al menos un poco, la pena y la inquietud que roen el alma del hombre que te dio la vida, y que ahora está sufriendo.

La boca de Eduardo formó un rictus amargo.

—No te creas eso; los hombres duros de corazón, como él, no sufren. Ellos pueden vivir tranquilamente, dormir sin sobresaltos, aun con las maldades que han hecho —reflexionó con cierta dureza en la voz.

—Eduardo, te ruego que no pienses así —saltó Eloísa y a continuación agregó—: por favor, déjame intervenir a mí en este asunto. Si ambos me lo permitís, mañana mismo iré a verlo; solo le diré que estas bien, que ganas tu sustento trabajando honradamente. Y estoy segura de que con solo saber eso será muy feliz porque yo sé que te ama de veras.

—Eduardo, no te opongas a lo que dice Eloísa —rogó Diana—. Yo también pienso cómo ella y, créeme que..., compadezco a tu padre. Lo único que pido es que no me nombres para nada. No desearía que mi tío supiera de mi paradero; al menos hasta que mi padre aparezca.

Eduardo tomó una de las manos de su prometida.

—Entonces tú, ¿de alguna manera, perdonas a mi padre?

—Sí, lo perdono, porque hoy mi corazón está rebosante de amor y en él no hay cabida para el rencor ni para el odio. Pero a mi tío tardaré mucho más en hacerlo.

—¡Gracias Diana! —exclamó abrazándola—. Está bien, acepto; que Eloísa vaya a verlo, y le hable de mí... solo de mí...

—¿Y tú, no te animarías ir a verlo personalmente? —preguntó Eloísa interrogándolo con la mirada.

—No. Por ahora no puedo hacer eso, quizás algún día..., pero no aún. Reanudar el trato con mi padre para mí es una idea nueva, y es preciso que me adapte a ella poco a poco. Además, de verlo en estos momentos, no podría decirle que lo he perdonado de corazón.

—Está bien, Eduardo, te comprendo. Ya sabemos que el tiempo lo cura todo —agregó Eloísa con sonrisa alentadora.

—Gracias por tu comprensión... —objetó él. Después miró a Diana, y



añadió—: lo que más me haría feliz en estos momentos es poder devolverte a tu padre. Pero también tengo que confesarte algo: siento mucho miedo, creo que apenas Ronald se entere de que estas enamorada de mí, dispuesta a casarte con el hijo del hombre que ayudó a destruir su vida, te apartara de mi lado.

—No, mi padre creerá en tu inocencia, además estoy segura de que él, lo que más ansiará es verme feliz, y mi felicidad eres tú.

Eduardo la besó con ansias en los labios. Eloísa, con sonrisa comprensiva, se encaminó hacia la puerta y dijo:

—Con perdón, voy a ver que ha preparado nuestra Greta para la cena.

Los enamorados apenas dieron muestras de escucharla. Desde el momento en que se habían reencontrado, estaban aprendiendo a conocerse más íntimamente. Y la verdad era que sus almas parecían haber sido creadas la una para la otra.

—Diana, bésame..., bésame como yo te lo he enseñado—susurró Eduardo junto a sus labios mirándola, con sonrisa un tanto maliciosa.

Ella cerró los ojos y, en un arrebato de pasión, se apretó más contra él, entregándole sus labios entreabiertos. El beso fue largo y voraz; Diana lo paladeó jugueteando con su lengua, en excitante vaivén, a la vez que Eduardo la succionaba hacia el interior de su boca. Y así, ambas lenguas se saborearon en medio de inconfesables ansias, en las que sentían cómo la sangre corría alocadamente por sus venas, empujándolos a crear, cada vez con más persistencia, situaciones embarazosas de las que, algunas veces, se quedaban silenciosos, no atreviéndose ni siquiera a mirarse.

Sin confesárselo ambos estaban conscientes de que llegaría un día en que ya no podrían resistirse a los anhelos de entregarse en cuerpo y alma.

Esa noche, mirándola extasiado Eduardo, con voz susurrante, le insinuó:

—Ven conmigo... a mi casa, por favor. Mañana a la tarde dile a Eloísa que vamos al cinematógrafo, es domingo y a ella no le parecerá raro. Y... así pasaremos unas horas a solas..., tú y yo, en la mayor intimidad.

—No me pidas eso, no quiero mentirle —musitó ella desviando su mirada de él.

—Solo será una mentira sin importancia. Anda, di que sí.

—De verdad, mi vida ha dado tantos giros que aún me siento en medio de

un remolino; tengo miedo de cometer equivocaciones.

—Yo también, pero te quiero tanto... tanto que, solo con pensar en estar contigo a solas, siento que vuelvo a renacer. No olvides que ahora solo nos tenemos a nosotros... Te quiero locamente, con auténtica y desesperada embriaguez. —Durante largos instantes la miró con delectación sensual y, con voz ronca, añadió—: ¿recuerdas la primera noche en que te besé, cuando te dije que éramos los arcos de un mismo puente?

—Sí, lo recuerdo —musitó ella con voz queda.

—Pues, eso es lo que realmente somos; un mismo ser, unidos por la eterna llama del amor y de la pasión.

Mientras hablaba, Eduardo la apretaba con vehemencia, contra su pecho. En un gesto íntimo y perturbador, le aprisionó los senos, acariciándolos avaricioso. Aun sobre la tela de su vestido Eduardo sintió como, entre sus dedos, aquellos pezones se ponían erectos.

Ella, a pesar de que a un principio se había quedado un tanto rígida, también pareció gozar de aquellas caricias, tan sensuales y perturbadoras. No obstante, cuando él quiso llegar mucho más allá de lo que sabía que le estaba permitido, cuando trato de tocar otras partes de su cuerpo, Diana lo detuvo empujándolo con enérgico ademán. Mientras se levantaba nerviosa, retorciéndose las manos, con voz entrecortada le dijo:

—No quiero... perder la cabeza. Además, ¡Oh! Dios... Eloísa puede entrar de improviso y sorprendernos...

Eduardo exhaló un hondo suspiro y asintió:

—Sí, tienes razón. Pero esto es más fuerte que yo..., y que todo. Por favor, Diana, mañana vente conmigo, y así estaremos algunas horas los dos juntos. Te necesito, ambos nos necesitamos. Quiero amarte toda... toda; siento deseos de amarte hasta morir, no te resistas a la necesidad de amarnos en cuerpo y alma, yo sé que tú también lo deseas. Creo que después de haber sufrido tanto, lo merecemos, lo necesitamos. Seremos... una pareja impaciente, como otra cualquiera, que se adelantó a la boda. Además somos libres, mayores de edad y nadie ni nada nos detiene. Recuerda que, por unos meses, yo me marcharé a trabajar fuera, y quisiera llevarme el vívido recuerdo de tu pasional e íntegro amor, para que me acompañe en mis horas de soledad; de esa manera el tiempo que tendré que pasar lejos de ti me

parecerá más llevadero... —La miro a los ojos y, con expresión ansiosa, le pregunto—: ¿mañana iremos al cinematógrafo a ver... la última película de... Charles Chaplin?

—Sí... sí...—balbuceó ella apretándose contra él.

Eduardo, trémulo de amor, le susurro:

—Oh, adorada mía..., te quiero...

En un súbito arranque de incontrolada vehemencia, la apretó más contra él a la vez que volvía a aplastar sus labios en los suyos.

Al día siguiente, Diana, conteniendo a duras penas su nerviosismo, se dejó guiar por Eduardo. Rato después llegaron a la pequeña buhardilla donde él vivía desde hacía varios meses.

Ante la burlona mirada del portero, cogidos de la mano, subieron al tercer piso. Mientras Eduardo encendía la calefacción, Diana observó la habitación; a pesar de la sobria austeridad todo allí estaba limpio y ordenado, dando la impresión de quien la habitaba solo deseaba descanso y paz.

—¿Qué te parece...? —le preguntó abrazándola por detrás con cálido ademán. Sin soltarla la llevó hacia la ventana y, haciéndola mirar a través de los cristales, agregó—: Desde aquí se puede ver un hermoso paisaje, ¿te gusta?

—Sí, es muy bello —dijo ella con entrecortado acento, mientras sentía las cálidas manos de Eduardo acariciándola de manera atrevida.

—Gracias por acceder a mi pedido de... pasar la tarde juntos, en completa intimidad —le susurró él con voz densa besándola en el cuello.

—Quizás me arrepienta —musitó ella en medio de un escalofrío.

Eduardo la giró hacia él y la miró.

—¿De verdad lo dices? —inquirió anhelante, buscándole los ojos.

El rubor coloreó las mejillas de Diana.

—Creo... que sí —contestó con un murmullo, a la vez que se giraba de nuevo hacia la ventana.

—No, yo no permitiré que te arrepientas... de nada... —le susurró Eduardo junto al oído.

Y, con ademán impetuoso, la hizo cambiar de postura para que ella sintiese

la dureza de su masculinidad.

Diana intentó oponerse a esa osada embestida y se removió inquieta.

—¡Eduardo, no! Creo... que debemos detenernos...

Él silenció su protesta con otro beso mucho más cálido y prolongado. Luego comenzó a besarle los ojos, las mejillas el cuello... cuando llegó al lóbulo de su oreja, la sintió estremecerse. Inflamado de ansias, y ya incapaz de detenerse, con ademanes nerviosos le quitó el abrigo, le desabrochó la blusa y besó con avidez la piel expuesta de sus senos.

Diana cerró los ojos; esa tortura sensual que él le provocaba la asustó, consciente de que dentro de ella crecía un ardiente nudo de ansiedad; en el momento en que la boca de Eduardo aprisionó uno de sus pezones, respiró agitada e impotente para detenerlo, al tiempo que una oleada de fuego invadía todo su cuerpo.

Después, sin palabras, Eduardo la depositó en la estrecha cama y volvió a besarla con renovadas ansias. Diana, sumida en una violenta vorágine de delirante pasión que le impedía pensar en nada, respondió a las caricias del hombre que amaba, entrelazando su lengua con la de él.

Después ambos se miraron estremecidos.

—Te quiero, no sabes de qué manera, te quiero —susurró él excitado—. Por favor, relájate..., no te pongas tensa, y tampoco temas nada, solo deja hablar a tu cuerpo... —balbuceó a la vez que comenzaba a besarla por todas partes.

Completamente entregada al delirio de la pasión, entre agitados remolinos, Diana dejó que las hábiles manos de Eduardo le quitaran toda la ropa. La voluptuosa intensidad de esos instantes parecieron arrastrarla, mientras sentía cómo, aquellos ardientes dedos, tocaban todas sus partes más íntimas volviéndola loca..., hasta que de pronto se encontró temblando entre sus brazos, abriéndose por completó al hombre que amaba con todas sus ansias.

Entonces Eduardo, lentamente, la penetró. Tras la incomodidad de la primera embestida, cuando ya el dolor se transformó en premura, Diana movió las caderas dejando que Eduardo llegara más adentro y lo rodeó con sus brazos a la vez que respondía, con pasional vehemencia, a todos los ardorosos estímulos que él le brindaba, a los que ella iba captando, cada vez en mayor escala, en un gozo tan intenso y prolongado, como nunca lo hubiera creído.

La entrega de sus cuerpos fue el broche perfecto para sellar el gran amor que ambos se profesaban más allá de todo. A Diana, a pesar de sus ocultos temores, no le resultó desagradable perder su virginidad de esa manera, tan poco «digna», desafiando todos aquellos puritanos principios, con los que se había criado; al fin y al cabo, amaba desesperadamente a ese hombre, que ahora volvía a penetrarla, con excitante delicadeza, murmurándole estremecedoras palabras de amor..., de ese amor que anulaba todos los malos presagios que, hacia tan solo unos instantes, amenazaban cernirse sobre ella impidiéndole expresarse, en libertad, para gozar en toda su dimensión, del amor carnal

Cuando al fin regresaron de aquella sensual lóbreguez, Eduardo deslizó una mano sobre el pelo de ella al que acarició con delicado ademán.

Sin cambiar de gesto, buscándole los ojos, la miró con inusitada profundidad.

—Esto es parte del verdadero amor, el que se antepone a todo. ¿Lo has disfrutado?

Ella cerró los ojos y, sin contestar, en un arranque de pasión, se apretó a él con fuerzas.

—Me lo has confesado sin palabras... ¡Ah, Diana! Esta ha sido la tarde más hermosa de mi vida. Una tarde perfecta... que ya será inolvidable.

Con un gesto de entrega ella le entreabrió los labios, a los que él capturó con avidez, mientras comenzaba de nuevo a acariciarla, fundiéndola contra su pecho. Luego le besó el cuello... bajando hasta sus senos...

La tarde para ellos se prolongó más allá del crepúsculo. Cuando regresaron, ya no quedaba otra claridad que el difuso resplandor de la luna.

*A* solas en su cuarto, el barón de Benlliure desayunaba frugalmente mientras leía, sin entusiasmo, los periódicos financieros. Se acercaba la Navidad, y la proximidad de esa dulce festividad familiar, hacia más insoportable la soledad del banquero.

Sí, se sentía triste y solo... miserablemente solo.

Su buena estrella en los negocios no había disminuido, por el contrario, sus empresas eran cada vez más prosperas. No obstante tenía la sensación de que el peso de su colosal fortuna lo estaba aplastando. Ahora, el dinero no era para él un paliativo que pudiera menguar sus penas. Cada vez comía menos y no podía dormir si no tomaba, previamente, alguna droga soporífera. Y cuando lograba hacerlo, sus sueños eran poblados de pesadillas ininterrumpidas.

El sonido del timbre de la puerta principal, le hizo levantar la cabeza. Con gran esfuerzo se puso de pie, se acercó a la ventana y miró a la calle; desde allí observó a un taxi que se alejaba lentamente.

Con fastidio, levantándose de hombros, murmuró desganado:

—Algún «sablista» que ha querido estar seguro de hallarme en casa.

Instantes después se abrió la puerta y apareció el mayordomo con una bandeja de plata en la mano. El barón lo interrogó con la mirada.

—Es una dama —aclaró el mucamo—. Le he dicho que usted no tiene la costumbre de recibir aquí a nadie, y mucho menos a estas horas. Pero ella ha insistido, y al final me ha dicho que venía de parte del... *petit seigneur* Eduardo.

—¿Dé parte de mí hijo? — gritó el banquero.

—Sí, barón. Me dio además su tarjeta, aquí la tiene.

En el centro de la bandeja destacaba una cartulina blanca. El banquero, con dedos temblorosos, la recogió y leyó:

*Eloísa de Beltrajoz*

*Bellas Artes*

Su voz sonó estremecida al decir:

—De prisa, Damién, alcánzame una bata de interior más... presentable. Pronto..., un peine, y que *madame* de Beltrajoz pase a mi gabinete...

El criado hizo cuanto se le ordenó.

Eloísa llevaba apenas algunos pocos minutos de espera cuando la puerta se abrió de golpe, dejando paso a Armand Leblanc de Benlliure, completamente pálido y demudado.

—*Madame*, que placer —exclamó mientras besaba su mano. Enseguida mirándola a los ojos con innegable ansiedad, añadió—: Por favor, tome asiento. ¿Qué nuevas me trae usted; son buenas o malas?

La angustia que se reflejaba en el rostro del barón conmovió a Eloísa.

—Muy buenas, mejor dicho excelentes, *monsieur* Leblanc. Por favor tranquilícese y, para escuchar lo que tengo que decirle, será mejor que también tome asiento. —Con ademanes casi incontrolados, el banquero la obedeció de inmediato. Eloísa, mirándolo con una sonrisa, le comunicó—: su hijo Eduardo está bien y goza de muy buena salud. Trabaja animosamente, no ha tardado nada en ganarse el aprecio de quienes lo emplearon, y ahora se dispone a rehacer su vida como un joven sencillo y laborioso. Y... estoy persuadida de que no transcurrirá mucho tiempo antes de que usted lo vea personalmente.

El banquero, con semblante pálido y la respiración entrecortada, a la vez que se apretaba el pecho con ambas manos, como si deseara reprimir los desordenados latidos de su corazón, prorrumpió:

—¡Dios mío! Creo que la... alegría va a matarme.

—Por lo general la alegría no mata —repuso la pintora riendo jovialmente—, a lo sumo hace un poco de daño cuando se la toma de golpe. Casi siempre es la salvación suprema de los grandes afligidos. ¡Ánimos, tengo aún muchas más cosas que contarle!

—¡Bendita sea! —exclamó el barón—. Por favor, hable..., cuéntemelo todo,

¿es en verdad feliz mi hijo? ¿Podrá perdonarme...?

—Podría decirse que... casi lo ha perdonado.

—¿Y qué milagro ha sucedido para que Eduardo logre olvidar su desesperación, su pena y sobre todo, la vergüenza de tener un padre como yo?

—Creo que ha sido el milagro del amor.

—¿Del amor? Pero ¿acaso ahora hay alguien más en su vida...? ¿quien...?

—Por favor, barón; escúcheme bien, y sobre todo con paciencia: voy a decirle todo cuanto me sea posible... Bueno, hay muchas cosas que no me están permitidas revelar. Pero en mi afán de consolar su espíritu, y sobre todo tranquilizarlo definitivamente, voy a faltar a una parte de mi promesa de silencio —sé quedó unos segundos callada, como dudando y, luego de sacudir la cabeza, comenzó a decir—: Eduardo ha encontrado en su camino a... una joven bella e inteligente. Ella no ignora su sufrimiento y por qué ha huido del lado de su padre. Ha consolado a Eduardo y le ha devuelto el gusto por la vida. Gracias a ella, su hijo ha aceptado perdonarlo a usted. Y casi puedo asegurarle que, luego de las fiestas, en cuanto regrese de cierta misión profesional, vendrá a esta casa para hablar con usted. Ahora solo le resta esperar con paciencia la vuelta de su hijo.

—Esperaré... ¡Oh, claro que esperaré! —dijo él humildemente. De pronto una idea atravesó su cerebro—: Pero ¿es qué Eduardo ha renunciado a encontrar a la hija de Ronald? Él decía amarla más que a nada en el mundo. Me lo confesó desesperado, ¿cómo es posible que la haya olvidado, tan pronto?

Temerosa de que una palabra imprudente o un gesto cualquiera, lo revelara todo, Eloísa bajó la cabeza.

—Eso no lo sé.

—¿Puedo saber al menos... donde vive mi hijo?

—Ya le he dicho, barón, que tenga paciencia.

—Bien sí, la tendré. Pero secreto por secreto; yo también tengo uno. El día que Eduardo ponga de nuevo los pies en esta casa, le aguarda una sorpresa.

—¿Sé trata de...?

—No me lo pregunte porque tampoco puedo aún decirlo —exclamó el barón frotándose las manos.



—Bueno, ojalá dentro de muy poco tiempo, todos los secretos dejen de serlo y se transformen en hermosas realidades —dijo la pintora al tiempo que se ponía de pie.

El banquero le tomó la mano y murmuró:

—Madame, realmente no sé cómo demostrarle mi gratitud por cuanto ha hecho por mí y por mi hijo. Me siento tan feliz... que quisiera que todo el mundo sacara provecho de mi felicidad...

Ella, tras mirarlo unos instantes en silencio, le dijo:

—La generosidad es un sentimiento hermoso, barón, disfrute de él. Yo estoy al margen de la suya; sin ser rica, una pequeña fortuna me pone al abrigo de los sinsabores que causa la estrechez. Pero entre los artistas se sufre mucho, la guerra ha originado miserias atroces; hay viudas, hay huérfanos... Piense, *monsieur* Leblanc, lo que por ellos pueda usted hacer... y será cual si lo hiciera por mí.

El banquero besó la fina mano que retenía entre las suyas y dijo.

—Usted no tendrá quejas en cuanto a mi generosidad. Se lo prometo...

—Gracias, barón; de paso le doy también las gracias por el hermoso cuadro que me regaló, fue algo impensado para mí...

Minutos después Eloísa se marchó de allí sintiéndose feliz. Por su parte, el *monsieur* Armand, luego de permanecer ensimismado entre la maraña de sus pensamientos, empezó a monologar consigo mismo.

—¿Pero quién podrá ser esa joven qué, con tanta pasión, mi hijo ama ahora? ¿Y cómo es posible que él se haya olvidado tan rápido de Diana? ¡Qué raro es todo esto...! ¿Y, si esa joven fuese Diana en persona a la que al fin halló? Por algo Eloísa me ocultó hasta el nombre. Sí, tal vez le deba yo el perdón a la mismísima hija de Ronald. ¿Pero cómo saberlo?, y de ser cierto eso ¿cómo se encontraron?

De repente, dándose un golpeó en la cabeza con la mano, tomó asiento ante su mesa de trabajo y escribió algo en una hoja de papel. Leyó lo escrito lo rectificó, volvió a leerlo. Luego notablemente satisfecho, llamó al criado y le dijo:

—Que la secretaria de servicio ponga este telegrama a Londres en limpio. Enseguida de eso, tú mismo corre a la primera oficina telegráfica y lo envías bajo tarifa especial de «urgente», ¿comprendido? y no pierdas un solo

instante...

Al quedar de nuevo a solas, el barón de Benlliure, a pesar de no ser demasiado creyente, juntó con fervor las manos, inclinó la frente, y musitó:

—¡Gracias Virgen de los afligidos! Creo que muy pronto Norman y yo podremos al fin descansar nuestras conciencias.

Diana sonrió al muchachito que se hallaba de pie frente a ella, en actitud modesta.

—¿Así que está usted contenta conmigo, *miss*?

—¿Y conmigo también? —preguntó el otro.

—Claro que sí, estoy muy contenta contigo, Jean Marco, y también contigo Gabriel, pero muy contenta.

—¿Y con nosotras también está contenta..., *miss*? —inquirió la mayor de las niñas con gesto ansioso.

Diana sonriéndoles dulcemente y agregó:

—Sí, también y, si debo ser sincera, mucho más aún. Pero en general todos estáis trabajando con verdadera voluntad, y ya veis cómo, día a día, aprenden a observar mejor comportamiento. Ya no dicen palabrotas y, sobre todo, han comprendido que lo único que yo quiero es ayudarlos por medio de la educación a conquistar un puesto honorable en la sociedad. Perseveren y así llegaran a ser..., sobre todo vosotros dos, unos perfectos *gentleman* —acabó mientras detenía sus ojos en los dos jovencitos. Enseguida, luego de volver a mirar a las niñas, sonriendo agregó—: Y vosotras tres, unas perfectas señoritas de la alta sociedad.

Ese día Diana se hallaba junto a sus discípulos, paseando en un parque cercano, bajo el tímido sol invernal, a la vez que les impartía clases de urbanidad y conversación inglesa, además de compostura y corrección con los transeúntes, llenándolos de máximas y consejos. Sus talentos de educadora habían conseguido hacer vibrar la sensibilidad de los niños, más que nada en los mayores, y este sistema, que a un principio hiciera sonreír incrédulamente a *madame* Lagrange, estaba dando maravillosos resultados.

Al ver que el tiempo comenzaba a desmejorar, Diana decidió emprender el regreso.

Mientras caminaban distendidos, Jean Marco, mirándola candoroso, le preguntó:

—¿*Miss*, puede un hombre trabajar y ser al mismo tiempo un *gentleman*?

—Naturalmente que sí. Trabajo no quiere decir grosería en el lenguaje, ni descuido en el porte. Y no se trabaja más ni con mayor provecho, expresándose de un modo incorrecto. Guardar la corrección en el hablar es el signo de mayor notoriedad en una buena educación. Defender el lenguaje contra las intrusiones malsonantes es probar que se guarda respeto a la patria, a las personas y a Dios mismo. Y proceder siempre con circunspecta cortesía no causa la menor molestia. Ya saben lo que es ser un *gentleman*, ¿verdad?, pero esas cualidades pueden asimismo poseerlas un campesino, un obrero cualquiera, si pone voluntad y perseverancia en adquirirlas. ¿Me comprenden?

—Sí, *miss* —respondieron al unísono.

—Muy bien. Y ahora, antes de que comience a nevar, vayámonos rápido a casa. Así podremos aún trabajar un poco antes de sentarnos a la mesa. Vamos a dedicar media hora a la música.

—¡Hurra, estupendo, *miss*! —exclamaron todos a la vez disputándose el brazo de Diana.

A esa hora el parque, iluminado por los pálidos rayos del sol, se presentaba en pintoresco caos igual a un hermoso cuadro invernal, con infinidad de colores mezclados entre sí.

En silencio terminaron de dar la vuelta al lago del parque; los pasos de la joven y el de los niños resonaban sobre las hojas secas y la tierra endurecida por las heladas matutinas. En esos momentos Diana tenía su cabeza ocupada en pensamientos contradictorios; a cada instante sentía los llamados de atención en su conciencia. No obstante, al mismo tiempo, una notoria satisfacción se entrecruzaba en su mente produciéndole hondos estremecimientos. No podía negarlo: las horas de amor vividas junto a Eduardo, en completa y delirante intimidad, abarcaban todos sus anhelos, llenándola de estremecedores recuerdos y de nuevas ansias atemperando sus miedos. Además, todo había pasado de una manera tan pura y tan natural que su conciencia casi no le recriminaba nada.

Con un hormigueo en el estómago recordó cuando él, besándola con

vehemencia en los labios, le había pedido volver a ir «al cinematógrafo» el domingo siguiente, a lo que ella no había podido negarse.

Cuando Diana y sus discípulos estaban a solo unos pocos metros de la entrada que daba acceso al jardín de la casa, la puerta se abrió de golpe y de ella salieron dos hombres, seguidos del dueño de casa.

La institutriz se detuvo en seco quedándose como petrificada.

—Quietos..., por favor, deténganse —les ordenó en voz baja, obligando a los niños a permanecer inmóviles en sus sitios.

Jean Marco y Gabriel la miraron sorprendidos. Los hombres pasaron junto a ellos sin siquiera mirarlos. Altos, y de buen porte, a pesar de la edad, ambos caballeros se cubrían con elegantes gabanes de suntuosas pieles. Rápidamente subieron a un lujoso automóvil, que esperaba junto a la acera, donde el uniformado chofer les abría la puerta. Instantes después el vehículo marchó raudo hacia el centro de la ciudad.

Diana, apoyada en Jean Marco y Gabriel apretaba, de manera inconsciente, sus manos contra los hombros de ellos mientras, con los ojos dilatados por el susto, contemplaba el automóvil que se alejaba. En un tono de voz apenas perceptible murmuró:

—Tío Norman... y el barón de Benlliure juntos aquí; entonces, ¿ya están sobre mi pista?

—¡Que pálida está usted, *miss!* —exclamó Jean Marcos.

Monsieur Lagrange llegó hasta ella y, discretamente, le tocó el brazo.

—¿*Miss*, conocía usted a esos hombres?

Diana, sentía que sus piernas no la sostenían. Con indudable conmoción, ante la pregunta de su patrón, movió negativamente la cabeza.

Casi desfallecida tuvo que apoyarse en la pared; todo daba vueltas a su alrededor. Sus ojos, excesivamente abiertos y sus labios casi blancos delataban la turbación de sus sentidos, lo que hizo que el industrial se inquietara.

—¡Anda, Sofía, corre llama a mamá! —gritó *monsieur* Lagrange, alarmado, dirigiéndose a una de sus hijas.

Diana, tras un esfuerzo por recuperarse, murmuró:

—No... no es necesario. Fue... fue un aturdimiento pasajero. Ya estoy mejor.

Quiso andar, pero las rodillas se le doblaron, y fue el muro quien la sostuvo de nuevo.

El industrial mirándola asustado la tomó del brazo.

—Diablos, *miss*, ¿de verdad está usted bien?

Gabriel y Jean Marco entraron precipitadamente a la casa, casi detrás de su hermana.

*Madame* Adela, al ver a sus hijos penetrar de aquella manera, los miró sorprendida.

—¡Madre, es la *miss*! ¡Se ha puesto mala... casi se cae al suelo! —vociferó Jean Marco con cara asustada.

—¡Sí, y dice nuestro padre que vayas rápido! —agregó Sofía con igual gesto.

—¡Jesús! ¡Que no se nos enferme ahora! —gritó la madre, a la vez que metía la mano en el bolsillo de su delantal—. Toma, Gabriel, aquí tienes cinco francos, corre a la botica a que te den algo para los desmayos.

Gabriel desapareció en dos brincos. *Madame* Adela, seguida de los demás niños y la criada, se precipitó hacia la puerta.

En aquel preciso instante entraba Diana, pálida como una muerta, sostenida por *monsieur* Lagrange. La dueña de casa alzó los brazos gritando a todo pulmón:

—¡Hija mía!, ¿pero qué te ha ocurrido? ¡Vaya contratiempo! ¡Jean Marco, recuéstala en el sofá! ¡Tú, Sofía, ve a todo escape en busca del médico, que vive al lado! ¡Dile que es urgente! ¡Y tú, Paula..., sal del medio y cuida a Eunice! ¡Marie, de prisa... trae unas toallas calientes!

—Creo que ya está un poco mejor —murmuró su esposo.

Diana movía los labios y entreabría los ojos, pero su cuerpo estaba aún inmovilizado.

Minutos después Gabriel entraba en la sala con un enérgico cordial, que le había dado el farmacéutico. Paula corrió en busca de un vaso; instantes después *madame* Adela, acercó la bebida a los labios de Diana.

—Vamos, tómeselo todo... todo.

El agradable sabor y aroma del cordial hicieron que la joven se recobrara del todo. No obstante, un hondo y quejumbroso suspiro escapó de su pecho, a la vez que dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Dios mío! Está llorando —murmuró *madame* Lagrange con voz temblorosa, girándose hacia su esposo, agregó—: Jean Marco... mírala como llora, la pobrecita...

—Sí, lo veo mujer. ¿Pero qué diablos le ha ocurrido, para trastornarla de ese modo? ¿Acaso los niños pueden haberle hecho algo...?

—No, papa, nosotros no le hicimos nada —acotó el pequeño Jean Marco—. Pero yo sí sé lo que le pasó... y os lo diré: de regreso del parque, íbamos a entrar en casa... cuando salieron esos dos elegantes caballeros. Al verlos, *miss* Weber se detuvo en el acto y, en voz baja la oí decir: «Tío Norman..., el barón de Benlliure ¿ya están sobre mi pista?» fue algo así, o muy parecido. Luego se puso pálida... y ya no pudo caminar, y tuvo que apoyarse en la pared..., y eso es todo...

*Monsieur* Lagrange, visiblemente intrigado, inclinó la cabeza, y exclamó:

—La verdad es que esto me resulta extraordinariamente increíble...

—¿Y por qué? —preguntó su mujer.

—Porque esos dos fulanos, que asustaron a *miss* Weibel no han venido pidiendo verla a ella precisamente. Y me extraña pues que los conozca

—¿Y por quien han pedido, si puede saberse? —preguntó la esposa curiosa.

—Pues, nada menos que por *míster* Johnson. Al llegar dijeron que querían hablar con él en privado. Les hice entrar en mi despacho, y viendo tan solo la cara que puso *míster* Frank, en cuanto los vio, comprendí que allí iba a ocurrir algo gordo.

Desde su postura Diana, al escuchar esas palabras se quedó como electrizada. Apoyándose con los codos, se incorporó y por largos instantes permaneció con la mirada fija en su patrón. Sus ojos parecían descentrados

—¿Ha dicho... que querían... hablar con... el inventor? Y... y ¿qué pasó... luego? —balbuceó con apenas un hilo de voz.

El industrial observándola, cada vez más extrañado, comenzó a decir:

—Que, ¿qué paso?, pues... no sé cómo decirlo. ¡Pero que sesión...! ¡Vaya carrera en pelo que les dio a esos fulanos!

—Ya déjate de humoradas y explícanos con claras palabras, ¿de que hablaban? —pidió su esposa con visible fisgoneo.

—Pues, eso es lo malo. Que no lo sé —replicó el industrial con expresión defraudada. —¿Cómo qué no lo sabes? —le rebatió su esposa ceñuda.

—Pues, no pude entender nada porque todos ellos hablaban en inglés. A un principio los dejé a solas, pero luego de un rato, al escuchar sus voces un tanto atipladas, volví a entrar... y a través de los cristales de la ventana, me quedé un rato observándolos. Lo que puedo decir es que los visitantes tenían un aire... como de canes apaleados. Al cabo de cinco minutos, *míster* Johnson abrió violentamente la puerta de salida y les gritó..., y ahí si pude entender, porque está vez habló en francés, y sus palabras fueron: «¡Fuera de aquí enseguida! ¡Y nunca más pongáis de nuevo los pies donde yo esté...!» y los dos fulanos salieron con las cabezas gachas. En el momento en que yo salía por detrás de ellos, sintiéndome muy intrigado, me giré unos instantes a mirarlo: el ingeniero estaba muy quieto con la cabeza entre las manos llorando y hablando solo; no sé lo que decía, pues también lo hacía en inglés. Pero lo escuché repetir varias veces el nombre de mujer «Sara» y luego también: «mi querida hija...» después yo me fui de...

—¡Cielo Santo! —gritó Diana—. ¿Sara? ¿Ha dicho usted... Sara? —quiso levantarse pero las fuerzas parecieron traicionarla y, de golpe, cayó pesadamente al suelo.

—¡*Mecachis!* —gruñó *monsieur* Lagrange mientras corría hacia ella.

Con sus robustos brazos levantó a la institutriz, como si esta fuera una pluma, instalándola de nuevo en el sofá. Allí comprobó que esta vez, la joven se había desvanecido del todo.

*Madame* Adela se tomó de la cabeza con ambas manos y exclamó:

—¡Ay Dios mío! ¿Qué vamos a hacer...?

—Pues... para empezar haz callar a los niños, y que salgan de aquí. Necesitamos aire, abre una ventana, y no te preocupes por el frío, solo tendremos que esperar a que llegue el médico. Ayúdame a frotarle las manos y los brazos...

Diana abrió los ojos lentamente. El patrón mirándola afectuoso le dijo:

—Gracias a Dios. Creíamos que este mal rato iba a durar hasta mañana.

La joven suspiró quejumbrosa.

—Les pido... perdón... —murmuró con apenas un hilo de voz.

—¿Perdón de qué? —repuso *madame* Adela, con una sonrisa—. En este momento lo esencial es que ya usted está mejor; ¿por qué lo está, verdad?

—Sí, estoy mejor... Solo que, me encuentro muy cansada, tengo frío y... mucho sueño.

—¡Marie, cierra ya la ventana y trae otra manta! —gritó la dueña de casa. Y, tras mirar a la *nurse* con maternal cariño, casi sin respiro añadió—: bueno, y ahora voy a prepararle una bebida caliente. Quietecita ahí, sin moverse.

—¡Madre! ¡Aquí está el médico! —gritó Gabriel mientras entraba al salón.

Madame Adela se acercó al galeno y, tomándolo de la mano, lo arrastró hasta el sofá, a la vez que, de manera atropellada, le decía:

—¡Ay, doctor! ¡venga... venga rápido! Es la institutriz inglesa, de nuestros hijos, se ha desmayado y no sabemos que tiene...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Al cabo de unos minutos Marie entró con una carta en la mano.

—Un chofer la ha traído.

—¿Hay que dar contestación ahora? —preguntó *monsieur* Lagrange, sin dejar de frotarse las manos con nerviosismo.

—¡No, *monsieur*!

—Pues bien..., entonces deja la carta sobre el piano. Luego la veré.

El medico revisaba a Diana; después de unos minutos de hablar con ella a solas, esbozando una sonrisa se acercó al matrimonio que, con visible



ansiedad, esperaba la respuesta del diagnóstico.

—La joven está perfectamente. Solo se trata de un problema emocional, el cual le ha afectado mucho... Apenas logre descansar un rato, se le pasará todo. Aquí les dejo esta píldora para que se la tome enseguida y así logrará dormir.

Cuando el facultativo se marchó, el matrimonio se miró sorprendido.

—¿Un problema emocional?, ¿qué a la postre le ha afectado mucho? Pero ¿eso qué quiere decir? Cada vez entiendo menos —repitió *madame* Adela mientras movía la cabeza pensativa.

—Sí, aquí... pasa algo raro... —reflexionó el industrial rascándose la calva.

—Eso ni lo dude, *monsieur* Lagrange —replicó su esposa con aire contrito.

Un cuarto de hora más tarde, Diana dormía profundamente. Sumamente preocupados por los extraños acontecimientos que acababan de pasar, el matrimonio salió del salón andando de puntillas, sin acordarse de que arriba del piano quedaba una carta sin abrir.

En el momento en que Ronald fuera llamado al despacho de su patrón, y se encontró cara a cara con su cuñado Norman y el barón de Benlliure, su primer impulso fue el de dar media vuelta y alejarse de allí tan rápido como pudiera. Pero *Monsieur* Lagrange, mostrándose sumamente cordial, le palmeó cálidamente la espalda y, con una sonrisa oronda, le dijo en voz baja:

—Hable con toda tranquilidad, como si estuviera en su propia casa.

Por toda respuesta Ronald miró a los recién llegados con gesto despectivo. Luego, en una acentuación áspera y firme que llegó incluso a inquietar hasta al mismo patrón, irrumpió en inglés:

—¿Qué quieren ustedes de mí, ahora? ¿Se proponen volver a robarme algo nuevamente?, ¿no? Pues vamos a ver: ¿usted, barón, me trae los planos que me robó en complicidad de su hijo? ¿Y tú, Norman, vienes a darme noticias de mi hija? Y les ruego a ambos, que me respondáis solo en mi lengua...

*Sir* Benett bajó la cabeza y, con semblante sufrido, murmuró en inglés:

—Desde que Diana huyó... he estado removiendo cielo y tierra sin resultado. Enfermo y extenuado no he vacilado en seguir personalmente

varias pistas. Me han sido presentadas, en seis meses, más de veinte muchachas cuyo físico guardaba cierto parecido con el de Diana..., y en todo ese tiempo la muerte no ha querido emplear sobre mí su guadaña. Y tampoco Dios ha querido oír mis suplicas puesto que, en vez de quitarme la vida, me ha dado nuevas fuerzas... quizás con el único fin de que sufriera más aún ante el abandono y ante la soledad en que me hallo. Tengo por compañeros de ruta... el remordimiento y la vergüenza...

—Y los míos —lo interrumpió Ronald amargamente—. Durante doce años han sido el destierro, la pena y la miseria. Como vez, tu dolor no es hermano del mío; por el contrario Norman, tu sufrimiento me deja por completo indiferente. —Volviéndose hacia el banquero, adicionó—: ¿Y usted, *monsieur* Armand, qué es lo que desea de mí? ¿También decirme lo mucho que ha sufrido?

El banquero, tras mover la cabeza con aire cansado, manifestó en perfecto inglés:

—Pues... yo he venido de decirle... que desde hace ya mucho tiempo, los planos de sus inventos están en casa de... de una amiga muy querida de mi hijo, *madame* Eloísa de Beltrajoz, que vive en la plaza del Calvario... — Mientras hablaba, el barón sentía que sus fuerzas se iban debilitando, casi hasta quitarle potencia a su voz. Con extremado esfuerzo se obligó a seguir —: yo se los devolví a mi hijo, pero este al huir de mí, los dejó allí..., en casa de su amiga. Le suplico que me crea; mi hijo no ha intervenido en el robo de los planos, ha sido justamente una víctima...

Ronald sonrió con sarcasmo.

—He aprendido a desconfiar de usted, y por lo tanto, cuanto diga no me merece el menor crédito. ¿Cómo han dado conmigo? ¿Qué nueva canallada están tramando? ¿Por qué han venido a turbar mi relativa tranquilidad? ¡Solo la reaparición de mi adorada hija podrá mitigar mi amargura! ¡Hablen claro de una buena vez! ¿Qué tienen que decirme?

*Sir* Bennett Wilson mirándolo a los ojos, susurró:

—No me dejaste terminar de hablar, iba a decirte que... al fin hemos logrado dar con una pista de Diana, bueno y también con la de Eduardo...

—Pero ¿qué pasa con... Eduardo? —preguntó Ronald intrigado.

El banquero, dando un hondo suspiro, le explicó:

—Pues, que mi hijo... luego de pasar una larga y dolorosa enfermedad, también optó por huir...

Norman, centrando de nuevo los ojos en su cuñado, siguió:

—Por eso, queríamos obtener también tus esfuerzos para que, unidos a los nuestros, logremos encontrar a tu hija. Aunque aún no se sabe dónde se esconde... sabemos el nombre bajo el cual se oculta. Y poco a poco la pista se va aclarando.

Ronald se había quedado mirándolos con pasmosa fijeza.

Un descabellado presentimiento, le produjo una sucesión de escalofríos.

—¿Y... cuál es el nombre falso que mi hija usa?

*Sir Bennett* añadió:

—Se hace llamar Helga Weber. Y lo más sorprendente es que ese era justamente, el nombre de una de nuestras doncellas que...

La expresión de su cuñado lo detuvo.

Ronald se llevó una mano a la cabeza y, tras dejar escapar un gemido, se mordió los labios. Luego comenzó a reír a carcajadas hasta que, con mirada retadora y notablemente triunfal, les preguntó:

—Y ¿no saben dónde está?

—No, Ronald, no tenemos ni idea... y no sé por qué te ríes así —gimió *sir Norman*.

—¡Pues... porque yo si lo sé! —gritó con voz quebrada—. ¡He visto sus bellos y luminosos ojos, conozco la dulzura de su voz y su sonrisa... y he tenido sus manos, en las mías...! —de pronto, al ver que su patrón se hallaba en la oficina contigua, Ronald se calló de golpe.

En ese instante *sir Bennett*, con actitud desquiciada, prorrumpió:

—¡Estás loco! ¡Lo que dices es imposible de creer! Acabas de decirnos que solo la aparición de tu hija lograría mitigar tu amargura... y ahora afirmas...

—Hasta hace un momento no lo sabía —rebató Ronald sin levantar la voz, mientras sentía que todo su cuerpo era presa de un violento temblor—. La providencia..., o acaso Dios, ha querido devolvérmela, despacio..., lentamente, para que yo me acostumbre a su dulce presencia, sin echármela con brusquedad sobre el corazón. ¡Es ella! ¡Es ella, algo dentro de mí, me lo decía!

Mirándolo convencido *sir Bennett Wilson*, en medio de un escalofrío,

suplicó:

—¿Dónde... dónde está?

—¿A ti te lo voy a decir? —rebatíó su cuñado mirándolo colérico.

—¡Quiero verla también, implorarle que me perdone! Yo la eduqué, creció en mi casa conmigo. La quiero de igual manera que tú. ¡Me pertenece tanto como a ti...!

El furor de Ronald pareció desbordarse:

—¡Te prohíbo hablar así! ¿Qué mi hija te pertenece? ¿Olvidas tu responsabilidad en la muerte de su madre? ¿Quieres ver a mi hija?, ¿para robármela de nuevo? ¡No lo intentes, o esa muerte que afirmas buscar te la darán mis manos!

El barón de Benlliure con expresión dolida habló a su vez, en perfecto inglés:

—Fue por su hija que mi Eduardo estuvo aplastado por la pena y la vergüenza, en las puertas mismas de la muerte. Sé que..., la culpa inicial fue mía..., pero yo ya pedí perdón. Y mi hijo huyó de mí, solo para dignificarse ante Diana imitándola. Pero si Eduardo llegara a enterarse de que al fin usted ha dado con ella, él seguro volverá a mí. Por favor, Ronald..., ceda al pedido de su cuñado, únase a nosotros.

Mirándolos con desprecio, Ronald expresó:

—Sí de mí depende, jamás sabrán donde esta Diana. ¿Sufren?, pues yo también sufrí mucho más que vosotros sin que tuvieran piedad de mí. ¿Por qué habría de apiadarme yo ahora? —Con enérgico gesto abrió, de par en par, la puerta del despacho, y les mostró el camino a seguir—. ¡Márchense! ¡Fuera de aquí, verdugos sin corazón! ¡Vayan a esconderse donde les permita la vergüenza! ¡Y les prohíbo volver...!

Subyugado por la actitud de su cuñado, *sir* Norman suspiró hondamente, cogió su sombrero y, tras bajar la cabeza, se encaminó hacia la puerta.

El barón lo siguió. Al pasar junto a Ronald este le imploró de nuevo:

—Por piedad...

—¡Fuera de aquí!

Cuando los dos hombres, humillados y cabizbajos, atravesaron la salida, Ronald los siguió con la mirada. Y así los vio alejarse; ambos terriblemente abatidos, seguidos también por los ojos asombrados de *monsieur* Lagrange.

Luego, presa de un súbito desfallecimiento, Ronald se dejó caer en una silla y allí lloró dejando correr las lágrimas libremente por su rostro.

El pasado desfilaba por su imaginación, traducándose exteriormente en sollozos.

—¡Sara! ¡Sara, al fin he logrado encontrar a nuestra hija adorada! Al fin, luego de tanto padecer, Dios se acuerda de mí, devolviéndome a mi Diana de la manera más impensada. ¡Oh, hija querida, tan cerca que estabas...! y el corazón me lo decía...

A pesar de su alegría, estaba inmovilizado; incapaz de ejecutar un movimiento cualquiera, ni tan siquiera dar un paso. Todo el peso de los dolorosos años que había soportado comenzaba a abatirse de golpe sobre su espalda. Trato de erguirse y de andar, pero todo intento resultó en vano. Dándose cuenta de su estado emocional, prefirió no insistir y volvió a dejarse caer en el sillón de cuero. Con los codos sobre las rodillas, y la cabeza entre las manos, quedó inerte, aplastado a la vez por la alegría, el dolor y la ansiedad.

*Monsieur* Lagrange, que aún seguía allí, temiendo molestar, muy despacio se retiró para dejar al inventor a solas con su drama.

Diana despertó en medio de una densa niebla.

Por unos minutos su memoria permaneció confusa... hasta que, poco a poco, la claridad fue ganando terreno y los recuerdos comenzaron a tomar forma...

—Tío Norman... el barón de Benlliure... —murmuró recordándolo todo.

En su mente surgió la noble figura de *míster* Frank Johnson, y un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

¿Era posible que aquel hombre, de aspecto tan digno y bondadoso, fuera su propio padre? ¿Era posible que en la persona del ingeniero Johnson se ocultara Ronald Morrison Cameron? ¡Claro que sí! ¡Era él! Y su corazón ya se lo decía.

Pero ¿y bajo qué milagro Dios había permitido que un padre y una hija perdidos en el torbellino de una inmensa ciudad como París se encontraran bajo el mismo techo? No se podía creer. La imaginación de Diana trabajaba

sin descanso.

Al levantar los ojos, la joven observó la carta que reposaba sobre el piano. Tambaleante se puso de pie y cogió el sobre; enseguida una sonrisa iluminó su pálido rostro, al tiempo que leía:

«Para *míster* Ronald Morrison Cameron: (con seudónimo de Peter Johnson o Frank Johnson) ingeniero en los talleres de Jean Marco Lagrange. París».

Por varios segundos volvió a leer la inscripción.

—Padre..., padre mío al fin, al fin... —murmuró despacio.

*M*ientras tanto, Ronald, aún conmocionado, comenzaba también a darse cuenta plenamente de todo lo que le había ocurrido.

En un principio, por espacio de casi dos horas en que el cansancio espiritual había dominado el físico, temió perder la razón. Sí, bajo la presión diabólica de los tristes recuerdos, su alma había cedido como un débil árbol ante un huracán. Y ahora, a pesar de aquel gran choque emocional, se encontraba lucido. Las lágrimas corrían por sus mejillas como un incontrolado aluvión. ¿Cómo iba a abordar a su hija..., a su hija perdida? ¿Perdida por dos veces y qué ahora por fin surgía ante él? ¿Y si ella lo tratara de impostor o simplemente lo creyera un desequilibrado mental? Y si, por otra parte ella..., le creyera en el acto..., la fuerte impresión, ¿no podría serle perjudicial para su salud?

En su cerebro se arremolinaban incontables pensamientos y suposiciones contrapuestas. Poco a poco, esas nuevas emociones desordenadas fueron desapareciendo. Con gran esfuerzo se puso de pie y se encaminó hacia su laboratorio. Una vez allí, se acercó al lavabo, dejó correr el agua fresca y lavó su febril rostro, las sienes y los enrojecidos ojos.

Después se irguió y, con ademán resuelto, exclamó:

—Diana..., mí adorada hija. Quiero verla enseguida, abrazarla, decirle cuanto la quiero.

Tras sacar fuerzas de donde ya casi no le quedaban, a pasos rápidos, salió de allí. El ingeniero bajó las escaleras y atravesó los talleres y los patios. Ni siquiera se daba cuenta del frío ni de la nieve que comenzaba a caer; tampoco percibió la tristeza del jardín desnudo y helado. En su alma ardía la llama de un júbilo ansioso, y ese resplandor interior lo hacía indiferente a

las sensaciones exteriores.

Cuando al fin llamó a la puerta de la casa de la familia Lagrange, ellos acababan de almorzar. Fue su patrón en persona quien le abrió.

—Bienvenido, *míster* Johnson. Pase por favor —saludó el industrial ceremonioso mientras observaba sorprendido a su empleado.

Sin disimular su estado de euforia, Ronald respiró muy hondo. Y la respuesta fue incoherente, casi desbordada:

—¿Dónde... dónde está? ¿Dónde se encuentra... *miss* Helga? ¿Puedo verla...?

Jean Marco Lagrange, un tanto desconcertado contestó:

—Sí..., claro. Está ahí... en el salón. Pero he de decirle que no se encuentra muy bien, ha sufrido un largo desmayo e incluso se ha negado a comer. Podría decirse que está muy extraña...

Sin escucharlo, a paso rápido, Ronald se dirigió a la puerta indicada.

En el momento en el que la figura de Ronald apareció en el umbral, Diana, quien se hallaba sentada en el sofá, con la carta aún en su mano, levantó la mirada. Al descubrir al ingeniero, permaneció muy quieta. Tras eso comenzó a agitar con violencia la cabeza y emitió un ahogado sollozo. Ronald, temblando de emoción, se acercó a ella.

Ambos permanecieron silenciosos, inmóviles... mirándose con fijeza. Después, muy despacio, los brazos de Ronald se tendieron hacia Diana, al tiempo que, con voz rota por un sollozo, le decía:

—¡Diana! ¡Hija mía!

—¡Oh, padre! ¡Padre mío, al fin...!

—¡Mi querida Diana! ¡Mi hijita querida...!

Era la voz de la sangre la que hablaba. Por un instante Ronald, ebrio de aquella alegría, casi sobrehumana sintió que se tambaleaba. Súbitamente, en un rápido movimiento volvió a mirarla. Su hija..., la hija perdida, estaba refugiada en su pecho, en un abrazo compulsivo. Allí la tenía, apretada junto a su corazón.

—¿Cómo... cómo lo has sabido? —inquirió desconcertado. Y sin esperar respuesta siguió—: Eras tú... tú eras mi hija...; yo lo presentía. Pero me



parecía imposible pensar siquiera en eso. Mi Diana querida, mi cielo... mi hijita adorada...

—¡Ay, Papá... papá querido! ¡A mí también me parecía imposible creer que... algo así pudiera pasarnos!

—Es como si las fuerzas del universo, con su infinita sabiduría, nos hubiera reunido después de tantos años para hacer posible que un padre y su hijita perdida tanto tiempo... volvieran a encontrarse de manera tan increíble y tan extraordinaria.

Lentamente, la doble tenaza que formaban los brazos de ambos se aflojó.

—Hija querida... —susurró él con los ojos abnegados de lágrimas.

—Mi padre adorado... —repitió ella sin lograr contener el llanto.

Después tomaron asiento en el diván uno junto al otro. Fue el padre quien primero comenzó a hablar:

—¡Mi nenita, por fin a mi lado! Oh, cuando llegué a Londres y Norman me reveló tu fuga, al principio creí morir de pena, pero luego..., cuando supe los móviles de tu huida, sentí alegría y orgullo. ¡Si hubieras presenciado la escena! Allí, después de leer el mensaje que le dejaste a tu tío, le eché en cara mi desprecio y le quité tu carta, la que guardo como una reliquia. Tu carta ha sido mi consuelo durante todo este tiempo. Me sentía desesperado, preguntándome dónde buscarte ¿Cómo hallarte en esta ciudad tan grande... solo, sin amigos y sin recursos? Y lo peor es que a veces incluso me cuestionaba: ¿y si hubiera viajado hacia América?

—Yo también pensaba lo mismo de ti. Pobre papá. ¡Cuanto habrás sufrido! Cuando hui, lo único que deseaba era reunir dinero para comenzar a buscarte y...

—No ha transcurrido un solo día —la interrumpió su padre llenándola de besos—, sin que yo pensara en ti.

—Papá, créeme, ni una sola noche me dormía sin orar por ti. Pero el tío Norman no me entregaba tus cartas y tu silencio me entristecía. No obstante, en los confines de mis recuerdos, guardaba la imagen de un papá cariñoso, tierno y dulce que, frecuentemente, acariciaba y besaba a su hijita...

—¡Mi Diana adorada...!

Ella le sonrió y, con los ojos abnegados de lágrimas, siguió expresándose:

—Y a pesar de que llegó el punto crítico en que tu recuerdo, por falta de elementos, se enfrió, durante años y años defendí con desesperada energía, el recuerdo que guardaba de ti dentro de mi corazón. Pero al final, la imagen de padre lentamente se fue diluyendo hasta tornarse borrosa. Fue el destino quien se encargó de poner remedio a eso; un día en nuestra vieja casita, hallé las cartas que le escribías a mamá. Estas me revelaron la dulzura de tu alma buena. La sensación fue por demás brusca, desgarradora..., puesto que a medida que iba leyendo, me sentía más y más culpable por haber dudado de ti. Ya vez, fue mamá, desde el más allá, la que abrió mis ojos a la verdad. Fue su voz la que murmuró a mi oído: «Toma, lee y así comprenderás todo...». Yo no hice más que obedecer su voz. Ella comenzó la obra de la justicia..., y un vulgar ladrón la terminó. Fue una noche en que el tío estaba de viaje, un malhechor, bueno no sé si llamarlo así..., mejor lo diré de este modo: el destino quiso que, por medio de un ladronzuelo que penetró en el gabinete de mi tío y asustó a *mistress* Lowel, al ama de llaves que, previniéndome del hecho, a la vez que me advertía que ya había dado la alerta a los criados, al penetrar al gabinete ya no encontramos a nadie. Al parecer el ladrón se había marchado con los bolsillos llenos, y al registrar los muebles fue esparciendo por el suelo todo lo que le molestaba. Y allí fue que yo, de pronto, me encontré con varias cartas a mi nombre, la mayoría sin abrir. Las recogí y... me puse a leerlas; allí comprendí todo, la infamia del hombre que dejó en la calle a mi padre, apartándome de su lado, obligándolo a emigrar al extranjero. Y entonces, mi resolución fue inmediata; no permanecería ni un momento más en aquella casa bajo su mismo techo.

Mientras lloraba silencioso, Ronald estrechaba las manos de su hija. Esta prosiguió:

—Luego, llevándome por toda fortuna los mil dólares que encontré dentro de una de tus cartas, además de unos pocos francos, hui de la mansión de Londres donde me había criado y llegué a Paris. Dos semanas después, entré a trabajar aquí como institutriz, en esta casa. Corté mi cabello, comencé a usar gafas y adopté una indumentaria sencilla y austera. Estaba segura de que nadie me hubiera reconocido nunca, pero aun así, y pese a que jamás me había visto en persona, fui reconocida por una mujer; se trata de una pintora, llamada Eloísa de Beltrajoz, quien es hoy mi mejor y más fiel amiga.

—¿Beltrajoz...? ¿Eloísa de Beltrajoz?

—Sí, papá. ¿Acaso la conoces?

—No, pero me consta que es ella quien tiene los planos que me fueron robados.

—Sí, lo sé. Pero no temas, Eloísa es de confianza.

Ronald, tras asentir con la cabeza, le preguntó:

—¿Te encuentras lo suficientemente fuerte como para ir a su casa ahora mismo conmigo? Ardo en deseos de mostrarte todo mi trabajo en el que dediqué horas y horas de mi vida con el solo propósito de brindártelo a ti.

—Sí, papá. Sí tú quieres ir allí, yo te llevaré...

—Pues vamos ya, busca tu abrigo. Yo iré a por el mío. Enseguida regreso cariño —besó a su hija en la frente y, de forma rápida, abrió la puerta y salió apresuradamente de allí.

Apenas el ingeniero desapareció, Jean Marco Lagrange, seguido de su esposa, entraron en el salón. Al ver a la institutriz poniéndose el abrigo, ambos se quedaron mirándola sorprendidos.

—Pero ¿va usted a salir ahora, con todo lo que le ha pasado? Creo que eso no es prudente, no después del tremendo desmayo que la dejó inconsciente —exclamó la esposa del industrial a la vez que miraba a Diana con las cejas enarcadas.

Diana, sonriéndole nerviosa, le explicó:

—Es preciso que salga, *madame*. Ciertos acontecimientos providenciales e imprevistos nos obligan a... mí... padre y a mí... a unas horas de libertad.

—¿Vuestro... qué? ¿Ha dicho usted... mi padre? —prorrumpió *monsieur* Lagrange atónito.

Diana comenzó a reír tal como si estuviera perdiendo la razón. Durante largos instantes ambos esposos, luego de mirarse confusos, se quedaron con los ojos fijos en ella contemplándola impactados.

—Sí. Aunque les parezca una locura lo que escuchan... él es... mi padre...— explicó Diana sin dejar de reír nerviosamente—. *Míster* Johnson es mi padre, al que..., por muchos años tuve perdido, y que ahora gracias a la ayuda de la casualidad, poniéndolos a ustedes de intermediarios, al fin nos hemos reencontrado.

—¡Por las barbas de Neptuno!, ¡esta sí que es buena! —exclamó el

industrial quedándose con medio palmo de boca abierta.

—¡Cielo santo, tengo toda la piel de gallina! ¿Será posible? —terció *madame* Adela con gesto graciosamente impresionado. Y a continuación agregó—: Entonces... ¿esa fue la causa de su desmayo?

—Sí, claro. Como imaginaran, el impacto fue tremendo. Mi padre no se llama Frank Johnson, sino Ronald Morrison Cameron. Y yo..., no me llamo Elga Weber, sino Diana Morrison Bennett...

—¿Bennett? —repitió Jean Marco perplejo—. Pero ¿de modo que el *míster* ese..., con aspecto de marques que nos visitó esta mañana, junto a ese otro barón de... no sé cuánto, es pariente suyo?

Diana asintió con la cabeza al tiempo que manifestaba:

—*Sir* Norman Bennett... es mi tío. Y el barón de Benlliure es su amigo y asociado.

A *madame* Lagrange, quien miraba a la joven con los ojos inmensamente abiertos, le fue imposible abstenerse de la pregunta:

—¿Y... ese tío suyo, es muy... rico?

—Multimillonario —respondió Diana, y con ademán pensativo, añadió—: es, probablemente, uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Y el rey Jorge, quien lo honra con su amistad, acaba de darle ahora el título de *lord*.

Los ojos de la esposa del industrial parecían próximos a salirse de las orbitas.

—¡Anda..., chúpate esa! ¿Qué te parece? ¿Y tú, su sobrina, te ves obligada a trabajar así? ¿Tan tacaño es ese *míster*? —exclamó escandalizada.

—No, al contrario. Yo hui voluntariamente de su casa —confesó Diana.

—¡Ah! Entonces..., ¿te hacia desgraciada, a causa de su carácter?

—Tampoco, mi tío me adoraba, satisfacía todos mis más costosos caprichos... y me hubiera dado el mundo, pero yo renuncie a todo... hasta al millón de libras esterlinas que tenía de dote...

*Madame* Lagrange de nuevo abrió desmesuradamente los ojos. Luego, con expresión atónita, expresó:

—¡Virgen santísima! ¿Un millón de libras... y eso cuánto dinero es en francos...?

El financiero, luego de hacer un rápido cálculo, expreso casi sin voz.

—Pues, son unos ciento cincuenta millones...

—¡Ay, madre mía! —chilló pasmada su esposa tomándose de la cabeza, a la vez que miraba a la joven con los ojos inmensamente abiertos. Enseguida, volvió a preguntar—: ¿y usted, mi querida *miss...*, lo ha abandonado todo, para trabajar con nosotros por un mísero sueldo, digo en comparación a lo que dejaba su tío? La verdad es que... no lo comprendo. Muy pocas personas hubieran hecho algo como eso.

El industrial parecía cavilar. Visiblemente perplejo miró a Diana y le pregunto:

—¿Así que *míster* Johnson..., qué no es *míster* Johnson, es *míster* Morrison? Y a la postre, es su padre, ¿por casualidad... él también es rico?

—Podría decirse que sí —repuso Diana dejando entrever en su semblante la inmensa emoción que la embargaba. Después, en medio de un hondo y quejumbroso suspiro, añadió—: pero todo esto es muy largo y complicado de contar en pocas palabras. Y como ustedes tienen todo el derecho de saber lo que ocurrió, apenas podamos, mi padre y yo les explicaremos toda nuestra historia, sin omitir nada. De eso no tengan dudas. Y ustedes nos comprenderán el engaño sobre nuestros nombres. —A través de la ventana Diana vio a Ronald aguardándola en el jardín—. ¡Ah!, mi padre ya está esperándome, voy a reunirme con él. No se preocupen, no volveré tarde. ¡Hasta luego...!

A toda prisa bajó las escaleras y un momento después, padre e hija, tomados del brazo, salieron a la calle.

Jean Marco Lagrange miró a su mujer, mientras esta, con la vista fija en el vacío, sonreía un tanto ensimismada.

—¿Y qué me dices de todo esto? ¿Parece más un cuento qué algo real, verdad?

—Sí..., es lo que yo digo; ¡vaya película! —exclamó ella mientras movía la cabeza, como una poseída.

—¡Multimillonarios! —repitió Jean Marco con expresión incrédula—. Y ya te puedes imaginar que... ni el padre ni la hija van a continuar cómo empleados en esta casa. Apenas sus asuntos se arreglen, adiós..., y si te he visto no me acuerdo.

—Bueno, pero aunque se marchen, y ya no los veamos nunca más, siempre podremos decir que hemos tenido como empleados a... ¡unos

archimillonarios de verdad! ¡Archimillonarios! ¿Se da cuenta *monsieur* Lagrange? —Al ver que él seguía como si no la hubiera escuchado, gritó—: ¡Jean Marco...!, ¿me estás escuchando?

—Sí, mujer, claro que te escucho. Pero a mí, todo esto me pone triste. Vaya, y yo que ya le tenía tanto afecto al ingeniero y a la *miss*.

—¡Toma! Y yo también los estimo, y mucho. Pero bueno, que le vamos a hacer... Al menos nos quedará el orgullo de haberlos tenido bajo nuestro mismo techo. La cara que van a poner nuestros vecinos cuando se enteren. ¡Y eso que ellos presumen porque tienen a esa *madeimoselle* de institutriz que antes cuidaba a los hijos de un marqués!

Eloísa de Beltrajoz trabajaba en su taller. La expresión de su rostro era de completa ansiedad mientras contemplaba, con evidente complacencia, las líneas iniciales de un retrato de Diana. En ese momento doncella se hizo presente.

—¿Qué pasa, Greta?

—Abajo está *madeimoselle* Diana que pide hablar con usted.

—Pues, que pase de inmediato. No entiendo porque no ha subido ya contigo —replicó la artista al tiempo que dejaba la paleta y los pinceles. Y al ver que Creta no se marchaba inquirió— Pero ¿por qué Diana se hace anunciar?

—Pues... es que ella, no viene sola. La acompaña un maduro caballero, quien precisamente me ha dado su tarjeta.

Eloísa tomó la cartulina que le tendía su criada. Con gesto estupefacto leyó:

*Ronald Morrison Cameron.*

*Ingeniero*

—¡Oh! ¡No es posible! —gritó a la vez que salía disparada.

Cuando llegó al vestíbulo, abrió la puerta y, loca de alegría, tendió los brazos al tiempo que exclamaba:

—¡Diana! ¡Diana querida!

La joven entre un emocionado llanto le dijo:

—¿Te das cuenta...?

—¡No lo puedo creer! Pero de verdad, ¿has encontrado a tu padre? ¿Cómo ha sido?

Diana, con voz quebrada por la emoción, comenzó a decir:

—Esta mañana... esta mañana; luego de descubrir a mi tío... y al barón en casa de *monsieur* Lagrange, y de saber... que ambos buscaban a *míster* Johnson... y luego de eso, al leer una carta en la que...

Al notar que la joven hablaba de manera atropellada, la pintora, poniéndole la mano en la cabeza, la interrumpió:

—Esto es maravilloso. Pero tranquilízate, ya me lo contarás todo. Entren por favor —volviéndose hacia Ronald, con alegre sonrisa, manifestó—: ¡Ah, *míster* Morrison, al fin! ¡Me parece un milagro! ¡Que feliz soy! ¡Dios ha querido reunirlos nuevamente!

Un tanto cohibido Ronald le sonrió, besando galante la mano de la artista. Minutos después Eloísa condujo al padre y a la hija al salón donde la doncella permanecía esperándolos.

—¡Greta, guarda todo lo de mi taller! —ordenó—. ¡Se acabo por hoy el trabajo! Luego nos traes algo para tomar.

La criada, tras asentir con la cabeza, obedeció.

La pintora, miró a los recién llegados con notable nerviosidad.

—¡Tomen asiento! —les pidió. Tras unos segundos de silencio, prorrumpió—: ¡Ay Dios mío! Bueno, ahora que estamos sentados y un poco más tranquilos, por favor tenéis que explicármelo todo y sin omitir ningún detalle.

Diana le tomó las manos y, con estremecida voz, comenzó a decir:

—Se trata de... un milagro. ¡Oh, Eloísa! durante todo este tiempo... mi papá y yo, hemos vivido casi bajo el mismo techo, ignorando que nuestra sangre era la misma, Unidos solamente por la dulce atracción del afecto filial.

—Pero entonces ¿él es... el inventor que trabajaba en casa de los Lagrange?

—Sí, se trataba del mismo *míster* Frank Johnson.

—¡Oh, vaya casualidad! Esto es increíble —exclamó la artista evidenciándose en su cara la sorpresa—. Es como yo siempre digo: a veces la realidad supera a la ficción.

—Ya lo creo que sí —asintió Diana mientras limpiaba las lágrimas de sus ojos—. ¿Como iba a suponer yo que *míster* Johnson era mi padre? No obstante, desde el primer día en que lo conocí, sentía por él una misteriosa sensación de cariño a la que no sabía de qué manera interpretar.



Eloísa con una sonrisa agregó:

—Sí, recuerdo las veces que, cada vez que me hablabas de él, dejabas traslucir un profundo cariño... Era el llamado de la sangre.

Ronald, con gesto afectuoso miró a la pintora y, visiblemente emocionado, le dijo:

—Diana me ha hablado de su admirable conducta para con ella. Reciba usted de mi parte el más sincero de los agradecimientos.

—*Míster Morrison*, he aprendido a querer mucho a su hija... casi como si fuera la mía. Y, en el cariño que ella me demuestra, encuentro la recompensa que cualquier madre podría esperar de un hijo. Y ahora, por favor... sigan contándomelo todo.

Uno después del otro, padre e hija comenzaron a hablar. Fue un relato tierno y emocionado.

—¡Ah! ¡Que bella coincidencia! —exclamó la pintora. Tras fijar sus ojos en Diana, agregó curiosa—: pero esa carta, cuyo sobre terminó por revelarte la presencia de tu padre, ¿qué decía... y quien la había enviado?

—Era de mi tío Norman —dijo Diana buscando en su bolsillo—, la tengo aquí. Toma, papá, está dirigida a ti. Por eso no pude evitar la tentación de abrirla.

Con manos nerviosas el ingeniero desplegó la hoja comenzando a leerla en voz alta:

París, 17 de diciembre de 1925.

Ronald:

Tanto el barón de Benlliure como yo queremos que entiendas que reconocemos nuestra culpabilidad. Estamos ya, desde hace un largo tiempo, sufriendo el castigo que merecemos. Como ya lo sabes, el abandono de Diana me ha causado un gran quebranto. Por su parte el barón también ha vivido días tremendos, de pura amargura desde que su hijo desapareció. Porque tienes que saberlo: es verdad lo que esta mañana te dijimos, Eduardo de Benlliure (por motivos idénticos a los de Diana) ha roto todo vínculo con su padre y también con su vida pasada. Lo último que sabemos es que vive pobremente solo de su honroso trabajo...

El ingeniero interrumpió la lectura para decir.

—Vaya con el muchachito, ha sido capaz de hacer algo así.

—Sí, y yo puedo atestiguarlo fehacientemente —admitió Eloísa.

Diana miró a su padre con expresión triste y añadió:

—Y yo también puedo atestiguar el comportamiento de Eduardo; lo ha hecho para no tener que vivir ya más de la fortuna paterna, cuya base es producto de la deshonra. Y así ha abandonado la vida que hasta hace poco llevaba...

Ronald suspiró hondamente. Luego inclinó la cabeza y continuó leyendo:

Hemos encontrado su pista, la cual resulta ser que está unida al de una joven con la cual se encuentra frecuentemente en casa de la pintora Eloísa de Beltrajoz. Eduardo trabaja en la casa Gounad Hermanos. Aquí tienes los datos necesarios para encontrarlo, y aclarar todo el malentendido que tienes con él. En cuanto a nosotros, si continúas negándonos el perdón., el perdón que pedimos una vez más de rodillas, estamos decididos a desaparecer. Nos hemos fijado un plazo de veinticuatro horas; si hasta mañana al mediodía no hemos recibido noticia alguna de tu parte, pondremos fin, de común acuerdo, a una existencia que ya no queremos soportar un solo día más. Con doloroso recogimiento, se despiden de ti,

Norman Wilson Bennett y Armand Leblanc de Benlliure

Un prolongado silencio se abatió sobre los tres.

Por fin, luego de permanecer meditabundo, Ronald dirigiéndose a su hija preguntó:

—¿Es verdad eso... qué sospecho? ¿Tú y Eduardo...?

Diana asintió con la cabeza. Luego mirando a su padre a los ojos, respondió:

—Sí, papá. Eduardo y yo nos amamos. Él ha sido lo mejor que me ha pasado en estos últimos tiempos.

El inventor se tomó de la cabeza. Tras un apagado suspiro, exclamó:

—Pero ¿por qué la vida me asesta este nuevo golpe?

Diana lo miró consternada.

—¿Qué quieres decir con eso, papá? —preguntó con mirada temerosa.

—Quiero decir que... le debo a ese muchacho uno de los últimos momentos más amargos de mi vida. Fue él quien robó los planos de mi motor, para dárselos a su padre.

Negando repetidas veces con la cabeza Diana prorrumpió:

—¡No, papá! No es así, acabas de leer el testimonio de su padre, de que Eduardo no es culpable. ¿Crees que él hubiera huido de la casa siendo su cómplice? ¿Le habría escrito esa terrible carta que dejó aquí, la cual Eloísa pudo leer?

—Doy fe de eso, *míster* Morrison —replicó la pintora—. Si lo desea puedo dársela a leer. Y el remordimiento del barón...

—¡Remordimiento tardío! —irrupió Ronald—. Yo no creo en él, y por consiguiente, no puedo perdonar esas infamias. Cada vez que quiero pronunciar una palabra de absolución, siento como si una mano se apoyara sobre mis labios para acallarme.

—¡Dios mío! —gimió Diana, ocultando la cara entre las manos.

La pintora, haciendo un gesto conciliador, apretó el brazo de Ronald. Con suave voz comenzó a decir:

—¿No va a permitirle a Eduardo justificarse ante usted? Eso, por lo menos, no se lo puede negar. ¿Me permite qué lo convoque aquí?

—Papá, te lo ruego...—imploró Diana.

—Está bien, acepto. Cuanto antes... me trague todo esto, será mucho mejor.

Mientras pronunciaba esas palabras se puso de pie y comenzó a caminar nerviosamente por la estancia. De pronto se detuvo ante su hija; con una sonrisa entre tímida y dolorosa le pregunto:

—¿Tanto lo quieres? ¿Es posible que lo ames a pesar de ser hijo de quien es...?

La joven sintió que enrojecía. Lentamente se puso de pie y mirándolo un tanto azorada murmuró afirmando:

—Sí, papá, amo a Eduardo con toda mi alma, lo amo desde siempre. Y suceda lo que suceda, mi amor por él no disminuirá, además sé... que es un ser digno y sincero. —Diana, sin dejar de mirar a su padre con tristeza, siguió—: conozco el alma de Eduardo, y se de lo que ha sido capaz. También he visto donde vive ahora y... —mordiéndose los labios se calló de golpe.

Al escuchar esas palabras Ronald palideció.

—¿Estuvisteis con él, a solas, en su piso de soltero? —la pregunta de su padre, dicha con tanta amargura y aflicción sobresaltó a Diana quien volvió a enrojecer.

—Tranquilo, *míster* Morrison —se apresuró a corregir Eloísa—. Ella no fue sola con él; hace... unos días Eduardo nos invitó a Diana y a mí a que conociéramos su casa.

Con gesto agradecido Diana miró a su amiga. Después, al recobrar la calma, tras un entrecortado suspiro, continuo:

—Como ya te lo ha dicho ella misma, Eloísa... también ha sido testigo de la desesperación de Eduardo. Desde el día en que conoció las deslealtades de su padre, no tuvo un instante de reposo. A pesar de su inocencia ha cargado con el peso de las faltas paternas y sufre la expiación. Por algo Eloísa un día dijo de él: «Es el ser más noble y respetuoso que habita en este mundo tan ruin».

—Y lo sigo repitiendo —aseveró la pintora.

Pensativo Ronald miraba alternativamente a ambas mujeres. Como cediendo a una egoísta idea, se acercó a su hija y, cogiéndola dulcemente por los hombros, la interpeló:

—Puesto que... así defiendes al hombre que amas y que a la postre es el hijo del hombre que tanto daño me hizo, ¿qué harías si debieras escoger entre él y yo?

Diana, con evidente desazón, exhaló un hondo suspiro. Tras varios instantes de silencio, con una expresión triste y apesadumbrada, contestó:

—Durante una docena de años has pasado por la más dura de las pruebas, y ahora, mi deber de hija consiste en procurar consolar tus amarguras, en dulcificar tus penas. Y aunque, según dicen las escrituras: «La mujer abandonará al padre, para seguir a su esposo...», yo te seguiré a ti papá —acabó de decir con voz queda, mientras contenía el llanto.

—¿De modo que, aun llevando dentro de ti el dolor y el desconsuelo, me seguirías a mí? —inquirió el padre mirándola conmovido.

—Sí, sí. No lo dudes.

Ronald se quedó pensativo unos instantes. Luego prorrumpió atormentado:

—¡Ah, Dios mío! Tener que entregar a mi hija, recién recuperada, nada menos que al hijo de mi enemigo; qué terrible encrucijada.

Eloísa, poniéndole una mano sobre el hombro, intervino:

—Por favor, *míster* Morrison, pongamos una tregua a todo esto. Una taza de té y unos ricos pastelitos harán renacer la tranquilidad a nuestros espíritus. Diana, conduce a tu padre al comedor, mientras yo telefono a Eduardo.

—Ven, papá..., sígueme.

Cuando padre e hija se alejaban, apareció Greta visiblemente alterada.

—¿Pero... qué te ocurre? —inquirió la pintora mirándola extrañada.

—¡Ay, mi señora! ¡No se lo va a creer! La situación parece sacada de una película, de esas que tanto nos gustan a usted y a mí. Tengo en el vestíbulo a... a *madeimoselle* Natacha. Y dice que desea ser recibida de inmediato por usted. No me he atrevido a decirle que usted está ocupada... con otras visitas, sin consultar primero.

En el rostro de Eloísa se marcó un gesto de verdadera sorpresa.

—¡Vaya!, ¿Natacha aquí?, ¿justo hoy?, ¿y con este tiempo tan desapacible? ¡Esto sí que no me lo esperaba! Es la providencia quien la envía —exclamó mientras una idea atravesaba su cerebro. Y discurrirlo y ejecutarlo fue todo uno—. Llévela a la salita azul y dile que me espere. —Corrió en dirección al comedor, donde ya estaban Diana y su padre, apagó la luz y, mirándolos con evidente nerviosismo, agregó—: Por favor, permanezcan en completo silencio. Ha llegado una persona con la cual tengo que hablar de inmediato. Yo dejaré la puerta abierta y ustedes... escuchen con atención todo lo que hablaremos. —Enseguida, tras fijar la mirada en Diana, le advirtió—: ella es... la antigua novia de Eduardo —sin esperar respuesta, volviéndose hacia el padre de la joven, agregó—: Por favor, *míster* Morrison es importante que usted no se pierda de una sola palabra de lo que Natacha y yo hablaremos, luego lo comprenderá todo.

Sin prestar atención a las expresiones de asombro de Diana y su padre, salió de allí entornando apenas la puerta. Ronald y su hija, luego de mirarse extrañados, se aprestaron a obedecer.

Eloísa llegó a la salita azul con una sonrisa en los labios.

—¡Caramba, Natacha, que sorpresa! ¡Pero que bella y elegante te ves!

—¡Hola, Eloísa! ¿De verdad te alegras de verme? Porque a mí sí me alegra verte; a pesar del frío, cómo ya había decidido venir, aquí estoy. Tenía muchas ganas de verte y charlar contigo...

—Por supuesto que yo también me alegro mucho. Toma asiento, enseguida ordenaré que nos traigan el té.

—No, gracias. Otro día, ahora no tengo tiempo, me están esperando. Solo pasaba a saludarte, pues... deseo que apenas puedas me pintes nuevamente en un cuadro bien grande...

—Con mucho placer. Veo que a pesar de tu opulencia actual no olvidas a las amigas.

—No, ¿cómo se te ocurre?

—¿Y qué cuentas? ¿Al parecer las cosas en tu vida están muy bien?

Natacha suspiró hondamente. Con un gesto de disimulado hastío, murmuró:

—Sí, las cosas me van de maravillas. Acabo de regresar de un largo viaje, y ahora tengo el bienestar que da el dinero, pero me aburro mucho.

Mientras hablaba se despojó de su costoso abrigo.

Llevaba puesto un moderno y elegante vestido Chanel, y en la cabeza un turbante en el que se destacaba una soberbia flecha de diamantes. En su muñeca lucía una pulsera de perlas, al igual que el valioso collar que adornaba su cuello.

Realmente estaba más bella que nunca.

—¡Caramba! ¡Posees unas joyas dignas de una emperatriz! —ponderó Eloísa admirada—. Pero ¿cómo puedes decir que te aburres? ¡Eres joven, bella..., tienes el dinero que tanto ansiabas!

Tras unos segundos de indecisión, Natacha, con emoción en la voz, murmuró:

—Es que... extraño mucho a Eduardo. Las cosas que tiene la vida, ¿no? Sí, ahora vivo en lujosos hoteles, tengo lo que quiero: una finca de verano en *Deauville*, una villa en Niza, dos automóviles y un amigo que tiene un *Rolls* que vale trescientos mil francos. Los hombres ricos y guapos me persiguen a toda hora, incluso uno que tiene un palacete en el Cairo.

—¡Válgame Dios!

—Pero realmente extraño más de lo pensado a ese... a ese tonto y

misántropo hombre. Bueno la vida tiene esas cosas. —Se mordió los labios, y tras una breve pausa, sacó de su pitillera un cigarrillo y lo encendió. Tras aspirar el humo con deleite, pidió—: Eloísa, convídame a un vaso de ese rico Jerez que tienes.

La pintora, disimulando su ansiedad, se puso de pie, llamó a Greta y le pidió dos vasos del mencionado vino. Después, tras mirar a la recién llegada, con una sonrisa agregó:

—Enseguida podremos brindar por tu regreso.

—Gracias, Eloísa, ¡anda, cuéntame algo de Eduardo! ¿Es qué no te das cuenta de qué lo estoy deseando? Apenas regresé de mi largo viaje, me atreví a ir a su casa, y el criado mirándome con sorpresa, me dijo: «El *petit seigneur* está de viaje», y ya no quiso decirme nada más. Luego hablé con el barón y, aunque no pude sacarle ni una palabra, por su cara y su aspecto comprendí que algo grave ocurre. Durante tres días he luchado conmigo misma. Me resistía a venir a verte por miedo a que me echaras. Y, esta mañana, como si una fuerza me obligara hacerlo, al fin ha cedido. Yo misma he tomado el volante del *Rolls* de mi amigo y he dejado plantado nada menos que a un grupo de importantes personas en la casa de una condesa que celebraba un cóctel. Y aquí me tienes. Vamos, contéstame, ¿dónde está Eduardo? ¿Le ocurre algo?

—¡Oh, Natacha! ¡Sí supieras! —se lamentó la pintora exagerando su expresión.

—No me hagas sufrir más. ¿Tú sabes dónde está?

—No, no sé nada de él, en realidad, nadie lo sabe... ni siquiera su propio padre.

—¡No es posible! ¡Dios mío! ¡Me gustaría tanto verlo! ¡Tengo que saber algo de él!

—Y yo también. Créeme, ignoro su paradero. Hace lo menos cinco meses que desapareció y jamás recibí noticias tuyas. Abandonó a su padre, su fortuna y su palacete, para irse a vivir simplemente de su trabajo. De ahí ya no sé más.

Natacha abrió muy grande los ojos.

—¿Pero qué dices? Eloísa, ¿me estás contando un cuento?

La pintora se levantó y, acercándose a un secreter, sacó la carta que

Eduardo le había dejado al huir. Con gesto tranquilo se la tendió a Natacha.

—Toma, lee esta es la misiva que me dejó al marcharse; ahí lo explica todo.

Cuando Natacha terminó de leer las dolorosas líneas, escritas por el que fuera su amante, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo creerlo. Cuéntame todo lo sucedido; a mí esto me resulta incomprensible.

Brevemente la artista le relató los pormenores de aquella historia, tras el robo de los planos; la grave congestión cerebral de Eduardo y su fuga en medio de su convalecencia.

Natacha escuchaba en silencio.

—¡Pobre amor mío, ahora sí que está ya definitivamente perdido para mí! Si por lo menos pudiera pedirle perdón, decirle cuanto deploro lo que hice en su contra.

Al escuchar aquella confesión, el rostro de Eloísa se iluminó; eso era lo que ella esperaba. Mientras componía un gesto dramático, entró de lleno en su papel.

—¿Tú? Pero Natacha, ¿qué puedes haber hecho tú de malo?

Bebiéndose, casi de golpe, el Jerez de su copa, Natacha, se expresó:

—¿De verdad no lo sabes? ¡Oh, Eloísa! Hice algo indigno y vergonzoso. Fui yo quien robó los planos de ese... inventor que Eduardo guardaba en su arca. Sabía que estaban allí porque... una noche se lo escuché decir en sueños. Días después Eduardo, quien como tú misma sabes en ese último tiempo se mostraba muy distraído, olvidó sus llaves en mi casa. Yo se las llevé para devolvérselas..., pero cuando llegué a su palacete me enteré de que esa mañana se había marchado de viaje... para no verme, dejándome solo una... carta. Una carta de rotura definitiva, amablemente fría..., pero definitiva incluso a ser solo su amiga. Ah, Dios, tú fuiste testigo que desde su ida a Londres, ya no fue el mismo, ¡regresó locamente enamorado de esa Diana que resultó ser la hija de ese loco inventor! Desde su regreso, el *petit* barón tenía todo el tiempo los nervios de punta. Ya no quería estar conmigo, me evitaba de una manera insultante y sus desaires me pusieron furiosa. Ese día decidí aguardar su regreso en su propia casa, me senté ante su mesa de trabajo... —Luego de sorber un trago de oporto, en medio de una risa nerviosa prosiguió—: Cuando una mujer ama, como yo amaba, mejor



dicho..., como aún amo, es celosa y es estúpida. Sabía que su amor verdadero, el que yo aspiraba, era para esa maldita inglesa, y eso me exasperaba. Busqué en sus cajones, allí encontré una vieja fotografía de ella, y una hoja de papel con su nombre escrito a mano, en la que decía «Diana, te amo. Eres el amor de mi vida, lo mejor que me ha pasado...», y un montón de cosas igual a esas..., y los celos me cegaron. Hojeando luego un carné de notas, sorprendentemente, di con la nueva combinación de su arca. Y entonces... tuve la brillante idea de pensar que si le robaba aquellos planos él no podría devolvérselos al padre de la inglesa y entonces ella lo despreciaría, así que... se los robé. Pero de manera inesperada, prevenido por un timbre de alarma al cual yo no escuché, el barón de Benlliure me sorprendió con las manos en la masa.

—No puedo creer que tú hicieras algo así —se lamentó Eloísa, siguiendo con su papel.

—¡Lo hice! ¡Lo hice! ¡Estaba loca! Pero déjame proseguir, necesito hacerlo. Los planos me los quitó el barón; pero no llamó a la policía..., sino que me prometió, y lo cumple al pie de la letra, por mi silencio, una renta de mil francos mensuales, a más de lo que me dio en adelanto. Es así como comencé a llevar este tren de vida tan holgado y elegante. Todo es gracias a eso..., pero créeme que no hubiera hecho lo que hice de haber sabido lo que ocurriría con Eduardo —se quedó callada, extrajo de su bolso un pañuelo y secó sus ojos.

En ese momento en la sala sonó un reloj.

—¡Las seis ya! —exclamó Natacha, poniéndose de pie—. ¡Mis amigos deben de estar furiosos! Me voy, Eloísa... Bueno queda convenido lo de mi retrato, dentro de unas semanas, cuando regrese de un viaje que tengo pendiente, te haré otra visita para que hablemos del precio. —La miró a los ojos y sonriendo cínicamente agregó—: ¿Sabes una cosa? En cierta forma, me voy un poco más contenta, no puedo con mi egoísmo; al menos sé que Eduardo no está con la inglesa. Tenía miedo de que a estas alturas ya estuvieran casados. Ahí te dejo mi tarjeta, espero que si sabes algo de él me lo digas; necesito verlo, estar con él aunque más no sea un instante... —Cerca ya en la puerta Natacha, mientras abrazaba a la pintora dijo—: adiós, mi querida amiga, ya vez, no soy digna de ti... eso lo sé muy bien. Ahora soy lo que se

dice... una cualquiera, y lo peor es que llevo en la conciencia el peso de una mala acción. Pero por favor, no me desprecies demasiado; te juro que en el fondo me arrepiento de todo. He sido muy desgraciada, pero lo hice por amor, y el amor a veces es egoísta...

Eloísa, palmeándole la espalda, murmuró:

—Tu arrepentimiento obra en rescate de tu falta, ve tranquila y no sufras.

—Gracias por tus palabras. ¡Hasta pronto!

Eloísa cerró la puerta muy despacio.

Al instante se escuchó el potente zumbido del *Rolls* saliendo a toda marcha. La pintora respiró hondamente; con pasos lentos se acercó al comedor y encendió la luz de la salita donde estaban Diana y su padre. El rostro de este último aparecía muy pálido y desencajado.

—¿Escucharon todo?

—Sí, y debo admitir que me siento culpable con Eduardo —confesó Ronald—. Dudé de él, puse en duda su honor. Lo insulté... ¡yo fui quien lo llevó a las puertas de la locura! Mientras mi incredulidad y mi desprecio lo hundían en la desesperación, él me gritaba la verdad, la misma verdad que acabo de oír en boca de su ex amante. Dudé y me arrepiento sinceramente del gran daño que le hice y quiero repararlo. Por favor, llame usted a Eduardo ahora mismo..., y también a su padre el barón de Benlliure —dudó un instante y luego de sacudir frenético la cabeza, en medio de un quejumbroso suspiro, añadió—: Y dígame a este último que... venga con Norman...

Eloísa, con los ojos llenos de lágrimas en un desborde emocional, le dijo:

—*Míster Morrison*, ante mis ojos es usted el más recto y el mejor de los hombres.

Al instante se dirigió al teléfono. Diana, conmovida, apoyó la cabeza en el hombro de su progenitor y murmuró:

—Gracias papá, yo sabía que actuarías así, demostrando tu grandeza de espíritu. Estoy muy orgullosa de ti. Eres la bondad personificada...

—Solo soy un pobre hombre golpeado, lleno de defectos, que lo único que quiere es ver feliz a su hijita del alma.

—Ojalá todos los hombres tuvieran tus mismos defectos —agregó ella dándole un beso—. Creo que el mundo sería un lugar más hermoso.

En uno de los escritorios de la casa «Gounod Hermanos», Eduardo trabajaba inmerso dando forma a otro de sus proyectos. A pesar de proponérselo, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Diana y de su ardiente y dulce entrega de amor. «Realmente, ardo en deseos de casarme con ella, y tenerla a mi lado... día y noche. Juro que mientras me quede un hálito de vida la haré feliz..., muy feliz».

En ese instante, la voz de un cadete interrumpió sus pensamientos.

—¡Eduardo, de parte de Gerald Lavoisier, que vaya de inmediato a la oficina del patrón! Es urgente; lo llaman por teléfono.

Tomado de sorpresa, Eduardo echó a correr en dirección a la oficina del director. Al abrir la puerta, el joven se encontró con *monsieur* Anthonie Gounod, y el gerente. Ambos lo saludaron con una sonrisa, este último fue quien le tendió el receptor.

El joven lo tomó y, acercando el tubo a su oído, exclamó.

—¿Hola? ¿Quién...? Ah, ¿qué tal, Eloísa? —al instante la mirada de Eduardo comenzó a brillar de un modo extraño.

Subidamente su rostro delató una emoción tal que Gerald Lavoisier y el jefe lo miraron alarmados. Las últimas palabras de Eduardo, antes de colgar, fueron:

—Sí, iré... iré lo más pronto posible. Por favor, esperen por mí.

Lentamente colocó el auricular en el aparato y, con los ojos muy abiertos, se dejó caer en la silla que el gerente le ofrecía. Con los codos apoyados en la mesa, escondió la cara entre las manos, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡No lo puedo creer...!

Anthonie Gounod, le tocó la espalda con la mano, y preguntó:

—Muchacho, ¿qué te ocurre? ¿Es algo grave?

—No, solo se trata de una noticia inesperada, que me ha impresionado mucho. Excúseme...

—¿Excusarte? Pero si no hay de qué; y esa noticia inesperada, ¿es para ti, desagradable o agradable?

—Muy agradable, aunque las alegrías bruscas a veces trastornan un poco. Pero en fin, ya pasó. Con permiso voy a continuar con mi trabajo.

—Nada de eso —replicó Monsieur Anthoine deteniéndolo—. Trastornado como estás ahora, no podrías hacer bien tu trabajo y solo perderías el tiempo. Creo que, en alguna parte, te aguardan con ansias ¿no? Pues ponte ya en marcha muchacho, y si tienes prisa utiliza mi coche. Pero eso sí, dile al chofer que luego regrese a por mí.

Lavoisier, en actitud discreta, tras tomar una carpeta, se retiró al tiempo que decía:

—Con permiso. Yo sí volveré a seguir con mi trabajo.

—De acuerdo, Gerald.

A solas con el jefe Eduardo, mirándolo con gesto ansioso, le dijo:

—Gracias, *monsieur* Gounod, acepto su oferta. Pero... déjeme que le explique en dos palabras de que se trata este asunto que me ha trastornado. Hace unos meses atrás fui acusado de una acción deshonrosa...

—¿Tú?, no lo puedo creer.

Mientras asentía con la cabeza, Eduardo continuó:

—El que me acusaba era el propio padre de la mujer que amo. ❖❖ Comprendes lo terrible de mi situación? Créame que en ese tiempo creí morir de pena y de vergüenza. Una muy querida amiga, casi una madre para mí me consoló infundiéndome la esperanza que necesitaba para no morir de pena. Y es precisamente esa amiga la que acaba de llamarme, para decirme que uno de los verdaderos culpables ha confesado su felonía. Mi inocencia al fin ha sido reconocida y mi propio acusador, es decir el padre de mi prometida, el cual estaba desaparecido..., ¡me está aguardando en estos momentos!, el resto de la historia, con más detalles, se lo contaré el lunes...

—Realmente, lo que acabas de relatarme, hace que mi simpatía por ti aumente aún mucho más. Pero vamos, ahora no pierdas el tiempo, corre a vestirme y márchate cuanto antes —concluyó. Y con gesto amistoso, lo

empujó hacia la puerta.

Una vez a solas, Eduardo se quitó su ropa de trabajo, cambiándola por la de calle, luego echó a correr. En el patio de la fábrica encontró al chofer de *monsieur* Gounod esperándolo.

A esa misma hora, el barón de Benlliure y *sir* Norman Bennett Wilson sentados, uno frente al otro, junto a la chimenea de mármol en la que radiaban unos gruesos leños, acabaron de tomarse una taza de té.

El silencio que reinaba en el salón era absoluto. Tanto el dueño de casa, como *sir* Norman, parecían absortos en la contemplación del fuego mientras observaban como se elevaban las caprichosas llamas en rojizas lenguas. Sus pensamientos estaban ocupados por las más sombrías reflexiones. De pronto el inglés levantó la cabeza, y musitó:

—Dicen que la esperanza es el sueño de un hombre despierto. Y creo que eso es verdad.

—Y sin la esperanza, ¿qué sería de nosotros? —replicó el barón con voz cansina.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó *sir* Norman.

—No. Y no sé si deseo saberlo.

—Pienso que... en estos momentos, Diana al fin está junto a su padre, y que el mundo debe parecerles muy pequeño para dar cabida a tanta dicha. Pienso también en que jamás, en nuestras horas de triunfos, conoceremos una alegría parecida a esa. Y, realmente... me alegra la hora presente de Ronald al que tanto odié. Lo aceptaría todo... todo, a cambio de esos minutos suyos. Aceptaría la pobreza, la miseria, el anonimato. Y puedes creerme, le daría mi fortuna a quien en estos instantes me hundiera un puñal en el corazón, porque así pondría fin a la miserable envidia que me roe...

—¡Ya basta, Norman! Me estás poniendo peor... porque, piensa que..., quizás a ti Ronald logre perdonarte. Pero en cuanto a mí, eso es otra cosa; mis angustias son distintas. No me atrevo a escribirle a mi hijo, y tiemblo cada vez que el timbre del teléfono o el de la puerta, se deja oír. Pues, como ya te expliqué: me juró que se mataría si yo daba con su paradero.

Con voz cada vez más sombría, *sir* Norman murmuró:

—¿Recuerdas nuestra común decisión? Sí mañana a mediodía no recibimos aviso alguno...

—Sí, lo recuerdo —contestó el barón presa de un escalofrío—. Pero ¿tú estás bien seguro del efecto mortal de ese veneno?

—Eso no lo dudes; el hindú, a quien se lo compré, hizo morir, ante mis narices, a un búfalo en siete minutos y sin un estremecimiento de dolor, nada. Tras la inyección se tendió en el suelo... amodorrado, mientras pasaba dulcemente de la vida a la muerte.

—¡Dios mío! Siempre pensé que en el suicidio, existía un... no sé qué de grande, y de espantoso a la vez. Pero creo que, en casos como el nuestro, es la única salida, la única solución —reflexionó el banquero, como si hablara consigo mismo.

El estridente sonido del timbre telefónico los hizo sobresaltar.

Con mano temblorosa *monsieur* Armand tomó el aparato.

—¿Sí?, diga ¿Quién... es? Sí, soy... yo mismo. El barón de Benlliure...

Del otro lado le contestaron:

—Soy Eloísa de Beltrajoz. Por favor, ¿puede usted venir a mi casa, lo antes posible y traer también a *sir* Norman Bennett Wilson si este se halla con usted? Sé que ya es muy tarde, pero aquí los esperan a ambos..., ya adivináis de qué se trata, ¿verdad?

—¡Ay, no! No me atrevo a... pensarlo siquiera.

—Entonces yo se lo diré: son Diana y su padre, el ingeniero Ronald Morrison Cameron, quienes los aguardan.

—¿De verdad? ¡Oh, gracias! ¿Y de... mi hijo no sabe nada? Bueno, mejor no me responda. Enseguida saldremos de aquí... a todo escape.

*Sir* Norman, con el semblante pálido, se hallaba ya a su lado. En sus ojos se leía una interrogación anhelante. Cuando su socio dejó el auricular, se giró hacia él y, mientras respiraba entrecortadamente, tartamudeó:

—No... lo podrás creer... tu sobrina Diana y tu... cuñado, Ronald..., nos esperan en casa de una amiga de mi hijo..., la pintora Eloísa de Beltrajoz. Al escuchar esas palabras el inglés se llevó las manos al pecho.

—¡Por Dios, y ahora...! ¿qué te pasa? —gritó el barón con nerviosismo.

—Es... la emoción, ya sabes que soy cardíaco. Déjame que me apoye en tu brazo. ¡Dios mío, gracias... gracias! Diana, mi Diana, al fin podré volver a

verla e invocar su perdón.

El barón, mirándolo compasivo, le aconsejó:

—Tal como te encuentras ahora será mejor que no hables. Reserva tus energías para más tarde. Tu perdón ha llegado y... a lo mejor el mío..., quién sabe, también esté cerca. Cuando Eduardo sepa que Diana y su padre, al fin están juntos, puede que él... — mientras hablaba el banquero se llevaba casi a rastras a su amigo hacia la puerta.

Luego de unos minutos, apenas abrochados sus elegantes abrigos, descendían la escalera. Ambos iban pálidos y temblorosos. El automóvil del barón los aguardaba afuera y, ayudados por el chofer, entraron en él.

Y mientras el motor rugía por las calles casi desiertas, los dos viejos amigos, sentados uno junto al otro, permanecían silenciosos.

En espera de los instantes decisivos que en breve iban a vivirse en casa de la pintora, Diana y su padre, seguían reunidos en el comedor. Greta les había servido el té, pero ninguno de ellos, ensimismados en sus pensamientos, lograba tragar nada.

Eran ya las siete de la tarde cuando el timbre de la puerta se dejó oír con toda intensidad. Tras unos pasos rápidos Eduardo hizo su aparición en el umbral del comedor.

Eloísa, Ronald y su hija se pusieron de pie; los cuatro se miraron en silencio. Fue el recién llegado quien, con visible conmoción, rompió el hielo al saludar:

—Buenas tardes a todos —dirigiéndose hacia Ronald, con voz quebrada, añadió—: ¿Cómo... está usted..., *míster* Morrison? Que alegría volver a verlo...

—Hola, Eduardo... —respondieron las dos mujeres.

Ronald seguía mirándolo sin contestar. Tras una ligera turbación respondió:

—Buenas tardes. Bueno, sé que estoy en deuda contigo. Fui cruel e injusto...

—Usted estaba en su derecho... —lo interrumpió el joven.

—Aun así, te pido que me perdones. Las circunstancias en que nos conocimos no fueron en verdad muy felices. Pero según dicen, nunca es tarde para enmendar errores. Voy a ir al grano: sé que amas a mi hija... y

que ella te ama a ti. Ambos son dignos y libres de amarse. Te confío, pues..., el tesoro de mi vida. Y ten en cuenta que hace tan solo unas horas que la he recobrado. Espero que la cuidaras muy bien...

Eduardo, notablemente emocionado, llegó hasta él y, estrechándole la mano con ademán rotundo, aseguró:

—La cuidaré muy bien, de eso no tenga dudas. Amo a su hija con todas las fuerzas de mi alma.

—Que ambos seáis muy felices..., y luego, cuando ya estéis unidos para siempre, espero que no se olviden de mí

Los brazos de Diana y Eduardo simultáneamente rodearon a Ronald

—Ni su hija ni yo permitiremos jamás que usted se aleje de nosotros —acotó Eduardo con gesto firme—. El padre de mi esposa tiene que vivir en nuestra misma casa.

El semblante de Ronald se iluminó en una sonrisa.

Diana, abrazándolo emocionada, agregó:

—Sí, tú estarás siempre con nosotros... siempre.

—Y si la vida nos bendice —agregó Eduardo—, con unos hijos, usted estará ahí para ayudarnos a educarlos. Así podremos consolarlo, en parte, de todas las penas que sufrió... a causa de...

Ronald, con un ademán de su brazo, lo interrumpió:

—Por favor, te ruego..., ya no recuerdes nada del pasado. Desde este instante, el ayer quedará sepultado para siempre...

Con sus manos acercó las cabezas de los dos jóvenes, y allí, bajo la mirada de su padre, Diana le ofreció los labios al hombre que amaba desde niña. Eloísa, visiblemente emocionada, desde un rincón, observó la escena.

En ese momento sonó de nuevo el timbre de la puerta.

—¡Son ellos! —exclamó la pintora.

—¿Ellos... quiénes...? —preguntó Eduardo con curiosidad.

La dueña de casa, luego de unos segundos de silencio en los que pareció premeditar alguna travesura, se echó a reír y, un tanto nerviosa, exclamó:

—¡Ay! ¡lo siento!, pero no puedo dejar pasar una ocasión como esta. Sí me lo permitís seguiré con mis intrigas, pero vosotros tendréis que secundarme. Diana, *míster* Morrison..., vengan conmigo a la salita. Eduardo, tú, no preguntes nada, solo quédate aquí y, por favor, guarda silencio —acabó de



dar indicaciones con excitados gestos.

Seguido a eso, mientras esbozaba una sonrisa de niña traviesa, ante la mirada atónita de su joven amigo, apagó las luces del comedor. Padre e hija la siguieron luego hacia la salita.

Unos instantes después apareció Greta acompañada de *sir* Bennett Wilson y el barón.

Los recién llegados, quitándose los copos de nieve de sus gabanes, con expresión conmocionada, y sin atinar a nada, miraron al grupo formado por Eloísa, Ronald y Diana.

Los segundos comenzaron a pasar plenos de una gran tensión.

Al fin Norman, tras sacudir la cabeza, con innegable pesadumbre, prorrumpió:

—¡Diana! ¡Hija mía..., al fin! Gracias por recibirme... —Miró a su cuñado, quien permanecía en hosco silencio, y añadió—: Gracias también a ti..., Ronald. Gracias por permitirme esta gran alegría, ahora puedo ya morir en paz... —Su voz ronca y entrecortada delataba la gran emoción que lo embargaba.

Diana, con los ojos llenos de lágrimas, se mordió los labios. Eloísa la tomó de la mano y la llevó hasta su tío. Cuando estuvieron frente a frente, *sir* Bennett contempló a su sobrina con innegable ansiedad.

—Dime que... que me perdonas. Dime que perdonas mi egoísmo y mi maldad... —repitió Norman mirándola esperanzado.

—Sí, tío, te perdono —murmuró ella bajito al tiempo que lo abrazaba.

Por su parte, *monsieur* Armand, dirigiéndose a Ronald, le dijo:

—Con sincera alegría veo que..., por fin, su hija está ya a su lado...

—Así es...—contestó el ingeniero con cierta hostilidad—, y ahora quiero ponerla al abrigo de la miseria, así que ambos tendrán que rendirme cuentas. Me hace falta una fortuna para mi hija... una gran fortuna que, hace tiempo, me fue robada.

—Estamos a su disposición; *madame* Beltrajoz tiene sus planos que yo le dejé, apenas mi hijo cayó gravemente enfermo —contestó el barón con gesto humilde. Tras tomar aliento miró a Ronald a los ojos y adicionó—: aunque quizás sea tarde, yo también vuelvo a suplicarle que me perdone.

—Por favor, ya no me pidan más perdón —saltó Ronald con gesto serio a la

vez que levantaba el brazo en alto—. Maldades como las vuestras es muy difícil perdonarlas de un día para el otro. Creo que primero tendréis que perdonaros vosotros mismos. —Marcó una breve pausa y, luego de volver a centrar la mirada en el barón, agregó—: como acabo de decirle, deseo que mi hija pueda gozar de la fortuna que su padre pudo crear para ella y su madre, hace ya muchos años...

Norman, mirándolo con aprensión, apeló:

—Lo que tú digas, Ronald..., cuenta con toda nuestra ayuda.

El ingeniero asintió con la cabeza y expresó:

—Por hoy eso me basta... *Madame* Beltrajoz me entregará los planos robados por usted barón..., con la complicidad de su hijo. Como ya lo ve, todo se paga en este mundo, y el que sabe esperar no pierde nunca. De modo que yo, el débil, el pobre... he podido vencer al padre y... al hijo, que es como decir, al lobo y al lobezno. Y para peor, este último intenta ahora contraer enlace con mi Diana... alegando estar enamorado de ella.

Estupefactas ante aquellas palabras, Eloísa y Diana fijaron sus ojos en Ronald, mientras esté les hacía un significativo gesto de complicidad.

El barón, con expresión desencajada, comenzó a decir:

—Por favor..., no siga acusando usted a mi hijo. Ya le dije que él es inocente de todo el daño que yo le provoqué a usted. ¡Es inocente... inocente! Entiéndalo de una buena vez. Mi hijo me odia... y por eso me ha abandonado...

Tal como si intentara montar una escena, a la vez que era secundado por la pintora, Ronald, con el rostro adusto, exclamó:

—Esto es solo una comedia y más embustes.

*Monsieur* Armand, desesperado, se irguió ante Ronald y, con voz quebrada, le gritó:

—Pero ¿qué tengo que hacer para qué me crea? ¡Mi hijo es inocente! La confesión de mis graves faltas las he hecho ya..., en esta misma casa, delante de Eduardo, que aún permanecía en su lecho de enfermo, y también delante de *madame* Beltrajoz aquí presente. Mi hijo tiene las manos limpias... ¡no fue él quien robó sus planos... fui yo! ¡Solo yo!

—¿Y cómo sé qué todo eso... es verdad? —replicó Ronald.

Por toda respuesta el barón, con manos temblorosas, sacó de su cartera

dos hojas de papel arrugado y, extendiéndoselos a Ronald, agregó:

—Tome y lea.

Ronald los tomó y, poniéndose las gafas comenzó a leer. Era la carta escrita por Eduardo, y el certificado de la confesión del robo firmado por Natacha.

Cuando el ingeniero terminó la lectura, con un movimiento de cabeza se quedó muy quieto.

*Sir Bennett Wilson*, que permanecía callado, lo interrumpió.

—Ronald, ¿no dices nada? Por favor, no te muestres tan inconmovible con Armand; ten compasión. Castígame solo a mí, puesto que prácticamente soy el gran culpable de toda tu desdicha. Pequé por envidia, por orgullo..., por odio; hace doce años atrás... yo obligué al barón a someterse a mi voluntad, amenazándolo con la ruina y el deshonor. En ese entonces lo tenía en mis manos. En vano él trató de despertar en mi helado corazón la piedad hacia ti. Esto te lo juro por mi hermana muerta, que digo la verdad, la abominable verdad. —Miró a su socio y sosteniéndole la mirada añadió—. ¿Es... o no es esa la verdad?

*Monsieur Armand* asintió con la cabeza y exclamó:

—Pero aun así, el recuerdo de ese pasado hace que me desprecie mucho más a mí mismo. Tú fuiste malo..., pero yo fui, a más de malo..., cobarde...

*Sir Bennett*, con ademán mortificado, lo interrumpió:

—No, quizás solo fuiste sensato —murmuro Norman. Elevó la mirada hacia Ronald, y continuó—: Por odio contra ti..., yo habría hundido al barón en la miseria. Pero su débil sensatez la ha pagado muy cara: primero con la trágica muerte de su esposa y luego con la huida y el desprecio de su único hijo. ¡Ya no tiene a su lado a ninguno de los dos seres por quienes se resignó a aceptar tamaña aberración! ¡La que yo le impuse! —Estableció una pausa, tomó aliento, y añadió—: en cuanto a mí..., he pagado, por medio del más horrible y torturador de los remordimientos de estos últimos tiempos. Jamás conocí la dicha... Solo un rayo de sol iluminó mi vida: la sonrisa de Diana. Puse a la Gran Bretaña a sus pies, pero ella desdeñó todo..., el oro, la nobleza, la gloria y el poder. Me echó a la cara mi infamia, pero con eso... mi cariño por ella aumentó más todavía. Y lo que me duele es saber que nunca hubo en su corazón verdadero amor filial para mí... —Con el revés de la

mano secó sus ojos, cogió su sombrero y, tras mirar a su cuñado, agregó—: me voy, os dejaré solos; pero antes te pido que seas indulgente con el barón y con su hijo. Yo desapareceré sin ruido. Ninguno de vosotros volverá a oír hablar de mí, lo juro. Adiós Diana, adiós a todos...

La joven, separándose de Eloísa, corrió hacia su tío.

—¡No! Por favor..., no te vayas. No te vayas así. Yo ya te perdoné, sé que has sufrido mucho con tus remordimientos. Tío, yo también te quiero... A pesar de todo, tú me educaste, me protegiste e incluso sé que, a tu modo, me has amado.

Norman la tomó por los hombros y la besó en la frente. En aquel gesto, Diana notó la terrible pena que atenazaba al gran *sir* Norman Bennett Wilson.

—¡Oh, Diana!, nunca sabrás de qué modo te quise. Tú eres la hija que no tuve...

La joven devolvió el beso de su tío y luego, girándose hacia su padre, le pidió:

—Papá, por el amor que me tienes, no seas tan implacable. Perdónalo..., te lo pido como un gran favor, de rodillas, si es preciso.

En el rostro de Ronald, hasta ese momento frío y rígido, se marcó una triste sonrisa.

—Bueno..., esto era lo que yo esperaba iba a suceder. Tenía la sensación de que tú, mi querida hija, habías de provocar el perdón a tu tío. Pero... no puedo mentirles, creo que aún no estoy preparado para olvidar todo el daño que me hicieron. Fueron muchos años de dolor; no obstante, procuraré hacerlo. Sí, procuraré ir olvidándome del pasado y mirar con optimismo y alegría el presente. —Miró a su hija a los ojos y, con sonrisa dulce, añadió—: bueno... ahora, ya no te demores más, anda... ve a buscar a tu prometido, y devuélvele el hijo al padre, como prueba del... comienzo de mi perdón...

Diana esbozó una sonrisa y rápida se encaminó hacia la puerta. En ese instante, con los ojos húmedos de llanto, la figura de Eduardo surgió en el umbral.

—Ven... ven. Acércate... —le dijo ella tomándole la mano.

Al ver allí a su hijo, el barón se quedó boquiabierto e inmóvil, como clavado en el suelo. Después, dominado por la emoción, con una mano sobre

el pecho, logró balbucear:

—Eduardo, ¡estabas aquí... escuchándolo todo! Hijo, perdóname, por favor.

—Ya te he perdonado padre...

Durante largos instantes el barón permaneció abrazado a su hijo. Seguido a eso, la voz de Eduardo sonó llena de emoción al dirigirse a Ronald:

—Entonces, ¿ha podido perdonar a todos, incluso a su cuñado?

Por un momento en la faz del ingeniero se marcó el endurecimiento de sus mandíbulas. Luego, dándole a su expresión un ligero matiz de paz, respondió:

—Realmente no sé si el arrepentimiento de Norman es sincero, pero ya no quiero pensar en el pasado..., sino en el presente, y el futuro. —Con seria expresión miró al barón y a su socio, y agregó—: ambos os habéis humillado dispuestos a expiar vuestras faltas. —Marcó una nueva pausa en la que permaneció unos instantes, con los ojos fijos en Eduardo y, tras respirar hondamente, continuó—: Tengo que confesarte que, en estos momentos, hay dentro de mí demasiado júbilo y demasiado amor... en el que ya no caben el odio, ni la venganza. —Sin agregar nada más, se dirigió hacia la pintora y, con sonrisa cariñosa, añadió—: en cuanto a usted..., amiga fiel de nuestros hijos, en los días buenos y sobre todo, en los malos, no hace falta repetirle que es usted una gran mujer y que ya es socia de nuestra felicidad, de modo que, si la quiere compartir, yo seré muy dichoso.

Eloísa, conteniendo el llanto, murmuró:

—Sí..., claro que sí. ¡Oh! Creo que voy a... echarme a llorar.

Diana, emocionada, expresó:

—Ay, querida Eloísa, llora... llora cuanto quieras, y yo lloraré contigo. Es hermoso llorar de dicha, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí...

## EPÍLOGO

Aquel día de abril de 1926, en la ciudad de Londres, todo estaba listo para la boda de Eduardo y Diana. Era en verdad una bonita tarde de primavera y el sol, radiando en lo alto, dejaba caer sus oblicuos rayos sobre la antigua abadía de Richmond, completamente adornada de flores, la misma donde, muchos años antes, se habían unido en matrimonio Sara Bennett Wilson y Ronald Morrison Cameron.

Eduardo, que lucía un negro esmoquin de irreprochable corte, permanecía de pie frente al altar donde esperaba impaciente la entrada de su futura esposa. Por fin había llegado el día tan ansiado para ellos, el día de la consagración final.

Entre la gran cantidad de gente, allí reunida, se hallaban *monsieur* Jean Marco Lagrange y su esposa Adela, muy engalanados y felices aunque, ante tanta elegancia y distinción de hombres y mujeres que lucían rutilantes y costosos broches, sortijas, pendientes, collares y brazaletes, cuajados de piedras preciosas, ambos permanecían un tanto cohibidos mirándolo todo con ojos alucinados.

Acercándose a su esposo, *madame* Adela murmuró:

—No puedo creer que... estemos aquí, en medio de la realeza..., casi frente al mismísimo heredero al trono de las Britanias, el cual, con tanta cordialidad, nos ha dado la mano. ¡Ay, cuando se enteren nuestros vecinos, la cara que van a poner! ¡Bueno... seguro que no se lo creerán!

—Claro que lo creerán. Lo verán en los periódicos, y seguro, con lo celosos que son, se morirán de envidia —susurró el industrial, riendo con estudiada flema británica.

—¡Oh! Daría cualquier cosa para que todos ellos pudieran verme

enfundada en este vestido tan elegantón, un modelo exclusivo de esa *madame* Chanel, de la que tanto se habla.

—Y yo, ya ves..., tendré que comprarme otro esmoquin, o quizás dos más, porque, tal como nos comunicó *sir* Bennett Wilson, tendremos que hacer aún varios viajes más a Inglaterra. Además, según lo que nos anunció el joven Eduardo, luego de esta boda, vendrá la del ingeniero... con esa pintora, que se celebrará también en Londres. Y aquí, en Inglaterra, al parecer, el que no tiene esmoquin no es elegante... ni tampoco lo invitan a cenar, ni a ninguna fiesta.

—Sí, tendrás que comprarte varios de esos trajes... y yo también renovaré mi vestuario, y me llenaré de joyas. ¡Oh!, ¿y has visto el cuarto tan grande, y tan elegante, que nos han dado para usar mientras permanezcamos aquí? ¡Madre mía! ¿Y la mansión donde se crio nuestra institutriz? ¡Ay, no se puede creer!, y la pobrecita trabajando como una vulgar asalariada.

—¡Sí, vaya palacio! Y además, nos han puesto coche con chofer... y hasta lacayos a nuestra disposición.

—¿Se da cuenta, *monsieur* Lagrange? Si no hubiera sido por mí, que le insistí en contratar a ese ingeniero y también en tener una institutriz inglesa... Cuando yo digo que las mujeres tenemos diez sentidos más que los hombres...

—Bueno, estoy a punto de darte la razón. Y fíjate, ahora todos vamos a ser... socios: *monsieur* Gounad, Ronald, Macé y yo formaremos una sociedad. Y juntos lanzaremos al mundo el nuevo motor de *míster* Morrison, el *electric-boy* y otros inventos que ese genio inglés aún tiene en su cartera. ¡Caramba, tampoco me lo puedo creer! ¡Y sí, todo ha sido gracias a ti!

—Es bueno que lo reconozcas, cabeza dura.

—Lo reconozco..., lo reconozco. Ya sabía que casándome contigo siempre sería feliz. —¿De verdad lo dices? ¡Ah!, a pesar de lo nerviosa que me siento de estar en medio de tanta gente distinguida, soy muy feliz. Y la *miss*... nos ha contratado ya a una auténtica institutriz, escogida por ella misma, la cual según me ha dicho educará a nuestros hijos y a nosotros mismos, como si todos estuviéramos metidos dentro de una escuela de protocolo...

—¡Ah! Y yo tengo que aprenderme el inglés... como sea.

—Vaya, y si usted lo aprende, *monsieur* Lagrange, pues yo también lo haré,



faltaba más. Por nada del mundo pienso desentonar entre toda esta gente...

En ese momento, el industrial, mientras se ponía el dedo en los labios, murmuró:

—Shhh, silencio, ya se acerca la novia.

Diana, radiante de sencilla hermosura, hizo su triunfal entrada del brazo de su padre.

Por todo aquel espacioso recinto se escuchó un sordo murmullo, pleno de admiración y contenida alegría, que pareció elevarse hacia el alto y abovedado techo de la antigua Abadía como el zumbido de una colmena.

Ronald, vestido con exquisita elegancia, sonreía orgulloso.

Apenas Eduardo vio a Diana avanzar hacia él, entre tules y brocados, envolviéndole en una mirada de honda ternura, caminó a su encuentro.

El ingeniero, visiblemente conmovido, entregó su hija al nervioso novio. Y así, juntos, se dirigieron hacia el altar en lo que representó una emotiva y tierna escena.

En el momento del cambio de anillos, Eduardo clavó sus ojos en los de Diana y, luego de decir las palabras consabidas, la miró con estremecida vehemencia a la vez que, con los ojos, parecía decirle: «Ya eres mía... solo mía. Y yo soy tuyo, para toda la eternidad». Un poco más atrás, el barón de Benlliure y su socio *sir* Bennett con disimulo trataban de ocultar las indiscretas lágrimas que, insistentemente, asomaban a sus ojos. Cerca de ellos, Eloísa de Beltrajoz, en ese momento transformada en la prometida de Ronald Morrison Cameron, enjuagaba también su emocionado llanto mientras sonreía dichosa. El banquete de la boda se celebró en casa de *sir* Norman con infinidad de invitados de todas las clases sociales, ingleses y franceses. Entre estos últimos, además del matrimonio Lagrange, estaban Louis Macé y Anthoine Gounod junto a sus esposas, y también el jefe de personal Gerard Lavosier. Y, como invitadas especiales de la novia, sus tres amigas de la infancia, las hermanas Andrews, que habían arribado desde los Estados Unidos para estar presentes en la boda de su amiga de la infancia. Y junto con ellas, la reportera Maggi Preston, y *madeimoselle* Lorena, la dueña de la pensión donde Diana, apenas escapada de su hogar en Inglaterra, había encontrado un cálido y seguro refugio, y la desinteresada ayuda de esas dos mujeres a las que nunca había olvidado.

Eduardo y Diana llegaron a la isla de Mallorca cansados, pero felices. Allí iban a permanecer un mes entero mimándose y dando paseos entre palmeras a la vez que gozaban de aquel delicioso clima y buen aire.

Se alojaron en un hotel en la ciudad de Palma, donde ya tenían hechas las reservas, alejados del bullicio, rodeados del mar Mediterráneo.

Como Ronald le había dicho a su hija lo mucho que su madre deseaba conocer la residencia en la que Federico Chopin y su amante, Aurora Dupin, habían pasado un corto tiempo, en los planes de Diana y Eduardo estaban la visita a la Cartuja de Valldemosa, donde el célebre pianista había compuesto una de sus últimas obras: *Un invierno en Mallorca*.

Al llegar a la puerta del cuarto del hotel, siguiendo a los empleados que llevaban sus maletas, Eduardo se detuvo y abrazó a Diana; tras eso, con voz entrecortada por la emoción, exclamó:

—*Madame* Leblanc, al fin estaremos solos, en medio del paraíso. Y piense que recién ahora... comienza nuestra futura vida juntos. Creo que... no debemos perder un solo instante. Nos amaremos hasta... que ya no podamos más, ¿verdad que sí? ¡Dios mío! ¿Te das cuenta del tiempo que hace desde la última vez que estuvimos a solas...?

Diana, sonrojada, bajó los ojos. Cerca de ellos se hallaban el conserje y tres camareros, los que ante las palabras del ansioso recién casado sonrieron indulgentes.

En silencio ella se apretó contra Eduardo mientras este, sin importarle nada, pletórico de felicidad la levantó en brazos. En medio de un impetuoso arrebato buscó ansioso los labios de Diana besándola con delirante pasión.

¡Estaban casados, unidos para siempre! Ya nadie ni nada se interpondría entre ellos. Ambos podrían amarse en libertad durante todos los días de sus vidas.

Cuando al fin estuvieron dentro del cuarto, Eduardo muy suavemente dejó a su esposa sobre la cama. Mirándola arrobado, musitó:

—Te quiero..., te quiero.

Por fin, la mujer de su vida, la única por la que tanto había penado, le pertenecía de la misma manera en que él le pertenecía a ella.

—Yo también te quiero —susurró Diana.

—Dímelo otra vez. Muchas veces...

—Te quiero..., te quiero. Te adoro..., te amo... —repitió ella enroscándole los brazos al cuello.

—Pero no más que yo a ti; no más que yo... eso te lo aseguro. ¿Sabes...? tengo miedo de cansarte con mi vehemencia, pero por más que lo intento no puedo contener mi arrebatada impetuosidad.

—No creo que yo alguna vez puedas llegar a cansarme... de eso —replicó ella agitada, a la vez que le sonreía seductora.

—Entonces... déjame quererte tal como lo deseo desde hace tanto tiempo — le susurró él con gesto impetuoso, vibrándole la voz—. Déjame amarte de manera lenta y fogosa, con ansias y sin prisas..., sin miedos y sin temores...

Diana, estremecida de pasión inclinó la cabeza y lo rodeó con sus brazos a la vez que lo besaba con ansias... dándole con esas caricias todo lo que ella tenía para dar.

Al final de aquel largo y satisfactorio beso, Eduardo abandonó la boca de Diana para recorrer la curva de su garganta decidido a calentar más la sangre que palpitaba justo bajo la piel de nácar de ella. Con desbordante frenesí volvió a besarla en los labios, como solo él sabía hacerlo, mientras sus febriles manos recorrieran todo su cuerpo mientras, con movimientos un tanto atropellados, le quitaba la ropa.

Diana, sintiéndose ardiente y desinhibida, arqueó su espalda para que él pudiera desabrochar su falda.

Apenas Eduardo la tuvo desnuda, fue besándola por todas partes en medio de una retahíla de ardientes palabras a la vez que continuaba descendiendo hasta llegar al templo de su femineidad, donde comenzó a besar y lamer sintiéndola estremecerse de placer.

Luego volvió a subir dejándole por todas partes otra larga estela de candentes besos.

Seguido a eso Eduardo, con la palma de la mano, abarcó la plenitud de uno de los senos de ella..., y allí su boca impaciente buscó hasta encontrar el capullo erecto del pezón y comenzó a jugarlo succionándolo con excitante habilidad.

Sumida entre las ansias de su desenfrenada pasión, la respiración de Diana se fracturó en un sensual gemido devolviéndole las caricias con ansias, dándose cuenta de que en aquellos momentos ya no podía pensar en nada. Y

así, transportada a otra dimensión, comenzó a moverse con ritmo frenético, sacudida entre convulsos espasmos en la búsqueda del estremecedor clímax.

Rato después, en medio de hondos gemidos que delataban la saciedad y el goce que habían experimentado, ambos se quedaron fuertemente abrazados.

Aún debieron pasar algunos minutos antes de que tuvieran deseos de hablar.

—Eres... la mujer perfecta, la amante perfecta, ¿quién dijo que las inglesas son frías? —susurró él mirándola estremecido, al tiempo que le besaba la nuca.

—Oh, Eduardo, ¿de verdad represento todo eso para ti..., eso que dices?

—Eso... y mucho más. Estás hecha a mi medida, mejor dicho... ambos estamos hechos el uno para el otro.

—¿Siempre me querrás? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Desde hace mucho... mucho tiempo, eres la única mujer que existe en el mundo para mí. Quiero envejecer a tu lado, te amo. Oh, te amo, te amo tanto. —Y en cada afirmación la estrechaba con más fuerzas.

Ella rio estremecida de dicha: eso era justamente lo que deseaba oír.

—Quiero que siempre me lo repitas... —le susurró.

—Siempre te lo repetiré..., y quiero que tú también lo hagas —pidió Eduardo, pasándole la mano por la cintura y atrayéndola hacia él.

—Te amo ¡Te amo! —gritó echándose a reír, a la vez que se acurrucaba en su pecho—. Soy muy feliz a tu lado; me gusta cuando abrazas así...

Eduardo la tomó del mentón y levantó su cara hacia la suya.

—Y cuando te hago el amor, ¿te gusta? —inquirió mirándola a los ojos.

—Sí, mucho. Y ya ves, ahora ni siquiera me sonrojo al decirlo. Me gusta sentirte dentro mío... porque en esos momentos soy otra mujer... una mujer desinhibida y sensual. —Luego de una corta pausa, mirándolo con los ojos cuajados de lágrimas, prosiguió—: ¡Oh, soy tan dichosa! Encontré a mi padre y te encontré a ti...

—Y lo más sorprendente —añadió Eduardo sonriéndole feliz—, es saber que Ronald y Eloísa están enamorados..., que pronto van a casarse y que vivirán en Francia, muy cerca de nosotros.

—Sí, todo es maravilloso; ella será como nuestra madre, ¿qué más podemos pedirle a la vida? Estoy tan contenta de pensar que mi padre aún tendrá

tiempo de ser feliz. Y que incluso ha logrado perdonar a los que tanto daño le causaron. Bueno, tenemos que aceptar que mi tío Norman y tu padre están verdaderamente arrepentidos de sus malas acciones. Y para demostrarlo donarán una buena parte de su dinero a obras de beneficencia.

—Yo también perdoné a mi padre —murmuró Eduardo a la vez que exhalaba un suspiro.

—Ese era tu deber de hijo; el perdón redime, glorifica a las personas...

—Tienes razón —asintió él. Con aire pensativo, adicionó—: dicen que el perdón es un acto divino. Pero a veces hace falta mucha grandeza de alma para perdonar de la manera en que lo hizo tu padre. —Volviéndola a tomar entre sus brazos, le besó los labios. Luego, tras un hondo suspiro, agregó bajito—: por favor... ahora, centrémonos solo en nosotros. Estamos en nuestra luna de miel y tenemos que aprovechar cada momento para amarnos antes de volver a la vida real...

—Sí, es verdad... —susurró Diana estremecida de placer.

—Tengo tantas ansias de ti, siento que soy como un volcán en erupción —repitió él sobre sus labios al tiempo que sus manos seguían acariciándole las zonas más sensibles, hasta provocar en ella una sucesión de nuevos e involuntarios estremecimientos.

Con voz entrecortada por la pasión, Eduardo añadió:

—*Madame* Leblanc, la quiero tanto... y la deseo tanto que siento que mi amor... y mi pasión por usted nunca van a agotarse.

—Espero que eso sea verdad. Yo... también siento lo mismo. Y no quiero que tu pasión, ni tu amor por mí... lleguen a agotarse nunca... nunca... —susurró devolviendo el beso con dulce vehemencia.

El ardoroso deseo de Eduardo encontró un rápido anclaje en las impetuosas ansias de su joven esposa.

## ACLARACIÓN DE LA AUTORA

A pesar de que esta novela ha sido reescrita y arreglada por mí en casi su totalidad, debo aclarar que en su origen fue una obra de mi progenitor. Este, según la fecha que encontré en una de sus hojas, comenzó a escribirla entre 1939 y 1941, apenas finalizada la Guerra Civil Española, en la ciudad de Barcelona, tras un viaje que realizó por Inglaterra y por Francia, del que tuvo que regresar a causa del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Años después, en 1952, mis padres y yo llegamos al puerto de Buenos Aires y de allí al interior, donde residimos —casi de inmediato— en la provincia de Santiago del Estero. En ese tiempo, mi padre, debido a sus arduas ocupaciones, pero quizás también por otros motivos que jamás descubrí, abandonó la escritura.

En 1983, casi dos *años después de su* muerte, al poner en orden un armario, encontré una caja en la que yo sabía que se hallaban (guardadas y ordenadas) todas las cosas de mi padre: papeles, antiguas cartas, fotografías y, entre todo eso, el manuscrito de su novela.

Su título original era: *Batalla de Rapaces...* y no tenía fin, pero al ojearla comprendí que estaba casi en la finalización de la misma. Sin pérdida de tiempo me puse a investigarla minuciosamente. El argumento, así como la narración (a pesar de que estaba escrita en una lengua añosa, usando términos, conceptos y palabras muy pasadas de moda), me agradó mucho y *me dejó* al mismo tiempo sorprendida: jamás hubiera creído a mi padre inspirado, y menos que nada, decidido de escribir una novela de este género (un drama romántico), puesto que sus relatos y cuentos favoritos siempre habían sido los bélicos, principalmente los que hablaban de piratas, bandoleros, antiguas batallas y heroicas epopeyas. La historia de esta

novela, aunque muy interesante, resultaba demasiado lacrimógena, aséptica y moralista, y carecía por completo de escenas de amor y erotismo.

Después de penetrar en el argumento varias veces lo guardé todo. Pasarían muchos años hasta que volviera a leerla y me decidiera a rescribirla.

En 1993, alentada por los propios cuentos y leyendas que mis progenitores siempre me habían relatado, yo también me encontraba inmersa en la creación de una novela histórica-romántica que por años había estado dándome vueltas en la cabeza.

A finales de 1997, terminada la primera parte de mis propios manuscritos, comencé a pensar en arreglar la novela de mi padre que permanecía durmiendo su siesta de décadas. Y así, una mañana de invierno, puse manos a la obra.

Además de buscarle un final, en 1998 la pasé a la computadora y la dejé allí hasta que llegara el momento de que al fin pudiera ver la luz.

En el 2011, por medio de una amiga, la envié a una editorial electrónica TheWriteDeal (que al poco tiempo desapareció), que la editó con el título original de: *Batalla de Rapaces*.

Después de eso, al considerar que ese nombre resultaba muy duro, propio de una novela de guerra, se la cambié por: *No serás un extraño*.

También le modifiqué muchas de sus frases arcaicas, le di profundidad al texto agregándole otras escenas principalmente de amor y erotismo, en resumen, haciéndola más actual, pero conservando el argumento original de la misma.

*Laura Mercé.*

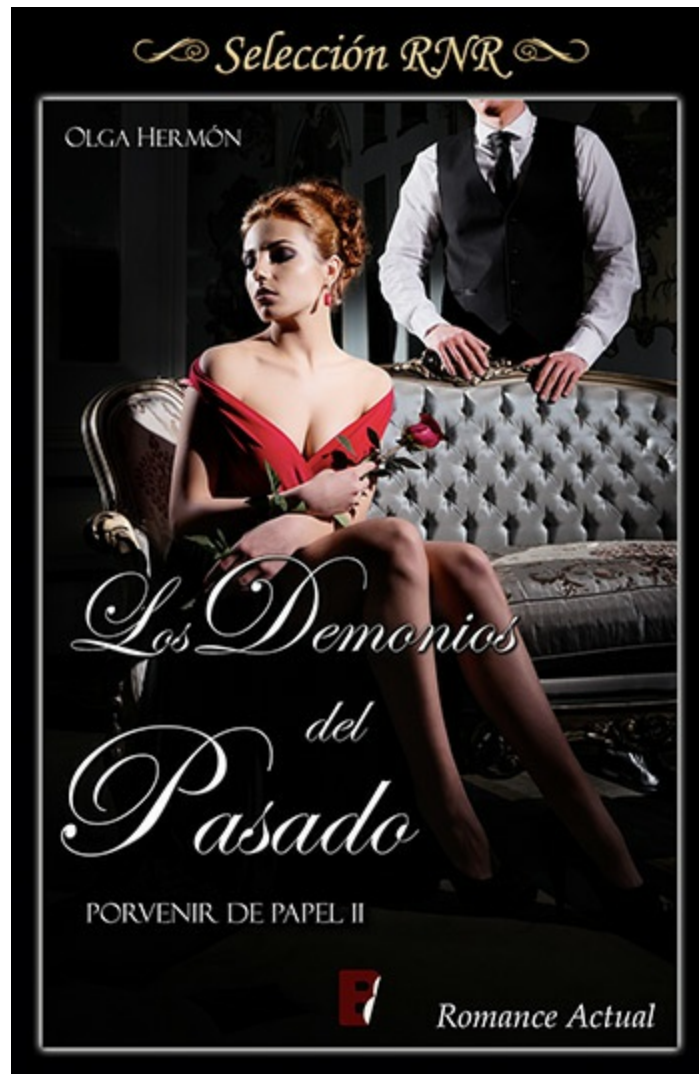
Si te ha gustado

*No serás un extraño*

te recomendamos comenzar a leer

*Los demonios del pasado*

de Olga Hermon





## CAPÍTULO I

Ricardo Hamilton observaba el rostro tranquilo de su hija mientras dormía, acarició la blanca piel de su mejilla, depositó un beso en la frente tibia y respiró con alivio. Apenas unas horas antes, cuando aguardaba en la sala de espera sin saber si sobreviviría al disparo recibido, pudo pensar y recapacitar sobre sus acciones pasadas.

Le dolía el alma por haberla dejado crecer sin su atención y apoyo; ahora comprendía que todo el tiempo que desperdició manteniéndola lejos de él, jamás regresaría, pero aún estaba a tiempo de luchar por recuperar su confianza, respeto y, por qué no, su perdón, y haría lo que fuera necesario por conseguirlo. Sabía que le costaría lágrimas de sangre; eso y más se merecía.

En ese momento de aceptación se juró a sí mismo que dedicaría el resto de su vida a velar por su hija y por su nieto. En silencio, las primeras lágrimas escaparon de sus ojos como si se tratara del sello para legitimar el trato.

—Hola, preciosa, ¿cómo te sientes? —preguntó minutos después, cuando la vio abrir los ojos.

—Bien, papá, gracias, ¿y tú cómo estás? —respondió con debilidad, sin dejar de advertir esa mirada de inusual ternura en sus ojos cansados.

—Feliz, mi niña. —Aspiró con profundidad para detener el llanto que pugnaba por salir de su garganta—. Solo quiero que sepas que, ¡lo siento con todo mi corazón! —Se quebró y no pudo continuar.

Isabella nunca había visto a su padre derrumbarse, siempre lo vio imperturbable y frío. Ahora él lloraba como si fuera un niño pequeño mientras tomaba su mano para aprisionarla junto a su pecho.

—Ha llegado la hora de que tú y yo tengamos una conversación que debimos de haber tenido hace mucho tiempo —don Ricardo comentó más controlado.

—Claro, papá —respondió a punto de desmoronarse.

—¡Oh, Dios! He cometido tantos errores que no sé cómo enmendarme —sollozó.

Conmovida hasta la médula, Isabella se abrazó a su padre y juntos descargaron esas lágrimas que por años no se permitieron derramar, y así abrazados se consolaron en silencio, llenando de calidez sus almas en esa fría habitación de hospital.

Una vez calmados empezaron a hablar como nunca lo habían hecho, Isabella fue testigo del dolor de su padre por la pérdida de su amada, pero, sobre todo, él por fin pudo comprender cuánto lo necesitó y necesitaba ella.

—¿Sabes? Llegué a pensar que no vendrías por mí. —Aún necesitaba aclarar muchas cosas con él.

—Sé que he sido un mal padre, ¡el peor! —Una vez más sus ojos se llenaron de lágrimas de arrepentimiento—. Te alejé porque me recordabas a tu madre y no podía soportar verla en ti; tus gestos, tu rostro, todo me la recordaba. No supe entender a tiempo que en ti me dejó el mejor regalo y por mi cobardía te perdí. Coloqué una barrera entre los dos y nunca te permití cruzar y llegar a mí, ahora solo rezo porque aún no sea tarde para nosotros. —Besó con adoración una y otra vez la mano que mantenía entre las suyas—. ¡Perdóname, hija mía! Te he fallado, no luché por ti, ni te protegí de la ira de Zahir, por... —El nudo en su garganta le impidió continuar.

—Sh, no digas más, papá; el pasado es solo eso y es allí donde quiero que permanezca. A partir de hoy mi vida será mejor, por mi hijo saldré adelante.

—Eres maravillosa. Si me das la oportunidad, juro que me dedicaré a cuidar y a proteger de ti y de mi nieto. Jamás volverás a padecer por mi ausencia, niña linda. Contarás conmigo para como decidas llevar tu vida una vez que salgas de aquí.

«Sí que es caprichoso el destino», pensó Isabella al hacer un recuento de todo lo que tuvo que pasar para que su padre y ella pudieran decirse que se amaban y trataran de restaurar su relación.

Después de la hora de la comida llegaron dos hombres de la policía investigadora, los oficiales Gafar y Tabak, demasiado interesados en que la presunta víctima del poderoso jeque levantara cargos en su contra.

—Ya les dije que todo fue un atentado en contra del señor Vien por parte de su exempleado —repitió con desespero—, en todo caso, él es la víctima y, en cuanto a mi supuesto secuestro, nunca hubo tal. Yo decidí irme con Zahir...

—No es eso lo que él declaró, señorita Hamilton —interrumpió el oficial Gafar.

—Por mi propio pie —concluyó con terquedad—. Si tienen alguna duda, pueden constatarlo en el hotel donde estuve hospedada en Israel y también en los lugares públicos donde fui vista en su compañía. En ningún momento pedí ayuda o manifesté estar en descontento —alegó cansada. No deseaba ver a Zahir tras las rejas, desprestigiado y humillado. Además, todo ese escándalo también perjudicaría a Azím y ella no podría hacerles algo así a los hermanos Vien.

—Ya han escuchado, señores. Ahora tendrán que disculparnos, pero mi hija necesita descansar. Les agradecemos mucho su interés; es reconfortante saber que en este país se preocupan y ocupan por salvaguardar la integridad de sus visitantes. —Don Ricardo apoyó la decisión de su hija sin cuestionarla.

—Por cierto, ayer, mientras dormías, pasó Azím a verte; dijo que regresaría hoy —comentó momentos después, cuando estuvieron de nuevo solos en la habitación.

—¡Qué bien!, me gustaría poder despedirme de él.

—¿Interrumpo? —Como invocado, el susodicho apareció en el marco de la puerta.

—Vaya, justo estábamos hablando de ti —respondió Isabella con una sonrisa.

—Espero que bien.

—Por supuesto.

—Yo... creo que iré por un café. Me ha dado mucho gusto saludarte, hijo, y gracias de nuevo por todo. —Don Ricardo decidió dejarlos a solas para que hablaran.

—¿Estás bien? —preguntó Azím con interés.

—Sí. Mi padre y yo nos hemos reconciliado y regresaré a casa con él.

—Isabella, sé que no es el momento oportuno, pero —se pasó la mano por el cabello, nervioso—, ¿me permitirías seguir en contacto contigo?

A ella también le hubiera gustado conservar su amistad, pero dadas las circunstancias, lo más importante era mantener en secreto la existencia de su hijo. No quería ni imaginar la terrible pelea que tendría con su hermano

si se enteraba.

—Azím, por el momento, yo... —No sabía cómo plantear su decisión.

—No digas más, preciosa, en verdad entiendo. Cuando estés lista, llámame, siempre estaré para ti. —Se acercó para tomar su mano y darle un casto beso en los labios antes de salir.

Después de eso, no pudo evitar llorar. Le apenó ver el gesto de dolor en la mirada castaña, pero se alentó diciéndose que era lo mejor para todos.

Mientras se arreglaba para marcharse del hospital, recibió la inesperada visita de Ramsés; al parecer, él era el mensajero asignado para llevar todas sus pertenencias junto con una carta de Zahir.

Isabella lo recibió con una amplia sonrisa, se alegraba de poder despedirse de él también. Nunca olvidaría que le había brindado su amistad en los tiempos más críticos de su vida.

Más tarde, se dio a la tarea de revisar sus cosas para escoger solo aquello que le era necesario, como su ordenador y papeles legales. En cuanto a lo demás, no quería llevarse nada que le recordara su estancia ahí. Todo llevaba el sello de Zahir.

Por fortuna, su padre le había comprado un cambio de ropa bastante cómodo para el viaje y en Londres podría comprarse lo que necesitara, así que no requería de nada de eso que solo le traía a la mente amargos recuerdos.

Grande fue su sorpresa al ver que dentro de las maletas estaban los obsequios que le había hecho Zahir, incluidas las caras joyas y el hermoso chal de seda.

Desde la pequeña salita, don Ricardo no perdía detalle de las reacciones de su hija, alerta para lo que pudiera necesitar, pero nada lo preparó para el estallido de llanto que cimbró su delicado cuerpo que terminó desmoronado sobre la cama.

—¡Llamaré a la enfermera! —dijo con tono afligido desde la puerta.

—¡No! Espera, papá. Solo necesito llorar hasta que los recuerdos no duelan tanto; eso es todo —dijo entre sollozo y sollozo abrazada al vestido negro que aún conservaba el aroma de Zahir.

El hombre asintió y decidió dejarla a solas, presentía que faltaba poco para que se abriera con él. No la presionaría aunque la angustia lo consumiera

por dentro.

Con el corazón deshecho, Isabella se despidió en silencio de aquellos regalos, como si eso fuera la clave para olvidar al hombre amado. Más calmada, buscó a su padre para que la ayudara a regresar las cosas a su dueño.

—Lo que tú digas, princesa.

En la soledad de la habitación, tomó la carta de Zahir para leerla.

*Yamila:*

Espero que cuando esta carta llegue a tus manos te encuentres mejor de salud. Ahora estoy en camino a Estados Unidos para abrir una oficina en New York; ahí pasaré una buena temporada.

No tengo cómo agradecerte la hermosa lección de perdón y humildad que me has dado al no levantar cargos en mi contra. Gracias a ti soy un hombre libre.

Sé que no puedo cambiar mis acciones pasadas, pero lo que sí puedo hacer es mostrarte mi eterna gratitud manteniéndome alejado de ti y de mi hermano para que vivan tranquilos y felices al lado del hijo que esperan. Tengo la certeza de que formarán una hermosa familia.

Sinceramente arrepentido, Zahir Lucien Vien Assad

**Una novela de corte señorial y drama romántico,  
donde las intrigas se conjugan con el amor y los  
inventos tecnológicos para pintar un cuadro vívido  
de Inglaterra y Francia a principios del siglo XX.**

Ronald es estafado por Norman, su cuñado, y un banquero francés, Armand Leblanc amigo de este. Ambos le roban su invento. Al mismo tiempo muere su esposa y él se queda solo con la pequeña Diana.

Norman, aprovechándose del lamentable estado de su cuñado paga todas sus deudas y lo obliga marcharse quedándose él con la niña y responsabilizándose de su educación.

Años después, Diana, ya convertida en una bella joven, criada en la opulencia, se enamora de Eduardo Leblanc, el hijo del banquero, desconociendo que el padre de este contribuyó al destierro del suyo...

**Laura Mercé** nació en Barcelona, pero en época del franquismo, ella y sus padres tuvieron que emigrar a la Argentina. La mayor parte de su vida transcurrió en la ciudad de La Banda, en Santiago del Estero. Desde muy temprana edad fue una apasionada de la historia y la literatura. A los doce años comenzó a escribir cuentos, la mayoría fantásticos, y continuó luego con novelas del género esotérico, histórica-romántica y drama. Durante su niñez, hasta llegar a la adolescencia, tuvo algunos episodios reñidos con la lógica. Por ese motivo, comenzó a investigar el tema de la reencarnación y todo lo que tuviera que ver con sucesos paranormales... hasta llegar a escribir esta historia de amor y misterio. En el año 2001 regresó a España, donde vive actualmente.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Laura Mercé

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-959-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



## Índice

No serás un extraño

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Primera parte

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Segunda parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Tercera parte

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Cuarta parte  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Epílogo  
Capítulo 46  
Aclaración de la autora  
Si te ha gustado esta novela...  
Sobre este libro  
Sobre Laura Mercé  
Créditos